

Eugenio Orrego Vicuña

VICUÑA MACKENNA

Vida y Trabajos

¿Qué fué Vicuña Mackenna? Enmiendo: ¿Qué no fué Vicuña Mackenna?

Fué gran político, gran historiador, tribuno, viajero, poeta en prosa, crítico, literato, diarista incomparable, monstruo de la naturaleza.

Escribía en francés, como un parisiense, y peroraba en inglés, como un norteamericano.

Tan sabiamente analizaba los detritus y las plantas, como los poemas y las oberturas. Su cabeza era una enciclopedia...

¡Oh, cerebro prodigioso donde las ideas no hacían distinción de conocimientos para prodigarse siempre fecundas, siempre amenas y regeneradoras.

... fué, sin exageración, el carácter más admirable y la inteligencia más clara de toda la América Latina.

RUBÉN DARÍO.

Su obra es inmensa, porque es la de un escritor verdaderamente nacional, que por primera vez aparece entre nosotros; y no se puede apreciar ni juzgar sino apreciando y juzgando la época en que se ha realizado.

José VICUÑA MACKENNA

La vida de Vicuña Mackenna está escrita en sus libros... Es, como lo decíamos ayer, cuando aún vivía, el escritor más fecundo, más brillante y ameno, a la par que más original que haya producido la América del Sur, y en muerte como en vida, es el Hércules de la literatura chilena, que en cada año realizaba tres trabajos útiles en otros tantos libros.

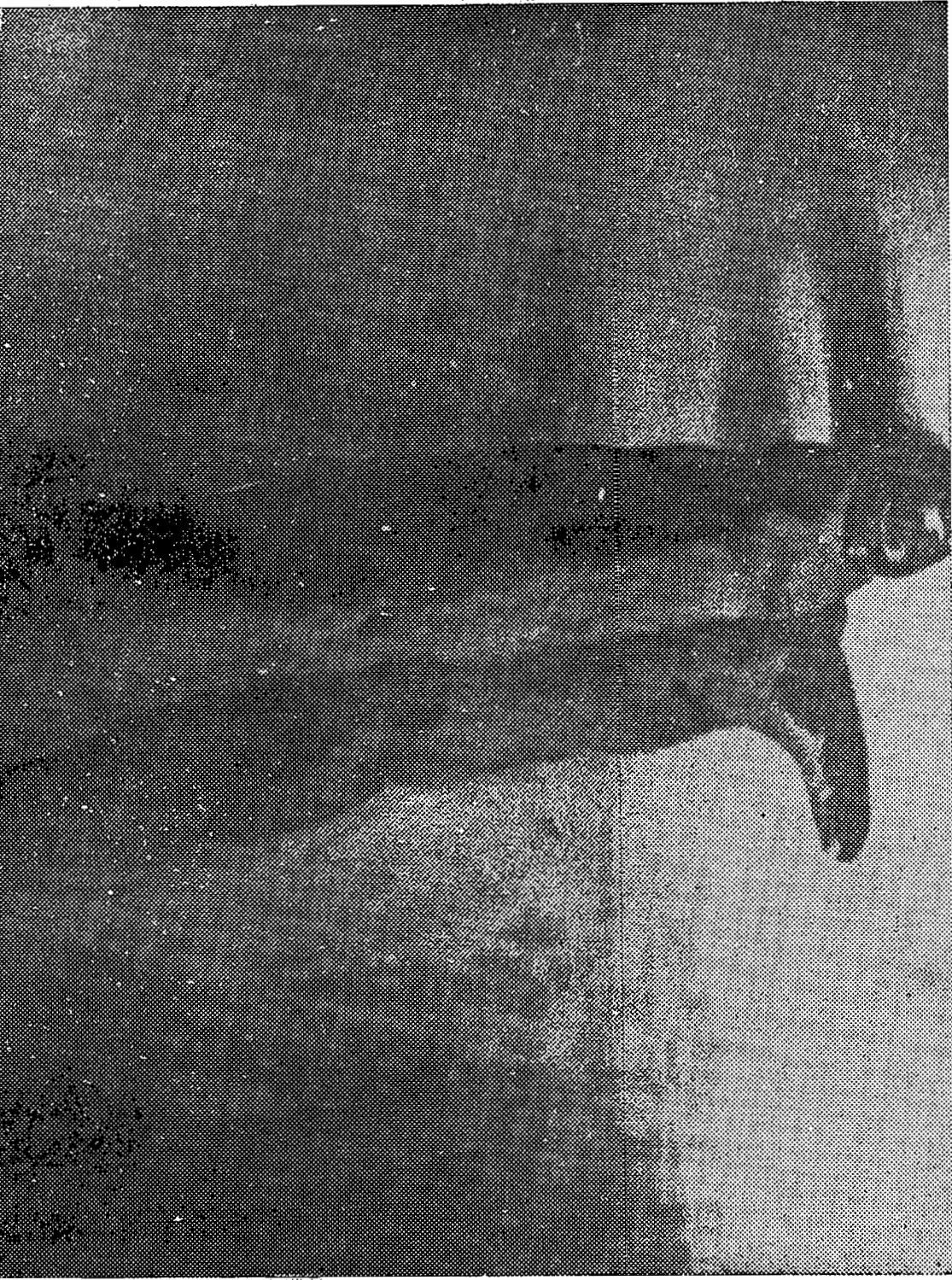
BARTOLOMÉ MITRE.

Vicuña Mackenna ha sido siempre el apóstol más elocuente de la unión y confraternidad americana...

La gran unión y confraternidad hispano-americana vive en cuerpo y alma en la mente de Vicuña Mackenna, habla por su boca, y encuentra en esta voz el eco más potente de sus ensueños generosos y de sus aspiraciones más razonables.

G. RENÉ-MORENO.





Benjamín Vicuña Mackenna
(Retrato de M. Plaza Ferrand que se custodia en la Biblioteca Nacional).

Ello no significa que la marcha del hombre hacia el socialismo hubiera sufrido alteración sustancial. En modo alguno. Pero el proceso de transformación socialista pudo sí encontrar otros núcleos iniciales, retardarse, variar el ritmo de su marcha. En este sentido las grandes personalidades influyen la historia.

En general cabe creer que si toda personalidad grande necesita un escenario, éste sólo puede formarse mediante la intervención de hombres superiores. Es el período heroico de la formación de los pueblos, en el que actúan personalidades de primer orden, personalidades fuertísimas cuya irradiación permanece interna, traduciéndose en labor sobre la cual se van generando nuevas posibilidades de cultura, como bajo capas de rica savia vegetal, aparentemente no aprovechadas, se van gestando las floraciones más selectas.

En Sud América, escenario de conjunto de Vicuña Mackenna, se habían formado, durante el decurso de la primera mitad del siglo XIX, ambientes nacionales que el factor racial y el geográfico fueron diferenciando. En ellos se destacaron hombres-tipo como Bolívar y Andrés Bello y grandes personalidades como Sarmiento y Montalvo, más tarde. Esos hombres—singularmente Bolívar y Bello—sentían la historia y la hacían, echaban los cimientos de una cultura y laboraban para las generaciones por venir. Vicuña Mackenna, en la segunda mitad del siglo, vino a completar el núcleo insigne y a ampliarlo. Todos ellos, piedras angulares de una América en gestación, laboradores de un mundo nuevo, trabajaron para el futuro, haciendo tabla rasa de las preocupaciones de su tiempo.

Vicuña Mackenna se constituyó en ciudadano de América, estudió sus bases comunes, sus prestigios generales y llamó—el primero en su siglo—al corazón de las masas. Puso en movimiento al hombre-pueblo, exaltó y cantó sus virtudes, lo hizo hacer historia, le otorgó el rol protagonista que siempre negado y creó un sentido neto, vívido, internacional de su nacionalismo. Si bien es cierto que en un período de su nacional pareció superar a lo internacional, no lo es que ni antes ni después de ese período dejó de expande-
fundo sentido americano de su espíritu. Lo nacional en él,

Todo grande hombre necesita un escenario. Nada se produce espontáneamente y tanto las fundamentales como las pequeñas transformaciones de la historia han sido actuadas por hombres-tipo, por hombres profundamente representativos e intuitivos que eran a la vez conductores y constructores. Tales personalidades fueron el fruto de su época, una suerte de producto formado por las condiciones positivas y negativas de un pueblo, de una civilización, de una cultura. Hombres que hacen historia y la sienten. Y la hacen precisamente porque han sentido la marcha de las secretas corrientes espirituales y el desenvolvimiento de las leyes económicas que las determinan. Antes de Marx eran hombres providenciales. Después de Marx aparecen como los tipos representativos y conductores que advienen en las horas de transformación. Estas pueden cumplirse sin ellos, pero su presencia influencia en modo importante ese proceso. Lo apresura o lo retarda. Y en punto de tiempo ese ritmo de aceleramiento o de retraso tiene una importancia muy difícil de precisar. Se dice de tal hombre que su influencia ha logrado variar el curso de la historia, lo que parece valedero en cierto sentido relativo. Es indudable, por ejemplo, que sin Lenin la revolución rusa no habría logrado su plena realización y quizás hubiera abortado.

con parecer muy fuerte, fué el equilibrio—indispensable para su tiempo—de lo internacional. Sin antes fijar los valores propios de cada pueblo—balance y fijación previos—no se podía actuar en el sentido que vincula y tiende a fundir las naciones. ¿Cómo desconocer que en la América del siglo pasado para abrir paso a una política continental había que comenzar afirmando los valores nacionales? Si Vicuña Mackenna no hubiera aparecido fundamentalmente chileno a los ojos de los chilenos ¿habría podido imponer política de paz a su pueblo, en uno de los más graves conflictos entre Chile y la República Argentina?

Cuando Vicuña Mackenna comenzó a actuar, el cuadro político del continente presentaba características casi uniformes. En la mayoría de sus países se advertía la lucha de los elementos agrarios con los caudillejos militares que, detentadores de la fuerza, imponían su ley, formando gobiernos que nacían y morían a golpe de cuartelazos. Algunos de esos gobiernos pactaron con las oligarquías agrícolas, cuando éstas conseguían formalizarse, o se apoyaron en ellas, logrando mayor permanencia. En otros países la precariedad e inarmonía de esas relaciones determinaba la formación de dictaduras más transitorias.

En el imperio brasilero se manifestó de modo típico el maridaje de la oligarquía agrícola y de la espada. El gobierno, bajo la gestión patriarcal de don Pedro II, se desenvolvía en forma pacífica. Una oligarquía agrícola lo apoyó durante cerca de medio siglo. Y justamente cuando el emperador, obedeciendo a impulsos progresistas y humanos de su espíritu, suprimió la esclavitud, rompiendo con la oligarquía agrícola, ésta derribó el trono. La república burguesa nació, en Brasil, del descontento de los agricultores esclavistas.

En Chile la oligarquía agrícola en lucha con las avanzadas liberales (presidencias de Freire y de Vicuña, con cuya caída cesó el régimen liberal) logró dominar el caudillaje militar durante el interregno que separa el fin del gobierno de Joaquín y la elección de Prieto, y se entronizó sólidamente en el poder con Portales. Era Portales estadista de visión política superior y al convertirse en director de una aristocracia agrícola supo valorar a los individuos más capaces y probos, abrien-

do así cauce a la influencia de elementos selectos de la oligarquía conservadora. Contra el dominio de ésta no tardó en alzarse la juventud liberal, acaudillada por Bilbao, Arcos y Pedro Félix Vicuña en las primeras jornadas revolucionarias y, más tarde, por Vicuña Mackenna y su grupo de la Asamblea Constituyente cuando la lucha se afincó en el terreno ideológico. Vicuña libró las más sustantivas luchas doctrinarias no en los campos de batalla, como en sus días de adolescente, sino en la prensa, en la tribuna, en el libro. De ese conflicto—que nunca descendió al terreno misérrimo característico a todas las dictaduras sudamericanas de la época—continuado a través de largo período por los hombres más notables de aquél tiempo, surgió una cultura intelectual y política interesantísima. Por primera vez en el continente se pudo abrir paso a la esperanza de una auténtica democracia y por conseguir su instauración libró Vicuña Mackenna las más trascendentes y memorables campañas políticas de su vida.

Vicuña Mackenna encontró el único escenario interesante en la América de su época. El ambiente no parecía, con todo, propicio a una renovación de fondo, pero su genio se impuso. Lo influenció—orientándolo en el sentido de la democracia, del americanismo—y lo enriqueció con el estupendo aporte de su obra histórica y de su labor continental.

Este ensayo de interpretación procurará, analizando su vida y sus trabajos, desentrañar de la médula de su siglo la valía y extensión de ese aporte.

La tarea de componer una Vida de Vicuña Mackenna nos atraía desde hacía tiempo y la oportunidad de las fiestas con que la nación conmemoró el primer centenario de su nacimiento (Agosto 25 de 1931) ha permitido que tal labor se realizase en términos de colaboración a los homenajes rendidos por la Universidad de Chile.

Para ella y sus *Anales* ha sido trazada especialmente esta obra.

En su composición hemos tenido a la vista, a más de papeles y datos íntimos, los principales estudios publicados hasta hoy sobre Vicuña Mackenna, cuya personalidad, como observa, don Luis Galdames, es la que más profundamente ha atraído

la atención de los biógrafos chilenos. Entre esos estudios son especialmente importantes los libros de Ricardo Donoso (A), Galdames (B) y Pedro Pablo Figueroa (C) como también el magnífico estudio bibliográfico de Guillermo Feliú Cruz (D). El primero de ellos, riquísimo por su documentación, que lo presenta como el más completo de todos, nos ha sido especialmente útil. Tanto el señor Donoso como el autor de *La Juventud de Vicuña Mackenna* han contribuido en forma valiosa al estudio de la vida y obra de un hombre a quien ya el ilustre Rubén Darío había colocado entre las figuras máximas de nuestra América.

A) *Don Benjamín Vicuña Mackenna. Su vida, sus escritos y su tiempo.* Santiago MCMXXV.

B) *La Juventud de Vicuña Mackenna.*

C) *Historia del popular escritor don Benjamín Vicuña Mackenna. Su vida, su carácter y sus obras.* Santiago, 1903.

Entre los folletos sobre el hombre o su obra cabe señalar el interesante estudio de Guillermo Feliú Cruz: *Interpretación de Vicuña Mackenna.* Santiago, 1931, y los de Pedro Pablo Figueroa: *Apuntes Históricos sobre la vida y las obras de don Benjamín Vicuña Mackenna* (Santiago, 1886), y *La Sombra del Genio* (Santiago, 1887).

D) *Las Obras de Vicuña Mackenna,* Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1932.

Entre las bibliografías de Vicuña Mackenna, aparte la que hiciera él mismo, deben mencionarse las de Ramón Briseño (1896), Ricardo Donoso (1925), Guillermo Feliú Cruz (1932) y Carlos Vicuña M.

I

Para penetrar a fondo en la obra y en la actuación de un grande hombre es sin duda útil el estudio de sus antecedentes familiares, el análisis de la vida de quienes le aportaron su sangre. En este sentido—biológico y psicológico—tendrán su justificación científica estudios que en general sólo vanidades pueriles han impulsado hasta hoy.

Creo que en el caso de Vicuña Mackenna es útil conocer la figura de sus abuelos materno y paterno y la de su propio padre, ya que características de todos ellos pueden determinarse en su vida.

Poco estudiada y mal comprendida hasta hoy ha sido la acción pública del general Mackenna. Desde las invectivas violentas que le dirigiera José Miguel Carrera en su *Diario*, escrito con mordaz, cuanto brillante ingenio, hasta los juicios superficiales de casi todos los historiadores chilenos del siglo XIX, la noble figura de Mackenna ha pasado a través de cristales opacos. Se alaba su valor, su hidalguía de raza, sus conocimientos técnicos. Nada más. Un monumento vino, sin embargo, a cubrir un poco la deuda chilena reconociendo los servicios prestados a la nación por el vencedor de Membrillar. El historiador Bulnes hizo juicio más razonado, pues lo llama, en el más importante de sus libros: «*la primera cabeza militar de su tiempo*, una figura esclarecida que espera su resurrección histórica» (1).

Vicuña Mackenna publicó en 1856,—en hermosa edición

(1) Gonzalo Bulnes: *1810. Nacimiento de las Repúblicas Americanas*. Tomo segundo, capítulo IX.

tirada a cincuenta ejemplares, acaso por tratarse de su abuelo—la vida del ilustre Mackenna (2). Su juicio carece de la necesaria libertad, pues tal vez sintió que al trazar los razgos de esa vida, sondeaba en afectos muy próximos a su corazón. Se advina que juzgando muy en alto la personalidad de su antepasado no quiso manifestar de ella todo lo que pensaba. Vicuña Mackenna sintió bullir en su sangre, más que otra cualquiera, la influencia del general irlandés. En verdad muchas de sus cualidades—la tenacidad, la sinceridad profunda, un amor apasionado por todo lo puro y lo recto—venían de él. Es, pues, interesante, analizar en su propia obra la vida de Mackenna.

«Vamos a escribir—dice en el primer capítulo—la vida de un hombre a quien los chilenos debemos una inmensa gratitud, la vida del jefe que creó nuestros primeros soldados, que ilustró con su valor y su inteligencia las más gloriosas campañas de la Independencia, que, como militar, fué el padre de nuestras primeras guerras y que, por otra parte, como ciudadano y como hombre, hizo tan bellos servicios y nos legó ejemplos de tan alta moralidad» (3).

Nació Mackenna en Clogger, Irlanda, el 26 de Diciembre de 1771, de don Guillermo Mackenna y doña Eleonor O'Reilly, descendientes ambos de «esas ilustres familias católicas que diezmo el odio inglés y que leales a su Dios y a la tradición de sus mayores, emigraron por toda la Europa, o quedaron regando el suelo de su patria con la sangre de los martirios y con el llanto de la orfandad y la pobreza».

Cuando sólo contaba 13 años, en 1782, abandonó su patria para siempre, lanzándose a España en busca de glorias militares, bajo los auspicios de su tío el conde de O'Reilly. Ingresó en la Real Academia de Matemáticas de Barcelona. A los 16 recibió el grado de cadete del Regimiento de Irlanda y a los 21 era ingeniero extraordinario del ejército real y ayudante del real cuerpo de su gremio.

Pronto, empero, debió interrumpir los estudios para lan-

(2) *Vida del General don Juan Mackenna* por «su nieto Benjamín Vicuña Mackenna». Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1856.

(3) Vicuña Mackenna. Obra citada

zarse en el camino de la acción. Embarcado para el Africa se le destinó a la guarnición de Ceuta, en donde fué promovido a sub-teniente. Terminada la campaña contra los moros retornó a Barcelona en 1791 y completó sus estudios. Rotas las relaciones con Francia dos años más tarde, a consecuencia de la ejecución de Luis XVI, fué ascendido a teniente del Cuerpo de Ingenieros y enviado al ejército de operaciones del Rosellón, al que se incorporó en Marzo de 1794. Durante su larga campaña, que sólo terminó con la paz de Basilea en 1795, Mackenna tuvo ocasión de destacarse. En el sitio de la plaza de Rosas fué tan notorio el heroísmo del joven oficial que el rey Carlos IV le otorgó los despachos de capitán en recompensa de «su mérito, contraído en la brillante defensa de su plaza de Rosas» (Real Orden de 22 de Marzo de 1795).

El 6 de Mayo de ese mismo año la línea de defensa del ejército español fué rota por los franceses. La situación era desesperada y sólo el empuje de Mackenna logró evitar la consumación del desastre, poniéndose a la cabeza de las tropas hispanas, animándolas y conduciéndolas a un ataque en que resultaron vencedoras. En esa oportunidad recibió una herida.

Comisionado luego para levantar el plano de la villa de Bañolas se desempeñó en tal forma que fué en el acto nombrado Cuartel Maestre.

Consumada la paz pasó a residir un tiempo en la corte y allí solicitó que, de acuerdo con las ordenanzas vigentes, se le diese el grado de teniente coronel, ganado, a pesar de su juventud, por el mérito de excepcionales y heroicas hazañas. Más en vano...

Poco después partía para América.

Un secreto de amor hay en la vida de Mackenna que no ha llegado sino indirectamente hasta nosotros. Una pasión llenó los años de su mocedad y fué rota al trasladarse a América. ¿Quién era esa mujer y qué influencias ejerció sobre su destino? A través de la correspondencia del marqués de Coupigni, que se decía su hermano, puede adivinarse que hubo en esa partida a mundo nuevo un sacrificio grande.

Advertida Eleonor O'Reilly de los propósitos de su hijo

le escribió estas palabras que, andando los años, alcanzaron valor profético: «¿Por qué hablas de ir a América, cuando conoces las disensiones que agitan esos países tanto en el norte como en el sur? Por todas partes encontrarías las mismas turbulencias, porque, en general, yo creo que la agitación y descontento que reina entre los hombres procede de una equivocada ambición».

Partió Mackenna en Octubre de 1776, llegando poco tiempo más tarde a Montevideo y Buenos Aires, ciudad la última en que permaneció cerca de dos meses, continuando viaje a Chile el 23 de Enero de 1790. La visión de las pampas, desiertas de pobladores y de trabajo, impresionó su imaginación y, más tarde, atravesando la cordillera de los Andes en compañía de un clérigo español y de un coronel de milicias de Guayaquil, sintió que su espíritu se conmovía hondamente ante los maravillosos paisajes que los ojos advertían. «A los seis días de nuestra salida de Mendoza, escribía más tarde, entramos en el tan decantado reino de Chile, considerado por algunos escritores como el paraíso terrestre, por la fertilidad de su terreno, y el paraíso de Mahoma, por la hermosura de sus mujeres». Recorrió, en ese viaje, el valle de Aconcagua, y no sin sorprenderse ante la extrema miseria de sus habitantes: «Para indagar la causa de tanta infelicidad, dice en la carta a que aludimos, en medio de la mayor abundancia y bajo unas leyes tan suaves como las de Indias, me apeé con mis compañeros en varias chozas de estos desgraciados indios; y presto averiguamos que el verdadero origen de donde dimanaba tan triste situación, es de la tiranía del clero y nobleza, quienes han esclavizado su moral y físico a un punto desconocido en Europa, aún en aquellos tiempos bárbaros y oscuros del horroroso feudalismo. Todo el reino de Chile estaba repartido en Feudos o Encomiendas, poseídos por 80 familias en derecho de conquista o usurpados, en la venta de cuyas propiedades, después de la caballada, bueyada, etc., entraba la *peonada* que era la principal riqueza de las haciendas». Estas nobles palabras de Mackenna, que revelan su comprensión del sentido profundo de la Revolución Francesa, ¿no hablan un lenguaje socialista?

Mackenna, continuando su viaje a través de Chile, se embarcó poco más tarde en Valparaíso con destino al Perú, para cuyo Virrey, el ilustre don Ambrosio O'Higgins, llevaba recomendaciones altamente halagüeñas. Llegó a Lima en Mayo de 1797.

Sus relaciones con O'Higgins fueron cordiales desde el primer momento. Una mutua comprensión los unió y el acierto con que el joven realizara diversos encargos oficiales acabó de sellar su amistad. O'Higgins, empeñado en repoblar Osorno, última empresa que pensaba llevar a cabo en su dilatada y brillante carrera, nombró a Mackenna, con fecha 11 de Agosto de 1797, gobernador político y militar de Osorno con independencia del gobierno de Chile y bajo la sola dirección del virrey del Perú. Mackenna no perdió mucho tiempo en los ocios y regalos de la corte limeña y se embarcó en la fragata *Castor* el 4 de Octubre. El 6 de Noviembre desembarcó en San Carlos y en Castro dos días más tarde, a fin de llevar algunas familias miserables del archipiélago. Con ellas y la tenaz voluntad de cumplir con brillo sus nuevos destinos tomó posesión de su cargo el día 20 de aquel mismo mes y año.

En medio de pobrezas, de abandono casi constante—pues el virrey O'Higgins no tardó mucho en caer en desgracia—, de los más penosos esfuerzos y trabajos, el gobierno de Mackenna en Osorno duró once largos años. Todo lo hizo: caminos, calles, edificios, puentes, paseos, templos y jardines. A nada faltó su esfuerzo y todo a la realización de sus proyectos, cumplida con voluntad inaudita (4). O'Higgins murió pocos años después de su llegada y de los sucesores no obtuvo nunca ayuda de alguna eficacia. Una colonia si no próspera por lo menos trabajadora y anhelosa de progreso brotó de su acción. Todo fué obra suya. «Padre de aquella honrada gente, escribe Vicuña Mackenna (5), él la había moralizado por la religión y la cultura; mandatario había hecho el bien de todos y el de cada uno; jefe militar había creado una numerosa milicia, y

(4) El gasto total de la colonia durante todo el gobierno de Mackenna fué de 74,333 pesos 2 reales. «Esa miserable cantidad alimentó 11 años un pueblo de 1,500 habitantes, sirvió para construir una ciudad y cultivar inmensos campos, cuyos productos la compensaron veinte veces» (V. M.).

(5) Obra citada.

por último, como sabio había estudiado y descrito aquel país, trazado sobre el papel las lindes de esa tierra que nadie antes que él había visitado». Memorias científicas sobre los ramos más importantes de su profesión, completaban su labor.

Más, no fué estéril el sacrificio de Mackenna, sacrificio de casi toda su juventud, pues un pueblo que alcanzaría sólidos progresos en los tiempos futuros había nacido de su solo y personal esfuerzo y no pocos de sus prestigios emanarían, por otra parte, de esa actuación suya (6).

En la península, entre tanto, los acontecimientos tomaban cariz alarmante. Producida la invasión de España y alterada la paz en el viejo y en el nuevo mundo, el virrey Abascal consideró indispensables en Santiago los conocimientos técnicos del Gobernador de Osorno y el 30 de Junio de 1808 éste fué llamado a la capital. A ella debían seguirle conmovedores testimonios del reconocimiento de sus gobernados (7).

A su llegada a Santiago enamoróse Mackenna de una de

(6) Describiendo los progresos de Osorno, en informe al Ministro de Guerra de Carlos IV, en Septiembre de 1798, decía el Virrey O'Higgins: «Todo esto se debe a la inteligencia activa y desinterés heroico con que procede el capitán de ingenieros don Juan Mackenna, a quien he encargado de tan importante empresa. Su continuación en aquel destino hace infalible su prosperidad futura. Y yo, por lo mismo, no olvidaré de recomendar a S. M., para que en su carrera se le atienda como lo exigen su excelente conducta, aplicación y gran talento».

(7) Los vecinos de Osorno, reunidos en la casa de Ayuntamiento, declararon en acta pública, que poco más tarde fué entregada en Santiago al ex-mandatario: «El celo, desinterés y dulzura con que los había gobernado por más de 11 años: en cuyo tiempo declaramos que jamás se mezcló ni directa ni indirectamente en ninguna especie de comercio ni hacienda de ganados, nunca cobró derecho alguno de pasaportes, ni la administración de justicia, siendo siempre su principal objeto componer cualquier disensión que acaecía, y que todos viviesen en paz y unión. Puso el mayor esmero en corregir los vicios y costumbres públicas; aumentó y disciplinó las milicias, manteniendo siempre la colonia en el mejor pie de defensa contra los indios infeles; y cuidó de la enseñanza y educación de la juventud. No es menos digna de alabanza la notoria integridad y economía que observó en la inversión de los caudales públicos y del repartimiento a los colonos de tierras, ganados y herramientas, etc. Principió y concluyó la reedificación de la ciudad, entre cuyas obras se distingue una fanosa Iglesia de tres naves de piedra de sillería con la casa de Ayuntamiento y cárcel del mismo material, y demás edificios públicos y particulares; como también todos los caminos y puentes (menos el del río de las Damas) de esta jurisdicción. Reconoció, en requerimiento de tierras para la colonia, todo el distrito desde la mar hasta la cordillera y estuvo al perecer en la desembocadura del río Bueno, cuyo reconocimiento hizo con el objeto de proporcionar a la colonia el beneficio de la navegación de este río. Otros muchos y debidos elogios podíamos hacer del citado señor Mackenna, a no temer lastimar su modestia; pero sírvale de satisfacción (la más dulce de todas para un corazón noble y generoso) que aunque es notorio que ha salido pobre de esta colonia, y sin el menos premio, ha salido acompañado de las bendiciones de los pobres, dejando penetrados de reconocimiento a cuantos vecinos honrados tiene Osorno y su jurisdicción».

las damas más bellas de la engreída capital, «mujer de concepciones elevadas», al decir de sus contemporáneos. Aquel amor tuvo camino rápido y a los pocos meses contrajo matrimonio con doña Josefa Vicuña y Larraín, que tal era su nombre. Este enlace debía ejercer decisiva influencia en el curso de un destino tan glorioso como mal aventurado.

«Ya rugía en el horizonte de la América—escribe el genial historiador—aquella tempestad grandiosa que venía del viejo mundo, cargada en los trofeos arrancados a veinte troncos caídos por el suelo, trayendo en sus manos el libro augusto que proclama la igualdad, la libertad y la fraternidad de todos los pueblos, para que la América a su vez estampase en sus páginas, con sangre de sus venas, su firma de nación independiente!»

Vino 1810. La revolución fué desencadenando por todo el continente de Colón vientos vivificadores; interrumpióse de golpe la modorra secular y un aliento de juventud y de libertad sacudió las fibras de la raza. Mackenna, que debía su educación militar a España, hubo de vacilar algunas horas, pero pudieron más en su espíritu la nobleza de la causa que solicitaba sus servicios y las generosas influencias de la casa de Larraín, a que se hallaba vinculado por su mujer. Los «ochocientos», entregados en cuerpo y alma a la lucha libertadora, a pesar de sus pergaminos con los cuales todos ellos concluyeron por abanicarse, inclinó finalmente la voluntad del ilustre soldado. Dos sacerdotes meritorios, don Vicente y don Joaquín Larraín, participaron en esa tarea cuyos resultados revestían importancia fundamental para el país naciente. «Fué aquél—el de su conversión, escribe Vicuña Mackenna—un día de regocijo para los partidarios de la Independencia que aspiraban a la adquisición de aquel hombre, de quien el acaso hacía en 1810 una de las necesidades de la revolución: fué sobre todo para aquellos hombres pensadores, que sabían que es una fatal ley humana que las revoluciones, para ser fecundas, necesitan el riego de la sangre de los pueblos; para los que sabían que la libertad no se conquista sino a través de las batallas y el patíbulo...»

Las actividades de Mackenna, en favor del movimiento de independencia, comenzaron inmediatamente. El Cabildo lo nombró miembro de la comisión encargada de formar un plan de defensa general del país (26 de Octubre), siendo fruto de su labor una «célebre memoria, hoy desconocida, pero que algún día será uno de los más importantes monumentos de nuestra historia militar».

En Enero de 1811 fué nombrado Gobernador interino de Valparaíso y meses más tarde, con fecha 5 de Septiembre y a consecuencia de la revolución del día 4 de ese mismo mes, Vocal de la Junta de Gobierno. Paralelamente a estas distinciones le fueron otorgados los ascensos correspondientes a sus méritos y servicios: teniente coronel y comandante general de ingenieros en Marzo de 1811 y coronel graduado en Septiembre del mismo año, confiándole la Junta el mando del cuerpo de caballería.

En el gobierno procuró Mackenna desarrollar sus planes de organización militar y de defensa para el caso no improbable de una invasión española. En tal sentido enderezó e influyó la marcha de la Junta. Los acontecimientos no debían tardar mucho en darle la razón y si su paso por la dirección política del nuevo estado hubiese sido menos rápido y más hondo su influjo seguramente habría cambiado la faz del proceso de independencia nacional.

Pero estaban ya en el redondel político los hermanos Carrera, cooperadores de la revolución de Septiembre en compañía de los Larraín. De los tres, el mayor, don José Miguel, poseía talentos superiores, tenacidad a toda prueba y heroico desprecio por los contrastes de la suerte. Quería ser amo de su propio destino y ninguna fatalidad logró detenerlo, pues ante la muerte misma supo tener gesto de altivo desdén. Los dos menores valían bien poca cosa. Juan José tuvo gallarda figura, propia para el brillo de las paradas de corte más que para los días azarosos en que la naciente libertad parecía agonizar. Don Luis, soberbio, enconado, torpe, pasó por la historia haciendo triste papel, que sólo prestigió, en la última etapa, el valor con que arrostró su propia desventura. Sobróles a todos inexperiencia de juventud, mas a ninguno faltó entusiasmo

en defensa de la causa libertaria que conmovía al país. Eran hombres de guerra, más nó individuos de gobierno y de consejo.

La Junta de Mackenna gobernó poco tiempo. A mediados de Noviembre dió José Miguel Carrera un golpe de estado y a comienzo del mes siguiente quedó entronizado en el poder. El presidente de la nueva Junta acusó a los Larraín y a Mackenna de conspirar contra su vida y fueron todos ellos perseguidos y aprisionados algunos. Inicióse un sumario incorrecto y parcial por los amigos de Carrera, siendo Mackenna condenado a tres años de destierro en la villa de la Rioja (Febrero 27 de 1812). El gobierno conmutó esa sentencia días más tarde, por dos años de confinación en la hacienda de Catapilco.

En aquella época, a la edad de cuarenta años, Mackenna aparecía ya como la figura militar de mayor relieve. Su nieto trazó de él, en esa hora de su vida que debía preceder de poco al trágico y prematuro fin que luego le pondría sello, un exacto retrato físico: «Corpulento, como casi todos los hombres de su raza, era alto y arrogante. Su fisonomía franca, movible, llena de bondad, tenía esa belleza brusca con que nacen o adquieren los hombres de guerra. Sus ojos, de un color oscuro, tenían cierto tinte de ternura y de melancolía, y sus párpados estaban en un incesante movimiento. Mackenna, que hablaba con igual exactitud y fluidez el español, el francés y su propio idioma, tenía una voz clara... A pesar de sus desgracias y de una juventud sacrificada en los colegios y en la guerra, Mackenna era alegre en su trato y de una amabilidad llena de franqueza y naturalidad...» (8).

Mackenna no se equivocaba. La hora prevista del peligro sonó, sorprendiendo a todos menos a él. En Marzo de 1813 desembarcó en San Vicente la expedición militar española dirigida por el general Pareja. Carrera, nombrado general en jefe, salió al encuentro del enemigo y Mackenna se incorporó de inmediato al ejército patriota, dando al olvido resentimientos y querellas anteriores.

Los resultados de la campaña, abundante en hechos heroicos y en desastres, no fueron favorables a las armas nacio-

(8) Vicuña Mackenna: Obra citada.

nales. Mackenna hizo lo que pudo pero careció de libertad para obrar. Si hubiera aceptado el mando en jefe del ejército que más tarde le ofreciera el gobierno, poco antes del nombramiento de O'Higgins, de seguro las perspectivas de la campaña habrían cambiado por completo. Mackenna poseía extraordinarios conocimientos tácticos, visión estratégica y don de mando. Buena prueba de ciencia militar quedó en su magnífico plan de Defensa Nacional, en donde se ve de cuerpo entero al hombre que de milagro y en medio de miserable situación económica había creado y hecho vivir una ciudad. ¡Lástima grande para la República que nunca se aprovecharan sus talentos en la cabal medida de su capacidad!

Mackenna tomó parte activa en el sitio de Chillán, lleno de penalidades, como en las principales acciones militares de las diversas campañas de la Patria Vieja, con lo que su figura se sitúa en el mismo plano de O'Higgins y Carrera, que todos tres fueron sus más altos personeros.

En Febrero de 1814 Gaínza, que había sucedido a Pareja en el mando de las fuerzas españolas, resolvió avanzar hacia la capital. Mackenna, decidido a impedirlo a toda costa, se anotó un triunfo el 23 de Febrero, día en que Las Heras, con sólo cien hombres, dispersó y puso en fuga a fuerzas numerosas. Era una circunstancia más que O'Higgins debió aprovechar, acudiendo en socorro de Mackenna que se situó en Membrillar, para infringir derrota seria y tal vez decisiva al enemigo. Pero el generalísimo, a pesar de sus promesas reiteradas, no se decidía a obrar. El peligro arreciaba. Mackenna escribió a O'Higgins desde su campamento de Membrillar, el 19 de Marzo: «Más actividad mi querido amigo, si no todo es perdido y esto por culpa de U. y por falta de energía. Hablo a U. con la franqueza de un sincero amigo...» (9).

O'Higgins no vacila más y avanza pero el enemigo se apresura y el día 20 de Marzo ataca a Membrillar. La batalla, modelo de táctica, se desenvolvió en medio de desecha tempestad y duró cuatro largas horas. Chilenos y españoles se batieron

(9) Días antes, el 13 de Marzo, Mackenna escribía al mismo: «Deseo con ansia que el enemigo pase el río (Ñuble) para atacarlo en el momento, y dar a la patria un día de gloria».

con bravura extraordinaria, quedando el campo cubierto de cadáveres, con gran pérdida del enemigo. Mackenna logró aminorar los daños de los suyos e infligió al adversario una derrota que tuvo la trascendental importancia de salvar a la capital (10). Si Mackenna hubiese sido batido en el camino de aquélla, dejándolo franco a los españoles, la rendición de Santiago habría sido inevitable.

En la batalla Mackenna fué herido.

O'Higgins avanzó con su división, juntándose con la del vencedor dos días más tarde.

El 10 de Abril Mackenna partía para Santiago a fin de conferenciar con el gobierno. «Un triunfo más dulce a su corazón que la espléndida victoria que acababa de obtener— escribe Vicuña—le aguardaba en el seno de los suyos, y siempre será entre estos un justo motivo de orgullo la ovación popular que se tributó a Mackenna en el día de su llegada a Santiago, cuando cubierto con el polvo de sus jornadas y vestido aún con su raído traje de campaña, contó a la muchedumbre que lo rodeaba la victoria que había salvado a la patria, y fué proclamado entonces, entre los vítores populares, el *Héroe del Membrillar*».

La situación no mejoró, sin embargo, como correspondía a los éxitos militares, y fué preciso firmar el Tratado de Lircay por el que los españoles convenían en una tregua militar. Ese documento—que el adversario violó y burló antes de mucho—lleva las firmas de O'Higgins y Mackenna. Ambos lo consideraron como un paso inevitable para reorganizar las fuerzas nacionales y preparar una nueva campaña en condiciones más favorecedoras. Era casi un último esfuerzo para salvar a la República.

Días antes Mackenna fué ascendido a general de brigada, que era el más alto grado en el ejército nacional, y se le nombró al mismo tiempo comandante general de armas de la plaza de Santiago. Pudo así pasar algunos días de paz junto a los suyos, los últimos en su vida azarosa. «Mackenna contaba

(10) Es interesante por su concisión y justeza el parte de la batalla pasado por el vencedor al general en jefe del ejército chileno. Vicuña lo reproduce íntegro en su *Vida de Mackenna*.

entonces con la felicidad, expresa Vicuña (11). Le habían nacido dos hijos y tenía una esposa que adoraba, y a quien, después de dos campañas, había vuelto a ver joven y hermosa, cuando él sentía su alma fatigada y su cabeza se había encanecido por los sufrimientos... La guerra, la guerra horrible de que había sido testigo, tocaba su alma con aquellas emociones, que revestidas del poder de los recuerdos, concentran el sentimiento y le dan una intensidad que traen al hombre siempre preocupado y melancólico. Había hecho ya bastante por la suerte de Chile, y sufrido lo suficiente para merecer un descanso en aquella doble lucha contra la metrópoli y las facciones. La ambición no tenía imperio en aquella alma profundamente sensible y desengañada; y quería «retirarse al campo, como el mismo lo escribía, para poner lo restante de una borrascosa vida» en el seno de los suyos. Otra cosa quisieron los acontecimientos y el 23 de Julio de 1814 un grupo de soldados lo redujo a prisión. Carrera con un nuevo golpe de fuerza había asumido otra vez la dictadura y uno de sus primeros actos era precisamente alejar de las actividades militares al más importante auxiliar con que contara el país hasta ese momento.

Separóse de su mujer el desterrado y llevando un pasaporte honroso, otorgado por la Junta que presidía Carrera, partió de Chile en Agosto de 1814. Diecisiete años de su vida, lo mejor de su juventud, quedaban en el territorio que los Andes resguardan y el Pacífico baña. Nunca, afirma Vicuña, aparece la figura de Mackenna «más alta y justificada que en esta ocasión solemne en que sus vencedores y sus enemigos lo pintan como una meritoria víctima de su lealtad y lo lamentan como a un ciudadano ilustre que la patria pierde, a pesar suyo, en medio de sus conflictos. El alma de Carrera rara vez se engañaba y el destierro de Mackenna era para él un presagio funesto. Algún día acaso se preguntará en verdad la historia si el *Cuadro de Rancagua* pudo ser por la táctica y la victoria un gemelo de los Reductos del Membrillar; y acaso se preguntará también si el ejército de los Andes hubiera traído un jefe

(11) Obra citada.

de Estado Mayor como Mackenna si se habría registrado en nuestras páginas el nombre de Cancha Rayada antes de la cifra gloriosa de Maipo».

Mackenna, apenas llegado a Mendoza, se puso en comunicación con el gobierno de Buenos Aires y comenzó a trabajar activamente, pidiendo socorros que más tarde servirían al futuro Ejército Libertador. No mucho tiempo después, en Octubre, tuvo el consuelo de abrazar a O'Higgins, el amigo y compañero de sus mejores jornadas militares. Rancagua había puesto sello de sangre y de catástrofe a la Patria Vieja. Pronto la bala de un mezquino caudillejo pondría término a la vida del esforzado guerrero.

A principios de Noviembre se dirigió Mackenna a Buenos Aires. Detrás iba el destino disfrazado con la máscara de don Luis Carrera. El destino quería liquidar a los hombres de una época y pronto, como las piezas en un tablero de ajedrez, irían cayendo todos...

Carrera envió a Mackenna una esquila de desafío compuesta en insolentes términos. Era una esquila que el jefe de aquella malaventurada familia nunca hubiera escrito. Misiva empapada en amargura, cuyas consecuencias debían alcanzar, más tarde, a víctimas más altas que su autor. En esas cuatro líneas estaba ya clavado el doble patíbulo de Mendoza...

Mackenna respondió a Luis Carrera en estos términos: «La verdad siempre sostendré y siempre he sostenido: demasiado honor he hecho a U. y a su familia, y si U. quiere por tarse como hombre, pruebe tener este asunto con más sigilo que el de Talca y el de Mendoza. Fijo a U. el lugar y hora para mañana a la noche; y en esta de ahora podría decidirse si me viera U. con tiempo para tener pronto pólvora, balas y un amigo, que aviso a U. llevo conmigo—De U.—M».

En pocas palabras, con pluma de poeta, Vicuña resume todo el dramatismo, que como en las producciones de Sófocles o Esquilo, pasa por la vida de Mackenna. «Faltábale a éste algo para que la tragedia de su vida fuese acabada!... faltábale que su sangre inocente sellase su último momento! faltábale morir sin que una mano amiga cerrase sus ojos! faltábale morir en una solitaria agonía, sin que tuviera otro mensajero para decir un adiós eterno a sus hijos que las brisas de la noche!...»

En la del 21 de Noviembre de 1814 se reunieron en el bajo de la Residencia, media legua al poniente de la ciudad, los dos adversarios. Mackenna llevaba como testigo al comandante Vargas, su ayudante, y don Luis Carrera al almirante Brown. El primer disparo sólo alcanzó el sombrero de Carrera que rodó por tierra. Los padrinos intervinieron, estimando que el honor de ambos quedaba satisfecho. Pero Carrera exigió que Mackenna se desdijese de supuestas injurias. «No me desdejaré jamás, respondió éste, y antes de hacerlo me batiré un día!»—«Y yo me batiré dos» repuso el otro.

Cargáronse de nuevo las armas, dióse la voz de fuego y Mackenna cayó con la garganta atravesada por la bala de su adversario. Esa bala—dice Vicuña—iba a herirlo «en el mismo sitio donde un tiro mil veces más glorioso, se estrelló impotente en el asalto del Membrillar».

Añade el nieto: «Así murió el general don Juan Mackenna a los 43 años de su edad, joven aún por la cuenta de sus días y en la iniciación de una gloria cuyos albores comenzaban a sonreírle. Así murió aquel hombre que tenía todas las dotes de un esclarecido capitán y de un eminente ciudadano; murió como soldado y como hombre, con las armas en la mano, defendiendo su honor; murió en el destierro, sin patria, sin familia, sin tumba talvez para sus huesos y por una mano que otra vez había estrechado como amigo; murió como estaba llamado a morir, obedeciendo a la ley de su destino, ley implacable cebada en su existencia desde la cuna, ley que debía sellar sus rigores con un horrendo martirio...»

Mackenna fué enterrado en el claustro del convento de Santo Domingo, en Buenos Aires.

En 1855, cuarenta años más tarde, Vicuña Mackenna, de paso por la capital argentina, mandó colocar una plancha de mármol en su recuerdo. Y ese homenaje no hacía sino exteriorizar el profundo amor que sentía por aquel hombre de extraordinario temple que fuera su abuelo, cuyas virtudes y adversidades lo equiparaban a los héroes de la antigüedad helénica y cuya sangre, ardiente, tenáz, rica en generosas energías y en activismo, debía primar en la suya por sobre todas las otras herencias que influyeron en la formación de su prodigiosa personalidad.

II

Hijo de don Francisco Vicuña Hidalgo y de doña Carmen Larraín, don Francisco Ramón Vicuña nació en Santiago corriendo el año de 1775, cuando ya el coloniaje español entraba en las postreras etapas. «Su primera educación—escribe su hijo Pedro Félix (12)—fué lo más esmerada que entonces podía darse en Chile, sometido al sistema colonial, que había organizado la metrópoli... pero los talentos naturales de que dió muestra desde luego el joven Vicuña, indicaron no sólo que sus progresos serían más aventajados a la situación política de su patria, sino también un carácter particular que lo pondría al lado de cualquier acontecimiento extraordinario en que la justicia y la razón pudieran aunarse. Conocedor exacto de todos los sucesos que formaron en el norte de la América una gran nación, ya no perteneció a las ideas generalizadas entonces en Chile, y una revolución igual en la América Española era su ensueño...»

Comenzó en Chile la gestación del movimiento libertador que debía iniciarse en 1810. «La ocupación de España por Napoleón y la prisión de la familia real—escribe Vicuña (12), dieron simultáneamente a todos los hombres ilustrados de América la voz de alarma. Don Diego y don Vicente Larraín, su hermano don Joaquín y su sobrino don Francisco Ramón

(12) Pedro Félix Vicuña: *Recuerdos Biográficos del señor don Francisco Ramón Vicuña*. Santiago, 1842.

Vicuña, en lo privado de la familia, concibieron que era llegado el momento de una revolución para la América y trataron de explorar el campo». Otro tanto hacían diversos patricios y los ánimos no tardaron en concertarse. Estallada la revolución de Mayo en Buenos Aires, un mensajero de ésta, don Gregorio Gómez, trajo a Chile planes y combinaciones para realizar un movimiento similar en Santiago. Gómez fué apisionado, pero gracias a la intervención de Mackenna, cuñado de don Francisco Ramón Vicuña, pudo antes ponerse en contacto con los miembros de la tertulia revolucionaria que se reunía en casa del canónigo Vicente Larraín, tertulia que ejerció influencia considerable en la primera etapa de la Patria Vieja. En todas esas actividades cupo participación señalada a Vicuña, patriota ardiente y hombre de ideas liberales bien definidas. «Ganó para la revolución, escribe uno de sus biógrafos, a todos sus amigos y era el más incansable promotor de todas las ideas que podían ayudarla».

Sobrevino el Cabildo abierto de 18 de Septiembre y la revolución quedó formalizada. En los acontecimientos que la antecedieron como en todos los posteriores, hasta 1830, debía tener Vicuña distinguida participación.

En 1811, vencido el motín contrarrevolucionario del coronel Tomás de Figueroa y fusilado éste, Vicuña se encargó, con su propio peculio, de organizar una fábrica de fusiles en que se haría nuevos y compondrían los antiguos, que en la miseria extrema de la república naciente todo era útil. El trabajo personal excesivo le ocasionó comienzo de tisis que pudo detenerse con una temporada de campo.

Formó parte del primer Congreso Nacional, reunido en 1811. En sus sesiones se señaló por su espíritu moderador en medio de las encontradas pasiones que comenzaban a perfilarse.

Estallado el golpe revolucionario de los Carrera, la familia Larraín y la de Vicuña fueron alejadas del poder y perseguidas por el caudillo vencedor. Pero cuando sobrevino la expedición española del general Pareja los ánimos de los patriotas parecieron concertarse. Carrera se puso a la cabeza del ejército nacional y su autoridad fué debilitándose.

Constituído por primera vez el Senado de Chile, Vicuña formó en su seno, desempeñando las nuevas funciones con el celo que despertaban en su ánimo todos los negocios públicos.

En 1814, y a consecuencia del segundo golpe revolucionario de Carrera, Vicuña fué desterrado. Su vida en el exilio tuvo aventuras y pellejerías de novela; asaltado un día, perseguido otro, en lances de honor un tercero. San Martín y la Expedición Libertadora lo sacaron de aquellos trances y de regreso a Chile la noticia de la victoria de Chacabuco exaltó su entusiasmo hasta el delirio. «Jamás se vió—escribe Vicuña Aguirre—mayor contento ni alborozo, ni un entusiasmo más cercano a la locura».

El nuevo gobierno le dió su representación en el territorio norte de la República, con autorización para nombrar intendentes, gobernadores y todas las autoridades judiciales y administrativas que fuere menester. Cumplió con notable tino esa tarea.

Producido el desastre de Cancha Rayada Vicuña se presentó al general San Martín ofreciéndole servir en su calidad de coronel de milicias. Aceptado aquello le tocó desempeñar delicada comisión militar el día mismo de la batalla de Maipo.

Durante la Administración O'Higgins, Vicuña, fiel a sus ideas liberales, permaneció alejado de la vida pública. Advenido don Ramón Freire al poder, tornó a la palestra política desde el cargo de miembro del Congreso de 1823. El Director Supremo lo llamó a los consejos de gobierno designándolo Ministro de Hacienda y poco más tarde Ministro de Interior. El nuevo secretario de Estado se condujo con discreción y tacto político a la vez que enérgicamente, dando al traste con un complot revolucionario.

En Julio de 1826, Vicuña presentó al Congreso un proyecto de ley para abolir los mayorazgos. En los considerandos de su moción decía: «Nada choca tanto a las instituciones republicanas como la permanencia de mayorazgos. Se resiente la patria de ver aún esas clases privilegiadas sucederse unos a otros como unos simulacros de las mismas monarquías» (13).

(13) «Chile durante los años de 1824 a 1828» por M. Concha y Toro (*Historia General de Chile*, de Vicuña Mackenna, tomo V).

Vicuña fué presidente del Congreso en 1825 y en el ejercicio de su cargo defendió celosa y valientemente las prerrogativas del poder legislativo frente a los avances del gobierno.

La vida de aquel parlamento fué corta. En el de 1828 le cupo participación muy destacada, mereciendo el honor de ser elegido presidente del Senado.

En sesión de 28 de Marzo de aquel año Vicuña presentó al Congreso dos proyectos para establecer una legislación civil y criminal. En ambos debían los legisladores sujetarse a diversas y bien meditadas condiciones. Entre ellas: «1.º El Código será distribuido en cinco volúmenes. Las leyes deben ser redactadas en los términos más claros y expresos, en el estilo más perceptible y puro, evitando con el más cuidadoso empeño sentidos ambiguos...» Se procurarían los medios de hacer más breve y cabal la justicia y—materia muy importante—se proveería a un ensanchamiento gradual de las libertades públicas. Los proyectos quedaron a mitad de camino, pues estaba reservado a don Andrés Bello el honor de dar vida al Código Civil que andando los años traduciría esos altos anhelos de progreso (13a).

Numerosos otros proyectos y trabajos llenaron la vida parlamentaria de Vicuña Larraín.

En el Congreso de 1828 fué elegido presidente de la Comisión de Constitución. Vicuña se fijó como modelo, en su trabajo, el estudio de las instituciones de Estados Unidos. «La centralización—escribe su biógrafo principal—era para este distinguido patriota la plaga más funesta y la reunión en la Capital de los más ricos propietarios y de los principales poderes políticos el germen de todas las revoluciones. Un contrapeso en las autoridades provinciales al poder central de la República, y una organización política independiente (en materias administrativas) en estas mismas provincias, el medio más seguro y expedito de contrarrestar la influencia de la aristocracia que se había aglomerado en la capital. Estas ideas, a pesar del estado en que se hallaban nuestros progresos polí-

(13a) Véase la introducción de don Miguel Luis Amunátegui Reyes al tercer tomo del *Proyecto de Código Civil* de don Andrés Bello (Volumen V de las Obras de Bello, edición auspiciada por la Universidad de Chile).

ticos y morales, decidieron al señor Vicuña por un sistema de federación, en que las provincias hicieran sus ensayos y aprendieran prácticamente lo que más les convenía». Vicuña, en 1826, «se ponía al lado del pueblo, porque sólo en él percibía las tendencias a la mejora y al progreso». El legislador aportó a la nueva constitución, en cuyo trabajo pudo contar con colaboradores distinguidos, las bases de un sistema federal que no tardaría mucho en echar por tierra la oligarquía agrícola, temerosa de perder el control del gobierno.

En función el nuevo código fundamental, Vicuña, en su calidad de presidente del Senado fué designado Presidente provisorio de la República, asumiendo la primera magistratura el 14 de Julio de 1829 (14).

Vicuña prestó juramento el mismo día ante la Junta del Congreso y formó su gabinete designando ministros interinos a don Melchor José Ramos en la cartera de Interior, Santiago Muñoz Bezanilla en la de Guerra (15) y Manuel José Huici en la de Hacienda.

El Presidente Provisional procuró pacificar el país en el que se notaban ya los primeros síntomas de la tempestad reaccionaria que no tardarían en provocar los conservadores en supremo esfuerzo para apoderarse del gobierno. Ocupóse con especial interés de la instrucción pública, nombrando una comisión encargada de modificar los planes de estudio en vigencia y de indicarle los medios conducentes al fomento de la educación obrera. Preparó un plan de obras públicas que las dificultades interiores malograrían e intentó dar impulso especial a la descentralización administrativa del país. En materia de relaciones exteriores y de acuerdo con las nuevas vinculaciones con el Vaticano sometió al Congreso las bulas pontificias

(14) Al hacer dejación del mando el vice-presidente, general Francisco Antonio Pinto, ofició al Congreso, indicando que en virtud de la Constitución correspondía asumir el poder al presidente del Senado. Decía Pinto en ese interesante documento: «Desde el retiro que he elegido para convalecer no cesaré de hacer los más ardientes votos por la prosperidad de mis compatriotas, no dudando que la providencia, que se ha esmerado siempre en asistirnos, continuará dispensándonos su protección. Las eminentes virtudes del ciudadano en quien recae la administración pública, son el garante más seguro de tan gratas esperanzas».

(15) Ambos desempeñaban el cargo de subsecretario en el departamento respectivo.

por las cuales el Papa León XII creaba obispos *in partibus* al futuro metropolitano de Santiago, Dr. Manuel Vicuña, y a don José Ignacio Cienfuegos. Y en tocante al ramo de guerra proyectó diversas modificaciones de interés (16).

El 13 de Septiembre el Presidente Vicuña inauguró solemnemente en Valparaíso las sesiones del Congreso, leyendo un mensaje en el que daba detallada cuenta del estado del país y formulaba sus esperanzas de paz para lo futuro. «Pasando en revista—escribe Barros Arana (17)—las reformas de indisputable utilidad llevadas a cabo en el último tiempo para la mejor organización administrativa, para el fomento de la enseñanza pública y para el mejor arreglo de la hacienda nacional, anunciaba un incremento efectivo de las rentas o una disminución en los gastos que casi permitirían satisfacer cumplidamente el presupuesto. Este cuadro, presentado sin arrogancia y con notable claridad en la forma, era bastante lisonjero...»

En Septiembre el Congreso eligió Presidente de la nación al general Pinto, pero éste, atemorizado ante las difíciles circunstancias políticas, dimisionó su cargo sin asumirlo y Vicuña hubo de continuar a la cabeza del gobierno, conservando el gabinete que había designado al asumir el poder supremo.

Pero la revolución conservadora estaba en marcha. ¿Cómo sofocarla sin que ello costase al país pérdidas dolorosas? El Presidente provisorio, haciendo todos los esfuerzos a su alcance, llamó a Freire, designándole general en jefe. Este distinguido militar no supo, desgraciadamente, colocarse a la altura de las circunstancias y solicitado por las intrigas de los políticos no aceptó la defensa del gobierno, que era la del régimen liberal.

El día 7 de Noviembre se verificó una asamblea tumultosa en el Consulado y los ciudadanos allí reunidos, pretendiendo repetir la escena de la abdicación de O'Higgins, acordaron exigir la renuncia de Vicuña.. Una comisión destacada por los asambleístas se trasladó al palacio de gobierno y el Presidente la recibió con la banda terciada sobre el pecho y rodeado

(16) Entre ellos una nueva bandera nacional «tricolor, de azul, blanco y grana, en cuatro triángulos, formándose el superior e inferior del blanco y los colaterales del azul y grana: en el medio las armas de la nación...»

(17) Diego Barros Arana: *Historia General de Chile*. Tomo XV.

de sus ministros. Luego de oírla, Vicuña pronunció estas palabras históricas: «He recibido el poder de manos del Congreso constitucional y sólo al Congreso constitucional puedo entregarlo» (18).

La comisión regresó al Consulado y los asambleístas—en su mayoría caballeros pelucones, comerciantes y dependientes afectos al bando conservador—resolvieron asaltar el palacio. Llegados a él y tras de corta brega lograron desarmar la escasa guardia y lanzando gritos de muerte penetraron al despacho presidencial, teniendo Vicuña que refugiarse en los departamentos privados en donde pasó toda la noche con sus edecanes y ministros y algunos oficiales fieles que permanecieron arma al brazo.

Al día siguiente el gobierno se puso en comunicación con las tropas comandadas por Viel, que estaban acampadas en Tango, y éstas manifestaron su acatamiento a las autoridades constitucionales. El Cabildo y la Asamblea Provincial de Santiago tomaron idéntica actitud.

Dominada la situación, el Presidente resolvió cambiar el Ministerio y designó otro integrado en la siguiente forma: José Nicolás de la Cerda, Interior y Relaciones Exteriores; Pedro José Prado Montaner, Hacienda, y el coronel José Antonio Pérez Cotapos, Guerra y Marina. Reunido en consejo el nuevo gabinete se acordaron medidas extraordinarias, encaminadas a sofocar la revolución que, bajo el mando de Prieto y dirigida secretamente por Portales y Rodríguez Aldea, impulsaban en diversas provincias los pelucones, con el pretexto especioso de que la constitución había sido violada en la elección de vice-presidente (19).

(18) Barros Arana atribuye al Presidente otra declaración. «Cuando se hubo hecho leer el acta de la asamblea del consulado por un oficial del ministerio,—escribe en su *Historia General de Chile*—contestó Vicuña que nada le sería más grato que abandonar un puesto que le imponía tantos sinsabores y tanta responsabilidad; pero que la constitución del Estado le imponía el deber de desempeñarlo», etc. La tenacidad y sacrificio con que procuró, más adelante, mantener el orden constitucional, corroboran la frase estampada en el texto y que hemos recogido de tradiciones y papeles de familia. Ello tiene la importancia de acusar un razgo de carácter que revela profundo sentido del deber en un mandatario que recibía en su propio despacho, ausentes de la capital las tropas regulares y sin defensa por ello, la presión de elementos amotinados.

(19) Fué elegido en Septiembre para ese cargo don Joaquín Vicuña y Larraín, hermano del Presidente provisional. El funcionario electo renunció su cargo casi inmediatamente.

Para precaver posibles contingencias y poner a salvo la autoridad del Ejecutivo el presidente resolvió trasladar la sede del gobierno a Valparaíso, dirigiéndose allí el 12 de Noviembre en compañía del Ministro de Guerra y de diversos funcionarios. En Santiago permanecieron los demás secretarios de Estado y el vice-intendente (20).

Desde el puerto tentó Vicuña un supremo esfuerzo para salvar la democracia tan incipiente todavía, pero todo resultó estéril. Quiso, sin embargo, agotar hasta el último recurso y se embarcó el 9 de Diciembre, con sus ministros de Hacienda y Guerra y el sub-secretario de Interior don Melchor José Ramos, en el *Aquiles*, único barco que entonces poseía la marina nacional y que fué puesto bajo el comando del contra-almirante Wooster.

El triunfo de la revolución pelucona haría estéril este último sacrificio.

Al término del breve gobierno de Vicuña quedaron en arcas fiscales quinientos cuarenta mil pesos (21). Esa suma, muy importante para la época, no fué aprovechada en armar a las masas, como opinaba uno de los ministros, pues el Presidente consideró que no era aceptable que se expusiese a los obreros a una masacre o cuando menos a las dudosas alternativas de una guerra civil en que todo indicaba que la suerte de las armas continuaría siendo adversa.

(20) Estando en Valparaíso el Presidente Vicuña las fuerzas del coronel Viel se trasladaron a la capital, en cuya plaza de Armas y en junta de guerra se acordó nombrar jefe al capitán general Freire. Este intentó proclamar la junta que bajo su presidencia habían pretendido constituir los facciosos el día 7 de Noviembre, pero el comandante Tupper defendió la legalidad y Freire fué inmediatamente depuesto del mando militar en nueva junta de guerra. Cuenta Barros Arana, a propósito de estos acontecimientos, un episodio que honra al pundonoso Tupper. Freire, instigado por algunos amigos que recordaban la forma en que O'Higgins dominó a las tropas sublevadas en Enero de 1823, se dirigió a los cuarteles a imponerse por acto de presencia. En las puertas del convento de San Agustín, en donde se encontraban acuartelados batallones de los regimientos Chacabuco y Pudeto, el jefe rebelde se encontró con Tupper y éste desnudando su espada dió orden de poner armas al hombro e hizo adelantar de las filas a los oficiales, exponiéndoles la situación. Luego les preguntó si estaban dispuestos a obedecer al general Freire, en rebelión contra las autoridades legales o a él que sostenía el gobierno constitucional del Presidente Vicuña. Los oficiales respondieron a una voz: «¡No obedeceremos más que a vuestras órdenes! ¡Viva el coronel Tupper!»

(21) Cabe agregar, como dato ilustrativo, que Vicuña desempeñó gratuitamente la mayor parte de los cargos públicos que le fueron confiados

Con estos acontecimientos terminó la vida política de don Francisco Ramón Vicuña.

En 1832 el ex-presidente fué acusado ante el Congreso por la viuda del teniente don Pedro Rojas, ejecutado durante su gobierno por varios conatos de sedición. Sostenía la querrelante que el jefe del Estado había confirmado la sentencia militar respectiva, quebrantando el artículo 85 de la constitución vigente en 1829. La Cámara de Diputados declaró que había lugar a la formación de causa y remitió los antecedentes al Senado con fecha 10 de Agosto. Constituyóse esta corporación en alta corte de justicia, absolviendo plenamente en mérito de la defensa (22). Conocida la sentencia absolutoria, representantes de todos los partidos y la sociedad entera de Chile rindieron homenaje al ilustre ciudadano.

Vicuña fué casado con doña Mariana Aguirre y Boza, hija del marqués de Montepío. Esta dama, de notable belleza y de acerado puritanismo, le dió varios hijos, entre los que se contaron don Pedro Félix, padre de Vicuña Mackenna, y doña Magdalena, que casó con don Ramón Subercaseaux y Mercado, suegros estos últimos, andando el tiempo, de Vicuña Mackenna.

Los últimos años de Vicuña Larraín transcurrieron en la amable paz de los suyos, sirviéndole de apoyo en horas de abatimiento y enfermedad el amor de su hermano don Manuel Vicuña, primer arzobispo de Santiago (23), de quien se cuenta milagrera leyenda de virtudes y de santidad.

Don Francisco Ramón falleció el 13 de Enero de 1849.

(22) *Defensa y vindicación del ex-Presidente don Francisco Ramón Vicuña en la acusación que se le ha hecho ante la Cámara de Diputados por la ejecución del teniente don Pedro Rojas*. Santiago de Chile. Imprenta de la Independencia, 1832.

Esta defensa fué escrita por don Pedro Félix Vicuña, según de puño y letra de Vicuña Mackenna está puesto en el ejemplar que tenemos a la vista.

(23) El Dr. don Manuel Vicuña y Larraín desempeñó el arzobispado de Santiago creado en 1839, desde ese año hasta el de su muerte, ocurrida en 1843.

Véase la interesante y bien documentada vida de este distinguido sacerdote, de que es autor don Alejandro Vicuña Pérez.

III

Un hijo del Presidente Vicuña se destacó, también, a lo largo de una existencia noble y brillantemente lograda: don Pedro Félix Vicuña y Aguirre.

Revolucionario, patriota ardiente, liberal de arraigada doctrina, filósofo, economista, hombre de prensa y político, Vicuña Aguirre sirvió desde la mocedad, sin renunciar ninguno y con sacrificio constante hasta de su propio bienestar, la causa que abrazara.

Figueroa escribe de él que «fué uno de los escritores más fecundos y laboriosos de la generación que heredó la obra de la reorganización del país de los próceres de la independencia» (24). Y añade estas justas palabras: «Pocos caracteres ha tenido nuestro país más enteros, varoniles, levantados y generosos que el suyo, porque siempre alentó sus esfuerzos una misma virtud de adhesión sin límites a sus conciudadanos y un noble anhelo de trabajo y de sacrificio por el programa que se había trazado en su carrera de apóstol de una causa de progreso y libertad»... «Nunca lograron empañar su frente los odios ni los rencores de los demás, como si su pensamiento tuviera tanta luz que disipara todas las sombras, aún las del dolor oculto en el fondo del alma!... Era el hombre bueno del Evangelio, el tipo perfecto del discípulo de Jesús» (25).

(24) Pedro Pablo Figueroa: *Historia del popular escritor don Benjamín Vicuña Mackenna. Su vida, su carácter y sus obras.*

(25) Figueroa, obra citada. «De este egregio ciudadano y eminente pensador provenía el esclarecido escritor cuya historia trazamos en este libro...—agrega el aludido historiógrafo—. Su familia, su civismo, su raro ingenio, su elevado carácter, todas sus cualidades modelos las heredó de su ilustre progenitor, hasta el sello de bondad que era la virtud de su alma y de su vida».

Nacido en Santiago el 21 de Febrero de 1805 realizó en el aula de Santo Domingo los estudios más completos que podían hacerse en aquella época. Recuérdase que siendo alumno fué designado para pronunciar loas a la libertad en la plaza de la capital el 12 de Febrero de 1818, día de la jura de la bandera nacional. La vida pública del prócer se iniciaba con el nacimiento mismo de la República.

Siguió estudios de derecho que hubo de interrumpir para ir a trabajar en Valparaíso en compañía de su hermano materno don Luis de Aysinena. En el puerto comenzó a ensayar su pluma y ya no habría de secarse en ella la tinta de las prensas ni enfriarse en su ánimo el ardor de las batallas, pues que su obra periodística había de ser perpetua lucha contra la reacción en todos los órdenes de la vida.

Su primera empresa fué la fundación de *El Telégrafo Mercantil y Político*, cuyo número uno apareció el 3 de Octubre de 1826.

Casi un año más tarde realizaba la que andando el tiempo sería su obra mayor. El 12 de Septiembre de 1827 inició su publicación *El Mercurio* de Valparaíso, diario que ha llegado a ser el decano de la prensa de Sud América. Vicuña junto con fundar aquel diario se convirtió en su redactor principal.

«Amor al progreso, entusiasmo por toda idea nueva, profunda convicción en la perfectibilidad humana y, sobre todo, desinterés a toda prueba en el éxito de sus principios, fueron las dotes que desde luego se notaron en los escritos del fundador de *El Mercurio*, decía el editorial de este diario después de la muerte de Vicuña (26).

No estuvo mucho tiempo al frente de sus columnas. Su inquietud y el afán de servir la causa liberal lo impulsaron a redactar en Santiago, el año siguiente, otro diario: *El Censor*. Y en 1829, siendo su padre Presidente de la República fundó un nuevo periódico: *La Ley y la Justicia*.

En 1830 fué elegido diputado por tres departamentos,

(26) «El Mercurio», Valparaíso, Mayo 27 de 1874.

tales eran ya sus prestigios, pero la mayoría conservadora, dominante en el Congreso, anuló sus poderes.

En los años que siguieron se destacó como el único escritor que osó combatir la dictadura del ilustre Portales, desde su revista *Paz perpetua a los chilenos*, de la que alcanzaron a aparecer veinte números.

Durante todo el gobierno del Ministro de bronce continuó su política de oposición levantada, leal. En 1837 hizo circular un folleto: *Único Asilo de las Repúblicas Hispano-Americanas* en el que «sostuvo con mucho empeño la formación de una liga hispano-americana, que debería ser regida por un congreso de plenipotenciarios».

En 1841 trabajó en favor de la candidatura presidencial de don Francisco Antonio Pinto. Con propósito de ampararla fundó en Valparaíso dos periódicos: *El Lector Chileno* y *El Verdadero Liberal*.

En 1842 dió a luz *El Observador*, colección de artículos. Al año siguiente su folleto *Elogio Histórico del Ilustrísimo señor don Manuel Vicuña*. En 1845 un nuevo libro: *Cartas sobre bancos*. Ese mismo año proclamó la candidatura del general Freire, fundando *El Republicano*, periódico de breve duración como casi todos los anteriores.

Para sostener mejor sus propósitos de fondo, que eran la reorganización del país y la vuelta al régimen liberal que cayera con el Presidente Vicuña, fundó en compañía del coronel don Pedro Godoy, hombre de vigoroso talento y donoso ingenio (27), el partido de Oposición. Los esfuerzos de esta entidad se estrellaron contra la máquina oficial, fuertemente montada, y terminaron en la declaración de estado de sitio y en el destierro de ambos caudillos.

(27) A propósito de este simpático y atrayente personaje, cuya vida daría material para ameno relato, cuenta don Augusto Orrego Luco una curiosa anécdota. Dice que en los últimos años de Godoy, fué a visitarlo cierta tarde de invierno y de sol a la casa que ocupaba sin más compañía que la de antigua sirvienta y lo encontró meditabundo, sentado en sillón de baqueta, en mitad del patio, como un hidalgo náufrago de la Colonia. «¿Sabe, doctor, en qué estoy pensando?—díjole al verlo.—Pues en el epitafio que puede ponerse sobre mi tumba, ya próxima a abrirse. Creo que éste que acabo de escribir no está mal». Y le tendió un papel en que se leía: «Aquí yace don Pedro Godoy, General de la República, muerto a la edad de ochenta años... Pasó su vida diciendo mal de la gente y no alcanzó a decir la mitad de lo que sabía».

En Lima, a donde los acontecimientos lo habían empujado, dió a la estampa su estudio histórico *Vindicación de los principios e ideas que han servido en Chile de apoyo a la oposición en las elecciones de 1846*.

De regreso a Chile, en las postrimerías de 1847 publicó en Valparaíso otro libro interesante: *Ocho meses de destierro o Cartas sobre el Perú*.

Siempre manifestó predilección por las cuestiones económicas. Unos artículos suyos, insertos en *El Mercurio*, en que atacaba la política financiera del ministro de Hacienda don Manuel Renjifo dieron ocasión a ruidoso jurado de imprenta y a no escasa folletería.

1848 fué de grande actividad para Vicuña. Trató de acusar ante el Congreso al Ministro Montt que lo había desterrado, proyecto en el cual hubo de estrellarse una vez más contra la mayoría oficialista. Y fundó el periódico *La Reforma*, desde cuyas columnas sostuvo ardorosamente la urgencia de reemplazar las disposiciones de la Constitución del 33 por otras más liberales.

En 1851, año histórico en que por primera vez después de la caída del liberalismo se intentaba reacción vigorosa contra un régimen de excesiva autoridad, encabezó en compañía del general don José María de la Cruz, proclamado candidato de la oposición a la presidencia de la República, la revolución en contra del gobierno. Le cupo en ella labor destacadísima. Fué intendente de Concepción cuando dicha provincia se alzó en armas y, más tarde, Secretario General de de la Cruz, correspondiéndole la alta dirección política del gobierno revolucionario. Vencido éste a raíz de la batalla de Loncomilla que tuvo lugar el 8 de Diciembre de 1851, Vicuña resistió cuanto pudo la firma del tratado de Purapel que puso fin a la guerra civil (27a). Su actuación había sido elevada, inteligente, dinámica y si el

(27a) Dice don Agustín Edwards en su obra «Cuatro Presidentes de Chile» que Vicuña fué el alma del movimiento revolucionario en Concepción y que si el general de la Cruz «hubiese seguido las inspiraciones del Secretario General, don Pedro Félix Vicuña, que le instaba a marchar sobre la capital sin demora, es probable que la Revolución hubiese triunfado». En realidad en la batalla de Loncomilla, a pesar de los errores militares cometidos por Cruz, no hubo vencedores ni vencidos. Sólo el tratado de Purapel, al que tan enérgicamente se opusiera Vicuña, consagró la derrota.

éxito no acompañó a la causa libertaria que servía, culpa fué de las operaciones militares desgraciadas que debieron realizarse frente a un ejército disciplinado, fuerte en todos los recursos que otorga el ejercicio del poder.

Retiróse Vicuña a la vida privada, alejándose de las actividades políticas por primera vez desde los días ardientes de su mocedad. En el establecimiento minero de Purapel entretuvo sus ocios escribiendo *El Porvenir del Hombre*, que se imprimió en 1852. Esta obra puede considerarse como la mejor y de más grande aliento que saliera de su pluma infatigable. Un decenio completo transcurrió, aprovechandolo en la defensa de sus derechos, luchando contra diversos capitalistas y detentadores. Esa labor registra la publicación de más de una docena de folletos. Los negocios del Estado no dejaron un punto de interesarle en ese lapso de tiempo. En él dió a las prensas: *Apelación al crédito público y Verdadera situación de la Hacienda Pública* (1862).

En 1864 tornó a la política activa siendo elegido diputado por La Serena. Volvía al Congreso con actividad juvenil y animado de los más altos propósitos de bien público, para traducir los cuales sometió a la Cámara tres proyectos importantes: reforma de la Constitución; creación de un banco nacional; organización del Tribunal de Minería.

Su proyecto de reforma a la carta de 1833, orientado en sentido plenamente liberal, que consagraría más tarde el triunfo de la oposición en 1891, no alcanzó éxito en esos años en que el régimen de autoridad se encontraba en auge.

En 1867 fué elegido diputado por Ovalle. En este nuevo período presentó su célebre moción para abolir la prisión por deudas, la que después de defensa brillante y prolongada fué convertida en ley.

En 1871 resultó elegido Senador de la República y desde la cámara alta continuó defendiendo con vigor los ideales políticos que habían llenado toda su vida. Fué su último cargo.

Casado muy joven con doña Carmen Mackenna Vicuña, hija del general Mackenna, constituyó don Pedro Félix un hogar admirable. Numerosa fué su descendencia, contándose entre los hijos a don Nemesio, político de actuación; a don

Juan; a don Bernardo, primogénito de la familia, a don Hermenegildo; a doña Dolores, hermana predilecta de Vicuña Mackenna; a don Eladio y a doña Clarisa (28).

La señora Carmen Mackenna fué mujer de temperamento notable, enérgica, decidida en las ideas políticas que compartió con su marido conjuntamente con las persecuciones y sinsabores. Tenía el perfil vigoroso de las mujeres de Roma. Era de aquellas que no retroceden ante ningún obstáculo en la línea recta que trazaron para sus vidas, de aquellas que están dispuestas a darlo todo y a renunciar a todo, si es preciso.

En tal hogar, formado en las tradiciones libertarias y revolucionarias de la independencia, con despego de prejuicios aristocráticos y coloniales, se desenvolvió Vicuña Mackenna. Si más tarde las luchas y las persecuciones políticas debían forjar en yunque sólido el temple de su carácter, el alma estaba ya formada con las directivas espirituales y sociales que encontró entre los suyos.

Don Pedro Félix ejercía en su hogar papel de patriarca antiguo. Todo era común. Los bienes de fortuna no abundantes, los ideales revolucionarios, las simpatías políticas, el modo abierto de comprenderlo y considerarlo todo. En los últimos años la cabeza nevada que ningún desencanto logró doblegar era símbolo de triunfo, bandera desplegada a los vientos del optimismo, suprema lección de lo que pueden los ideales en las almas superiores.

En esta atmósfera de elevación y de amor lo sorprendió la muerte el 24 de Mayo de 1874.

Sus funerales dieron lugar a un duelo público que toda una vida de abnegación y de trabajo justificaban ampliamente.

(28) He aquí, tomado del libro *Los de Vicuña*, que firma don Tomás Thayer Ojeda, la nómina de los Vicuña Mackenna y sus consortes: Don Bernardo, casado con doña Mercedes Dueñas; don Benjamín, casado con doña Victoria Subercaseaux Vicuña; don Nemesio, casado con doña Manuela Subercaseaux Vicuña; don Juan, casado con doña Carmen Vicuña Cañas; don Eladio, casado con doña María Luisa Echaurren; don Hermenegildo, casado con doña Filomena Novoa; doña Luisa, casada con don Ponciano Dávila; doña Dolores Victoria, muerta en la infancia; doña Lutgarda, casada con don Javier Luis Zañartu; don Félix, muerto en la infancia; doña Dolores, casada con don Juan de Dios Morandé; doña Elena, casada con don José Francisco Opazo; doña Lucía, casada en primeras nupcias con don Pedro Valentín Urzúa y en segundas con don Elías Alcalde; doña Carmela, muerta célibe; doña Josefa, casada con don Carlos Portales, y doña Clarisa, casada con don Onofre Aránguiz.

Dijo «El Ferrocáril» en su editorial del 26 de Mayo: «Fué un ciudadano amante celoso del bien público, que tuvo el mérito harto raro de descuidar sus negocios privados para prestar atención preferente a los generales, sin que le obligara a ello el desempeño de ningún cargo lucrativo y aún en mucha parte de su vida ni siquiera honorífico. Así ha muerto pobre, habiendo podido disponer de los elementos que habrían bastado a otros más egoistas para acumular un ingente caudal; pero qué él no hizo fructificar porque dedicaba su tiempo y su talento, no al incremento de sus intereses privados, sino a la prosperidad del país». Y añade el editorialista: «Un hermoso razgo. Muchas veces defendió en el Congreso a las familias de los hombres que le habían perseguido a él o a los suyos».

«El Mercurio» de Valparaíso le rindió sentido homenaje en su edición del 27 de Mayo. El editorial, en cuyas frases no es difícil distinguir la pluma de Vicuña Mackenna, empapada en filial emoción, traza una hermosa silueta del patricio (29):

«Amor al progreso, entusiasmo por toda idea, profunda convicción en la perfectibilidad humana y, sobre todo, desinterés a toda prueba en el éxito de sus principios, fueron las dotes que desde luego se notaron en los escritos del fundador de *El Mercurio*.

«Muchas veces leyendo los escritos y los discursos del señor Vicuña nos dijimos entusiasmados:—«Este es el hombre de Montaigne»; otras, «este es el tipo perfecto de los utopistas»; y otras, en fin, «he ahí el último soldado intrépido de la falanje liberal de 1828».

El editorialista se pregunta: «¿En donde están los liberales que fueron sus colegas? ¿En dónde aquel partido que, derrotado en Lircay, sufrió las inclementes persecuciones de Portales? En ninguna parte; sus últimos representantes tiempo há que no son más que polvo...»

«Empero, al pie de las columnas del templo derribado, ha podido verse hasta ayer en pie, firme, siempre animoso y

(29) Dice Figueroa en su *Historia de Vicuña Mackenna*, que éste había reunido los materiales para escribir una *Vida de don Pedro Félix Vicuña*. Entre ellos las *Memorias*, inéditas, de su progenitor.

resuelto, al último de sus sacerdotes; sí, al último de sus verdaderos sacerdotes...»

«Si pudiésemos trasladar al papel la fisonomía moral del señor don Pedro Félix Vicuña, según se nos representa a la imaginación, la trazaríamos completa; pero la pluma no obedece a nuestra voluntad sino prestando muy mediana expresión a lo que sentimos. No obstante, ella nos permite la satisfacción de decir que fué el hombre del trabajo, de la fe, del sacrificio y de la fidelidad. Que prestó a su patria cuanto tuvo: talento, labor, fortuna».

«Su hogar fué el hogar de todo desgraciado; su corazón el nido de grandes y nobilísimos afectos. Su misión era darlo todo en este mundo; así, dió con prodigalidad su pluma al pueblo, sus ternezas a la familia; su bolsa a los pobres.

«El luto y las lágrimas de todo un pueblo valen la inmortalidad. En este supuesto, la familia del ilustre finado, si bien inconsolable porque no puede verle ya siendo el patriarca venerado del hogar, tendrá desde hoy la espléndida satisfacción de contarle entre los pocos que viven después de haber vivido» (30).

Paréceme que las frases de este editorial en que hace cerca de medio siglo la más insigne pluma de Chile fijaba la posición histórica y la figura moral de un gran ciudadano, realizan el más justo elogio de don Pedro Félix Vicuña.

¿Cómo no encontrar en las virtudes de éste, en su corazón magnánimo abierto a todos los horizontes de la generosidad, en su incansable pluma, en el ánimo impávido con que resistía las derrotas y los embates de la adversidad, en la pasión ardiente por el servicio público y por la grandeza de su tierra, la raíz de las calidades morales y cívicas de Vicuña Mackenna? Lo que en el padre fué abnegación, esfuerzo sin fatiga, talento y estudio, en el hijo se vestiría con todos los atributos de lo genial.

En don Pedro Félix Vicuña estaba en germen todo Vicuña Mackenna.

(30) En *La Historia de los diez años de la administración Montt*, se encuentran estas palabras, que completan el retrato: «A diferencia de muchos de sus nobles compañeros de ideas y de infortunios, que enmudecieron alguna vez delante del terror o de los halagos de sus enemigos, él permaneció siempre al lado del pueblo y sostuvo sus derechos con resuelta firmeza».

I V

En la casa que perteneció a don Ignacio de la Carrera, en el antiguo número 63 de la calle de las Agustinas, entre Morandé y Teatinos, nació Vicuña Mackenna el día 25 de Agosto de 1831 (31).

Sus primeros años corrieron en la todavía colonial ciudad de Santiago, vuelta al régimen de pasividad política después de los tormentosos días de la gestación republicana. El partido pipiolo había caído con el último presidente liberal que ocupara el solio del poder, abuelo del hombre que allí, entre pañales aristocráticos y resabios de vida aldeana, viniera al mundo. Las calles estaban patinadas de silencio y las almas parecían dormir. Comenzaba el largo período del régimen de autoridad durante el cual se gestarían las más hermosas luchas doctrinarias del siglo XIX y saldrían a la liza algunos de los más ilustres caudillos y próceres civiles de Sud América.

En casas de su parentela numerosa, en los patios empedrados y cubiertos de pasto de las mansiones señoriales, en la calle pública, ancho patio común de la vida de todos,

(31) Dice Pedro Pablo Figueroa en su *Historia de Vicuña Mackenna*: «El hombre genial y predestinado que debía llenar con su nombre, su gloria y sus libros—en extraordinaria labor literaria,—medio siglo de la historia de Chile, nació en Santiago el 25 de Agosto de 1831. La casa donde se meció su cuna, fué la misma que sirvió de hogar a los ilustres e infortunados generales Carrera, padre e hijo, situada en la calle de Agustinas número 46, a continuación de la calle de Morandé, acera del sol, según lo recuerda él mismo en sus *Relaciones Históricas*, segunda serie, en el capítulo titulado: *Los hogares y las calles de Santiago*.

se deslizaron las primeras andanzas, los primeros balbuceos y los juegos primeros de aquel niño cuyos talentos no tardarían en asombrar al propio Bello.

Y el carácter travieso y rebelde del muchacho se anunció tempranamente. Cierta tarde, en los comienzos de la administración Bulnes, un grupo de chicos divisó por la calle solitaria en que jugaba, a un ciudadano de silueta bien conocida, alto, de prominente barriga, que marchaba, con cadenciosa pausa, haciendo girar su bastón de caña de Indias. «¿A qué no le das el *guatazo*»? dijo uno de los muchachos. «¡Verás!»—«¿Apostamos seis reales?»—«Apostados». Y el chico, con la cabellera rubia al viento, se lanzó a todo correr calle adelante, y como quien choca de casualidad fué a embutir la cabeza en la barriga del transeunte que estuvo en pique de irse de espaldas. Irritado el personaje alzó su bastón con ademán amenazador. Y en medio de las risas de sus pequeños amigos, que eran hijos de obreros o de aristócratas que en bella democracia infantil se entretenían a diario, huyó el chico de la hazaña seguido de sus compinches. Vicuña Mackenna acababa de estrenarse en la vida política dándole un *guatazo* al presidente de la República.

La infancia de Vicuña transcurrió principalmente en Llay-Llay, en donde su padre trabajaba valiosa hacienda (32). Allí la vida del campo ofrecía a la imaginación precoz del niño todo el incentivo de sus tradiciones, de sus costumbres, de sus tipos; el solaz de las cabalgatas, de los paseos en carreta, de las trillas a yegua, con harpa, guitarra y fondas en que iba a vaciarse toda la obscura y escondida tristeza del alma popular. Fué allí, seguramente, donde el futuro líder de los pueblos tomó los primeros y más ardientes contactos con obreros y campesinos, con los trabajadores humildes de la tierra, con todos los hambrientos de justicia y de paz.

Vida de andanzas, entretención y constante camaradería con los labriegos. En alguna correría cayó del caballo, fractu-

(32) «El valle de Purutún.—escribe Vicuña en su obra *Al Galope*—con el aditamento del Melón, en cuya cuesta termina su radio por el norte, fué arrendado en 1836 por los hermanos don Pedro Félix y don Ignacio Vicuña, mediante un canon de 6,000 pesos y un *juanillo* de 800 pesos que pagaron ambos a don Diego Portales».

rándose un brazo, con lo que fué preciso traerlo hasta la capital en hombros de cuarenta robustos mocetones.

Los *Apuntes Confidenciales* de Vicuña Mackenna arrojan mucha luz sobre sus primeros años.

Escribe en ellos: «1831-1839. Pasé mi niñez en Llay-Llay, en la casa que es hoy de Edwards, y era entonces una casa pajiza. Por eso han puesto mi nombre a una calle de ese pueblo.

«1840. En Agosto entré al colegio de Cueto, después de Núñez, y allí estudié latín, aritmética y gramática, saliendo mal en todos mis exámenes, o en casi todos» (33).

«Me gustaba sólo leer libros de historia, cuyos argumentos contaba a mis compañeros, y esto y charlar eran mis ocupaciones» (34).

Su infancia debió, pues, mecerse en los halagos de una vida patriarcal, recibiendo las lecciones libertarias de un hombre que fué revolucionario toda su vida, llevado de superior idealismo, y junto a una madre severa, si bien hondamente afectuosa y muy mujer. Los suyos, aún cuando separados del gobierno, ocupaban la más alta posición en la sociedad chilena, sin que la fortuna, mermada en luchas políticas, hiciera notar su flaqueza en la apacible existencia que llevaba la aristocracia de entonces. Ni fortuna, ni blasones, ni prejuicio alguno lo influirían jamás, por otra parte. El trato de las viejas sirvientas, la comunidad con sus camaradas proletarios, compañeros de

(33) Sin embargo de esta aseveración, reproduce Donoso un aviso del colegio de don José M. Núñez en que se dice que el consejo de profesores ha juzgado muy digno de mención especial a Vicuña «por haber conseguido finalizar un curso laborioso como el latín empleando mucho menos tiempo que sus demás condiscípulos».

Véase Ricardo Donoso: *Don Benjamín Vicuña Mackenna. Su vida, sus escritos y su tiempo*. A esta obra se refieren todas las citas no especificadas del señor Donoso que se encuentran en el presente ensayo.

(34) Escribe Figueroa: «Maravilla, en verdad, la inmensa ilustración adquirida por Vicuña Mackenna, en su niñez y juventud, en la lectura de obras de todo género, de todos los autores de los más lejanos países y de todos los tiempos.

«Adquirió el conocimiento de varios idiomas para extender el horizonte de sus lecturas y conocer a fondo todas las materias que interesaban su espíritu y su deseo de cultura.

«En posesión de una ilustración tan múltiple, se explica su facundia extraordinaria que le permitía tratar con acierto, erudición y novedad, todos los temas...» (*Historia de Vicuña Mackenna*).

Añade en el mismo libro: «que aún llegó a conocer el araucano, y dice que entre sus libros inéditos han quedado una Gramática y un Diccionario de este idioma bárbaro, que había comenzado a componer en sus últimos tiempos» Se consultaba directamente con los indios que visitaban Santiago con alguna frecuencia, por esos años.

juegos y jugarretas y de las clásicas *cimarras* estudiantiles en el hosco Huelén, de cuyas piedras su genio haría jardines, fueron moldeando su carácter y abriéndole los ojos del espíritu hacia el ejercicio de un grande apostolado que llenaría su vivir.

Los horizontes de la tierra en que fué creciendo debieron sugerirle no poca poesía. En esos panoramas de montañas y de hondonadas, que el Aconcagua subraya con la majestad de su mole soberbia, sembrados de árboles y de jardines, con olor a humanidad que se forja en rudo trabajo, los crepúsculos ponen siempre una nota de arte delicado. Lo grande y lo pequeño se juntan. Hay belleza en cada rincón, pero esa belleza hace pagar en esfuerzo el placer que otorga. La raza habitadora ha de ser de hombres acostumbrados a conquistar el pan y no con blandura. Pero en medio de ese llamado al esfuerzo y a la actividad creadora cuanto material para un hombre de imaginación, cuanta sugerencia para una mentalidad poderosa!

No distante, en la otra margen del río, sus ojos podían ver las casas de Santa Rosa de Colmo, que acogerían sus días postreros. Tan próximos, como la vida y la muerte, los panoramas de sus años de comienzo y acabo.

Completó sus estudios de Humanidades en el Instituto Nacional de Santiago, (35), a donde ingresó en 1847. Y se incorporó al año siguiente, cuando aún no salía de sus dieciséis años, en la Academia de Leyes de la Universidad de Chile, cuyos destinos regía el ilustre Bello.

A la edad de diecisiete años compuso las primeras páginas de su vida literaria. La pluma que ya nunca caería de las manos trazaba en esas sus *Memorias Intimas*, inéditas aún, las ilusiones, los sueños y los deseos todavía confusos que llenaban su adolescencia.

(35) Desde que se estableció en la capital, para proseguir sus estudios, vivió en casa de su tío don Félix Mackenna, calle de las Rosas número 23. Allí pasó los primeros años de su juventud. En la oficina de Mackenna, en la calle de Huérfanos, en donde el joven estudiante trabajaba con modesto sueldo de 25 pesos oro al mes, se daban cita, en animada tertulia, los hombres públicos más destacados de la época.

Urguemos en ellas, leamos algunas líneas que muestran interesantes modalidades de su espíritu. Las primeras emociones ante la mujer que se ama y no lo sabrá nunca, los deliciosos tormentos que acompañan el despertar afectivo de las vidas apasionadas...

Dice, en la página del 8 de Septiembre de 1848: «Esta noche la ví. ¡Qué linda estaba!» «Hacía tantos días que no miraba la luz de su belleza, que me estremecí de un placer delicioso, aunque rápido. ¡Ay! en un tiempo gocé a su lado todo lo que ahora sufro. En un tiempo respiraba sin zozobras su aliento purísimo y su palabra llegaba a mis oídos perfumada con el aroma de sus labios. Pero hoy, que siento arder un volcán abrasador de amor y de ternura, la dignidad y el deber me ordenan callar...» Ella ignora las inquietudes que turban esa alma demasiado delicada... Jamás leerá esas páginas en que se ha vaciado un romanticismo que la juventud de fin de burguesía no sabrá comprender.

Y en otra: «He concluído la narración de mi vida en un día. ¿Quedaría completa sin acordarme de tí? ¡Oh, amor! nadie puede gloriarse de haber triunfado de tí. Tu invencible poder me domina; y yo, que podría hablar sin rubor y estar perpetuamente a su lado, prefiero ir a dar una mirada oculta y fugitiva por entre las rejas de una ventana. ¡Humilde adoración de un amante sin fortuna!»

Y analiza su corazón, las inquietudes y dolores que atañean deliciosamente su sensibilidad. Más adelante lamentará el vacío de aquella pasión precoz.

«No tengo ningún motivo concreto de pesar, y, sin embargo, sufro mucho. Siento vacío el pecho de aquel corazón que antes lo llenaba por completo; ya no me turban los ojos de una bella, mi sangre circula indolente y vivo en inerte paz. Esa es una felicidad bien triste; prefiero ser desgraciado como antes, echo de menos aquellas penas dulces y terribles que arrebatan el alma de la tierra y depuran nuestro ser de toda materia». Penas de los diecisiete años que saturan de deliciosa ingenuidad el comienzo de una gran vida ¡toda llena de pasión!

Acasó por esos mismos días otro amor golpea a su espíritu, esta vez limpio de dificultades. Quiere a una joven de la cual le separarán sus pocos años y su carencia de dinero. La dama corresponde ese afecto, pero andando el tiempo obedecerá a la voz materna que la destina a ser mujer de un hombre de situación económica formada. Ese positivismo, tan burgués y tan mezquino, ha de arrancar honda protesta a su pluma: «Desde su infancia le habían enseñado que no era lícito a un puro y santo amor encender sus teas sino en un altar de oro...» (36).

Desahoga las tristezas de aquel desengaño en un poema que titula *Predestinación*. El dinero será para ella, pero él en sus manos retendrá la gloria.

Leamos el comienzo de ese poema de adolescencia: «¡No soy poeta de la armonía! ¡Sólo soy el triste bardo del sentimiento! Quisiera cantar alabanzas a la amada de mi corazón, pero el estro de la poesía se apaga en mis rudos labios, que no saben sino el himno de la verdad. ¡Soy también pobre! No tengo una lira de oro para mis cantares y sólo poseo mi alma entristecida, que cual el arpa de Ossian, exala sus roncós gemidos cuando la pulsa la mano temblorosa del recuerdo o de la esperanza...»

Con todo y sobreponiéndose a sus propios sentimientos ve con júbilo que ella pueda ser feliz y en su *Diario* deja testimonio de las cualidades que adornan a su rival, a ese rival que ha de conducirla a un altar de oro. Tanta generosidad sorprende. «Soy hombre de mundo,— escribe Rafael Egaña (37)—he

(36) *Predestinación* «A E... en una noche de baile». Vicuña supone este poema traducción de un trabajo lírico del poeta alemán Hoffenheim, que no es sino él. Fué publicado en la «Revista del Pacífico».

A propósito de este escrito, dice Galdames en *La Juventud de Vicuña Mackenna* (Cap. XXVIII): «Consideradas hoy y leídas sólo como expresión de arte, esas páginas componen un poema en prosa, pleno de fuerza y armonía, lo más perfecto quizás, literariamente, de cuanto hasta entonces hubiera su autor producido... Es el episodio sentimental de un gran corazón y un gran cerebro, que el mismo protagonista refiere en la hora en que lo atenaza y golpea el desengaño. Ninguna obra de su juventud exhibe con igual viveza el temperamento del escritor y del hombre. Ninguna tampoco le excede como manifestación de dignidad y ternura».

(37) Rafael Egaña transcribió bajo su seudónimo de Jacobo Eden en «La Unión» de Valparaíso, algunas páginas de las *Memorias Intimas* de Vicuña Mackenna. Esos originales pasaron más tarde a poder de don Pedro Pablo Figueroa, quien se proponía publicarlos. Hasta hoy han permanecido inéditos.

observado un poco y confieso que no he conocido en la juventud de mi tiempo un alma tan pura como ésa; aún llego a temer que ellas hayan pasado para siempre!»

Entre los fragmentos de las *Memorias* o *Diario Intimo* de Vicuña, publicados por Figueroa, se encuentran algunos escritos en francés. Las emociones de aquellos días se reflejan en ellos. Byron, el «apasionado y sublime Byron» calma su corazón. El mar azul lo conforta. Excursiona con su hermano Juan por las playas solitarias, asiste con su padre al lanzamiento de un bergantín, se preocupa de política, explora. «Chile está enfermo de apoplejía,—escribe—es cosa evidente que necesita una sangría. La República presenta sus brazos para la operación, la lanceta está pronta...»

Examina a cada paso sus sentimientos. ¿Quién mejor que él? «Amo la amistad de todos los corazones, dice; es para mí una dicha tener amigos en todas partes, pero prefiero y busco con ansiedad el afecto de los que reúnen la virtud y el talento...»

Sus jornadas de aquellos primeros años son asombrosas. Trabaja muchas horas, pero, no contento, arranca algunas al descanso indispensable en los días mozos, «a fin de vivir cada día diecisiete o dieciocho horas, en vez de doce o catorce». Y vivir es estudiar, laborar. ¿Qué lee? El 12 de Septiembre de 1849 dice: «Anoche leí una novelita de Florian y Piscericourt, titulada *Moltader*; hoy concluí el poema de *Napoleón en Egipto* y *Waterloo*, ambos de Barthelemy y Mery, el *Guillermo Tell* de Florian y *La Sirvienta Hábil* del mismo autor...» Y no es sólo eso. Antes de que amanezca han pasado por sus ojos *Blanco y Rojo*, comedia en tres actos, las *Cartas Inglesas* y la traducción del poema hebreo *Eliexer y Neftalí*...» En su *Diario* desfilan los clásicos y los contemporáneos, arrancando a su pluma novicia acertados juicios de crítica literaria.

En medio de lecturas tan copiosas no faltaba, sin embargo, tiempo para asistir a los espectáculos teatrales que le atraían de modo especial. La bolsa paterna, no siempre bien guarnecida pero siempre abierta, facilitaba sus idas al Teatro de la República que recién abría las puertas por aquellos días. Por ese escenario pasaron Rendon, la Rossi y el famoso Casacuberta, actor que arrebató al público con dramones tre-

mendos en que moría hasta el apuntador. Vicuña pudo asistir al beneficio y despedida del actor, que, agotado después de representar «Los siete escalones del crimen», sucumbió a un ataque de apoplejía. El dramaturgo se había superado, mandando a los propios intérpretes...

El recuerdo de su deudo el arzobispo Vicuña pone nota de relieve místico en aquellas hojas de los comienzos. Era justo. El misticismo—religioso, político, filosófico—jamás ha estado ausente en alguna etapa de la vida de los hombres de acción. La marcha de la Humanidad ha requerido siempre del gesto apasionado.

En esos años adolescentes su pasión por las letras y por la historia fué enraizando en el cerebro y en el corazón. En 1849 fundó la Sociedad Literaria de Santiago, en compañía de Lastarria, Miguel de la Barra, Miguel Luis Amunátegui y otros que más tarde figurarían con brillo. En aquella institución de juventud leyó algunos de sus primeros trabajos, que luego se publicarían en «El Año Diez» y otros periódicos de la época.

Los ensayos iniciales, en su mayoría inéditos, poseen encanto singular. Su alma se traduce en cada página de esas *Memorias Intimas* (38), que, comenzadas el 25 de Agosto de 1848 (39), al cumplir diecisiete años, sólo terminarían en 1867, en la plenitud de su vida, justamente en los días que precedieron a su matrimonio. La primera parte muestra una sensibilidad exquisita, la pureza de un espíritu no amargado por ningún complejo de inferioridad. Está plena de ingenuidad, indicadora de cuerpo y alma sanos. Todo le sorprende. Todo le encanta o le duele, los pesares nimios le parecen sufrimientos tremendos y en la menor alegría arde... Esas páginas parecen saturadas de amanecer. Una divina embriaguez ha florecido en ellas.

(38) Las *Memorias Intimas* constituyen un diario de vida en que se reflejan los acontecimientos de la época. Paralelamente llevó otro libro de memorias con el título de *Apuntes Confidenciales*, que se refieren exclusivamente a su vida.

(39) «Elegió el aniversario—escribe Figueroa en su citada obra—para dar comienzo a la tarea que se impuso y en la que culminó como el primer escritor de su patria y el más encantador de los prosadores de América».

V

En 1849, obtenido su título de bachiller en Leyes y Ciencias Políticas, el imberbe escritor ingresó a la Academia de Leyes y Práctica Forense.

Vicuña Mackenna ha descrito aquella escuela que databa de los postreros tiempos del coloniaje (40): «Como institución de enseñanza técnica la Academia de Leyes era en extremo deficiente; pero considerada como un elemento de disciplina intelectual, como un gimnasio del espíritu, del pensamiento y de la palabra, ofrecía a la juventud una arena de luz y de combate que la preparaba admirablemente para las exigencias de la vida pública».

Vicuña se entregó con entusiasmo a los estudios y no tardó en adquirir entre sus condiscípulos el natural ascendiente que siempre conquistaría su poderosa personalidad. Los conductores, nacidos con el doble don de la sugestión personal y del mando, saben imponerse desde la primera hora en cada uno de los círculos de acción a que la vida y las circunstancias los empujan. Temperamento ardoroso y apasionado, que sentía vibrar en la carne y en el espíritu todas las emociones sociales e intelectivas de su tiempo, y aún sabía husmearlas cuando flotaban en la atmósfera vaga del devenir, sólo penetrable a las naturalezas superiores, Vicuña no tardó en incorporarse él, e incorporar a sus camaradas, a la oleada revolucionaria que iba creciendo en los postreros tiempos de la administración Bulnes.

(40) *La disolución de la Academia de Leyes.*

En las arenas políticas, candentes ya, se diseñaba con perfiles sólidos la candidatura de Montt, y contra ella la juventud levantaba polvareda de fronda. El gobierno, para definir posiciones, designó en Julio de 1850 ministro de Justicia a don Máximo Mujica, regente de la Corte de Apelaciones de Santiago y presidente de la Academia. Con tal motivo el director de la misma, don Juan Francisco Meneses, pretendió enviar un oficio de felicitación a Mujica, lo que de inmediato provocó resistencia entre los alumnos. Vicuña sostuvo que la nota de Meneses, hecha en nombre de la corporación, era contraria al reglamento de la misma.

Un diálogo se entabló entre impugnador e impugnado.

—«¡Hola! ¿quién es usted?»

—«Soy Benjamín Vicuña».

—«Celebro mucho conocerlo».

—«¡Yo también lo conozco demasiado, señor director!»

Y como el dómine se encarase más duramente, el joven repuso con aire de desafío: «¡Basta de raspas!» Meneses le ordenó salir de la sala, preguntándole Vicuña con qué facultad podía darle tal orden. Meneses, fuera de sí, reiterósele. Y en medio de gritería general, metiéndose el sombrero hasta las orejas, el joven abandonó la estancia.

El intransigente director pidió de inmediato, al Consejo de la Universidad, la expulsión del estudiante rebelde y éste apeló ante Bello, su rector, del acuerdo provisorio que lo alejaba de la Academia.

Con ello se hizo general el descontento de los alumnos, quienes se plegaron en masa al compañero revolucionario, iniciando entusiasta agitación en todos los medios intelectuales y políticos de Santiago. Puede imaginarse el escándalo que en la pacata capital hubo de provocar la actitud de la muchachada y del caudillo que dirigía sus reivindicaciones, bien modestas todavía.

A vuelta de discusiones, de proyectos de interpelar al gobierno, de protestas de dómines y alumnos, el Rector Bello que en lo hondo simpatizaba con los jóvenes, se avino a entrar en mediación, y a poco, cambiadas explicaciones entre todos, Vicuña fué admitido de nuevo en la Academia, de cuyo seno

no tardarían en sacarlo, sin embargo, los acontecimientos políticos de la revolución que estaba ya en marcha.

Un destino feliz había marcado el primer paso de Vicuña Mackenna, en esos brillantes albores de juventud, al iniciar el camino reivindicacionista que rara vez abandonaría durante la etapa central y más rica en contenido ideológico y en acción de su admirable vida.

V I

En esos años primeros el adolescente había comenzado a formar su acervo intelectual. Las ideas iban fijándose, el amor por el estudio y por la historia cristalizaba a la par que la vocación dinámica de construir. Vicuña Mackenna a los diecisiete años era ya un gran trabajador.

Nutría su espíritu con lecturas constantes y no siempre bien ordenadas, como suele acontecer a la mayoría de los escritores jóvenes. Leía a Byron, Cervantes, Luis Blanc, Chateaubriand, Lamartine y Molière, entre otros muchos. Cuanto libro cayera en sus manos era devorado. Su pluma, que no cesaría de correr hasta la hora última, vibra en la tinta. La curiosidad le empuja a la calle, a las reuniones políticas. El teatro le seduce. La barra de la Cámara de Diputados le cuenta entre sus hábitos. El político está ya en potencia.

En 1849 escribe su primer ensayo histórico, que ve la luz pública en «La Tribuna», en el mes de Junio. «Es un estudio breve—escribe Donoso (41)—compuesto en el estilo vivo y animado que tantos admiradores había de granjearle con el tiempo. Campean en él todas las condiciones que en tan alto grado había de desarrollar en sus futuras labores literarias:

(41) Obra citada.

viveza de estilo, animación de la relación, encadenamiento lógico de los hechos» (42).

Vicuña Mackenna llevó aquel su primer trabajo que versaba sobre *El Sitio de Chillán*, a don Andrés Bello. El Rector de la Universidad de Chile, de cuya Academia de Leyes era miembro el joven escritor, lo acogió con su habitual benevolencia.

—«Vuelva usted dentro de algunos días, a fin de poder leer en forma más detenida su trabajo», le dijo.

Y con el corazón pleno de esperanza, volvió Vicuña a casa de Bello. En su escritorio, perpetuado por el pincel, lo acogió el sabio caraqueño con la sonrisa más afable.

—«Amigo mío, díjole. La lectura de su trabajo me ha producido fuerte impresión. Desde luego advertí en él unos cuantos errores gramaticales. No haga usted caso de ellos y siga adelante. Tiene usted todas las cualidades que acreditan a los escritores de porvenir. Persevere y tenga la seguridad de que ha de llegar muy lejos» (43).

El futuro se encargaría de decir hasta qué punto era acertado aquel vaticinio. Entre tanto el joven abandonaba la casa

(42) Vicuña Mackenna recibió innumerables felicitaciones por *El Sitio de Chillán* y hasta los versos de algún poeta bien intencionado. Ese mismo año de 1849, para corresponder al favor público, compuso una *Reseña sobre la fundación del Instituto Nacional de Chile* y a mediados de Julio leyó en la Sociedad Literaria una *Historia de Almagro*.

El Sitio de Chillán fué leído en la Sociedad Literaria y «tanto agradó a todos los que oyeron la lectura—escribe Figueroa—que se acordó por unanimidad publicarlo. Camilo Cobo quedó encargado de correr con los tragines de la publicación y llevó los manuscritos a la imprenta de *El Progreso*. Pero, por falta de espacio o de voluntad, no encontró acogida y entonces don Antonio María Fernández lo llevó a *La Tribuna*». «*La Tribuna*—añade Figueroa—fué más hospitalaria que *El Progreso*. Y es posible que en adelante la existencia de aquella *Tribuna* sea conocida por haber publicado el primer trabajo de Vicuña Mackenna y no por cuanto en ella pudieron escribir sus propios redactores y colaboradores.»

Entre las felicitaciones recibidas por el joven autor le fueron, sin duda, especialmente gratas las del general Freire, que tenía ya puestos los dos pies en los estribos. «Elogios que aprecio infinito,—anota en su *Diario*—porque los soldados no saben mentir... sino cuando refieren sus campañas».

Dice Figueroa: «Nuevos y numerosos aplausos siguieron alentando al historiador que nació a la luz de la publicidad, y contribuyeron a hacer amable la alborada de un gran sol».

(43) Esta entrevista y el texto de las palabras de Bello, apuntadas por nosotros hace algunos años, se conservaron siempre vivos en el recuerdo de la compañera de Vicuña Mackenna, de cuyos labios las escuchamos muchas veces. Nuestra versión, corroborada en papeles de familia—de la época—no difiere de la que, con natural modestia, da el propio Vicuña en su *Diario Intimo*.

de Bello con el alma ligera y la cabeza juvenil afebrada por el calor de las glorias futuras.

Bello acababa de darle el supremo espaldarazo, como Miranda lo diera a Bolívar un día, en los colinas de la ciudad eterna (43a).

Y con él ingresaba definitivamente a la vida pública de su tierra, que se preparaba a sacudir la modorra colonial, sólo interrumpida en las agitaciones del período pipiolo. Muchos años después Vicuña trazaba el cuadro de esa época iniciática con «una irreprochable fidelidad», al decir de Galdames (44). Y «no creemos—añade el reputado historiógrafo—que haya quien pretenda sustituirlo por otro siquiera semejante en fuerza expresiva y realismo evocador».

Dice Vicuña en ese cuadro (45): «En ese tiempo, como hoy, el Instituto era un semillero...» Nacía la historia nacional y alboradas lucientes iluminaban su cuna... «La sociedad misma se sentía como de suyo arrastrada a las emociones de una vida de novedad en cambios y en encantos. Era la vez primera que el arte desplegaba sus alas de oro en nuestro cielo de zafir. Monvoisin había clavado al muro de su taller sus

(43a) Vicuña Mackenna conservó durante toda la vida del sabio caraqueño relaciones muy afectuosas con él, siendo tan estrechas que recibía libros obsequiados por Bello o los obsequiaba él mismo al viejo maestro. En alguna época iba todos los domingos, a las cuatro de la tarde, a visitarlo en su solitario estudio «y con inacabable benevolencia—contaba años después—éramos recibidos... para escuchar los últimos consejos y los últimos estímulos del venerable Bello...»

He aquí como recordó esa amistad en el correr del tiempo. Dijo en el Senado, en Junio de 1881: «Entre tanto, señores, y cuando comenzaba mi carrera de escritor público, recibí el aliento y el consejo del más ilustre crítico americano, que comprendía la historia como Salustio y como Tucídides y así aconsejaba escribirla.»

Y en Noviembre del mismo año, en discurso pronunciado ante su tumba: «Parécenos todavía estarlo viendo en las tardes de los días festivos, que para el vulgo son horas de bullicio o de reposo, en su último otoño, cuando rugía la guerra en torno suyo y de la patria, cuando la muerte comenzaba a mecer sus alas sombrías por entre los barrotes de la ventana que inundaba de tibia luz sus libros, su mesa, su rostro, su gloria...»

Agregaba: «Mas para aquellos que le conocimos de cerca, en lo que podría llamarse la intimidad del respeto, para aquellos que escuchamos sus luminosas pláticas de la cátedra y del hogar, para aquellos que en la ruda enseñanza del espíritu recibimos de su indulgente juicio el primer estímulo, para esos don Andrés Bello fué algo más que un crítico, un profesor y un poeta esclarecido, porque fué el dulce, el venerado y ya extinguido tipo del «maestro» de la edad antigua.»

Véase Ricardo Donoso, obra citada.

(44) *La Juventud de Vicuña Mackenna*. Cap. II.

(45) Vicuña Mackenna: *Relaciones Históricas*, tomo II (*Los Girondinos Chilenos*).

primeras telas. Ciccarelli nos había traído en seguida su rica paleta meridional. Teresa Rossi cantaba desde antes como las sirenas de que habíamos oído hablar en la cuna... En todo se notaba un movimiento, una expansión, una vitalidad poderosa y brillante como en esas alegres mañanas de la juventud y del estío en que se emprende en medio del alborozo y el bullicio de la casa, un viaje de placer. ¿A dónde íbamos? Nadie lo preguntaba. Divisábase en el horizonte la luz del faro y esto bastaba para que cada cual alistase animoso y confiado su barquilla para lanzarla a las olas. El entusiasmo soplaba en la brisa, sentíamos el ruido de sus alas en la ribera y el grito de todos era: *¡al mar!, al mar!*»

VII

¿Cuál era la posición ideológica de los partidos en los años de la iniciación política y revolucionaria de Vicuña Mackenna? (46). ¿Qué fuerzas reales representaban y cuál fué la gestión histórica que les correspondió?

Corrían los últimos meses del gobierno de Bulnes y a la sombra de la candidatura oficial, delineada ya, se agrupaban las fuerzas conservadoras. En el campo opositor el termómetro comenzaba a subir con la presión de los primeros arrestos libertarios de la juventud liberal, en cuyas filas más avanzadas actuaban Santiago Arcos (47) y su amigo Francisco Bilbao.

Arcos, hijo de un banquero español, recién llegado a Chile después de recibir esmerada educación en la península, fué uno de los personajes más interesantes de su época. Incisivo talento, vasta cultura, penetración formidable, sutileza de pensamiento, ingenio agudo y mordaz. Unía a esas cualidades intelectuales, muy raras entonces, una figura romántica, pose de gran señor que pasaba por la vida desparramando los dineros de su padre y las chisperías de su clara inteligencia.

(46) ¿Cuándo inició Vicuña Mackenna sus actividades políticas? En su *Diario*, con fecha 6 de Octubre del 49, escribe: «Mi carrera política, si es que tengo alguna, ha comenzado: soy secretario de la Comisión de Aconcagua, compuesta de don Antonio Larraín, Victorino Lastarria, Santiago Pérez y Gabriel Vicuña». Esa Comisión de Aconcagua había sido designada por la Junta del partido Liberal; a fin de establecer contacto con la provincia respectiva en ocasión de próximas elecciones.

(47) Arcos ejerció su acción política principalmente desde la Sociedad de la Igualdad, de cuyo grupo N.º 6 fué nombrado secretario, con fecha 18 de Junio de 1850, el «ciudadano Benjamín Vicuña Mackenna.»

Fué, en lo hondo, discípulo de Marx, cuyo *Programa Comunista* había salido a la luz dos años antes, y por su ideología personal como por sus actividades políticas debe situársele entre los precursores del socialismo americano.

Arcos tuvo influencia considerable en la juventud y en la política de su época. Fué conductor de hombres, aún cuando era precaria la escena de su acción, y agitador de vuelo alto. Sus actividades contribuyeron a que las fuerzas peluconas, apartándose de la tradición aristocrática y dinástica—renacida después—que los impulsaba a elegir presidentes de la República entre los hombres de más sonoros apellidos y mas encopetada posición social, designasen a un ciudadano de la clase media, inteligente, enérgico y voluntarioso, que le diera garantías en esos días en que la opinión mundial se hallaba agitada por el gran movimiento societario de 1848. El pánico de los privilegiados y el apego a los doblones, tradicional en los chilenos viejos, exageraban la inminencia de peligro, redoblándose la defensa de las posiciones económicas. La candidatura de don Manuel Montt fué reflejo de ese miedo colectivo y en buena parte efecto de la agitación y prédicas de Arcos.

Algún día historiaremos, si el tiempo y las circunstancias lo permiten, la vida, las predicaciones, la personalidad múltiple y apasionante de Santiago Arcos.

Añadamos, sin embargo, algunas líneas biográficas. Vendido el movimiento político de 1850-51 Arcos permaneció algún tiempo en la cárcel, desde la cual escribió su célebre carta a Bilbao. Más tarde continuó en América y Europa esa vida de errabundaje y de eternas nostalgias a que tan bien se plegara su carácter. Fué un ilustre desplazado de la sociedad en que le tocó vivir, un revolucionario eterno cuyos arrestos se contenían, empero, tras la máscara irónica de su rostro. Hombre de mundo, midió sus fuerzas de luchador, paseó mirada de águila por el panorama que a sus ideales y ambiciones ofrecían América y el mundo y comprendió que su gestión sólo encontraría derrotas inmediatas. Su hora no era llegada y acaso no sonaría nunca, pues habían de correr dos tercios de centuria antes de que los tiempos estuviesen maduros. Y

Arcos disimuló, tras de su mirada incisiva y el gesto de burla estereotipado en los labios, su tragedia de precursor.

Paseó por los palacios de la burguesía y bebió la vida, la única vida posible, en los caminos del mundo, sembrados de escollos. Era pariente de la emperatriz Eugenia, con quien conservó relaciones, a propósito de las cuales se cuenta sabrosa anécdota. Cierta noche de recepción en las Tullerías, la emperatriz, bella y dominadora—eran los tiempos que perpetuó el pincel de Winterhalter—se detuvo ante Arcos, que charlaba con alguna dama de la corte. «Santiago, le interpeló en español, ¿continúas tan republicano?» Y Arcos, inclinándose ligeramente: «Señora, respondió, todavía no he ascendido...»

En 1870, Vicuña Mackenna, durante la última de sus peregrinaciones a Europa, encontró a Santiago Arcos: «Viejo, encorbado—escribe (48)—con su barba caña que hacía sombra a una sonrisa triste y penosa, sentábase a nuestra mesa en Nápoles el autor de la carta a Francisco Bilbao en 1852, acompañado de su hijo único que le había nacido en Mendoza y al cual amaba con entrañable e inquieto afecto.» ¿De qué charlaron en ese encuentro de 1870, mientras en París dominaba la Comuna y por vez primera las ideas socialistas se aproximaban al terreno de la realización? Probablemente los revolucionarios de 1851 debieron evocar los tiempos de la Sociedad de la Igualdad con la melancolía con que se recuerdan siempre las locuras hermosas y los arrestos de juventud, que por altos y bien inspirados se nos visten de locura en la hora en que hacemos el balance de nuestras derrotas.

Vicuña cuenta su fin: El antiguo igualitario, «entristecido por cierta enfermedad angustiosa (una gangrena en la nariz), subióse una mañana del mes de Septiembre de 1874 sobre el parapeto de uno de los puentes de París, provisto de un cinto de plomo, y descargándose el cañón de una pistola en el cerebro, se precipitó en la eterna y triste nada de los suicidas». Melancólico fin que no puede sorprendernos. Es ese, a menudo, el sino trágico de los grandes revolucionarios. Consideremos, por

(48) *Historia de la Jornada del 20 de Abril de 1851.*

ejemplo y salvando distancias y proporciones, a Trotsky sumergido en el exilio de Príncipe, a Víctor Jofe suicidándose en Moscú...

Más retornemos a 1850 y junto al empobrecido escenario—del que estaban ya ausentes los fuertes caudillos y los directores intelectuales del movimiento emancipador—renovemos nuestra pregunta sobre la situación social de las clases productoras y la posición ideológica de los partidos políticos en aquellos años. Arcos va a respondernos en su Carta a Francisco Bilbao, documento magno en que se hace análisis de fondo sobre la materia. Insistimos en esta afirmación porque pocas veces se ha penetrado con ojo más certero en los estratos profundos de una sociedad y una época.

«En todas partes—dice Arcos—hay pobres y ricos; pero en todas partes no hay pobres como en Chile. En los Estados Unidos, en Inglaterra, en España hay pobres, pero allí la pobreza es un accidente: no es un estado normal. En Chile ser pobre es una condición, una clase, que la aristocracia chilena llama *rotos*, por oposición a la otra clase, los que se apellidan entre sí los *caballeros*, la gente decente, la gente visible y que los pobres llaman los *ricos*».

«El pobre aunque junte algún capital no entra por eso en la clase de los ricos, permanece pobre. Para que ricos más pobres que él lo admitan en su sociedad, tiene que pasar por vejaciones y humillaciones a las que un hombre que se respeta no se somete,—y en este caso, a pesar de sus doblones, permanece entre los pobres,—es decir su condición es un poco más o menos la del inquilino, del peón o del sirviente (49).

«El pobre no es ciudadano. Si recibe del subdelegado una calificación para votar, es para que la entreguen a algún rico, o algún patrón que votará por él.

(49) Esta afirmación de Arcos, válida en su época, no tardó en perder consistencia. A medida que los sectores más aristocráticos de la oligarquía agrícola chilena iban empobreciendo, por su misma incapacidad para el trabajo y la vida muelle que llevaran, los sustitufan sectores formados por industriales, comerciantes enriquecidos y toda suerte de advenedizos que mediante su dinero lograban incorporarse a la llamada aristocracia, cruzarse con ella por relaciones de matrimonio y terminaban—como lo demuestran algunos sectores dominantes de la oligarquía agrícola, hoy en completo y muy rápido periclinio—por desplazar a la vieja aristocracia de la sangre, hoy empobrecida o arruinada en sus nueve décimas partes.

«Es tal la manía de dar patrón al pobre, que el artesano de las ciudades y el propietario de un pequeño pedazo de campo (ambos pertenecen a la clase de los pobres) y que dejados sueltos hubiesen podido usar de su calificación, han recibido patrón.

«Los han formado en milicias,—han dado poderes a los oficiales de estas milicias para vejarlos o dejarlos vejar a su antojo, y de este modo han conseguido sujetarlos a patrón. El oficial siempre es un rico, y el rico no sirve en la milicia sino en clase de oficial.

«El pobre es subalterno, y aunque haya servido 30 años, aunque se encanezca en el servicio, el pobre no asciende. Su oficial es el rico; a veces un niño imberbe, inferior a él en inteligencia militar, en capacidad, en honradez».

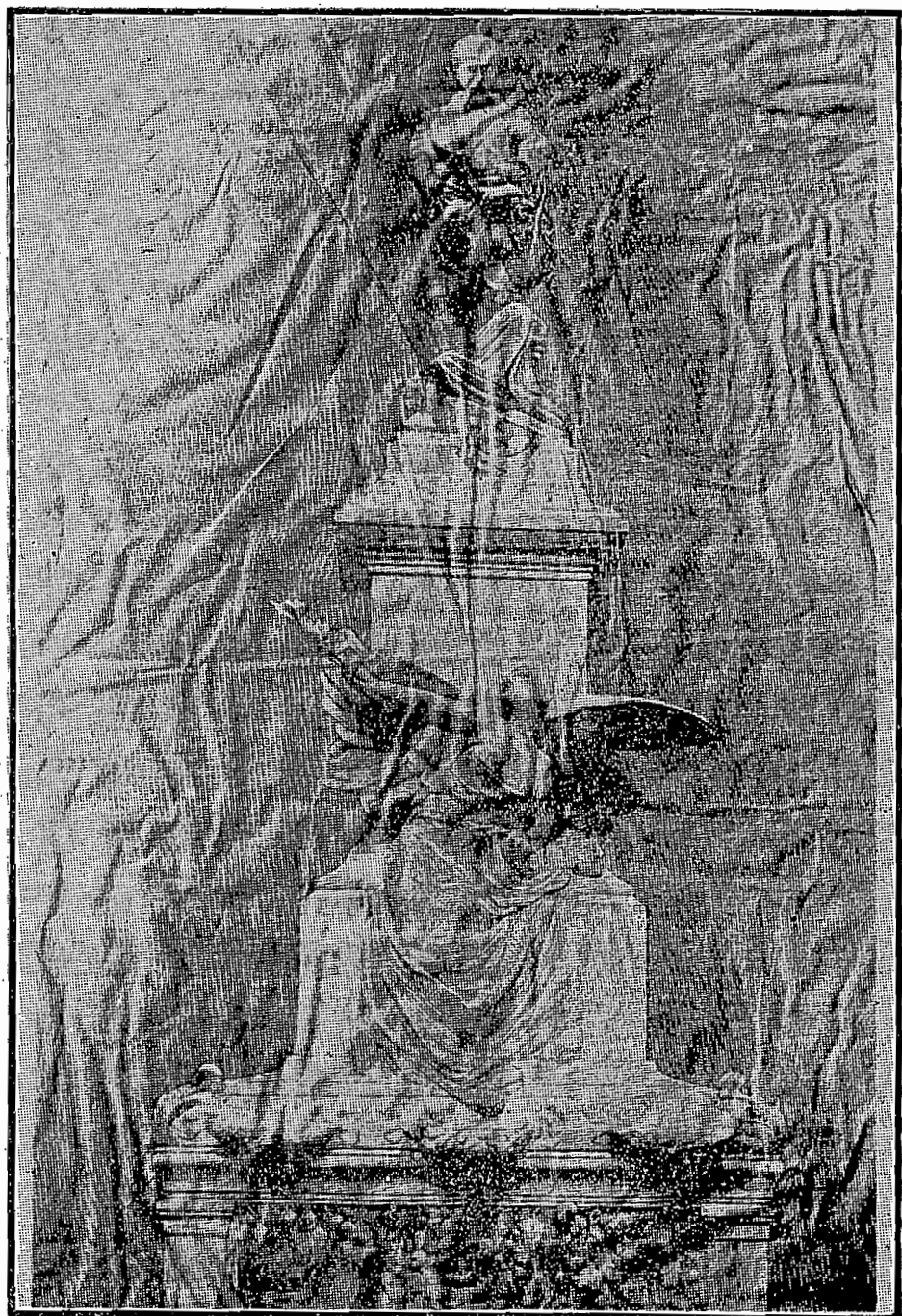
Tocante a los partidos políticos. Del conservador: «Los pelucones son retrógrados porque hace veinte años están en el gobierno, son conservadores porque están bien, están ricos y quieren conservar sus casas, sus haciendas, sus minas, quieren conservar el país en el estado en que está, porque el peón trabaja por *real y medio* y sólo exige porotos y agua para vivir, porque pueden prestar su plata al 12% y porque pueden castigar al pobre si se desmanda.

«Para todo pelucón las palabras progreso, instituciones democráticas, emigración, libertad de comercio, libertad de cultos, bienestar del pueblo, dignidad, república, son utopías o heregías, y la palabra reforma y revolución significa «pícaros que quieren medrar y robar».

«Dotados de tan poca inteligencia es natural que piensen como piensan.

«La clase más acaudalada de entre los ricos es pelucona, porque está en contacto con el gobierno,—no es otro el motivo. Ya sabemos que estos señores se afligen poco la mollera en pensar en las instituciones, y como son los que más tienen que perder, son los que miran a los reformistas o revolucionarios con el más candoroso pavor.

«Para completar el partido pelucón,—a esta masa de buena . . gente debe Ud. añadir la mayor parte del clero, que aquí como en todas partes es partidaria del *statu quo*—Santa Milicia que



Proyecto de monumento a Vicuña Mackenna por Augusto Rodin.
(Reproducción de una fotografía sobre seda).



La familia Vicuña Mackenna en 1866.

Vicuña Mackenna es el segundo de la primera fila. Al centro, sentados, doña Carmen Mackenna y don Pedro Félix Vicuña.

sólo se ocupa de los negocios trasmundanos—que en nada se mete con tal que no la incomoden, que el gobierno no permita la introducción de la concurrencia espiritual, dejando a cada hombre adorar a Dios según su conciencia—y con tal que se les deje educar la juventud a su modo—o que no se eduque ni poco ni mucho—y con tal que se les pague con puntualidad. Bajo estas condiciones (que están conformes con el sentir de los pelucones), los clérigos son pelucones como serían pipiolos si los pipiolos les ofrecieran iguales ventajas».

Y de los liberales, decía a Bilbao en ese mismo documento: «Los pipiolos son los ricos que hace veinte años fueron desalajados del gobierno, y que son liberales porque hace veinte años están sufriendo el gobierno, sin haber gobernado ellos una sola hora.

«Son mucho más numerosos que los pelucones. Atrasados como los pelucones, creen que la revolución consiste en tomar la artillería, y echar a los pícaros, que están gobernando, fuera de las poltronas presidencial y ministerial, y gobernar ellos. Pero *nada más*, amigo Bilbao. Así piensan los pipiolos» (50).

Y aún agregaba estos conceptos incisivos: «Este desventurado partido ha tenido que sufrir la desgracia común a todo partido que por mucho tiempo ha permanecido fuera del gobierno. Cuanto pícaro hay en Chile que no ha podido medrar, cuanto mercachifle quebrado, cuanto hombre de pocos haberes ha perdido su pleito y cuanto jugador entrampado, otros tantos se dicen liberales».

Difícil sería fijar, con mayor exactitud, a los partidos políticos de Chile en buena extensión de la era burguesa. La pluma de Arcos desmenuza los programas, analiza las ambiciones, pone en descubierto los menores resquicios morales de su época. El cuadro puede parecer exagerado, pero es exacto en sus líneas generales (51). Hoy mismo, ¿no cabría repetir, sin grandes

(50) Reforzando sus argumentos, decía Arcos del general Cruz, candidato en cuyas manos había confiado sus destinos la oposición en armas—y «son palabras que tenían olor a profecía», expresa Vicuña Mackenna:—«Con Cruz hubiésemos discutido con libertad tres o cuatro meses, y ahora nos perseguiría Cruz como nos persigue Montt». (Carta a Francisco Bilbao).

(51) Si parece admirable, hoy, el idealismo con que don Pedro Félix Vicuña sirvió toda su vida la causa liberal, que fué la de su padre, ¿cuántas excepciones semejantes podrían contarse entonces y hoy?

modificaciones, los definimientos del fundador de la Sociedad de la Igualdad? ¿Dónde está el avance ideológico de los partidos tradicionales y dónde su orientación económico-social? Decía el poeta griego que Júpiter cegaba a quienes quería perder. En sus postreras etapas, los partidos representativos de la oligarquía agrícola y sus agrupaciones sirvientes, pseudo-demócratas, mantienen, en último análisis, las posiciones ideológicas de 1850.

Arcos, en su severa crítica, sabía tener palabras de simpatía para los hombres que realmente valían, en la oposición. Y esos juicios suyos aparecen particularmente proféticos con relación a Vicuña Mackenna. «Después de confesar tanta mengua para nuestra pobre tierra,—escribe el insigne revolucionario—me queda una tarea más grata, quiero hablarle de la flor del partido pipiolo, flor que en vano se busca entre los pelucones, quiero hablar de los jóvenes que como Ud. (Bilbao), Recabarren, Lillo, Lara, Ruiz, Vicuña Mackenna y otros tantos *rotos*, pelearon contra lo que ahora existe en Chile... Juventud llena de porvenir, valiente, generosa, patriota, pero que confía demasiado en el acaso, que no analiza sus nobles aspiraciones, trabajo que debería emprender. A ustedes, primogénitos de la República, a su inteligencia está confiado el porvenir del país»

Y el porvenir de Chile, confiado a las manos forjadoras de Vicuña Mackenna, fué progreso, florecimiento cultural y material, período de oro.

Volviendo a Santiago Arcos, cabe imaginar el revuelo y escándalo causados por sus doctrinas, por sus prédicas y polémicas, en el Santiago pacato y colonial que veía hacer las primeras armas a Vicuña junto a aquel atrevido demoleedor que en los mítines populares sabía tener palabras de fuego, expresiones candentes que herían como puñales, y en los salones de la aristocracia, que durante largo tiempo le abrió sus puertas, ironías tremendas tamizadas en espuma de champagne. Porque Arcos, fino, correctísimo en su tenida mundana, lanzaba sus más implacables diatribas con la pluma empuñada en su diestra y una flor prendida en la solapa de su frac...

VIII

La juventud que nacía a la vida política con Vicuña, creía asistir, al decir de éste, a un período de resurrección y de milagros. Estaban los ánimos fatigados del autoritarismo de los gobiernos conservadores y de su incapacidad para crear las bases de una democracia auténtica. Todos esperaban que algo había de ocurrir y los más vigorosos creían llegada la hora de la acción. Las influencias románticas de la Revolución Francesa se sumaban a ese otro romanticismo que había adrito a la causa de los primeros grandes movimientos socialistas del siglo XIX a muchos de los espíritus más representativos de la juventud europea de 1848. Esa marea social, que en flujo constante iría subiendo a lo largo del siglo, agitó las conciencias y los ánimos de los principales caudillos juveniles del año 50, influyendo de modo decisivo en la formación política de Vicuña Mackenna.

¿Era propicio el terreno a una renovación? «Las dos décadas de Portales,—escribe Vicuña—que acababan de pasar con sus hombres, sus reacciones y sus castigos, habían dejado en los espíritus esa amortiguada y tèmpera confusión, legado de esos gobiernos fuertes que hacen muchas veces grandes cosas en las finanzas, en la guerra, en la administración, en las leyes mismas, pero que abaten el espíritu de las generaciones, y como las nieblas matinales del otoño, no dejan divisar el claro sol sino a lampos». Sin embargo, las voces de libertad, derechos del pueblo, sufragio libre, reforma, produ-

cían «en los corazones un movimiento de expansión irresistible».

Los anhelos de renovación, rebelándose contra la voluntad decidida del gobierno que levantaba sin disimulo la candidatura oficial de Montt a la futura presidencia, se manifestaron de modo nebuloso todavía en el Club de la Reforma, del que fué Vicuña secretario. Dominó allí un ambiente de timidez o de prudente liberalismo que no satisfacía a los espíritus exaltados (52). Y en Vicuña los albores juveniles se teñían de vehemencia y entusiasmos que no decaerían en los períodos grandes de su vida. Ese entusiasmo y esa vehemencia, que a algunos parecieron defectos de juventud, eran, por el contrario, cualidades que cimentarían el contenido renovador de su obra. Nada se ha hecho con frialdad y sin pasión. Por locos pasaron todos los hombres que han dejado huella en la historia y locuras han de parecer siempre a las burguesías y a los elementos conservadores todo aquello que no suponga marcar el compás. Vicuña con los más destacados miembros del Club de la Reforma idearon su fusión con la Sociedad de la Igualdad, recién fundada por Santiago Arcos y Francisco Bilbao, y esa fusión se realizó, adquiriendo la institución de Arcos un contingente que habría de influir notoriamente en sus rumbos.

La Sociedad de la Igualdad merecería capítulo extenso, pues señala un interesante esfuerzo de democratización. En sus filas se habían reunido hombres venidos de la más rancia aristocracia colonial, conscientes de la necesidad de renovar y renovarse, y humildes trabajadores. El obrero alternaba familiarmente con el gran señor y de ese contacto—verdaderamente revolucionario en aquel tiempo—nacían insospechadas posibilidades. Mas, habían de malograrse porque Bilbao, Arcos, Vicuña y los más avanzados en aquel momento, no tuvieron colaboradores eficaces o carecieron de experiencia política.

De Arcos hemos hablado ya. Su don de síntesis, su sentido de la realidad contrastaban con la imaginación soñadora y el

(52) Escribe Vicuña Mackenna: «El *Club de la Reforma* era simplemente una tertulia política, precursora de los clubs al aire libre, únicos que encontrarán amplia vida en medio de las sociedades democráticas a que sirven de palanca y de escuela». (*Historia de la Jornada del 20 de Abril de 1851*).

idealismo romántico de Bilbao. Contrastaban sin completarse. Vicuña, demasiado joven aún, aportaba la fuerza pasional y el acicate de una voluntad inquebrantable. Había que avanzar con paso de vencedores por los nuevos caminos que se abrían solícitos... En Bilbao se advertía más sentido apostólico que revolucionario. Sus palabras de paz, traducían el alma de un hombre que quería ofrendarse sin descender de las alturas de la cátedra. Era lenguaje más capaz de resonar en la tribuna que en las trincheras. «Que nuestra palabra, decía Bilbao en una de sus ordenanzas, cunda por debajo de la tierra y llegará el día en que la tierra se levante».

La Sociedad de la Igualdad «era la más audaz provocación que hasta aquel día se hubiese hecho al compacto, aferrado y receloso catolicismo del país y a los preceptos mismos de la constitución que creaban una religión única y oficial» (53). Las bases de admisión caracterizaban el espíritu de sus fundadores. «¿Reconocéis—decían éstas—la soberanía de la razón como autoridad de autoridades? ¿Reconocéis la soberanía del pueblo como base de toda política? ¿Reconocéis el amor y fraternidad universal como vida moral?» Sus miembros se identificaban a ese espíritu, buscando entre los girondinos nombres que respondiesen a sus simpatías históricas o a los razgos que sus aptitudes evidenciaban. Pedro Ugarte representaba a Dantón, Bilbao era Vergniaud; Lastarria, Brissot; Eusebio Lillo encarnaba a Rouget de Lisle, Marín a Robespierre y Juan Bello resucitaba la elegancia romántica de Camilo Demoullins y como el suyo había de ser también breve su paso por el mundo. Arcos se revestía con la piel de Marat, un Marat cuya sonrisa irónica y amarga brilló más de una vez en recepciones de corte, pasados ya los días espléndidos de su rebelde juventud. Y Vicuña Mackenna ¿qué nombre había ido a desentrañar entre las cenizas de aquel amanecer rojo de 1789?

«El Amigo del Pueblo», órgano de la sociedad, dirigido por Eusebio Lillo, definía en su primer número los aspectos políticos de aquélla: «El Amigo del Pueblo» viene a ser el eco de una revolución que se agita en estos instantes sobre nuestras ca-

(53) Vicuña Mackenna, id.

bezas... Queremos que el pueblo se rehabilite de veinte años de atraso y de tinieblas»... ¿Veinte años, solamente? Y el nuevo diario hacía flamear las palabras emblemáticas de la Revolución Francesa: Libertad, Igualdad, Fraternidad... Tras de Arcos, Vicuña y Bilbao, se alzaban las sombras de Lamartine y de Luis Blanc, próximas en el tiempo.

Instalóse la Sociedad en la casa de un rico minero, en la calle de Monjitas esquina de San Antonio, y allí, junto con las primeras sesiones generales, se iniciaron ciclos de clases y conferencias, a la vez que se discutían proyectos encaminados al mejoramiento de la clase obrera. Era un hermoso programa en acción.

La labor cultural que desarrollaban los de la Igualdad se vería pronto menoscabada por el ardor de la lucha eleccionaria. Nombrado don Antonio Varas ministro del Interior la intervención electoral comenzó a tomar caracteres agudos, agriándose más los ánimos con la designación para ocupar la cartera de Justicia—a que aludimos en páginas anteriores—de don Máximo Mujica, hombre violento de carácter y profundamente reaccionario en ideas. Este nombramiento y la forma en que el gobierno obstaculizaba los reclamos constitucionales de la oposición no podían por menos de sacar de sus casillas aún a un país que «excede en mansedumbre, resignación y sufrimiento a las más mansas tribus del rebaño humano» (53).

El gobierno no tardó en mostrar su odio a los igualitarios, haciendo asaltar la sociedad. Ese atentado ocurrió en la noche del 19 de Agosto de 1850 y provocó en los ánimos la más justificada indignación. Desde el día siguiente el ardor de los opositores comenzó a acentuarse, no tardando en traducirse en mítines y reuniones populares.

Prohibióse las manifestaciones sin previo anuncio. En respuesta, el día 14 de Octubre desfiló por la Alameda larga columna de igualitarios. «Iba a la cabeza Francisco Bilbao—cuenta Vicuña—con su traje favorito de verano, frac azul de metales amarillos, ceñido al cuerpo, y pantalón blanco de lienzo esmeradamente planchado (vestido de paz y de cielo como inocente paloma) y llevaba en sus manos con cierta unción

de apóstol, a manera de custodia de Corpus, un pequeño árbol de la libertad...» (53).

La ciudad se alborotó, corrillos y tertulias se galvanizaron y en las reuniones de la Moneda tronó la voz de Varas y acaso el agrio acento del Ministro Mujica.

En las noches medrosas, al amparo de los aleros de las casas chatas y por las callejas desiertas resonaba el eco de la *Igualitaria*, canción cuya letra se atribuía a Eusebio Lillo. Tarareábanla los muchachos a media voz y sus notas encontraban cálido eco en el pecho de los jóvenes liberales que se aprestaban, como Vicuña Mackenna, a iluminar con arrestos heroicos esa jornada de la adolescencia, que para la mayoría de los hombres llenan las indecisas emociones del primer amor.

«¡Naciste patria amada,
Gritando *libertad!*
¡Por tí morir sabremos
O triunfa la *Igualdad!*»

El 28 de Octubre se celebró la última sesión general y a ella concurrió Bilbao llevando en sus manos un enorme bouquet de flores «como Robespierre en la fiesta de la Razón». Cuando le llegó su turno, el popular tribuno subió al escenario entre las aclamaciones de dos mil quinientos socios. Con voz vibrante, inspirado por las emociones que agitaban los pechos, Bilbao estuvo elocuente como en ninguna ocasión de su vida. «Nunca su genio—recuerda el hombre cuya vida estamos relatando casi a través de los puntos de su pluma evocadora—se había remontado más alto, desligado de las metafísicas engorrosas de su estilo, porque como en otra parte creemos haberlo dicho, Francisco Bilbao era tan eminente orador como fué mediocre y casi ininteligible prosista. «Ciudadanos, exclamó al comenzar, batiendo con un brazo el vistoso ramillete de flores de primavera que en galante encuentro le habían proporcionado. Ciudadanos, el ruido del tambor, la distribución de instrumentos de muerte, el armamento de los cañones, el apresto y carreras

de los caballos, todo os anuncia que se trata de matar la Sociedad de la Igualdad. Y entre tanto nosotros ¿qué hacemos? —Ciudadanos, la Sociedad de la Igualdad se arma de flores...»

En realidad toda aquella juventud no poseía en ese momento otras armas que las de su entusiasmo.

I X

Dos meses antes, con ocasión de haberse descubierto cartuchos destinados a un regimiento de provincia y estando el joven Vicuña en Valparaíso, su padre fué arrestado, luego de someterse su casa y papeles a minucioso registro. «Vivía entonces don Pedro Félix Vicuña con su familia,—escribe su hijo—después de rudos contrastes de fortuna, ejerciendo en pobre escala la profesión de naviero con dos bergantines de cabotaje, y habitaba una casa junto a la de Tivolá de Carmelino, fronteziza a la puerta lateral de la Merced en la calle de la Victoria... y antes de salir a pie para su prisión, hízonos un temerario encargo que cumplimos fielmente, como hijos, no sin valorizar el arrojado empeño que su orden envolvía. «Anda, nos dijo, a casa de Aguirre y dile que asalte el cuartel en que me pongan, que precipite el movimiento, que me saque y que cuente conmigo para todo» (54). Eran palabras de un revolucionario de temple antiguo, que tuvo la mala fortuna de tratar casi siempre con hombres de ánimo o inteligencia flaca. En su vida, de tan recia constancia, de tan noble y prolongada rebeldía, nunca debían resonar los minutos que marcan ese cuarto de hora de la buena fortuna. Pasó los años soñando en el progreso de su tierra y de América, luchando por él a brazo partido, con tena-

(54) Vicuña Mackenna: *Historia de la Jornada del 20 de Abril de 1851.*

cidad que debió fatigar al dios de las derrotas... Y cuando desfiló por las calles de Santiago el cortejo oficial de sus funerales, que fueron imponentes, las gentes que abrían calle a sus restos debieron pensar: «He aquí su primer triunfo...»

El joven, siguiendo los pasos de su padre, fué a golpear la ventana del jefe militar de la conjuración de Valparaíso, en el barrio del Puente de Jaime. «Escuchó nuestra seña silenciosa el capitán Aguirre, con el listo oído del que acecha y vela, y precipitándose hacia la ventana envuelto en una frazada, a manera de fantasma, porque era un hombre enhiesto y de elevada estatura, después de oír nuestro comprometente recado nos dijo únicamente: «Dígale a su padre que hoy no puedo, que mi tropa está toda a bordo». Y con esto cerró con violencia el postigo, dejándonos desconcertados» (54). Y así terminó aquel movimiento porteño.

En Santiago los ánimos continuaron exaltándose y el descontento corría por todo el país. En San Felipe la Sociedad de la Igualdad tenía una filial y los miembros de ésta, después de largas luchas con las autoridades oficiales, tomaron el mando del departamento a comienzo de Noviembre, apresándolas y constituyendo una Junta. Esta, sin embargo, no tuvo verdadero carácter revolucionario, no tomó medida alguna, como no sea la de procurar aveniencia con el gobierno, con lo que el movimiento fué sofocado.

Los señores de la Moneda acordaron proclamar el estado de sitio, expediente a que los poderosos en peligro acuden siempre para intentar ahogar el grito de las multitudes esclavizadas y de los parias que piden las sobras del banquete de los felices con afán de engañar su propio miseria. ¿Qué alcance tenía la ley de fuerza en esos años? «Una declaración de sitio, dice Vicuña Mackenna (54), conforme a la pauta de Portales, que era la que hasta esa sazón regía, no implicaba sólo la suspensión de las leyes protectoras del ciudadano, sino el desfreno cruel e impune de todos los agentes de la autoridad, lanzados como enojada jauría contra el paria y el leproso que se llamaba opositor. El subdelegado, el comisario de policía, el juez, el ministro, el simple guardián del orden, todos resumían, en mayor o menor dosis, la soberanía retirada de la cir-

culación como moneda de mala ley, y no había más señores que el agrio beneplácito de los triunfadores. Los estados de sitio, como las antiguas *lettres de cachêt*, que vendían los reyes franceses para encarcelar a los enemigos de sus favoritos o de sus queridas, eran las cartas blancas de todos los despotismos y de todos los desmanes, grandes y pequeños, hechos para martirizar y deshonorar al hombre libre».

El día 7 fué decretado el estado de sitio, dándose orden de arresto contra algunos de los principales agitadores. Urgía tomar decisiones adecuadas a las graves circunstancias y Vicuña fué a ver a Bilbao, encontrándolo disfrazado de mujer, oculto entre los cortinajes de una vieja cama de matrimonio. «Lo que más extraño parecía era que Bilbao, teniendo la cutis sumamente blanca y limpia, los ojos azules y hermosos y una cabellera profusa hasta la extravagancia, representaba a lo vivo el papel que ahora le cabía, al punto que el airoso triunviro de la tarde me pareció una ruborosa miss inglesa, embarazada un tanto por el exceso de la hora y el sitio de la cita» (54). Bilbao dijo a su joven compañero que el estado de sitio haría posible el levantamiento de seis mil igualitarios. Se equivocaba. Los socios no tardarían en dispersarse, «simples átomos de una voluntad colectiva, que no tenían entre sí ni la cohesión moral del alma, ni la mancomunidad de cuerpo que crea entre los hombres el afecto o la idea» (54). Más tarde combatieron muchos de ellos en las filas del gobierno.

Comprendiendo el novel y ardoroso conspirador que Bilbao nada podía hacer y el tiempo apremiaba, prosiguió desarrollando esfuerzos para ayudar en forma efectiva a los revolucionarios de Aconcagua. En sus *Relaciones Históricas* hace el animado relato de tales actividades: «Había entrado ya la noche con todo el volumen de su cuerpo y de sus sombras. Las estrellas brillaban diáfanas y temblorosas en lo alto, al paso que unos cuantos muchachos prendían lentamente las opacas linternas del alumbrado de aceite, que habían valido hacía poco al apreciable intendente de la Barra el irrespetuoso apodo de «Miguel el farolero», cuando el narrador de estos contrastes se retiraba del asilo de Francisco Bilbao y se dirigía a la Alameda en busca de otros ecos para su agitación no ador-

medida por un primer rechazo. En nada parecía alterado el diario vivir de la ciudad. Los mismos raros paseantes, algunas mujeres de manto que iban o volvían de la vía sacra; acá un bodegón abierto; en un zaguán indulgente algún bollero con su canasto y su farol; el agudo grito de un vendedor de pasto que volvía a su potrero,—*yerbal, yerbal*—el esquilón de la Catedral tocando la hora de ánimas, y los vivos como ánimas dentro de sus levitas rondando silenciosos las aceras... He aquí el cuadro vivo de aquella ciudad que parecía muerta. Pero no obstante era preciso siquiera encontrar cooperadores, armas, soldados de la idea y de la libertad. «La promulgación del estado de sitio debe haber estallado como una bomba en el corazón de los patriotas, decíanos la voz sorda del presagio; los clubs se han congregado; la Igualdad despliega las banderas de sus grupos (y el que esto escribe era secretario del VI y guarda su diploma refrendado por la rúbrica mitológica de Bilbao (55); los ciudadanos marchan por fin a cumplir su deber y sus promesas». Todo esto revoleteaba como un torbellino de fuego en derredor de mis pasos y me empujaba y atraía hacia el abismo. La patria iba a salvarse... Con el corazón henchido de estas imágenes llego al fin a la vasta y sombría Alameda, atravieso con pasos acelerados el costado norte del paseo, me acerco receloso a las avenidas, y al fin diviso ¡oh Santiago! formados en batalla, en triples hileras y en larguísimas filas, por la derecha y por la izquierda, cuatro o cinco mil... álamos».

¿No habita en esta página admirable todo el espíritu de la época: ámbito colonial y días de rebelión en contraste? Vicuña Mackenna, Arcos, Bilbao y sus compañeros estaban en la hora de la siembra. En medio de derrotas y quebrantos ganaban las batallas del futuro. Es esa la heroica misión de los hombres de avanzada: despejar a las generaciones venideras el camino al Arco de Triunfo.

(55) Ese curioso documento decía así: «Sociedad de la Igualdad.—Nómbrese secretario del grupo N.º 6 al ciudadano Benjamín Vicuña Mackenna. Santiago, 18 de Junio de 1850. Santiago Arcos, Manuel Guerrero, Francisco Prado Aldunate, Francisco Bilbao, Rudecindo Rojas».

X

Vicuña Mackenna se sentía en su elemento en las jornadas revolucionarias, que lo solicitaban con la doble seducción del peligro y de la ofrenda. Sacrificar la vida por un ideal grande. Entregarlo todo a las luchas de la libertad, ¿cabía mayor incentivo para aquel adolescente que sólo anhelaba darse entero en un hermoso gesto romántico? La rebeldía fué el signo de su juventud.

Su rol era de primera fila en las conjuras de esos días turbulentos. «Agente de todos ellos,—escribe Galdames en su magnífica obra sobre el grande hombre (56)—con los más delicados hilos de la trama en sus manos, iba y venía Vicuña Mackenna sin reposo». «La combatividad del animoso niño no sólo procedía de su temperamento; en ella entraban a la vez las sugerencias de la hora que el país estaba viviendo y de sus lecturas preferidas... Hubo más aún; al sentimiento estético se unía la pasión por lo heroico y lo abnegado, por el desprendimiento de sí mismo ante la causa de la patria, ante la revolución y las ideas regeneradoras...»

Vicuña se movía con actividad dinámica, participando en los preparativos del estallido revolucionario que los acontecimientos últimos y la decidida política intervencionista del Presidente Bulnes hacía inevitable. Las medidas de represión habían encendido la chispa, pues, como dice en su libro sobre

(56) Luis Galdames: *La Juventud de Vicuña Mackenna*, Cap. VI.

el 20 de Abril, «las medidas autoritarias son, cuando agita a un país profunda conmoción moral o política, maduro pábulo arrojado a la hoguera, porque de su misma sustancia se nutre la llama devoradora que se ha creído extinguir con el hálito de un sople o con el peso de un madero».

La oposición comenzó a disciplinar sus filas. Había que buscar un candidato de tendencias liberales y surgió el general José María de la Cruz, intendente de Concepción y deudo del Presidente de la República. Cruz era un jefe de prestigio que ponía su buena voluntad y su espada al servicio de la revolución en ciernes. El gobierno cometió el error de llamarlo a Santiago, a tiempo que las autoridades de todo el país recibían instrucciones severas sobre el proceso electoral, que no sería en suma sino burda mascarada política, acaso como un anticipo de aquella otra siniestra y dramática comedia que en 1876 arrebató el triunfo a Vicuña Mackenna en campaña memorable en que casi toda la nación reconoció filas bajo sus banderas.

Ante la intervención oficialista en favor de la candidatura Montt, los dirigentes opositores comenzaron a preparar en la sombra un golpe revolucionario.

Montt era sin duda una personalidad interesante. Vicuña Mackenna, que sufriría de su futuro gobierno las más duras persecuciones, lo reconoció así, años más tarde, trazando una silueta plena de noble serenidad en su *Historia del 20 de Abril*. Lo llama en ella «hombre superior, frío, reflexivo y singularmente correcto». . . «No se conoce en la historia del país—escribe—una vida más pareja, más lógica, más consecuente consigo misma, al punto de que un riel de acero bastaría para unir sus dos más remotas extremidades—la cuna y el sepulcro.—Tranquilo, taciturno, de una moral austera, inquebrantable, rodeado del prestigio de una alta probidad personal, pero obstinado, doctrinario, intransigente con sus enemigos e inaccesible en la vida pública a las emanaciones que son la luz y la ternura del alma, esta gran consejera de las naturalezas elegidas, don Manuel Montt, aún en la edad temprana que entonces alcanzara, asemejábase a esas rocas que nacen a flor de agua en mares procelosos, siempre helada, siempre silen-

ciosa, siempre inmutable, y por lo mismo destinada a vivir rodeada de naufragios». Vicuña encontraba «que en el tejido de acero de esa naturaleza robusta, han existido latentes los gérmenes de las virtudes y defectos de una organización inquebrantable. Don Manuel Montt, tomado en su conjunto y en todas las fases de la historia que él llenara con su nombre, ha sido en medio de los vaivenes de nuestra organización política, lo que en su patria fué Guillermo el Silencioso...» No se dirá que Vicuña Mackenna no sabía elevar la historia a la altura de un superior sacerdocio.

Llevada a su último término, en medio de la más sigilosa discreción, la conjura tuvo por principales caudillos al coronel don Pedro Alcántara Urriola, de varonil y romántica prestancia; a José Miguel Carrera, digno hijo del prócer, llamado a morir en hora de juventud como aquél, y al enérgico y probo don Pedro Ugarte, hombre de inflexible severidad moral que había arrojado la toga de juez a trueque de no torcer su vara de justicia. «Plantado a escuadra como un gladiador celta,— describe Vicuña, a Urriola—sobre el nivel de su erguida cabeza, compartido con las proporciones de una verdadera belleza muscular, sin ser alto ni expuesto a fea obesidad, ágil, de apostura en que la dignidad campeaba con la gracia, y con un rostro ovalado, lleno, risueño, mostrando perfilados y albos dientes naturales, con una profusa cabellera tan negra como el ébano y animado todo su conjunto por grandes ojos ingenuos...»

Urriola y Ugarte elaboraron su plan con los demás caudillos de la oposición, sin que las autoridades llegaran a darse cuenta. Y en la madrugada del 20 de Abril de 1851, vestido el bizarro coronel con el uniforme de las grandes paradas de armas, fué a presidir aquélla que vería sus últimos minutos, poniéndose a la cabeza del regimiento Valdivia, levantado por sus amigos. Dirigiéronse las fuerzas rebeldes a la plaza de Armas y allí, en espera del regimiento Chacabuco, su jefe dejó pasar las horas en estéril y fatal inacción. El Chacabuco no se plegó a Urriola y el soplo de lo que estaba ocurriendo llegó rápidamente a la Moneda. No tardaron en congregarse allí los ministros de Estado y el candidato

oficial, rodeando todos al Presidente, quien en persona, montando su caballo de gala, organizó la resistencia desde la plaza de palacio.

Francisco Bilbao, Manuel Recabarren y Eusebio Lillo corrieron a incorporarse a las filas, «verdaderos adalides de la juventud y de la batalla de las ideas». Vicuña Mackenna cumpliendo un encargo del jefe militar fué a caer en manos de traidores, como luego ha de verse. ¿Y los igualitarios? Dispersos, cubiertos con la capa del miedo, sujetándose a las cómodas cadenas que nunca pensaron seriamente en sacudir los más de ellos, no eran más que las densas y silenciosas filas de árboles que Vicuña contara en la Alameda santiagueña. ¿Y el pueblo? Tampoco los proletarios oírían el llamado. Vicuña dijo con razón: «Al hombre del taller faltábale la cohesión de la idea, el fuego del convencimiento, la razón de su sacrificio, porque aquellos hombres que se veían eternamente superditados por una clase superior y oligárquica, no se daban cuenta de los intereses a cuyo nombre esa misma clase explotadora les pedía ahora su vida» (57). ¿No es este un lenguaje de recia lógica socialista? ¿No muestra hasta qué punto interpretaba Vicuña Mackenna el alma de su pueblo?

Las fuerzas revolucionarias y las del gobierno se batieron en el corazón de la ciudad; frente al cuartel de artillería, cuyo asalto se intentó demasiado tarde. Y tras de reñido combate en que los *pililos* de Santiago hacían de animados y casi neutrales espectadores, las tropas rebeldes, a cuya cabeza se había colocado el coronel Arteaga en sustitución de Urriola, fueron batidas. Las calles quedaron sembradas de cuerpos humanos y el propio coronel Urriola cayó herido de muerte, agitando tal vez su espada como postrer saludo a la causa liberal que tampoco tardaría mucho en ser vencida en los campos del Sur. La sorpresa del primer momento, que debió ser una victoria, fué la derrota de la inacción y de la excesiva confianza. Y es que es difícil destruir el poder cuando está erigido más que sobre bayonetas en la falta de ideas y de convicciones firmes en los

(57) Vicuña Mackenna, obra citada.

hombres que soportan tiranía (58). Cuando en nuestra vida hablan los intereses y el pancismo llena modestas y burocráticas aspiraciones ¿se puede tener ánimo para ofrendar la vida al ideal y fé para estar cierto del triunfo? El triunfo es siempre de los inteligentemente fuertes, pero ni la fortaleza ni la inteligencia pueden hacerse triunfo cuando no tienen campo en qué operar. Es como cuando una voz de supremas elocuencias clama en el desierto...

(58) Dice Vicuña Mackenna: «La gran fuerza de los gobiernos, en países como el nuestro, no son las bayonetas que éstas basta a veces un capitán animoso para volverlas contra el pecho de los que las sustentan: la fuerza verdadera de los despotismos es la ausencia total de ideas, la extenuación de ese vigor múltiple que hace crecer, renovarse, renacer, fortificarse y aún volver a nacer los principios cuando han sido muertos o anonadados por la fuerza brutal; al calor fundente de los intereses armónicos, que amalgama la voluntad de las masas, como el combustible funde en el mismo crisol los más variados componentes.» (*Historia de la Jornada del 20 de Abril de 1851*).

X I

Nuestro revolucionario de diecinueve años tomó, según queda dicho, parte activa en los sucesos del 20 de Abril. Fatales acontecimientos, que pondrían en prolongado riesgo su vida, le impidieron hacer más. Y ese más era batirse por las libertades en las calles de Santiago. Era agitar su espada como una tea de rebeldías, para dar soplo de ánimo viril a los cobardes que sólo gritan cuando se sienten resguardados y despertar de su sueño colonial a las marmotas que poblaban a Chile. ¡Y esas marmotas no han despertado todavía!

En la noche del 19 Vicuña se instaló con su amigo José Miguel Carrera, que era el jefe civil del alzamiento, en casa de doña Rosa Carrera de Aldunate, hermana de aquél. Doña Rosa, «mujer de tan levantado corazón como dotada de altas virtudes y de talentos superiores» al decir del historiador, vivía en la calle del Estado a pocos metros de la plaza de Armas.

«Acompañaba a Carrera en esa noche, después de infinitas correrías por la ciudad—recuerda Vicuña—el autor de estas reminiscencias, a fin de hallarse más próximo al teatro de la revolución que embargaba por entero su ardiente adolescencia, y allí, en el salón de la señora, pasó en vela toda la noche, hasta que la última, inquieta y sobresaltada, vino a preguntar a su huésped, hacia las dos de la mañana, si no sentíamos ya extraños rumores...» «Los ruidos que sentía la señora Carrera eran efectivos: toques lejanos de campanas; vocerío

apagado de gente que pasaba, el tenue bullicio de la alta noche que precede a matutina fiesta y que ahora, entre la cena y el «Resucitado» (59), convidaba al pueblo a místicos placeres: era en esa noche y en aquel tiempo la hora y la ceremonia de «la velación de la carne» porque era la última hora del pescado, del lacticio y del ayuno».

El Valdivia, a las órdenes de Urriola, ocupaba a esas horas el costado oriente de la plaza, quedando la compañía de carabineros a la altura de las boca-calles de las Monjitas y Nevería. Manuel Recabarren y Bilbao fueron a dar aviso a Carrera y a Vicuña.

Acudieron ambos a la plaza, pasando a saludar al generalísimo. «Llevaba en ese instante el caudillo del 20 de Abril, su espada desnuda bajo el brazo, y estaba vestido como un coronel de infantería a la francesa, kepí y levita de largo faldón, pantalón grana y dos pequeñas charreteras...» (60). Y en aquel sitio, desde donde vería pasar la oportunidad del triunfo sin asirla por su único cabello, Urriola nombró a Vicuña su ayudante de campo y haciéndolo montar a caballo le envió a la Penitenciaría, con orden de hacer venir un grueso destacamento del Valdivia que cumplía allí misión de custodia. «Hizo aquel servicio con tal celeridad el encargado,—recuerda—no obstante los espesos charcos de agua que recientes lluvias habían derramado en todos los barrios del sur, que una hora escasa más tarde entraba el destacamento de Videla a tambor batiente a la plaza y se incorporaba a su batallón en medio de los vivas de sus camaradas...» (60).

Vicuña cumplió diversas comisiones en esa dramática madrugada del día 20, entre las cuales la de llamar a don Pedro Ugarte, que era uno de los jefes. Al verlo regresar con su caballería jadeante, ejecutadas todas con buen éxito, «hízole señá el coronel Urriola, que estaba en ese momento, en que la luz del alba empalidecía ya la de la luna, confundido entre los soldados del Valdivia, inmóviles como pardas rocas; y haciendo

(59) Esa mañana tenía lugar la tradicional procesión del Señor Resucitado, que daba término a las festividades de Semana Santa.

un gesto de marcada impaciencia, díjole sólo estas palabras: *Señor, vaya a traerme al Chacabuco* (60).

Era el regimiento que en vano esperó Urriola y sin cuyo concurso hubiera podido ganarse la jornada en los primeros momentos. La torpe traición del capitán José Manuel González, de dicha unidad, que estaba en secreto acuerdo con los revolucionarios, malograría en definitiva la rebelión.

«Partió el emisario a galope por las calles de la Nevería, Santo Domingo y San Antonio,—cuenta Vicuña—atravesando el río (61) que venía bastante crecido junto al *Puente de Palo*. Encontró allí un oficial de Granaderos que daba de beber a su caballo, y que más feliz que él regresaba del *Chacabuco* a la Moneda con la confirmación de la lealtad de aquella tropa al gobierno».

«Con la voz ronca de una agitación constante de varias horas, llamó aquél por la portañuela de observación que tienen ordinariamente los cuarteles, al oficial de guardia, y presentósele por aquella abertura el rostro lívido de un individuo que con voz presurosa le dijo: —«Que no podía salir... que estaba allí su comandante...» y otras frases entrecortadas cuyo sentido no era fácil descifrar en tal momento. El hombre que así hablaba y se empeñaba en cohonestar dos traiciones a la vez, era el capitán González».

El ayudante de Urriola «insistió en obtener una respuesta categórica, al paso que aprovechaba la tardanza en perorar a la tropa desde afuera. Oficiales y soldados se movían en revuelta confusión, cargando los últimos sus fusiles, bajo los corredores en sombra, a esa hora indecisa del alba.

«Y en esta crítica circunstancia, fué que González temiese una revelación comprometente, fué que su jefe le impartiere órdenes, vino a la puerta y en nombre de aquél invitó a entrar al persistente emisario. Apeóse éste del caballo, abrió el mismo González la puerta, y cuando iba aquél por la medianía del patio en dirección a la mayoría donde ardía una lám-

(60) Obra citada.

(61) El Mapocho, entonces sin canalizar, labor que Vicuña Mackenna propiciaría más adelante.

para y se paseaba intranquilo el comandante Videla Guzmán, recibió un fuerte golpe en la mano derecha con la que empuñaba una pistola, y dando González un grito al oficial de guardia Reyes Zorondo, impuso silencio a las protestas que contra su traición hacía el joven prisionero, y lo mandó arrestado con orden de hacerle fuego al menor amago de fuga o sedición».

Al día siguiente fué trasladado a la cárcel pública, sita en la plaza de Armas, «como un malhechor vulgar, entre cuatro soldados del Chacabuco y un insolente cabo armado de su varilla de mimbre. Y en el calabozo que le destinaron no tardó en ir a hacerle compañía Carrera, que había fugado después de la derrota a San Fernando, donde fué detenido. Los dos amigos saborearon durante más de dos meses largos la hiel de la prisión política.

Entre tanto la mascarada electoral se consumó y don Manuel Montt fué elegido por los electores y agentes gubernistas Presidente de la República para el período de 1851 a 56, que debía inaugurarse el 18 de Septiembre.

En el calabozo se canta y se trabaja, diría más tarde Vicuña. En la desnuda celda, que los primeros fríos del invierno hacían intolerable, escribió un artículo fogoso, de violentísimo ataque contra el gobierno y su candidato oficial, que fué publicado en «El Progreso» de Santiago el 11 de Julio, con el título de *Tablas de sangre de la candidatura Montt* (62).

Al atardecer del 4 de Julio dos elegantes señoras, premunidas de autorización en regla, penetraron al calabozo de Vicuña y de Carrera. Media hora después y caída ya la noche salían dos señoras, cubiertas con sus capas para guarecerse del frío reinante. Un landó las aguardaba en la puerta y luego que subieron a él se puso en rápido galope por la casi desierta calle de la Nevería. Al hacer el oficial de servicio la ronda nocturna encontró en la celda a las damas visitantes... Los dos

(62) El artículo fué acusado por las autoridades y habiendo declarado el jurado de imprenta que había lugar a la formación de causa, ésta se realizó en ausencia de su autor ya fugado de la prisión. La defensa del escrito de Vicuña estuvo a cargo de Bartolomé Mitre, a la sazón redactor de «El Progreso», pero éste no pudo alegar por haberse negado el juez a oírlo. Vicuña Mackenna fué condenado a 500 pesos de multa y un año de prisión—extra—y el editor del diario a idéntica multa.

revolucionarios habían huído vestidos con los trajes que aquellas les llevaran. Y esa noche al saberlo el Presidente Bulnes acaso no pudo dejar de sonreír. ¿No había fronda de amor mezclada a la pasión y a la sangre de esos días de revuelta?

Una sentencia de muerte recaería pocos días más tarde sobre Vicuña, Bilbao y Carrera (63).

Vicuña partió la misma noche de su romancesca fuga, a la hacienda de la Palma, cerca de Valparaíso. Una semana más tarde siguió viaje al norte, por el camino de la costa, llegando a La Serena el 18 de Julio, después «de una marcha forzada de cuatro días y cuatro noches, practicada por caminos fragosos y en el corazón del invierno» (60).

En La Serena el ambiente estaba caldeado. Se instaló allí en la chacra de su pariente don Joaquín Vicuña, poniéndose en inmediato contacto con Carrera. La labor de los revolucionarios fué febril. Tertulias, reuniones nocturnas, conspiraciones de capa y espada a favor de los caserones coloniales que diluían sus masas en la sombra, desdibujadas por los chonchones de parafina y las raras luminarias del servicio público.

El día 7 de Septiembre los rebeldes, en cumplimiento del plan que se habían trazado, se apoderaron de la ciudad obrando con energía y rapidez. Vicuña mismo, a la cabeza de 200 a 300 hombres, «con el pueblo a retaguardia» hizo irrupción en el cuartel del regimiento Yungay y logró que sus tropas se plegaran a la causa. Era su primera victoria. Sin descansar entregó a la prensa un manifiesto *A los pueblos de Chile* (64), que tenía preparado desde días antes y concurrió a la proclamación de su amigo Carrera como intendente revolucionario de la provincia. En Concepción la revolución estaba en marcha, acaudillada por Cruz y don Pedro Félix Vicuña, que sería su Secretario General de gobierno. Las fuerzas alzadas bajo

(63) Esa sentencia fué dictada el 17 de Julio por el Consejo de Guerra de Oficiales Generales que presidió el coronel Juan Vidaurre Leal y del que formaron parte el coronel Nicolás Maruri, los tenientes coroneles Rafael Larrosa, Juan Torres, Esteban Camino, José Tomás Yávar y el graduado de la misma clase José María Silva, siendo asesor el auditor de guerra don Pedro Palazuelos.

(64) Fué publicado en el diario «La Serena», número del 9 de Septiembre.

la bandera de la democracia liberal, que los Vicuña padre e hijo hicieron flamear toda su vida, constituyeron de inmediato tremenda amenaza contra el gobierno próximo a iniciarse en Santiago. No lograría, sin embargo, impedir que se desarrollase el doble período de Montt, tan fecundo en emociones dramáticas.

Al lema de «¡Viva la República!, ¡Viva la Igualdad!» los caudillos de La Serena habían comenzado con magnífico éxito su tarea. La pluma de Vicuña se esbozaba en las proclamas: «Marchemos al término con el valor que da la justicia de la causa nacional. Si se nos presenta la muerte no temáis que nos arrebate la victoria. Delante de ella seremos más esforzados». Valor, justicia, palabras que vibraban con acentos de amanecer en ese movimiento en que casi todos eran jóvenes y aún los viejos sentían el contagio juvenil, caso insólito en aquellos años de un siglo que rara vez dejó de someterse a lo caduco y a lo apoltronado. Pero la vejez alcanzaba siempre su revancha y los jóvenes caían en el campo, «vencidos pero no domados». Los viejos tenían en su favor el espíritu burgués que dominaba toda la época. Fué un siglo en que el maquinismo vestido de levita comenzaba ya a considerar que tener corazón era sólo una estupidez romántica.

Los revolucionarios de La Serena comprendieron que era preciso extender con rapidez el movimiento a toda la provincia y Vicuña recibió encargo de ir en campaña a los departamentos de Ovalle, Combarbalá e Illapel, premunido de amplísimos poderes. Para cumplir tal misión salió acompañado de sólo trece hombres que montaban a pelo sus cabalgaduras. El caudillo marcha con su pequeño cortejo y en las ancas del caballo que monta parece llevar la victoria. Los pueblos le aclaman, las autoridades huyen o se rinden. En Ovalle y Combarbalá organiza la administración local y toma disposiciones de emergencia. En Illapel se detiene. «Aquí—escribe Galdames (65)—se le acoge con bullicioso entusiasmo y establece su cuartel general; recuenta la tropa que descansa, revisa su equipo, armamento y municiones...»

(65) *La Juventud de Vicuña Mackenna.*

Su estada en Illapel tiene relieve simpatiquísimo. No hay vecino que se sienta capaz de convertirse en autoridad bajo sus auspicios y él mismo se constituye gobernador revolucionario del departamento, siendo reconocido con los honores del caso. El 18 de Septiembre se aproxima, y esa fecha que en Santiago será solemnizada con la asunción del mando supremo por el odiado y ya electo candidato oficial, en las ciudades rebeldes se celebrará con el dinámico entusiasmo de los jefes opositores. Esa conmemoración nacional en Illapel, bajo el mando de Vicuña, ha inspirado una de sus páginas autobiográficas más llenas de sabor. Abramos la *Historia de los diez años de la Administración Montt*:

«El entusiasmo de la muchedumbre desbordaba con más exaltación que en nuestra entrada a Ovalle, porque sabedores los habitantes de nuestra aproximación, desde la tarde anterior en que habíamos estado acampados a dos leguas del pueblo, tuvieron tiempo de prepararse para aquella tumultuosa acogida. La banda de música del batallón cívico, que tenía una maestría notable, había tomado sus instrumentos y ejecutaba desde la madrugada himnos entusiastas al pie de la colina, desde la que desciende el camino a las pintorescas alamedas de la villa; el pueblo se agrupaba en la senda en una masa tan compacta que era casi imposible abrirse paso; las campanas de la Matriz resonaban con chillona alegría; uníanse a éstas los gritos de *¡Viva Cruz!—¡Vivan los coquimbanos!* con que los grupos de pueblo atronaban el aire, batiendo las manos, mientras que las graciosas illapelinas, de donosa y delicada fama, vestidas con abandono matinal, dejaban caer sobre la tropa desde los balcones y las ventanas una lluvia de flores... Era tal la presión del pueblo sobre los soldados que fué preciso conquistarnos el paso con un expediente original. Saqué de mis pistoleras toda la moneda sencilla que llevaba en una bolsa y entreguela al capitán don Enrique Gormaz que venía a mi lado, encargándole que la arrojara en puñados a la distancia. El resultado fué maravilloso...»

Las circunstancias hacían asumir a Vicuña funciones de dictador: «Proclamose por bando esa misma mañana aquella dictadura que gustaba al pueblo y que el joven gobernador

asumió con cabál franqueza, haciendo presente a todos los vecinos convocados que su aceptación de aquel puesto estaba cifrada en un poder tan absoluto como era absoluta la responsabilidad personal anexa al cargo».

Movimiento, órdenes, disposiciones militares, expediciones de urgencia, medidas severísimas, nada omitía la nueva autoridad. «Y asegurada ya de esta suerte su misión revolucionaria, invadida toda la provincia de Coquimbo en una jornada que había durado apenas ocho días, el joven comisario, que no se había sacado las botas desde su partida de La Serena y que había pasado todos sus insomnios en el lomo del caballo, fuése a dormir blandamente sobre dos pellones que le deparó la suerte en un rincón de la mayoría, y púsose justamente a soñar en aquella hospitalidad dictatorial que no tenía sábanas ni almohadas y de cuyo dulce reposo sacóle a la madrugada del siguiente día un brusco sacudón que le daba un vigilante del pueblo, para decirle cortesmente: *Levántese usida que ya el caballo está ensillado!* ¿Era aquel matinal y comedido asistente el legítimo dueño de los pellones del gobernador? No lo sé; pero sí puedo asegurar que durante seis u ocho días no tuve más cama que estos pellejos en el suelo de Illapel, hasta que la señora del gobernador cesante me envió con fina galantería una cama, cuyos recortes y bordados me parecieron de un lujo digno verdaderamente de un dictador illapelino».

El día 18 asomaba ya sus alborozos y el flamante gobernador no poseía mas tenida que un traje de mezclilla, descolorido por la campaña. ¿Qué hacer? Un vecino denuncia la existencia de una levita recién terminada para un oficial de la talla de su señoría. ¡Mandamiento de embargo! Requirada la levita, el buen Saavedra, sastre de la localidad, tiene para entretenerse toda la noche con sus ayudantes, que sin buen indumento gubernativo han de flaquear los entusiasmos de la simpática ciudad de Illapel.

Al día siguiente la celebración fué magnífica. «Eran las diez de la mañana del 18 de Septiembre, día claro de sol como parece de ordenanza en toda la República, cuando los alcaldes, regidores, el secretario y tesorero, procurador, etc., entraban al despacho del gobernador y le presentaban sus manos ceñidas

de blanquísimos guantes, haciéndole una cortés reverencia. El batallón cívico vestido de gran uniforme estaba formado en el patio del cuartel con la bandera desplegada, mientras las campanas de la vecina Matriz repicaban hasta trizar la torre, que no tardó, en efecto, en venir abajo poco más tarde. El regidor decano invitó al gobernador a dirigirse al templo, porque ya se veía en la puerta al solícito párroco rodeado de sus acólitos. Envuelto en un grupo de aquellos cortesés caballeros y seguido del batallón cívico que marchaba, música a la cabeza, sirviendo de escolta de honor, atravesamos la plaza y llegamos al umbral de la Matriz. Aquí el cura, adelantándose unos cuantos pasos, se inclinó ligeramente y tomando de una caldera de plata, que llevaba un monacillo, un gran hisopo empapado de agua bendita, púsolo en las manos del imberbe gobernador. Ignorante de los usos eclesiásticos y sin el auxilio de un maestro de ceremonias, iba su señoría a descargar sobre el rostro del buen sacerdote un rocío bendito, cuando éste, como conteniéndole el brazo, le dijo con agrado: *¡Dígnese U.S. bendecir el templo!* Hecho lo cual entramos a la iglesia.

«Una doble hilera de sillones aguardaba al cabildo y en medio de estos, en el centro de la nave, se veía una rica poltrona de terciopelo carmesí que tenía a su frente, sobre el suelo, a la manera de alfombrilla de iglesia, un suntuoso cojín color grana guarnecido de franjas de oro. Una emoción viva agitó todo el concurso en ese instante y mil ojos brillantes asomaron por entre los pliegues de los mantones y de los velos de encaje. Todo el mundo elegante estaba ahí y el gobernador decididamente era el león de aquella fiesta cómico-católica. Cada uno tomó su puesto y apenas aquel ocupaba el suyo, cuando un dulzuroso sacristán presentóle un gran cirio, cubierto de una red de cintas de varios colores, que terminaba en un bouquet de flores a la manera de candileja. ¡Paciencia! pareció decir su señoría y tomó el cirio, manteniéndolo en su mano hasta que concluída la función, cerca del medio día, vino el cortesano cura a tomarlo de la mano haciendo los honores de la despedida. Al salir a la puerta, el batallón disparó su tercera descarga y la ceremonia quedó concluída.

«Por la noche una inmensa muchedumbre invadió la plaza, las señoritas del pueblo concurrieron a la sala de cábildo y los fuegos artificiales se quemaron con un estrépito eminentemente revolucionario.»

Más no sería todo objeto de tan donosa burla (66) en el gobierno «impuesto a aquel joven revolucionario, a quien se condenaba a pasar tres horas con un cirio en la mano, cuándo la revolución palpitaba en todos los poros de su vida».

La campaña militar se vió amagada por fuerzas de línea que el gobierno destacó el día 18 desde San Felipe. Vicuña tuvo noticia de su arribo e importancia sólo cuatro días más tarde, cuando se encontraban a corta distancia de su campamento. Había trabajado con gran actividad el jefe rebelde «pero por mucho que fuera su empeño—apunta Galdames (65)—el retraimiento hostil de algunos hacendados de los alrededores y la escasés de recursos en la localidad no le habían permitido reunir más de unos 172 jinetes a medio armar y unos 150 infantes fusileros; tropa colecticia procedente por parcialidades de los tres departamentos que había ocupado».

Al amanecer del 25 de Septiembre y junto al río Illapel se trabó combate entre las tropas de Vicuña y las gobiernistas, muy superiores en número. Los esfuerzos de aquél fueron infructuosos y sus soldados, voluntarios sin disciplina casi todos, acabaron dispersándose. Seguido de unos pocos fieles, se dirigió al norte, llegando tres días más tarde a Ovalle en donde situó su cuartel general, incrementado con las fuerzas que venían de La Serena.

Desarrollóse luego una campaña que comandó en persona Carrera, aceptando la responsabilidad de una derrota que su impericia militar hacía muy probable. Las jornadas fueron duras y se malograron en marchas y contramarchas, perdiéndose una vez más el valor de la sorpresa, pues «dudar, detenerse, retrogradar, equivale a la muerte por inanición» (60).

Y por inanición fué perdiéndose terreno, quebrándose los entusiasmos, hasta llegar al desatre de Petorca. El brioso

(66) Vicuña Mackenna: *Historia de los diez años de la Administración de don Manuel Montt*. Tomo Primero.

lugarteniente, destacado en dirección a los pueblos de Aconcagua, que en vano trató de sublevar a favor de la causa, pudo evitarse el presenciar la derrota y con el corazón metido en el puño, perdido sin mayor fruto tanto esfuerzo generoso, hubo de refugiarse en Valparaíso.

El desastre de la revolución de 1851 debía ser completo. Sublevado Concepción el 13 de Septiembre y constituido allí el gobierno revolucionario de Cruz, del que era ministro universal don Pedro Félix Vicuña, las fuerzas rebeldes se encontraron frente a tropas superiores en número, disciplina y recursos, comandadas en jefe por el general Bulnes quien acababa de transmitir la presidencia a Montt. La lucha fué reñida, siendo indecisos los resultados de la batalla de Loncomilla. El tratado de Purapel, que puso fin temporal a las aspiraciones de los revolucionarios, firmado contra la opinión de Vicuña padre, selló la campaña.

Poco más tarde, reunido con sus hijos que tan activa parte tomaran en el movimiento y a quienes el desastre mantenía prófugos y en la puerta del destierro, don Pedro Félix les dijo: «Yo no dudo de que tendremos que pasar aún pruebas más terribles. No obstante, tantas desgracias van a fructificar entre nosotros y a preparar una revolución que regenere nuestra sociedad...»

«Dignas palabras de un héroe de Plutarco!», comenta Galdames (65).

XII

Derrota y sobre derrota nuevos ímpetus, un constante renacer del espíritu, un varonil sobreponerse a las fatigas y a las malandanzas, como, más tarde, a la incomprensión y a la envidia mordaz. Tal era Vicuña. En su vida alienta un signo eterno de juventud, marcando rudo contraste con su siglo, en que todo se subordinaba a la vejez, a la gravedad, a la circunspección. (Mirad si nó un retrato de abuelo joven y advertid como se disfrazaban los razgos adolescentes con barbas, patillas y luengos bigotes. Los hombres de entonces miraban con prevención la juventud y para marchar por el camino del éxito era preciso mimetizarse de viejo).

Con el tratado de Purapel comenzaba para Vicuña y los suyos una era de persecuciones que en definitiva sólo había de cerrarse diez años más tarde. Eran las puertas del ostracismo, de un doble ostracismo que mereciera historia especial y en el cual acabó de forjarse su carácter.

El joven revolucionario se instaló en la hacienda de Tabo-lango. «Eran los primeros días de Enero de 1852, escribe. La sangrienta revolución del año precedente acababa de terminar. Mi padre, joven entonces, y mi hermano mayor acababan de volver de Loncómilla a aquel sitio de paz y amor después de las batallas del odio. Mi próximo hermano y yo mismo regresábamos de las libradas en el norte. Eramos un padre y tres hijos, o más bien, éramos cuatro hermanos, y todos habíamos escapado ilesos del deber cumplido y del plomo traicionero, pero nó de

las venganzas políticas, más pesadas y tenaces que el metal de las balas» (67).

Diez meses pasó allí, al amparo del techo paterno, en esa grata compañía en que padre e hijos, vinculados por tan fuertes ideales, eran hermanos... Contemplando las mieses doradas que las piedras del molino transformarían en harina y esa harina en moneda de viajar, don Pedro Félix, abandonados por un tiempo los arreos de batalla, dióse a escribir las páginas de *El porvenir del hombre*, que en las veladas familiares leía a sus hijos. El guerrero se había transformado en filósofo.

Los días corrían agradablemente, empleados en leer y tomar anotaciones para libros futuros. Más el gobierno no descansaba y fué menester poner paréntesis a las persecuciones que sufría el mozo, dejando el mar en medio. Doña Carmen Mackenna acomodó los modestos equipajes del viajero y el 26 de Noviembre de 1852 comenzó el primer ostracismo de Vicuña Mackenna.

A bordo del *Francisco Ramón Vicuña*, pequeño velero que pertenecía a su padre, se hizo a la mar, llevando un cargamento de harinas para logro y alivio de sus andanzas. En el alma la tristeza de la primera separación y tras el velo de lágrimas que ocultaba el término de su adolescencia y el alborear de aquella admirable juventud que no concluiría sino con su postrer aliento, podían adivinarse las ansias con que abría su espíritu a todos los vientos de lo nuevo, a las curiosidades ya insaciables que habrían de consumir su vida toda. Era por los caminos del mar el comienzo de una bella aventura.

Sus ojos al cerrarse a los postreros paisajes de la tierra natal debieron detenerse en doloridas reflexiones. ¿Qué quedaba atrás fuera del amor de los suyos, tan probado por el destino? Una gran derrota para los sentimientos liberales que habían animado en parte las revoluciones europeas de 1848, esas revoluciones que el reaccionarismo, potente casi siempre, venciera, como en Chile, que así suele ocurrir con los primeros asaltos de la historia. En el terruño se había iniciado un período de régimen más autoritario que el que acababa de terminar

(67) Vicuña Mackenna: *Al Galope*.

con Bulnes. La juventud, ayer ardida de entusiasmo en las asonadas callejeras, heroica en los campos de batalla, enfriada hoy por la derrota; el oportunismo de entonces y de siempre doblando las rodillas ante el poder, la prensa amordazada por fuerza de su propio servilismo y a la disposición incondicional de los terratenientes y de las gentes de gobierno. ¿Y los jefes liberales? Muertos unos, perseguidos otros, tal su propio padre, y sintiéndose en definitiva derrota los más. Ese fatalismo ante el desastre, ese resignarse a los golpes de la suerte y abandonar la lucha con certidumbre de ser siempre vencido, no entraba en el carácter de Vicuña. El derrotismo era un sentimiento que repugnaba a su espíritu, pues para él de cada derrota de hoy salían las causas y las fuerzas generadoras de las victorias de mañana. Ningún desastre podía ser definitivo ni era el éxito patrimonio de privilegiados. Ahí de uno de los signos de su genio. Para los hombres realmente superiores no existe la palabra vencimiento ni los triunfos tienen valor de lápida. Del batallar que compone sus vidas se enhebra una eterna cadena de progreso y sus combates, a las veces en apariencia perdidos, son librados para el porvenir. ¿Ignoran los hombres que sus triunfos de hoy son la resultante de las batallas libradas ayer y que del polvo y de la sangre de las derrotas surgirán las victorias de mañana?

De pie en la borda del *Francisco Ramón Vicuña*, el viajero debía pasear espíritu y ojos por el panorama de su patria y sentir, junto con la tristeza de todo lo perdido, con la fe de los días futuros cantar en su alma la gloria de tener veintiún años y de estar así, de pie sobre el navío familiar, caballero en las aguas que nunca fueron pacíficas y ser por un tiempo—el breve tiempo de los años mozos—señor del ancho mundo...

Sigamos, un poco al vuelo, su itinerario de viaje.

Cincuenta días de fatigas y he aquí el puerto de San Francisco, en plena fiebre del oro, cruzado por aventureros y bandidos, en forja de riquezas habidas y perdidas a la vuelta de un golpe de cubilete, de una noche de orgía con esclavas blancas o de un balazo alcanzado en las riñas de cada minuto. Vicuña realiza su cargamento, obsequio paterno cuyos provechos le permitirán viajar y estudiar,—a pesar de que los

comerciantes con quienes trata lo roban, como era de temer.— Contempla a los hombres, analiza sus pasiones, sufre el choque de aspectos primitivos y compara... Acaso el panorama humano sea semejante por doquiera se tienda la mirada. Diferencias de forma más que de fondo. Un velo más espeso ahí; mayor disimulo, más discreta hipocrecía acullá. ¿No se encuentra, en toda tierra, por ventura, esa misma carne débil y humillada, esa eterna carne sufridora en que se hincan las garras de la especie? ¿No es el hombre el más cruel lobo del hombre?

El alma del viajero es un laboratorio. «Todo vive y actúa en esta imaginación candente y romántica, escribe Galdames. En ella la naturaleza se humaniza y adquiere alma, la grande alma del cosmos. Es el principio de la espiritualidad incontenible que a raudales brotará después» (68).

Vicuña medita. Sus ojos dominan la realidad con fuerza que sorprende en sus años. Ya comienza a ser el vidente que horada los tiempos. Escribe: «Cuán rápido y seguro será el desarrollo de este país poblado por una raza joven y varonil, que cuenta con los recursos de la naturaleza en tan grande escala; el clima, las minas, la fertilidad de los llanos, las montañas del interior, sus sistemas de ríos navegables...» (69). Y en su imaginación prevé el formidable desarrollo, el espíritu imperialista que se disimulará tras la armazón de los organismos y doctrinas de apariencia y aún de relativo sentido democrático. Más tarde descubrirá el verdadero espíritu de la doctrina Monroe y algún día, con el bagaje de todas sus experiencias, dirá de Estados Unidos cosas y previsiones asombrosas (70).

Tras de corta estada en San Francisco y de breve viaje a Sacramento, prosigue su ruta por el Pacífico, en el *Panamá*,

(68) Obra citada, Cap. IV.

(69) *Páginas de mi diario durante tres años de viajes.*

(70) Dice Galdames: «El viajero observa las semejanzas fisonómicas del chino con los tipos raciales de la América indígena y recuerda la hipótesis de una remota comunidad de origen, la misma que en nuestro siglo han formulado como teoría demostrable antropólogos célebres».

«Esta amplitud de comprensión—añade en otra parte el distinguido biógrafo de Vicuña Mackenna—acusa desde luego una multiplicidad de facultades que actúan simultáneamente y con viveza igual».

con propósito de seguir viaje por la vía del istmo, propósito que altera ante el peligro de fiebres de aquella zona que entonces era del todo insalubre. Resuelve dirigirse al Atlántico por la vía de Acapulco a Méjico. El viaje fué duro en extremo. En la capital mejicana se alojó en el hotel de las Diligencias, sito en el palacio que fuera de Agustín Iturbide, emperador de un día. Las horas le parecieron breves para recorrer calles, ruinas y recuerdos. De Méjico sigue en diligencia, con algunos amigos, camino de Veracruz, y esas jornadas no estuvieron exentas de peligro, pues consiguieron no ser hostigados por los bandoleros sólo en razón de las precauciones tomadas. En Veracruz se embarcó el 19 de Marzo en viaje a Nueva Orleans, en el paquete *Edward Barnard*. Llegado a ella, con excelente impresión de su aspecto se instala en el San Carlos, que es el mejor hotel, y algunos días más tarde—el 29—remonta el Mississippi a bordo del *James Ward*. En Luisville se traslada al paquete *Telégrafo*. Visita Cincinnati, recorriéndola en tilburí. Sigue en ferrocarril—locomoción que utiliza por primera vez— a Cleveland y luego navega en el vapor que sirve el lago Erie, hacia Buffalo, y desde allí al Niágara. El salto famoso le decepciona un poco, que la fantasía había forjado visión extraordinaria de sus vuelos de agua y espuma. De regreso a Boston piensa que hay pocas cosas tan fáciles como aburrirse en una ciudad norteamericana «pues todas son uniformes y parecidas entre sí, como los gemelos de una misma madre, que han crecido juntos» (68). Conocer a una es conocerlas a todas. Llega a Nueva York y a comienzo de Abril parte hacia Boston, ciudad en que le aguarda la hospitalidad de la familia de Mr. Curtis, el amable compañero de sus primeros viajes en Yanquilandia. Y esa estada le sería más grata aún, pues le brindó oportunidad de conocer al historiador Guillermo Prescott y a Jorge Ticknor.

En la segunda quincena de Abril regresa a Nueva York por ferrocarril y en Mayo, después de pasar algunos días en Filadelfia y Baltimore, arriba a Washington, teniendo ocasión de tratar a las personalidades de mayor relieve en compañía del ministro chileno don Manuel Carvallo. Un mes completo en Nueva York y nuevamente a peregrinar. Desfilan Buffalo,

Niágara, el lago Ontario, el río San Lorenzo, Montreal en Canadá, Quebec, el lago San Jorge con sus paisajes hermosos, la estación termal de Saratoga... Y Nueva York le acoge con calor insoportable el 3 de Julio.

La metrópoli norteamericana, que pudo conocer bien en sus tres meses de espaciada residencia, con hospedaje cómodo en una casa de la calle Blescher, no la atrae por ningún aspecto que mire al espíritu. Recorre teatros e instituciones, a pesar de lo cual se siente descontento desde el primer día. Escribe en su *Diario*: «me ahogaba su materialismo, y me sentía como llevado a empellones por un tropel humano».

Conoce hombres, investiga, busca... ¿No es esa la tarea de todas sus horas y de todos sus años?

Y al embarcarse en el *Pacífico*, rumbo a Liverpool, el 23 de Julio de aquel año de 1853, Vicuña Mackenna piensa que en verdad los Estados Unidos son un gran pueblo, «un pueblo delante del que ninguna frente que piense en la libertad y en los derechos del hombre, debe dejar de inclinarse reverente. Pero su raza ha abusado de ese noble poder, lo ha conquistado para sí, y con un atroz egoísmo lo arrebató y lo deja arrebatar a los demás. El mercantilismo de la raza sajona, desatado aquí de toda valla, va a hacer de este país el azote de la tierra, hasta que a su vez una nueva Roma destruya esta altanera Cartago de la edad moderna» (68).

XIII

En Agosto del 53 descubre París (71). Era la meta de sus primeros anhelos literarios y la coronación de un largo sueño. ¿Qué escritor no lo ha tenido? Los más suelen a lo largo de la vida llegar al puerto para el cual habían desplegado las velas viajeras en alguna tarde de divagaciones juveniles. ¿No es una meta de oro que imanta el alma de los latinos? No todos llegan en la hora propicia y bien pocos lo descubren en verdad. Su propio hijo llegaría un día, a su turno, y en el encabezamiento de su primera crónica de viaje pondría esta leyenda de siempre: «¡París, un sueño!» (72).

Vicuña también siente, al pisar sus calles, «realizado el sueño de la mitad de la vida» (73)...

Y se lanza por plazas y bulevares. Visita los teatros y los museos; recorre los grandes edificios, las catedrales, los monumentos históricos... Ningún *coin* le permanece extraño. Los grandes y los pequeños restaurantes le reciben. En los rincones bohemios fraterniza. Los talleres de los pintores y los estudios de los escritores famosos le brindan acogida. Cada día se le duplica en horas y en conocimientos. Su curiosidad

(71) Había desembarcado en Liverpool el 3 de Agosto, dirigiéndose inmediatamente a Londres, en donde, casi sin detenerse, tomó el tren para Dover. Al día siguiente desembarcó en Calais, rumbo a París...

(72) Benjamín Vicuña Subercaseaux: *La ciudad de las ciudades. Crónicas de París.* (1906).

(73) *Páginas de mi diario.*

se aviva sin tregua y en cada minuto parece poner el alma entera. Así ha de vivir siempre, con el alma ardida, quemando su genio en todos los trabajos, agotando todas las posibilidades, prodigándose en derroche sublime...

Y no sólo París: Saint Germain, Fontaineblau, Versailles... Versailles lo atrae de modo especial. Allí habita el recuerdo de los viejos esplendores. En París, en cambio, están los nuevos césares. El Segundo Imperio acaba de comenzar con todos sus estrépitos, su refinamiento exquisito, capaz de disimular las miserias que por doquier descubren el paso de los hombres. El boato de la corte es extraordinario y su brillo no cesa de aumentar con el advenimiento de aquella bella y malaventurada emperatriz Eugenia que acaba de sentarse sobre el trono de las abejas de oro. Vicuña Mackenna, envuelto en su romántica aureola liberal y en el recuerdo de sus hazañas de joven caudillo, no oculta las antipatías que le inspiran los señores de Diciembre. Un día de ceremonia la curiosidad lo empuja a las Tullerías, en compañía de otros viajeros chilenos. Su mirada se cruza con la del emperador. Todos se inclinan. Vicuña se iergue y sus ojos parecen cargados de desdén...

Napoleón III ha tomado sobre sus hombros una gran tarea: transformar París. Una ciudad nueva saldrá de las manos del barón de Haussman, más ello no impedirá que las tradiciones de su casa le sean fatales. Las batallas servirán de sepulcro a su linaje y a sus ambiciones, pero no importa. En ese reinado suyo, a pesar de las maldiciones que vienen de Yerneséi, las letras y las artes darán fruto magnífico y en el horizonte de las posibilidades históricas hará su aparición la Comuna. La humanidad avanza; más de su camino el dolor tarda en apartarse. El hombre-lobo grita, grita...

Vicuña supo vincularse a los principales centros intelectuales. En sus salones le reciben cordialmente Geoffroy de Saint-Hilaire y Claudio Gay. El químico Boussigalt le acoge con afecto y en casa del almirante Blanco Encalada, ministro de Chile y amigo personal de la emperatriz una tertulia interesante le proporciona ocasión de tratar a lo más granado del mundo americano residente y de los personajes de la corte.

¡Qué magnífico observatorio para un viajero como aquél! Francia no le guarda secretos yá ni París seducciones. Es el París de los veinte años contemplado por un hombre que toda su vida tuvo veinte años, pero que dominó sabiamente su juventud sin dejarse arrebatar por los ardores de la mocedad ni esclavizar por sus afanes de estudioso. El tiempo amplía sus posibilidades para quienes saben aprovecharlas. La copa de los placeres no había de desbordarse ni caería polvo sobre las cuartillas prontas a recibir la visita del pensamiento...

X I V

No todo había de ser viajar. El colegio real de Cirencester le aguardaba, con actividades que habían de ser utilísimas en su tierra, y a él se acogió en las postrimerías de aquel año de 1853, tan bien aprovechado (74).

El colegio de agricultura de Cirencester estaba situado en el condado de Gloucester, en una aldea de seis mil almas, sumida en quietud provinciana. Allí se daba enseñanza especializada en materias agrícolas, en cursos prácticos cuya finalidad era servir los intereses del reino de modo eficaz. El profesorado tenía fama de competente, pero su helado estiramiento no le dejaría la menor huella de afecto. Salvo cierto señor Voelcker, doctor alemán.

Alojóse Vicuña en casa de la familia Bugg, entregándose con todos sus sentidos al estudio, que comprendía, entre otras materias, geología, física, química, metereología, botánica.

Su vida era triste, monótona como el panorama que por contraste le traía las visiones de su tierra, más queridas cuanto más distantes. De los compañeros de estudio no había que hablar. Secos, deportivos, indiferentes. «Yo tenía—escribe Vi-

(74) Antes de dirigirse nuevamente a Inglaterra, estuvo en Rouen y el Havre. En Londres, a donde llegó a fines de Noviembre de 1853, visitó cuanto era digno de conocerse. Su impresión no fué del todo grata aquella vez. «La vida británica—escribe Donoso—no le entusiasma: deja en su espíritu una amarga sensación de frialdad, de rigidez, de estiramiento y de hipocresía».

cuña (75)—más de cien discípulos, y aunque la mayor parte eran de mi misma edad; jamás, después de muchos ensayos, encontré un solo tipo que cautivara mis simpatías ni mi aprecio». Había que contentarse con excursiones campestres los días festivos, paseos por los alrededores en las tardes, las lecturas de infaltable compañía y la muy rara de algún compatriota de paso. Salía a caballo o en carruaje por «los verdes campos de Albion o galopaba de aldea en aldea a lo largo de los excelentes caminos ingleses que a fe no le son superiores las mejores calles de la capital de Chile».

Swindon, Choltenham y Bath recibieron alguna vez su visita.

Esa época de estudios fué utilísima para Chile. Adquirió conocimientos muy sólidos, siéndole así posible, más adelante, ahondar en las necesidades agrícolas de su tierra.

Con fecha 25 de Junio de 1854 escribió extensa carta a don José Rafael Larraín, la cual fué impresa en Valparaíso, en volumen de más de cien páginas, con el título de *Estudios sobre la agricultura*. «Obra esencialmente técnica—escribe Donoso (76)—era el fruto de los estudios de Vicuña, pero escrita con ese estilo liviano y ameno que con el tiempo había de ser tan personal y único. Se encuentran en ella páginas de positivo interés, tales como las relativas al estado de la agricultura en Europa y la organización agrícola británica que revelan un cabal conocimiento de la materia». Corridos tres cuartos de siglo ese interés no pasa...

Posteriormente—en París, a comienzos de 1855—dió a la estampa en la librería de Mme. Bouchard Huzard un volumen en claro y elegante francés, bajo el título de *Le Chili considéré sous le rapport de son agriculture et de l'émigration européenne* (77).

«Su autor—escribió Vicuña—se proponía dos objetos.

(75) *La Agricultura de Chile*.

(76) Ricardo Donoso, obra citada.

(77) Una traducción, hecha por don Marcial Martínez, se publicó en Chile, en *El Mensajero de la Agricultura*.

Le Chili está dedicado a don Emeterio Goyenechea, en hermosa página escrita en español. En la advertencia—*Avant—propos*—dice: «Nous avons écrit cette ébauche du Chili pour les émigrants et pour les Chiliens. Les Chiliens d'aujourd' huy et ceux qui le seront demain... J'ai dit de tout mon coeur, aux uns et aux autres, ce que je croyais la vérité.»

El primero llamar la atención de los emigrantes sobre Chile y el segundo hacer de éste una descripción rápida pero compacta, concisa pero exacta, para el uso de los mismos chilenos. El primer objeto ha sido conseguido en lo que un simple individuo podía alcanzar. Además de una considerable circulación en Europa, el *Monitor francés* y la *Gaceta de los emigrantes* de Alemania han publicado extractos y largos análisis...» El historiador Michelet, dato que conviene recordar, en su obra *L'Oiseau* citó con elogio el trabajo del joven escritor chileno.

Inútil parece agregar que toda esa propaganda, a base de ciencia y de verdad excrupulosamente expuesta, la hacía Vicuña Mackenna a costa de su flaquísimo bolsillo, sin recibir ni pretender la menor ayuda del fisco de su país. ¡Rara lección que entonces y más tarde muy pocos chilenos han sabido recoger!

En *Le Chili* Vicuña analizaba con noble franqueza la condición social de los campesinos, levantando en su pecho un grito de justicia social que brotado ya en las asonadas políticas de 1851, junto a Bilbao y a Santiago Arcos, no cesaría de renovarse.

Ese grito, como un lema justificativo de su vida, parecía decir: Con el pueblo, junto al pueblo, por el pueblo...

XV

Sus estudios en Cirencester duraron hasta el mes de Diciembre de 1854. En las vacaciones de ese año pudo realizar provechosa gira por el reino.

El 3 de Julio partió a Londres. En la capital británica, acompañado por su amigo Manuel Beaucheff, siguió visitando los monumentos históricos, las instituciones y museos, sin descuidar mucho las jornadas de entretenición y placer. Menudearon sus idas a los teatros, a los restauranes de moda, a los mil sitios de recreo que podían compensarle de largas soledades. Pero la voluptuosidad, como observa Donoso, no había de cogerle jamás en sus tentáculos. Las páginas de su *Diario de Viajes*, empapadas de franqueza y espontaneidad, baño de agua viva en que solía sumergirse su alma, han recogido el emocionario de esas horas. Dice en la hoja del 6 de Julio: «Volvimos por Regent St., donde había un centenar de hermosas y elegantes creaturas de vida alegre. La música era excelente, el baile moderado, la concurrencia en orden, la policía a la puerta. A mí no me ha gustado nunca este género de diversiones. El tráfico de esas mujeres me repugna en todas partes y especialmente en Londres».

Las alegrías londinenses subrayan su juventud. Es un mozo ya. Un apuesto mozo de veintidós años, de proporcionada estatura, rostro pleno de belleza varonil, ojos profundos que inquietan, fulminan o acarician al mirar. Sobre los labios el

bozo se ha tornado en fino bigote que acentúa los razgos de su bien modelada boca. En lo físico era una atleta...

El llamado de los viajes le da poca tregua. Después de Londres, Woolwich, Greenwich. El día 15 se dirige a Lincoln para asistir a la feria anual de la Sociedad de Agricultura de Inglaterra. Luego York, New Castle, Edimburgo que «tiene una belleza clásica y peculiar que la hace aparecer como la ciudad de la meditación y del pensamiento». Glasgow (cuatro días de cama en el Hotel de la Reina), Greenok, el canal del Norte, Belfast.

En Belfast toma el ferrocarril a Armagh. Desde allí sigue en carruaje a Enniskillen. Le aguardan el lago Erne, Willville. Es el término de la peregrinación romántica que imaginara en el terruño. Ahí, en viejo castillo familiar habitaron los Mackenna. Con el corazón estremecido llega a golpear la puerta de los antepasados. Acaso todo un mundo de hombres y recuerdos se agita en su subconciencia. La primera noche, con luminar de plenilunio, verá el desfile de los fantasmas ilustres, de las hermosas sombras de amor que pasaron su vida aguardando. ¿No viaja con él, acaso, el general Mackenna? Nunca su cuerpo retornó al hogar de que saliera casi adolescente; nunca su cabeza volvió a reclinarse sobre el regazo materno, sobre aquel regazo de mujer fuerte que le había enseñado a decir aquello de «la verdad siempre he sostenido y siempre sostendré»... Su nieto volvía en su nombre. El nieto que debía llenar de orgullos a su pueblo, con su carga ligera de juventud llegaba a tornar afectos, a reanudar lazos, a evocar a orillas del lago Erne las memorias amadas... Sus pasos recorren las estancias solitarias en donde el alma busca presencias extrahumanas, en tanto «el viento agitaba las copas de los lúgubres pinos y las ramas de los laureles penetraban por las ventanas sin marcos ni vidrieras»...

A corta distancia del castillo ancestral habitaban los últimos herederos de la ilustre casa. Junto al umbral los ojos que vieran partir al héroe niño para las batallas de España, acogieron con blando afecto al retoño que venía de las tierras de América. Sobre las espaldas del joven se cerraron los viejos brazos de Mrs. Leticia, hermana del general Mackenna.

Mrs. Leticia reconoció con júbilo su sangre. Era un legítimo hijo de su raza. *Oh, yes! This is a Mackenna!* exclama la vieja señora y como si la presencia del mozo tuviera la virtud de sacudirle la carga de sus años, con paso ligero y vibrante corazón lo conduce a la colina en que se alza la mansión de los abuelos. «¿Ves ese sendero?, dícele con voz en que tiemblan las lágrimas; pues por ahí, hace ochenta años, yo, ya mujer, traía a tu abuelo de la mano, niño todavía, a la escuela del pueblo. Cincuenta años más han corrido después, desde que no subo a esa triste morada... Fué ahí donde mi abuela recibió en un plato la ensangrentada cabeza de su marido, el mayor Mackenna, regalo que le enviaban los ingleses que le habían vencido en el combate de Drughmanner, donde él mandaba en jefe. ¡Cuántas veces oí yo a mi impetuoso y caballeresco padre recordar esa escena de horror, cuando comía rodeado de sus hijos y dando un furioso golpe sobre la mesa, se ponía a llorar como un niño, de indignación y de despecho...!»

Vicuña permaneció varios días bajo el techo familiar. Días gratos que volaron con la velocidad de los sueños. En ellos se afincó en Vicuña ese callado amor por Irlanda que nunca se apagaría en su espíritu. Y era amor justificado, pues críticos e historiadores rastrearían, en su genio, más tarde, el genio de Irlanda.

Puestos de nuevo los estribos viajeros, cerrando ese episodio romancesco, partió a Dublin. El 4 de Agosto se embarcó en Kingston. Siguieron Holyhead, Birmingham y de nuevo Cirencester.

Concluídos del todo sus estudios vendrá el balance sobre la Inglaterra de la era victoriana. Le parecerá, como Estado, «la más completa negación de todos los principios y de todas las ideas que ella ha creado». «Constitución, libertad, independencia individual, prosperidad y engrandecimiento social— escribe—todo me ha parecido engaño y mentira...» «De una parte doscientas familias nobles enseñoreadas sobre el trabajo y el capital por la posesión del suelo; sobre la sociedad por su orgullo opulento y brillante; sobre la política por la ocupación de todos los altos destinos. De la otra parte un pueblo ignorante, crédulo y engañado por su propio error, sometido al

trabajo por la tiranía del capital y avasallado por las necesidades que su posición individual impone a cada uno» (78). Le irrita la miseria de los obreros (79), la farsa en que se agita el derecho electoral, el ultrajante desconocimiento de los mínimos derechos del hombre y de su dignidad; todo simulado bajo imperturbable cuanto discreta máscara de hipocrecía. Su conciencia grita. «Pero no es sólo la miseria del pueblo lo que sorprende en Inglaterra, es la explotación de la miseria por la ley y el Estado». Indignábanle los abusos de una aristocracia estólida que se estimaba acreedora, por derecho divino, a la explotación de todo y de todos. Su mirada se dilataba en maldiciones y esperanzas. Era la mirada de un verdadero socialista. Y de sus juicios, de esos juicios trazados por un hombre de pensamiento y de corazón, dice uno de sus principales biógrafos (80), que en ellos «no puede menos de reconocerse la desnuda sinceridad de sus apreciaciones, la justeza y penetración de sus observaciones y el enorme fondo de inamovible verdad que alienta en todas ellas».

(78) *Viajes*.

(79) Escribe: ¿«Qué, si no el hambre ha dado a Londres esos enjambres de miserables víctimas que en la noche asaltan en tropel a los transeuntes a cada paso que dan y cuyo número llega, según algunos, a ochenta mil prostitutas? Cuantas veces yo en la mitad del día tropezaba con el pie en las solitarias veredas de White Chapell con algún montón informe que me parecía un momento una acumulación de basuras, hasta que lentamente veía alzarse y contemplarme con apagados ojos alguna madre que abrigaba contra el seno ya infecundo al hijo dormido en el hambre!—Ah! no lo digo por poetizar mis recuerdos, pero en parte alguna del orbe existe una más desoladora miseria, una más horrible desigualdad de clases que en Inglaterra!...»

(80) Donoso, obra citada.

XVI

Y continúa el itinerario de sus primeros viajes.

Llegado a París, al finalizar el mes de Diciembre de 1854, permaneció tres meses en la capital que dominaban ya de pleno las águilas del tercer Napoleón. Tres meses de estudios y vida intensa, reanudados los lazos intelectuales que se creara en su anterior estada y abriéndosele con nuevas puertas nuevos horizontes. El escritor y el viajero habían penetrado por completo en el alma de París, hecha de mundanidad, de refinamiento, de arte y estudio. Era la gran ciudad, exquisita flor de decadencia, el más acabado producto de una civilización que cumplido su sino ingresaba a sus postreros estadios. ¿No era ese segundo imperio, pleno de fausto, de gracia, de aparente grandeza, la puerta de oro por donde el occidentalismo dominador de veinte siglos y heredero de Roma penetraba a los caminos que descienden?

En Marzo, comenzada la primavera,—esa primavera de París cargada de efluvios, de sensualismo empapado en plenitud de carne joven y toda enchida del goce de vivir, primavera a cuya seducción es tan difícil escapar—Vicuña hizo sus maletas y de nuevo vistiósese la capa de trotamundos.

(Cuando un hombre inteligente viaja su voz de orden parece ser: Bebe de todas las aguas, clava tu mirada en los hombres y en las cosas como si ese solo minuto hubiera de ser de contacto para tí, hincas la garra de tu pensamiento en el alma de cada paisaje, vive como si solamente la breve hora fuése

tuya, no abandones el pie del estribo y sigue... Pero el ánimo se resiste y una secreta voz, la voz de nuestro Sancho, nos invita a detenernos en los rincones bellos y nos ofrece, con irresistible atracción, la embriaguez del minuto. ¡Ah, si fuésemos señores del tiempo, si las buenas posibilidades nos hiciesen más lata compañía y la juventud no marchase tan de prisa!).

Sigue el itinerario. El Delfinado, las aguas del Ródano, Valence, Marsella. (Por las prisiones del castillo de If excursiona en compañía de los héroes de Dumas padre. ¿No tenían, acaso, más consistencia y realidad Edmond Dantés y el abate Farías que todos los oscuros personajes oficiales que por allí ha hecho pasar la burocracia de Francia?).

En viaje a Italia.

Grasse, Cannes, Antibes, Niza, Génova (puertas de Italia, estada deliciosa), Turín (con una representación de la Ristori), Liorna, Pisa, Civita Vecchia y Roma.

A la Roma de los grandes recuerdos, señorío temporal de los papas y sancta sanctorum del arte pagano, llegó en diligencia. El pasado, grato amigo de las gentes que sin desamparar el deporte no han desdeñado la cultura, le acoge. Allí está el Vaticano en el que alienta todavía el espíritu de León X. El renacimiento continúa guardado por el sueño enorme de Miguel Angel. Rafael lo ha vestido de idealidad y en las viejas calles, en que parecen deslizarse como sombras las literas de los césares, vibra todo un mundo que no podrá morir... Del sueño grandioso y tétrico de la Edad Media, los hombres despiertan cada mañana en ese abrazarse de la Grecia pagana y del mundo renacentista que palpita en Moisés y en Apolo... Allí el Capitolio, el Foro, el Coliseo con sus ruinas que las noches de plenilunio pueblan, al conjuro del viajero. En el palco real se yerguen las siluetas de Calígula y Heliogábalo el Joven. En las Termas próximas habita el espíritu refinado de Caracalla. Nadie ha muerto. Nada ha desaparecido. Los que en apariencia pasaron en verdad permanecen por vivir en nosotros y con nosotros. El arte fija y distribuye las mercedes de vida eterna. De su juicio pende el ingreso al rebaño de las sombras informes o la permanencia entre los seres inmortales.

Y la divina imaginación domina el mundo. ¿No es, acaso, por orden suya que en el fuego de los crepúsculos estivales Nerón incendia a Roma cada tarde?

Vicuña vive Roma entera. «Recorre y escudriña con prolijidad, — escribe Donoso — con minuciosidad de arqueólogo y con el amor que le merecían todos los restos vinculados al pasado, cuanto rincón y ruina tienen algún título para la recordación histórica». Vive en éste y en todos los tiempos. Roma habita en él. Dice: «quería vivir sólo en los pasados siglos de grandeza y libertad; y cuando regresaba a mi hotel, fatigado de mis excursiones por las ruinas, me dormía olvidado de la prosaica existencia de los modernos viajes, y soñaba, como cuando niño, con la historia de Rómulo y César, echando lejos de mí las imágenes acusadoras del presente» (81).

Italia lo conquista. Cada ciudad es una solicitud, cada monumento un imperativo llamado. Siena, Lucca, Pistoia, Florencia... A orillas del Arno le aguardan los Medicci y en la penumbra de sus portales la dulce compañía del divino poeta... ¿No estaba allí la sombra de Beatriz? En las dormidas calles de piedra en que resuenan los pasos como sobre sepulcros; se insinúa, con la leda apariencia que conviene a las sombras de amor, esa mujer que ha conducido a tantas generaciones de hombres curiosos y emocionados, a través del Purgatorio, del Cielo y del Infierno...

Comienza Mayo. La primavera está en su punto y todo llama al amor y a la saudade, esa emoción del amor distante... Vicuña toma la diligencia, camino de Bolonia. Los árboles verdes, la frescura de los ríos y del cielo es pregón de juventud. El viajero desciende a trechos de su lento carruaje, escala colinas, sorbe a pleno pulmón las brisas embalsamadas, piensa. Más tarde dirá en su empcionario: «Ha sido una de las más bellas y felices mañanas de mi vida la que corrió para mí trepando estos montes que me recordaban los sitios de la patria y la memoria de los que amaba...» (81).

En Bolonia se detiene. Ahí vivió el ilustre naturalista e historiador de Chile don Juan Ignacio Molina. Vicuña visita

la casa en que el sabio residiera, recoge artículos, manuscritos, objetos personales; conversa con quienes le conocieron. Una biografía en que el personaje aparecerá animado de vida y color, saldrá de su pluma.

Modena, Reggio, Parma, Plasencia, Milán. César Cantú lo recibe en medio de su vida de familia. Siguen el lago de Como, pleno de paz; Monza, Cassano, Brescia, Verona, Mantua, Padua. Venecia lo festeja con la magia de sus canales, de sus góndolas, de los palacios en que Byron amara, en la hora precursora del romanticismo literario que él mismo vivía en esos días de juventud. En Venecia, el divino paisaje de una noche lunar cautiva al viajero y encanta para siempre al artista. Toda poesía reside ahí. El plenilunio embruja sus veintitrés años. «Así únicamente, dice en el libro de sus *Viajes*, he encontrado yo a Venecia bella y magnífica, pero bella de un modo tan incomparable, tan excepcional, tan único, que para comprenderla se necesita estar ahí, empapado en la luz que la luna envía y refleja el agua, envuelto en los misterios del vacío, acariciado por la brisa precursora de la aurora, sin más compañía que el ruido y la espuma que la quilla deja cuando el remo empuja la góndola...

Al terminar su visita a Italia se lleva junto a imborrables impresiones de arte el dolor de la esclavitud de aquellos pueblos sometidos, en su desmembramiento, al despotismo austriaco. Francisco José está reinando y su dominio trágico sólo ha de concluir cuando el terremoto de 1914 comience a sacudir de muerte los últimos tronos. Y sin embargo el éxodo final de los tirantos parecerá lento...

De Venecia sigue a Trieste, Lombach, Adelsberg y Viena. Su vida en la capital del imperio de la doble águila es de cierto reposo. En las mañanas se pasea por las avenidas de tilos, a medio día toma un baño en la casa de Diana y en las tardes acude a los Jardines del Pueblo en donde Strauss ejecuta sus conciertos.

El 6 de Junio sale de Viena. Las piedras miliáres marcan Praga, Dresden, Freiberg con su escuela de Minas en donde se detiene un par de días, Leipzig (una visita al campo de batalla) Halle, Wittemberg y Berlín. En Berlín visita a Alejandro



Vicuña Mackenna, su esposa y su hija Blanca.

(Fotografía tomada en París en 1870).



Vicuña Mackenna, Intendente de Santiago.

(Retrato de Lemoine. Se conserva en el Museo Histórico Nacional).

Humboldt para quien lleva «una elogiosa carta de presentación de M. Saint-Hilaire» (82). La entrevista es cordialísima. Se habla de Bello y de Domeyko.

En el itinerario, sujeto a todas las alternativas del hombre que sabe viajar, siguen Hamburgo, Amsterdam cuyo atractivo reside «en su animado conjunto y en la variedad de sus detalles» (81), Rotterdam, Amberes, Gante, Bruselas. Una visita a los campos de Waterloo en cuyas colinas se derrumbó el destino de Bonaparte...

Una semana más en París y en la primera de Julio toma en Southampton el vapor que ha de retornarlo a sus tierras de América. Los aires vivificadores de la patria colombina han de consolar sus ansias democráticas, heridas por el autocratismo imperialista que se respiraba en todos los países de Europa. Y si en América el sistema republicano se cubre con demasiado oropel, el hogar lo espera... (83).

El *Great Western* zarpa el 8 de Julio de 1855 y tras de corta escala en Lisboa, sigue la ruta de América. A comienzo de Agosto desciende Vicuña en Río Janeiro, embarcándose días más tarde en el *Camilla*, a cuyo bordo arriba a Buenos Aires el 19 de Agosto. La recepción que le tributa la sociedad porteña es cordialísima. Mitre, su compañero de celda en 1851, con quien anudaría una amistad de toda su vida; el insigne Sarmiento, Velez Sarfield...

Como de costumbre visita cuanto puede parecer de algún interés. Los archivos y bibliotecas le son de inmediato fami-

(82) Donoso, obra citada.

(83) En carta a su tía doña Magdalena Vicuña de Subercaseaux, fechada en Cirencester el 10 de Agosto de 1854, se leen estas frases: «Mientras más tiempo vivo en Europa más se destiñe el telón dorado tras del que nosotros la vemos desde Chile. Países de oro, de falsedad moral y de una actividad puramente física que nada dan al corazón sino espectáculos de la miseria de todos y el orgullo y tiranía de unos pocos! Me parece que como un prisionero en esta isla deseo romper mis cadenas y buscar otros hombres y otros climas. Estoy cansado de la Inglaterra, pero te confieso que no es en el Continente Europeo, sino en nuestro pobre y querido suelo donde yo buscaría un cambio. Cuando te invitaba a venir a Europa era por pura fascinación de los sentidos. Aquí está todo materializado, todos los goces son puramente artificiales, pero el alma y sus nobles latidos mueren de fastidio. Si no fuera por estas cartas que de vez en cuando yo escribo a los que mi corazón distingue, yo no sé qué habría hecho en este mundo de nada, nada y nada.

«¿Te parezco romántico Madgalena? Pero ponte en mi caso, solo, en medio de esta raza sajona que tiene más carne que espíritu...»

liares y en las tertulias de la época va a recoger las tradiciones históricas que más tarde depurarán los documentos y animará su pluma. Una tarea piadosa le aguardaba en la capital del Plata: buscar las cenizas de su abuelo el general Mackenna. Encontradas en el viejo claustro de Santo Domingo, ya que es imposible identificar para hacerlas traer a Chile, consagra un *in memoriam* en modesta lápida de mármol...

En Septiembre inicia las últimas etapas de su largo viaje. Por el río sigue hasta Rosario y el día 11 parte en compañía de dos amigos, camino de Mendoza, en una volanta de cuatro asientos que con no pocas fatigas lo llevará a través de la pampa. Es ruta no exenta de peligros, pues solían los viajeros ser visitados por esas tribus de indios que un día eligieran a Carrera por Picherrey y cuyos ánimos no eran del todo pacíficos. Páginas vivas, llenas de sal y casticidad recogieron en su *Diario de Viaje* ese trayecto.

Mendoza, ciudad colonial de techos bajos y almas aún retenidas por el viejo tiempo, le ofrece hospedaje de un mes en la casa de doña Angustias de Ródenas, «posadera y comedianta» escapada a un relato del Ingenioso Hidalgo. En los archivos mendocinos, asistido de cuatro escribientes, púsose a trabajar desde la hora del alba, todos los días, recogiendo y haciendo copiar cuanto documento podía servirle para los libros que proyectaba escribir. Todos los testigos sobrevivientes de los años de la Independencia fueron puestos a contribución con el mismo propósito. Y así, cargado de riquísimo botín (84) inició la travesía de la cordillera, a lomo de mula, el 19 de Octubre. Diez días más tarde lo estrechaban en Valparaíso los brazos paternos...

El viaje ha sido provechoso en extremo (85). Su cultura se ha dilatado. Conoce palmo a palmo la mitad del mundo

(84) «Entusiasta de los libros,—escribe Donoso—enamorado de las bellas ediciones, en todas las ciudades que recorre adquiere cuanto libro se refiere a la América del Sur. En Roma, Florencia, Bolonia, Milán, Viena, Berlín y Amsterdam hace preciosas adquisiciones que con el tiempo han de formar su magnífica biblioteca americana».

(85) «Tres largos años había durado su ausencia del nativo terruño,—apunta Donoso—que habían sido para él fuente pletórica de conocimientos, que bebió y asimiló con toda la sed de su espíritu, y de los cuales su patria habría de obtener el mejor provecho».

y de todas sus andanzas le quedará una experiencia bien cimentada acerca de los hombres y de sus miserias. Comprenderá con intuición genial que la supremacía de Europa se encuentra en decadencia irreparable y que la nueva civilización ha de levantarse en los vírgenes países de su continente. El porvenir es de América. En Asia se prepara, lentamente, el estallido de las razas sujetas a servidumbre. En esos mismos años los cañones de Yanquilandia despertaron al Japón de su sueño medioeval. Asia y América tendrán una magnífica unificación... Pero ello pertenece al futuro todavía y aún ha de correr mucha agua bajo los puentes.

En el terreno literario la cosecha será fecunda: libros, artículos, ideas, realizaciones que se plasmarán mañana en su acción pública de Chile.

XVII

Apenas abiertas las maletas de viaje y casi sin sacudirse el polvo del camino, Vicuña toma la pluma (86).

Comenzó, poco más tarde, a colaborar en las columnas de «El Ferrocarril» de Santiago, diario recién fundado. El 5 de Marzo de 1856 se insertó un artículo suyo acerca de «Reforma de la Agricultura en Chile», tema de sus principales preocupaciones por esos días. Y el 8 se inicia la publicación de *Páginas de mi Diario durante tres años de viajes*, que después sería recogido en volumen.

Su actividad comienza a manifestarse considerable. Trabaja en la Sociedad de Instrucción Primaria y en la de Agricultura, escribe en la prensa, promueve homenajes públicos a los grandes hombres olvidados, impulsa a los agricultores a modernizar sus sistemas, interviene en política...

En prosecución de aquellos propósitos de justicia histórica inició una subscripción para elevar una estatua a Molina, en cuyo honor compuso unos *Rasgos biográficos del abate Juan Ignacio Molina, primer historiador de Chile*. La empresa alcanzó buen término, colocándose la primera piedra del monumento el 17 de Septiembre de ese año. Y no paró ahí, pues hizo do-

(86) La labor literaria de Vicuña Mackenna, iniciada formalmente en 1849, no se detuvo en los días que precedieron a su primer exilio. De esa época son sus biografías de Jorge Beaucheff, Guillermo de Vic-Tupper y Carlos Wooster, impresas en 1854 en la «Galería Nacional o colección de biografías y retratos de hombres célebres de Chile» publicada por Narciso Desmadryl. Para esa obra compuso su *Vida de Mackenna* que fué dada a la estampa en 1856.

nación de las reliquias del escritor, por él traídas, a la Municipalidad de Río Claro.

Fundada la Sociedad de Instrucción Primaria en el mes de Julio, «Vicuña Mackenna es uno de los primeros en adherirse a ella, prestándole todo el concurso de su actividad que no sabía del reposo» (82). Nombrado secretario asiste a todas las sesiones, organiza fiestas escolares, recolecta fondos, escribe, empuja, anima...

En el mes de Agosto, con ocasión de reconstituirse la Sociedad Nacional de Agricultura, que hasta entonces languidecía falta de estímulos y de hombres, le presta su apoyo decidido, aceptando gratuitamente el cargo de secretario y la misión de redactar sus estatutos, de dirigir *El Mensajero de la Agricultura*, periódico mensual destinado a servir los intereses agrícolas del país y de componer una memoria sobre la importancia de aquélla.

La memoria, convertida en libro con el título de *La Agricultura de Chile*, fué dada a la prensa en Septiembre de 1856. Es obra plena de interés y enriquecida con notables observaciones personales. La historia de la agricultura se divide en cuatro períodos: indígena, de la conquista, del coloniaje y de la independencia.

No pararon sus esfuerzos en la materia. El 3 de Septiembre apareció en el diario de marras un informe de la Sociedad, obra suya, acerca de «La emigración europea con relación a Chile». En aquel estudio—en que al decir de Galdames muestra su autor «seguro criterio de estadista»,—comprendiendo qué importancia para un país joven, falto de brazos y sobrado de tierras, tendría la llegada de gentes escogidas, Vicuña sostuvo que el problema debía plantearse como de inmigración general y no de colonización parcial (87). La visión del hombre de Estado

(87) En su *Diario de Viaje* también se preocupó de este problema y con prolijidad. Escribe Galdames, a este propósito: «es de admirar cómo este espíritu, inclinado en todo instante a las letras, al arte, y a la historia, armoniza y contrapesa por igual los temas de índole práctica, en que se esbozan y barajan los más comunes negocios, con los temas de mera especulación, en que se exponen o critican las obras más delicadas del ingenio. Sus múltiples facultades no se divorcian ni se subordinan; simplemente se suman, y las unas a las otras se ponderan. Idealismo y realismo van unidos en sus lucubraciones, para prestarse mutuo apoyo; y esta característica, que claramente se diseña en los pensamientos de su juventud, será también la de su edad madura, la que hará tan suyos sus escritos, la que les proporcionará la vida y el vigor de su época; pero la misma, por desgracia, que

iba ya lejos, pero habrían de quedarle cortos escenario y colaboradores... El gobierno, conservador de espíritu y a menudo cerrado a toda reforma que no viniese por fuerza del tiempo, prestó como siempre oídos de mercader. Y así habrían de malograrse sus esfuerzos y con ellos la propia Sociedad de Agricultura, renacida al calor de la energía de Vicuña Mackenna.

El Mensajero de la Agricultura no tardó en aparecer. Desde Octubre, en que salió a luz el primer número, debido todo a su personal esfuerzo, fué publicándose con regularidad hasta el mes de Junio de 1857 (88). En sus cuadernos el entusiasta director insertó numerosos artículos y crónicas en que vaciaba sus experiencias y el caudal de sus conocimientos. Puede decirse que la revista estaba casi entera redactada por él (89).

le negará el acceso al bienestar y al desahogo que en justicia le correspondían. Nunca, en propio beneficio, se resignó a poner candado a sus idealidades, para entregarse por cálculo o por miedo a la vulgaridad ambiente; y ésta había de castigarlo como a todos los pensadores de su casta».

Conviene agregar que la situación del proletariado chileno, sus miserias y atrasos le preocupan de modo constante en estos trabajos, inspirándole atinadas soluciones que el capitalismo oíría con enojo. Sobre este aspecto importantísimo de Vicuña Mackenna nos referiremos con detención, más adelante.

(88) A título de curiosidad, he aquí algunos de los ganados por Vicuña en el terreno de los estudios agrícolas: antiguo alumno del Colegio Real de Agricultura de Cirencester y del Jardín de Plantas de París; miembro de la Sociedad Zoológica y de Aclimatación de Francia, de la Sociedad de Botánica de París; miembro corresponsal en Chile de la Sociedad Central de Agricultura de Francia y Secretario de la Sociedad de Agricultura de Santiago.

(89) Los principales artículos publicados por Vicuña Mackenna en *El Mensajero de la Agricultura*, fueron los siguientes: «La Sociedad de Agricultura. Protección del Gobierno a la Agricultura Nacional»; «Breve reseña de los progresos de la agricultura de Chile»; «Rodeos de Polpaico»; «La jardinería en Santiago»; «A los agricultores chilenos»; «Sobre el establecimiento de una Hacienda Modelo en Chile»; «Cuatro principios fundamentales del buen cultivo»; «Los árboles indígenas de Chile y los árboles aclimatados de Europa»; «Revista del mes de Noviembre»; «La cosecha y la maquinaria agrícola»; «Meteorología general»; «Exposición de Agricultura para 1857. Indicaciones prácticas para su realización»; «Revista del mes de Diciembre»; «Algo sobre la explotación del ganado»; «Comunicación interoceánica entre el Pacífico y el Atlántico»; «Las dos crisis actuales»; «Medios de asegurar mercados fijos a los productos de la agricultura nacional»; «Revista del mes de Febrero»; «Reapertura de la Sociedad Nacional de Agricultura»; «El departamento de La Ligua»; «La ciudad de Santiago, su pasado, su presente, su futuro» (incluído más tarde en *Miscelánea*); «Revista del mes de Marzo»; «La Sociedad Nacional de Agricultura, trabajos realizados por la antigua Sociedad Chilena de Agricultura, programa que toca realizar a la actual Sociedad»; «Establecimiento de una fábrica de herramientas de agricultura en la provincia de Santiago»; «Aclimatación de la cochinilla en Chile»; «Programa de trabajos para las comisiones del Consejo Directivo de la Sociedad Nacional de Agricultura»; «Revista del mes de Abril y del mes de Mayo».

Corridos los meses sin alcanzar la cooperación efectiva del gobierno ni de los miembros de la sociedad, Vicuña presentó renuncia de su cargo de secretario y, según cuenta Donoso, «no se encontró con quien reemplazarlo».

A la par que sus empresas de interés nacional iba la labor propiamente literaria. En Agosto terminó «El Ferrocarril» la publicación de los *Viajes* y a poco las calles coloniales de la capital se vieron inundadas de cartelones anunciando la aparición de la obra en volumen. Sacudiendo su modorra los santiaguinos se interesaron grandemente y en las tertulias de aquel invierno no se habló de otra cosa. El escritor había hecho, a poco andar, la conquista definitiva del público más exigente y menos dado a especulaciones intelectuales—exceptuada la brillante élite que lo sirviera—de cuantos hay en nuestra América. Bien es cierto que por aquellos años marchaba Chile a la cabeza de la intelectualidad sud americana y que el ambiente de las letras chilenas y de la cultura pública era hartó superior al de las capitales hermanas y muy por encima del que existe hoy en las laderas del Mapocho.

El libro del joven escritor bien valía semejante triunfo. Dice de él Donoso, buen juez en la materia: «Libro personalísimo y único, es uno de los más bellos, amenos e interesantes de cuantos salieran de la incansable pluma del autor de la *Historia de Santiago*. El escritor estaba ya formado, con una amplia y sólida cultura literaria e histórica y manejaba el estilo con una soltura encantadora». Galdames lo reputa como «una de las obras clásicas de la literatura nacional». Itinerario fiel, registra todas las andanzas de Vicuña en el primer ostracismo, retiene sus pensamientos y reflexiones, conserva sus vaticinios y deja fijada para siempre, la fisonomía de todos aquellos, países en los promedios del siglo XIX. En la obra se evidencia, también, noble propósito de levantar el nivel cultural de América, de señalar a las generaciones nuevas el deber histórico que les incumbía, de mostrar el tremendo retardo en que se encontraban todos los países del Sur, indicándose cuáles ca-

minos era conveniente seguir (90). Labor de maestro, misión de apóstol.

Un aire de juventud, de alma saturada de amanecer, fresca, toda abierta al futuro, se respira en sus capítulos y ese espíritu habita hoy las páginas amarillentas del *Diario de Viaje*. En Vicuña Mackenna sólo la materia sabe envejecer.

(90) En el llamado que Vicuña Mackenna hace a la juventud de América, resalta el vigoroso cuadro que traza sobre las realidades americanas de 1855, más actual—hoy día—de lo que a primera vista pudiera parecer.

«Nuestra salvación es el porvenir—dice Vicuña—... y el porvenir (¿qué es?). Es la juventud, es la vida que se alza, la inteligencia que brilla, el corazón que palpita, la mente que trabaja, la actividad que organiza, el porvenir que marcha... Alzate entonces, *Juventud del Porvenir!* Nosotros te invocamos, *Juventud de Sud América*, y te llamamos a la obra de salvación en nombre de todo lo grande que anida el alma de los hombres, y en nombre de tí misma, *Juventud de Chile*; porque tú huyes tu misión de labor y de inteligencia; porque nos eres arrebatada en masa por los jesuitas, por las academias militares, por los seminarios conciliares, por los empleos de oficina, por los mostradores de los baratillos, por los potreros de vacas, por las futilidades de los salones... por la banalidad de las modas.

«¿Dónde está hoy día entre nosotros el espíritu de unión, el estímulo mutuo, la ambición de gloria, palancas de la vida social? Dónde la fe de las creencias, las esperanzas del alma, las aspiraciones a lo bello, a lo intelectual o a lo infinito, móviles del porvenir? Dónde brilla el germen de lo increado que busca la forma para brillar como una verdad o un descubrimiento? ¿Dónde está el trono del pensamiento, para imperar con él; dónde brilla la luz de la razón para seguir sus reflejos? En qué mente está concentrada la filosofía escudriñadora? En qué frente se ha estampado el sello de una suprema convicción? Quién indaga el pasado y nos lo cuenta como una lección? Quién comprende las virtudes públicas y las practica sin el egoísmo del individualismo? Qué se ha hecho el espíritu de examen, el hábito fecundo de la meditación, la crítica sana y elevada, y no la murmuración ociosa y culpable...? ¿En qué parte se cultivan las cualidades del espíritu que forman los grandes ciudadanos, la elocuencia parlamentaria, las cátedras libres del profesorado, la prensa independiente, la discusión de la cosa pública, abierta para todos? Dónde está el campo del genio, dónde se eleva el talento, dónde está la educación que prepara el futuro, el impulso que lo realiza, la conciencia moral que lo afianza? Por qué se avasalla toda inteligencia que se obliga, y se hunde y quiebra en pedazos el pensamiento altivo, pero recto, atrevido pero leal, que denuncia los errores y, postrado ante la verdad,—augusto bien de la conciencia,—acepta sin temor el reto del odio, el lodo de la calumnia, la persecución de todos? Por qué se derriba a garrotazos la juventud de los colegios y se le encierra después en los calabozos de las cárceles públicas? ¿Dónde palpitan, pues, los síntomas de la vida, de la juventud, del porvenir?».

XVIII

En Noviembre de 1856 la sociedad de Santiago se sintió sacudida por un drama pasional que llenaría por largo tiempo el chismorreo de sus veladas caseras y de sus tertulias. Joaquín Carvacho, oficial de ejército en retiro, dió muerte a su esposa, que le era infiel, apuñaleándola en las puertas mismas de la Catedral. El suceso apasionó a todo el mundo, vistiéndose con los atributos del más sonado escándalo de aquella época tranquila y pacata, en que los buenos santiaguinos cubrían de cuidadoso secreto sus adulterios y amoríos.

Vicuña Mackenna, aún cuando no recibido de abogado todavía, tomó a su cargo la defensa del matador, poniendo en ella, convencido de la sinceridad que empujara su mano—como en un drama de Calderón, para lavar en sangre manchas de ese honor castellano cubierto de moho, ¡tan lejos aún de recibir impulsos de lógica que lo pusieran más en alto que en puntos de honrilla burguesa aferrada a las llaves del sexo! Con todo, junto al dolor exacerbado por el amor y la carne que ya se perdió por siempre, los sentimientos caballerescos, estilo de aquel romanticismo que dominaba los estrados chilenos, siquiera superficialmente, no podían por menos de propiciarse los generosos ánimos del joven luchador, siempre pronto

a tomar la defensa de los desamparados, de los perseguidos y los tristes.

Vicuña agitó la opinión pública desde las columnas de «El Ferrocarril», dando cuenta diaria de la marcha del proceso, y procurando allegar a la causa del reo las más simpatías que fuese posible. Y ante los tribunales alegó don Domingo Santa María, cuyos prestigios comenzaban a destacarse en el campo político, en el que militaba desde las tiendas liberales.

Más los esfuerzos de ambos cuanto los sentimientos benévolos despertados por la defensa en todo el país, fueron estériles y la Corte de Apelaciones condenó a Carvacho a la última pena el 13 de Noviembre. Iba la justicia con velocidad desacomtumbrada, que acaso corriera parejas con el malestar que en el gobierno despertaría la actuación de aquel defensor condenado a muerte en los inicios de aquel mismo período presidencial que se había renovado hacía sólo tres meses.

Exaltándose ante el fallo que estimaba apasionado y monstruoso—pues ¿en nombre de qué principio humano o divino podría el hombre arrogarse el derecho de quitar la vida a sus semejantes?—Vicuña publicó largo artículo que llena una página completa del diario santiaguino (91) con el título de *La sociedad y la pena de muerte*. El pensador, en ayuda del hombre de derecho, tentaba allí con la elocuencia de una ardorosa generosidad, el postrer recurso de salvación. Pero la justicia capitalina fué inexorable y el Presidente Montt se negó a conceder el indulto que le solicitaban instituciones sociales y personalidades conocidas.

El defensor corrió a la cárcel, a esa misma cárcel que habitara en días de revuelta y en horas de prueba, y se constituyó en el calabozo del condenado a muerte. Carvacho le confió sus dolores y lo hizo depositario de su última voluntad. Vicuña no era ya el jurista vencido por pasiones políticas o sequedades de magistrado aferrado a la letra de la ley, sino el hombre que asiste a otro, con fraternal cordialidad, en el trance de dejar violentamente la juventud y la vida.

(91) Suplemento de 14 de Noviembre.

Fué ejecutado el reo en el mismo sitio en que cometiera su crimen. Al día siguiente un artículo consagrado a su memoria —«Una última palabra sobre Joaquín Carvacho»—le permitía sellar aquel episodio, comunicando a la nación, como fuerte clamor contra el derecho a matar que la sociedad se atribuye, las cartas cambiadas con su defendido, al borde del patíbulo. ¿Es necesario añadir que ese grito de benevolencia y de amor humano, resonaría, como tantos otros, en el desierto?

X I X

Había sonado la hora en que el historiador comenzaría a consagrar gran parte de desvelos a su género predilecto. Los primeros trabajos de aliento correrían a escape por los puntos de la pluma y se vaciarían en las letras de imprenta, pues era advenido el tiempo de cosechar, en las carillas de su mesa de trabajo, los frutos de largos estudios y de pacientes investigaciones.

Esas empresas de justicia histórica se inician con la publicación de un estudio destinado a cooperar a la erección de la estatua del vencedor de Maipo (92), iniciativa también suya, aún cuando el monumento proyectado alcanzase diversa ubicación. Dicho estudio era el primer ensayo de revisión de la personalidad de San Martín, desconocida por sus propios compatriotas y mal juzgada por los cronistas, que no historiadores, que escribieran hasta esos días. De estos trabajos y de los que más adelante consagra al insigne argentino arrancó el estudio de su vida y la reposición de su figura en el sitio que se tenía ganado. Otro tanto ocurriría con Sucre y O'Higgins. Vicuña Mackenna, con visión certera y admirable espíritu de justicia, rehacía la historia casi contemporánea de América y daba a

(92) *Estatua sudamericana del general don José de San Martín, erigida en la vecindad del campo de batalla de Maipo*, publicado en «El Ferrocarril» el 9 de Diciembre de 1856.

todos sus valores, con perspectiva de que la mayoría de los historiadores de su tiempo carecieron, las verdaderas proporciones.

Y en el mismo «Ferrocarril», tribuna de sus primeras arengas y trabajos de enjundia, publicó, a partir del 11 de Diciembre, su *Vida del General don Juan Mackenna*, recogida después en edición de sólo cincuenta ejemplares. Estudio sólido y bien documentado, disimula el amor que tenía a la memoria de aquel hombre ilustre, repuesto hoy en su sitio por el historiador Gonzalo Bulnes. Llevado de comprensible pudor espiritual al tratar de quien tan de cerca le tocaba, no agotó el tema, en contrario de lo que tuvo siempre por costumbre, y se dejó en el tintero juicios y observaciones que habrían puesto al personaje en su verdadera luz. Con todo ello, la *Vida de Mackenna* es libro de grata lectura, escrito en aquel seductor estilo que lleva el sello de todas las páginas salidas de su pluma.

Año de intensa actividad intelectual fué el de 1857. A petición de la Junta Directiva de la Sociedad de Instrucción Primaria, a cuyo seno había pasado, dejando el cargo de secretario, compuso—para obreros y estudiantes—biografías de los escritores coloniales Molina, Olivares, Lacunza y Ovalle. Sostuvo polémicas históricas con Mitre y el coronel argentino Manuel Olazabal. Escribió numerosos artículos en «El Ferrocarril», de los cuales uno a la memoria de su amigo Paulino del Barrio, compañero en la secretaría de la Sociedad de Instrucción, por el que sintiera especial afecto.

El año 57 no debía terminar sin que viese la luz una de las mejores producciones de su juventud: *El Ostracismo de los Carrera*. Comenzóse su publicación en «El Ferrocarril» el 12 de Agosto y el 10 de Diciembre aparecía en volumen, ilustrado con láminas y dibujos mandados hacer a Europa por el editor, que lo era también del diario en que escribía habitualmente. Laborado durante las veladas de aquel largo invierno, su autor había tenido riquísimos materiales para componerlo. Desde luego, la documentación recogida por él mismo, los informes de testigos examinados personalmente; los papeles de Carrera proporcionados por su hijo don José Miguel, de quien fuera grande amigo, entre los cuales papeles se encontraban la corres-

pondencia del malogrado general y sus apuntes autobiográficos. A todo ello era menester añadir las memorias y relaciones de Paz, Iriarte, Yates y otros (93).

Vicuña en aquella obra maestra estudia a fondo la figura del ilustre caudillo; presenta el cuadro de su vida y de su tiempo, reconstituyendo de manera admirable todo aquel dramático período de las luchas de la Independencia. El autor va siguiendo la ruta del dictador de la Patria Vieja, sus andanzas y conspiraciones, su viaje a Estados Unidos y la proyección que alcanzó a tener, el proceso y muerte de sus malaventurados hermanos a quienes sobró en heroísmo lo que faltara en inteligencia y discreción. Recientemente se destaca la figura de doña Javiera, animada por sople helénico, caminando con ánimo de gran mujer—por una sola línea—desde las cumbres del poderío en los saraos de la Moneda, que fueran brillantes en la lejana primavera de 1812, hasta las pobrezas y duros sufrimientos tan estoicamente soporados en Buenos Aires durante los años de su largo exilio. Las campañas militares de Carrera, de las cuales arrancara el movimiento federalista que culminó con Rozas y dió su estructura política a Argentina, están referidos con animación y colorido singulares. Vemos en las páginas del *Ostracismo*, que se leen con el interés de la más apasionante novela, a Carrera poniendo cerco con los ejércitos federados a Buenos Aires y ungiendo gobernador al general Alvear. Lo seguimos en sus marchas por las pampas, proclamado pichirrey de las indiadas. Y a la postre de infortunados combates y estériles sacrificios conti-

(93) «Desde la publicación del *Ostracismo de los Carreras*—dice Donoso en su *Vida de Vicuña Mackenna*—muchos documentos han sido dados a la estampa, entre ellos el *Diario Militar* del general Carrera y la correspondencia de su activa hermana doña Javiera, y es satisfactorio constatar que las investigaciones posteriores no han movido en un solo punto las informaciones de Vicuña Mackenna».

Galdames señala el «poder sorprendente de descripción y análisis» y dice que el libro sobre Carrera subsistirá «sin perder su valor, tanto por la magia del estilo, cuanto por la sólida base de investigación en que se funda». (Obra citada, Cap. XVIII).

«Exaltando la personalidad de aquellos próceres,—expresa el señor Galdames—Vicuña Mackenna ponderaba el sentido de sus pensamientos de adolescente, cuando tanteaba aptitudes para dar sus pasos de escritor; hacía de la historia un proceso de reparaciones justicieras; ennoblecía los sentimientos en que descansaba la nacionalidad; fortalecía sus raíces; favorecía sus expansiones; proporcionaba temple y vibración al alma colectiva, y la llevaba por los senderos del pasado, envuelta en el ropaje de su emoción poética. Le hablaba así un lenguaje que repercutía en el presente y daba la sensación del porvenir».

nuamos acompañando al guerrillero—que un sueño de venganza y de libertad para su patria animaba—en su postrera visita a los suyos en aquel rancho pajizo de la Bajada donde estrechara por última vez a su compañera y a sus hijos. Y lo seguimos aún en el torpe proceso de Mendoza, farsa encubridora de repugnante crimen político. Las escenas de la celda, a que de la mano nos conduce el poeta del *Ostracismo*, pudieran recordar las de una tragedia shakesperea. Nada sobra en ese libro perfecto, por cuyas hojas pasa el soplo de la fatalidad. Del discurso de Carrera, reconstituído por Vicuña, ha dicho don Gonzalo Bulnes que está escrito a lo Tácito.

X X

Una de las primeras preocupaciones de Vicuña Mackenna, de regreso en Chile, fué reanudar sus estudios interrumpidos por la revolución de 1851. Y puso en ello tal empeño que en Mayo del año 57 rindió exámen de Práctica Forense. Poco después optó al título de licenciado en leyes y ciencias políticas de la Universidad. Sorteada la cédula de reglamento, le correspondió rendir examen oral sobre la cuarta de Derecho Canónico: «Del matrimonio y de la iglesia, fiestas, ayunos, abstinencia y sepultura».

Una comisión, de la que formaban parte los profesores Lira, Fernández, Vargas, el señor Meneses y el secretario de la Facultad, le tomó examen el día 22 de Mayo. Antè esos jurados leyó su memoria escrita y algunos días más tarde rindió prueba final ante la Corte, recibiendo a poco el título de abogado.

Su *Memoria sobre el sistema penitenciario en general y su mejor aplicación en Chile*, fué insertada en los *Anales de la Universidad* y reproducida en «El Ferrocarril» de Santiago y «El Comercio» de Valparaíso, siendo, luego, impresa en folleto. Es un trabajo muy completo y de notable interés en que se estudian los principios penitenciarios en práctica en el extranjero y la aplicación del sistema en el país. Concluía proponiendo un reglamento para la casa penitenciaria de Santiago.

Si en dicha memoria el postulante evidenciaba sólidos conocimientos jurídicos, el pensador no quedaba en zaga. En Vicuña, el pensador, el poeta y el investigador se dan siempre la mano.

En su estudio busca el autor las causas de la delincuencia, los factores que la promueven y sustentan. Entre ellos la ignorancia tiene valor primordial. Es la ignorancia, esa «nodriza maldita que amamanta todavía los pueblos del Nuevo Mundo», factor básico en el problema. Y continúa siéndolo hoy día...

Indaga los factores psicológicos que preparan el ambiente criminal en Chile. La sonda rastrea a fondo. «No lo dudemos,—dice en la segunda parte—hay en las clases pobres de Chile una predisposición innata a la tristeza; sólo los hábitos de una vida de peligros, la reunión de muchos y los efectos de esos vicios brutales que aletargan para siempre el espíritu, pueden distraer el pensamiento del proletariado siempre fijo en consideraciones melancólicas. Preguntad en qué pasa sus noches toda familia honrada, todo hombre que no está en la taberna. Agrupados al derredor del fogón o del tosco brasero, los niños del pueblo duermen o escuchan el monótono silbido de su padre que trabaja; la madre, ya severa y callada o ya afecta a la charla, les refiere insustanciales consejas cuya memoria pierden luego, o los espantables portentos de gigantes y demonios que van a llenar de tristeza esas almas débiles y crédulas. Pero ni una sonrisa, ni una reconvención razonable, ni una muda caricia entre ese grupo de esposos, de padres y de hijos! Silencio, silencio de temor, de costumbre, de sueño, si se quiere, pero siempre silencio en la habitación del pobre, siempre esa concentración profunda que hace del pensamiento una especie de máquina en constante actividad, pero cuya elaboración es siempre limitada a las consideraciones dolorosas de la pobreza, de la ignorancia, del infortunio en fin!»

X X I

A comienzo de 1858 se inicia el formidable movimiento de reforma, encabezado y dirigido por Vicuña Mackenna desde las columnas de *La Asamblea Constituyente*. Una revolución sería su consecuencia...

Estudiemos este capítulo interesantísimo de la historia política de Chile.

La Sociedad Política Obrera, formada por elementos que habían pertenecido a la Sociedad de la Igualdad, lanzó la candidatura de Vicuña a diputado por el departamento de Santiago en las elecciones generales de 1858. Esa candidatura se ubicó luego en La Ligua, dando ocasión a un interesante manifiesto (94). La campaña fué entusiasta y los obreros lo apoyaron con decisión, como siempre había de acontecerle a lo largo de su carrera, pero los comicios electorales se verificaron a la moda de la época, con intervención a garrotazos del gobierno, y contando Vicuña con la decidida animadversión de éste, no obtuvo el asiento que sus electores querían otorgarle en la nueva Cámara.

El entusiasmo con que los elementos democráticos lo apoyaron tenía su origen en la actitud desplegada por el joven leader en los últimos meses del año anterior, cuando el partido liberal quiso tener un órgano de prensa y acordó, a insinuación de Vicuña, que fué nombrado redactor en jefe del nuevo perió-

(94) *Benjamín Vicuña Mackenna a sus electores del departamento de La Ligua.*

dico, darle por nombre *El Liberal* y adoptar una política avanzada. En el editorial del primer número, su inspirador y jefe lanzó a todos los vientos la enseña de la libertad de cultos y propició la reforma de la constitución, a cuya sombra gobernaba autoritariamente el Presidente Montt. El artículo de Vicuña provocó marea de fondo, suscitándose discusiones de todo género (95). Asustados los timoratos y tibios espíritus de quienes se decían liberales, el diario fué suspendido por la Intendencia con pretexto de no haberse dado la fianza de ley, que ofreciera, excusándose de cumplir, don Francisco Marín. Ante tanta cobardía moral debió comprender Vicuña Mackenna con qué dificultades habría de tropezar en el camino de sus empresas nacionales y de sus trabajos para convertir a Chile en el país progresista y grande que su amor había soñado.

El editorial famoso ponía de relieve, sin tapujo ni componenda alguna—rompiendo los moldes clásicos de la política burguesa—la incompatibilidad que existía entre los principios conservadores sustentados por el peluconismo y la necesidad de ir a reformas básicas. «Su bandera política no es la nuestra; —decía Vicuña, refiriéndose al partido Conservador—su organización, reconcentrada y aristocrática, es distinta de nuestro sistema popular y expansivo; las teorías que le sirven de enseña, estacionarias y antiguas, no se hermanan con los principios de regeneración y de reforma que de suyo forman la existencia de nuestra causa. Pretender, pues, la amalgamación de esos principios rivales, de conservación y de reforma, que es ley triste pero necesaria de la naturaleza y del progreso humano vivan en perpetuo antagonismo; soldar con una misma liga dos tradiciones que se han roto en la cuna de nuestra revolución, buscando para resolverse opuestos caminos; operar, en fin, la *fusión de ideas* del partido conservador y del partido liberal, es sólo un absurdo pueril, una impostura de circunstancias; un crimen ante la conciencia pública, que es la conciencia de cada uno de esos partidos que se deben al respeto de su dignidad y de su honradez».

(95) Vicuña defendió su actuación desde las columnas de «El Ferrocarril», en manifiesto publicado en Diciembre de 1858.

En el único número publicado de *El Liberal*, Vicuña no se contentó con exponer la situación de estancamiento y malestar general, sino también señalaba con dureza el hambre de los proletarios y denunciaba como un crimen el despotismo entronizado por los partidos dominantes. Escribía: «En la república del norte el gobierno nace de la comunidad y vive para la comunidad. La autoridad existe por el consentimiento tácito del pueblo. Tal sucede en los Estados Unidos. En Chile el pueblo necesita vivir pidiendo para todo el permiso expreso de la autoridad. El despotismo no es, pues, entre nosotros meramente político, es social, omnímodo, es la verdadera tiranía monárquica, absoluta y unipersonal».

En aquel análisis profundo, que ponía en descubierto todas las llagas sociales, añadía Vicuña: «Abrumada la juventud en la elaboración de su inteligencia por el más absurdo y el más detestable sistema de estudios profesionales, la vemos esterilizarse, aburrirse, morir en una prematura impotencia. La autoridad no necesita dar empuje a la inteligencia que teme, porque es la fuerza que la combate y la trabaja. La autoridad quiere agentes dóciles y mediocres; y éstos se los proporciona pronto, eligiendo a los que más se encorvan cuando la mano del poder pasa su odiosa revista sobre las frentes que se alzan por el estudio o el saber.

«Por esto la autoridad no reforma el plan de estudios superiores, organizado expresamente como una mortaja de plomo para matar las más robustas inteligencias; por esto la autoridad maneja entre sus dedos los consejos universitarios o la elección del profesorado, y organiza «capítulos» que le den hombres suyos o fáciles de ser suyos; por esto la autoridad se opone a la organización del colegio de abogados, que es cuerpo deliberante y de libre discusión; por esto ordena que las sociedades de instrucción primaria se formen en círculos alrededor de las autoridades locales.

«La autoridad entre nosotros no es, pues, meramente política y social. El despotismo se encarga del ciudadano casi desde la cuna. Y por esto aquella brillante juventud que antes amaba el campo de la prensa, que daba luz y timbres a nuestra naciente literatura, que servía con entusiasmo en las localidades,

que se asociaba al pueblo en la guardia nacional, que encaminaba la enseñanza en el profesorado de los colegios, esa misma juventud se aparta ahora cabizbaja del sendero de su antigua gloriosa propaganda y la vemos vegetar, obscurecerse, especular... Pero la autoridad no quiere que surja la juventud sana e independiente; quiere sólo instrumentos...»

Sin decepcionarse por los resultados de la campaña electoral de 1858, quiso Vicuña abrir un paréntesis en la lucha y se consagró al foro y a las dos sociedades de que formaba parte. La de Agricultura le encomendó redactara un proyecto de Código Rural, tarea en la que puso aquella actividad casi febril que dedicaba a todas sus empresas, las grandes como las pequeñas.

La pluma tampoco permaneció ociosa. Un primer ensayo de crítica artística, a propósito de la Exposición de Pintura organizada por la Sociedad de Instrucción Primaria, algunos trabajos históricos y numerosos de índole política.

No tardó en reclamarlo imperiosamente la arena política, en cuya atmósfera, caldeada al rojo fuego, se respiraban aires de fronda como en 1851. El gobierno de Montt, cuyos posteriores años corrían ya, se encontraba abocado, por sus directivas profundamente personalistas, a serios conflictos con los partidos y con los hombres. Numerosos diarios de oposición, que luchaban contra la censura y contra la fuerza—«El País», «El Ciudadano», «La Actualidad», «El Correo Literario»—eran pruebas de un estado de ánimos que se aproximaba a la exasperación.

Vicuña, cuya vida entera estuvo consagrada al servicio de la libertad, formó en el estado mayor revolucionario y no tardó en convertirse en jefe moral de aquel gran movimiento. Su propio padre seguiría con ardor esas mismas aguas y toda la familia no había de tardar en encontrarse de nuevo perseguida.

El leader agrupó a sus amigos y fundó un periódico llamado a alcanzar considerable prestigio y trascendencia: *La Asamblea Constituyente* (96).

(96) «Publiqué por mi sola cuenta,—escribía más tarde—sin consulta de nadie, bajo mi sola responsabilidad, un periódico que se hizo en seguida famoso hasta prestar su nombre a una revolución». (*El castigo de la calumnia*).

Arrebatábase el público los ejemplares y la prensa oficial no disimuló su mala voluntad. Era el grito necesario de oír, la voz de orden a los futuros combatientes y—característica importante—un último llamado a la cordura y a la paz ciudadana. El primer número (97) exponía el programa del diario en extenso manifiesto político del director, en que se pedía la convocación de una asamblea Constituyente y, para facilitar esa tarea, la organización de un ministerio de personalidades de ideas moderadas y el retiro temporal del Presidente de la República: «Sí, no queremos la dictadura porque es la revolución unipersonal del egoísmo; no queremos la revolución armada porque es la dictadura de la multitud; queremos la Constituyente que es la paz, la verdad, la justicia, y más que todo la soberanía del pueblo, la sanción de su augusto derecho».

No tardaron en cohesionarse, alrededor del caudillo de pluma sin tregua y alma grande como una montaña, los hombres más notables de la juventud recién iniciada en las actividades ciudadanas, entre los cuales algunos, más tarde eminentes, que debían seguir sus rumbos a lo largo de la vida. Se destacaban Isidoro Errázuriz, que comenzaba a ser ya el gran tribuno cuya elocuencia arrebataría a las masas y a las élites, andando los años; Angel Custodio Gallo, Manuel Antonio y Guillermo Matta, los hermanos Arteaga Alemparte... Todos jóvenes, todos decididos, pues comprendían que en sus manos estaban las únicas posibilidades de reacción liberal en medio del desarrollo absorbente, en aumento cada día gracias al control de la fuerza, del régimen presidencialista consagrado por la carta de 1833, que bajo Portales apareciera como indispensable a la organización de la República.

Esa carta había cumplido sus finalidades básicas y según pensaba Vicuña era necesario reformarla sustancialmente para despojar al Ejecutivo de su poder omnímodo, que, anandando y absorbiendo el poder Legislativo, le permitía realizar, casi sin control ninguno, la voluntad política del partido o grupos dominantes. Su juicio sobre el código de Portales, envolvía crítica justa. «Se quitó al pueblo—decía en *La*

Asamblea Constituyente — todo lo que la Constitución del 28 le había concedido, y este rico despojo de nuestras primeras libertades se transfirió al ejecutivo unipersonal; se arrebató a las localidades toda su influencia vecinal, todos sus fueros propios y se entregaron a la capital centralista; la Nación fué anulada, y su poder se confió a la autoridad suprema que simbolizaba un individuo llamado Presidente de la República; y como irrisión, cuando se arrebatava al pueblo todos sus derechos, se escribía al frente de ese código este lema sardónico: «soberanía popular».

No se limitó a la doctrina. Escribe Donoso: «Encaró también Vicuña en *La Asamblea Constituyente* la semblanza personal, la apreciación sincera y desapasionada del Presidente de la República. En sus opiniones sobre don Manuel Montt no descendió Vicuña Mackenna al ataque minucioso y mezquino, sino que, remontándose en el campo de las ideas, desmenuzó la personalidad del Primer Magistrado de la Nación, con el escalpelo del análisis más despiadado. Con fría imparcialidad, desde la elevada cima de las grandes síntesis, examinó las características del Presidente, pesó sus cualidades, criticó sus defectos y señaló a la admiración de sus conciudadanos los atributos que adornaban la persona de don Manuel Montt». Y ese razgo del historiador político es tanto más notable, cuanto, según apunta el mismo biógrafo, Vicuña «tenía justificados motivos para dejarse arrastrar al terreno de las apreciaciones apasionadas e injustas».

Donoso anota el paralelo que hiciera de Portales y de Montt: «Comparándolo con Portales, Vicuña no ve en él más que una paciencia inflexible, un tesón sordo y una constancia de fierro. «El genio está en una parte, escribe, en la otra no hay más que constancia, vigor, disimulo y fortuna». Portales era altivo, abierto, iniciador, creador, amigo de las innovaciones. Montt, por el contrario, era obstinado, frío, disimulado, apegado a las fórmulas. «Portales hacía servir al Estado mismo para sus combinaciones; D. Manuel Montt pone en acción la personalidad de sus agentes, ocupa sus hombres y hace andar sólo el esqueleto de las ruedas secundarias de su mecanismo gubernativo», D. Manuel Montt despreciaba la libertad y no

creía en la opinión pública. «En D. Manuel Montt, escribe Vicuña Mackenna, Ministro de Estado y Presidente de la República, ha vivido siempre el inspector de colegio, el catedrático de la Universidad. La República le ha parecido un colegio, y su voz, por sonora y grave que la oyera, la ha juzgado como juzgaba antes la bulla de los niños». Pero haciendo justicia a su compatriota, Vicuña escribe: «D. Manuel Montt, a diferencia de Portales, tiene un nombre sin tacha como hombre privado y adornan su carácter individual cualidades dignas de un alto aprecio. Su sencillez republicana, su vida modesta y recogida, su aislamiento de la pompa, la severidad ejemplar de sus costumbres, su incansable laboriosidad en los asuntos de su política propia, la entereza de sus principios individuales y hasta esa altivez dogmática con que ha parecido desdeñar los favores del aura popular, todos estos son méritos del hombre, que reconocemos sin pesar, como hemos hecho sin ira nuestras acusaciones al político».

Vicuña quería una reforma racional de la carta en vigencia y sus peticiones son de la más moderada justicia y del más claro concepto de lo que dentro del terreno de la democracia, tal como la concebía el siglo XIX, debía constituir el juego armónico de los poderes y el respeto absoluto de la voluntad popular, manifestada libremente — sin presión, sin cohecho, sin intervención — en los comicios electorales. Las reformas de fondo reclamadas por él y su grupo eran tres: En el poder Judicial, garantía de independencia para su generación y desempeño. Tocante al Ejecutivo, supresión del Consejo de Estado y simplificación de la máquina administrativa. Y con respecto al Legislativo, facultad ilimitada de convocatoria, supresión del veto presidencial, modificación en la tramitación de los proyectos de ley y en el modo de elegir a los miembros del Senado. Las reformas dejarían intocados «los principios fundamentales de la organización del país, que son los únicos resortes sobre que debe descansar el edificio de una constitución bien concebida».

Desde las columnas de su órgano pidió el reformador una serie de modificaciones importantes en distintos órdenes de actividad. Desde luego debía cambiarse el sistema de nombra-

miento de jueces y darse amplia publicidad a los debates y acuerdos de los tribunales. Solicitaba, siempre en el terreno judicial, se crease una corte de casación, y se estableciese, con independencia del gobierno, un colegio de abogados. El estudio de un código de procedimiento le parecía también necesario y en el terreno de la educación pública la reforma del plan de estudios del Instituto Nacional, asaz anticuado.

En el de la política la del periódico de Vicuña fué haciéndose más enérgica cada vez, con lo que aumentaba el número de adherentes. Apelaba al pueblo en sus artículos y pedía libertad y paz, «hartos de sufrir la carga ominosa de las leyes, de los decretos, de las ordenanzas, de los bandos de la represión». Era preciso decidirse e ir a la dictadura abierta y franca del Ejecutivo, que era la Revolución, o a la Constituyente que era la armonía y la paz.

La edición del 11 de Noviembre hizo entusiasta llamado a las provincias. En un artículo de ese día Vicuña anunció la urgencia de celebrar una gran reunión en que se echasen las bases de la futura Asamblea.

La opinión se encontraba agitadísima. Vicuña Mackenna y sus compañeros en hora oportuna habían reanudado la tarea de 1851: Llegar a la libertad política, barriendo de la constitución las trabas que impedían al país seguir verdaderos rumbos democráticos. Cansados estaban los ciudadanos del largo e ingrato tutelaje de gobiernos que se negaban a emprender progresos serios, apartándose de las vías rutinarias. Por ello las voces que venían de la juventud, de esa misma juventud que siete años atrás expusiera su vida en aras de los ideales sustentados, encontró eco en todo el país. La animación culminaba en Santiago. Se formaban corrillos, las tertulias sociales y literarias se transformaban en pequeños clubs y la ola revolucionaria—que la terquedad de los gobernantes no permitía otra alternativa—crecía de continuo. Todos los deudos de Vicuña estaban en el movimiento y en casa de su tía doña Magdalena éste encontraba impulso especial. Ese hogar de los Subercaseaux Vicuña, que tan honda influencia ejerciera en la sociabilidad chilena del siglo pasado, aportaba contingente valioso.

Y el movimiento se tornó casi irresistible. El grupo de *La Asamblea Constituyente* resolvió fundar un centro en que pudieran reunirse los opositores y de esta idea nació el antiguo Club de la Unión, que fuera albergue de hombres avanzados y tribuna democrática.

Los de la «Asamblea» convocaron a reunión general en el recinto de su club para el 12 de Diciembre, lanzando los dirigentes un manifiesto—firmado por Vicuña Mackenna y algunos de sus compañeros—en que se hacía una vez más profesión de fe ideológica y se proclamaba que no había otro medio de mantener la paz y de salvaguardar el orden público «comprometidos cada día más hondamente por una autoridad abusiva y culpable, investida de la omnipotencia por esa Constitución odiosa a los pueblos, que la reforma de esa Constitución».

La reunión fué suspendida de orden de la Intendencia. El gobierno, violando los derechos consagrados en la carta cuya reforma se pedía, mostraba que del dilema puesto por los reformistas en sus columnas aceptaba la dictadura franca, hasta aquel día ejercida con disimulo a la sombra del código fundamental. Era la revolución provocada por el propio gobierno.

¿Qué actitud asumirían los hombres de la «*Asamblea Constituyente*» frente al atropello y a la conculcación de sus derechos? El camino de esa juventud plena de entusiasmo no podía ser sino el de la abierta rebeldía, que era el de un respeto efectivo a la constitución violada. Se resolvió, en consecuencia, verificar la reunión en la fecha propuesta. Así se hizo y el 12 de Diciembre fueron juntándose en el club varios centenares de ciudadanos, entre los cuales la intelectualidad de la época y los principales sectores sociales y populares se encontraban debidamente representados. «No hay derecho contra el derecho, ni hay autoridad contra la ley» expresaban los dirigentes, pero la policía hizo irrupción y arrestó a más de ciento cincuenta de los asambleístas, de los cuales buena parte recobró de inmediato su libertad, previa multa de cincuenta pesos.

Esa misma tarde, conjuntamente con la declaración de estado de sitio en las provincias de Santiago, Valparaíso y Aconcagua y la clausura violenta de toda la prensa opositora, Vicuña Mackenna fué reducido a prisión (97 a).

«Una vez más—afirma Galdames (98)—la autoridad se proponía refrenar los ímpetus del ardoroso joven; pero su sacrificio, lo mismo que su acción, no serían esta vez estériles para la causa que sustentaba. La revolución hacía su camino; y él la había impulsado, impreso su sello, señalado sus fines; sería la revolución constituyente, con la gran reforma por bandera».

(97 a). Véase: Vicuña Mackenna, *Mi Diario de Prisión*, publicado en la «Revista Chilena de Historia y Geografía», tomo XVIII, y en folleto (Santiago, 1916). En él se encuentran muy interesantes detalles de la última reunión pública del grupo de la «Asamblea Constituyente» y de la actuación de su principal caudillo.

(98) *La Juventud de Vicuña Mackenna*, Cap. XX.

Con notable exactitud manifiesta el señor Galdames que Vicuña le dió su espíritu—vale decir todo su contenido espiritual—a la Revolución de 1859. Escribe (Cap. XXI): «Aunque el periódico removedor del ambiente político de 1858, hubiera dejado de existir bajo el estado de sitio del 12 de Diciembre, su nervio y sus propósitos vibraban con sonora entonación en las provincias; alentaban voluntades y concurrían a decidir algunas por el término más grave del dilema que se había planteado para acometer la reforma: o la vía legal, o la revolución. Privados del primero de estos medios, los reformistas se inclinaron a emplear el segundo. Derribarían con las armas al gobierno y su régimen. De este modo, *La Asamblea Constituyente* vino muy luego a servir de estandarte a una revolución, que sería lo que su propietario aspiraba a que fuese: la revolución de la libertad para la implantación de un nuevo orden jurídico».

X X I I

Incomunicado desde el primer momento, dos días más tarde—por curioso azar—se le encerró en el calabozo que lo recibiera con su amigo José Miguel Carrera después de la revolución del 20 de Abril de 1851. Perseguido por los mismos hombres se encontraba de nuevo en ese recinto estrecho y obscuro, que albergara las tristezas de sus primeras rebeldías. Siete años habían corrido y en ese lapso de tiempo, el hombre, formada del todo su personalidad, volvía en apariencia vencido por los que tenían la fuerza, pero cierto de que sus ideas acabarían imponiéndose. La prisión era un accidente a su juicio. Lo real, lo definitivo, lo fuerte era ese amor suyo a la libertad y a la democracia, al pueblo oprimido y explotado, a la tierra cuya grandeza era su sueño. Por esa tierra y por ese pueblo y por ese ideal había sufrido persecuciones y destierros. Por ellos seguiría sufriendolos con la mística convicción de que la victoria le pertenecería finalmente. ¿No estaba ya fijada en el obscuro laboratorio de la vida la hora de las reivindicaciones y de la suprema justicia?

Entre tanto algunos de los hombres que militaban bajo la bandera revolucionaria prepararían las jornadas y los alzamientos en armas del memorable año de 1859. Los vencidos en futuros campos de batalla serían a la postre los verdaderos triunfadores.

Vicuña Mackenna fué trasladado de prisión el 17 de Diciembre. Las puertas de la cárcel,—hogar de revolucionarios

más que de reos comunes en esos tiempos en que, como en otros períodos de aquel y del futuro siglo, clavar la vista hacia adelante era delito,—le franqueaban el paso como a un antiguo amigo.

En *Mi Diario de Prisión*, llevado por Vicuña con prolijo interés, se encuentran anotaciones curiosas. Paseemos la mirada por esas páginas en que alienta, junto a filosofía saturada de *humour*, como de quien conoce el valor real de la vida y sabe de sus miserias incontables, una delicada emoción que ilumina el recuerdo de otros días, de hombres que pasaron, de sufrimientos que hacían revivir el dolor de seres amados, la angustia del éxodo y la tristeza de los desencantos. Más era incurable su optimismo, hecho de genio de Irlanda y de tierra joven de América. En vano batían de nuevo junto a su espíritu las sombrías alas de la persecución. En vano...

Dice su *Diario*: 12 de Diciembre.—«En el acto me encerraron en el calabozo que había frente a la puerta, poniendo llave al candado. El aposento era fétido, estrecho y tenía miles de bichos, herencia única que dejaba escondida entre las grietas de los ladrillos, la familia de ebrios y rateros que me habían precedido en aquella habitación». «El oficial de guardia me hizo entrar una cama, que tendí en el suelo, y aquella noche la pasamos todos los prisioneros puestos a sitio por las pulgas y otros insectos aún más ruines, como la capital lo estaba por los gendarmes, Ministros y otros satélites de la Administración».

El día 14, llevado al calabozo que ocupara con Carrera Fontecilla: «Al instante reconocí mi cuna revolucionaria, con esa emoción mezclada de pena y placer con que el estudiante vuelve a ver, después de una larga vacación, las paredes del aula. La rueda había dado ya una vuelta completa y me encontraba de nuevo en mi punto de partida».

El 15 es puesto en libre plática por el juez, que el día anterior le interrogara, y el 16 el Promotor Fiscal acusa ante el juez del crimen el artículo de Vicuña Mackenna publicado en el último número de *La Asamblea Constituyente*, como también lo culpa, con los demás firmantes de la convocatoria a la reunión del día 12, de provocar con sus escritos desobediencia a las autoridades legales, trastorno del orden público

y sedición, delitos para los cuales solicitaba las penas fijadas por la ley. Reunido el jurado de imprenta, declaró que había lugar a la formación de causa.

Instalado en la cárcel, la prisión se tornó rigurosa. Ninguna visita podía llegar hasta él, ni aún los servidores encargados del alimento o del aseo. A las diez de la noche quedaba bajo llave en su calabozo, que era el número 6 del primer piso, y si después de esa hora lograba tener luz era de «contrabando».

En audiencia del día 20 Vicuña habló ante los jueces por espacio de media hora, con voz enérgica y corazón tranquilo. En su defensa probó, con diccionarios y autoridades, que no existía tal delito de sedición y que la convocatoria acusada, lejos de constituirlo ni de incitar a la revuelta, era sólo un voto moral en favor de la reforma de las leyes constitucionales. Y en tocante a su artículo: «¿Es sedición—dijo—que los individuos se junten en asociaciones patrióticas para que sostengan esa idea (la de reformar la Constitución), para que la iluminen, para que la robustezcan? Si esto es sedición declaremos entonces el trastorno del universo moral en que vivimos».

La lógica de sus argumentos, que deshacían «la triste chicana de las argucias» jurídicas y políticas, no podía menos de impresionar al tribunal; pero siendo favorable al gobierno la mayoría del jurado, que en Chile los gobiernos fuertes y asistidos de buena policía siempre contaron con el medroso y a menudo incondicional apoyo de la burguesía, el fallo fué adverso. Sin embargo éste absolvió el artículo, después de condenar la convocatoria. Los acusados se impusieron, «con desprecio», del acuerdo en cuyo nombre el juez los condenaba a tres años de destierro y a mil pesos de multa *in solidum*.

Vicuña y sus compañeros lanzaron desde la prisión un *Manifiesto al Pueblo* en que exponían los sucesos políticos que dieran con ellos en la cárcel, las tendencias de la oposición y el eco despertado por ésta de un extremo a otro del país.

Publicado ese manifiesto y conocida la sentencia preparáronse todos a dejar al país, sin aceptar las insinuaciones del magistrado que los juzgara, quien intentó demostrarles la conveniencia que tendrían en apelar. En esa estoica resignación a seguir siendo perseguidos, sin dar margen a benevolencias de

los señores de la Moneda, había un nuevo sacrificio a la causa.

La vida en la cárcel es monótona. Vicuña recibe obsequios que su familia le envía, acude a las rejas para conversar algunos minutos con los amigos que le visitan, oye las consultas de los reos proletarios a quienes aconseja y ayuda; y por las noches, reunido todo su grupo en la celda de Ortúzar, entretiene a los oyentes con el relato de sus aventuras políticas y de sus andanzas por el mundo o teje proyectos para el futuro con Isidoro Errázuriz, ardiente partidario suyo que le acompañará en futuras y transcendentales campañas.

Irritado el gobierno por el estoicismo de aquellos hombres y por la inquebrantable tenacidad de que daban pruebas, resolvió hacer más duro su encarcelamiento. Especialmente a Vicuña. Este, sin alterarse, se consagra a la literatura, buena amiga de toda su vida, un poco abandonada en los últimos meses. Y escribe seis o siete horas diarias. O lee. Más el tedio no logra dominarlo. «Monotonía, pero no aburrimiento» anota en su *Diario*: Una nueva gratisima, que torna más severo aún el régimen que sufrían, levanta el ánimo de todos, malgrado en la incomunicación en que se les pone: es el alzamiento armado de Copiapó, ocurrido a principios de Enero. La siembra heroica comenzaba a producir frutos.

El nuevo año de 1859 llegó para Vicuña entre las rejas de la cárcel, sin que ninguna vicisitud pueda vencer su ánimo. El optimismo de sus veintisiete años canta en los labios y asoma la línea roja de sus promesas por entre las proclamas plenas de fervor o en las páginas consagradas a la historia. *El Sitio de La Serena*, que más tarde formará parte de la obra consagrada al decenio de Montt, ocupa muchas de sus horas de trabajo. La incomunicación no le pesa ya ni las prisiones. «Hoy encuentro que el calabozo me agrada en su soledad,—anota—que me hace sentirme más libre, porque no son los fierros sino los hombres los que me encadenan. Cuando despierto por la mañana y veo desde la sombra fresca de mi celda el claro brillo del sol a través de los árboles del patio, siento siempre una emoción grata y feliz. Por lo demás el alma está habituada a los sinsabores».

Lee mucho. Novela e historia. La de Carlos XII, de Voltaire, le parece de aquellas que fortifican el espíritu en las prisiones. Por sus ojos pasan lecturas de viaje y Dumas hace tal vez desfilar, tras de los barrotes, la sombra de sus mosqueteros.

La incomunicación es más estricta cada día para Vicuña. El gobierno, sin confesarlo, ve en él al caudillo invisible, al secreto animador de multitudes, que poniendo el dedo sobre el cáncer político, había logrado desencadenar una tempestad en el país con sus campañas de *La Asamblea Constituyente*. Nuevas molestias, mayor trabajo. El prisionero, dejando de mano toda meditación amarga, ahogando las inútiles protestas, camina por el sendero que don Diego de Almagro había seguido en la edad épica de América. Marcha delante de su caballo y se extasía ante el paisaje de las tierras vírgenes que tres siglos de conquista española cubrirán de melancólico velo decadente. Pero aquella es la hora grande, la hora de los centauros. En los sufrimientos, en los trabajos y alegrías fabulosas de aquellos hombres que protegidos por su armadura y con la lanza en ristre se aventuraban en lo desconocido, buscando el vellocino de oro que cautivó al mundo antiguo y desarticuló al moderno, Vicuña encuentra, acaso, raíces de quijotismo y soplos de idealidad.

El 12 de Febrero, aniversario del día en que otro conquistador fundara la ciudad de sus amores, sentando sus reales en el valle del Mapocho, al pie mismo de ese cerro Huelén que su genio creador transformará andando los años, anota: «Toda la semana desde el domingo, la he ocupado en escribir la vida de Almagro, trabajando 7 u 8 horas cada día, lo que ha hecho que el tiempo pase con una celeridad prodigiosa y que aún me encuentre contento en mi prisión...»

En la cárcel termina esa *Vida de Almagro* que se lee hoy —al decir de Donoso— con el «mismo interés que despierta una apasionante novela». En verdad es una obra maestra, un admirable ensayo de interpretación que no requiere de la exactitud absoluta del dato ni de la corroboración estricta del documento —cuantas veces los documentos sobre los que se construye la historia, falsean la verdad de la vida por haberse antes fal-

seado en ellos el pensamiento o la verdad íntima de quienes los trazaron—para evocar de modo sorprendente todo un mundo desaparecido en la niebla del tiempo.

Un último traslado lo conduce a la penitenciaría el día 20. Tres días más tarde ponía punto a su diario de prisionero, cuyas cárceles habían de franquearle en breve sus puertas para abrirle las del destierro, ya familiares. El 7 de Marzo, a media noche, fué metido en un birlocho en compañía de los hermanos Matta y de Angel Custodio Gallo. Diéronse todos un abrazo y luego el comandante Carvallo, con veintiocho hombres, rodeó el coche, dándose la voz de partir. La triste comitiva no tardó en perderse por el camino de Valparaíso...

X X I I I

Al día siguiente, cerrada la noche, fueron conducidos Vicuña y sus amigos a un buque de vela anclado a una milla de distancia de la rada.

Comenzaba el segundo ostracismo.

El *Luisa Braginton*, que tal era el nombre de la prisión flotante en que los exilados fueron metidos, desplegó sus velas, siendo convoyada por el *Maipo*, barco de guerra chileno, hasta el amanecer del día 10.

En un folleto sobre las actividades de «La Asamblea Constituyente», publicado en París aquel año de 59, cuenta Vicuña Mackenna los pormenores de su viaje: «Los prisioneros no tenían notificación alguna sobre el punto de su destino ni lo que se intentaba hacer con sus personas, habiendo estado estrictamente incomunicados durante los dos últimos meses de su prisión. Pero luego que estuvieron a bordo supieron que el buque en que se encontraban era la barca inglesa *Luisa Braginton*, cuyo capitán Guillermo Lesley, había celebrado con 18 días de anticipación, esto es el 21 de Febrero, un contrato con el gobernador de Valparaíso, Jovino Novoa, por medio del corredor marítimo Jorge Lyon, que obra como testigo en el contrato, para conducir a los prisioneros al puerto de Liverpool, recibiendo por su pasaje la suma de 3,000 pesos, y sujetándose a la multa de 1,500 pesos, o más bien a la pérdida de toda la

cantidad del flete, si no presentaba a las autoridades chilenas en el término de 8 meses un certificado competente de haber desembarcado» a los desterrados en algún puerto de Gran Bretaña. Y conviene anotar que esa multa «no estaba, sin embargo, sujeta a pagar en el caso de muerte de alguno de los prisioneros».

«En consecuencia del anterior contrato,—añade Vicuña— el capitán de la *Luisa Braginton* había organizado convenientemente su tripulación; se había procurado armas y provisiones en la bahía de Valparaíso; las había distribuído a sus principales oficiales con órdenes precisas de usarlas contra los prisioneros, si se resistían en alta mar a ser conducidos a Inglaterra; había apostado en el puente del buque sus propios hombres; había suscitado la animosidad de sus subalternos desde antemano con insinuaciones odiosas...» Lesley pintaba a Vicuña y demás «como fascinerosos ordinarios, llegando hasta prohibir el que le dirigiesen la palabra, y ni aún aceptasen una sola migaja de las manos de aquellos, porque díjoles que era muy de temer que los reos tratasen de envenenar en el alimento a la tripulación para escaparse, y por último había recibido con anticipación una guardia de las tropas del gobierno, que al tiempo de la llegada de los prisioneros se encontraba, o bien a bordo guardando las escalas del buque, o bien en botes que rodeaban a éste».

Comenzó el crucero, lento, fatigante, desesperador. En los días y en las noches sin término la angustia agujijoneaba el alma y el tedio batía sus alas infinitas. Para Vicuña no había más sostén espiritual que el de su pluma puesta sobre las hojas del diario. «La vista del buque y de la cámara, que parecía un sepulcro—escribe—nos fastidió un poco. Pero yo estaba sólo preocupado de la despedida de mis hermanos y de mis recuerdos. A ellos viví entregado durante todo el viaje, pero principalmente en los primeros días, en que fueron mi sueño constante, despierto y dormido».

La odiosa persecución política continuaba fuera de las aguas nacionales. A bordo la comodidad era ninguna, la suiedad grande, el hambre no escaso y la molestia excesiva.

Intentaron convencer al capitán de que los desembarcase

en Arica (99), cubriendo ellos el flete ofrecido por el gobierno y abonándole las provisiones que alcanzaban a más de un millar de pesos fuertes, pero todos los esfuerzos se estrellaron contra la terquedad de Lesley, sin que valiera el mal estado de salud de uno de los Matta.

A la vista de las islas de Juan Fernández, Vicuña se hizo propósito de escribir algún día la *Historia verdadera de la isla de Robinson Crusoe*. Y así habría de hacerlo con el correr del tiempo. Cada hora de su vida, cada paisaje de la ruta, cada pensamiento que brotaba de aquel cerebro en eterna y maravillosa ebullición, sería en adelante origen de una página curiosa, de un bello capítulo, o de un acabado libro. Su alma se iba entregando por los puntos de la pluma.

A capricho de los vientos y de las velas andaba el barco, sumiéndolos cada hora en mayor monotonía. Dice su *Diario*: «Nuestra vida de a bordo no es muy variada: nos levantamos a las 8; almorzamos a las 10; a las dos de la tarde un vaso de limonada; comida a las cuatro; por la noche constanté conversación de política, literatura, de sociabilidad, etc., hasta las 12 o 1». En esa nocturna tertulia estaba la salvación, pues el alimento era harto menguado y con sazón de polilla... Vicuña se consuela de todo con su humor acostumbrado. «La organización inglesa, aristocrática del buque,—escribe—está basada en este pie: el capitán tiraniza al piloto a quien detesta; el piloto riñe al mayordomo; el mayordomo es un déspota para con el pobre cocinero; el cocinero se desquita con el yanqui Tom; y el yanqui se descarga con los chanchos, a cuyo cuidado está».

Y he aquí de cómo el buen humor contagioso permite a los revolucionarios llenar las horas echando «buquecitos de papel al mar» o jugando a la rayuela.

Con el correr de los meses las molestias fueron en aumento. «El viaje que había durado más de setenta días sin novedad—se cuenta en folleto de París—tomó otro carácter en la inme-

(99) Desde su estada en la cárcel tenía Vicuña Mackenna el propósito de esperar en el Perú—lo más cerca posible de Chile—la hora de reanudar sus actividades políticas. «Mi idea es, mi vieja,—escribía a su madre, en Santiago—el irme al Perú, donde aguardaré sólo el tiempo estrictamente necesario para poder regresar a continuar mi trabajo y a dirigir los asuntos de la casa, que a mi vuelta tomaré yo solo».

diación de aquel archipiélago (100). El capitán se manifestaba inquieto y turbado, dormía de noche al lado del timón...» Llevaba armas y ponía centinelas cerca de los camarotes. El contra maestre del buque, que era su hermano, esgrimía un revólver de seis cañones. «Los prisioneros ignoraban, sin embargo, el motivo de esta alarma, hasta que una noche el capitán se dirigió con gran vehemencia al señor Vicuña Mackenna y le rogó le hiciera ver cuáles eran sus intenciones y las de sus compañeros, añadiendo que él sabía que se proponían fugar del buque y refugiarse en las Azores, a lo que él estaba dispuesto a oponerse a viva fuerza».

Vicuña mostró a Lesley lo absurdo de tales sospechas, pues ellos no anhelaban sino desembarcar pronto en Inglaterra, más aquél, insistiendo en sus alarmas y precauciones «llegó hasta el extremo de agujerear las únicas embarcaciones de salvamento que existían a bordo del buque, y aún desgarró y adulteró las hojas del diario del piloto...»

El 15 de Junio, después de 98 días de navegación, el *Luisa Braginton* clavó anclas en Liverpool. Vicuña se lanzó a tierra «como prisionero que huye de un maldecido calabozo», no sin haber librado batalla con Lesley, quien a engaño pretendía conducirlos ante el cónsul chileno. El capitanejo había llevado su desvergüenza al extremo de hacer correr la voz de que traía a bordo criminales famosos, «lo que hizo agolparse a muchos curiosos, ávidos por ver a esta nueva especie de fieras sudamericanas y desconocidas todavía en los jardines zoológicos...»

De aquel crucero, felizmente terminado a la postre de tanto sin sabor, quedó un documento interesantísimo. Es la carta en que Vicuña Mackenna daba cuenta a su primo Juanuario Ovalle de todas las malaventuras del viaje. Dice, entre otras cosas, esa carta deliciosamente escrita, que puede contarse entre las mejores páginas del humorismo chileno (101):

«Descripción del buque. Lo bautizamos con Custodio (102)

(100) El de las Azores.

(101) Fechada en Londres el 26 de Junio de 1859. Puede consultarse en el libro de Donoso, quien la reproduce íntegra.

(102) Angel Custodio Gallo.

con el nombre de *Luisa Braguetas*. Barca de 200 toneladas de registro, angosta, con 4 varas de puente libre y un hoyo en el centro de la cámara. Como cada uno de nosotros venía en cuenta de mercadería, a razón de 40 o 50 toneladas de flete, no era extraño que no cupiésemos apenas en los camarotes.

«La cámara era una sepultura de 5 a 6 varas cuadradas. Se bajaba por una escala de 7 gradas, de plomo resbaladizo y grasoso, que daban más arrepentimiento que los 7 pecados capitales. Es necesario hacer mil gambetas y torcidas para bajarla, como la *scala santa* de Poncio Pilatos: sólo los perros y los gatos la bajaban a prisa, impulsados por los puntapiés del mayordomo; también consiguió bajarla cómodamente y con rapidez un brazo de mar que se nos metió en el Cabo de Hornos, como un Niágara en miniatura. Era, además, el movimiento perpetuo descubierto, y más de una vez pensamos traerla al Instituto de Francia para reclamar el premio.

«El buque tenía todas las maneras de andar, a empujones, a brincos, de punta, de costillas, a corcovos, hasta que en la línea los perdió todos. Pero, había también una ocasión en que perdía hasta el *modo de andar*: con viento en popa!

«Al pie de la escalera había tres puertas. La primera, de la bodega, con aceite de ballena. Cada vez que se prendía éste, sufríamos una verdadera fumigación, y para libertarse de nosotros, el capitán no había tenido más que prender una caja. La segunda, olor a Judas, o a botas en la línea, era de la marinería. La tercera, era el limbo, como la primera el infierno, y la segunda el purgatorio. Vivíamos, pues, representando experimentalmente la *Divina Comedia* del Dantè. El cancerbero eran los perros, y Carón el mayordomo.

«La última era un departamento como cajón o ataúd con varias grietas; en uno de estos hoyos vivía yo. A los pies un departamento de galletas fermentadas que se salen andando de sus sacos, arrastradas por los gusanos; y a la cabecera una *menagerie* de ratones musicales, que durante el viaje pasaron por todas las situaciones y estados de la vida, la juventud borrascosa, la edad viril peleadora, el matrimonio, los dolores...

«Guillermo e Isaac (103) dormían en otro (hoyo) embu-

(103) Individuo del barco.

tido, entre la bodega y el cuarto de las botas. Con estos olores la fermentación de gusanos comenzó más pronto, y Guillermo tuvo que refugiarse al llegar a la línea, debajo de la mesa.

«Esta fué nuestra morada por más de tres meses!

«Pero pasemos del dormitorio al salón, es decir, saquemos el cuerpo desde la grieta a la cámara. Esta, entre nuestros pies y la cabeza, se componía de tres pisos: primero, la bodega sagrada del capitán, cerveza, tocino, mantequilla; a ella sólo bajaba el gran sacerdote del mayordomo, alumbrado por una vela. El segundo era el piso que habitábamos en perpetua colisión y resbalones, o bien pegados unos a otros para no caernos. El tercero, en la mesa, donde habitaban nuestros estómagos, o más bien donde vagaban sus sombras macilentas, porque no sé si aún tenemos estómago después del viaje. Ahora estamos consagrados a crearlo de nuevo. Sobre esta mesa extendían una lona cosmopolita que llamaban mantel, y que con una fidelidad ejemplar no nos desamparó en los tres meses de viaje. Era, además, tan servicial como fiel, y junto con el servicio de mantel se prestaba para lavar los platos, limpiar la mesa, etc. Creo que una o dos veces la lavaron, pero no por aseo, sino para hacer con el agua sopa a los marineros, porque era su quinta esencia de grasa.

«La mesa estaba dividida por una rejilla de palo en siete compartimentos, de los cuales nos tocaba uno a cada uno de los comensales. Esto parecía que servía para separar la ración y las cosas de cada cual; pero, en un vaivén el asado caía dentro de la sopa, y en otro, los platos de los que estaban a babor saltaban al asiento de los de estribor.

«La operación de comer era eminentemente gimnástica. Nos asíamos como nos era posible al banco de una cuarta de ancho que rodea la mesa y que tenía encima un colchoncillo de hule que a cada instante se resbalaba en todas direcciones. . .

«Tal era la cámara. Los adornos eran sólo algunos altos relieves de millares de moscas o ratones embutidos en alquitrán...

«¿Cómo vivíamos? A las ocho en verano y a las nueve en invierno asomábamos la cabeza para saludarnos; pero nada de «buenos días, que tal se ha pasado la noche?» sino «qué rum-

bo, qué viento, que dice el John Bull; hay cabrillas o zapatéo de Cádiz?»...

«El almuerzo era un pedazo de jamón perpetuo, al cual le formamos nosotros algunas cuñas mientras duraron nuestras provisiones propias.

«Pasaban seis horas entre este frugal martirio y al de la comida, que soportábamos a las 4. Componíase este segundo ataque al estómago, de dos budines, uno de carne añeja, y otro de fruta inglesa, es decir, fruta verde conservada en aguardiente, y en medio de esta caricatura de *roast-beef* y parodia de *plum-pudding*, una sopa espesa de cualquier cosa; más claro, nos echábamos al cuerpo dos adobes, y entre uno y otro, barro con paja. Con nuestra ración de tres meses pudimos construir un buen tabique...

«Las provisiones del capitán consistían, además, en dos chanchos y una docena de patos, a quienes durante mucho tiempo no conocimos más que de vista y de gritos. Había también a bordo, fuera de estos animales y de los que formaban la tripulación, dos perros y dos gatos, de los que tomábamos estricto inventario todos los días, para asegurarnos de que no habían sido servidos a la mesa. Estos perros no tenían nombre, pero proclamaban a gritos, o más bien a ladridos, que sus nombres eran Necesidad y Hambre canina. Estos pobres brutos se mantenían sólo de memoria o de comprensión, y habían llegado a convertirse en simples espíritus...

«Llevábamos también 24 gallinas de las cuales no vimos sino los espectros. Sólo 6 de ellas fueron inmoladas a nuestra hambre; las demás se evaporaron como los gatos, y fueron echadas al mar, una en pos de otra. En cuanto a los patos, conseguimos retenerlos en el mundo echándoles todos los días algún auxilio de migas o galletas mojadas. Pan no tuvimos sino a los postres del viaje; durante dos meses y medio sólo nos servían unos fragmentos amarillosos, con vetas azules de moho; el mayordomo decía que eran galletas, nosotros sosteníamos que eran riscos y los estómagos que eran indigestiones.

«Con esta vida nos parecíamos a los discípulos del licenciado Cabra de que habla Quevedo. Para consolarnos, leíamos las bodas del rico Camacho, o hacíamos edificantes comentarios

sobre los ayunos de los santos anacoretas o sobre los padecimientos de los innumerables mártires de Zaragoza. Como los alegres convidados de Béranger, no teníamos más que cantar canciones para distraer el hambre, y repetir como aquel joven de Chile en el Israel Bertuci: «*Traigan los helados y los barquillos, los barquillos y los helados*». Este estribillo fué muy frecuente durante la calma de 23 días en la línea.

«En cuanto a líquido, el agua era im potable; no teníamos más vino que algunos cajones que traía Custodio, y que el capitán nos ayudaba enérgicamente a vaciar, y si no es por algunos tarros de leche que éste traía, no habríamos tenido más recurso que ordeñar la vía láctea que solíamos divisar en las noches claras...

«Hay que agregar que todo esto era servido por el mayordomo, un tísico de ojos torcidos, que andaba siempre como el cómpas del buque, sin rumbo fijo. Tenía cara de dolor de estómago, y la mirada era la expresión más viva de la lepidia de calambre. Después del capitán era el hombre más importante a bordo. A menudo lo encontrábamos en animadas conferencias secretas: trataban sin duda del *estado de sitio* en que habían puesto a nuestros estómagos y de la rápida manera cómo se iba operando la *reforma de nuestra constitución...*»

X X I V

Vicuña Mackenna se trasladó a Londres, no sin antes iniciar con sus compañeros de ostracismo gestiones judiciales encaminadas al castigo del capitán de la *Luisa Braginton*. Este se vió acusado de atentar a derechos equivalentes a los de ciudadanos británicos, de acuerdo con el tratado de amistad, navegación y comercio suscrito entre los representantes de Chile y del Imperio en Octubre de 1854. Y como el magistrado encontrase la acusación grave y admisible, sometió a juicio a Lesley, citándolo para la reunión del Tribunal de Assises del condado de Lancashire que debía efectuarse en Liverpool durante el mes de Agosto. Declarado en libertad bajo fianza, intentó el pícaro transar con sus acusadores, pero estos prosiguieron el pleito en medio de la viva expectación despertada en Inglaterra, cuya prensa consagró nutridas columnas a informar de los diversos incidentes del proceso. Verificada la audiencia el día 18, ante numeroso público, Vicuña alegó en inglés, captándose de inmediato todas las simpatías. Lesley fué declarado culpable y dejósele en libertad provisional, bajo fianza de 600 libras esterlinas, en tanto la Corte Criminal sentenciaba en definitiva.

En Londres Vicuña se puso en comunicación epistolar con Lord Cochrane, con motivo de las Memorias escritas por el ilustre marino. El historiador americano le rectificó sus gruesos errores al referirse a Chile y al juzgar con parcialidad a San Martín, observaciones todas que el conde Dundonald,

deponiendo siquiera una vez sus orgullos, juzgó «altamente dignas» de su aprecio (103 a). Entretuvo, también, las más afectuosas relaciones con el general O'Brien.

Resuelta la primera instancia del proceso de Lesley, que afectaba moralmente al gobierno de Montt, se juntó con su amigo el historiador Diego Barros Arana y ambos se trasladaron a París, resueltos a viajar en grata compañía (104), revisando archivos y papeles.

En París los hermanos Matta y Angel Custodio Gallo publicaron su famoso folleto político: *Montt, Presidente de la República de Chile, y sus agentes ante los tribunales y la opinión pública de Inglaterra*. Vicuña redactó las páginas que se referían a la prescripción y al juicio, adhiriendo «al fondo de verdad y de justicia del manifiesto», pero negándose a suscribirlo con su firma. Razones que él estimaba de patriotismo lo impulsaron a anteponer lo que creía el interés superior de su país a los justificados rencores contra el mandatario que de tal modo lo había perseguido. Vicuña hablaba a sus camaradas, sobre el particular, en carta de París fechada el 25 de Agosto de aquel año: «siento un escrúpulo íntimo al revelar nuestros dolores domésticos a un mundo que no nos ama, que no nos estudia, que no nos juzga sino por el alza y baja de la bolsa...» Agregaba estas nobles palabras: «yo siento que esa patria es tanto más mía cuanto más infeliz y más ultrajada la contemplo». Y aún: «Por el delito de que yo he sido víctima, tengo derecho a acusar al gobierno actual de Chile, y lo acuso y lo denuncio ante el mundo. Por los crímenes que se hayan cometido en nuestro suelo yo no lo acuso todavía, y yo no denunciaré jamás esa clase de crímenes fuera de los límites donde está la prueba que debe esclarecerlo, donde está la responsabilidad

(103 a) «La carta de Ud.—le decía Dundonald, con fecha 5 de Julio de 1859— está llena de consideraciones altamente dignas de mi aprecio, y tan luego como apremiantes ocupaciones me lo permitan, consagraré a ellas mi atención, y presentaré a Ud. mis respetos personalmente».

(104) A poco de desembarcar los desterrados pudieron imponerse del desenlace de la revolución en Chile. Vencedora ésta en la batalla de Los Loros el 14 de Marzo de 1851, fué finalmente derrotada en la batalla de Cerro Grande, cerca de La Serena, el 29 de Abril de aquel año. La ideología de Vicuña Mackenna continuaba prendiendo, sin embargo, y muchos de sus puntos de vista acabarían imponiéndose. Entretanto no había sino que viajar y esperar.

que los autoriza, el castigo que debe satisfacerlos» (105). Como conocía a fondo la política europea y norteamericana preveía peligros que pudieran presentarse en el futuro. ¿No estaban próximos la invasión de Méjico y el Imperio de Maximiliano? En día no distante la escuadra española ocuparía las islas Chinchas, reinando aquella inefable doña Isabel II.

Los de París fueron días consagrados al estudio. Años después los recordaría en alguno de sus escritos: «Era el otoño de 1859... Las hojas amarillentas caían de los árboles en los pintorescos bosques y jardines de París, y el tedio de la proscripción, amarillento como las hojas, caía sobre nuestros corazones. ¿A dónde ir?»

España lo atrae. Busca recursos y los encuentra en don Claudio Gay quien se los proporciona, prestándole el dinero necesario a la empresa.

El 10 de Octubre, en compañía de Barros Arana y de don Pedro Valdés, deja París. Diez horas más tarde se encuentra en Burdeos, a media noche y sin alojamiento, pues la ciudad se apresta a recibir a Napoleón III que regresa vencedor de sus campañas de Italia, y curiosos y cortesanos han llenado los hospedajes. No hay más remedio, en tal evento, que albergarse en las caballerizas del fiacre de punto tomado en la estación. Dos días después reanudan viaje. Y pasan Dax, Bayona, Biarritz, San Sebastián.

A España penetran en diligencia. Corren los promedios del siglo XIX y el sentido de lo pintoresco no se ha desplazado todavía de Occidente a Oriente. «Nos encaramamos sobre una pesada diligencia mestiza entre española y francesa,—escribe Vicuña Mackenna—y cuando al caer el sol, reflejándose sus últimos rayos en las obscuras faldas de San Marcial, extremidad occidental de los Pirineos, poblados de densos castaños en plena madurez, divisamos en el opuesto horizonte las almenas de la ciudad fortaleza que lleva el poético nombre

(105) Esa actitud de Vicuña—escribe Donoso en su admirable *Vida de Vicuña Mackenna*—«entrañaba la más noble entereza. Vicuña no quiso solidarizarse con los apasionados y virulentos conceptos que sus compañeros de expatriación tenían para la administración de don Manuel Montt, a quien pintaban como un dictador rodeado de una camarilla de especuladores y ladrones».

de San Juan de Luz, una enérgica expresión, más española que el Cid, nos advirtió por el postigo al oído, que habíamos pasado ya el pintoresco puente del Bidasoa, cuyos pequeños islotes... veíamos ahora cubiertos de macollas de maíz ya cosechado. De esta manera y en esta ocasión entrábamos a la romántica península por un maizal...»

La posada le trae recuerdos de la de Curacaví, entre Santiago y Valparaíso, paradero obligado de los que viajaban al puerto chileno antes de que estuviese unido por ferrocarril a la capital. «Dormimos aquella noche en San Sebastián—escribe—y seguimos al día siguiente en una diligencia parecida a las célebres galeras que don Quijote solía embestir con su lanza...» Vitoria, lugar de batalla; Bribiesca, feudo del duque de Frías... Siguen rodeados por un enjambre de mendigos. «Entre ellos—cuenta en su *Diario*—había un tonto de memoria prodigiosa, muy superior a la de Diego, que la tiene grande, y que servía de archivo viviente a la población, siendo el registro por el que se calificaban a los electores, se hacían las quintas, etc.»

Castilla invita a Vicuña y a Barros Arana a pasarla con mayor detenimiento y alquilan para ellos un carruaje liviano tirado por dos caballos—*Galán* y *Cadete*—cuyos nombres quedan grabados en la memoria, de tanto oírlos. Visitan Burgos, Valladolid (en donde se detienen ante la tumba del Cid Campeador), San Pedro de Cardeña, Olmedo, «los románticos pinares de Soria», Segovia... El Alcázar, pleno de recuerdos de la época mora, y las ruinas de Olmedo impresionan la aguda sensibilidad artística de Vicuña. Las emociones se agolpan y tocan su espíritu con infinitos llamados, más hay que seguir. La volanta, nuevo vehículo arrendado para continuar el viaje, está presta ya, junto a la posada en que todavía se recuerda el manteamiento de Sancho Panza y sus discretas razones. ¿No se halla toda Castilla encantada por la sombra del Ingenioso Hidalgo? «Después de visitar el sitio real de San Ildefonso comenzamos la subida de la empinada cuesta... Iba «don Antonio», que así se llamaba el alquilador y conductor de la volanta, que en vez de volar gateaba, callado y tétrico como los árboles de la vía. Iba, decíamos, azotando sus tres

rocines. cuesta arriba, cuando surgió de todos los abismos de la sierra furioso temporal que amortajó en pocos minutos la inmensa montaña en un denso sudario de alba nieve. Amortajados nosotros en nuestras frazadas de viaje, divisábamos apenas las copas de los árboles en aquel horrible torbellino, y no hablábamos... y en esa triste guisa, oyendo sólo la voz de don Antonio y su fusta *Arre! Arre!* llegamos tarde de la noche al Escorial, otro cementerio de vivos, en la opuesta falda del monte, en dirección a Madrid». Los acoge la fonda de don Calixto Burguillós, que hospedara a Alejandro Dumas y a Teófilo Gautier. «El aposento en que el posadero del Escorial, más español que Felipe II, habíamos instalado a media noche, fué un cuartejo de altos, a manera de *sobrado*, angosto y largo como alma de vizcaíno... Apenas hubo tardíamente amanecido, pusímonos en movimiento para salir de aquel sepulcro y visitar los de los reyes, que un anciano ciego (ciego de nacimiento, pero que andaba hasta por encima de las cornizas del templo) fué nos mostrando».

Llegados a Madrid los dos viajeros se instalaron en una fonda de la calle de Pontejos, a espaldas de la Puerta del Sol, tocándole a Vicuña un cuarto en que «el astro del día no nos visitaba sino tarde y de soslayo, como acecho de alguacil, que el sol no sale nunca de otra manera para quienes andan en desdichas».

Vida de trabajo. Visitas a archivos, museos, librerías y bibliotecas. En la Nacional extracta el catálogo de manuscritos relativos a América. En el negocio de Sánchez, calle de Carretas, adquiere el original inédito de la «Historia del Paraguay y de la República del Plata» de Lozano. Para Vicuña no hay descanso ni días de fiesta y los libreros de viejo se hacen sus mejores amigos.

Agotadas las investigaciones, resuelve partir. Veamos de qué modo refiere su salida: «Y como fuera invierno, los días cortos, las noches de candil y la posadera más astuta que honrada, porque no era española, sino francesa del Loira o del Sena, resolvimos una tarde salirnos de aquella encrucijada, cuanto más a prisa mejor; de suerte que cuando menos lo teníamos pensado y en una frígida y nebulosa mañana de

Noviembre del año del Señor de 1859, nos dirigimos hacia la más vecina de las dos únicas estaciones del ferrocarril de la coronada villa de Madrid, capital de las Españas, y siendo tan grande Corte como es, tiéne en todo el contorno de sus arrabales y de sus páramos, que son unos y otros un solo desierto ávido de agua y de sol, no así de vientos ni de pulmonías».

Toledo sigue en el itinerario español y su visión impresiona el ánimo del artista. En seguida Valencia, en donde una semana de estada le permite examinar a sabor el manuscrito de la *Historia del Reino de Chile* del jesuita Diego de Rosales, que él publicaría andando los años. Barcelona, a donde se encamina en compañía de don Pedro Paz Soldán, intelectual peruano, es la última etapa importante de sus andanzas por la península.

París lo recibe una vez más. Las maletas continúan prontas y se hace a la mar en Diciembre, desde el puerto de Southampton—según cree Donoso—rumbo a Panamá. Pasado el itismo, se adentró, a bordo del *Limeña*, por las aguas del Pacífico.

X X V

Vicuña Mackenna se radicó en Lima, refugio de perseguidos políticos y de desterrados de Chile durante la administración Montt (106).

«Vicuña—escribe Donoso—que figuraba entre las más prominentes personalidades de la colectividad chilena, se vinculó estrechamente con lo más distinguido de la sociedad limeña, y muy particularmente con los elementos intelectuales». Y cuenta el propio Vicuña: «Viví honrado con la amistad de los hombres más notables del Perú, en las armas, en la magistratura y en las letras. Centenares de respetables peruanos podría citar como un timbre de mi modesta, pero laboriosa posición de escritor en Lima, de cuyo fruto honradamente viví» (107).

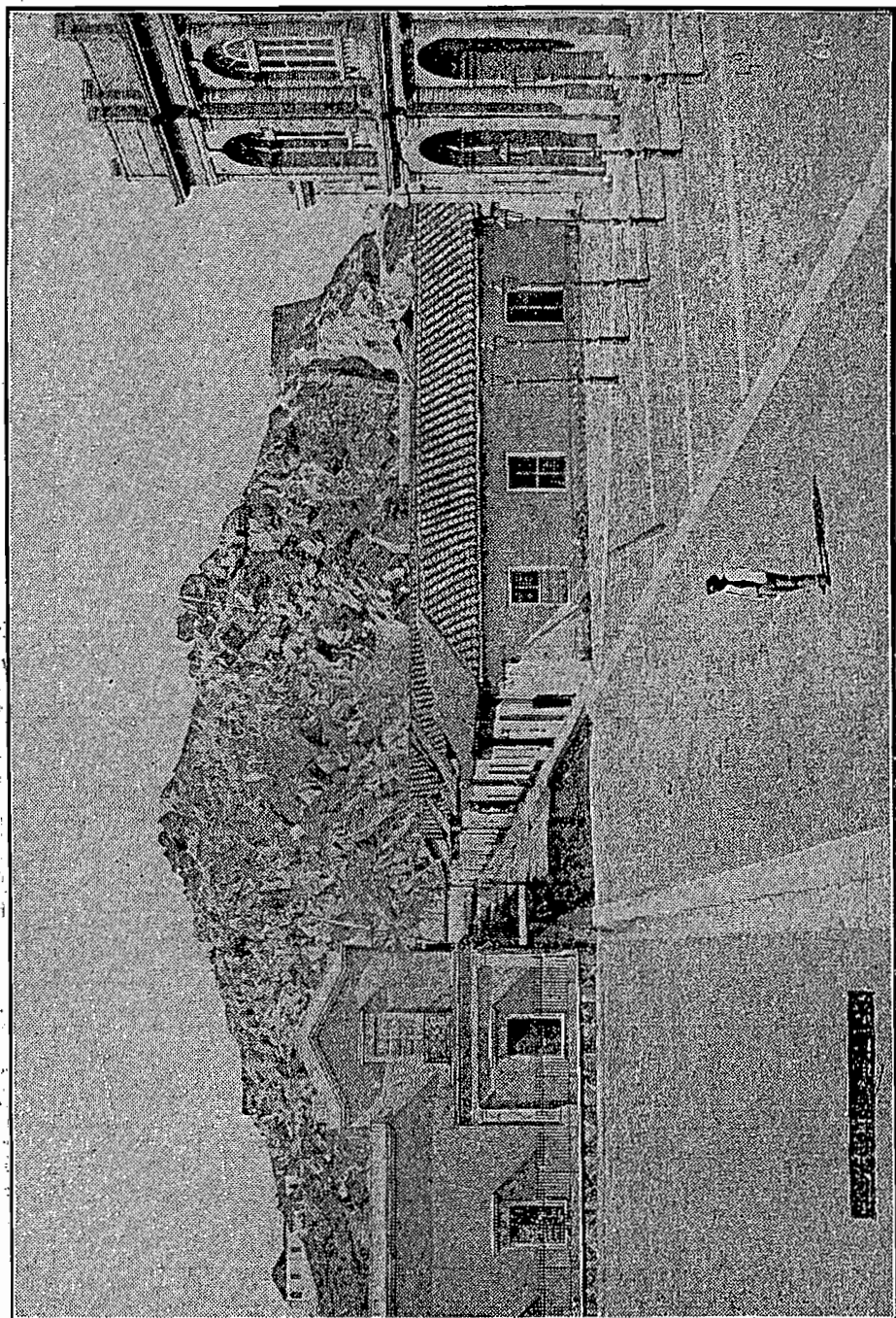
El país era hermoso. La capital de una hospitalidad y un señorío que recordaba la época virreinal. Había sinceridad en la acogida y así el destierro no podía menos de endulzarse.

Vicuña Mackenna se había hecho el firme propósito de permanecer en tierra peruana mientras en su país subsistiese el estado de sitio.

Los primeros tiempos resultaron gratísimos, más el destino comenzó a golpear a los exilados y varios fueron desapare-

(106) Instalándose en compañía de sus amigos José Miguel Carrera y Pedro Ugarte en una modestísima casa de la calle de Queipo, en el barrio de San Lázaro.

(107) *Mi respuesta a don José Antonio de Irisarri y don Manuel Bilbao.*



Santiago antes de su transformación (1871)

ciendo por la puerta que conduce a aquel país de donde no se vuelve. De los que morían ninguno podía ser tan caro a Vicuña como su amigo José Miguel Carrera, con quien librara en estrecha camaradería, las ardientes batallas políticas de sus veinte años. Con él tomó las armas en 1851 y juntos corrieron los peligros de la guerra civil, los trabajos de efímero gobierno y los azares de la derrota. Y para más completa unión un mismo calabozo había encerrado los ímpetus de generosa adolescencia. Cuando el 9 de Septiembre recogió su postrer aliento, pues Carrera Fontecilla expiró en sus propios brazos, no pudo menos de experimentar doloroso sacudimiento de su alma. Con el joven revolucionario, a quien de nuevo uniera la adversidad en los días postreros, se iban muchas de las emociones más nobles de su juventud.

El trabajo consuela de todo mientras el espíritu domina. El trabajo reemplaza a los amigos que se alejan y alivia el dolor que nos hiere. La pluma de Vicuña no descansa en Lima. ¿Cuándo y en qué hora de su vida cayó de las manos febriles? «El Comercio» publicó en Agosto un estudio sobre *Lord Cochranne y San Martín* y las prensas no tardaron en entregar un nuevo volumen de historia con el título de *La Revolución de la Independencia del Perú desde 1809 a 1819*, en que aparecían, en animado cuadro y a la luz de documentos hasta entonces desconocidos, los hombres que iniciaron, animados por la recia voluntad y el apoyo incondicional de O'Higgins, Director Supremo de Chile, la tarea de libertar al Perú. Su obra, reimpressa más tarde numerosas veces, encontró la más entusiasta acogida.

Poco después redacta la biografía de Hipólito Unanué y publica un folleto de intención política—*Don Juan Manuel Rosas delante de la posteridad y la confiscación política restablecida en la legislación de Sud América*—en que se incluye una carta a su amigo Mitre, que acababa de subir a la presidencia de la República Argentina.

Lima le atrae. Sus relaciones aumentan y la simpatía general acompaña cada uno de sus pasos. ¿Quiénes son sus amigos de esos días? El general Miller, con quien habita un tiempo en el hotel Maury, y cuyos frescos recuerdos le serán

de no poca utilidad; don Demetrio O'Higgins, hijo del héroe, que le hace entrega de todo el archivo de su padre y lo distingue con singular aprecio; el escritor Pedro Paz Soldán, compañero de viaje vinculado a él por lazos de sincera simpatía. La lista es larga...

La vida limeña era en extremo simpática, más lo solicitaban con imperioso llamado las voces que venían del terruño. Saudades minaban su ánimo como siempre que estaba ausente de Chile, y para suavizar resistencias de su firme propósito se le decía que próximo a terminar el gobierno de Montt, las medidas represivas y el estado de sitio habían cesado. Hizo sus maletas y se dispuso a partir, pero... «En el momento de subir la escala del vapor para marcharme a Valparaíso (108), que era mi rumbo, la noticia de la prórroga de las extraordinarias me obliga a cambiarlo para encaminarme, bastante desconsolado, como Ud. debe suponerlo, al valle de Cañete, donde escribiré el *Ostracismo del General O'Higgins*, que será sin disputa la obra más curiosa e interesante sobre historia que haya visto la luz en Chile, por los documentos que tengo».

Y en la estancia de San Juan de Arona, de su amigo Paz Soldán, cerca de la que viera deslizarse los últimos años de la vida del libertador chileno, se recoge para escribir uno de sus más célebres libros.

En la nueva historia trabaja sin descanso: «Estoy escribiendo una obra seria, imparcial y completa, cuenta a su amigo don Demetrio (109) Yo elogiaré lo justo, admiraré lo grande y censuraré las culpas. Todos mis hechos serán religiosamente documentados. No habrá contradicción posible. De esta obra la figura de su padre saldrá grande y gloriosa. Pero yo no lavaré las manchas secundarias que apoquen sus altos hechos, porque mi regla será mi conciencia y Ud. sabe, amigo mío, que un hombre que se respete algo a sí mismo jamás

(108) Carta a don Manuel Guillermo Carmona, fechada en Lima el 26 de Octubre de 1860.

(109) Carta de 5 de Noviembre de 1860.

consentirá en falsear la verdad y en ocultarla» (110).

La vecindad de Montalván inspira su pluma en evocaciones cuyo ardiente lirismo sabe captar la verdad americana de O'Higgins como no pudiera hacerlo la documentación de todos los eruditos que en vano han procurado desentrañarla. «Y en verdad,—escribe Vicuña Mackenna—hoy mismo en nuestros solitarios paseos de la tarde, cuando desde lo alto de las colinas que baña la tibia luz del poniente, divisamos diseñarse en el crepúsculo los senderos que cruzan la amena pampa de Montalván, parécenos descubrir a lo lejos la sombra de su antiguo dueño, del viejo guerrero del Roble y Chacabuco que vuelve ahora de sus rústicas faenas, y que al ver como nosotros el ocaso del sol, allende del mar que sus armas conquistaron un día a Chile y a la América, detiene su caballo y descubre a la brisa y a los reflejos su venerable frente... Y entonces, como en un sueño, se agolpan a su memoria los años de su belicosa juventud, cuando vadeaba todos los ríos de la patria batiéndose brazo a brazo, como general o guerrillero, con los godos invasores; cuando descendía de los Andes para echarlos fuera de sus lares con las bayonetas de Chacabuco; cuando desataba a los vientos del Pacífico, henchidas de mil triunfos, las velas y las banderas de la fraternidad, para rescatar la última familia americana todavía entre cadenas; y cuando, caído en la plaza de Santiago, se levantaba más grande que antes de caer y escalaba la meseta de Junín para divisar las polvaredas de las últimas huestes enemigas, ya para siempre vencidas... Y recordando ahora sus lustros de pobreza y abandono, su soledad y su destierro, sus canas y su ausencia, sentía que su corazón se abatía dentro de su pecho con angustiosas pulsaciones; y daba vuelta a la brida, y entraba a su desierta

(110) ¿Por qué le puso el nombre de *Ostracismo de O'Higgins*? Vicuña Mackenna explica en la Advertencia: «Como ensayo histórico y original esta obra comprende, pues, la vida completa del general O'Higgins, y si lleva por título el de su ostracismo, es sólo porque aquélla está escrita bajo el punto de vista de su largo destierro, con materiales acopiados principalmente durante esa época, en los sitios mismos en que aquél se deslizó, y porque una gran parte de la existencia de aquel ilustre chileno fué consumida en países extranjeros, donde murió y donde descansan todavía sus cenizas».

Más tarde, en su *Vida del Capitán General Don Bernardo O'Higgins*, estudiaría con minuciosa atención la vida del prócer durante su exilio en el Perú.

mansión, y pensaba todavía, al pisar sus umbrales, que aquel techo de su vejez era el don de una extraña caridad».

El libro o'higginiano—que irá publicando «El Mercurio» de Valparaíso antes de salir en volumen—cumple los propósitos anunciados. En él se estudia la vida toda del ilustre chileno y su figura surge con vigoroso relieve, singularmente en los capítulos emocionales consagrados al ostracismo. (111) Los acontecimientos de su gobierno hallan en Vicuña un historiador severo pero que sabe—como en su obra toda—encontrar las perspectivas y escudriñar el factor humano en los hechos y en los pensamientos de los hombres. Nuevos documentos le permitieron rehacer estudios ajenos (112) y dejar sobre el organizador de la Expedición Libertadora del Perú, un retrato que no podrá ser retocado.

A la postre de las fecundas veladas de San Juan de Arona, y de regreso a Lima, sintiendo que el ardiente sol de los valles peruanos estaba minando su salud, comprometida por enfermedad violenta, hubo de resolverse a decir adiós a sus amigos. El día 5 de Enero de 1861 zarpó el barco que lo conducía a las playas de Chile.

(111) Dice Galdames: «Es un romance heroico, luminosamente trazado en la perspectiva del tiempo». «Cuando Vicuña Mackenna—observa—conduce a O'Higgins, muchacho estudiante en Inglaterra, a la presencia de Francisco Miranda, que el acaso le depara como maestro, su pluma no narra y describe únicamente; pinta y burila dos figuras inolvidables, hasta lanzar la una en brazos de la otra, confundiendo sus ansias de libertad para todo un continente y sus votos de redención humana». Y del paralelo que traza el historiador entre San Martín y Bolívar estima que es el «más elocuente y admirable», declarándolo «una de las joyas de la literatura nacional».

(112) «Para la composición de su obra—dice Donoso—tuvo Vicuña que examinar más de tres mil documentos, lo que supone un esfuerzo y una laboriosidad extraordinarios».

Sobre esa documentación formidable el historiador analiza el pasado chileno y americano en sus grandes líneas. Posee el supremo don de la síntesis y sabe como ningún otro historiógrafo de América, interpretar sus realidades. Véase este retrato de su país, reproducido por Ricardo A. Latcham en su interesante *Vida de Manuel Rodríguez*: «En una cama de pellones,—escribe Vicuña Mackenna—con un burdo rebozo de bayeta echado a la cabeza, que le tapaba la vista, el alma remojada en agua bendita y los labios húmedos en vaporoso chacolí, dormía Chile, joven gigante, manso y gordo, huaso, semi bárbaro y beato su siesta de colono, tendido entre viñas y sandiales, el vientre repleto de trigo para no sentir el hambre, la almohada repleta de novenas para no tener miedo al diablo en su oscura noche de reposo. No había por toda la tierra una sola voz ni señal de vida, y sí sólo hartura y pereza. En ninguna parte se sentía el presagio de aquella maternidad sublime de que la América venía sintiéndose inquieta con el germen de catorce naciones y de que Chile, como una de sus extremidades, no percibía sino síntomas lejanos».

X X V I

«La historia es una tribuna y es un sacerdocio».

«Estoy de pie sobre la tribuna del pueblo...» (113).

Al desembarcar Vicuña en Valparaíso, rodeado de las precauciones extremadas de sus amigos, pudo percatarse de que le aguardaban nuevas persecuciones y peligros. Buscó refugio en una hacienda de las vecindades, en donde recibió copia de una orden de la Intendencia de Valparaíso al gobernador de Quillota, concebida en estos términos: «En caso de presentarse en ese departamento el emigrado don Benjamín Vicuña Mackenna, US. lo hará aprehender y remitir a ésta en calidad de preso, a cuyo efecto impartirá las órdenes convenientes a todas las autoridades de su dependencia».

El gobierno de Montt concluía, pues, como había comenzado: en estado de sitio. Y ese estado de sitio que hostilizara las conciencias no cesó de perseguir de modo implacable a todos los que sustentaban ideas de libertad y de reformas de una constitución que dejaba al Ejecutivo facultades casi tan omnímodas y susceptibles de extralimitación como la carta chilena

(113) Vicuña Mackenna: *Mi defensa ante el jurado de imprenta que tuvo lugar en Valparaíso el 24 de Junio de 1861.*

de 1925. En las dos revoluciones del decenio conservador, que se habían estrellado contra la fuerza detentada por un mandatario enérgico y laborioso, pero que cumplió su misión política sin alzar la mirada hacia el futuro,—como casi todos los que se han sucedido en la historia de Chile desde los brillantes días de la dictadura de Portales—se encontraba la raíz de la futura revolución de 1891, en que otro presidente que se empeñaba, a la postre de progresista administración, en imponer congresos y gobernantes, debía sucumbir entre oleadas de sangre. Los que gobiernan no saben casi nunca superar sus propias pasiones, que son las que sus camarillas les sirven apenas veladas por el incienso de sus adulos, y la historia a menudo sólo penetra en quienes no tienen oportunidad o medios de hacerla.

Vicuña, «errante de asilo en asilo», escapó lo mejor que pudo a las persecuciones políticas, a las que no tardaron en sumarse las que en el terreno judicial y en la prensa le hicieran los deudos de Rodríguez Aldea y don Antonio José de Irisarri, este último desde su retiro de Estados Unidos. Unos y otro se sintieron afectados por los juicios del historiador de O'Higgins, quien había analizado con imparcialidad severa la actuación administrativa de su famoso Ministro de Hacienda. En el *Ostracismo* no salía tampoco bien parada la personalidad de Irisarri, que durante el gobierno del prócer realizó en Londres la contratación del primer empréstito nacional.

Don Francisco de Paula Rodríguez Velazco, hijo de Rodríguez Aldea, publicó en «El Mercurio» de Valparaíso, edición del 26 de Febrero, un violento comunicado, acusando a Vicuña de detractor de «todos los hombres eminentes de Chile» y manifestando que lo requería para presentarse ante el jurado de imprenta, pues, en caso contrario se vería obligado a acusar ante la justicia cada uno de los números del diario en que aparecían «los artículos injuriosos». El editor replicó que, de acuerdo con el inciso 5.º del artículo 11 de la ley de imprenta de 1846, no se reputará injurioso el impreso en que se relataren hechos históricos, o se hicieren pinturas de caracteres, esté viva o muerta la persona a quien se refieren; siempre que tal relato o pintura se haga por investigación histórica o trabajo literario, y no con el propósito de difamar».

Al comunicado del señor Rodríguez respondió Vicuña Mackenna extensamente, en la edición de «El Mercurio» de 12 de Marzo. Expresó que al componer su libro no tuvo otros propósitos que los de realizar «una labor de reparación y de justificación históricas», que eran conocidos sus esfuerzos para rendir homenaje a los grandes hombres chilenos de la Independencia y que en tocante al caso del doctor Rodríguez Aldea a pesar del ardor de su estilo «lo había juzgado con severidad no exenta de indulgencia», recogiendo solamente hechos que eran de pública notoriedad. Por otra parte aceptaba ir al jurado de imprenta, pero rogaba no se le obligara a «descender de la historia al escándalo».

Transcurrieron casi cuatro meses antes de que se reuniese el jurado y Vicuña, en medio de las inquietudes naturales a su situación de perseguido político, no se dió tregua en sus actividades. En «El Ferrocarril» publicó los antecedentes de las suscripciones iniciadas en 1858 para erigir monumentos a San Martín y Molina, trabajo que la revolución interrumpió y que más tarde él recordaría «como uno de los más bellos sacrificios de su juventud». En esos mismos días envió una carta al mariscal Castilla, presidente de la República peruana, en la cual ofrecía escribir la «historia de la Independencia del Perú desde 1809 hasta la batalla de Ayacucho». Y en Mayo leyó en el Círculo de Amigos de las Letras un trabajo bibliográfico sobre los volúmenes de su Biblioteca Americana.

Entre tanto la opinión pública se había sentido vivamente sacudida por la acusación a Vicuña, contribuyendo a ello la notoriedad despertada por sus acciones y obras y el interés inherente al juicio en que se debatiría el honor de un conocido hombre público, cuyo recuerdo no había alcanzado a esfumarse todavía. Era, en cierto modo, un escándalo social, pues personajes y apellidos de la aristocracia santiaguina habrían de actuar en el proceso.

El escritor acusado, con generoso afán de evitar mayores contrariedades a un hijo cuyo empeño era defender la honra de su padre, piadosa tarea, intentó hacer desistir a su acusador, ofreciéndole, inclusive, hacer destruir ante testigos los documentos que deberían servirle de prueba en el juicio. Pero a

nada quiso avenirse la obstinada resistencia de Rodríguez y de sus abogados, que acaso sólo buscaban ocasión de lucimiento.

En vísperas de la audiencia se hablaba en calles y casas de la reunión del jurado y era éste el tema de las tertulias políticas, divididas en dos bandos: de una parte los adversarios de Vicuña acechaban ansiosamente la posibilidad de una condena, y sus amigos, por otra, aguardaban la absolución no sin dejar de temer los influjos del Ejecutivo.

Sin embargo, la situación política del ilustre perseguido mejoró en los últimos meses con el anuncio de la candidatura presidencial de don José Joaquín Pérez, incubada en la Moneda como todas las de la época. Y ello no era extraño pues los Vicuña y los Subercaseaux, íntimamente ligados, tenían gran amistad con el futuro Presidente. Era un arco de paz que se insinuaba en el horizonte (114).

El 19 de Junio se procedió a elegir a los individuos que integrarían el primer jurado, designación que fué necesario repetir el día 21, por error de sorteo habido en la primera.

Tan grande era la expectativa reinante que «El Mercurio» hubo de insinuar la conveniencia de buscar al tribunal un local más amplio que el ordinario, lo que provocó protesta de los enemigos de Vicuña quienes lanzaron a la calle una hoja con el título de *Prevencción*. Con una *Contra-prevencción* respondió éste, invitando a todos los ciudadanos de Valparaíso al recinto en que se verificaría el proceso. El 24 de Junio, ante público numerosísimo y ávido de emociones, que llenaba el espacioso Consulado de Comercio, se llevó a cabo la audiencia. Asistían escritores, políticos, hombres de prensa, señoras, admiradores numerosos del acusado. Vicuña Mackenna, desde su banco, debió sentir el espíritu de juventud y simpatía que vibraba en la sala. Los jóvenes veían en él al campeón de todas las

(114) Al mencionar la candidatura oficial de Pérez es justo rendir tributo al noble espíritu demostrado en la etapa final de su gobierno por el Presidente Montt, al buscar para sucederle en el poder a un político de ideas liberales, cuyo talento y prestigios eran promesas de pacificación. Tanto Montt como su ministro y consejero don Antonio Varas, señalado como el hombre de mayor influencia en la Moneda, dieron prueba en esa oportunidad de elevación republicana.

causas nacionales, al paladín de la libertad y de la justicia (115), al hombre que desde su adolescencia marchaba quijosamente por el mundo, con total olvido de sí mismo, sintiéndose impulsado siempre por el fuego de un ideal, por el deseo de reparar agravios, de alzar en alto la verdad, sirviendo a la historia como un sacerdote. Y realmente fué desde sus primeros pasos un *historiador nacional*, como el mismo se sintiera, y, más que eso, el *escritor nacional* por excelencia, según más tarde diría Lastarria.

Comenzada la audiencia el juez leyó la acusación en que el señor Rodríguez, invocando el artículo 24 de la ley de imprenta de 1846, inculpaba el número 10,030 de *El Mercurio* y no la obra completa, pues en aquel número se dieron a luz los cargos contra el ministro Rodríguez Aldea. Tomóse el juramento tradicional y en seguida se concedió la palabra al abogado José Eduardo Cáceres, representante del acusador. Este, luego de propinar a la memoria de don José Antonio Rodríguez los más ditirámicos elogios, prorrumpió en grotescas invectivas contra Vicuña. «Lo atacó con grosera violencia» dice Donoso. Y después de agotar su repertorio, pintándole como «espíritu anárquico y perverso», a más de «joven desatentado», «panfletero insigne» y otras frases más virulentas, intentó probar la honrosa conducta de Rodríguez Aldea en sus funciones profesionales leyendo diez informes suscritos por conocidos abogados ese mismo año.

El público soportaba con impaciencia la procacidad de Cáceres y cuando fué ofrecida la palabra al acusado, se sintió en toda la sala un murmullo de intensa expectación.

«Sin disputa,—dijo Vicuña (116)—jamás se ha ventilado en Chile y quizás en la América Española una causa de esta naturaleza. No váis a fallar, en verdad, ni sobre una polémica de periódicos, ni sobre un libelo transitorio, ni sobre un escrito

(115) «Por segunda vez, dice el señor Donoso, iba a sostener la misma tesis, a luchar por los fueros de la libertad de la prensa, a dar nueva batalla por los derechos de los espíritus libres».

(116) El discurso de Vicuña Mackenna puede leerse íntegro en el número que la *Revista Chilena de Historia y Geografía* le consagró con ocasión del primer Centenario de su nacimiento. (Segundo trimestre de 1931. Tomo LXX).

en que la política militante haga valer en lo menor su mezquino interés o sus odios disimulados. No, señores jurados, váis a conocer de una cuestión esencialmente histórica, y por lo mismo nacional; váis a juzgar una época singularísima de nuestro pasado; váis en fin a levantar en alto o echar por tierra con vuestro fallo el pedestal de la historia de nuestro pueblo joven e inexperto que nunca más que ahora necesita la enseñanza de sus propios hechos para que, robustecido con el escarmiento e iluminado por el hilo de sus antiguas virtudes, se lance con paso certero en la senda del porvenir!

«No creáis, señores jurados, que esta cuestión es personal sino en apariencias. Hay un acusador y un acusado, pero la cosa que se acusa y la cosa que se defiende es la historia, es la era en que nacimos como pueblo, es Chile mismo. Verdad es que mi adversario os presenta sólo una querrela de familia para que la dirimáis en contra de un escritor público; pero éste, desligándose de todo individualismo, se muestra sereno y confiado ante vosotros dispuesto a desempeñar el sacerdocio de la verdad y de la justicia».

«Me creo con el derecho de ser fuerte porque tengo la fuerza de la convicción. Diré más: tengo legítimas excusas para poder llamarme magnánimo...» La historia es una enseñanza, una lección constante y «es preciso que los que hoy viven sepan también lo que las generaciones a quienes degradan o sirven dicen de los que les han precedido, con honor o vilipendio, aunque sólo sea para anticipar en su conciencia el presentimiento de la expiación a que sus nombres, si no su existencia, serán sujetos; todo esto es preciso al que escribe, no por el mero objeto de escribir, sino por ese alto fin de la reparación histórica y de la justicia contemporánea, tarea de espinas, de odiosidades y provocaciones, que hacen del escritor de conciencia, en nuestro suelo henchido de pasiones, un poste de todos los escarnios. Pero ¡qué importa! Pronto pasaremos por este árido desierto que llamamos vida, y la luz de más claros horizontes aparecerá más allá de una misión cumplida y acaso entonces habrá una posteridad compasiva que diga de los que no tuvieron nunca propósito de adulación, ni recibieron nunca sueldo en sus tareas públicas, que en la época de

los *compromisos* y de las *satisfacciones*, hubo quien no supiera el valor de estas palabras, ni de la primera al decir una verdad, ni de la segunda después de haberla dicho».

Y «como usted me acusa como a hombre, me es lícito hablar de mí mismo al desmentirlo. Mi niñez de entusiasmos y de esperanzas, mi juventud de creencias y labor, mi vida toda, rápida en años, pero dilatada en una misión que apenas considero en su temprana iniciativa, ha sido consagrada, no diré al amor, sino al culto de esos hombres eminentes de la patria. Hace doce años a que escribo en su alabanza o en su justificación, y un igual número de volúmenes han echado a la publicidad nuestras prensas, como ofrendas de ese cielo; por todas partes he interrogado la memoria de sus hechos, me he arrodillado en sus tumbas, cavadas en lejanas tierras, o he traído un puñado de cenizas al descanso de sus lares, o arrojándolo todo, he pedido y alcanzado un trozo de bronce para su fama o para la expiación de nuestro olvido. Eso he hecho yo, señor Rodríguez, como *detractor de los hombres eminentes de Chile*, y aún creo haber hecho bien poco».

«Lea usted lo que digo y lo que publico de todos esos hombres eminentes, a cuya cabeza figura el nombre ilustre y calumniado que da título a sus páginas, y si la memoria no me engaña en este instante, sólo hay dos figuras derribadas de sus pedestales de arena en el sendero inflexible de la historia, y esos nombres son los de don Antonio José de Irisarri y el del doctor Rodríguez Aldea. Y si ahora están desnudos y sin caretas delante del tribunal a que yo me someto, si con mano presurosa les he quitado el manto de oro, para vestirlos con la túnica del castigo, es porque el uno hizo de la diplomacia de Chile el lucro de su bolsillo, y porque el otro hizo de la política de Chile un contrabando inmenso, y de la patria toda un opulento botín».

Añadió, más adelante, con acento cálido: «Por otra parte, señores jurados, mi adversario os ha hablado con la voz interesada de los vivos y de los poderosos. Yo he evocado, al contrario, mis testigos mudos y solemnes del fondo de las tumbas, en que no hay sino cenizas y verdad».

El dramatismo de la situación era intenso. Los hijos de Rodríguez escuchaban atónitos y desesperados. Vicuña, conmovido en lo hondo, intentó un postrer esfuerzo de conciliación: «Yo no veo aquí al primogénito de la familia que me acusa, pero están presentes tres de sus hermanos, a alguno de los cuales yo dí en otro tiempo, con la cordialidad de mi carácter, la mano de amigo. Y bien! Yo invoco los fueros de esa amistad, no en mi obsequio, sino en los de esa amistad misma, que hoy va a romperse para siempre en la grito de un escándalo público. Que se retire de vuestro fallo esta funesta acusación, y en el acto, haciendo mi alma su último esfuerzo, quizás más allá de mi misión y mi deber, consiento en que estos documentos de eterna ignominia, perezcan aquí mismo, en este recinto, en las llamas de un eterno olvido...»

Reinó silencio trágico. Luego la voz de Vicuña, alta, solemne: «Pero no se me responde y debo continuar!... Que la responsabilidad y la afrenta de este juicio tremendo caiga entonces sobre la obstinación de sus provocadores que desconocen hasta los móviles de una suprema generosidad».

Prosiguió la defensa documental. Más oigamos al erudito biógrafo de Vicuña Mackenna (117): «Hizo notar (Vicuña) la peregrina circunstancia de que la cosa acusada era el número 10,030 de *El Mercurio* y no toda la obra que llevaba por título *El Ostracismo del general don Bernardo O'Higgins*, haciendo resaltar el tono ligero e inofensivo del párrafo acusado, que se limitaba a recoger dos anécdotas que circulaban en el público, cuya veracidad era autorizada por la voz de la tradición. Insistió en que sólo se había referido al hombre público, sin aludir siquiera al individuo privado, a quien, por el contrario, daba cumplidos elogios. Expresó cómo de los documentos que había utilizado no dedujo los cargos más graves ni las acusaciones más vergonzosas, que cubrían la personalidad de Rodríguez de eterno baldón. Refiriéndose a la calidad de sus pruebas, llamó la atención al hecho de que estas consistían en cartas auténticas dirigidas por los contemporáneos al general O'Higgins,

(117) Ricardo Donoso, obra citada.

y de las cartas que el mismo Rodríguez dirigió al solitario de Montalván».

Vicuña fundó sus cargos de este modo:

«I.—Que escaló el poder por la adulación, las intrigas y el denuncio de una conspiración forjada por él mismo.

«II.—Que durante su administración se cometieron ingentes fraudes, y se practicaron contrabandos escandalosos, que dejaron al país en una bancarrota de más de un millón de pesos.

«III.—Que aconsejó siempre la traición a la patria y la puso por obra» (117).

Acudiendo a la correspondencia inédita de O'Higgins y a documentos que exhibió ante el tribunal, fué el acusado analizando uno a uno cada capítulo de sus afirmaciones históricas. Con ello llevó al ánimo de la sala lo impropio de la acusación y la verdad que asistía a los juicios estampados en su libro. Y a manera de lección moral, desprendida del proceso y del escándalo, dijo: «Vivimos en una sociedad esencialmente aristocrática y de casas solariegas, en cuyas fastuosas tertulias se cree que un apellido vale más que la verdad, más que el ejemplo, más que la patria; y es por esto porque es preciso atacar de raíz esta preocupación de linaje y vanidad que cierra el paso a todo progreso bien entendido, por lo que debe ostentarse más esforzada que nunca la valentía del escritor para rechazar a la vez los denuncios personales ante la justicia ordinaria, los agravios de círculo y hasta los epigramas que saben a labios de rosa, armas de herida mortal en estas contiendas en que tanto se mezclan los salones». (116). La historiografía no es lo que la vanidad criolla desea... «¿Se quiere entonces que se escriban los sucesos del pasado no como fueron en su época sino como les gustaría a los que hoy viven que hayan sido? ¿Se quiere que los capítulos de la historia se alineen como otros tantos guisos para satisfacer esa glotonería de mala ley que se llama la curiosidad pública? Pero, se añade por los que son menos exigentes, ¿por qué se escribe la historia contemporánea? Y de nuevo volvemos a responder, ¿cuál otra historia tenemos nosotros? ¿Cuándo, sino en la era de la independencia, comienza la historia propia doméstica que nos sea provechosa

como investigación filosófica o como simple ejemplo saludable? ¿O se quiere que escribamos, como el padre Ovalle, sendos in-folios sobre las procesiones de Santiago o el Cristo de naranjo aparecido en Limache? ¿Se quiere que narremos simplemente la crónica colonial, cuando no éramos pueblo sino rebaño, y cuando la capital era sólo un numeroso convento, y Valparaíso, hoy el emporio de la América, un grupo de cabañas?»

Y concluyó, advirtiendo a los jurados de la gravedad y trascendencia de su misión: «Acordaos que váis a decidir si en Chile deberá o nó existir esa enseñanza suprema de los pueblos jóvenes, su historia propia, llena de estímulos para lo grande, y de castigo y advertencia al delito. Acordaos que váis a decidir si la verdad debe o nó suprimirse de las páginas de nuestro pasado político, porque en las mezquinas ideas del presente aparezcan hijos, o nietos, o quintas generaciones que tengan bastante orgullo para no resignarse a oír las pruebas de que sus mayores delinquieron. Acordaos, en fin, que este libro acusado es el primero que se escribe en Chile con el archivo sagrado de los protagonistas de la grande era de la América...»

Tuvo en su discurso Vicuña Mackenna frases de elocuencia extraordinaria, llamado a su contradictor a la paz y a la cordura, vigoroso ataque a los privilegios de los poderosos que se ierguen contra el sereno ejercicio de la justicia y de la verdad que ningún obstáculo debe ni puede detener. Impresionaban la nota dramática de aquel hijo que en noble y poco meditado arrebató quería sacudir de la tumba de su padre las acusaciones de la historia y la valentía moral del escritor que defendía la verdad, la verdad antes que nada y por encima de todo, buscando en el pasado lecciones para el presente y declarando, con acento de rebeldías sociales que resuena aún, de cómo los prejuicios de linaje y de vanidad debían posponerse ante los intereses colectivos y de como en servicio de éstos y en honor a la justicia no podía despojarse la historia de su misión de ser verídica y franca. Ese hombre, que aún no cumplía treinta años, con supremo ímpetu de juventud se alzaba contra los errores del pasado, señalaba rumbos a sus contemporáneos, daba lecciones a los vivos y juzgaba a los muertos en nombre de los tiempos que habrían de venir.

«Vicuña—escribe Donoso, a quien constantemente debemos acudir en esta obra, para fijar mejor nuestro deseo de ser jueces imparciales en la causa total de una gran vida que tan de cerca nos toca—reveló en esta ocasión magníficas condiciones de orador y en varios pasajes de su discurso recibió nutridos aplausos de la concurrencia. La segunda parte de la defensa de Vicuña es la más recia de argumentación y la más sólida». «Planteado el asunto en el campo exclusivamente histórico, Vicuña Mackenna tenía de antemano ganada la partida. Por el número y la autoridad de los argumentos aducidos, por la fuerza probatoria de las cartas reveladas, por la lógica y firme persuasión de sus argumentos, el autor acusado llevó el convencimiento al ánimo de los jurados y probó sobradamente sus acusaciones» (117).

«¿Pueden exigirse testimonios más elocuentes?» se pregunta el profesor Gustavo Labatut (118), refiriéndose a algunas de las pruebas que Vicuña presentara ante el jurado.

Alegato y pruebas eran incontrovertibles.

Terminado el discurso de Vicuña, que se prolongó por espacio de dos horas, el jurado se retiró a deliberar, resolviendo la absoluta inculpabilidad del autor del *Ostracismo de O'Higgins*, la que luego fué anunciada por el juez en medio de estruendosa ovación.

Con ese espléndido triunfo quedaba consagrada definitivamente su escrupulosidad de historiador a la vez que reconocido el derecho de juzgar libremente los acontecimientos históricos. Era una victoria obtenida no sólo para él sino un derecho que no podría ser disputado a los escritores que vendrían después. De ahí la trascendencia que debe tener en la literatura chilena el jurado de imprenta de 1861.

Don Francisco de Paula Rodríguez decidió apelar del fallo del jurado y apoyándose en el artículo 72 de la ley de imprenta

(118) Véase: *Juicio de imprenta seguido a don Benjamín Vicuña Mackenna con motivo de la publicación del «Ostracismo del general O'Higgins»* por Gustavo Labatut Glenda. En este interesantísimo trabajo se agota la investigación sobre la materia.

Señalamos también, el importante folleto de don Manuel Guillermo Carmona: *Vicuña Mackenna ante el Jurado de Valparaíso*.

pidió su nulidad. Concedido el recurso, el apelante se desistió en definitiva el 12 de Julio, después de llegar a avenimiento con Vicuña.

Este había recibido a raíz del juicio la visita de cierta señora que en nombre de Rodríguez venía a solicitarle una entrevista, la que se realizó en el estudio del joven abogado y en presencia de su hermano Nemesio. Después de explicarse ambos, díjole Vicuña Mackenna estas nobles palabras: «Señor don Francisco de Paula. En conclusión, la cuestión histórica está terminada y sentenciada. Ese ha sido mi rol y mi éxito. Queda ahora pendiente la cuestión doméstica, la del amor del hijo, la de la honra privada. Santa misión es la suya al salvar la última, y yo que también tengo un padre y antepasados que han sido hombres públicos, me complaceré en auxiliar a Ud. en cuanto esté a mis alcances para que llene tan noble deber. Más aún: si Ud. se limita a la vindicación de su padre, yo le ofrezco no salir más a la prensa en esta cuestión que se ha hecho un lastimoso asunto de familia, contentándome como historiador con el fallo público que ha recibido mi obra. Desde hoy dejo de ser escritor delante del hombre y del hijo, para ser hijo y hombre como él» (119). «Tarde le he conocido...» respondió Rodríguez.

Y días después, conmovido ante los sentimientos filiales de que daba aquél tanta prueba, Vicuña le entregó los documentos probatorios en presencia de Domingo Santa María, Joaquín Pinto, Diego Barros Arana y Federico Torrico, levan-

(119) En carta de don Santos Tornero, fechada en Valparaíso el 25 de Junio de 1861, esto es al día siguiente de su absolución por el jurado, decía Vicuña: «Por lo demás, amigo mío, hay triunfos que tienen mucha gloria cuando ese triunfo es la expresión de la conciencia universal, como sé ha visto en el jurado de ayer; pero esos triunfos tienen también su luto, y el mío, es la afición de los que han sido vencidos, sin que yo les hubiera provocado jamás al combate».

«Entre tanto,—añadía—me es grato poder manifestarle, por conducto de usted, al digno, al valeroso, al patriótico pueblo de Valparaíso, a los justicieros ciudadanos que compusieron el juri y, por último, al noble y recto magistrado que estableciendo la libertad de la defensa, salvó la historia patria, la suma de mi sincero agradecimiento.

«La posteridad se los agradecerá también algún día en nombre de una de las conquistas más hermosas que ha hecho nuestro derecho público y nuestras prácticas republicanas».

tándose acta autorizada por notario público (120). Previamente los señores Ignacio de Vivanco y José María de Sessé, en representación de Rodríguez, habían suscrito una ratificación de acuerdo personal de ambos adversarios.

Fué el de Vicuña Mackenna un gesto de suprema magnanimidad.

(120) Rodríguez había convenido con Vicuña en enviarle las pruebas del libro de justificación que escribiera, para obtener su venia previa. Así se hizo y aquel publicó una «Biografía del doctor don José Antonio Rodríguez Aldea y refutación documentada de los cargos que se le hacen en la obra titulada *Ostracismo del general O'Higgins*». En ella se daba salida a rencores personales. Vicuña no vaciló, sin embargo, en autorizar su publicación.

XXVII

A poco de regresar del Perú, terminado su segundo ostracismo, Vicuña Mackenna cumplía treinta años. Era la edad en que al decir del profesor Galdames los hombres fijan en definitiva su orientación ideológica. El fruto alcanza madurez y la medida del propio valor queda dada de modo difícilmente superable. No en Vicuña. Ciertamente es que algunos de sus mejores libros están hechos; que su rebeldía ha alcanzado el tono mayor, si bien ideológicamente será sobrepasada con mucho en la campaña presidencial de 1876, y que la línea general de sus directivas políticas está fijada. Pero se superará. Su ascensión no hace sino comenzar. Y si la futura cosecha, con ser grande, no corresponde a la calidad de la siembra, es porque ésta no ha cesado y no cesará en toda su vida. Es una siembra de siglos. Una siembra hecha en el tiempo sin límites y en el campo sin horizontes demarcadores. América unida, toda América está allí. Y la humanidad socializada. ¿No lo dijo él mismo?: «la libertad no tiene patria, ni la causa de la humanidad reconoce fronteras...»

Sus grandes condiciones están realmente fijadas. El espíritu creador, la imaginación creadora, el don de realizaciones creadoras... Feliú ha dicho (121) que es el primero que en América ha llevado la imaginación a la historia. De la historia

(121) Guillermo Feliú Cruz: *Interpretación de Vicuña Mackenna*.

americana ha hecho un arte. Es camino que muchos seguirán, tras de su huella, pero en que ninguno logrará superarlo.

El realista se muestra envuelto en la capa de amplios pliegues románticos. Esta no ha caído de sus hombros hasta entonces y ya no caerá jamás. Es otra cualidad suya. Ser romántico equivale a tener fé honda en el ideal, a tener un miraje alentador y una gran luz que guíe los pasos. Y esa es la suprema fuerza que empuja las realizaciones. También los hombres del materialismo histórico, sin ellos saberlo, vistieron su espíritu con la capa romántica, porque intentar la renovación integral de la sociedad fundándola sobre auténticas bases de fraternismo, de justicia y de paz es hacer carne del ideal. Y el romanticismo vivifica las cifras, los cálculos, las ecuaciones, creando la poesía de los puentes de hierro, de las líneas ferroviarias trascontinentales, de los tractores en marcha... El plan quinquenal ruso es un inmenso poema y lo romántico está infiltrado hasta la médula en el materialismo revolucionario. Mañana Lenin y Trotsky proyectarán sobre la historia una gran sombra romántica.

Los treinta años marcan en Vicuña Mackenna el comienzo de sus realizaciones políticas, materiales y sociales (122). El

(122) Don Luis Galdames (*La Juventud de Vicuña Mackenna*, Cap. XXIX), ha juzgado en frases felices los treinta años del grande hombre.

Cuanto había hecho, dice, «le daba la medida de lo que aún podía hacer. Había conocido de cerca las más prósperas naciones, sumido en ellas su espíritu y enriquecido su cultura; de ellas mismas había tomado cuantas sugerencias pudieron inspirarle, para vaciarlas, en un libro dedicado a sus compatriotas, como un breviario civilizador».

«Espíritu socializado el suyo, propiamente no había vivido hasta entonces para sí, sino para su pueblo. Quería servirlo, identificarse a la causa de su regeneración, ganar su confianza, aliviar sus dolores y ser desde luego como un heraldo de su porvenir. Bajo el influjo de tales pensamientos, lo que otros llaman la felicidad no era la suya; la suya estaba muy adentro de él mismo, en la propia conciencia, en la obra que iba realizando, en la persecución del ideal que motivaba su vida y hasta en el sacrificio que soportaba para sostenerlo».

«Vicuña Mackenna fué uno de esos hombres que se dieron desde niños a un ideal, que lo vivieron plenamente en su juventud y lo conservaron incólume hasta la edad madura. El no conoció la vejez, aunque supiera del agotamiento; pero su carácter se mantuvo sin quebrar la línea marcada ya en la adolescencia. La patria simbolizó su ideal y a ella se consagró entero, porque la patria era joven como él y necesitaba constituirse en un reajustamiento de clases y valores.

«Su generación intelectual vibraba con emoción de lucha ante el relato de las gestas emancipadoras; y el pueblo gemía aún humillado y misérrimo. Realizar también en esta muchedumbre la patria, que a sus ojos era el imperio de la libertad y la justicia; expandir toda forma de cultura y vigorizar a la vez las fuerzas sociales; he aquí una misión digna de llenar una vida y muchas vidas».

historiador está formado y corre impresa una parte sólida de su obra. Para el político existe un nuevo escenario y el americanista tendrá a su alcance oportunidades de acción trascendente.

Las etapas más señaladas de la vida de Vicuña y lo más definitivo de su labor comienzan a los treinta años. Los días ardientes de su adolescencia, la labor de las primeras rebeldías, los libros en que vuela el alma con ímpetus de amanecer y en que todo es afán superador, sed de sacrificarse, potencia sin fatiga, quedan en la primera época y sobre ella corren vientos de romance.

La capa está firme sobre las espaldas. La fisonomía fresca; los ojos, soñadores, imperiosos y grandes, huyen la sombra de las pestañas para clavarse en el horizonte ilímite. Sobre la boca fuerte y bien modelada el bigote cae con negror de laca, acentuando la tez que fué alba y rojo y ahora han tostado los soles y los fríos de todos los climas. En la espaciosa frente cabe un mundo. El cuerpo se ha macizado, la musculatura es recia, el andar nervioso, el ademán pleno de señorío—quintaesencia de razas. Y el conjunto, agradable en extremo, reboza seducción y fuerza. Su machismo rinde la admiración de las mujeres y obliga el respeto de los hombres.

Un pueblo entero se sentirá pronto atraído por su acción, por el reflejo de su obra. Ello ha de constituir la mayor conquista de tan grande vida: el amor de su pueblo.

XXVIII

En Septiembre de 1861 se inauguró la administración del nuevo presidente de la República, que habría de durar un decenio completo como la que acababa de fenecer. El mandatario recién instaurado, hombre probo y de ánimo pacífico, estaba unido al historiador por lazos de familia y de mutua simpatía. Don José Joaquín Pérez, hombre dúctil, inteligente, formado en la vieja escuela liberal, juntaba a la bonhomía de su carácter un agudo ingenio y buen sentido de gobernante. Era el hombre que convenía para dirigir el país después de largo período de agitaciones revolucionarias, de pasiones políticas enconadas y de continuas represiones que traían enervados los ánimos de todos.

Las relaciones de Vicuña Mackenna con el Presidente Pérez fueron cordialísimas desde el primer momento. El grande hombre se encontraba por primera vez en su vida próximo al gobierno y por primera vez, también, desde los días ya un poco lejanos del breve gobierno de su abuelo, soplaban en la Moneda vientos de liberalismo. El régimen de autoridad se preparaba a aflojar riendas durante dos lustros y las influencias conservadoras comenzaban a decaer.

Vicuña no excusó su colaboración al nuevo gobierno, brindándola en cada oportunidad que le fuera solicitada con claro propósito de bien público. Así compuso a petición oficial, en Diciembre de 1861, unas *Breves indicaciones sobre el nuevo plan que debe adoptarse en la Quinta Normal de Agricultura* y redactó

un reglamento para dicha institución por encargo del Ministro Rengifo.

Nombrado miembro de la comisión que debía traer a la capital a varios caciques araucanos, representantes de intereses que se deseaba atender y de reclamos que era justo oír, se dirigió al sur recibiendo en su gira diversos festejos. En Chillán se le dió un gran banquete, ofreciéndosele la diputación por el departamento. La misión fué llevada a cabo con todo éxito, si bien los buenos propósitos manifestados por el gobierno en favor de la raza indígena quedaron a sana intención reducidos.

En Agosto fué designado miembro académico de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile, honor al que tenía desde largo tiempo títulos indiscutibles. El 27 se incorporó a la Facultad, en sesión solemne celebrada por ésta, y el tema de su discurso, que alcanzó éxito bullado, versó sobre *Lo que fué la inquisición en Chile*. «Vicuña Mackenna—observa Donoso (123)—era el primero en abordar un tema que hasta entonces había permanecido desconocido y virgen para los historiadores nacionales». Tres días más tarde prestó juramento ante el Consejo Universitario, teniendo el Rector don Andrés Bello, para el recipiendario, «sinceras palabras de simpatía y expresiones de abierto elogio» (123).

Dentro de la enseñanza prestó servicios como miembro de comisiones examinadoras de historia en el Instituto Nacional, concurriendo también a la Escuela Normal de Preceptores.

Sus esfuerzos por honrar la memoria de los próceres de la independencia tuvieron especial satisfacción al inaugurarse el monumento a San Martín el 5 de Abril de 1862 y el 26 de Mayo siguiente al descorrerse el velo de la columna expiatoria erigida en memoria de Manuel Rodríguez en Tiltil, sitio en que éste había sido inmolado. En la ceremonia conmemorativa Vicuña pronunció breve discurso, «admirable por su sencilla emoción y rebozante de cálida simpatía hacia el popular personaje» (123).

Y en ese mismo año 62, entre otros homenajes organizados a servidores eminentes, le fué grato prestar todo su concurso

(123) Ricardo Donoso, obra citada.

al banquete que se ofreciera al ilustre historiador Claudio Gay con motivo de su visita al país. Las palabras de Vicuña Mackenna, en esa oportunidad, fueron de generosa justicia para el hombre que había consagrado a Chile y a los chilenos muchos de los mejores esfuerzos de su vida.

En medio de vastísima labor literaria—que alcanzaba títulos de importancia vital dentro de su bibliografía—, de las comisiones que desempeñaba por encargo del gobierno y de sus actividades universitarias a las que dedicó no poco entusiasmo, tuvo tiempo de destinar algunas horas al ejercicio de la profesión. En su residencia, calle de las Rosas N.º 23, abrió estudio de abogado en 1862.

Y habiendo entablado Manuel Antonio Matta acusación contra don Manuel Montt, Vicuña adhirió a ella. Pero el poderío del ex-Presidente estaba aún vivo en la memoria de los jueces chilenos y de las cortes nacionales de justicia—de las que era miembro actual—y en los parlamentarios que sirvieron su causa, con lo que el intentado proceso hubo de sepultarse en el polvo de los archivos.

X X I X

A partir de 1861 Vicuña comenzó a trabajar en sus obras de mayor aliento, en aquellas que debían exprimir todo el jugo de su genio literario.

Ese año, señalado por la iniciación de un período de plenitud juvenil, vió aparecer diversos estudios biográficos (124) y en él avanzó notablemente en la redacción de su *Historia del decenio de Montt* y dió a la estampa el *Catálogo completo de la biblioteca americana compuesta de más de 3,000 volúmenes que posee don Benjamín Vicuña Mackenna* (125).

Al año siguiente, habiendo muerto doña Javiera Carrera, la fuerte mujer que tan activa participación tomara en los

(124) Una biografía de Hipólito de Unanue, escrita en Lima; una carta al Secretario General de la Universidad de Chile don Salvador Sanfuentes, sobre la «Historia de Chile» de Rosales; una semblanza del general O'Brien y un artículo bibliográfico sobre el manuscrito de Lozano («Historia del descubrimiento y conquista del Río de la Plata»). Todos estos trabajos fueron publicados en la «Revista del Pacífico».

(125) Don Luis Galdames señala en *La Juventud de Vicuña Mackenna* (Cap. XXVII) los sacrificios de todo orden que había costado al historiador y bibliógrafo la adquisición de aquella biblioteca notable, la más rica en su género que se hubiese reunido por un sudamericano.

En adquirir las valiosísimas piezas que la componían había gastado una fortuna, yéndose muchos pesos—al decir del propio Vicuña—«en pergaminos que más de una vez eran rivales del estómago y siempre lo eran de aquellos placeres que ofrecen a los bolsillos bien provistos las viejas sociedades de Europa».

Vendida la Biblioteca Americana de Vicuña una parte considerable quedó en la Nacional de Santiago, otra fué al Perú y alguna a Buenos Aires. «De este modo,—expresa Galdames—las pacientes búsquedas del escritor chileno a lo largo del mundo sirvieron de inmediato a tres naciones».

trabajos de la independencia, camarada valerosa de sus hermanos en el ostracismo, compuso «una animada y brillante semblanza» (123) que publicó después de haberle dado lectura en el Círculo de Amigos de las Letras.

En Abril de 1862, coincidiendo con la inauguración de la estatua del vencedor de Maipo en la Alameda de Santiago, dió a las prensas un estudio sobre el héroe argentino. Dice Donoso: «levantó a la memoria de San Martín un monumento tan sólido y duradero como el que se erigía en la plaza pública: tal era su libro *El general don José de San Martín considerado según documentos enteramente inéditos.*» En él Vicuña Mackenna trazaba una acabada silueta del prócer, en que éste aparecía en sus verdaderos y definitivos aspectos. Labor americanísima servida por una pluma que había entrado en el período de la plenitud.

«Hay en el libro de Vicuña—escribe su imparcial biógrafo Donoso—páginas admirables, dignas de perdurable recordación, en las que no se sabe qué elogiar más, si el acierto y la seguridad del concepto o la elevada y magnífica entonación del estilo. *El general don José de San Martín* encontró una acogida entusiasta, cuya mejor prueba se halla en la incondicional aceptación que sus páginas hallaron en las columnas de los periódicos» (123).

La *Historia de los diez años de la Administración de don Manuel Montt*, fruto de cuatro años, apareció en el curso del 62. Trabajo extenso, para el cual se sirvió de nutrida documentación, comprende en sus cinco volúmenes los sucesos de la Revolución de 1851. El título encerraba ya el propósito de estudiar todo el dramático decenio, pero no llegó a realizarlo en la extensión proyectada. Los dos primeros volúmenes tratan del sitio de La Serena, en que le cupiera actuar personalmente, y los tres últimos de la revolución del Sur, hasta la batalla de Loncomilla y firma del Tratado de Purapel.

Al escribir sobre acontecimientos contemporáneos en que fuera actor, pudo temerse lo hiciera con parcialidad. Ella está ausente de toda su obra en la humana medida en que era posible esperarla: «Con frío espíritu de partido, apunta Donoso, con animación y colorido en la narración, sin arranques decla-

matorios ni violentas diatribas para sus enérganos, traza en ellas Vicuña, con firme pulso de escritor, la historia de ese movimiento que respondía al más elevado y sincero idealismo político».

La historia del decenio Montt fué acogida con curiosidad y pasión. Estaba fresca la despertada por hombres y hechos que parecían inmediatos y así no fué extraño que se suscitaran numerosas y acaloradas polémicas y que algunos declarasen que no era posible esperar juicio sereno de quien había sido adversario de los individuos que juzgaba (126). Entre los que subieron a la palestra,—militares, políticos, escritores—puede recordarse a don Pedro Félix Vicuña, quien dió a la estampa interesantes artículos (127).

En el libro de Vicuña Mackenna se advierte no poca elevación. «Es justo reconocer—dice Donoso—que, con raras excepciones, una equilibrada ecuanimidad campea en toda la obra, y es oportuno recordar que Vicuña tenía justificados motivos para juzgar a sus adversarios políticos con vehemente severidad y apasionado ofuscamiento».

Libro autobiográfico, en buena parte, pudo haberse titulado *Historia de la Revolución de 1851. Memorias de un Revolucionario* y así se habrían puesto más en evidencia los singulares méritos artísticos que lo adornan, porque en pocas de sus obras puede encontrarse más colorido y vivacidad en el anecdotario y una mayor seducción. Sus páginas se leen con el encanto a que es acreedor un bello libro de recuerdos.

(126) A esta crítica respondió Barros Arana en «El Correo del Domingo»: «¿Y quién ha dicho que la posteridad no ha de darse cuenta de las pasiones de la época que estudia? ¿Por qué no han de interesarle las revelaciones íntimas que sólo los contemporáneos pueden transmitir a la historia? Y si esas revelaciones no hubieran de servir al historiador, ¿a dónde iría éste a buscar la fuente de los hechos y de las apreciaciones? Se dirá sin duda que a los documentos; pero ¿quién ha podido suponer que los documentos no tienen pasión? Los boletines de las batallas, escritos en el momento mismo en que las pasiones están más ardientes, ¿tendrán acaso más valor histórico que las memorias de un contemporáneo, redactadas algunos meses o años después de consumados los hechos?»

(127) *Observaciones a la «Historia de los diez años de la Administración Montt» relativas a los sucesos de la revolución del sur en 1851.* Cartas primera, segunda y tercera («El Mercurio» de Valparaíso, 4, 5 y 27 de Marzo de 1863).

Y llegamos a una de las obras maestras de Vicuña: *Don Diego Portales* (128).

En el verano de 1863 se dirigió a las tierras de su padre en el Melón y allí debió dar cima al nuevo trabajo. Algunas visitas a los lugares que habitara Portales le permitieron aumentar esa animación de los escenarios y ese don de situar fielmente a los hombres en el medio en que actuaron, dentro de la geografía del tiempo y de la naturaleza, que era una de sus principales características como historiador.

Resultó obra recia, nutrida, dispuesta en dos gruesos volúmenes y trabajada sobre más de quinientos documentos, como reza el subtítulo, entre los cuales se encontraba casi toda la correspondencia del famoso ministro. Este aparece en cuerpo y alma en las páginas del libro. El hombre habita el texto cálido, saturado de color, pleno de contenido espiritual, de rica y abundosa savia, con sus pasiones, sus amores, sus odios, sus grandes sueños de hombre de Estado, sus errores y flaquezas. ¡Ahí hay un hombre!, puede decir el lector. Y más aún: Ahí alienta una época. Los individuos y los sucesos tienen su sitio, los seres palpitan, las figuras son densas y se vé circular la sangre y caldearse la carne. Hay, acaso, desorden en el relato, demasía de hechos y observaciones, pero ello es parte a darle mayor valor. ¿Podría reputarse un defecto? En Balzac y en el enorme Dostoyewski, grande como una montaña, hay ese desorden que denuncia fuerza, acumulación vital. Tal en el *Portales* de Vicuña Mackenna. El río arrastra sedimentos en su curso y tales sedimentos fecundan los campos y fortalecen las almas. En *Portales* Vicuña llega a lo enorme, puebla el vasto mundo de su continente, contempla a su tierra con visión penetradora. Es un capítulo cumbre en sus trabajos literarios, que se repetirá, con diversa combinación de calidades y fuerzas, en su *Guerra a muerte* y en la *Historia de Santiago*.

La publicación de *Don Diego Portales* es un acontecimiento notable en la vida literaria de Vicuña Mackenna.

¿Qué ambiente encontró? Estaba cercano el recuerdo del

(128) *Introducción a la historia de los diez años de la Administración Montt. Don Diego Portales* (Con más de 500 documentos inéditos). Santiago, Imprenta del Mercurio, 1863.

decenio y la reacción liberal comenzaba a dominar. Suscitóse, pues, pasado un período de régimen despótico y en horas de libertad, apasionado encono en los propios compañeros de Vicuña, quienes no podían ver con buenos ojos el que se colocara en pedestal histórico la figura del fuerte dictador de 1833, que había dado solidez a la organización del país, influido en la marcha de América y dejado una carta constitucional contra la que ellos, capitaneados por el propio autor, se habían alzado en movimiento revolucionario. No comprendían que el historiador pudiese primar sobre el político en una obra de pensamiento y de interpretación, pareciéndoles que los adversarios de la ideología que Vicuña y ellos sustentaban no podían ser sino personajes deleznable, individuos a los que todo mérito debía ser negado. Como si adivinase de antemano el estado de espíritu que se produciría en unos y otros, Vicuña Mackenna escribía: «Entretanto (los admiradores) nos acusarán de haber recargado de sombras un cuadro en el que sólo debían brillar vívidos lampos de luz, y sus adversarios nos harán cargos de haber levantado un pedestal de falsa gloria, homenaje a los tiranos. Mas, ni los unos ni los otros tendrán derecho para negar al humilde artífice el sincero esfuerzo por exponer su tela a aquellos reflejos que, en el mundo exterior, hace imprecaderas las obras del espíritu...»

Portales era la verdad histórica de un período fundamental en la vida política de Chile, interpretada vigorosamente.

La prensa liberal se mostró descontenta. Isidoro Errázuriz le consagró tres editoriales de «El Mercurio» (129); Guillermo Matta tronó en «La Voz de Chile» y José Victorino Lastarria, su amigo y antiguo maestro, le escribió su desagrado (130).

Distantes los días de pasión sus contemporáneos juzgaron

(129) Los editoriales de Errázuriz se titulan: *Portales y la historia, Don Diego Portales y la reacción y Lecciones de la historia.*

(130) Lastarria le escribía desde Chorrillos, el 5 de Junio de 1863: el primer tomo «que leí durante la navegación, me costó rabias, dolores de estómago, patadas, reniegos...» Y le añadía: «creo que con este libro hace más mal que con ninguno. Pervierte Ud. el juicio público y presenta como grande a un pillo, de los que tiene nuestra tierra a puñados. No hablemos más, porque peleamos, y yo no quiero pelear con Ud., porque lo quiero mucho».

mejor el libro de Vicuña y vieron algunas de sus cualidades. La crítica de 1931 ha sido entusiasta en sus juicios, reputándole como una de las grandes producciones de la literatura histórica continental. Sin embargo no ha sido estimado aún en toda su valía.

X X X

El de 1863 fué año de batalla. Durante su transcurso hubo de verse envuelto Vicuña Mackenna en ruidoso juicio de imprenta con el escritor Manuel Bilbao y en no menos ruidosa polémica con don Antonio José de Irisarri, deudo suyo y ministro que fué del Director O'Higgins.

Este último, cuya actuación como representante de Chile en Londres, en la época del primer empréstito que por su intermedio contratara Chile, no quedaba muy airosa en *El Ostracismo de O'Higgins*, publicó una refutación mordaz, elegantemente escrita como todo lo suyo, a la cual contestó Vicuña en «El Ferrocarril», edición del 7 de Mayo (131). En el *Portales*, a poco, se vió tratado con merecida severidad por su autor, en razón de la forma dictatorial e injustificada en que aquél, siendo Intendente de Colchagua, había sentenciado a muerte y hecho ejecutar a algunos ciudadanos de esa provincia. Salió el ex-ministro a la palestra, a defenderse (132), y si bien no pudo conseguirlo, la ocasión le permitió continuar sus invectivas contra el gran historiógrafo: «Soñador de repúblicas platónicas,—le llamaba—y enemigo jurado de todo gobierno esta-

(131) Esta pieza está contenida en el folleto de Vicuña Mackenna: *Mi respuesta a don Antonio José de Irisarri y a don Manuel Bilbao a consecuencia de un opúsculo publicado por el primero en Nueva York y un pasquín impreso por el último en París.*

(132) *Carta de don Antonio José de Irisarri a su hijo don Hermógenes, sobre la Introducción a la historia de los diez años de la Administración Montt.*

moderación. «Es preciso que advierta a Ud.—escribía Vicuña a su amigo Ugarte (134)—que Bilbao estuvo muy bien en el jurado, que toda su actitud y sus modales fueron los de un caballero, que desplegó una gran sangre fría, y como su figura es de suyo interesante y estaba vestido de riguroso negro, se hacía sumamente simpático, y a mí mismo me causó este efecto, siéndome doloroso el tratarlo tan mal».

El acusador habló tres horas y cuando se dió la palabra al acusado el ambiente era de fatiga. «Pero, escribe Donoso, a medida que el orador va discurrendo, el auditorio se va animando, perdiendo su frialdad e indiferencia, hasta concluir por seguir a Vicuña con el más vivo interés y la más reconcentrada ansiedad». Vicuña sostuvo que a Bilbao debía tenerse como escritor público y no como individuo privado, que si hubo ofensa había compensación con las que él recibiera y que en cuanto a las acusaciones allí iban las pruebas. Y leyó cartas de Manuel Antonio Matta, Manuel Rodríguez y otros que confirmaban ampliamente sus aseveraciones. Refiriéndose a cierta usurpación a la Sociedad Duncan, Livingston, Mason y Muñoz, de Valparaíso, presentó «documentos que probaban hasta la saciedad la indigna y despreciable actitud del acusador en aquel negocio», afirma Donoso. Vicuña, con magnánimo espíritu, ofreció a Bilbao no rendir la prueba pero este guardó silencio. Concluyó la defensa con un llamado a fallar no en conformidad a la letra de la ley sino en estricta conciencia.

Retiróse el jurado a deliberar, después del discurso de Vicuña que duró más de dos horas. El debate fué largo y en él anduvieron divididos los pareceres. Los señores Elizalde y Echeverría se pronunciaron por la completa absolución, fallando en conciencia, y los otros jueces, en mayoría, decidieron aplicarle 25 pesos de multa y 15 días de prisión (135) lo que equivalía a absolver al acusado, pues los cargos hechos por Vicuña—dice Ricardo Donoso—«eran de lo más terribles,

(134) Carta de Santiago, fechada en Junio 26 de 1863.

(135) «En la noche estuve donde el Presidente con M. Alcalde (uno de los jueces)—dice Vicuña Mackenna en su mencionada carta—y éste me dijo francamente que él había sido de opinión de condenar porque no podía ser de otro modo, pues la ley decía sólo: *hay injuria o no hay*. Y como ésta no podía negarse, era preciso condenar, absolviendo en la calumnia porque mi prueba había sido concluyente y terrible.»

y el jurado al aplicarle la pena más ínfima puede decirse que reconoció la exactitud de todas sus afirmaciones».

Bilbao, siguiendo la costumbre, renunció a la aplicación de la pena, lo que, con todo, no dejaba de constituir generosa actitud.

Los amigos del historiador le tributaron entusiastas ovaciones al conocer el texto de la sentencia. «Cuando concluyó el jurado—escribe Vicuña a Ugarte—me llevaron en una ardiente procesión de muchos centenares de vitoreadores...»

XXX

El historiador que buscaba el punto de vista de los hechos, solicitó la colaboración activa del jurado y en efecto, los señores de la jurado se hicieron cargo de la tarea de hacer saber al jurado que cuando se presentara Vicuña Mackenna a declarar en el juicio, debía ser presentado en un momento por una comisión de señores de la jurado.

Los señores de la jurado aceptó el cargo de hacer saber a los señores de la jurado independiente en la redacción de los artículos de la jurado. En consecuencia de los artículos de la jurado y de las directivas dadas, hubo siempre un momento de la jurado de las señores de la jurado.

En consecuencia con respecto al gobierno de la jurado, de sus señores políticos, con quienes hablan en las sesiones y en el destierro. Estos señores políticos hacen oposición a todo y a cualquier intento de las señores de la jurado. Vicuña cree que era una vez visible, cuando era idealmente interesado a gobernar, entretener y en sus sesiones. Los señores políticos hablan cambiado y los señores de la jurado escuchan en propiedad de la jurado. Vicuña y constitucional, respectivamente, todos los señores de la jurado y constitucional eran señores políticos de la jurado. Vicuña, presidente de la jurado, al decir de Vicuña, había sido más como espectador que como actor de los señores de la jurado.

XXXI

El Mercurio, que fundara el padre varios lustros hacía, solicitó la colaboración activa del hijo, y su editor, don Santos Tornero, lo hizo Redactor en jefe con cuatro mil pesos anuales, sueldo que ningún hombre de prensa había ganado hasta entonces. Vicuña Mackenna sucedía en el diario porteño, cuyos prestigios se mantendrían por más de una centuria, al insigne Isidoro Errázuriz.

¿En qué condiciones aceptó el cargo? Autonomía ante todo: «absoluta independendencia en la redacción política del diario». ¿Rumbos? Examen desapasionado de los negocios políticos y de las directivas oficiales, juicio siempre sereno, levantada fiscalización de las tareas gubernativas, cátedra abierta al futuro, siembra de altas enseñanzas...

Su actitud con respecto al gobierno lo distanció, empero, de sus amigos políticos, con quienes luchara en las barricadas y en el destierro. Estos pretendían hacer oposición a todo trance y sostener rabiosamente las aspiraciones de reforma constitucional. Vicuña creía que era más viable alcanzar esos ideales interesando a gobernantes, enderezados ya en rumbos liberales. Los tiempos habían cambiado y los nuevos señores de la Moneda anunciaban su propósito de hacer gobierno libre y constitucional, respetando todos los derechos. Y como esos propósitos eran servidos por políticos de hoja limpia, y el propio Presidente de la República, al decir de Vicuña, «había asistido más como espectador que como actor al terrible drama

del decenio», era justo conceder crédito a los que traían mensajes de paz y no seguir empuñando estérilmente la espada que cuando no se desenvaina con justicia sólo ofende.

La intransigencia de sus antiguos compañeros y las polémicas suscitadas lo llevaron a un inevitable rompimiento, que la comunidad de ciertas ideas y algunos trabajos disimularon algún tiempo. No se encontrarían en todas las batallas del futuro y hasta habría de acontecer que aquellos hombres que ingenuamente se suponían avanzados, porque hacían continua política de oposición, estuviesen al otro lado de la barricada cuando—andando el tiempo—Vicuña Mackenna alzó en sus manos, cubiertas ya de gloria, la insignia de las primeras reivindicaciones proletarias.

En sus editoriales se ocupó de cuanta materia pudiese interesar al país, de cuanto tópico encerraba alguna enseñanza, de cuanta acción empujara a los chilenos por el camino real del progreso. Política, ciencias económicas, problemas internacionales, instrucción pública, industria, agricultura, nada escapó a su mirada. Su americanismo ardiente encontró ocasión, en los sucesos de Méjico, de señalar rumbos que los gobiernos no eran capaces de tomar todavía. Quería que los de la Moneda, con ánimo generoso, tuviesen un gesto eficaz. Deseaba que América entera ayudase a la república del norte durante la triste aventura de Maximiliano. La Unión Americana hallaba en él—como se verá más adelante—su más decidido caudillo, pero ni los hombres ni los acontecimientos lo habían de secundar.

En relación con la política interna, atacó los avances injustificados del parlamentarismo cuyos mentores empleaban su tiempo en luchas estériles, huérfanas a menuda de mínima doctrina, o en derribar gabinetes. Adivinaba a donde podía conducir el desequilibrio de poderes y creía que ni el exceso de autoridad ni el abuso de derechos en el parlamento eran de resultado sano. En el juego armónico de los poderes, con respeto severo de los derechos ciudadanos y en el ejercicio de las libertades que no se convirtiesen en atropello de los de arriba o de los de abajo, estaba la buena interpretación de la doctrina democrática. «Si dejamos al poder legislativo el absoluto derecho de nombrar y destituir gabinetes con su solo

voto—dice, por ejemplo, en su editorial del 4 de Diciembre—destruimos de hecho la independencia constitucional de los poderes; decimos mal, echamos por tierra uno de esos poderes; y lo entregamos al albedrío del otro, nulo e impotente». Las causas de la revolución chilena de 1924 están previstas en esa frase.

Su pluma ágil y su visión profunda se pasearon por todos los campos del espíritu. Ningún tema le fué indiferente. A la política del Vaticano con las repúblicas de Sud América y a sus relaciones con Chile consagró nutridas columnas. Y a la carrera diplomática, sobre la cual expresó ideas utilísimas y perfectamente actuales hoy (que tan poco han hecho los gobiernos burgueses en tantas materias, trascendentes o no, como pudieran revistarse...). Por sus editoriales pasa la vida de Chile y se advierte el porvenir. América vive en su pluma. Un soplo de eternidad corre por su mano. De ella cae a montones la simiente...

La estada de Vicuña Mackenna en la redacción de *El Mercurio* es breve. Apenas dura siete meses, siete meses que valen por largos períodos de años del viejo diario.

El 1.º de Abril de 1864 se despedía de sus lectores. En carta a Tornero, anunciándole su retiro, le decía: «Amigos nos juntamos señor don Santos y amigos nos hemos de separar».

XXXII

Las elecciones de 1864 ofrecieron a Vicuña Mackenna oportunidad de entrar al Congreso. Desde el año anterior sus amigos liberales de La Ligua trabajaban en su favor y cuando el candidato visitó el departamento, pudieron testimoniarle, en numerosas demostraciones, las simpatías generales de que gozaba.

El 6 de Marzo le fué ofrecido un banquete a que asistieron los hombres de ideas más avanzadas, brindándole ocasión de afirmar mejor su plataforma electoral que contenía dos puntos fundamentales: lucha contra las actividades políticas del clero y reforma de la Constitución. «Por el carácter que desde el principio ha asumido la cuestión entre nosotros, dijo en su discurso de aquel día, sabéis ya con certeza, señores, que el adversario con quien vamos a luchar para vencerlo, es ese elemento nuevo y peligroso que pretende invadir el campo de la política y que no vacilo en llamarlo por su propio nombre, el elemento clerical».

La situación eleccionaria no se presentaba clara, pues, el Ministro del Interior don Manuel Antonio Tocornal, impulsaba semi oficialmente la candidatura conservadora de M. Irrázabal. Sin embargo no hubo intervención y Vicuña obtuvo un triunfo completo, quedando electo diputado.

En cuanto se inauguró el nuevo Congreso Vicuña Mackenna fué elegido secretario de la Cámara de Diputados. Inmediatamente presentó una moción para que fuesen repatriados

los restos de O'Higgins, rindiéndoseles los honores dispuestos en la ley de 13 de Julio de 1844. Fué aprobada con rapidez.

Dedicóse de lleno a sus tareas de legislador, dejando un poco de mano las de orden literario (136). Uno de sus discursos más importantes—y no fueron pocos los que pronunciara en el decurso de su mandato—es el que consagró en la sesión de 1.º de Septiembre a la defensa de los intereses indígenas, expoliados por todo el mundo y abandonados de la autoridad. Apoyó con su palabra, también, una moción en que solicitaba se autorizase al Ejecutivo para invertir 12,000 pesos en la preparación de un Código Rural.

Apenas iniciadas las labores parlamentarias, en 1864, la atención de los congresales se concentró en los acontecimientos gravísimos que provocaba España. La ocupación de las islas Chinchas por la escuadra del almirante Pinzón había excitado la opinión pública de toda América. La de Chile vibraba en honda cólera y voces venidas de todas partes reclamaban la intervención del gobierno. Este solicitó y obtuvo del Congreso autorización para invertir fondos en el fomento de la marina de guerra. Su actuación digna y levantada mereció desde luego aplauso unánime. La Cámara aprobó una moción condenando los actos de intervención en América a la que adhirió con entusiasmo Vicuña. Sin embargo, el interés general no tardó en decaer ante la actitud asumida en Lima por el general Pezet y sus consejeros, quienes se entendieron con España; actitud que podía apreciarse como de traición a los intereses nacionales del Perú.

Nombrado, a fines de Diciembre, miembro de la Comisión que debía proponer los medios adecuados para el fomento de la emigración extranjera, ésta le designó secretario y miem-

(136) Entre sus publicaciones del año 64 se destacan *La defensa de Puebla por el general Jesús González Ortega*, en que se vaticina la futura alianza con el Perú; *Los últimos días del Capitán General don Bernardo O'Higgins*; una crítica a la «Historia del General Belgrano» de Bartolomé Mitre y la defensa del capitán José Manuel González. Y el año 65: *Breve exposición de los antecedentes del ferrocarril urbano de Santiago que se propone construir don Enrique Meiggs* y una biografía del presidente Lincoln, «digna de recordarse entre las más emocionantes biografías de cuantas esbozó la pluma de Vicuña Mackenna», según dice Donoso.

Con ocasión de inaugurarse la estatua de José Miguel Carrera, el 17 de Septiembre de 1864, pronunció vibrante discurso que fué publicado en la prensa de esos días.

bro de la sub-comisión que redactaría las bases de su labor. Vicuña trabajó intensamente, dando a la estampa, a mediados del año siguiente, un voluminoso estudio: *Bases del informe presentado al Supremo Gobierno sobre la inmigración extranjera por la Comisión Especial nombrada con ese objeto y redactada por el secretario de ella*. El informe, de notable valor técnico, estaba dividido en dos partes, de las cuales la segunda contenía una reseña histórica acerca de la inmigración en Chile desde la colonia hasta la ley de 1845. En la primera parte se analizaba prolijamente el problema, recomendándose de modo especial la colonización alemana. «La observación, escribía Vicuña, ha demostrado que el mejor colono posible es el alemán, considerado el hombre como carácter, como individuo de una raza especial, como ciudadano de una comunidad política, como ser en fin, sujeto a ciertos hábitos y a ciertas necesidades». El análisis de la calidad de diversos tipos de inmigración resulta admirable al ser juzgado hoy, después de más de sesenta años de experiencia.

El gobierno, al que se recomendaba una inteligente y previsora política de inmigración, dejó dormir el proyecto en el vasto cementerio de sus archivos.

El año 65 fué de gran actividad parlamentaria para nuestro diputado. En Julio tomó parte en el debate abierto sobre derogación de la ley de responsabilidad civil proveniente de delitos políticos, y en Agosto presentó una moción sobre organización de casas de prendas, destinada a defender los intereses de las clases trabajadoras, pues pondría coto al irritante expolio de los prenderos. En su proyecto, que no alcanzó a convertirse en ley como tantos otros suyos que tendieron a proteger al mundo obrero, se entrega a las municipalidades el control de las agencias o montepíos, reglamentándolos en forma escrupulosa.

La reforma constitucional subió a la arena al comenzar el período ordinario del año 65, destinándose sesiones especiales para su discusión. Don Pedro Félix Vicuña, apóstol incansable de esas ideas, presentó un proyecto de ley, cuyo artículo único decía: «Siendo la opinión como el sentimiento más general de

la gran mayoría del país de reforma de la Constitución de 1833, la Cámara de Diputados nombrará una comisión que investigue y organice un proyecto por el que aquélla pueda realizarse, satisfaciendo las aspiraciones y derechos de la nación». La comisión se pronunció en favor de la tesis sustentada por el tenaz caudillo.

El 12 de Junio se iniciaron las sesiones especiales consagradas a materia de tanta trascendencia y junto con abrirse los debates se rechazaron las indicaciones que declaraban reformables los artículos 1.º, 2.º, 3.º y 4.º de la carta en vigencia. Los ejércitos del liberalismo retrocedían asustados de su propia audacia, dejando solos a los jefes.

El artículo 5.º, según el cual la religión del Estado es la católica, apostólica, romana «con exclusión del ejercicio público de cualquier otra» fué puesto en discusión el mismo día 12.

En sesión de 16 de Junio intervino Vicuña Mackenna, concentrando la atención de todo el país en su levantada actitud doctrinaria que condensaba las aspiraciones de los hombres progresistas.

Su discurso de aquel día fué un canto elevado en homenaje a la tolerancia. Dijo cómo en la gran lección de los viajes había visto que Roma misma la practicaba y cómo en la constitución chilena de 1811 se concedía libertad de cultos.

En la subsiguiente sesión el presbítero Larraín Gandarillas, diputado por Rere, replicó a Vicuña, negando sus afirmaciones, lo que permitió a éste dar un golpe de gracia a los adversarios de la reforma, pues deshizo uno a uno, en el terreno de la historia, de la filosofía y de la lógica los argumentos que aquellos esgrimían. El discurso de Vicuña Mackenna, en esa memorable tarde del 26 de Junio, fué uno de los mejores que pronunciara en el parlamento. Habló con elocuencia extraordinaria desde las siete hasta las diez de la noche. Recordó que en Estados Unidos la práctica de tolerancia confesional había fructificado magníficamente. Allí cada credo tenía su templo y cada hombre el derecho de tener su dios. Y expresó que deseaba para su patria la libertad de todos los cultos, el respeto a todas las ideas. Elogió la tolerancia que palpita en los Evangelios y que el Maestro de Galilea predicó por el mundo. Y aún, para poner

sello a sus argumentos, leyó una carta en que el almirante Blanco Encalada hablaba de cómo negociara en Roma, en 1856, un concordato con la Santa Sede, manifestándose ésta dispuesta a reconocer en Chile una política tolerante en materia de religiones. Concretó sus ideas sobre la materia en estos términos: «Yo suprimiría completamente el artículo 5.º de la Constitución, y dándole nueva forma a la materia que él abraza, lo colocaría en el capítulo del derecho público...»; «yo propondría que se dictase una ley orgánica de cultos, que reglamentase su ejercicio». Con largos aplausos fueron saludadas sus últimas palabras.

La oración de Vicuña impresionó fuertemente al país. Se sintieron conmovidos todos los círculos e indignados muchos en la sociedad fanática de aquella época, en que según dijera él mismo se hacía ir a los niños a las procesiones a escupir los judíos de yeso y se les enseñaba a esconderse en el último patio de sus casas cuando pasaba por la calle algún protestante. La prensa clerical lo atacó con rudeza, como era de prever, pero «El Ferrocarril» recogió el efecto general en estas palabras editoriales: «No cabe vacilación en el terreno de la práctica después del discurso del señor Vicuña Mackenna».

Chile es país de transacciones y por transacciones se llegó a la reforma. En sesión de 22 de Julio se votó la ley interpretativa del artículo 5.º, apoyada por el gobierno. El artículo 1.º de esa ley declaraba que el 5.º de la Constitución permitía a los no católicos el ejercicio de sus cultos en «capillas o edificios de propiedad particular». Vicuña Mackenna insistía en suprimir simplemente dicho artículo y por ello emitió voto en contra. El segundo de la ley interpretativa, según el cual los disidentes podían «fundar y sostener escuelas privadas para la enseñanza de sus propios hijos en la doctrina de sus religiones», tuvo el apoyo del representante de La Ligua, quien, fundándolo, dijo: «No siendo este artículo relativo al culto no militan, a mi juicio, contra él, las consideraciones que me inclinaron a dar mi voto contra el artículo 1.º del proyecto. Me parece que esta nueva disposición encierra una garantía liberal...»

Vicuña Mackenna, en sesión de 5 de Agosto, y seguido de

muy pocos compañeros, votó en contra la declaración de que no era reformable el artículo 5.º, declaración que había dado origen, transaccionalmente, a la ley interpretativa de ese artículo.

Las actividades parlamentarias de Vicuña, no tardaron en verse interrumpidas por la misión a Estados Unidos, que le confiara el gobierno durante la guerra con España a que Chile se viera arrastrado en razón de la política de solidaridad continental seguida por sus prohombres. El conflicto se generó con rapidez. A consecuencia de cierta reclamación española la cancillería había llegado a un acuerdo amistoso con el ministro de España, señor Salvador Tavira, pero desautorizólo Isabel II, designando representante oficial en Chile al general Pareja. Y éste, en cumplimiento de sus instrucciones, provocó el estado de guerra, que era lo deseado por el gabinete de Madrid.

El 13 de Septiembre, enardecidos los ánimos al rojo blanco, se celebró enorme manifestación popular al pie del monumento a San Martín y en ella Vicuña arengó a los ciudadanos con palabras de vibrante americanismo. Poco después, en sesión del día 24, hubo de leer a la Cámara de Diputados las comunicaciones oficiales que determinaban la declaratoria de guerra.

América ha sido ofendida y Chile debe sostener la causa americana, tal es la voz nacional de Vicuña Mackenna. A esa voz responden sus propios e infatigables entusiasmos pues no vacila en trabajar—en el seno de la comisión de subsidios encargada de recolectar los fondos necesarios a la defensa del país—con sus propios enemigos de ayer. Y labora «febril y asiduamente» junto a don Manuel Montt y a don Antonio Varas...

¿No se justifica así el lema de su vida? América y Chile están por encima de todo interés, de toda pasión...

XXXIII

¿Qué labor, entretanto, desarrollaba Vicuña Mackenna desde su sillón de la Facultad de Humanidades? Consultas, opiniones, y en 1863 una moción para suprimir el estudio obligatorio del latín.

En 1865 renovó esa moción, abriendo una de las más ruidosas y eficaces campañas de aquel tiempo. A raíz de cierta indicación sobre preferencia para los que hubiesen rendido examen final de griego en la provisión de clases de humanidades, hecha por el profesor Justo Florián Lobeck, Vicuña planteó de nuevo el problema, insinuando el reemplazo del estudio del latín por el de dos o tres idiomas vivos o de alguna ciencia.

A propuesta suya la Facultad acordó designar una comisión informante, de la que serían miembros Vicuña, Barros Arana, Larraín Gandarillas y Lobeck. Los nombrados no pudieron ponerse de acuerdo, según era de temer, y opinaron separadamente, inclinándose los señores Barros Arana y Larraín en contra del proyecto.

El informe de Vicuña Mackenna, discutido en las sesiones de 24 de Mayo y 13 de Junio, contenía un erudito y elocuente alegato en favor de la supresión. «El latín, decía, era el idioma de los sabios y de los santos, como hoy ha pasado a ser el de los mártires...», aludiendo con humorismo al sacrificio que representaba para los alumnos de humanidades el estudio forzoso de una lengua, difícil de suyo, deficientemente enseñada, y que dificultaba el acceso de muchos a las carreras profesio-

nales. El problema era examinado bajo todos sus aspectos. Y en ese examen se reconocía toda la importancia investida por el latín, lengua clásica, como expresión de la cultura de una época.

La supresión, empero, no se consiguió de inmediato, si bien los argumentos de Vicuña Mackenna la decidieron más tarde. Al término de las agitadas sesiones en que se discutió el asunto en la Facultad de Humanidades, Vicuña propuso que se estableciese una educación humanística exenta del estudio de latín y se mejorase la enseñanza de éste para hacerla de más provecho a quienes debieran estudiarlo. En esa indicación se colocaba justamente en el punto de vista en que hoy, transcurridos más de sesenta años, conviene situarse para resolver sobre el particular. El latín, no obligatorio en los cursos humanísticos, debe serlo en algunos ramos de enseñanza especializada, como derecho, historia, letras...

La campaña sobre supresión del latín despertó gran interés en esos días de 1865, en que por doquier alentaban ansias de reforma. Casi toda la prensa—incluso «El Independiente», órgano del partido conservador—acogió con entusiasmo la moción de Vicuña. Este, por otra parte, tocó todas las campanas de la propaganda y pidió la ayuda de sus amigos, uno de los cuales, Isidoro Errázuriz, publicó en «La Patria» artículos de notable interés.

Pero fué entre los estudiantes en donde la reforma del estudio del latín encontró eco más apasionado. Los muchachos rodearon a Vicuña Mackenna, organizando manifestaciones, abriéndole calle a la salida de la Universidad, aplaudiéndolo con estrépito y entonando canciones. Ciertas versainas, de algún anónimo admirador, decían:

«Gracias, mil gracias, Doctor,
Doctor recién doctorado,
Poeta libertador
De tanto martirizado...»

X X X I V

Una semana después de declarada la guerra entre Chile y España, guerra que, según se ha dicho, tuvo su origen en el espíritu americanista con que Chile había manifestado sus simpatías al Perú después de la ocupación de las islas Chinchas y en la intransigencia con que Pareja sostuvo las reclamaciones españolas, Vicuña Mackenna recibió, estando en la Comisión de Subsidios de que formaba parte, una esquila en que el Ministro de Relaciones Exteriores lo llamaba urgentemente a su despacho (137).

«Me hizo presente el señor Ministro—cuenta Vicuña en su libro *Diez meses de misión a los Estados Unidos de Norte América como agente confidencial de Chile* (138)—que me llamaba para exigirme un sacrificio al que estaba seguro no sabría negarme. Le contesté que iría al fin del mundo por servir a mi patria en la guerra de honra y dignidad que acababa de declarar. Me explicó entonces su pensamiento. El gobierno deseaba enviarme a los Estados Unidos en una misión inusitada, pero de alto honor, en su concepto, la misión de *agitador*...»
«Acepté en el acto, y sólo puse una condición para partir en pocas horas: la de que no se me ligase con ninguna traba diplomática ni de formalidad oficial, pues yo no quería títulos ni honores, sino servir eficazmente a mi país según mis humildes

(137) A la sazón desempeñaba ese cargo don Alvaro Covarrubias.

(138) Tomo Primero.

facultades. Rehusé, pues, un nombramiento diplomático que el señor Covarrubias cortésmente me ofreció, y yo mismo le indiqué que sería suficiente el de *agente confidencial*. No hablamos de sueldo. El señor Ministro me dijo que me daría una «ración de guerra» (4,000 pesos). Yo, que conocía el país a dónde iba, comprendí que esa ración no era sólo de guerra sino de hambre, pero me resigné gustoso a ella, pues me garantizaba mi pan y mi techo, que era cuanto yo necesitaba en la capacidad en que iba a servir». «Yo era pobre y pedí al señor Ministro todas las libertades en el desempeño de mi comisión, excepto una sola, la de manejar los dineros del Estado. La historia íntima de mi país me había enseñado lo delicada que era esa libertad» (139).

Vicuña Mackenna estrechó la mano del Ministro, fué a conferenciar con el Presidente de la República, y en pocas horas arregló sus equipajes, bien exiguos, y se despidió de los amigos más íntimos, sin revelar el secreto de su partida.

¿Qué razones impulsaron al gobierno de Pérez a ofrecer a Vicuña misión tan delicada? Su americanismo probado; la influencia americanista ejercida por él sobre sus contemporáneos, especialmente en el seno del Congreso y entre los miembros mismos de la administración, y la trascendental labor realizada a partir de 1862 en la Sociedad de la Unión Americana de Santiago, de la cual fuera alma.

Esta labor y el espíritu americanista de Vicuña Mackenna tendremos oportunidad de analizarlos extensamente más adelante.

El agente confidencial de Chile, valorando la importancia de la tarea que le fuera encomendada, no perdió un minuto como hemos visto, y al día siguiente estaba a bordo de la nave que debía conducirlo al norte (140).

(139) De acuerdo con la petición de Vicuña Mackenna el manejo de los fondos necesarios al desempeño de su misión fué confiado al señor Asta-Buruaga, Encargado de Negocios de Chile en Estados Unidos.

(140) Fué nombrado con fecha 30 de Septiembre y partió secretamente de Santiago el 1.º de Octubre. Ese mismo día le fueron extendidas las instrucciones oficiales a que debía someterse.

Ya en viaje, recordando acaso dulces emociones que lo habían tocado en el alma, redactó su «última voluntad».

La pluma del hombre que tan a menudo escribía entintando en su propio corazón, trazó esta página (141):

«El testamento del que no deja sino la memoria de su honor y de su desinterés es bien corto. Esta cuartilla de papel es demasiado larga para contenerlo. En primer lugar, deseo que mis restos, si se encontrasen, sean sepultados en el Cementerio de Santiago, bajo una losa modesta que no contenga sino mi nombre y esta inscripción: «Murió por la libertad de su patria».

«Lego todos mis manuscritos históricos, que comprenden más de cien volúmenes, a la Biblioteca Nacional de Santiago...

«Lego a mis padres y a cada uno de mis hermanos los libros de mi correspondencia privada, en que están las cartas que ellos mismos me han escrito, y algunos objetos de los pocos que poseo entre mis muebles.

«Deseo que mi hermano Nemesio distribuya todos mis libros entre mis amigos, haciendo lotes de ellos, y confiándolos a los que él crea conserven un grato recuerdo de mí. Le recomiendo a mis primos Claudio Mackenna y Claudio Vicuña, a Ruperto Ovalle, Alvaro Covarrubias, Marcial González, Moncayo... los Amunátegui, Domingo Santa María...

«Deseo que mis hermanos hagan cualquier demostración en mi nombre a mis primas Carmen Ovalle, Elena Undurraga, Mercedes Ignacia Iñíguez y Victoria Subercaseaux, a las cuales he creído deber alguna estimación entre las demás personas de la familia. A la última que le entreguen algunos cuadros que le había prometido, si ella los reclama. Igual manifestación desearía que hicieran a mis queridas amigas Dominga Serrano, Joaquina Concha y Mercedes García, cuya amistad ha sido siempre para mí de gran valor.

«En todo lo demás confío mi memoria a los que hayan conocido mi carácter y mi corazón, y sepan comprender los sacrificios que el amor de la patria impone a los espíritus elevados».

El romántico testamento, que lleva el hermoso sello de su juventud, está fechado en Chíncha Alta el 20 de Octubre de 1865.

Fué escrito en horas en que Vicuña Mackenna pensó embarcarse, trocando su pluma por una espada...



Estatua de Vicuña Mackenna en la plaza de Armas de San Carlos
(Fué trabajada por el ilustre escultor Nicanor Plaza).



Vicuña Mackenna en la roca Tarpeya en 1873, durante la transformación del Cerro Santa Lucía.

X X X V

El 3 de Octubre el vapor *Chile* navegaba rumbo al norte, llevando oculto en sus bodegas al Agente Confidencial. Pudo así burlarse el estrecho bloqueo puesto por la escuadra española (142).

En alta mar ya, debió meditar, inclinado sobre la borda, contemplando esas aguas en que se encontrarían juntos los hombres que más tarde, en batallas futuras, habrían de combatir con olvido de los comunes peligros y honrosos trabajos que un día los unieran. ¿Cuál era el objetivo de su misión y de su viaje? «El principal encargo que damos a Ud. decían las instrucciones escritas del Ministro de Relaciones Exteriores de Chile—es de promover en la opinión de aquella República (Estados Unidos) simpatías calurosas y abiertas por nuestra causa, que fomentadas con tesón y sagacidad, empujen al gobierno de los Estados Unidos a obrar activamente en nuestro favor». «Granjear a Chile amigos y auxiliares, añadían las instrucciones, suscitar a España enemigos y contrastes: tal es

(142) El viaje y trabajos de Vicuña Mackenna en Yankilandia se encuentran descritos en sus menores detalles en una de sus obras autobiográficas: *Diez meses de Misión a los Estados Unidos de Norte América como Agente Confidencial de Chile* (dos volúmenes).

Explicando los móviles que animan su pluma, dice en las *Dos palabras al país*, que encabezan el tomo primero: «Hago hoy conmigo mismo lo que antes he hecho con los hombres históricos de mi patria. Vengo a sentarme voluntariamente en el mismo banco a que les he dado cita, prestando así principio de vida a la historia contemporánea entre nosotros, para responder de mí mismo con la misma verdad, con la misma entereza y la misma lealtad con que a ellos les he absuelto o los he condenado en su grandeza verdadera o fingida».

el término a que debe Ud. dirigirse. Por cualquier camino que a él llegue, habrá llegado bien y merecerá nuestra aprobación». Y concluían: «El gobierno espera lleno de confianza que la comisión de Ud. contribuirá al bien y gloria de nuestra patria, rodeada hoy de peligros y amenazas».

A bordo encuentra un compañero, el influyente político peruano José Gálvez. Y ambos conversan horas enteras, cambiando ideas sobre el futuro de América. En el verbo de Vicuña nacía apasionadamente, cada día, la unidad continental.

En los puertos del tránsito desembarca, siendo su preocupación primordial asegurarse comunicaciones con la Moneda, tanto más necesarias cuanto no había aún línea de telégrafo submarino. Escribe cartas a los hombres de influjo, alienta a los chilenos que se encuentran en tierra peruana, arenga a todo grupo de hombres que quiera escucharlo.

El 10 de Octubre, «espléndida mañana de sol y de brisa», el *Chile* penetraba por el canal de San Gallán, deteniéndose a poco en el muelle de Pisco. A siete leguas de distancia, en Chíncha Alta, se encontraba establecido el campamento militar del ejército revolucionario.

¿Cuál era la situación del Perú en el momento de llegar Vicuña Mackenna a sus costas? En Lima dominaba todavía el general Pezet, cuyo gobierno se había entendido con España. El sentimiento nacional peruano, profundamente herido, se aprestaba a derrocarlo. Con tal propósito y bajo la autoridad más aparente que real del Vicepresidente Canseco y la dirección efectiva del coronel Mariano Ignacio Prado se preparaban las fuerzas rebeldes a avanzar sobre la capital.

Los doctores Quimper y Ríos fueron a recibir a Vicuña, comunicándole como, después de la conferencia celebrada en Tambo de Mora el día 7 de aquel mismo mes entre el coronel Prado, el comandante general de la Escuadra Lisardo Montero y otros jefes, se había acordado adherir a la política de Chile. Era el establecimiento de la alianza chileno-peruana en defensa de la integridad de la que fué América Española. Vicuña Mackenna, comprendiendo la importancia de aquel proyecto, resolvió desembarcar en Pisco e interrumpir el itinerario que se había marcado.

Horas después llegaron algunos militares chilenos en el *Santiago* y con todos ellos, a más de José Gálvez y del coronel Prado, venido expresamente de Chíncha Alta, celebró Vicuña una conferencia en casa del cónsul de Chile. Prado expresó su deseo de expedicionar hacia el sur en contra de los españoles. «Bien conozco, dijo, que rifo de esta suerte la revolución de que soy caudillo, pero no importa, con tal que el pueblo chileno sepa que hay en el Perú corazones que comprenden y agradecen su heroica conducta. Si triunfamos, la gloria será dividida entre hermanos. Si sucumbimos, la gloria será siempre de chilenos y peruanos». La escuadra de Montero se componía de la fragata *Amazonas*, las corbetas *Unión* y *América* y el vapor *Tumbes*, barcos que unidos al *Esmeralda* y al *Maipo*—de Chile—podían dar buena cuenta de las naves hispánicas.

«En nuestra conferencia con Prado—cuenta Vicuña—convine en seguir mi viaje a Lima en la mañana siguiente, aprovechando el viaje bi-semanal que hace entre Pisco y el Callao el vapor caletero *Inca*. El 11 a las 8 de la mañana salí de Pisco y el 12 a la misma hora me hallaba en Lima». Llegado a la ciudad de los Virreyes conferenció con Domingo Santa María, agente especial de Chile en el Perú, que recién desembarcaba, y éste, aceptando de lleno las ideas de Prado, se trasladó a Tambo de Mora en compañía de Vicuña y de toda su comitiva. El día 13, en este último punto, se celebró nueva conferencia con el caudillo peruano, ratificándose el plan convenido entre éste y Vicuña Mackenna.

El 14 de Octubre Vicuña y Santa María se trasladaron a Chíncha Alta. «A nuestra llegada al cuartel general—escribe el primero (143)—encontramos en todos los espíritus la más noble y entusiasta adhesión a la causa de Chile, adhesión de que participaban el señor presidente Canseco, sus ministros señores Lapuente y Quiñones y hasta el último soldado del ejército revolucionario. Personalmente desde luego el señor Santa María y todos los chilenos hemos recibido la más cordial hospitalidad de parte del señor Canseco, quien hizo poner a nuestra disposición la mejor casa del pueblo, nos envió dos

(143) En comunicación al gobierno de Chile, fechada en Chíncha Alta el 18 de Octubre de 1865.

ayudantes militares y emplea hasta su misma servidumbre en nuestro servicio».

Cuatro días más tarde el gobierno revolucionario de Canseco declaraba la guerra a España, y Vicuña, que aportaba a las conferencias de Chincha Alta las juveniles energías de su espíritu, contribuyendo con clarividencia y en no escasa parte a esa determinación, ante las dudas y postergaciones no pudo menos de decirse: «Y aquí comencé yo a conocer de un modo práctico que la guerra moderna es sólo una cosa: —o tres cosas reunidas en una...—*plata, plata y plata!*».

Se acordó, finalmente, la partida de la escuadra peruana a aguas chilenas, resolviéndose que Vicuña Mackenna se embarcase, como Comisario de la República de Chile, a bordo del *Amazonas*, que era el barco insignia (144).

«Terminados—cuenta Vicuña (145)—de una manera si no tan rápida como hubiera podido desearse, pero con una extraña felicidad y sigilo los aprestos de aquella expedición destinada a inflingir un castigo súbito pero lícito y terrible a los españoles, en la mañana del 20 de Octubre montamos a caballo todos los chilenos que debíamos tomar parte en la empresa. Nos acompañaban el coronel Prado, don Domingo Santa María y don Rafael Sotomayor. Luis Aldunate había partido para los Estados Unidos dos días antes, para subrogarme temporalmente en mi comisión...» «Iban nuestros corazones henchidos de hermosas esperanzas; pero no dejábamos sin cierta pena aquel bullicioso y pintoresco campamento de Chincha Alta, donde, en el espacio de una semana, habíamos estrechado tantas manos amigas, donde habíamos escuchado tantos acentos de fraternidad, donde habíamos sentido vibrar en todas las horas como un cántico de gloria el nombre de aquella patria lejana y ultrajada, que nos había elegido para ir por el mundo a buscarle amigos...»

«En clase de subalternos militaban muchos jóvenes chilenos, y entre otros los capitanes de artillería Salcedo y Sayago,

(144) Fué en esta oportunidad cuando Vicuña Mackenna escribió esa *Mi última voluntad*, que hemos transcrito anteriormente.

(145) Todas las citas de Vicuña en los capítulos sobre su misión a Estados Unidos se refieren a la obra que a ésta consagrara.

el teniente de la misma arma Montalva, Balbino Comella, ayudante predilecto del coronel Prado... y por último el sargento mayor de caballería Eugenio Argomedo, nuestro condiscípulo como Salcedo y nuestro compañero de armas como Comella. Con estos títulos, y con esa fraternidad singular con que se asocian los chilenos al encontrarse en tierra extraña, todos aquellos jóvenes vivían, se puede decir, en nuestra morada, y solían llegar con la puntualidad de la «hora de la lista», en los momentos en que el famoso cocinero del general Canseco nos servía nuestra suculenta comida de yucas y camotes. ¡Pobres muchachos! Casi todos iban a morir! Salcedo y Montalva volaron en la torre de la Merced; Argomedo fué herido en el pecho en la batería de Chacabuco; una bala arrebató la mandíbula a Comella al penetrar por las calles de Lima el 6 de Noviembre y sólo Sayago escapó ileso en la torre de Junín, cuyos cañones él mandaba».

Al embarcarse como Comisario de la República, con misión de dirigir a los oficiales chilenos a bordo de la escuadra peruana y de hacer valer ante los jefes de ésta su influencia personal en favor de los planes combinados que habían recibido aprobación del gobierno revolucionario, pues éste no controlaba realmente a su marina, Vicuña se preparaba a llenar su misión con sacrificio de su vida. Estaría en todo momento en los sitios de peligro y en las horas de combate reemplazaría la pluma por la espada. Con ambas deseaba combatir por la libertad americana. Y acaso en aquella mañana del 20 de Octubre soñaba en jornadas de gloria y preparaba en su corazón las aréngas ardientes que habría de dirigir a los guerreros y los argumentos elocuentes con que convencería a los jefes. Su decisión era plena, el plan magnífico—sorprender a los buques españoles que sostenían el bloqueo en Caldera y Coquimbo y luego avanzar hacia Valparaíso—y el triunfo de las escuadras aliadas no parecía dudoso, pero las rivalidades y celos que algunos marinos peruanos tenían con el comandante Montero, jefe de la expedición, impidieron que ésta se realizase. Estaba escrito que Vicuña Mackenna en la paz y en la guerra sólo esgrimiese su pluma. Mas esa pluma, andando los

años, lograría triunfos políticos y militares que no estaban al alcance de ninguna espada.

A la mañana siguiente Vicuña, seguido de Sotomayor, salta en el bote del capitán de puerto y sube a bordo del *Limeña*. «La primera persona a quien ví—refiere—fué el coronel Prado. Estaba junto a la rueda del timón, pálido, sombrío y deshecho, apoyado en su espada y en actitud contemplativa. Se conocía que aquella noche no había dormido ni se había desnudado. Sin saludarme, me apretó la mano, y me dijo sólo estas palabras, cuyo eco de convicción y de dolor resuena todavía en mis oídos. «Amigo, no me diga nada de lo que ha pasado. Hoy mismo me voy al cuartel general y en una o dos semanas esto quedará concluído». Vicuña comprendió que los esfuerzos para vencer la resistencia de los jefes que se negaban a expedicionar hacia el sur, habían sido estériles. La alianza con Chile, que parecía quebrantada, debía solidificarse mas tarde, cuando triunfante la revolución se instalara Prado en el Palacio Pizarro.

Un día después, desde el campamento de Chíncha Alta escribían a Vicuña Mackenna el doctor Gálvez y el futuro dictador Prado: «Tanto como Ud. haga por nuestro querido Chile—le decía el primero—hará igualmente por el Perú y por la América toda, y muy pronto, creo, le seguirá algún documento oficial que le dé el derecho de hablar y obrar en nombre nuestro; tan íntima quisiera fuese la unión de estos dos pueblos, que debiera fundirse en una sola persona la representación de ambos en el exterior; pero ya que esto no sucediera, la solidaridad de acción y de responsabilidad no podrá menos de ser completa» (146). Y Prado: «Amigo muy querido: Nuestra cuestión no tarda en resolverse, y sentiría que no viera Ud. el desenlace, que quizás le proporcionaría el grato placer de disparar el primer tiro en defensa de su país» (146). Vicuña le contestó desde Pisco, ese mismo día, diciéndose su «compatriota en la América».

En Chíncha Alta continuaron haciéndose los aprestos militares para expedicionar sobre Lima. «La actual revolución—

(146) Carta fechada en Chíncha el 22 de Octubre.

escribía Vicuña a su gobierno (147)—es el levantamiento en masa de toda la república contra la capital, centro de la influencia, del oro y de los recursos militares del partido reaccionario del Perú».

Canseco comenzó a mover sus tropas sobre Lima aquel mismo 22 de Octubre. El día 24 «venía yo en viaje para el Callao a bordo del vapor *Pacífico*, capitán Woolcott,—narra Vicuña—y apoyado sobre su obra muerta divisaba, en una de esas diáfanos y serenas tardes de la primavera de los trópicos, dos puntos del horizonte, en los que en ese mismo instante estaban fijos los ojos de toda la América: el campo del coronel Prado, en los arenales de Chilca, y el campo del general Pezet en el vallesillo de Lurín».

Vicuña llegó a Lima en la noche del 25 de Octubre. He aquí como la describe: «Aquella ciudad, llamada antes de los «Reyes» y ahora de los «Libres», de continuo tan alegre y bulliciosa, estaba esta vez lóbrega y sombría. Aseméjase a un inmenso cadáver sobre el que los soldados y los esbirros de la traición, andaban, como los gusanos de los sepulcros, con sus rostros lívidos, arrastrándose por las veredas con el oído atento a todos los rumores que herían el aire. Aguardábase una gran batalla por instantes, y de minuto en minuto corrían extrañas voces, cerrándose las puertas del vecindario y del comercio con el estruendo del pánico. Una ciudad que aguarda una batalla que va a decidir de su suerte parece mucho a un cementerio en un día de difuntos». Vicuña ve desfilar por las calles a los ministros de Pezet: Gómez Sánchez, que saqueaba las arcas fiscales; Calderón, secretario de Relaciones Exteriores, «uno de esos poltrones reaccionarios que oírían caerse el universo sin mover la cabeza de su almohada» y el «célebre don Manuel Ignacio de Vivanco, político eximio que había aprendido el arte de gobernar comparando el diccionario de Salvá con el de la Academia, y general consumado, cuya única estrategia había sido la de Villadiego». Con tales consejeros Pezet estaba perdido y en verdad sonaban las últimas horas de poder para aquel sujeto débil, dominable

(147) Despacho de Chíncha Alta del 18 de Octubre.

e insensato, que había pactado con los invasores de su patria. «Delante de Pezet, sentencia Vicuña, es preciso volver el rostro como se vuelve delante de un fétido lodazal. Pezet no es ya un hombre: es una momia humana embalsamada con el amoníaco de las Chinchas».

El Agente Confidencial de Chile no podía prolongar sin peligro su presencia en Lima: «al día siguiente de mi llegada, el jefe de la policía, señor Sevilla, me envió a decir con uno de los oficiales de la legación de Chile (don Eleodoro Toro Mazote) que tenía en su bolsillo la orden de prenderme firmada por Gómez Sánchez. Añadía aquel comedido jefe que no le daba cumplimiento por deferencia personal y porque le constaba que aguardaba yo sólo la salida del vapor para seguir mi viaje». Pero hay que trabajar, aún con riezgo de perder el barco, y Vicuña busca nuevos medios de acción e influencias que ejercitar en su labor americanista. No se da reposo y lleva su atrevimiento hasta visitar a su amigo Pedro Ugarte y otros chilenos apresados ese mismo día por sus simpatías revolucionarias. El señor Sevilla, hombre de gran cortesía, lo recibe personalmente y sin extraer de su bolsillo la orden de arresto, lo acompaña hasta el calabozo de Ugarte y lo conduce enseguida hasta la puerta misma.

El 28 entrega un despacho secreto a don Marcial Martínez, Ministro de Chile, y se embarca en el *Pacífico*. Algunos días más tarde, el 6 de Noviembre, las tropas de Prado ocuparían Lima y a la cabeza de ellas no tardaría aquel jefe en erigirse dictador. Sus ojos—que en los días de la guerra del Pacífico, desde el mismo solio presidencial que escalara por primera vez tres lustros antes, miraron con pasión de odio patriótico a Chile—se dirigían con simpatía hacia las tierras del Sur. Prado llamaba entonces a Vicuña Mackenna su «amigo muy querido» siendo la de esa amistad, seguramente, influencia de peso en la alianza chileno-peruana.

Vicuña había puesto una vez más—y con éxito rotundo—toda su inteligencia, que valía decir todos los idealismos de su alma, al servicio de América.

XXXVI

«Con una tranquila noche en que la luz de la luna parecía ocupar en el cielo y en el mar el espacio y el influjo de la brisa, salíamos de las aguas del Callao adormecidos por un sopor tropical». A bordo venían algunos sujetos curiosos como el coronel neogranadino Darío Mazueras, personaje de siniestras aventuras, y un escritor satírico, don Manuel Antonio Fuentes, apodado el «Murciélago» por su seudónimo, y cuyo negro humor hacía decir a Vicuña que llevaba «en su pecho un sepulcro donde otros llevan el corazón, y si alguna chispa se arrancaba de su mente, era la chispa que brota de las cenizas cuando la mano del fogonero las atiza». Vicuña conversa con sus compañeros, oye sin poder evitarlo los chismes que le cuentan unos de otros y busca escapatoria al mareo del estómago y de la maledicencia empuñando la pluma.

¿No sería útil establecer contacto epistolar con los dirigentes de la oposición española? En la corte de Madrid palidece la estrella de doña Isabel y los espíritus liberales no podrán dejar de parar mientes en el estúpido negocio que significaba para España una guerra injusta en que sus fuerzas llevaban las de perder. Y redacta larga epístola al escritor portugués don Diego Coello y Quezada, redactor en jefe de *La Epoca*. En esa carta, fechada a la altura de Panamá el 4 de Noviembre, Vicuña se manifiesta sincero amigo del pueblo español en cuyo seno tuvo la fortuna de pasar «algunos de los días más felices» de su vida, y muestra la futilidad de las causas que empujaron la acción del gobierno peninsular, señalando la torpe actuación de sus representantes. Al mismo tiempo

escribió, entre otros personajes, a su deudo el general don José Ramón Mackenna. «No extrañaré Ud., le decía, como noble y valiente soldado, que el silencio guardado en la paz, lo rompa ahora en la guerra...» «he querido ponerme al habla con Ud., por lo que pudiera tocarnos hacer en beneficio de nuestros países respectivos...» Es decir por la paz. Aún siendo emisario de guerra de la República no perdía de vista un sólo instante la idea de la paz.

El 7 de Noviembre llega a Panamá. La ciudad le impresiona gratamente. «Semejante a esos templos-fortalezas que despiertan la admiración del viajero en las calles del Perú, de Méjico y de la América Central, las ciudades fundadas por los españoles en la costa del Pacífico son una mezcla de arquitectura sagrada y militar que les da un aspecto lúgubre y majestuoso; pero en ninguna ciudad americana que hayamos conocido, con la excepción tal vez de Cartagena de Indias, está más evidenciada esa alianza de la espada y del altar que en la ciudad donde hicieron pacto dos capitanes y un clérigo para conquistar un mundo. La naturaleza misma en su sombría pompa tiene no se qué de místico en aquella región triste y espléndida a la vez».

Vínole a las mientes, tan pronto como desembarcó, la idea de celebrar un meeting en favor de la causa que sostenía. Y ella cundió por el pueblo junto con «el retumbante título de *Chilean Ambassador*» que le dió la prensa del istmo y que, repetido por toda la de Norteamérica, habría de procurarle no pocos sinsabores (148).

(148) En una de las encantadoras cartas que escribiera más tarde, desde Nueva York, a su amigo Abelardo Núñez, y que publicó bajo el título de *Embajador y reo*, se burla de la ira despertada en muchos buenos chilenos por los títulos bombásticos con que se complació en adornarlo la prensa yankee: «Mucho me ha divertido lo que me cuentas de lo mal que ha parecido a algunos de mis paisanos el que los diarios de este país y de Europa me llamen *Embajador*, «Ministro Plenipotenciario», «Enviado Extraordinario», etc., etc., pues, sólo el título de *Gran Visir* y el de *Comisario Regio* me ha faltado tener...»

«Pobre *Embajador!* Si vieras la figura del magnate, su traje, sus habitaciones... Figúrate que ese gran señor vive en un solo cuarto donde tiene su cama, su laboratorio, su gabinete de trabajo y recibe a todos los generales, almirantes y *colegas de la profesión* que le honran con sus visitas. Figúrate que ese gran señor no tiene ni cocinero, ni mayordomo, ni lacayos...» «que ni come en su casa sino en el primer restauranté de barrio; que no rueda coche sino en casos extraordinarios, y no recorre esta ciudad, imposible por sus distancias, sino en el democrático ómnibus o a pie... Cuando el embajador come solo (y tú sabes que S. E. no es glotón) la cuenta fluctúa entre tres y cuatro pesos...»

El meeting tuvo lugar el día 8, al aire libre, bajo los arcos de la casa capitular de Panamá, con asistencia de las autoridades nacionales y de numeroso pueblo. Vicuña pronunció largo y triunfal discurso. «¿Podía Chile—dijo—romper las tradiciones de su glorioso pasado que lo presentaban siempre mancomunado en todos los sacrificios y en todas las antiguas glorias americanas, en que su pabellón había flotado al viento de las batallas junto con el pabellón de la antigua Colombia, desde Maipo hasta Pichincha? ¿Podía Chile echar en olvido que el mediano prestigio que se ha labrado entre sus hermanos del continente lo debe sólo a su política internacional siempre justa, siempre fraternal en el consejo, siempre denodada, permítaseme esta palabra de orgullo patrio, siempre denonada en sus empresas comunes con aquéllos? ¿Podía en fin, Chile, aislarse en un cobarde silencio» entre su mar y sus montañas, y «aprovechando la impunidad que parecía ofrecer a su egoísmo su propia naturaleza, dejar así al hermano con la injuria en el rostro y sin pedir para él y junto con él la reparación debida?» Era preciso ponerse de parte del débil, del agredido. . . En el mundo los hombres libran las batallas del derecho y las de la fuerza, mas día llegará «en que la humanidad no ha de someterse sino a la primera de aquellas pruebas para que sus agravios se decidan por la humanidad misma. . .» Y Vicuña, tomando el antejo de los tiempos, anunció la caída de Maximiliano, enseñoreado entonces de Méjico, la reconstitución de la antigua Colombia (con delirante aplauso de la multitud) y el triunfo final de Chile en su cruzada americanista.

Con clarividencia de hombre de Estado supo encontrar las causas recónditas de la guerra provocada por España. ¿Honor ofendido?, ¿Gestos de caballería? Nada de eso. «La causa verdadera es, al contrario, lo que hay de menos respetable en el trato de los pueblos: es el *guanol*» Un llamado a la unión de América, un vaticinio de la unión de todos los pueblos colombinos en un solo continente sellaron su oración de aquella tarde.

Vicuña Mackenna permaneció varios días en Panamá, agitando la opinión continental, pues se puso en comunicación directa con los presidentes y cancillerías de las diversas repú-

blicas centroamericanas, labor que no mereció aprobación en los círculos de la cancillería santiaguina, hartos apegados a cortesanas y discreteos diplomáticos (149).

Vicuña siguió la ruta de Yanquilandia no bien hubo llevado a buen término sus propósitos: «A mediodía del 11 de Noviembre subí al pescante del ómnibus en que el hotel Aspinwall manda a sus huéspedes como sardinas a la estación del ferrocarril, a cargo de un negro y de dos mulas. Caía en esos momentos uno de esos chubascos tan frecuentes en el Istmo como sus guerras civiles, y que empapan su rico suelo ya de agua, ya de sangre, que por aquellas latitudes de nuestra América, tanto da lo uno como lo otro». Cruzó el Istmo, maravillado de las magnificencias del paisaje, embarcándose el 12 en el *Enrique Chauncey*. Una semana más tarde el vapor penetraba en lo que un novicio hubiera creído «un país entero surcado de ríos de fuego». «Era Nueva York con las veinte ciudades y aldeas que la rodean, como los satélites de un planeta de primera magnitud, y que en aquella noche de densa obscuridad brillaban con todos los esplendores de sus millares de lámparas de gas».

(149) El señor Covarrubias decía a Vicuña, en nota fechada en Santiago el 2 de Diciembre de 1865: «Hemos sentido que Ud. hubiera juzgado oportuno dirigirse oficialmente a los gobiernos de Centro América...» «Aprobamos los pasos que dió Ud. para influir en la prensa periódica del Istmo y celebramos las buenas disposiciones de que encontró Ud. animado al jefe del Estado de Panamá. No hemos celebrado menos las manifestaciones del pueblo de aquella ciudad en favor de nuestra causa». Vicuña Mackenna respondió que en sus mensajes y llamados se había dirigido a los pueblos antes que a los gobiernos.

XXXVII

Metido en un coche, en el que le cediera asiento su compañero de viaje el general Rosecrans, Vicuña se apeaba a las doce de la mañana del 20 de Noviembre a las puertas del Hotel Metrópolitan, en el centro de Broadway. Y «me alojaba provisoriamente—escribe—en una de las mismas bohardillas del quinto piso que hacía doce años me había visto humilde viajero de curiosidad y estudio y me recibían hoy en toda mi pompa de embajador sin embajada y de magnate sin cuartillo...»

La misión confiada le había de resultar ardua y difícil en extremo. Aguardábanle no pocos desengaños y pronto se convencería de que los norteamericanos miraban con absoluta indiferencia, si no con desdén, a los pueblos del Sur y que el gobierno reservaba a la causa de Chile y del Perú una mal encubierta hostilidad. La suma efectiva del poder descansaba en los hombros de Guillermo Seward, a quien debía su encumbramiento el presidente Jhonson. Por aquel tiempo el válido canciller se encontraba empeñado en resucitar una absurda ley de neutralidad, fuera de práctica, a fin de procurarse argumentos que apoyasen sus reclamaciones pecuniarias a Inglaterra por perjuicios que el *Alabama* y otros corsarios causaran durante la guerra civil.

En Washington representaba a Chile como Encargado de Negocios don Francisco S. Asta-Buruaga, sujeto tímido en exceso, pero de excelente espíritu y distinguidos modales. «Con

un hombre tan franco y tan leal como el señor Asta-Buruaga no era difícil entrar en materia. En una hora nos habíamos transmitido mutuamente todo lo que necesitábamos decirnos el uno y el otro». En esa hora de conversación se derrumbó el castillejo de las esperanzas santiaguinas. «El aspecto de las cosas en los Estados Unidos, añadía Vicuña, no podía ser, pues, más desconsolador. Todas mis ilusiones, heridas como de una puñalada súbita y a traición, habían caído deshechas a mis pies».

Pero no era el Agente Confidencial de Chile de aquellos que se dan por vencidos antes de pelear y no sería esa la primera vez que diese y ganase batallas que todos estimaban perdidas.

Desde el primer momento hubo de habérselas con la animadversión del ministro Seward. Vicuña ha trazado un retrato severo de aquel personaje. «Fríó, egoísta, sagaz, calculador en todo, lince para mirar los provechos, astuto y pronto para apoderarse de ellos, audaz y a la vez disimulado, sacrificando siempre las fórmulas a la sustancia, infatigable, convencido de que la humanidad no deja nada atrás sino los huesos de sus obreros y el andamio de sus ideas, Seward es la personificación de esa raza indefinida porque es esa aglomeración de todas las razas humanas que se llama el yankee». Con tal hombre, amigo íntimo del ministro español en Washington, don Gabriel de Tassara, por cuya causa sentía la más decidida simpatía, debía medirse.

Algo más había en el fondo de esa política sinuosa del canciller norteamericano, algo que adivina Vicuña Mackenna con intuición genial, la «ambición secreta y antigua que acarician los hombres del norte, que cifran en la posesión de Cuba el complemento de su sistema marítimo». La fruta, verde aún, había que madurarla en el árbol, sin dar pié de crecer a los pueblos clientes. Después de Tejas y California la invasión puede ser pacífica: penetración de capitales y de influencias, conquista económica. Todo eso lo veía en 1865 el representante de Chile.

Vicuña advertía como el gobierno de la Casa Blanca mantendría los principios políticos de Washington: «Paz con todas

las naciones, alianzas embarazosas con ninguna». Ello encubría un frío cálculo que pesaba el honor en talegas y consideraba más valiosa la posesión de la Florida que «la redención y la fraternidad de toda la América española». La historia y los hombres se repiten. El presidente Madison había prohibido en 1815 todo armamento y tentativa de auxilio en favor de los países insurreccionados de Sud América. Entonces llegó José Miguel Carrera a las playas del norte y a pesar de los obstáculos puestos logró formar una pequeña escuadra. En 1865 era Cuba la prenda codiciada y el ministro Seward resucitaba la política de hacía medio siglo: ningún auxilio a los países americanos que nuevamente se encontraban en guerra con sus antiguos señores. Y como Carrera, Vicuña Mackenna había traído ahora la representación de los pueblos oprimidos y obtendría, también, la formación de una escuadra, sólo que con mayor fortuna sus buques arribarían a puerto incorporándose a las marinas de Chile y del Perú (150).

A poco de llegar, Vicuña hubo de hacer un triste balance de la situación real: «No había buques. No había dinero. No había crédito. No había en el gobierno apoyo, ni simpatía oficial, ni oficiosa, ni de ninguna especie. El pueblo era absolutamente indiferente». Y, por último, la doctrina Monroe «era sólo una farsa de partido que se exhibía en época de elecciones o de agitación política».

Asta-Buruaga, no se atrevía a asumir ninguna responsabilidad. En Santiago, en tanto, se aguardaban buques, se exigían armas y no se enviaba dinero porque el gobierno no lo tenía, y los magnates chilenos, los grandes señores de la oligarquía agrícola, apretaban a dos manos sus bolsas, abriendo en coro las bocas... (151). ¿Qué hacer? Vicuña no era hombre de titubeos. «En tal emergencia—éscribe—sólo había un camino que seguir. Era

(150) Las gestiones de Vicuña Mackenna en combinación con los representantes del Perú se hicieron en sentido esencialmente americanista, subordinando todo interés nacional a los intereses de la causa y al común servicio de la Alianza.

(151) A propósito de la tacañería de que hacían gala los señores de la aristocracia y de la alta y mediana burguesía, cuenta Vicuña: «desde los primeros días vimos que todos ofrecían su *sangre*, pero ninguno ofrecía su *oro*: todos decían—«Aquí están nuestros pechos!» y se tapaban los bolsillos con las dos manos, como lo ví yo más de cien veces en los cuatro días que fui secretario de la que se llamó comisión de *subsidios*.» (*Diez Meses*).

éste el de tomar atrevidamente sobre mí los encargos hechos directa y exclusivamente al señor Asta-Buruaga, sin desviarme por esto de mi genuina misión con la que aquellos encargos se daban en gran manera la mano. Había en esto una duplicación de trabajo, de ansiedad, de peligros y responsabilidades; pero acaso no había salido yo de mi patria con el objeto único de servirla, aunque fuera a costa de mi vida?»

Y Vicuña se lanzó de lleno al cumplimiento de su doble misión: la que traía y aquella que su amor de América y de Chile le había hecho tomar. En ambas las dificultades serían infinitas y sin cuenta los sinsabores, si bien los resultados sobrepasaron las expectativas.

Inició desde luego gestiones para comprar el acorazado *Dumderberg*, el más potente que existiera en Estados Unidos, para cuyo gobierno fuera construido. Esas gestiones, que alcanzaron pleno éxito en su comienzo, se malograron después por falta de dinero y crédito.

En su ímproba labor se vió secundado con fidelidad y acierto por el honestísimo capitán Wilson, cuyo trabajo le forzó más de una vez a buscar «las tinieblas de la noche y las encrucijadas de la bahía del Hudson y del East-River» para burlar la mezquina vigilancia de Seward y sus sabuezos. Alguna tentativa lo puso en riesgo de ser víctima de industriosos estafadores, pero de las peores garras salió limpiamente. La aventura del *Cornubia* merece recordarse. Un tal Smith, en complicidad con algún armador tronado, intentó comprometerlo en la compra de cierto barco que resultó ser una «inmundicia» (*rubish*, según informó Wilson). Los timadores escribieron notas y acudieron a abogados de recursos. Vicuña no dió más respuesta a aquel embrollo, según cuenta, «que una esquela redactada con el más exquisito cuidado como jamás he puesto en el más difícil trozo literario de mis obras, y dirigida a los que aparecían como propietarios del buque en aquella farsa de escamoteo». Querían sacarle algunos millares de dólares a título de indemnización, pero defendía con tanto heroísmo los dineros de su país que no largó un solo maravedí. «Así concluyó mi aventura *smithoniana*, escribe, única de su género que tuve en mi misión y de la que salí con el orgullo del triunfador,

pues me las tuve con nada menos que cinco abogados yankees, con dos corredores de mar y un armador de Filadelfia, ayudado de su numerosa prole...»

La propaganda por todos los medios posibles fué tarea primordial. Desde el primer momento buscó y cultivó relaciones con la prensa, visitó diarios, escribió artículos y antes de mucho tuvo ganada para la causa sudamericana a toda la prensa de Nueva York y de Estados Unidos, con excepción del diario oficioso del canciller Seward y de otro que subvencionaba el ministro español Tassara.

En Diciembre festejó a los hombres de prensa. Don Luis Aldunate, en oficio al ministerio chileno, relata aquella manifestación que fué ruidosa: «El miércoles 6 de Diciembre tuvo lugar en el espléndido salón *bleu* del Restaurant Delmónico el suntuoso banquete con que el Agente Confidencial de Chile en los Estados Unidos, don Benjamín Vicuña Mackenna, obsequió a los más notables diaristas de New York y a los miembros del cuerpo diplomático de Sud América residentes en esta ciudad. El salón en que tuvo lugar el banquete se encontraba elegantemente adornado con los pabellones de Chile, Estados Unidos y del Perú. Ocupaba el puesto de preferencia en la mesa el señor Vicuña Mackenna. A su derecha se encontraba el señor Bruzual, ministro de Venezuela en los Estados Unidos y a su izquierda el señor ministro de la República Argentina don Domingo Faustino Sarmiento...» A los postres brindó Vicuña, diciendo de la prensa que si en otros países constituía un poder, en la tierra de Washington alcanzaba el carácter de una verdadera institución pública, habiéndole correspondido mayor parte en el triunfo de la guerra de secesión que al propio ejército. El señor Wilsks, decano de los periodistas allí presentes contestó pidiendo, entre hurras, una copa bebida de pie por «el heroico Chile». Y Sarmiento, en elocuente discurso, dijo que el sistema republicano con Estados Unidos a la cabeza, «como un *iron clad* colosal» haría rumbo al porvenir, seguido de cerca por las repúblicas de Sud América. Todos los representantes latino americanos hablaron y en aquel derroche de fraternidad—cuya cuenta no alcanzó a trescientos dólares—

adquirió nuevo impulso la labor relacionada con la independencia de Cuba.

No contento con la propaganda de prensa, que casi toda la de Yanquilandia fué ganada por Vicuña, como queda dicho, no descuidó la de la palabra. Y de la prensa pasó a la plaza pública. En la reunión mensual del Club de los Viajeros, celebrada el 2 de Diciembre, dictó una conferencia sobre Chile y la doctrina Monroe. «Añadió—decía al día siguiente el *Herald* de Nueva York—que cuando los Estados Unidos habían exhibido al mundo su famoso principio internacional llamado la *Doctrina de Monroe*, la América del Sur se había adherido a esa declaración en su verdadero significado de alianza continental contra las invasiones de la Europa monárquica». Resultó tan elocuente dicho discurso, pronunciado en inglés, que a su término «el honorable E. G. Esquier hizo indicación para que el Club ofreciese un voto de gracias al señor Vicuña Mackenna, lo que fué acordado por unanimidad».

Refiere Vicuña que una semana después «de aquel ensayo del que había salido con una felicidad que debía estimularme en mi carrera de orador improvisado en lengua extraña, tuvo lugar mi segunda arenga pública en Nueva York, y si bien en esta ocasión no gocé del beneficio del estudio para prepararme y ofrecer algo interesante a mi benévolo auditorio, la indulgencia de éste suplió aquella deficiencia y volví a recibir un voto de gracias y otras distinciones no menos agradables». Esta nueva conferencia tuvo lugar en el Club de la Liga Unionista y en ella el orador fué saludado con entusiastas y reiterados hurras, acordándose que su discurso fué impreso a costa de la institución.

En la noche del 6 de Enero de 1866 tuvo lugar un meeting, preparado por Vicuña, en el Cooper Institut «en honor y provecho de la Doctrina Monroe», haciéndose, a propósito de ello, tal ruido que la cólera de Seward y del ministro español no alcanzó límites. En el recinto, adornado con rica *mis'en scene*, profusión de banderas y luces, asistieron cinco a seis mil personas, según el *Herald*, entre las cuales el cuerpo diplomático residente, encabezado por Sarmiento; periodistas, banqueros y armadores (que era lo más importante). Cullen Bryant, designado presidente de la asamblea, pronunció entu-

siasta discurso y numerosos personajes se sucedieron en la tribuna, aprobándose finalmente varias conclusiones encaminadas a encarecer el deber del gobierno norteamericano de poner en práctica la doctrina Monroe, esto es de impedir las actividades imperialistas de los países europeos en América. A continuación Vicuña Mackenna habló largamente, mostrando la política americanista de Chile, que en alguna ocasión —la tentativa de protectorado yankee en Ecuador— lo había llevado a enfrentar al propio gobierno de los Estados Unidos. Con palabras apropiadas a impresionar la concurrencia, dijo al terminar su arenga: «la Omnipotencia que creó la faja de tierra que une los dos continentes de la América en un solo mundo, inspiró un día a un grande hombre del Estado del Norte esta teoría de común salvación. Ese día la llave de oro del problema de la democracia fué descubierta; los monarcas de Europa temblaron sobre sus tronos derruídos; los libros del Mundo Nuevo mostraron a los esclavos del antiguo el sitio en que debía detenerse el agua después del diluvio, y sobre el cielo de una nueva era, más allá de las nubes, las manos de Washington y Bolívar, estrechándose después de la contienda y de la emancipación común, unieron dos mundos en uno solo para formar un reino de eterna gloria y eterna libertad. Dejad entonces, señores, que esa doctrina de redención sea sostenida, sea esparcida, sea vengada! Dejad que ejecuten esa obra redentora vuestros hombres de consejo en el gobierno y vuestros hombres de pelea en el campo de batalla. Dejad que la voz de Roma se deje oír otra vez desde la cúspide de vuestro altivo Capitolio y que así como el lema de Abraham Lincoln fué *Justicia y libertad para los oprimidos*, el lema de Andrés Jhonson sea *Justicia y libertad para los agredidos*. . . » (152). Vicuña terminó su arenga, según el *Times* de Nueva York, en «una completa borrasca de aplausos».

(152) ¿Cómo juzgó Vicuña Mackenna la doctrina Monroe, llegado a Nueva York y después de conocer el espíritu que animaba la política de los gobernantes norteamericanos?

Analiza su acción práctica y encuentra que las etapas del «desarrollo progresivo de la protección que la América del Norte ha dispensado, en virtud de aquellas teorías, a su gemela del sud, podían irse marcando con estas breves fechas e inscripciones: *Tejas*, 1835. —*Méjico*, 1846. —*Islas de Lobo*, 1849. —*San Juan del Sud*, 1851. —*Paraguay*, 1853. —*Amé-*

El éxito de la misión de Vicuña Mackenna era pues completo. «En el espacio de cincuenta días—escribe—había adquirido la adhesión unánime de la prensa americana hacia los principios y derechos que fui enviado a sostener y en tres grandes reuniones políticas, únicas que en ese período de tiempo se celebraron, había levantado el nombre de mi patria, oscuro en aquellas regiones antes de esos días, a la mayor altura a que mis débiles fuerzas podían colocar su glorioso influjo. Y entre tanto, por aquellos mismos días y en aquella tierra a

rica Central, 1855.—Imperio de Méjico, 1863.—Santo Domingo, 1864.—Ecuador, 1866. El bombardeo de Valparaíso, en presencia de la más formidable escuadra americana que haya visto el Pacífico y calificado por Mr. Seward como un *simple hecho de armas*, según la última revelación de Mr. Bouher, podría considerarse como el más apropiado apéndice a esta reseña».

En carta a Santa María (Nueva York, 9 de Mayo), contándole detalles del meeting que organizara en honor de la célebre doctrina, decíale: «Hicimos un esfuerzo por dar vida a la *Doctrina Monroe*, la farsa más inicua y miserable de esta tierra».

Veía Vicuña con claridad absoluta que sólo principios utilitaristas guiaban la política externa de Estados Unidos. La doctrina Monroe se reducía en verdad a proteger los intereses norteamericanos en Sudamérica y los de ésta cuando aquéllos se viesen comprometidos. La doctrina Monroe venía a traducirse en esta fórmula: «América para los norteamericanos» como medio siglo más tarde el Pan-asiatismo en esta otra: «Asia para Japón».

Buscando razones y principios estrictamente económicos al fenómeno que se presentaba a su vista, Vicuña muestra como Chile y sus aliados no podían aguardar ninguna ayuda eficaz del gobierno yankee. En carta a Federico Errázuriz, a la sazón ministro de Estado, le decía: «La última guerra ha producido aquí dos fenómenos extraordinarios. El 1.º es la creación de un capital de *tres mil millones de pesos* que ha hecho nadar, se puede decir, al Norte, en un verdadero raudal de oro. Figúrate a Santiago, que de la noche a la mañana se encontrase con doscientos o trescientos millones de pesos repartidos entre sus vecinos y te formarías una idea de la riqueza fantástica de este país y de la sed de goces y de especulaciones que esa posesión inesperada de tanto tesoro ha despertado. Pero el secreto de la situación no está en eso, ni en la abundancia del oro, sino, al contrario en que siendo todo este capital, papel moneda, cuyo único valor depende del crédito del Gobierno y de la renta pública, hay una fiebre secreta en todas las clases por conservar a toda costa ese valor. Así es que el pensamiento de una guerra extranjera, el auxilio generoso de otro pueblo, la energía misma que pueda emplearse en sostener una teoría internacional por parte del Gobierno, espanta a todo el mundo. Añade a esto el natural y profundo egoísmo de esta raza y la tradicional política de abstención de este país, y comprenderás que ni remotamente pasa por la imaginación de ningún hombre de Estado el hacer el menor caso de nuestras dificultades ni menos el prestarnos ningún género de auxilio.

«Esta cuestión es la única que impera. El país está inmensamente rico pero sólo lo estará mientras haya paz. Y como la guerra equivaldría a la pérdida inmediata de estos millones de fortuna improvisada que está precisamente en manos de los Diputados, Senadores, Ministros de Estado, generales del ejército, banqueros y comerciantes de influencia política, es evidente que jamás harán la guerra por motivo alguno, excepto el de ganar más dinero».

que yo consagraba así mis vigiliass y mi alma entera, decían muchas voces al amor del fuego del hogar o tras del mostrador del escritorio y junto a la caja de fierro, cerrada con dos llaves desde el 24 de Septiembre, que el gobierno había cometido el irreparable error de enviar a los Estados Unidos un loco a defender su causa...»

Y añadía estas otras observaciones no menos exactas: «Ahora bien, el comercio es el único vehículo por el cual los países de Europa llegan a conocernos y a apreciarnos. Nunca han dejado de mirarnos como remotas factorías de comercio como las de la India o la isla de Java. Nuestras instituciones y nuestra condición social les importan un bledo. Lo único que preguntan es por el clima, por las frutas, por las mujeres, por los caballos. Pero sobre gobierno, principios, adelantos morales, etc., no se cuidan, porque creen que no tenemos nada de eso, o no les importa que lo tengamos. Lo único que les importa es que seamos buenos consumidores y que tengamos retornos para pagar los consumos».

Vicuña Mackenna advertía, con visión penetradora, la lucha de clases y de intereses y todos los signos característicos del imperialismo yankee en sus futuras etapas.

XXXVIII

En la intensa labor de agitación y propaganda americana de Vicuña Mackenna, en Estados Unidos, destaca, sin duda, *La Voz de América*, periódico fundado por él en Nueva York y cuya influencia en Norte y Sud América fué considerable.

Era menester hacerse oír en todos los rincones del continente y para ello no había sitio más adecuado que la metrópoli yankee. «Desde Nueva York—escribe Vicuña—estábamos como en una encumbrada tribuna donde nos oírían los pueblos de nuestra raza y los ajenos». «Resolvíme—añade—a dar a luz, a las dos semanas de haber llegado a Nueva York, un periódico político que sirviera no sólo de paladín a la causa de Chile, sino de vehículo a todas las aspiraciones e intereses de nuestras repúblicas hermanas... De esta misión vino su título: *La Voz de América*...

Ayudado por don Luis Aldunate y un periodista italiano llamado Marcos Paolo, que conocía a fondo España, lanzó el primer número el 21 de Diciembre de 1865. Pero, como viese que la asistencia de Aldunate en la tarea de corregir era suficiente, con no poco pesar renunció a la cooperación de Paolo (153).

(153) La separación de Paolo, hecha a fin de economizar al erario nacional una suma que no alcanzaba a doscientos pesos mensuales, produjo en Vicuña considerable pesadumbre, pues se trataba de un periodista anciano y meritorio, digno de la mayor simpatía. Vicuña le había escrito a tiempo de rescindir el contrato: «Me hallo pues en el caso, amigo mío, de establecer la más estricta economía; y como el periódico puede ser arre-

En el prospecto de su diario, Vicuña expresaba su fe americanista: «La América latina, como raza y como asociación de repúblicas, no menos que por razones de historia, de política, de comercio, de topografía, y más que todo de porvenir, tiene una misión que desempeñar en la gran autonomía de los pueblos; y de esta convicción innata pero irresistible nace la tendencia tan pronunciada que se observa en todas sus fracciones a la unión recíproca y común en un solo todo».

Y juzgando de ese proceso: «En verdad, la humanidad marcha sometida a leyes fatales que se cumplen a despecho de toda previsión y de toda fuerza».

Describía, en ese pórtico abierto sobre magníficas expectativas espirituales, la situación continental. «La América del Sur, a pesar de las hondas y sangrientas disenciones que la han destrozado y que ponen a la vez a descubierto su poderosa vitalidad, pues a pesar de ellas sus repúblicas existen y crecen, había llegado al punto en que un elemento nuevo la iba a transformar. Chile se desarrollaba con una rapidez sin ejemplo en todas las vías del progreso material e intelectual; el Plata, empujado por la corriente de una inmigración creciente y cada día más poderosa, veía desaparecer ante sus ojos la soledad de sus riberas y de sus pampas, inundadas por una vida nueva que venía de afuera; el Perú, la más rica de las naciones de la tierra, tomadas en consideración sus necesidades y su población, dominaba en el comercio del mundo por la exportación de productos valiosísimos, capaces de despertar la bastarda codicia de cualquier corte corrompida, como el guano, el salitre y el bórax; Colombia, se pronunciaba con una abierta decisión hacia su antigua y gloriosa unión, buscando así la restitución de su poder y de su prestigio, y por último, Méjico, la infeliz Méjico, desangrada y empobrecida como se hallaba,

glado por nosotros sin gasto alguno de redacción, me veo obligado a dar a Ud. las gracias por su valiosa cooperación... Créame Ud. que sólo el cumplimiento de mi deber me obliga a dar este paso...

Paolo le respondió, en carta de 17 de Enero de 1866: «Pero aunque nuestro convenio cese con sentimiento mío, yo habré sacado al menos la ventaja de hacer el conocimiento de una persona tan apreciable en todos conceptos. Yo no puedo hacer a Ud. ofrecimientos por la inutilidad en que me encuentro, pero sí puedo asegurarle que conservaré un grato recuerdo de las simpatías y afección que Ud. me ha dispensado.»

tenía todavía fuerza suficiente para consumir una de las más grandes, costosas y sangrientas evoluciones que le ha cumplido llenar al espíritu humano: la de abolir la teocracia que no es sino la peor fórmula del feudalismo, puesto que es el feudalismo de la conciencia».

En el prospecto también anunciaba Vicuña sus propósitos de combatir en forma enérgica por la libertad de Cuba y Puerto Rico. Este objetivo primordial que, como podrá verse luego, fué cumplido con largueza, no pudo por menos de despertar las suspicacias de la cancillería yankee y de la prensa y gobierno españoles.

La Voz de América alcanzó a vivir más de un semestre y su último número apareció el 21 de Junio de 1866, al término de la misión de su fundador. Sus columnas recibieron colaboraciones de Sarmiento, de Macías, de los principales patriotas cubanos y portorriqueños y de muchos hombres notables, sin contar la muy nutrida del propio Vicuña (154). La labor fué por todo extremo considerable, alcanzándose la intensificación del movimiento revolucionario en Cuba, movimiento que no se extinguiría sino con el logro de su independencia de España.

No fué por cierto *La Voz de América* el menor de los es-

(154) He aquí el sumario del primer número de *La Voz de América* y el de otro, escogido al azar: el 10, de fecha 21 de Marzo de 1866.

Número 1: *La Voz de la América* (prospecto).—Chile y España.—La España por dentro.—Cuba y los cubanos.—Chile y los Estados Unidos bajo un punto de vista comercial.—M. de Lamartine y la América.—El *Courrier des Etats Unis* y la doctrina Monroe.—Méjico y Bélgica.—La señal está dada.—Estados Unidos.—El Presidente de la República de Chile y su gabinete.—Los comerciantes de Nueva York y el bloqueo de Chile.—El manifiesto del gobierno de Madrid en la cuestión chileno-española.—Contra-manifiesto del Ministro de Relaciones Exteriores de Chile sobre la presente guerra entre la República y España.

Número 10: Insurrección en Cuba.—La revolución en Cuba y Puerto Rico.—La esclavitud de los negros en las Antillas españolas (II).—Las mujeres de Cuba.—Los destinos de Cuba.—Incorporación del Ecuador y de Boliva en la alianza Sud-Americana.—Tratado de alianza entre el Perú, Ecuador y Chile.—Ruptura diplomática entre Chile y el gobierno de la República Oriental.—El cobre de Chile en los Estados Unidos; monopolio y privilegios.—Los chilenos en California.—La cuestión de Chile y la prensa belga.—La España en disolución (III).—O'Donnell y Vellido Delfos.—Otro incidente parlamentario.—Otro escándalo en las Cortes.—Empréstito de Chile en Londres.—¿Cuál es la moral del cuento?—Tres causas de la guerra de Chile con España.—Portentosa habilidad del ex-comisario regio Salazar y Mazarredo.—El corsario *Meteor*.—Peripecias de la guerra entre la América del Sur y la España.—Otro incógnito.—Dudas.—Guerra inevi-

fuerzos hechos por Vicuña Mackenna en el magno proceso de unificación continental, que, si bien interrumpido por largo período de desenvolvimiento económico burgués, se encuentra hoy cercano de las etapas realizadoras.

table entre la Europa y la América (II).—La República de Chile (Lectura en el «Club de los Viajeros» (III).—Aviso».

El último número lleva Índice completo.

«El gasto de esa publicación—escribe Vicuña—mientras estuvo a mis órdenes no pasó de 5,000 pesos papel moneda, costando cada número con grabados y suplementos cerca de 300 pesos de aquella moneda».

Vicuña Mackenna corregía personalmente las pruebas de imprenta y disponía, con no pequeño trabajo, su distribución, cuidando de que llegara a manos de intelectuales, políticos y profesionales destacados de todo el continente.

Aún cuando llevado de su americanismo Vicuña cedió *La Voz de América* a revolucionarios cubanos, antes de abandonar Estados Unidos, suponemos no apareció ningún número con posterioridad a su partida. El total de los que fueron impresos bajo su dirección fué 28, esto es, 19 números y 9 suplementos (de los cuales uno dedicado a Méjico, cinco a Cuba, dos al Perú y a la victoria general de América, y uno sobre el bombardeo de Valparaíso). El número 16 tuvo dos suplementos.

XXXIX

En ningún momento perdió de vista Vicuña Mackenna los propósitos de vinculación continental, acariciados como un sueño que se prolongó toda su vida. «Mi primera idea desde las más tempranas horas de mi residencia en Nueva York había sido trabajar en el sentido de uniformar el sentimiento hispano-americano...». «A los pocos días de mi llegada comuniqué mi pensamiento anfiteónico al gobierno de Chile...». Pero desde la Moneda y desde Washington mismo le venían inyecciones de agua helada.

Sin embargo en la *Voz de América* el tono de sus escritos no varió un ápice. Y no es raro encontrar en sus columnas artículos en que habla «de la patria que ya no es sólo Chile sino la América entera...»

Cultivó relaciones de amistad muy estrechas con los representantes sudamericanos, especialmente con Matías Romero, Ministro de Méjico, y Sarmiento (155), que tenía a su cargo la legación Argentina. Con este último acarició proyectos de aproximación especial y hasta se habló de celebrar una alianza, idea que también era grata al presidente Mitre y que la guerra del Paraguay imposibilitó.

(155) Escribe Vicuña Mackenna en sus *Diez Meses de Misión*: «Junto con el Ministro de Méjico, el señor Sarmiento fué el mejor amigo que tuvo Chile entre los representantes de la América española en la del Norte. El asistía a nuestros meetings en su carácter oficial, celebraba como propios los ecos de nuestros triunfos y nos auxiliaba con su poderoso ingenio de escritor en la obra de propaganda que perseguíamos casi solos en aquella tierra; al paso que sus más íntimos adeptos, como su distinguido secretario Bartolomé Mitre (hijo), joven lleno de inteligencia y de elevación de alma, era el compañero y el amigo de todas nuestras horas de solaz y de trabajo». Mitre vertió al español algunos de los discursos y conferencias pronunciados en inglés por Vicuña.

Pero, aparte su labor de propaganda chileno-americana y en conexión estrecha con ésta, nada sedujo y preocupó tanto a Vicuña como su campaña en favor de la libertad de Cuba y Puerto Rico.

¿Cuál era la situación de aquellos territorios por esos años? Sometidos al imperio colonial de España, que fué fatal como sistema y duro hasta lo bárbaro en los medios de defensa y represión, soportaban el peso de autoridades militares encargadas de mantener a todo trance el yugo de la madre patria, posponiendo a las necesidades de la explotación imperialista los intereses nacionales. Toda conspiración era ahogada en sangre y al patíbulo subieron personalidades eminentes. La esclavitud, el comercio de carne blanca eran mantenidos en beneficio de los terratenientes y dueños de empresas que manejaban rebaños de animales y de hombres con igual criterio y dureza (156). ¿Podía subsistir tal estado de cosas mucho tiempo? El espíritu de rebeldía parecía sumergirse en una honda de desanimo y pavorización. Los revolucionarios llenaban las cárceles o trabajaban sordamente, con rara esperanza, en el exilio. ¿Y Estados Unidos? Aguardando la hora de hacer presa en esas tierras «por compra, o anexión, por conquista o sufragio universal que es otro modo de conquistar puesto hoy día en boga por déspotas hipócritas» (157) como advertía con visión profética Vicuña, ayudaba a España. El secretario Seward, mantenedor de esa política, no disimulaba su parcialidad y las simpatías con que miraba la causa de Isabel II y de sus cómplices en esos días en que el pueblo español, bien lejanos aún aquellos en que habría de sacudir sus cadenas monárquicas, gemía bajo la presión de un catolicismo medioeval y de una torpe camarilla de espoliadores y militarotes, bajo la cruz profanada y el sable siempre sangriento.

(156) «El Diario de la Marina», en uno de sus números del año 1866, citado por Vicuña Mackenna, trala los siguientes avisos, entre otros muchos de la misma índole: «¡Negros! ¡negros! Se hacen cargo para su venta, en grandes y pequeñas partidas, pues hay muchos pedidos. Se dan hipotecas, etc. (calle Obispo)». «Una negra de 19 años, de 40 días de parida con su cría. Se dará muy en proporción (calle Animas)». «Una mulata joven costurera y ágil para cuanto quieran aplicarla, embarazada de pocos meses, en ps. 400 y los derechos». «Dos negritos para cargar canastos. Un negro viejo en cinco onzas y una mulatica. Se venden varias cosas y un caballo, (calle Villegas)».

(157) *Diez meses de Misión.*

¿Qué posición podía adoptar Vicuña Mackenna? La rebeldía, el gesto de ofrecer todo su apoyo, la pluma entregada a la causa generosa, el ánimo ebrio de emociones libertadoras. Fué, desde su llegada a las playas norteamericanas, el primero y el más decidido sostenedor de la independencia de Cuba y Puerto Rico.

Esas simpatías coincidían, por otra parte, con la política americanista que no sin cierta parsimonia, pero con ánimo generoso en relación con el resto de las repúblicas sudamericanas, mantenía el Presidente Pérez en Chile.

Vicuña Mackenna se puso en contacto con la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico, constituida en Nueva York, y cuyos trabajos se veían reducidos a la impotencia por carecer de recursos económicos. ¿Cómo allegarlos? Vicuña pensaba que *La Voz de América* podía contribuir en forma notable a despertar el espíritu revolucionario de las sojuzgadas colonias españolas. De ahí el empeño que puso en la fundación de aquel diario americano. La labor habría de ser eficazísima y el propio Vicuña reconocería, más tarde, que «desde el primer número en que se publicaba el artículo titulado *La señal está dada*, en Diciembre de 1865, hasta el último en que se llamaba a los cubanos a las armas en Junio de 1866.» «su diario contiene la historia y los documentos de aquella agitación nacida en gran manera de la propaganda que por sus columnas incesantemente se hizo».

En sus trabajos en favor de la independencia cubana Vicuña Mackenna debió chocar con no pequeñas dificultades, provenientes en primer término de la falta de ayuda económica de parte de los gobiernos aliados: «pedí desde el primer momento de mi llegada a Nueva York—confiesa—los medios materiales de auxiliarlos, es decir, el oro, que es la pólvora de las guerras modernas, y desgraciadamente jamás lo obtuve».

Trabajó empero sin fatiga, a ciencia cierta de que sería muy difícil vencer los obstáculos que se le oponían y cuya importancia avaloró de inmediato. Ello da más alto relieve a sus esfuerzos y a la tenacidad heroica que estos significaron.

La Voz de América comenzó a ejercer influencia formidable en Cuba, a donde se enviaba valiéndose de diversas

estratagemas, como los libros de los filósofos franceses que a fines del siglo XVIII eran introducidos en las colonias españolas con tapas de vidas de santos. Las autoridades prohibieron su difusión, penando con presidio a quien se sorprendiese algún ejemplar del diario de Vicuña.

Numerosas conferencias celebró con los revolucionarios cubanos y portorriqueños, entendiéndose de modo especial con J. M. Macías y el Dr. J. F. Bassora. Ofrecióles todo el apoyo moral de Chile y un aporte económico correspondiente a las sumas colectadas por ellos en las tierras oprimidas. Vicuña Mackenna pretendía la participación oficial de Chile, y le parecía indispensable establecer una sólida base financiera. En cada una de sus comunicaciones al Ministro Covarrubias clamaba porque se le enviasen auxilios en metálico que le permitieran llevar adelante sus planes. Consultóse para elaborarlos con los principales exilados cubanos y diversos técnicos. Estos opinaban que era preciso organizar expediciones militares que partiesen desde Nueva Granada, Venezuela o Santo Domingo. «El país entero se pondría de pie—escribía Vicuña al político venezolano Blas Bruzual—y bastaría darle armas a los negros como lo hicieron Bolívar y San Martín en el Perú, para tener un ejército numerosísimo, una semana después de haber desembarcado con dos o tres mil hombres (158)».

Y a la cancillería chilena, en comunicación de 30 de Abril de 1866, adjuntándole informe detallado de sus planes: «Incluyo a US. el proyecto de invasión que ofrecí enviarle en mi anterior comunicación. Ha sido trabajado por una especie de triunvirato revolucionario que existe aquí, cuyos miembros están dispuestos a tomar parte en la empresa, realizada ésta en la forma que ellos indican. Vuelvo a reiterar a US. mi súplica de fijar la atención especial del gobierno sobre este particular. Cuba es el flanco más débil de la España...» El pensamiento de Vicuña era llevar la guerra al mar de las Antillas y allí batir a las naves españolas con las escuadras aliadas, alcanzando de este modo una finalidad tan alta como la de completar la independencia de todos los pueblos de Amé-

rica (159). Era ése el único medio de evitar que el triunfo—que se obtendría en el Pacífico de otro modo—resultase estéril. Pero en Chile no se comprendió la importancia americana de tal proyecto o se dudó del éxito. «Las consideraciones e informes contenidos en el número 22 y relativos a Cuba, respondió el Ministro Covarrubias, merecen nuestra especial atención». En la Moneda no había ningún hombre de Estado.

Entre tanto Vicuña Mackenna, sin desmayar un minuto, golpeaba todas las puertas y su periódico tocaba a rebato. Esas clarinadas ya habían dado fruto en una pequeña revuelta en la ciudad de Villa Clara, sita al oriente de la Habana, donde se alzó en armas, a comienzos de Marzo, un grupo de «mozos osados». La revuelta fué reprimida con violencia pero un viento de libertad agitaba los ánimos y amenazaba convertirse en ciclón. Meses más tarde, y aprovechando la victoria del Callao, obtuvo la ayuda del *Herald* que era «una verdadera potencia en Cuba».

(159) En nota de 22 de Abril, desde Nueva York, Vicuña Mackenna exponía su proyecto con precisión: enviar «una expedición chileno-peruana, que viniendo por el Istmo desembarcase al sur de la isla y la levantasé.

«Este plan es mucho menos difícil de lo que parece a primera vista. El Callao, punto necesario y extratéjico de partida de una empresa de ese género, no está a mayor distancia náutica de los puertos del Sud de Cuba que de Valparaíso. Bastarían doce días o dos semanas para transportar dos mil hombres a cualquiera de esos puertos, pues en un viaje directo se echan seis días desde el Callao a Panamá, uno o dos días podían emplearse en el paso del Istmo (para el que estrictamente no se necesitan más de ocho horas) y de dos a tres días hasta cualquiera de los puertos de Cuba, desde Cienfuegos en el centro a Santiago de Cuba, en la extremidad oriental de la isla».

«No dude US. que la isla está preparada para una invasión. Yo no me hago ilusiones sobre lo que debemos esperar de la poltrona aristocracia criolla... ni tampoco me lisongeo mucho con los esfuerzos que hiciera la población blanca, más o menos descontenta, pero al mismo tiempo bien hallada con su situación que les permite vegetar bajo su bello cielo. Pero la verdadera cuestión grave para Cuba es la de la abolición de la esclavitud, que no puede tardar en suceder de un modo u otro y la que ha de arrastrar forzosamente la independencia de esa isla...»

«Verdad es que los españoles tienen en Cuba un ejército de 20 mil hombres. Pero el que Pezuela poseía para oponer a San Martín en el Perú era de 23 mil, y aquel emprendió la campaña con cuatro mil soldados, contando con los mismos elementos en que ahora se apoyaría una expedición armada en Cuba; a saber el descontento de los criollos y la libertad de los esclavos, que fué lo que dió a aquel su triunfo definitivo después que el ejército había desaparecido en los hospitales de Huaura».

La expedición podría componerse de quinientos voluntarios chilenos y mil quinientos peruanos, considerados estos últimos más a propósito para el clima cubano. Se llevarían armamentos y municiones para veinte mil hombres.

Vicuña Mackenna transcribió la nota citada al dictador Prado, haciéndole reflexiones que parecieron decidir a aquél a aceptar el magno proyecto. Pero hubo vacilación en el gobierno y todo se perdió. Tampoco había en el palacio Pizarro ningún hombre de visión larga.

Sus gestiones con el gobierno peruano no alcanzaron mayor fortuna que la obtenida en Chile. «La guerra puramente marítima que propone el señor Barreda—escribía a Prado—fatigará sin duda a la España». Mas sería mezquino propósito contentarse con ello. Libertar a Cuba era una finalidad digna de los pueblos y de los gobiernos aliados. La idea de llevar la guerra a Cuba no podría estimarse como exaltación de espíritu. «Es el resultado—añade—de una tranquila reflexión y del estudio de los acontecimientos. La mejor prueba de mi convicción, es que estoy dispuesto a ir yo mismo en cualquier caso, si llevamos 20 mil fusiles y dos mil soldados. Sólo se necesitaría que estos fuesen escogidos y con jefes que jamás retrocediesen. No deje Ud. de tomar este negocio entre manos y de combinarlo con Chile. Mire Ud. que Cuba está a diez días del Callao, y que las grandes cosas se van reservando en este mundo para la fe, la juventud y el entusiasmo». El dictador le respondió, en carta de Lima del 3 de Junio: «no dude Ud. por un momento que procuraré sacar todo el partido posible de las ideas que con tan buen deseo me participa Ud. en su última comunicación fechada en Nueva York en 10 del pasado Mayo, que acepto de pronto como buenas y conducentes al importante objeto que nos proponemos, pero que no será de mas meditarlas con detenimiento...» Prado no fué más allá. Era hombre que solía quedarse en las buenas intenciones, a semejanza del Presidente Pérez.

Y golpeando las puertas de Venezuela, escribía a Bruzual: «Hable Ud. con el señor general Falcón, y asegúrele en mi nombre que si él se compromete a alistar dos o tres mil hombres, yo encontraría aquí los medios de conducirlos y de equiparlos, incorporándome en ellos en el sitio que se me señalase, llevando además diez o veinte mil fusiles». Venezuela tampoco se atrevió a decidirse y Vicuña Mackenna, cuyo nombre andaba «en boca de todos los cubanos», tuvo que resignarse a interrumpir sus trabajos, llamado a Chile por su gobierno.

¿Por qué los esfuerzos decididos de Vicuña no obtuvieron el éxito que se merecían? ¿Por qué, mejor dicho, la guerra de Chile y Perú contra España no alcanzó resultados que correspondiesen a los sacrificios hechos? Vicuña anota las causas

con la franqueza que brilla en todos sus escritos: «1.º El que fueran Mr. Seward y Lord Clarendon (políticos empapados por circunstancias especiales en mil afinidades españolas) los directores de la política internacional de los Estados Unidos y de Inglaterra... 2.º El que se hubiera buscado el desenlace positivo de la guerra en el Pacífico y no en el mar de las Antillas... 3.º El que los chilenos hubiesen querido hacer la guerra ofreciendo todos su sangre y ninguno su dinero...»

De todas suertes las actividades de Vicuña Mackenna y de sus compañeros prepararon el terreno para la hora de la libertad. El esfuerzo desplegado merece bien los homenajes de la historia.

X L

La noticia de la toma de la *Covadonga*, triunfo honroso para la marina chilena que carecía entonces de elementos eficaces, llegó a Nueva York, soplando nuevos ánimos al Agente Confidencial de Chile (160). «Nevaba aquel día copiosamente, recuerda Vicuña en el libro de su *Misión*, y me encontraba yo postrado en cama con un ataque de bilis (mal sin duda crónico de los agentes sin dinero, pues a mí me aquejó sin descanso durante los siete meses que residí en los Estados Unidos), cuando se presentaron en mi frígida habitación dos mensajeros portadores de los detalles y de las impresiones de aquel hermoso triunfo. Eran aquellos el comandante don Lizardo Montero, que venía del Perú a comprar monitores, con un capital de 500 pesos, con los que pagó su cuenta de la primera semana en el hotel de la Quinta Avenida y el capitán de la compañía inglesa de vapores del Pacífico don Guillermo Enrique Wilson, enviado desde Chile con un capital en letras sobre Londres por 19,000 pesos, con el objeto de adquirir y comandar el corsario que debería llamarse *Atacama*, el que, empero, no tuvo mas de corsario que su nombre o si se quiere las intenciones».

(160) Meses más tarde llegaría la del bombardeo de Valparaíso por la escuadra española, causándole honda indignación que debía reflejarse en sus artículos de *La Voz de América*. La orden del bombardeo fué conocida por el ministro Seward con anticipación oportuna, sin hacer nada para evitar que se llevase a cabo. Vicuña Mackenna, informado sobre el particular y de acuerdo con Asta-Buruaga, envió un correo de gabinete al gobierno chileno, pero, desgraciadamente, llegó tarde.

Vicuña Mackenna se había trasladado del hotel Metropolitan a «una modesta casa de la tranquila calle Nueve, no lejos de Broadway y casi al frente de donde hacía catorce años había vivido ciertamente más feliz que en esos días». A mas de Aldunate le acompañaba Pedro Pablo Ortiz, adicto a sus trabajos en calidad de oficial de la legación chilena.

«Era aquella residencia una casa de huéspedes—escribe Vicuña—pero siendo pequeña, la habitaban sólo tres o cuatro comerciantes alemanes y un griego que era mi inmediato vecino. Yo tomé una pieza mediana en el tercer piso y pagaba por ella 35 pesos al mes, cabiendo apenas en su recinto mi cama, una cómoda para la ropa y una mesa de escribir».

En esa habitación recibía Vicuña a personajes de todas cataduras, desde el ministro Sarmiento hasta el más modesto solicitante. No pocos inventores de torpedos o seudo armadores de buques lograron colarse ahí y fué menester del auxilio de una fornida irlandesa, sirvienta de la dueña de casa, para poner orden en la diaria invasión, dando con la puerta en las narices a la incontable falanje de importunos. Un día la consigna fué forzada por las autoridades policiales... Mas, dejemos a la pluma del genial escritor este donoso relato: «Hallábame, pues, en la tarde del 6 de Febrero (1866) encerrado en mi habitación y corrigiendo pruebas de imprenta de un folleto en inglés que estaba publicando sobre Chile (161), cuando el joven Hunter que me servía de «secretario privado» entró sobresaltado diciéndome que el *marshall* de Estados Unidos venía a arrestarme según una orden que acababa de darle a leer. Sin inmutarme en lo menor (y en esta serenidad no había nada de extraño, pues si con algo había estado yo familiarizado durante mi vida había sido con corregir pruebas y con ir a la cárcel), bajé a presentarme al *marshall* de Estados Unidos, Mr. Roberto E. Murray. Me preguntó mi nombre, y al dárselo con todas sus letras, me notificó la orden de arresto presentándome-la. La leí yo rápidamente por estar impresa, con sólo algunas líneas manuscritas para llenar los blancos, y le observé en el acto que aquella orden no podía ejecutarse pues tenía privi-

(161) *Chili, Spain and the United States*, publicado bajo la firma de Daniel Hunter.

legio diplomático... Al principio, el sicario federal se amostazó y me dijo que me llevaría por la fuerza, pues era un hombre bastante grosero en sus modales; mas luego conoció por mi actitud y mis palabras que mi resolución de no dejarme atropellar era seria, y se retiró a los diez minutos, diciéndome que iba a consultarse con el fiscal, dejándome acompañado de cuatro de sus custodios.

«Era el *marshall* Murray un retrato vivo de esos perros dogos que ha inmortalizado Granville con su maravilloso buril... Sus mejillas caídas, rojas y sin barba, su nariz corta y aplastada, su frente echada hacia atrás y sus dos hileras de dientes blancos e incisivos, que mostraba en ambas mandíbulas al articular cada sílaba, hacían que no le faltase sino el ladrido para parecerse a un mastín de presa, ya que por su profesión tenía la de husmear víctimas y perseguirlas. Entre los lebreles que le seguían y que parecían pertenecer a todos los géneros de la especie *can*, distinguíase un *quiltro* sumamente bullicioso que hacía de segundo en la jauría, y a cuyo cargo me dejó el *marshall*-mastin al ir a hacer su consulta diplomática. Llamábase el tal sabuezo Mr. Newcomb (*Peine Nuevo*), y a la verdad que su nombre era apropiado pues aquel bellaco tenía más cara de rasqueta que de cristiano. Durante la ausencia de su jefe hizo tanta halaraca, dijo al oído de sus camaradas tantos secretos y tuvo, como la ardilla de Iriarte, tantas idas y venidas, que no podíamos menos de reirnos con la mejor gana del mundo, a la par con Aldunate y Sarratea, de aquella farsa grotesca. Miss Sara (162) estaba en la escalera y con sus grandes ojos negros asombrados parecía decirnos que lo que sucedía no era para la risa, y otro tanto nos significaba el pobre Hunter. Pero Aldunate y yo no nos equivocamos. Comprendíamos por instinto criollo que todo aquello era un *humbug* (163); criollo también, que no tendría de desagradable más que el que nosotros íbamos a figurar en él no como testigos sino como actores».

Regresó media hora después Murray y usando modales

(162) La dueña de la casa en que habitaban Vicuña y sus compañeros.

(163) Término para significar la idea de farsa.

mas corteses lo dejó en libertad relativa, con obligación de ser acompañado por uno de sus agentes. Vicuña fué a comer a la Maison Dorée y enseguida se trasladó al estudio del Dr. Stoughton, reputado como uno de los abogados más hábiles de Nueva York. Este se ofreció para defender la validez de su privilegio diplomático y Mr. Hobson, a quien visitó luego, se constituyó en su fiador.

¿A qué móviles o pretextos obedecía medida tan arbitraria?

Vicuña Mackenna había comprado un barco de guerra que el gobierno chileno debía considerar especialmente ventajosa. El *Meteoro*, que tal era su nombre, tenía condiciones para el curso que no escaparon a la suspicacia del ministro Tassara y éste, avisado por sus espías, buscó la oportunidad de retenerlo. La salida del *Meteoro* se preparó en forma pública, de manera tan sagaz que dejaba el asunto legalmente fuera de la ley de neutralidad. «Un ciudadano americano Mr. F. de Boston,—explica el Agente de Chile—había vendido a otro ciudadano americano el capitán Wilson, de Washington, un vapor que no sólo no estaba en un servicio de guerra, sino que había sido puesto a correr durante los últimos meses en una línea mercantil, acarreando harina de Nueva York a Nueva Orleans, y que en los momentos de la venta no sólo se encontraba desarmado, sino que se había sacado de su cubierta y con el expreso objeto de evitar los mas nimios reparos de la neutralidad de Mr. Seward, los dos pequeños cañones que antes tenía y que apenas podían considerarse como a propósito para señales, pues eran de los mismos que suelen usar con ese objeto aún las naves de comercio».

Ocurrió por esos mismos días que el doctor Esteban Rogers, cónsul de Chile, había entrado en negociaciones secretas con un cirujano llamado Ransey «que se decía inventor de un torpedo nuevo y terrible» y con un su socio que se daba título de Coronel Perry. Este último, aventurero de pocos escrúpulos y *torpedista* más que vendedor de torpedos, había ideado modo de estafar al gobierno chileno. Suscribióse un contrato, bajo la fe del cónsul Rogers, comprometiéndose los proponentes a entregar dos botes-torpedos en un puerto de Chile

y en condiciones que salvaguardaban los intereses de este país. Pero, y aquí del timo, pretendió Perry obtener adelantos que Vicuña le negó en redondo. Convencido el timador que por allí no había escape, dióse prisa en vender el contrato al cónsul español. Este o algún personero oficioso de España lo llevó al Fiscal de Estados Unidos, quien el día 5 de Febrero lo puso a disposición del Gran Jurado, el que encontró culpable al representante chileno de violación de la ley de neutralidad.

Basado en este acuerdo el juez Shipman firmó el mismo día una orden de prisión (*bench warrant*) que era la que había ido a cumplir el *marshall* Murray.

Al día siguiente, escoltado por dos nuevos alguaciles, Vicuña Mackenna se dirigió en compañía de Mr. Stoughton, su abogado, a la Corte Federal. El honorable Daniel Dickinson, que había sido en dos ocasiones candidato a la presidencia de la Unión, dirigía los debates del alto tribunal y a su presencia fué llevado el «Embajador y reo» como se titulara él mismo en su sabrosa carta a Núñez.

«Mr. Dickinson—escribe Vicuña—nos recibió sonriendo y con chanzas, peculiaridad de la mayor parte de los políticos del norte, incluso Mr. Seward (aunque las de éste suelen ser algo pesadas) y de tal manera que a la media hora de estar en su presencia como reo ya me había contado al menos una media docena de anécdotas de su profesión, y yo le consideraba mas que como un perseguidor como un amigo. ¡Pobre anciano! Se conocía que era un republicano de corazón, y tal vez el papel odioso que se veía obligado a desempeñar precipitó la cuenta de sus días! Una mañana en que nos interrogaba él mismo en el tribunal, lo notamos más pálido que de costumbre, y en ese mismo día (12 de Abril) se fué a su casa a morir».

«Entre tanto, yo, desde la noche anterior, había escrito por el telégrafo al señor Asta-Buruaga, anunciándole lo que había tenido lugar y que sólo había escapado de la cárcel gracias al título diplomático que había tenido la previsión de otorgarme. Le decía que por lo tanto era indispensable mantenerlo a todo trance, pues lo iba a presentar en la corte, como ya lo

había presentado al *marshall*; y en efecto, lo había puesto aquella mañana en manos del Fiscal.

«Hallábame en la oficina de este funcionario esperando por momentos la respuesta telegráfica del señor Asta-Buruaga confirmando mis salvadoras aseveraciones, cuando se presentó un repartidor del telégrafo inmediato llevando un telegrama para el Fiscal y otro para mí, firmados ambos por el señor Asta-Buruaga.

«En uno y otro, nuestro digno Encargado de Negocios me negaba, como San Pedro al Crucificado, el título de secretario suyo (164), el mismo que original de su puño y letra y bajo el sello de la Legación de Chile, acababa de depositar yo sobre la mesa del Fiscal».

El trance era duro. «Confieso, cuenta, que necesité en aquel momento de toda mi serenidad de espíritu para no inmutarme...»

En Washington, el tímido Encargado de Negocios, temiendo comprometer los intereses de Chile al reconocer de modo taxativo, en trance judicial, la investidura de Vicuña, había acudido, luego de consultarse con abogado, a una argucia jurídica. En su telegrama decía que «podía no considerársele como secretario de Legación». «Redactado así ese telegrama—expresaba Asta-Buruaga en nota a la cancillería chilena—no establecía que no era secretario, sino que podía no tenerse por tal, según el aspecto que el caso tomase más tarde».

(164) El Agente confidencial de Chile fué presentado en Washington oficialmente, como secretario de la legación chilena, por Asta-Buruaga. Se dió este paso a fin de facilitar la misión de Vicuña, otorgándole mayores seguridades para poder actuar.

Vicuña Mackenna se dirigió a Washington, en aquella oportunidad, el 27 de Enero. Escribe en el libro de su *Misión*: «Tres o cuatro días habité en esta metrópoli que Dickens llamó espiritualmente de *magníficas intenciones*... y si hubiera de contar todo lo que en ella ví, y a fé que para tal me habían de sobrar las ganas, haríase forzoso el llenar muchos capítulos de este libro con materia nueva y divertida...»

«Me contentaré pues con decir que por aquellos días en que la capital de los Estados Unidos brillaba con todos sus fugaces resplandores, ví a casi todos los hombres famosos en la política y en las armas de la Unión Americana, a quienes fuí sucesivamente presentado en una serie de *recepciones y aprieta manos* (porque lo de besar es poco usado en el país), tan repetidas y amontonadas unas sobre otras, que en una sola noche recuerdo haber asistido... a no menos de cinco de aquellas fiestas político-sociales».

«Ví por supuesto la Casa Blanca y dí la mano a Andrés Johnson el presidente-sastre, vestido con una larga levita que parecía hecha de su mano, la que apreté con efusión republicana sin temor de clavarme con agujas, pues no estaba en esa recepción sino en Cuba, brindando por la España, mi amigo Mr. Seward».

Vicuña rindió fianza de diez mil pesos ante la Corte y quedó en inmediata libertad. A pesar, probablemente, de los deseos del ministro Seward...

«Desde ese día quedé libre, y no volví a ser llamado al tribunal sino a la audiencia del 15 de Febrero». En esta oportunidad se rectificó «de una manera sagaz y honorable la contradicción en que había incurrido con el señor Asta-Buruaga sobre mi título diplomático, el que renuncié en el mismo acto para ser juzgado como simple ciudadano». La acusación, personal, era la de haber intentado sacar de Estados Unidos «una expedición militar contra los dominios de la reina de España».

A Vicuña Mackenna no se le ocultó que el fondo de esa persecución que alcanzaba caracteres odiosos era mostrar a Inglaterra que en Estados Unidos se guardaba la neutralidad impidiendo se armasen buques en corso. «El argumento Aquiles contra el *Alabama*, como un supremo arbitrio de cobranza por indemnización había sido encontrado».

La prisión de Vicuña y su proceso provocaron enorme escándalo en toda la Unión, dando origen a raudales de publicidad que redundarían en provecho de su misión, pues en adelante todos los armadores y fabricantes de armas le pondrían sitio. La prensa lanzó informaciones sensacionales en que se abría la puerta de la imaginación periodistil.

Entre tanto el asunto del *Meteoro* siguió en tabla (165). Este proceso no tenía relación directa con el de Vicuña, pues mientras el último constituía un asunto de proyecciones internacionales con que el canciller Seward y el gobierno yankee intentaban presionar a Gran Bretaña, el primero era «una acción *in re*, un asunto doméstico, un *negocio* en fin, partible como una herencia, mitad para el denunciante, mitad para el

(165) Paralelamente a las gestiones de Vicuña Mackenna sobre adquisición del *Meteoro*, e ignorándolas, el cónsul Rogers había iniciado otras con el mismo objetivo, por intermedio de un grupo de foragidos. Estos, impuestos mas tarde de que sus oficios habían fracasado, se fueron al consulado de España y denunciaron la próxima salida de un *corsario chileno*. El funcionario español llevó la delación al Fiscal el 23 de Enero y éste ordenó la detención del *Meteoro*. Rogers, hombre honesto pero torpe, fué pues el causante de los dos procesos.

marshall, el fiscal y todas las autoridades federales de la Unión» (166).

La primera audiencia tuvo lugar el día 17 de Marzo. En la cuarta, verificada el 2 de Abril, fué interrogado Vicuña quien se negó a declarar como testigo en causa propia, de acuerdo con los términos de la ley americana. En la sexta audiencia, Mac Nichols, uno de los acusadores, manifestó que tenía mala voluntad al Agente de Chile porque no había querido emplearlo, considerándolo a él (Mac Nichols) «muy estúpido» para servir en la marina de Chile.

Declararon en las audiencias el Encargado de Negocios de Chile y numerosos testigos, atrayéndose en manera ruidosa la curiosidad del público neoyorkino, pues se batieron algunos de los mejores abogados de la ciudad. El proceso se arrastró largo tiempo y la sentencia final, dictada después del regreso de Vicuña Mackenna a Chile, condenó al *Meteoro* por violación de la ley de neutralidad.

En cuanto al proceso seguido a Vicuña, tuvo fin singular. Empeñado Seward en hostilizar al gobierno británico favorecía el movimiento feniano en forma tal que los caudillos de éste, Roberts y O'Maoney, habían preparado en Nueva York su expedición para invadir Canadá, sin que desde Washington se les pusiera ningún obstáculo a pesar de las reiteradas protestas del ministro inglés. ¿Y la ley de neutralidad? Ahora convenía violarla y el canciller de la Unión no dejó de hacerlo. «¡Oh diplomacia!—exclamaba Vicuña Mackenna.—Cuánta poredumbre oculta tu frac negro...»

No quedaba sino echar tierra en el caso del Agente Con-

(166) Véase Vicuña Mackenna: *Diez Meses de Misión*.

A propósito de las actividades, recelos y suspicacias de los representantes de España, cabe recordar una pintoresca jugada que Vicuña Mackenna y sus ayudantes hicieron a aquellos. Estando surtas en Nueva York las fragatas españolas *Carmen* e *Isabel la Católica*, fué abandonada en la calle una supuesta carta en que Vicuña daba cuenta a su amigo Lastarria, Ministro en Argentina, de una serie de operaciones de corso en las costas enemigas. Recogida la carta por un espía español, que creyó hacer notable descubrimiento, cayó el Ministro Tassara en el garlito e hizo salir en forma apresurada a las naves de doña Isabel, interrumpiendo el programa oficial de festejos en honor de su plana mayor y oficialidad. La estratagemata significó al gobierno de la reina no poca pérdida en dinero y el consiguiente ridículo, explotado por la prensa. El *New York Herald* hizo una relación sensacionalista en su número del 18 de Marzo de 1866.

fidencial de Chile y esa fué sin duda la orden oficial. «Mas como yo no quería dejar pendientes mis fianzas, insistía en ser juzgado, negándose a ello obstinadamente los fiscales» (157).

Ante la inutilidad de sus esfuerzos para hacer marchar la justicia yankee, Vicuña escribió a su abogado, Mr. E. W. Stoughton, el 15 de Mayo: «Como he tenido el honor de asegurar a Ud. en todas ocasiones, yo no pretendo hacer ostentación de valentía provocando un juicio, en el que tengo la seguridad de ser absuelto, si soy juzgado por un jurado; pero tampoco quiero aparecer como solicitante de ningún favor de las autoridades de Nueva York o de Washington. Todo lo que exijo es justicia pronta y cumplida, pero sobre todo pronta». Esa justicia no se hizo nunca.

En nombre de la neutralidad se habían incubado los procesos de Vicuña y del *Meteoro*. Y como era un principio interpretado de modo *sui generis*—como la doctrina Monroe—el joven y preclaro representante de Chile lo juzgaba en términos hartamente razonables: «La neutralidad, como principio, es coetánea de la existencia misma de los Estados Unidos, o más propiamente es la más genuina expresión de su manera de ser porque la neutralidad, tal cual se ha entendido en la América del Norte, no es sino la forma internacional del egoísmo»

X L I

Paralelamente a sus tareas de propaganda y agitación, Vicuña, de acuerdo con Asta-Buruaga y asistido por su técnico el capitán Guillermo Wilson, hombre de capacidad y honradez acrisolada, realizó diversas compras y contratos militares que fueron de extraordinaria utilidad en aquellas circunstancias y aún advenida la paz, a pesar de las críticas acerbas que suscitaron en algunos «marinos de tierra firme» como con donosa burla llamara a los eternos murmuradores de su tierra (167).

Sus operaciones en materia de armamentos se concretaron a la compra de cuatro barcos de guerra, varios torpedos, cañones, elementos de combate y a la contratación de algunos técnicos que no se aprovecharon debidamente en Chile y otros cuyos servicios fueron cedidos al gobierno peruano por el de la Moneda. Todo ello aparte de los trabajos que realizó en favor del Perú y de la colaboración que prestó a sus agentes.

Entre los múltiples asuntos que traía entre manos, cuenta Vicuña, «me había ocupado de organizar una expedición de atrevidos aventureros, oficiales de mar y mecánicos, que se dirigiesen a Chile por la vía de Panamá y de cuenta de nuestro gobierno, para emprender operaciones secretas contra los buques españoles, dueños tranquilos de nuestras bahías; había hecho construir expresamente 18 magníficos torpedos fijos a

(167) Los «marinos de tierra firme» pretendían que los barcos eran inadecuados y que Vicuña había sido engañado por su técnico el capitán Wilson.

razón de sesenta pesos cada uno (que fueron los mismos, según se nos ha dicho, que se quemaron en la aduana de Valparaíso el día del bombardeo); se había adquirido, bien que no con todo nuestro parecer, un bote-torpedo a vapor para secundar las operaciones de aquellos osados voluntarios; se había contratado el oficial de artillería naval y fundición de cañones de más reputación en todos los Estados Unidos, para que viniera a plantear el mismo precioso establecimiento de guerra que se ha construído después en Limache, y por último, nos habíamos puesto al habla con algunos de los jefes más notables de la marina confederada...» Entre esos jefes a quienes el término del conflicto civil había dejado sin puesto ni fortuna, se destacaba el comodoro Tucker.

Los buques eran el *Ne-Shaw-Nock*, de 1800 toneladas y 14 a 15 millas de andar, enteramente nuevo; el *Pencas*, cañonera de guerra construída en 1861, de 507 toneladas; el *Isabella*, buque de fierro y hélice de 700 toneladas, y el *Cherokee*, buque idem de 606 toneladas, «muy notable por sus cualidades marineras y por su andar» (168). Traídos todos ellos a Chile, sin ningún riego para su gobierno, y hechos los arreglos convenientes y armados con los cañones comprados por él mismo, fueron calificados por los técnicos oficiales chilenos y extranjeros en forma altamente satisfactoria.

El gobierno de Chile reconoció esos servicios en nota del Ministro de Relaciones Exteriores de fecha Agosto 4 de 1866, en la cual se decía como, a pesar de las ingentes dificultades ocurridas, había logrado Vicuña «proporcionar a nuestro país un poderoso contingente de elementos de guerra». «En la adquisición de esos elementos—añadía el Ministro Covarrubias—ha desplegado Ud. la más escrupulosa economía y mediante sus esfuerzos, la república ha obtenido, a precios relativamente módicos y bajo condiciones ventajosas, un considerable material de artillería de grueso calibre y cuatro naves adecuadas para la guerra».

¿Cuánto gastó Vicuña Mackenna en sus adquisiciones para la defensa nacional? Sólo 960,815 pesos, moneda chilena. El

(168) Informe al Ministro de Marina.

representante de Chile poseía, en achaques de dinero fiscal, el secreto de las economías heroicas.

En recompensa de tales esfuerzos Vicuña recibió a fin de Mayo una comunicación oficial en que se ponía término a su misión y una atenta esquila de Covarrubias dándole explicaciones sobre el particular. La noticia no pudo menos de causarle júbilo, pues ya los nervios estaban gastados y la fatiga de tan considerable actividad no era escasa. «En verdad mi misión estaba concluída—escribe Vicuña—y ya el tedio comenzaba a invadir el alma empobrecida por los desengaños, arrebatándole sus últimos bríos, porque el desencanto venía de todas partes y de ninguna el estímulo, ni siquiera la justicia» (169).

Vicuña comenzó a preparar sus flacos equipajes.

Pero antes de acompañarlo a bordo del navío de retorno, mencionemos la publicación de un folleto en inglés que bajo el título de *Chili, Spain and the United States* hizo en la imprenta de Hallet, en Nueva York. En él se contenía una descripción general de Chile, y algunos de los discursos y conferencias dictados por el autor, quien ocultó su nombre bajo el de su secretario particular Mr. Daniel Hunter.

El texto inglés, redactado por el propio Vicuña, es de una corrección irreprochable.

Aún otras actividades.

El gobierno norteamericano había propuesto en forma reiterada su arbitraje a las naciones beligerantes en el conflicto con España. Con notable sagacidad Vicuña adivinó tras el ofrecimiento del secretario Seward la mano del Ministro Tassara y pudo influir en evitar a los países americanos nuevas humillaciones. Sus notas oficiales al respecto son interesantes.

Por ese mismo tiempo Vicuña dió nueva muestra de su exaltado americanismo. Fué el caso de la deuda ecuatoriana. El gobierno de Ecuador atrasó cerca de tres meses el pago de un dividendo que alcanzaba a 10,533 pesos 28 centavos y, para cobrarse, el presidente Johnson solicitó del Congreso Fe-

deral «el recurso de que se autoricen otros procedimientos, en el evento de que llegaren a ser indispensables» (170). Es decir la presión militar y acaso la ocupación.

Vicuña Mackenna se exaltó. «Tuve, en vista de tanto escándalo—escribe en el libro de su *Misión*—uno de aquellos *arranques* que en nuestra clásica tierra de la circunspección estólida dícense propios de loco, y fué tomar un cheque por el valor reclamado (de aquellos mismos que aún quedaban del gran meeting de Monroe) y mandárselo en un sobre a mi encumbrado carcelero, constituido ahora en alguacil de las «hermanas repúblicas de Sud América...»

Asta-Buruaga y Barrera ofrecieron la fianza de sus respectivos gobiernos. Pero el gesto de Vicuña ha permanecido...

Y era en verdad el más hermoso sello que podía tener su misión americanista en los Estados Unidos.

(170) Mensaje fechado en Washington el 9 de Mayo de 1866.

X L I I

Cuando el vapor *New York* con sus chimeneas encendidas abandonaba las aguas que bañan la gran metrópoli del Norte, Vicuña Mackenna, fatigado de la titánica lucha sostenida en tan opuestos frentes (171), pudo decirse esta frase—que semanas más tarde apuntaría en sus *Diez Meses de Misión*—: «Hacía por esos mismos días 15 años a que en una noche oscura (4 de Julio de 1851) había roto por entre dobles filas de centinelas y con el disfraz de mujer una prisión política en que guardaban afanosos carceleros mi juventud, mis esperanzas, mi amor por la gloria y por la fama, y confieso que al respirar la mañana siguiente el aura de los campos de Peñuelas cubiertos entonces de una alfombra de verdura y galopando sobre su tapiz con la embriaguez de la libertad, confieso decía, que no sentí ni la mitad del gozo que ahora se albergaba en mi corazón al dejar aquella inmensa cárcel de oro y de lodo en que había vivido durante siete meses en la espléndida ciudad de Nueva York».

(171) Su misión quedaba concluída, siendo magníficos los frutos. Un diario chileno, en medio de la general ingratitud lo reconoció con antelación. *El Independiente* en su edición del 24 de Enero de 1866 dijo esta frase justa: «Cuando el historiador trate de escribir la relación de la guerra que sostenemos contra el poder de España, sin duda que dedicará una sentida página a los chilenos que velan por Chile en tierras extrañas. En esa página estamos ciertos que el nombre de Benjamín Vicuña Mackenna, ocupará un lugar distinguido o acaso el primero de todos».

La justicia que suele dispensar la opinión pública—casi siempre póstuma en Chile, porque a menudo sólo reconocemos méritos cuando hay cuatro tablas de por medio—diría mucho más.

Llegado a Lima el 12 de Julio, Vicuña se trasladó inmediatamente al palacio Pizarro, celebrando detenida entrevista con Prado. El dictador lo recibió con especial deferencia y en amable camaradería tejieron planes de unión y fraternidad para sus respectivos pueblos, en esa misma sala de los presidentes peruanos en donde andando el tiempo un sucesor suyo firmaría el tratado secreto de alianza con Bolivia, cuyas agresivas cláusulas él mismo llevaría a la práctica bajo las sugerencias corruptoras del salitre y del guano. Entre tanto aquél día Prado hubo de escuchar con respeto y acaso con sincera admiración las directivas americanas de Vicuña Mackenna.

No perdió su tiempo en Lima el Agente de Chile. Visitas a diversos políticos, conferencias, reuniones. Y a petición del propio Prado escribió tres artículos que con el título de *La Alianza del Perú y Chile* vieron la luz en *El Comercio* los días 14, 16, y 18 de Julio respectivamente. El primero versó sobre el pasado, sobre el presente el segundo y el último tendía sus alas hacia el porvenir.

«La naturaleza, la geografía, la diversidad de climas, el cambio de producciones, la sociabilidad, la historia, la vida misma de las Repúblicas hermanas del Perú y de Chile,—escribía Vicuña—todo lo que es su ser y su porvenir ha contribuido a formar de estos dos países un solo pueblo, de una y otra República una sola potencia».

«Chile no fué nunca libre, agregaba, sino cuando el Perú fué libre también. El Perú, a su vez, no alcanzó la plenitud de su poder como nación sino cuando la independencia de Chile estuvo asegurada. Sus peligros, sus dolores, su gloria, todo les ha sido común».

«Desde Socobaya a Yungay,—añadía aún Vicuña Mackenna—Chile y el Perú formaron una sola familia».

En el tercer artículo —*El porvenir*—se revela contra criminales pesimismo. «Existe en Chile, en el Perú, en todas las secciones de la América que antes fué española—dice—cierta escuela de hombres pesimistas que donde quiera que miren no ven sino sombras, donde quiera que marchen no encuentran sino abismos. Para ellos el pasado es todo. El presente es un caos. El porvenir una quimera o un dolor. Como

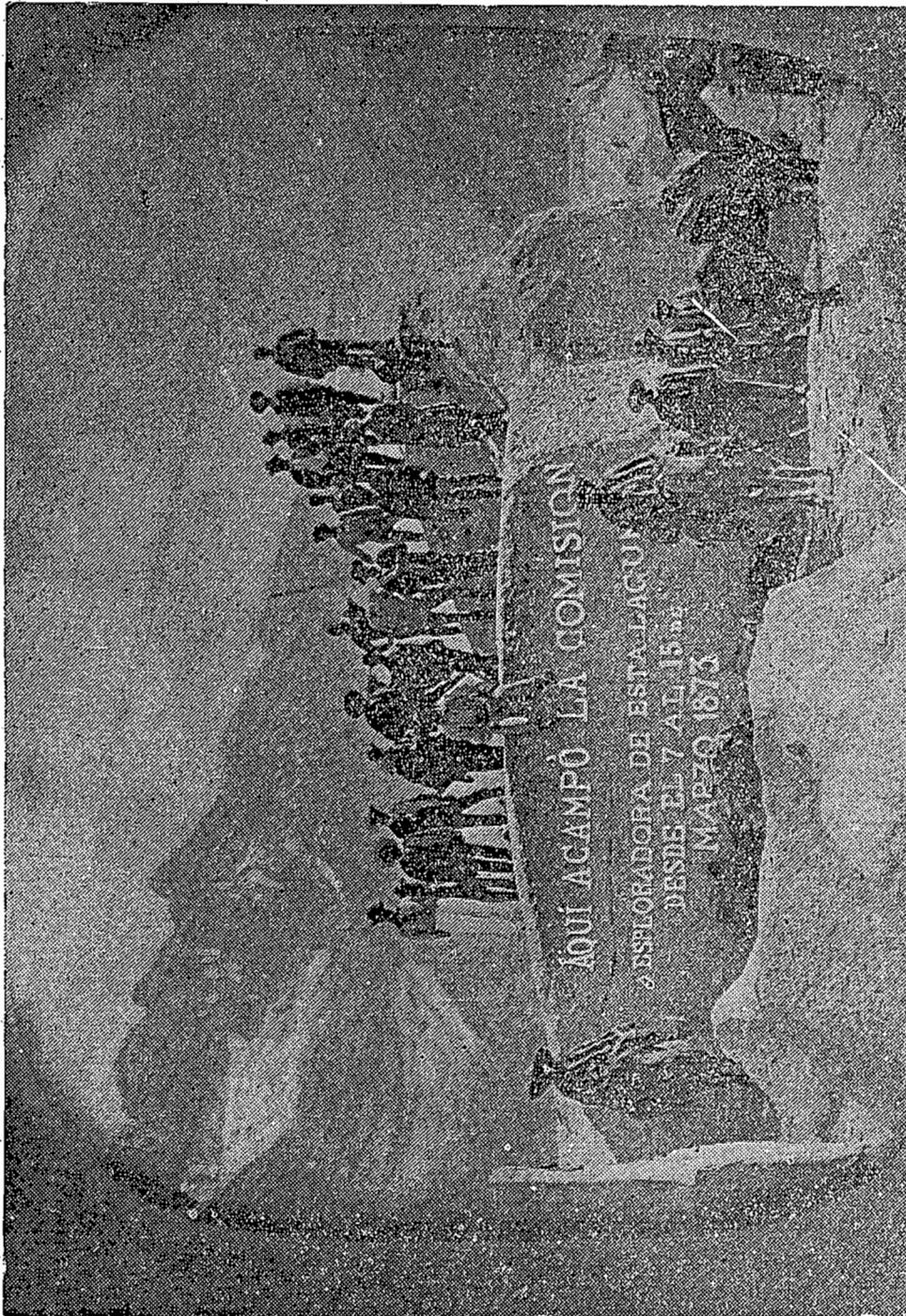
los réprobos del Dante, están condenados siempre a no mirar sino para atrás. El desencanto que se anida en sus propias almas lo comunican a todo lo que ven, y a fuerza de sentir estrangulada su fé, de no descansar sino sobre su propia impotencia, concluyen por forjarse la melancólica creencia de que viven en un mundo de miserias, de decepciones, y sobre todo de impotencia». «Esas gentes que se complacen en augurar desastres y un desenlace funesto a la noble, a la santa alianza celebrada entre Chile y el Perú y que ya han ratificado con elevado patriotismo las Repúblicas de Bolivia y Ecuador verán incumplidos sus pronósticos. América avanza hacia la unión.

«El verdadero teatro de la alianza americana—expresaba en otra parte—no está en las orillas del Rimac ni del Mapocho. Está en el ancho océano; en el Pacífico desde Guayaquil a Manila; en el Atlántico...»

América marcha. Chile y el Perú levantan los hilos telegráficos que acercarán a los gobiernos, destruyendo «por medio de una corriente mágica e invisible esas fronteras de arena o de granito que las pasiones mezquinas de los hombres, más que la avaricia de la naturaleza ha levantado entre los pueblos».

La alianza americana reportará beneficios «representados en una variedad infinita de reformas, de trabajos, de empresas comunes, que estriban todas en la cooperación recíproca de los pueblos...» Y se modificará «la condición civil de los ciudadanos que tienda a hacer sus derechos iguales con relación a su mérito y a su profesión y no al acaso de la pila bautismal».

Esos artículos trazaron surco. El eco de sus ideas agitó la opinión, hubo entusiasmo, esperanza mesiánica, contenido americano. Pero la noble onda fuése diluyendo en el mar de los intereses lugareños y de las pequeñas vanidades provinciales. Era grande aún el sopor en que dormían los hombres del sur y los ideales de unión no tardaron en buscar refugio en la misma nave que conducía a Vicuña Mackenna, rumbo de Chile...

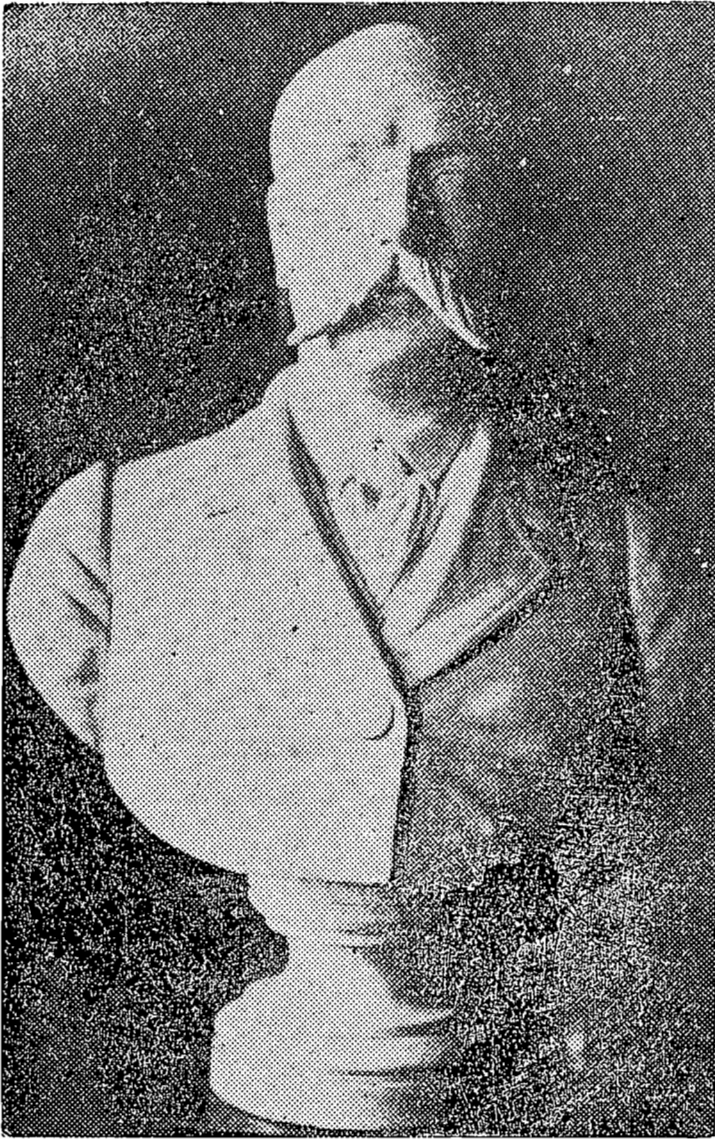


ÁQUÍ ACAMPÓ LA COMISION

DE INSPECCION DE ESTA LACION

DESDE EL 7 AL 15

MARZO 1873



Busto de Vicuña Mackenna

(Se conserva en su Sepulcro, en el Cerro Santa Lucía).

X L I I I

Dejemos a Vicuña reposando en la intimidad del hogar y tratemos de completar nuestro estudio sobre su espíritu americanista, analizando más a fondo las ideas que sustentara.

Vicuña Mackenna como O'Higgins, como Bolívar, como otros conductores espirituales del continente, sintió la unidad de América. En su cerebro potente se agitaba la grande idea. Y sus ojos que sabían adentrarse en el tiempo infinito, más allá del camino breve y fecundo de sus años, clavándose en el horizonte cubierto de sombra, en aquel horizonte que habían escrutado Bolívar en la noche de Ayacucho y el vencido de Rancagua en las jornadas de los Andes, percibían los albores de la gran unión que un día habrá de vincular en uno solo a todos los pueblos de América. Desaparecerían las fronteras políticas, las económicas tornaríanse ingrato recuerdo y los hombres liberados de cadenas y de prejuicios, con el alma bañada en sol matinal, en aquel amanecer de una humanidad nueva sentirían hervir en la carne, en el cerebro activo, en el espíritu limpio de odios, la plenitud de la verdadera fraternidad. ¡Vendrán los tiempos!

El ambiente de 1862 parecía propicio.

La expedición a Méjico preparada en los consejos de las Tullerías y la política de intervención extranjera en América— a pesar de la doctrina Monroe, cuyos guardianes se hallaban en plena guerra civil—evidenciaban la necesidad de buscar el entendimiento cordial de los pueblos hispanoamericanos. Cuan-

do la aventura de Maximiliano fué un hecho, se produjo en los círculos directivos del país viva agitación. ¿Qué actitud asumiría el gobierno? El Presidente Pérez era hombre moderado, excesivamente prudente, y como don Ramón Barros Luco, que andando los años ocuparía su sillón en la Moneda y con el cual tenía su carácter muchos puntos de contacto, acaso pensaba que el noventa por ciento de los problemas políticos se resuelven solos y el otro diez por ciento no tiene solución. El gabinete, traduciendo quizá tal pensamiento, al imponerse de la Convención de Londres en que España, Francia y Gran Bretaña se comprometieron a enviar fuerzas armadas a las costas mejicanas, resolvió expresar a las potencias signatarias sus simpatías por Méjico y los votos que formulaba por el mantenimiento de la paz y de las buenas relaciones de amistad y comercio que sostenía con ellas. ¿Cómo se concretaron esas simpatías? Se acordó enviar un representante diplomático a la tierra de Hernán Cortés, con instrucciones de cooperar a la tarea de restablecer lazos de amistad entre aquélla y el gobierno de Napoleón III. Eso fué todo, La actitud platónica de Pérez debía modificarse después más honrosamente.

Vicuña Mackenna rompió de inmediato el fuego contra los invasores, publicando en «La Voz de Chile» un artículo—*La Nueva Santa Alianza*—en que hacía «profesión de fe de su ardiente y profundo republicanismo».

Luego entregóse de lleno a orientar, en compañía de Lastarria, las actividades de la *Sociedad de la Unión Americana de Santiago*, recién fundada en esos días y en cuyo seno promovió intensa campaña en pro de los ideales de unificación. La idea no era en Vicuña hija de las circunstancias y del peligro exterior que pudiera caer sobre otras repúblicas sudamericanas que estuviesen en situación de falencia económica, sino venía desde antiguo trabajando su espíritu. Era un americanista integral, como puede verse a través de su vida y obra. En carta a Mitre, por ejemplo, fechada en Lima hacía más de un año (172), decía: «Trabajo también con empeño en una obra sobre federación americana. Tengo la ambición de hacerme

el soldado modelo, pero infatigable y activo, de esta idea salvadora».

«La Voz de Chile» comenzó a publicar en Mayo de 1862 los *Estudios históricos sobre confederación americana* en que Vicuña reunió todas las publicaciones sobre la materia hechas hasta entonces en el continente. Esos estudios, más tarde dados a la estampa bajo su personal dirección, pusieron en eficaz relieve sus propósitos de constituirse en ciudadano de América.

Vicuña Mackenna se entregó a la tarea internacional con grande entusiasmo. En la sesión inaugural de la Sociedad de la Unión Americana, que se llevó a cabo el 25 de Mayo de 1862 en la quinta del general Las Heras, pronunció vibrante discurso (173). Poco más tarde, en sesión de 22 de Junio, propuso el nombramiento de una comisión que hiciera presente al jefe del Estado la necesidad de acreditar una misión especial en Méjico o en el punto que se estimase más oportuno, a fin «de promover la *Unión Americana...*»

Ese mismo día se nombró una comisión para que ordenase y diese a la estampa los documentos atingentes a la Unión Americana. De ella formaron parte Vicuña Mackenna, José Victorino Lastarria, Alvaro Covarrubias y Domingo Santa María, pero toda la tarea fué realizada por Vicuña (174). A fines de año daba éste cima a ella con la publicación de la *Colección de Ensayos y Documentos relativos a la Unión y Confederación de los Pueblos Hispano-Americanos*.

En el prólogo del fuerte volumen en que se contenían dichos trabajos, Vicuña hacía ver como los esfuerzos realizados anteriormente fracasaron por tratarse sólo de actos oficiales, de gobierno a gobierno, que se generaban en móviles egoístas y pasajeros. Hasta entonces, afirmaba, no había existido ningún verdadero proyecto de federación americana, que

(173) Vicuña y Lastarria, según se lee en las actas, emitieron «diversas ideas que han de servir de punto de partida a la discusión y a los trabajos de la Unión Americana». (Véase el Segundo Tomo de la *Colección de Ensayos y Documentos relativos a la Unión y Confederación de los Pueblos Sud Americanos*).

(174) «La labor de esta comisión no fué más que nominal porque Vicuña Mackenna realizó exclusivamente todo el trabajo». Ricardo Donoso, obra citada.

fué *alianza de pueblos, fraternidad de nacionalidades, liga de repúblicas...*

En estas palabras de Vicuña ¿no está contenida la doctrina que ha de vincular mañana a los países de nuestra América? Alianza de pueblos, es decir unión de pueblos, vinculación efectiva de grupos de hombres y no coalición de gobiernos o de intereses transitorios. Fraternidad de nacionalidades, esto es, dar a esa unión contenido espiritual de vinculación efectiva en el cuadro de la democracia, sin distinción de razas ni de clases. Liga de repúblicas, es decir federación política de las diversas repúblicas o núcleos de nacionalidades. En todo ello se advierte raíz socialista, pues sólo el socialismo auténtico—aquél en que dominan las fuerzas humanitarias y civilizadoras—crea real fraternidad entre los hombres.

Veamos como analizaba Vicuña el proceso histórico de las tentativas de federación.

«La idea de la *Federación americana*—escribía (175)—presenta en estos momentos, en el suelo del Nuevo Mundo, la imagen de esos meteoros que iluminan a veces la densa oscuridad de los cielos. Al través del velo de las tinieblas; todos han asomado el rostro en la hora de la alarma, y al divisar a lo lejos el aparecido resplandor, han sentido sus espíritus agitados por la esperanza y la inquietud. Todos ven asomar el astro que augura nuevos destinos... pero nadie sabe de dónde viene ni a dónde se encamina aquella luz que ha interrumpido el caos...»

Y su pluma describía las tentativas anteriores: el Pacto de los Americanos, firmado en París el 27 de Diciembre de 1797; el Congreso de Panamá, reunido en Julio de 1826; el Congreso de Plenipotenciarios, celebrado en Lima en Enero de 1848, y el Tratado Tripartito de 1856, entre Chile, Perú y Ecuador.

«El primero de aquellos graves movimientos del espíritu americano,—dice—es el único verdaderamente grande. La

(175) *Colección de Ensayos y Documentos relativos a la Unión y Confederación de los Pueblos Hispano-Americanos*. En ella Vicuña Mackenna insertó los estudios que sobre la materia había compilado anteriormente, a más de los propios.

providencia lo había marcado con su infalible dedo. La libertad de un mundo iba a salir del caos de los siglos. El alma de los pueblos palpita entonces visiblemente en la frente de sus elegidos. Miranda, el inspirador de aquel sublime complot, es el designado, es el apóstol. Después será el ejecutor y el mártir». «La América libre debe un monumento, eterno como los siglos, a don Francisco Miranda, Colón indígena, descubridor en el mundo nuevo de un mundo de libertad».

En el origen de la Asamblea de Panamá hubo un hombre, «el único capaz de encaminarla a su arduo fin». Y ese hombre en el cual todo era grande menos la virtud, se llamó Montegudo. «Fué un Tácito con el alma de Nerón», dice Vicuña. «Muerto Montegudo, agrega, la idea generatriz de la Confederación Americana, que había brotado en su poderoso cerebro, se desvirtuó por sí sola. Bolívar levantó el pensamiento que se había enfriado sobre el cadáver de su confidente, sólo como un escudo de defensa contra la Santa Alianza, no como el lazo de fraternidad y de poder para las nacionalidades...»

Y analizando con admirable sentido filosófico y político las razones por las cuales la idea de federación no había prosperado—carácter meramente oficial de las tentativas y móviles oportunistas y momentáneos—concluía: «De manera, pues, que examinada a fondo la cuestión, no ha habido hasta hoy ningún proyecto de federación americana propiamente dicha—alianza de pueblos, fraternidad de nacionalidades, liga de repúblicas...»

Pleno de fe agrega: «No faltarán obreros y secuaces para la gran cruzada a cuyo llamamiento todos deseamos responder con el contingente de nuestra voluntad o de nuestro brazo, de nuestro óbolo o de nuestra sangre».

Añade aún: «Entre tanto, cumple a Chile en su rol de pueblo americano una doble misión, un doble deber: la *iniciativa* y la *reparación*». Con ello quería referirse a la inasistencia de plenipotenciarios chilenos al Congreso de Panamá y a la guerra contra la confederación Perú-Boliviana.

El estudio de Vicuña Mackenna termina con estas palabras de hondo sentido profético: «Y así se cumplirán en el porvenir los destinos de esta patria común, el más magnífico de los cinco

grandes continentes que la mano del Eterno vació en el molde de su omnipotencia y al que un piloto sublime llamó «el Nuevo Mundo» porque en sus portentos era como una segunda y maravillosa Creación!»

Dentro de tal orden de ideas se desarrolló su acción en la Sociedad de Unión Americana. Sólo propósitos de defensa colectiva habían dado origen a ésta, más ella debía transformarse con rapidez bajo la acción de Vicuña, secundado eficazmente por su padre y otros hombres selectos. En el estadista chileno la idea unificadora acaso poseía más fuerte sentido integralista que el alcanzado en las directivas de Miranda, Monteagudo y Bolívar; pudiendo estimarse, cuando menos, que en él se traducía en mayor realismo.

Examinemos un poco esa labor de Vicuña Mackenna y sus compañeros.

En sesión de 17 de Agosto de 1862 y a indicación de don Bruno Larraín la Junta directiva designó una comisión «encargada de redactar las bases generales de la Unión Americana». Quedó compuesta de Vicuña Mackenna, Isidoro Errázuriz, Manuel Antonio Matta y los señores Recabarren y Lazo (176). En esas *Bases*, que dicha comisión elaboró, está contenido todo el espíritu americanista de Vicuña. Y acaso ellas signifiquen uno de sus más altos aportes al movimiento unificador.

«Las lecciones de la historia—dice el preámbulo—y las perspectivas de la esperanza se adunan para repetir a nuestras Repúblicas que sus destinos—sin duda grandiosos como cuadra a los pueblos que han venido a sentarse en el banquete de la civilización cuando todos los otros les habían preparado, con sus esfuerzos y sus sacrificios sin cuento, los necesarios elementos,—que sus destinos sólo pueden adelantarse y consolidarse en una acción común». La «solidaridad de los destinos, la necesidad de una sola acción» tendería «a formularse en una confederación». Las bases de ella quedaban elaboradas, mas

(176) Casi todas las actas de sesiones de la «Sociedad de la Unión Americana de Santiago de Chile», se publicaron en 1867, bajo la dirección de P. Moncayo, en el Segundo Tomo de la ya citada *Colección de Ensayos y Documentos*.

no «como una norma inflexible, e inmediata y fácilmente aplicable a las circunstancias actuales» (177).

«Para nosotros—añade el preámbulo citado—la idea de unión no puede realizarse sino en un régimen de confederación de los países que la compongan: y esa confederación no puede dejar de tener muchas e importantes semejanzas con las constituciones de las confederaciones que existen en el mundo, entre las cuales descuellan las de Estados Unidos y de Suiza». Dicho propósito se traduciría en autoridad formada por representantes de todos los pueblos confederados, en representación externa única, en «sostenimiento y creación de una fuerza material común que sirva de instrumento al pensamiento y al interés comunes de las Repúblicas unidas».

Contra el gran proyecto se elevarían voces impugnadoras, con tacha de quimérico. Pero... «Lejos estamos nosotros, anticipa la Comisión, de desconocer las arduas dificultades que por mucho tiempo serán todavía un estorbo a la completa realización de nuestro ideal—una gran nacionalidad americana, puesto que aspiramos a que se forme de todas las repúblicas, una gran confederación, y de todas las patrias diferentes, una sola, la patria americana—pero no damos a los que así impugnan nuestras opiniones razón en sus juicios. De la dificultad a la imposibilidad hay mucha distancia...»

Para la Comisión el espíritu de la gran nacionalidad estaba en el ambiente. Y era menester darle consistencia, comenzando, si necesario fué, por formar grupos de repúblicas homogéneas que viniesen finalmente a constituir un solo estado. Su entusiasmo, su fe les engañaban en la oportunidad de realizar, aún cuando verdaderamente existía en aquellos días un espíritu de fraternidad americana que más tarde se fué malogrando hasta casi extinguirse. Una racha nueva pasaría por el continente en 1910, el año de la grande conmemoración centenaria. Y pasaría... Más la hora llegará... El genio de Vicuña Mackenna iba a menudo por delante de los tiempos.

Veamos las *Bases* elaboradas por Vicuña y sus compañeros (178).

Dice el primer artículo, capítulo I: «Siendo la Unión Americana la patria común de todos los que hubieren nacido en los estados que la componen, los ciudadanos de los diversos estados gozarán en cada uno de ellos, de los mismos derechos civiles y políticos que los naturales, y a la misma ley de igualdad quedarán sometidos el comercio, la industria y la marina de todos ellos».

«Un Congreso—indica el artículo 3.º, capítulo II—formado por dos ministros plenipotenciarios elegidos en votación directa por cada una de las repúblicas que componen la Unión Americana, será el gobierno general de la confederación. La duración de los poderes de los ministros plenipotenciarios de este Congreso será de cuatro años, debiendo renovarse, en la misma forma, por mitad, cada bienio».

Las principales atribuciones del Congreso, señaladas por el artículo 4.º, serían: «1.ª Examinar y decidir definitivamente las cuestiones que puedan suscitarse entre los miembros de la Unión Americana, terminando en primer lugar las de límite y jurisdicción que hubiere entre ellos. 2.ª Fijar el pabellón y las armas de la confederación. 3.ª Fijar la unidad de pesos y medidas y determinar el tipo, ley y denominación de la moneda... 6.ª Determinar anualmente el presupuesto de los gastos generales. 7.ª Determinar anualmente la proporción en hombres y dinero con que debe concurrir cada Estado. 8.ª Disponer del contingente militar de los Estados de la Unión. 10.ª Señalar y determinar la parte de territorio que queda sometida a su inmediata jurisdicción en el lugar de su residencia. 11.ª Alternar su residencia, salvo los casos de guerra, entre las diversas repúblicas, permaneciendo dos años en cada una de ellas, según el orden que previamente se hubiere acor-

(178) Parece justo, al hablar de la labor de Vicuña Mackenna en el seno de la Comisión redactora de las Bases de Unión Americana, indicar que en los trabajos de ésta debió corresponder actuación muy destacada a hombres tan eminentes como Isidoro Errázuriz y Manuel A. Matta. Y aún cuando no formase parte de la Comisión no es posible silenciar el nombre del ilustre Lastarria, ligado a Vicuña por tan estrechos lazos de amistad y de afecto. Otro tanto cabe decir del autor de *El porvenir del hombre*.

dato. 12.ª Establecer y dirigir las relaciones diplomáticas con los demás países. 13.ª Formular los principios de derecho internacional a que deberá ajustar su conducta en sus relaciones con los demás países; no pudiendo celebrar tratados que otorguen exenciones o privilegios especiales. 14.ª Aceptar, declarar y terminar la guerra. 15.ª En caso de guerra, fijar las fuerzas y dinero con que deben concurrir a ella cada uno de los miembros de la Unión, según la proporción previamente establecida. 16.ª Dirigir las operaciones de la guerra por medio de los jefes en quienes delegare sus facultades».

La fuerza militar terrestre de la Unión, según el artículo 5.º (cap. III), consistiría en la Guardia Nacional en la cual se alistarían los ciudadanos de 20 a 50 años de edad de los diversos Estados. Y la marítima, de los buques que el Congreso determine, repartiéndose proporcionalmente su tripulación y costo en los Estados.

«Cada Estado de la Unión Americana, dice el artículo 9.º (cap. V), conserva su autonomía en todo lo que no se oponga a las atribuciones que expresamente se confieren al Congreso de ministros plenipotenciarios, no pudiendo ni éste ni ninguno de los Estados, mientras subsista la Unión, menoscabar la forma de gobierno republicano democrático que actualmente tienen». «El poder ejecutivo de cada Estado de los que compongan la Unión (Art. 10.º), será el órgano ordinario para las comunicaciones entre ellos y el Congreso de ministros plenipotenciarios, y también el medio para hacer cumplir las resoluciones de éste, en el seno de cada uno de ellos» (179).

Las *Bases* fueron discutidas en muchas sesiones y traídas al debate en diversos períodos, hasta su aprobación final.

En el seno de la Sociedad los dos Vicuña tuvieron actuación considerable, según queda anotado. El hijo desempeñó, con la eficacia de siempre, las funciones de secretario en la Junta Directiva elegida en Mayo de 1864 (180). El aporte

(179) *Bases de Unión Americana discutidas y aprobadas por la Sociedad de Unión Americana de Santiago*, Santiago, 1867.

(180) Esa Junta, electa reglamentariamente para un período asáz breve, estaba presidida por el almirante Blanco Encalada. Don Manuel A. Matta era su primer vicepresidente.

de don Pedro Félix parece también trascendente, mereciendo señalarse un proyecto de acción expuesto en nota de 10 de Mayo de 1864 (181). El ilustre ciudadano vería llegar los últimos días de su noble jornada sin que los ideales de su espíritu experimentasen el menor quebranto ni su línea pública el más mínimo renuncio. Vicuña Aguirre fué toda su vida una gran bandera en marcha.

No se concretó a ellos la acción americanista de los Vicuña. Otro hijo de don Pedro Félix, don Juan, fundó en el valle de Purutún, a orillas del Aconcagua, un pueblo con el nombre de Unión Americana, el cual fué inaugurado solemnemente el 2 de Octubre de 1862 (182). Idea generosa, noble ilusión de juventud, desbaratada por los contrastes de la fortuna y de la vida, merece un recuerdo en estas páginas.

La labor de Vicuña Mackenna en los trabajos de la Unión Americana se prolongó por espacio de varios años. Participó en casi todos sus debates hasta el momento de partir a Estados Unidos en misión confidencial de su gobierno, en 1865. Muchas de las ideas allí aprobadas y de las mociones en pró de los países sudamericanos amenazados o víctimas de la intervención extranjera—Méjico, Cuba, Perú...—fueron obra suya. Ya conocemos, por otra parte, su actuación en Nueva York y

(181) En informe suscrito por Justo Arteaga, Pedro Godoy, Eulogio Alliende y Manuel Renjifo, se decía acerca de la moción de Vicuña: «La comisión de defensa, informando sobre el proyecto de don Pedro Félix Vicuña, que se ha sometido a su examen, se hace un honor en manifestar a la sociedad de la «Unión Americana» que el pensamiento en abstracto del señor Vicuña o reducido a su segunda proposición, es sin duda uno de los medios más eficaces cómo las repúblicas americanas podrían llegar a crearse un poder invencible que las pusiera a salvo de las empresas de conquista que osadamente se acometen en el siglo de las luces. Los antecedentes del autor, que siempre entusiasta por los verdaderos principios democráticos, no ha cesado desde su juventud de servir a tan santa causa como famoso publicista, nos ahorran de tributar los aplausos que su trabajo merece».

Véase el segundo volumen de la citada *Colección de Ensayos y Documentos*. En el tomo primero, que fué dirigido por Vicuña Mackenna, se encuentra un interesantísimo trabajo de Vicuña Aguirre: *Unico asilo de las Repúblicas Hispano-Americanas en un Congreso General de todas ellas*. (1862).

(182) En nota fechada en Melón, el 3 de Octubre de aquel año, cuenta don Pedro Félix Vicuña los detalles de las ceremonias que tuvieron lugar en el nuevo pueblo, durante las cuales se exhibió la bandera de la Unión, de color blanco «con una estrella verde superpuesta a un círculo del mismo color que denotaba el continente de América».

Ese curioso documento puede consultarse en el segundo volumen de la ya citada *Colección*.

Washington y sus esfuerzos en favor de la independencia de Cuba y Puerto Rico.

La misión de Vicuña Mackenna en Norte América tuvo extraordinario relieve americano, según hemos evidenciado en anteriores capítulos, y su importancia se acrecienta por el hecho de haber sido la primera voz latina que en el corazón de Estados Unidos se levantó en favor de la unidad de los pueblos del Sur. En su histórico editorial del 1.º de Junio de 1866, *La Voz de América* (182 a), señaló el nacimiento oficial de la nueva doctrina, agotado el contenido espiritual de los antiguos principios de Monroe que el gobierno yankee traicionara y como consecuencia de la victoriosa alianza de Chile, Perú, Bolivia y Ecuador.

«La Doctrina Monroe—proclamaba—es una impostura del pasado o una farsa de plataforma del presente (182 b). La Doctrina nueva de la Unión Americana es la enseña del porvenir.»

Esa voz no clamó en desiertos. Un túnel de incompreensión y de silencio había de canalizar sus ecos, pero el tiempo los amplía hoy y la propaga. ¡Las nuevas generaciones de nuestra América se aprestan a tremolar a todos los vientos la bandera unificadora de Bolívar y Vicuña Mackenna!

Terminada su misión y de regreso en Chile, Vicuña prosiguió la línea de su tarea americanista y ésta no decayó nunca, aún cuando en el período de la guerra del Pacífico, como se ha de ver más adelante, se transformase en el portavoz de la nacionalidad. A este respecto conviene tener presente que el espíritu animador de sus trabajos en aquel período—rota la paz inevitablemente—persigue doble finalidad: hacer de Chile con miras a la unión misma, un país modelo, una nación conductora en el orden espiritual, y combatir el imperialismo comercial que poderosas firmas extranjeras pretendían establecer en el Perú y en Bolivia a base de la explotación del salitre y del guano. La política de los gobier-

(182 a) *La Doctrina Monroe y la Unión Americana*. (*La Voz de América*, número 17. —Nueva York, Junio 1.º de 1866).

(182 b) 1866.

nos dictatoriales o seudo democráticos—nacidos generalmente de cuartelazos a que esas firmas no eran extrañas—que dominaban en ambas repúblicas, daría tono concretamente imperialista a una guerra a que Chile se vió arrastrado contra la voluntad de sus dirigentes.

Transcurridos largos decenios desde los días de la Sociedad de la Unión Americana, cabe preguntar en qué pararon aquellos esfuerzos. Méjico permaneció varios años invadido, advino el imperio de Maximiliano, las fuerzas que encabezaba Benito Juárez triunfaron y los usurpadores, víctimas de intrigas de cancillería y de ambiciones de corte, más que de otra culpa, encontraron fin en el patíbulo de Querétaro. Cuba—a pesar de los esfuerzos de Vicuña y de los patriotas cubanos—siguió en calidad de colonia militarizada hasta fines del siglo. Puerto Rico continúa hasta hoy en esclavitud. La guerra americanista contra España terminó en largo impase. ¿Qué siguió? Las cancillerías americanas se encerraron en el cuadro de sus intereses, largos pleitos de límites distanciaron a casi todas las repúblicas colombinas, varias guerras ensangrentaron el continente con su cortejo de rencores y de luchas aduaneras y el nuevo siglo descubrió un panorama bien lejano del espíritu de los hombres que habían soñado en la unión.

A pesar de todo ello vale reconocer que esos esfuerzos no fueron estériles. Sobrevive—repetimos—el espíritu de unificación, el deseo de establecer la verdadera fraternidad que alienta en la juventud americana de nuestro tiempo, cuyas avanzadas marcharán a la conquista de sus ideales con paso irresistible.

Y la Unión surgirá, haciéndose carne el verbo de los caudillos americanistas del siglo XIX.

X L I V

Triunfando de la pasión ciudadana, de las letras y las inquietudes políticas, había sonado para Vicuña Mackenna la hora del amor...

Evoquemos...

En la mañana del 4 de Marzo de 1867 un carruaje del servicio público, conducido por modesto y desastrado auriga, penetró en el gran patio de la Chacra Subercaseaux, deteniéndose en medio de lujosas berlinas, calesas y otros vehículos ricamente atalados. Parecía que allí se daba cita toda la aristocracia pelucona que en 1829 se había posesionado del gobierno para no soltarlo en el transcurso completo del siglo. Se respiraba aire de fiesta. Banderas flameando al viento, caminos recién enarenados, grandes adornos florales, luces, compases de orquestas lejanas, ir y venir de lacayos y de invitados (que a las veces unos y otros suelen confundirse)... Del ordinario carruaje descendió Vicuña Mackenna acompañado de un sacerdote de figura distinguida que acaso quería disimular bajo los ruidos de su manteo de lujo el llegar en tan pobre tren. Vicuña, vestido de frac, la chistera en una mano, sonreía entre irónico y afectuoso a monseñor Casanova, amigo de siempre y futuro metropolitano de Santiago.

Pues era el caso que el revolucionario de 1851 ponía fin en el altar al romance que comenzara hacía dos años. Y para llegar allí habíase instalado en el primer coche de punto, metiendo autocráticamente en él al ministro de aquella ceremonia que conmovía al gran mundo santiagués.

Los verdaderos demócratas suelen descender de lo alto.

Con aquellas fiestas nupciales, que presidían el jefe del Estado y doña Magdalena Vicuña, a la sazón en pleno apogeo de su magnífica belleza, terminaban los días de un grato noviazgo que sazonaran rondas nocturnas, cantatas de amor a la luz de la luna, mucho fuego y ciertos conatos opositores, pues el pretendiente no dejaba de ser incurablemente pobre—pecado no minúsculo por cierto...

Y los novios se unieron con el agua bendita del señor Casanova, mientras las notas de Mendelshon caían, aromadas de azahares, sobre las crinolinas Segundo Imperio y las cabelleras rubias y los ojos azabachados de aquella sociedad exquisita, a cuya sombra una gran élite intelectual había hecho eclosión. Las santiaguinas de aquel año de gracia de 1867 agitaban los leves abanicos bajo la gracia de sus rostros en que las sonrisas subrayaban las líneas de espléndida hermosura.

Más tarde, en los salones, que entonces eran alegres y acogedores como las vidas que empiezan, las ceremoniosas parejas bailaron las notas de alguna pavana. Y era Haidin. Y los novios, escapando a la efusión de manos amigas, se deslizaban en los compases del «Hermoso Danubio Azul». Y era Strauss...

Abanicos, sonrisas de mujer bonita, galanterías de corte y en medio de las variaciones de la eterna farsa la verdad de un gran amor.

Pertenecía doña Victoria Subercaseaux Vicuña, prima hermana del hombre a quien acababa de dar palabra de esposa, a un hogar que durante cerca de medio siglo ejerció indisputable preeminencia social en Chile. Era hija de don Ramón Subercaseaux Mercado, Senador en los tiempos de Montt y hombre de cuantiosa fortuna, y de doña Magdalena Vicuña Aguirre, mujer que poseyó junto a rara belleza y no escaso ingenio, los atractivos de una suprema distinción. Era mujer que había comenzado reinando entre los suyos—aquella larga familia de los Ochocientos que tan poderosamente contribuyera al triunfo de la revolución de 1810—y luego, casada con hombre de severo rango espiritual, extendió su

influjo sobre la pequeña sociedad aristocrática que estructuraba la vida semi colonial de aquellos promedios de siglo. Y vale confesar que esa aristocracia—degenerada más tarde en grotesco contubernio con advenedizos de fortuna—solía, en esos tiempos, abanicarse con los pergaminos, complaciéndose en los tipos seleccionados que salieron de su seno o a los que extraños a ella, acogía con auténtica grandeza y comprensión. ¿Cómo olvidar que en aquel medio actuaron Portales, Bello, Vicuña Mackenna, Lastarria, Santa María...? Esa aristocracia hizo un país, creó una *élite* capaz de influir poderosamente en las etapas de desenvolvimiento burgués de todo un continente y ello da a sus directores del período de apogeo hermosa prestancia. Se echaron sobre los hombros una misión histórica y supieron desempeñarla en forma que pudo merecer el calificativo de superior.

Eran los Subercaseaux oriundos de Francia. Familia hidalga, de buenos secundones, produjo hombres de guerra, de iglesia y de mar. Uno de estos últimos, teniente de la marina real bajo Luis XV, fué don Francisco Pascal Subercaseaux (183). Este hombre, que poseyó una alma superior, vino a Chile en la segunda mitad del siglo XVIII, acaso impulsado a expatriarse por un lance de honor, y se estableció en la provincia de Coquimbo. Allí hizo cuantiosa fortuna y prestó importantes servicios al gobierno colonial, recibiendo del Rey de España el grado de coronel de milicias (184).

Era alto, rubio, de bella y varonil figura, y tenía un espíritu notable, revelado en la más interesante anécdota que recuerda la historia social chilena bajo la dominación de España. Es el caso que habiendo estallado tremenda epidemia de peste en el territorio que habitaba, abrió Subercaseaux sus arcas, fundó un hospital, dió el oro a manos llenas y transformó en

(183) Era hijo de don Bernardo de Subercaseaux y de doña Juana Bretón, cuya residencia familiar se encontraba en la ciudad de Dax, próxima a Bayona. Don Francisco Pascal vino a Chile en 1754 y se casó el 31 de Mayo de 1787 con doña Manuela Mercado y Corvalán. Don Ramón, hijo segundo de este matrimonio, nació en 1790. (Archivo Vicuña Mackenna, Volumen 165).

(184) Durante la guerra de España con Inglaterra hizo artillar a su costa el puerto de Coquimbo. Con frecuencia ayudaba de su peculio a los mineros pobres, favoreciendo la industria cuanto le era posible.

lazareto su propia casa, entregando no sólo su lecho sino aún su asistencia personal (185). Y como los hidalgos españoles y criollos de la vecindad, creídos de que había perdido el seso, lo interrogaran sobre el origen de tan excesiva generosidad, él les respondió esta frase digna de atravesar las centurias: «¡Quiero hacerme perdonar el delito de ser rico!»

La revolución de la Independencia menoscabó la fortuna de la familia Subercaseaux. Mas fué rehecha por manera considerable, algunos años después, en minerales como el de Arqueros. A ello contribuyó especialmente don Ramón Subercaseaux Mercado, hijo de don Francisco Pascal, hombre formado en escuela de trabajo, de estudio y sobriedad. Era hombre de empresa, con ingenio vivo y capacidad nada común. Cuéntase que siendo muy joven se hallaba de exploración en ciertos cerros que se suponían ricos en plata y habiéndole sorprendido la noche hizo plantar su tienda en el faldeo. Súbitamente estalló una tempestad, poblándose la atmósfera de rayos y truenos. De pronto una voz lastimera se adentró en la tienda. Era un *huaso* que pedía hospedaje. Díoselo de buen grado Subercaseaux, ofreciéndole su plato para que comiese. Al día siguiente el huésped, *cateador* de minas según dijo, partió de madrugada y el episodio no tardó en borrarse. Años más tarde, estando en Santiago, le anunciaron la visita de cierto caballero desconocido que solicitaba audiencia. Acordósele y le introdujeron un individuo de chistera, levita y tiesa mano enguantada. Don Ramón le tendió la suya, intriguado.—«¿No me reconoce, su merced? Soy el huaso X..., aquel que usted hospedó en una noche de tempestad...» El buen hombre había ido a testimoniarse su gratitud, ofreciéndole todo el mineral que cierto número de hombres pudiera extraer en determinado tiempo, de minas que había descu-

(185) En un informe del general Francisco Javier de Ossa se lee: «Con motivo de una peste general que hubo en todo el reino, llegó a tal término su amor y caridad para con los pobres enfermos, que no reservó para su asistencia *ni aún la ropa de su lecho*, distribuyéndola entre los que carecían de ella, acogiendo en su propia casa de habitación a los que, flechados por el accidente e instigados de la necesidad, ocurrieron a ella, y éste, sin otro fin que el de ejercer la caridad para con ellos, les asistía y servía personalmente, suministrándose a sus expensas todos los alimentos precisos hasta su total convalecencia». (Arch. Vicuña Mackenna, Vol. 165).

bierto. Sin dicho aporte, tan inesperado como generoso, la fortuna de los Subercaseaux era ya una de las más importantes del país.

Apadrinado por el Arzobispo de Santiago, don Manuel Vicuña Larraín, se casó don Ramón Subercaseaux con la sobrina favorita del piadoso pastor, doña Magdalena Vicuña, hija de aquel presidente que con tan valerosa convicción como mala fortuna defendiera el régimen de gobierno liberal en 1829. Doña Magdalena había nacido en 1817.

Los Subercaseaux Vicuña se establecieron en Santiago, en la calle de Huérfanos, en casa tal vez lujosa en exceso para el tiempo, pues, según refiere con buen humor uno de los hijos en sus interesantes *Memorias de 50 años* (186), cuando él entró al colegio le habló un niño de cómo le habían contado «que en mi casa las tejas eran una de oro y otra de plata». «Ello es—agrega don Ramón el menor—que el primer patio con sus grandes baldosas de mármol blanco, y que los tres salones decorados por Filastre, un artista habilísimo llegado para terminar el antiguo Teatro Municipal, eran en realidad suntuosos...». «La estatua grande del patio blanco—añade dicho escritor—se parecía quizá algo a mi madre y yo creía que era su imagen».

En aquel ambiente y en las avenidas umbrosas de la Chacra Subercaseaux, sita en el llano de ese nombre, en las afueras de la capital, transcurrió la mayor parte de la infancia de doña Victoria.

Y por ser de curioso interés para conocimiento de la época, recordemos, entre los habitantes de la casona de Santiago, a un personaje singular, entre criado de confianza y compañero de juego de los hijos hombres, que hizo su aparición en la familia cuando aquellos habían crecido. Llamábase el tal Alejo Flores y llegó a ser famoso en Santiago por las burlas y andanzas de que solía ser héroe y víctima. Concurría Alejo al clásico paseo de la Alameda en que las damas exhibían la elegancia de sus crinolinas y pañolones de encajes, cogidas del brazo de solemnes y estirados caballeros de chistera, levita y bastón de caoba con puño de oro. O a las veladas de moda

(186) Ramón Subercaseaux: *Memorias de 50 años*. Santiago, 1908.

en el Teatro Municipal, a escuchar las arias del «Barbero» o los coros de «Sonámbula». Allí, vestido con exagerada elegancia, chaleco bordado y sombrero de copa color plomo, se levantaba en los entreactos de su sillón de orquesta primera fila y volviendo espalda al escenario comenzaba a saludar a las señoras más empingorotadas y a los políticos afectos al gobierno. Ese desplante, estimado como propósito de burla de los Subercaseaux hacia determinados sectores de la aristocracia capitalina, causaba en los engolados figurones y damas momias la mayor indignación. Cierta día las «pegatas» lograron sacar de quicio al propio gobierno, pues la ciudad vió desfilar por las calles principales el landó de la familia Subercaseaux, tirado en forma idéntica a los carruajes gubernativos en día de gala y llevando en el asiento trasero a Alejo Flores vestido de frac, la banda tricolor terciada sobre el pecho y empuñando bastón con borlas. Su color moreno subido le daba, en tal guisa, cierto parecido con el presidente de la República. Naturalmente la broma terminó en un cuartel de policía.

Don Ramón Subercaseaux era por esos años, que fueron los últimos de su laboriosa vida, adversario del Presidente Montt que tan rudamente persiguiera a su cuñado y sobrinos, siendo su casa verdadero refugio opositor. Más tarde, desaparecido él mismo del escenario, cuyo telón cae por igual sobre tramoyistas y muñecos, fué aquélla centro de gobierno bajo el régimen del Presidente Pérez, una de cuyas hijas había entrado en la familia. Bajo aquel próspero decenio en que la vida aristocrática de Chile alcanzó su más alto tono, doña Magdalena Vicuña ejerció preponderante acción. El cetro de la moda estaba en sus manos y sus gestos marcaban la nota de suprema elegancia. Por aquellos salones decorados por Filastre desfilaban los más encumbrados personajes y las mujeres más hermosas y en las tertulias y saraos presidía, junto a la dueña de casa, el propio mandatario que tan patriarcalmente regía los destinos del país. En aquel momento la aristocracia chilena, sobria, honesta, preparada en disciplinas de estudio y de trabajo, apta para el buen gobierno y pronta a sacrificios cívicos (que no lastimasen la bolsa de los adinerados, bien que estos no eran muchos) alcanzaba el cenit, llenando

prestigiosamente su misión política. Eran las horas de cumbre, más el comienzo del descenso estaba próximo. Vicuña Mackenna, que llegaría pronto al apogeo de su vida pública, sería el primero en tremolar sobre las espantadas cabezas de la clase oligárquica el pendón democrático.

Algunos de los Subercaseaux Vicuña continuarían a través de su vida las tradiciones familiares. Otros habrían de sumirse en la vulgaridad sin historia que envuelve a las gentes sin importancia. Don Francisco, casado con doña Juana Brown Aliaga, destacó en el mundo financiero, y su hermano menor don Ramón, artista de fina sensibilidad, político sobrio y discreto diplomático, dejaría bien puestos sus prestigios a lo largo de una brillante jornada. A un hijo suyo, Fray Pedro Subercaseaux, le sería dable conquistar reputación mundial como pintor.

Entre las mujeres, doña Lucía, austera y energética, casó con don Claudio Vicuña Guerrero, político de vasta actuación, proclamado en 1891 presidente electo de la República, y doña Manuela, de buen ingenio, sería esposa de don Nemesio Vicuña Mackenna, hermano del hombre cuya vida estamos historiando. Pero ellas y sus hermanas, célebres en los días de juventud por su belleza y el donaire de espirituales decires, no pudieron sino formar el coro de aquella extraordinaria mujer que fué doña Victoria Subercaseaux, señalada acaso por el destino para ser la compañera de la vida y la colaboradora eficaz de Vicuña Mackenna.

Doña Victoria nació en Santiago el 28 de Julio de 1848. Era de las menores y logró por tanto el privilegio de las postreras ternuras paternas. Desde muy pequeña acompañó a don Ramón en sus estadas en Valparaíso, y fué en la casa que aquel tenía en la plaza Orrego, hoy de la Victoria, en donde ocurrió un accidente que estuvo a punto de costarle la vida. La chica, no mayor de cuatro años, se hallaba asomada a un balcón, con buena parte del cuerpo fuera de la baranda, y en un momento de descuido cayó sobre la acera dándose gravísimo golpe.

En Santiago, después, su inteligencia fué despertando precozmente al interés de la cosa pública. Y acaso entre las

remembranzas de su niñez nunca olvidaría aquella tarde en que se dijo a don Ramón, muy enfermo ya, que había orden de prisión en su contra. Doña Magdalena, con enérgico arranque, anunció a los agentes del Gobierno que antes pasarían sobre su cadáver.

No fué adelante la amenaza oficial y fallecido a poco el senador Subercaseaux (187) sonó para la niña la hora de instruirse más seriamente. Junto con las postreras miradas de aquel magnífico tipo de gran señor que fué su padre y cuyo amable recuerdo, que es el de los seres benévolos y ecuanímes, no la abandonaría, comenzó su vida de colegiala en la escuela particular de Miss Whitelock.

La Whitelock, que a juicio de uno de sus alumnos «no sólo era una buena maestra de escuela, sino también, y sin saberlo, una educacionista muy adelantada para la época» (188), tenía su colegio en la calle de Morandé, frente al actual edificio del Congreso. Allí la colegiala tuvo por compañeros a doña Martina Barros Borgoño, futura mujer de letras que andando el tiempo casaría con el doctor Augusto Orrego Luco, a Ismael Tocornal, Juan Pardo Correa y Osvaldo Rodríguez Cerda, secretario de Vicuña Mackenna durante la transformación de Santiago. Los estudios no eran muy completos, pero el sistema británico de educación dejaba huella perdurable en los alumnos. Entre estos, destacándose por su despejada inteligencia y travieso espíritu, la chica de nuestro relato era la animadora de todos los bullicios que alteraban el barrio casi colonial.

No fué larga su estada en la escuela Whitelock. La educación debía completarse en la casa materna, con buenos y escogidos profesores, añadiéndose lecciones de piano para el cual presentaba extraordinaria disposición. Y llegaría a ser ejecutante eximia, siendo sus conciertos privados, en la intimidad de la quinta de Vicuña, solaz para el hombre sin fatiga en los raros momentos de ocio. El que esto escribe conserva entre las más gratas memorias de la infancia el recuerdo de aquellas audiciones musicales que alcanzó a presenciar en la casona de Villavicencio, cuando ella la habitara en

(187) Murió el 30 de Octubre de 1859.

(188) Ramón Subercaseaux, obra citada.

años de viudez. Y al sumir la mirada en ese mar sin orillas en que flotan las visiones de los días lejanos, contempla de nuevo la noble y bella cabeza que los años nevaran y en la media luz del salón azul, desentenebrecido por el parpadeo de viejos candelabros, ve como se deslizan los dedos largos y marfilinos sobre las teclas. Y el piano de cola vibra aún con las notas de Bellini y de Strauss. ¿Ayer, hoy? Vivimos en nosotros esta eternidad inverosímilmente fugaz de nuestras vidas.

Tras los juegos y los estudios llegó el día de la iniciación social en los salones familiares. El mundo desbordaba la fantasmagoría de sus anuncios felices. La crisálida rompía la prisión y en los balcones de la vida alumbraba el sol de los días hermosos. Tiempos alegres en la Chacra Subercaseaux, paseos a la luz de la luna con el primo señalado por fulgurante estrella, ilusión de los quince años, manos que se aprietan, ojos que se clavan furtivos en la sombra, perfume de la primavera...

La niña hecha mujer se inició en sociedad en el baile oficial dado para celebrar la reelección de don José Joaquín Pérez, el 18 de Septiembre de 1866. Y del brazo del Presidente penetró esa noche al recinto, ante doble fila de damas y personajes que hacían la reverencia.

En mitad del salón en que los espejos copiaban galas femeninas y oros de entorchados, el Presidente Pérez se detuvo. Acaso el corazón de la niña palpitaba con el vértigo de los sueños en esa hora en que una fantasía miliunochesca parecía realizarse. Las orquestas hacían vibrar las notas de la canción nacional y la banda tricolor lucía en el pecho de su compañero. La niña vestía de blanco y era albo el ropaje de su espíritu. Un caballero se acercó—el caballero de las amorosas ansias—y saludando al mandatario, con el rostro radioso como si el fuego de todas las luminarias se reflejase en su amplia frente, pidióle su venia. Sonrió aquél y la niña se deslizó por la sala en brazos de Vicuña Mackenna.

La orquesta tocaba los compases del «Hermoso Danubio Azul»...

X L V

De regreso a Chile Vicuña Mackenna reanudó de inmediato las labores de secretario de la Cámara de Diputados. Su posición era difícil. Ligado por lazos de amistad al Presidente de la República y a la mayoría de los hombres de gobierno, no estaba, empero, de acuerdo con las líneas generales de la política oficial. Encontraba que en la Moneda había debilidad y acaso un poco de poltronería. El jefe del Estado, hombre ecuaníme y de recto espíritu, no se atrevía a emprender reformas sólidas, modificaciones de carácter sustantivo. Era por excelencia un contemporizador y su ideal parecía expresarse en un acuerdo amigable de los partidos, en tregua de pasiones y de luchas, antes que en enfocar seriamente los problemas políticos y constitucionales que se iban atropellando sobre la vida del país.

Vicuña Mackenna, cuyo espíritu doctrinario reaccionaba de modo vigoroso ante la tibieza del ambiente, escribía a su primo Claudio Vicuña Guerrero el 29 de Agosto: «Todo cuanto me dices del gobierno es por desgracia ciertísimo. Yo me he penetrado de ello durante mi ausencia, en que me dejaron abandonado a mi suerte, y por esto desde que llegué, a pesar de las manifestaciones oficiales, me he encerrado en la concha y no sé ni pregunto nada...» «En fin, hijo, añadía, como *individuo* tengo motivos para estar contento del gobierno, como patriota *nó*. No hay iniciativa, como tú dices, no hay plan, no hay creación, no hay actividad en nada».

Su actitud quedaba definida: enfriamiento con el gobierno y cortesía con sus dirigentes.

La vida social en esos momentos esbozaba un compás frívolo. Las fiestas y reuniones se sucedían y nadie pensaba sino en divertirse. Saraos como aquél, histórico, de la quinta de don Enrique Meiggs, que fué una *feerie* recogida en crónica admirable de Vicuña, hablaba a los santiaguinos del refinamiento exquisito que suele hacer amable la vida de los poderosos. Su ardido democratismo le decía que esas puertas debían abrirse no sólo para los que allí estaban... Mas, cuantos continuarían esperando en vano a las puertas del banquete!

Cansado de agitaciones mundanas y de desencantos políticos (189)—la vida de los hombres de ideología recia en lucha con ambientes en que domina un egoísmo gregario es trágico acumularse de desencantos políticos—partió rumbo a la región austral en compañía de su hermano Juan, a quien la muerte acechaba ya. Lebu, Valdivia, Osorno y las tierras de Chiloé le despertaron gratas impresiones, procurándole sedante descanso.

Meses mas tarde, en Marzo de 1867, se renovó el Congreso Nacional, siendo elegido diputado por dos pueblos a la vez, lo que era índice del rápido avance de su popularidad. Consti-

(189) En 1866 se vió obligado a defender sus adquisiciones navales en Estados Unidos. Puestas en tela de juicio las condiciones de una de las naves—el *Ne Shaw Nock*—Vicuña hubo de salir a la palestra, publicando en «El Ferrocarril» de 16 de Agosto una exposición «a todos los marinos chilenos de tierra firme». «La chispa de las pasiones—decía en ella—ha incendiado nuestro campamento y los soldados de la prensa, perdida la magnánima disciplina de la primera hora se entregan a una cruel algazara de censura y de difamación en que todo parece olvidarse, el peligro, el insulto no vengado, la suerte precaria de la patria».

A propósito de las difamaciones que sufriera Vicuña Mackenna—de las cuales el órgano Montt-varista, irritado por la acusación a la Corte Suprema, se hiciera eco—el digno capitán Guillermo Willson, sintiendo toda la abominable injusticia que entrañaban, le escribía desde Valparaíso, con fecha 6 de Enero de 1868:

«Me ha sido muy sensible el ser testigo de todas las molestias que Ud. ha sufrido; pero al fin Ud. ha conseguido desvanecerlas. A la verdad que Ud. ha pasado por una época de prueba y obtenido sólo una triste recompensa por los innumerables sacrificios porque Ud. pasó en los Estados Unidos a fin de servir a su país. Sólo *Dios* lo sabe ahora, pero luego sabrán todos que Ud. merecía mejor y diferente correspondencia... Cuando reuno mis recuerdos y contemplo todo lo que Ud. trabajó de día y de noche, sin descanso alguno, en los Estados Unidos y pienso cuán mal ha sido Ud. pagado, me estreñezco de indignación». El texto inglés está firmado: *W. S. Willson*.

Véase: *La calumnia* y *El castigo de la calumnia*.

tuída la nueva Cámara de Diputados recibió otra vez nombramiento de secretario de la Corporación, en forma casi unánime.

En Abril de 1868 el gobierno le confió tarea de importancia. Se trataba de acumular informaciones sobre la costa austral de Chile, que permitieran, ocupando un punto entre Chiloé y Magallanes, tomar posesión de la Patagonia. Vicuña cumplió el cargo con el más celoso entusiasmo.

1868 fué para Vicuña Mackenna año de agrias polémicas, en cuyo decurso debía beber hasta las heces en el vaso de la ingratitud nacional y de la malevolencia criolla. Al clásico *pago de Chile* se juntaría el nativo espíritu de envidia, que es en estos terruños americanos, singularmente en el valle que riega el Mapocho, una de las más agudas fuerzas negativas. Con ella se han de estrellar los idealistas, los constructores, los que buscan luz en la sombra, esto es cuantos tuvieren la audacia de clavar la mirada más allá del límite aldeano.

Planteadas en el Congreso la acusación contra la Corte Suprema que presidía don Manuel Montt, por el diputado don Vicente Sanfuentes, Vicuña Mackenna pronunció en sesión de 29 de Agosto de 1868 largo discurso sobre el particular, recordando como él mismo había adherido moralmente a la acusación formulada por don Manuel Antonio Matta en 1859. Citó en esa oportunidad su artículo de *La Asamblea Constituyente* en que trazaba el ya famoso paralelo entre *Portales y Montt*.

Las palabras de Vicuña—aún cuando más tarde con elevado espíritu votara en contra de la formación de causa, esto es porque no se sometiera a los jueces acusados de la Corte Suprema al veredicto del Senado—despertaron «las envenenadas iras del *Ferrocarril*, el batallador órgano del monttvarismo...» (190). Este, en sus columnas editoriales atacó en forma indigna a Vicuña y no satisfecho, el 3 de Septiembre respondió a una larga carta de aquél, publicada el día anterior, con un «editorial de dos columnas ahito de envenenado apasionamiento» (190).

El ex-Agente Confidencial de Chile «ante la sostenida

(190) Donoso, obra citada.

campaña de calumnias del diario carrilado» (190) pronunció en la Cámara de Diputados, en sesión de 5 de Septiembre, un discurso que impresionó al país. «Si hay vidas, dijo, que están más arriba de toda sospecha, esa vida es la mía, que ha rodado por más de treinta años en medio de vosotros, limpia, laboriosa, consagrada siempre a las más altas y desinteresadas tareas de la República». «Recordó, comenta Donoso, cómo la pasión política ofuscaba los espíritus, los servicios que en la adquisición de buques le prestara el capitán Wilson, y leyó una serie de documentos probatorios de cómo su regreso de Estados Unidos lo hizo gracias a la ayuda pecuniaria de sus amigos. Llevó su prolijidad y delicadeza hasta dar detalles de los dos únicos negocios particulares que había hecho en su vida, «porque hoy día, en Chile, en Santiago principalmente, decía, donde todos vivimos como en una gran familia, las fortunas, como las costumbres, los caracteres, los vicios, las virtudes, todo es transparente».

La campaña de «El Ferrocarril» fué secundada por dos periódicos de caricaturas que vivían del escándalo y de la procaz explotación de chismes y pasioncillas. Eran «La Linterna del Diablo» y «Charivari». Caricaturas groseras, e insolentes versainas debidas a la pluma de un hijo del doctor Rodríguez Aldea, ocupaban las páginas del último.

Vicuña arrastró a los tribunales a todos sus difamadores, en sucesivos juicios de imprenta que apasionaron a la opinión pública.

Acusados los números 4,008, 4,012 y 4,015 de «El Ferrocarril» se declaró el 10 de Septiembre que había lugar a la formación de causa. Dos días más tarde se constituyó un jurado ante el cual denostó con brillo a sus perseguidores, mostrando como ante su actitud en la acusación a la Corte Suprema y para «aplacar los furores sagrados» se le había escogido en calidad de víctima. «Esta es, señores, dijo, la escondida, pero profunda explicación del escándalo que váis a castigar». Y analizando su vida pública, mostró que era «un hombre que todo lo había sacrificado a su patria desde su más temprana niñez y que personalmente puede ostentar todavía la santa pobreza en que como hombre de pensamiento, en un país en donde todavía

el pensamiento es una especie de castigo, ha vivido y vivirá siempre orgulloso». Terminaba su discurso solicitando se condenara al «Ferrocarril» a mil pesos de multa y al editor a cuatro años de prisión.

El jurado absolvió a Francisco Godoy, el redactor culpable, luego que éste se dispuso a consignar en un acta «que no había tenido el propósito de hacer ningún cargo» que afectase a Vicuña en «su dignidad como hombre público y privado».

Otro jurado se reunió el 14 de Septiembre para juzgar la acusación de Vicuña Mackenna a ciertas versainas publicadas anónimamente por Fanor Velasco en «La Linterna del Diablo», número del 5 de aquel mes. La sentencia condenó al editor del pasquín a cuatrocientos pesos de multa y pago de costas.

«El juicio contra el *Charivari*, cuenta el señor Donoso, despertó enorme interés y apasionó a la opinión pública. El mismo *Ferrocarril* reconoció que se congregaron más de cuatro mil personas en los alrededores del local donde debía reunirse el jurado. «El gran espectáculo de ayer, escribe en su editorial de 17 de Septiembre, será de eterna recordación en los anales de la prensa. De diez años a esta parte, jamás se vió una agitación pública, un movimiento popular más compacto y pronunciado».

La audiencia se inició a las tres de la tarde del 16 de Septiembre con un elocuente discurso de don Bernardino Opazo, vicepresidente de la Cámara de Diputados, quien disertó sobre la parte legal, defendiendo a Vicuña. Este pronunció, luego, extensa oración en la cual analizaba los móviles que impulsaban a don Luis Rodríguez Velasco, autor de venenosos versos, recordando tristes episodios de otro juicio en que, acusado Vicuña, la ley y la razón le habían dado el lauro. El veredicto, emitido después de media hora de deliberación, condenó a Rodríguez a pagar una multa de ciento treinta pesos a más de las costas judiciales. Conocido el fallo Vicuña fué acompañado hasta su casa por «una poblada» que lo vitoreaba entusiastamente.

«Tal fué el epílogo de los famosos jurados de Septiembre, escribe Donoso. Vicuña logró en ellos el más espléndido triunfo:

sus calumniadores recibieron la condigna sanción y él recibió el homenaje debido a su inmaculada honradez» (191).

Es oportuno recordar que en esos lances ingratos, el ilustre hombre público se vió acompañado por las personalidades más selectas del país y por toda la opinión popular. En la prensa seria contó con el apoyo decidido de «El Mercurio» y «La República» (192).

Su labor parlamentaria de esos años fué intensa. La acusación a la Corte, de que ya hemos hablado, y más tarde la cuestión de Arauco, la llenaron en parte. En esta última terció de modo decisivo, pronunciando en sesión de 10 de Julio de 1868 un discurso memorable (193). «Por su familiaridad con las cuestiones históricas,—escribe, a propósito, el distinguido y ya tantas veces citado biógrafo—Vicuña estaba particularmente capacitado para hablar con lucimiento sobre ese aspecto del asunto, y de ahí el interés y justificada trascendencia de su discurso». En sesión de 14 de Agosto hizo otra disertación que completó su tesis, determinando rumbo definitivo en la política indígena del gobierno.

El día 3 del mismo mes presentó otro proyecto, renovatorio de su moción de 1864, con el fin de autorizar los fondos necesarios para repatriar los restos de O'Higgins. El proyecto fué aprobado y al año siguiente se le dió definitivo cumplimiento, tributándose un homenaje nacional al ilustré guerrero de la independencia. Nombrado miembro de la comisión que debía encargarse de eregir la estatua del prócer, trabajó en ella durante los meses finales del 68.

Ese mismo año, llamado a integrar la comisión organizadora de la Exposición Nacional de Agricultura, redactó, con tal fin, un programa en compañía de don Domingo Bezanilla

(191) Un folleto de 124 páginas a dos columnas reunió la documentación de aquellos jurados. Véase *El castigo de la calumnia. Compilación de las principales piezas de los procesos de imprenta promovidos contra el diario El Ferrocarril y los periódicos La Linterna del Diablo y El Charivari* (1868).

(192) *La República* publicó dos extensos editoriales: *El Jurado* (13 de Septiembre) y *La Calumnia Reprimida* (17 de Septiembre). El discurso de Vicuña Mackenna, pronunciado en la Cámara de Diputados en sesión de 2 de Noviembre de 1867, mereció a aquel diario el calificativo de genial.

(193) Ese discurso y los otros pronunciados por Vicuña Mackenna sobre la materia están recogidos en su folleto *La Conquista de Arauco*.

y colaboró en el respectivo reglamento. De aquellos trabajos salió, a más de la Exposición agrícola, otra de útiles de labranza que se fijó para 1869. El 5 de Mayo fué inaugurada la principal por Vicuña Mackenna, quien pronunció largo discurso en el que vertía su pensamiento en el sentido de propiciar una nueva Sociedad de Agricultura y un Código Rural, cuya necesidad se hacía cada día más evidente. El éxito de la empresa era completo. «La firme y resuelta voluntad de Vicuña— escribe Ricardo Donoso—había sacado triunfante en gran manera esta iniciativa, la primera de su especie que se realizaba en el país. El más franco éxito coronó sus esfuerzos, y con justificados motivos pudo quedar satisfecho de los resultados de su obra.» «Uno de los votos formulados por Vicuña Mackenna en la inauguración de la exposición logró también el más lisonjero éxito: de allí, la instalación, bajo nuevas bases, de la Sociedad Nacional de Agricultura a cuya existencia están actualmente vinculados los más vitales intereses agrícolas del país» (194).

Con fecha 17 de Mayo del 69 presentó por tercera vez renuncia del cargo de Secretario de la Cámara, que le fué rechazada en forma unánime. Su labor burocrática era compartida con actividades parlamentarias de interés. En Agosto se opuso al envío de obispos al Consejo Ecuménico de Roma por cuenta del Estado y en sesión de 30 de dicho mes analizó la misión de Muzzi en Chile.

Mociones benéficas, ayuda a sus propios enemigos a quienes soplasen vientos de adversidad, labor de comisiones y fiscalización levantada, tal fué su aporte cívico en el Congreso chileno hasta su partida a Europa en 1870. Las reformas habían sido batidas pero mientras en su cuerpo alentaran fuerzas sabría sostenerlas y bregar por ellas desde la tribuna o en el llano, al lado del pueblo.

(194) Dos escritos de Vicuña dicen relación con aquellas labores: *Informe General presentado a S. E. el Presidente de la República sobre los trabajos de la Comisión Directiva de la Exposición Nacional de Agricultura celebrada en Santiago de Chile en Mayo de 1869 y Memorias presentadas a la Comisión Directiva de la Exposición Nacional de Agricultura en el certamen de 1869.*

(La principal, contenida en este último folleto, es una de Vicuña sobre *Bosques y maderas*).

XLVI

Cuando las actividades ciudadanas le dieron tiempo, Vicuña reanudó su labor literaria, la que en puridad nunca pudo interrumpirse de manera seria, aún en los períodos de mayor dinamismo cívico.

Una de sus empresas importantes fué sin duda la publicación de la *Historia General de la República de Chile desde la independencia hasta nuestros días*, compuesta de cinco volúmenes, editados por don José Santos Valenzuela. En ella reunió Vicuña, fuera de su Memoria sobre las últimas campañas del período emancipador chileno, trabajos importantes de los mejores historiadores nacionales, todos ellos acompañados de estudios y notas biográficas originales. En el primer volumen figuró la «Investigación sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile» de José Victorino Lastarria (195). El tomo último fué impreso en 1872.

Sobre esta publicación en que se incluyó a Lastarria, Sanfuentes, los Amunátegui, Barros Arana, García Reyes, ha dicho Ricardo Donoso: «Su *Historia General de la República*

(195) Escribe Donoso: «Para ese volumen Vicuña Mackenna compuso un prólogo, una interesante introducción y una breve semblanza de los autores de las Memorias. Con proligidad de benedictino y pasión de erudito anotó, además, cada una de las obras mencionadas, insertando en la mayoría de las páginas, ya menudas, ya extensas apostillas. Procuró con ellas llenar los vacíos que a su juicio notaba en los escritos comentados, pues consideraba que los historiadores de Chile habían descuidado estudiar uno de los aspectos más interesantes de su vida, cual era el relativo a la sociabilidad».

de Chile es, junto con la monumental de Barros Arana, el más perdurable monumento erigido a perpetuar la historia de nuestra tierra, y uno de los esfuerzos más notables que en materia literaria se han realizado en nuestro país».

En 1867 dió a la estampa los dos nutridos volúmenes de *Diez meses de misión a los Estados Unidos de Norte América*, «fruto de cien vigiliass», en que mostró sus trabajos, luchas e impresiones recogidas durante aquella célebre misión que hemos recordado por su trascendente interés en varios capítulos de esta obra. Libro autobiográfico, cabe reconocer—como apunta Donoso—que «se trata de una obra de altísimo valor literario y de clara visión política. Vicuña Mackenna vivió en Estados Unidos con el espíritu alerta, observando con minucioso interés todas las manifestaciones de la idiosincracia norteamericana. Sus comentarios y opiniones sobre las características y tendencias del pueblo de la Unión, tienen, si pudiera decirse, un valor y un alcance netamente actuales, que la experiencia de los años no ha hecho más que confirmar».

En 1868 sostuvo una polémica histórica con Mitre, a propósito de un juicio emitido sobre Sarmiento, y otra de mayor importancia sobre la Inquisición, en que terciaron el prebendado don José Ramón Saavedra y Zorobabel Rodríguez, el famoso economista y hombre de prensa conservador.

Fué el caso de que cinco años después de haber pronunciado Vicuña su discurso de incorporación a la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile, en que trató de la Inquisición, el erudito prebendado Saavedra publicó un folleto—«La Inquisición. Rápida ojeada sobre aquella antigua institución»—en el cual decía, con notable desenfado: «No sólo haré la defensa de la Inquisición eclesiástica; trazaré su panegírico». Rodríguez acogió con entusiasmo el trabajo de marras, desde las columnas de «El Independiente», provocando con sus ditirámicos elogios la intervención de Vicuña Mackenna. Salió éste a la arena y el 20 de Mayo inició en «El Mercurio» la publicación de su libro *Francisco Moyén o lo que fué la Inquisición en América*, en el que narraba la vida de un alegre aventurero francés a quien su admiración por Voltaire y los enciclopedistas llevó a las cárceles del repudiado tribunal en Lima,

sufriendo largo martirio. Ese libro, llamado a tener resonancia en América y Europa (196), es uno de los más formidables alegatos que se conozcan en contra del tenebroso instituto. Excusado es decir que tanto Zorobabel Rodríguez como Saavedra publicaron largos artículos que fueron a estrellarse contra la argumentación de Vicuña que constituía fortaleza inatacable. Por otra parte el historiador recibió con tal motivo diversos homenajes, versos, artículos, ofrendas...

El mismo año 68 «El Mercurio» dió a conocer su *Crónica estudiantil: La disolución de la Academia de Leyes*, en que recordaba con fresca y retozona gracia aquel episodio revolucionario de los días de adolescencia, en que por vez primera se evidenció el futuro caudillo reivindicacionista.

Y poco más tarde entregaron las prensas esa notable producción que se llama *La guerra a muerte. Memoria sobre las últimas campañas de la Independencia de Chile 1819-1824*. Calificado como uno de sus libros mejores, al decir de Mariano Latorre y Manuel Rojas, este último encuentra en él material para diez novelas y obras de teatro que ya no se escribirán nunca, tal es su fuerza y riqueza. «Para escribirlo,—dice Rojas (197)—Vicuña Mackenna juntó y devoró pacientemente, papel tras papel, y documento tras documento; nada escapó a su curiosidad y a su deseo de conocer lo que se relacionaba con esa heroica época. Y una vez atiborrado de documentación, la volcó, animándola con su fuerza de creador, en las páginas de este libro».

Y agrega Manuel Rojas, a propósito de la obra en comento: «Dotado del poder de reunir los hombres y los hechos dispersos en la historia, insuflándoles nueva vida, los juntó, los ordenó en filas indias y los hizo desfilar y realizar en las páginas de

(196) La traducción inglesa lleva por título *Francisco Moyn, or the Inquisition at it was in South America*, by B. Vicuña Mackenna. Translated with the author's permission, by James W. Duffy, M. D. member of the Royal College of Surgeons, and the University of Chile, etc., London: Henry Sotheran, 1869.

En 1905 se publicó una nueva edición popular.

(197) *Atenea* (Número consagrado a conmemorar el Centenario de Vicuña Mackenna. Tomo XVI, Agosto de 1931). Añade: «En *La guerra a muerte* hay elementos para todos, para los poetas, para los novelistas, para los dramaturgos, para los cuentistas; elementos heroicos, dramáticos, líricos, trágicos, grotescos».

sus libros lo que habían realizado ya. De este desfile, del conjunto de este desfilarse y moverse sin tregua, la vida surge. En las páginas de *La guerra a muerte* el sur se mueve desde el mar a la montaña y las quilas de las lanzas, innumerables, ondulan como un trigal de ásperos tallos; los caballos galopan y resoplan en las batallas rápidas de las montoneras; los ponchos revuelan; los hombres gritan, matan y mueren; los bosques están cuajados de indios y de soldados; los ríos arrastran muertos, frutos humanos; se degüella a los niños, se viola a las mujeres, se saquea, y hacia la cordillera suben y desde la cordillera bajan las partidas capitaneadas por los Pincheira en demanda de sus *malalches* o en busca de botín, pues para estos hombres la guerra a muerte, más que una guerra de principios, era una guerra de robo. Toda la *tierra* está convulsionada».

Durante el decurso de 1869, año «memorable en la vida literaria de Vicuña Mackenna» (198), el gran historiógrafo imprimió su *Historia de Santiago*, producción maestra en la literatura continental. Obra cumbre, en ella el genio de su autor logró una de las más acabadas reconstrucciones históricas de que haya memoria, pues logró aprisionar toda la vida de la capital chilena en el período colonial. Cuando mañana se quiera conocer lo que fué la vida americana durante la dominación española, en Santiago, Lima o Buenos Aires, encontrará el espíritu de la época captado de modo maravilloso, el ambiente reconstituido como por arte de ensalmo (199).

«Nadie más calificado que Vicuña Mackenna para trazar la historia de su ciudad natal—comenta Donoso—: santiaguino hasta la médula de los huesos, enamorado de la historia y tradiciones de la vieja capital del antiguo reino de Chile, él debía

(198) Donoso, obra citada.

(199) De los dos volúmenes de la *Historia de Santiago*, el primero consta de 314 páginas y el segundo de 518 páginas, con IV documentos.

Una segunda edición, incompleta, fué publicada en Santiago en 1914-15 (4.º, a dos columnas) por el señor E. C. Eberhardt.

La tercera edición (segunda del texto completo) apareció en 1925-26 en la Editorial Nascimento de Santiago.

ser su fervoroso historiador, así como dentro de poco había de ser su más ilustre mandatario».

La *Historia de Santiago*, al decir de Donoso, «es la crónica animada y pintoresca, viva y palpitante de la ciudad que fundara don Pedro de Valdivia; la relación de su desarrollo y de sus progresos, desde que los capitanes castellanos fueron a abreviar las jadeantes cabalgaduras al pie del San Cristóbal, hasta que el grande don Ambrosio O'Higgins encaró con ánimo resuelto sus más duraderas obras; la historia de sus tragedias y sus dolores, de sus pleitos y alegrías, de sus horas de tribulación y regocijo». La *Historia de Santiago*, en suma, «es el jugoso fruto de una labor de varios años, realizada con todo el amor del literato y toda la ardiente pasión del enamorado de las añejas tradiciones» (198).

Y agrega el minucioso biógrafo de Vicuña Mackenna que no era ese uno de los menores títulos que éste podía ostentar «a la eterna gratitud de los santiaguinos».

Semanas más tarde Vicuña entregó a la estampa el primer tomo de su *Historia de Valparaíso*, gemela de la de Santiago. El autor le daba como subtítulo: *Crónica política, comercial y pintoresca de su ciudad y de su puerto, desde su descubrimiento hasta nuestros días. 1536-1868.* (200).

Aún cuando de mérito inferior a la de Santiago, la *Historia de Valparaíso* posee la animación encantadora de sus páginas de plenitud. La vida del puerto chileno, su crecimiento, los dramas de sus aguas adquieren animación singular. Los siglos van plasmando su paso en el relato, dando extraño interés a esa humilde caleta de pescadores, convertida en emporio comercial durante el siglo XIX. Cabe, sin exageración, decir que el pasado de Valparaíso sólo permanecerá, en adelante, por Vicuña Mackenna y en Vicuña Mackenna.

(200) El segundo volumen de la *Historia de Valparaíso* se imprimió en aquella ciudad en 1872 (Imprenta Albion, de Cox y Taylor).

XLVII

Después de examinada la labor literaria de Vicuña en esos años, veamos de paso algo de su vida íntima antes de subir con él las escalas del vapor que por cuarta vez había de conducirlo a tierras extranjeras.

«Desde el 4 de Marzo estoy casado con mi prima Victoria Subercaseaux», escribía a un amigo (201), y en carta a don Claudio Gay, que lo fuera muy dilecto, definía a su compañera como una «joven de 19 años, cuya belleza y virtud nada dejan que desear a mi ambición» (201). Esa era la verdad. La mujer que había de compartir la parte más trascendente de su vida pública y darle las casi únicas dulzuras de tan trabajada existencia, reunía todos los requisitos que hubiera podido soñar la fantasía del grande hombre. Era mujer excepcional, fuerte en los días difíciles, trasunto de supremas delicadezas femeninas, inagotable fuente de solidaridad humana en las épocas críticas de su patria, plena de señorial belleza que las fotografías de juventud reflejan pálidamente en espera del

(201) Archivo Vicuña Mackenna, tomo 173.

Por aquellos mismos días, su amigo Adolfo Ibáñez, que tan interesante papel desempeñara en muchas de las gestiones diplomáticas de Chile durante el pasado siglo, le escribía desde Valparaíso: «Prendadísimo he venido de tu amable e interesante esposa: quiera Dios que goces con ella por largo tiempo toda la dicha de que ambos son dignos».

pincel que sepa interpretarla. Sus razgos físicos y morales han sido ciertamente dignos del bronce.

En esa mujer que nada dejaba que desear a su ambición, había una cultura bien fundamentada y todos los atributos que la imaginación y el amor colocan en la mujer que hemos soñado y acaso no entrará nunca en nuestra vida, porque con haberla soñado tan alta y tan acabada pusimos llave en las puertas y clavando la mirada en los lejanos horizontes no supimos advertir que a nuestra vera pasaban las mujeres humildes y sencillas, las que hubieran podido ofrecernos ese poco de ternura humana que no sobra ni aún en la vida de los felices.

Pero Vicuña Mackenna tuvo la compañera ideal y en su vida entró la mujer que sus sueños más ambiciosos habían forjado.

Era una compensación del destino. Era la más alta compensación que el destino podía darle.

La compañera le brindaría muchas veces el refugio de sus ternuras, bálsamo en las horas en que el dolor golpea y por la ancha puerta se van los seres que hemos amado, camino del país sin regreso. Y fueron desfilando. El 7 de Enero de 1869 moría su hermano Juan en la flor de su edad. El padre, más que padre hermano y camarada de los días más bellos de la juventud y de las más ardientes rebeldías de los años de fuego,—¿no había quemado con él y junto a él el oro de las locuras espléndidas y con él compartido las fiebres de las cárceles, los fríos de los campamentos, los heroísmos de los campos de batalla y las amargas zozobras del ostracismo?—envejecía. El supremo camarada envejecía y antes de que transcurriesen muchos otoños había de estrechar su mano la mano fraterna y el pecho palpitante, saliendo al oscuro camino sin orillas con la dulce sonrisa del hombre limpio de hieles y los cabellos nevados flotando al gran viento que viene del país de las sombras...

Y soplan vientos glaciales. El dolor es un gran lecho de nieve erizado de puntas de fuego. Y en el lecho del dolor hay millares de puñales invisibles que desgarran las entrañas...

Pero la compañera está próxima, inseparable hasta el

último minuto. Dice una carta de la intimidad: «llevo una vida tranquila al lado de mi mujercita...» (202). ¿Qué más agregar? El amor habita en él. Y el amor es juventud, es soplo mañanero, toque de alba que suele sonar en los espíritus aún en las horas del crepúsculo físico, porque el crepúsculo sólo penetra realmente en nuestra vida cuando ha huído de ella el amor...

XLVIII

En 1867 los Vicuña Subercaseaux se instalaron en un palacete de la Alameda, arrendado a Meiggs en la suma de tres mil pesos anuales. Casa magnífica para aquellos años, situada en la esquina de Lord Cochrane, debía albergar los primeros tiempos de la vida matrimonial en blando y propicio nido. Allí nació el 15 de Enero de 1868 su hija primogénita, señalada con el nombre de Blanca en la pila bautismal.

En aquella casa de la Alameda (202 a) organizó su primera tertulia literaria y política, congregando a muchos de los familiares visitantes del hogar de doña Magdalena Vicuña y a los amigos hechos en el campo puramente democrático. Escritores, políticos, gentes de mundo encontraban en los salones que presidía doña Victoria, tan joven aún, el encanto de una abierta hospitalidad y la benevolencia de espíritus que nunca limitaron los prejuicios vulgares.

A mediados de 1868 Vicuña Mackenna se trasladó a la calle de la Compañía, N.º 12. Reanudando, con la vida familiar de siempre, esa tertulia que frecuentaban hombres tan eminentes como Lastarria, Eduardo de la Barra, Lillo, Isidoro Errázuriz... Este último, destacado ya entre los más grandes oradores ame-

(202 a) Vicuña Mackenna la compró a don Enrique Meiggs, en el curso del año 1867, en 40,000 pesos, saldados mediante permuta de dos casas que doña Victoria Subercaseaux poseía en Valparaíso y 15,000 pesos en dinero. En Agosto de 1868 fué enajenada a doña María Ossa de Ossa.

ricos de su siglo, estaba vinculado al historiador de Santiago por lazos de admiración política y de profundo afecto. El hogar de Vicuña constituía por esos años el núcleo en que debía nacer, andando el tiempo, el mayor movimiento democrático sudamericano de la pasada centuria.

La casa estaba puesta con gusto señorial, si bien modestamente (203). En el salón, entre boules franceses con nostalgia de Versalles, se destacaba un magnífico busto en mármol del general O'Higgins—que nos fuera familiar en los días de la infancia,—propiedad hoy del Estado. Había, también, un enorme mosquete del tiempo de la conquista, encontrado en los bosques de Valdivia, acaso por él mismo en aquella excursión hecha en la primavera de 1866, y en una de las murallas cierto plano de Valparaíso en 1774, dibujado a la pluma por anónimo geógrafo. Los bustos de grandes hombres no faltaban en la casa. En el propio dormitorio de Vicuña había uno del abate Molina, original de Guingi, y en el comedor, puesto a la vieja moda, otro de Lincoln.

Leamos, en el amarillento catálogo anotado de puño y letra de Vicuña Mackenna, la lista del escritorio en que muchas páginas de la propia obra fueran trazadas por su dueño: «Alfombra, lámpara de dos luces; dos estantes imitación jacarandá, con puertas de cristal; cuatro bustos de personajes chilenos sobre bases de caoba; mesa escritorio con cubierta de paño; pequeña lámpara de gas, para escritorio; un aparato de guardar periódicos y otro para cartas; una prensa de tornillo para copiarlas, acompañada de su mesa; un mapa de Bolivia; una caja de herramientas; silleta de brazo y marroquí, para la mesa de escribir; una poltrona y diez silletas de marroquí verde... Y entre los libros: *New American Cyclopedía*, *The Annual Cyclopedía*, *Cyclopedía de Penny*; obras de Prescott, Mothey, Hazlitt, Duyck Kinck, Chambers, Oviedo, Milton, Byron, Claudio Gay, Spencer, Bouillot, Macaulay, Ariosto, Maquiavelo, Walter Scott, La Fuente, Pöpig. En un rincón los catorce volúmenes de *Voyages a la decouverte de l'Amérique...*

(203) *Remate del menaje de la casa N.º 112, calle de la Compañía*, por Carlos de Mendeville. 4 págs. sin fecha. Imprenta de la República. En esta curiosa pieza, que nosotros conservamos, se encuentra la lista completa del menaje de Vicuña Mackenna en aquella época.

Casi todo aquello fué dispersado a los cuatro vientos por el martillo del notario Mendeville el jueves 23 de Diciembre de 1869 «a las 12 en punto del día»... ¿Cuánto produjo la subasta? El lápiz minucioso de Vicuña anota, con un total de \$ 8,141, las cifras que acusan el índice de vida modesta de la antigua aristocracia chilena, de esa aristocracia pre-salitrera y con sabor a patriarcado que saludamos hoy, en medio del caos de la desintegración burguesa, desde los umbrales de una vida nueva.

X L I X

En Diciembre se trasladó Vicuña a la casa de su suegra, en la calle de Huérfanos. Y a principios de Enero de 1870, con propósito de atender la salud de su compañera, quebrantada en los últimos meses, se embarcó en Valparaíso, camino del Estrecho...

Comenzaba su cuarto viaje.

El barco se detuvo en Montevideo, la ciudad de las mil hermosas colinas, y allí tomaron los Vicuña el *Amazonas*. El crucero debía parecerles interesante. Breve permanencia en Río Janeiro, azotada por epidemia de fiebre amarilla. Un paseo por Lisboa. Cinco días de cuarentena en Burdeos. Y luego París, en el mes en que revientan en follaje los árboles de los Campos Elíseos...

Nuestros viajeros se sumen en la vida de la capital latina. El Segundo Imperio, que conociera Vicuña en los brillantes días de su apogeo, comienza a agonizar. Napoleón ha envejecido y M. Ollivier se prepara a lanzarse con «corazón ligero» en la aventura de una nueva guerra... Los escándalos se suceden. El proceso del príncipe Pedro Bonaparte, a consecuencia del asesinato de Víctor Noir, apasiona a las gentes. ¿Y Morny, el viejo Morny que pasara insolente las hortensias de su escudo por las calles de San Petesburgo? Tiempo hacía que era del país sin límites, al cual partiera llevando en su equipaje la última esperanza del Imperio. Había aconsejado la paz, como aquel conde de White en la Rusia de 1914. Pero en vano.

Cuando en los palacios de los césares se proyectan las palabras del relato bíblico, el murmullo de los cortesanos ahoga las voces amigas...

Vicuña Mackenna toma la pluma y traza su primera correspondencia que llevará al pie la firma de San Val—hecha de las primeras sílabas de los nombres de Santiago y Valparaíso, sus ciudades amadas—con la cual signaría todos sus despachos de guerra y de paz.

Los ojos de Vicuña registran París. El espíritu es otro. Algo hay de extraño en la ciudad todavía imperial. «Qué profusión de vida he encontrado en estos pueblos,—escribía a su suegra el 7 de Marzo—qué abundancia de placeres, qué alegría en todos los ánimos! París está transformado y el que yo conocí hace 15 años no es sino una sombra del presente».

Y en carta de 13 del mismo mes: «Después de haber vivido una semana en el *Grand Hotel*, donde nos salteaban como a príncipes, nos hemos mudado a un hotel de familia muy cómodo y tranquilo en el Boulevard Haussman y sobre la plaza en que está el monumento expiatorio erigido a Luis XVI y María Antonieta». Más tarde se trasladará al Hotel Louvre, próximo a las Tullerías. Desde allí, en más visible palco, podrá asistir al apasionante espectáculo de la decadencia bonapartista.

La pluma de San Val no descansa. Las correspondencias se siguen unas a otras y los lectores de «El Mercurio» las devoran. Ayudarán con su producto a costear el viaje, pues el suyo, según propia confesión, fué «salario no de corresponsal sino de rey» (204).

El invierno es duro. El sol hace tardías apariciones, pero París continúa alegre. «París está alegre para los que quieren alegrarse», escribe a doña Magdalena Vicuña, con ansias nostálgicas del terruño. Acaso presente que Santiago aguarda su acción transformadora... Y entre tanto escribe, escribe. Concorre a las sesiones del parlamento, recoge las emociones del palacio y de la calle, recuerda a Monvoisin, el pintor de las viejas abuelas, hace crítica de letras y de arte...

El imperio continúa derrumbándose. En vano ganará el plesbicitito. El soberano, cuyos sueños de unidad y reconstrucción de nacionalidades se han ahogado en sangre, ignora que las dictaduras ganan siempre las elecciones y los plesbicitos y en apariencia se muestran fuertes aún en la mañana del día del derrumbe. Vicuña detesta el sistema dominante, abomina de monarcas y cortesanas. La República habita en él. Comenta: «A nuestro juicio la única esperanza sería de rehabilitación que germina todavía en el alma y en la inteligencia de la Francia, está escondida en el corazón de ese pequeño grupo de hombres animosos y esforzados, que sin dar treguas a las imposturas y a los errores del imperio, lo han combatido día a día durante veinte años».

La República está próxima. Su espíritu la advierte. Y sin embargo desde los balcones de su hotel puede ver a la emperatriz Eugenia, a Napoleón y al príncipe imperial. Los fantasmas aún tienen consistencia... Doña Victoria sale a tomar el sol llevando en brazos a Blanca, que tiene ya dos años. En los jardines, abiertos al público, la belleza de la niña despierta la atención y la emperatriz se detiene en su paseo para acariciarla. Las dos señoras se miran y cambian saludos sonrientes. Son madres... Y Eugenia de Montijo, joven aún, se aleja envuelta en sedas y en gracia. ¡Pobre mujer! ¿Sabe, tal vez, que sus ambiciones maternas no tardarán en conducirla al abismo? El destino la aguarda y sobre las Tullerías, que pronto no serán sino un montón de ruinas humeantes, flota la sombra de Némesis...

París se agita y las veladas y las fiestas de corte se suceden. Los teatros y los restaurantes están repletos de público. Las mujeres danzan y los hombres se embriagan en una infinita sed no satisfecha. Nunca pareció más encantadora la vida parisina que en esos días que precedieron a la catástrofe. Conciertos, espectáculos, exposiciones. Ofembach domina en los bulevares con los alegres ritmos que subrayan los pies de las bailarinas y en su gabinete de Berlín el príncipe Bismark clava sus ojos en las fronteras del Rin.

Una de las visitas que impresionan más gratamente al viajero, sirve de tema a una de sus correspondencias. Ha sido

a una modesta casa del bosque de Bolonia, en que habitara Lamartine, el escritor predilecto que encendió las emociones y las rebeldías de su mocedad (205).

Y Vicuña escribe: «Cuando los grandes espíritus que habitan la tierra emprenden su eterno vuelo, no lo llevan todo consigo. Algo queda en su nombre, en su morada, alrededor de su tumba. Lamartine, con esa poesía misteriosa del genio, que prestaba a cada una de sus frases el alcance de una definición o la armonía de un cántico, decía que los países eran sólo sus grandes hombres. Yo siempre he creído en esa definición sublime de la patria y de la gloria, y donde quiera que el destino haya empujado mis pasos, mi primera salutación del alma al pisar las fronteras grandes y pequeñas de mi peregrinación forzada por el mundo, ha sido a sus grandes memorias: en Italia, a Miguel Angel y Galileo; en la América, a Franklin y a Fulton; en España, a Cervantes y a Quevedo; en Francia, a Montesquieu, a Pascal, a Descartes, a tantos grandiosos monumentos del ingenio humano encarnados en un nombre...» «En cuanto a los contemporáneos, su aureola es menos prestigiosa y menos vivida: ilumina pero no deslumbra. La etiqueta social, el orgullo de las personas, el egoísmo de todos levanta tantas banderas en derredor de esas figuras palpitantes, que se prefiere mirarlas de lejos y se les ama mejor cuando ya han pasado...»

(205) Vicuña Mackenna juzga a Lamartine: «¡Qué abundancia, en efecto; qué colorido, qué riqueza de metáforas, y qué plácida, lánguida, infinita e inagotable armonía en el estilo! Los conceptos, aún sobre los argumentos más vulgares, aún sobre los caracteres más ruines, se desprenden de aquella mágica pluma como cascadas de luz que iluminan sus libros, cuál si cada una de sus páginas fuera un paisaje y cada uno de sus pensamientos un meteoro. Y cuánta, por otra parte, inconmensurable exuberancia en los recursos de la palabra escrita, cuántos giros luminosos, envolviéndose en espirales al derredor de las frases, que de suyo y gramaticalmente son mezzuinas, para levantarlas a los espacios como las columnas el pensamiento increado! ¡Cuánta y cuán magnífica sucesión de imágenes! En Lamartine cada figura es un golpe de cincel, cada comparación una sorpresa, cada frase un resplandor. Diríase de él que, dueño, a virtud de un pacto misterioso con la naturaleza, de todas las pedrerías deslumbradoras que su seno esconde, las va exhibiendo a los ojos del fascinado lector a la vuelta de cada una de sus fojas, como en una serie infinita de armarios deslumbradores».

La envidia ha amargado un poco la vida de Lamartine, pero esa envidia europea es menos acre que la nuestra. Amarga pero no aniquila. En cambio... «El cielo de nuestros países—dice Vicuña—no es devorador, ni alimenta reptiles venenosos, excepto la envidia. Y cuando ésta muerde el alma crédula y honrada, las cabezas encanecen mucho antes de su hora...»

Antes de despedirse el visitante dice a la pobre heredera del grande hombre que él se constituye en esos momentos en el representante de todos los que en su patria aman la gloria, la poesía y el infortunio. «La amable señora—cuenta—se dignó acompañarme hasta la puerta exterior del jardín, y allí, tomándome la mano entre las suyas, me dijo por único adiós estas palabras: ¡Cuán dulce es pensar que allá... tan lejos... hay quienes aman a los que aquí ya están olvidados!...»

El 30 de Abril firma en Dieppe, camino de Inglaterra, su última correspondencia escrita en Francia. A comienzos de Mayo los Vicuña Subercaseaux se encuentran en Londres, sumidos en la niebla primaveral. Vicuña no la visitaba desde 1859 y no halla novedad. Inglaterra se mueve con lentitud. Sus instituciones son macizas y la fuerza de la tradición pesa enormemente. Con todo hay seriedad en las ideas y en los hombres encargados de servir las. El parlamento le da sensación de gentlemens reunidos. «Diez horas diarias de trabajo!—escribe—Sueldo, ninguno! Esperanza de empleo oficial ni la más remota, porque es sabido que en Inglaterra la *incompatibilidad* de la representación popular y del presupuesto es absoluta. Ni siquiera una taza de té, sin que sea preciso pagar por ella. ¡Un hurra a la Inglaterra!».

Después de corta estada, durante la cual visita con detenimiento la biblioteca del Museo Británico, Vicuña se dirige en busca de climas para la delicada salud de su compañera. A mediados de Mayo se detiene en Bruselas, desde donde se lamenta de no poder servir con más eficacia a su país. «Desgraciadamente, escribe, sólo puedo servir desde lejos a mi suelo, robando leves ratos a deberes que gravitan más hondamente sobre mi corazón y lo preocupan». Bélgica le atrae, «La Bélgica, por sus cuatro vientos—dice en una de sus correspondencias (206)—no es sino una inmensa chacra, toda plantada, toda verde, toda limpia, hasta de la más humilde maleza». Recorre sus ciudades principales—«desde Ostende a Lieja, desde

(206) *Una visita al campo de batalla de Waterloo*. Spaa, Junio 6 de 1870. (Véase *Páginas Olvidadas*).

Courtray a Verviers»—y toma como residencia central la aldea de Spaa.

Cierta tarde visita de nuevo los campos de batalla de Waterloo, con doña Victoria, quien rara vez deja de acompañarlo en sus andanzas y visitas, así sea a museos o archivos polvorientos... Sus impresiones del campo de guerra son diversas de las que sintiera en otra época. Entonces «la sangre corría tal vez con mas vehemencia en las juveniles venas,—escribe—el entusiasmo tenía mas vívido su soplo, la imaginación más anchas sus alas; y confieso que en aquella primera visita me pareció que había oído los últimos clamores de la gran contienda... Esta vez, al contrario, la vista del campo cubierto de fresca verdura, los paisanos que cantaban en sus faenas; en las siembras, las yuntas de bueyes uncidas al arado, la creación en fin, me dominaba con sus encantos irresistibles, al paso que el fragor de la pelea y su ensangrentada tela pasaban delante de mis ojos como si mis sienes estuvieran envueltas en la sábana de una fúnebre pesadilla». Sus ojos se pasean por el campo y evocan los fantasmas lejanos, percibiendo, acaso, el humo de Hougoumont que «ocultó a las columnas en marcha la estrella de las viejas victorias». Todo es humo, vanidad, odio. «Y allí—exclama con acento hondo—volvía a comprender la insensatez y la ferocidad del hombre, que por cualquiera de las mil futilidades que afligen nuestro espíritu, la ambición, el odio, la codicia, se arma contra su semejante y pasa su vida entera en acechar la hora más oportuna para matarle. ¡Y todo aquello se llama la gloria!».

A primeros de Junio se embarca con los suyos en el vapor *Friede*, en bella excursión fluvial hasta Maguncia en donde visita la casa en que naciera Gutenberg. Sigue a Francfort, ciudad en que le aguardan, en magnífica parada de recuerdos, la casa natal de Goethe y el viejo barrio judío... Continúa la ruta a Baden-Baden, junto a las colinas de la Selva Negra, y allí permanece ocho días tomando aguas. Luego Estraburgo y Luxeil, próximo al Rhin.

Luxeil es el mirador desde el cual el grande artista con-

templara la guerra franco-prusiana, redactando las más animadas crónicas que salieran de su pluma.

Todas las excursiones anteriores las había realizado sin prisa. «Porque es preciso que aquí digamos—cuenta con *donaire* en un Suplemento al «Mercurio», de fecha 22 de Agosto del 70—que esto de visitar en cada ciudad a que se llega, el museo, las iglesias tales, el palacio cual, y ésta, aquélla y la otra *curiosidad* que os apuntan los guías o los ociosos *ciceroni* de los hoteles, es tarea para los santos o para los tontos; y por lo que a mí toca más bien preferiría que me dejaran en la primera cama vacante del hospital vecino a la estación del ferrocarril, que el que me lleven al trote y con la lengua de fuera, como suelen andar algunos fieles ingleses, visitando lo que maldita la gana tengo de ver. Siempre me acordaré del vuelco de regocijo que me di en el suelo cuando viajando casi niño llegué a un pueblo de Lombardía donde, al abrir el guía de Murray, que entonces seguía a pie juntillas, con la fe de un inglés, leí estas deliciosas palabras: *Aquí no hay nada que ver!*»

L

Desde su retiro de Luxeil, Vicuña Mackenna observa:

Una correspondencia al «Mercurio»—*La Europa Militar*,—publicada el 25 de Agosto, inicia la serie de sus magníficos artículos sobre el conflicto franco-prusiano. En aquel cuyo título enunciamos se advierte la guerra que ninguna de las potencias adversarias se atreve aún a declarar. Es el anuncio de una catástrofe que parece inevitable.

«En el momento de echar al correo esta correspondencia— escribe Vicuña en otra, de fecha 15 de Julio—veo desfilar unos cuantos jóvenes paisanos que ayer cantaban en la paz de la selva y del sembrado, y que hoy, saco a la espalda, marchan, cantando también, a la matanza...»

La guerra estalla y Vicuña afirma su propósito de imparcialidad, «por que es preciso que se entienda que nosotros no somos ni partidarios de la Francia ni de la Prusia» (207). Sus correspondencias darán fe de esa imparcialidad que más tarde no ha de excluir una honda simpatía hacia los vencidos.

Luxeil es un magnífico observatorio y los familiares del escritor no permanecen ociosos, por otra parte, pues «catorce manos chilenas» se consagran a preparar vendas e hilas para los heridos de todos los campos... «Entre tanto—escribe el 1.º de Julio a su suegra—la vida que hacemos es tan agradable como puede serlo en un lugarejo sin recursos. Todos los

días nos levantamos a las seis y media. A las 7 Victoria ya ha tomado su baño ferruginoso, y después de una hora de reposo hacemos un paseo en carruaje, de dos horas. Ya no nos queda aldea, ni bosque, ni montaña en la vecindad que no hayamos visitado. Como ya hace calor pasamos el resto del día en la casa hasta la tarde, en que paseamos a pie... Yo mato la monotonía de la noche escribiendo largas correspondencias para *El Mercurio*.»

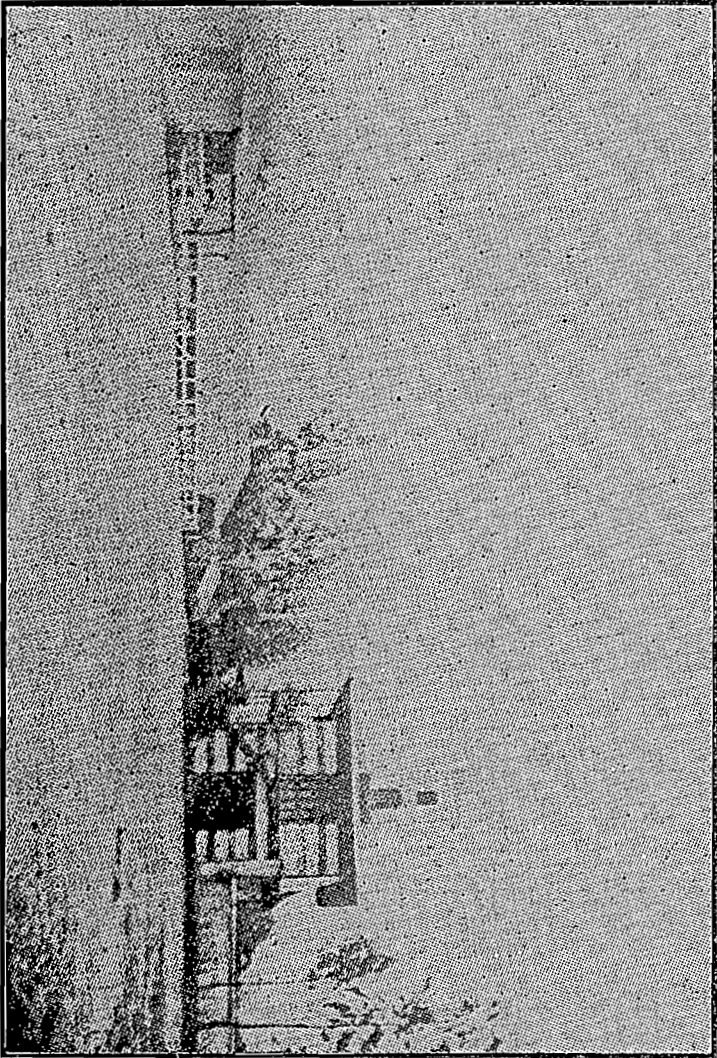
El estío declina y los Vicuña se trasladan a Suiza. Y allí, a orillas del lago Lemán, reciben las noticias de los primeros desastres del ejército imperial. Escribe desde Ginebra el 13 de Agosto: «La indignación pública contra Napoleón es intensa, irreconciliable. Su juego ya está hecho, y aunque él ha asegurado que no volverá a París sino «muerto o vencedor» nos parece más que seguro que no volverá de ningún modo». Y al día siguiente: «En fin, Napoleón ha jugado su trono y lo ha perdido. Ahora lo que se tratará de saber es quien lo hereda, los Orleans, la república o el comunismo?...» Dos semanas más tarde el imperio se derrumba en Sedán.

A comienzo de Septiembre Vicuña Mackenna se dirige a Lyon. Visita allí el campamento militar de Sathonay. Todo es desorden e imprevisión. La vida de la ciudad es tranquila, alegre, y nada parece recordar la guerra y sus desastres. «Hay, es verdad, cierta curiosidad,—escribe—los boletines pasan de mano en mano, en los cafés se discute con alguna animación, pero todo es normal e insignificante. Anoche era domingo, y la inmensa plaza Bellecourt, los hermosos puentes del Saona y del Ródano, las lindas calles de la Emperatriz y del Emperador (pues todo es *imperial* en Francia) hervían de paseantes alegres o indiferentes. Y esto en presencia de las más grandes catástrofes de la historia de este país, y cuando su suerte se jugaba en la boca de los cañones!»

Un día, durante su estada en la ciudad lyonesa, le toca asistir a la proclamación del nuevo orden político. La revolución lo entusiasma y sintiéndose «ciudadano de la república universal» fraterniza con los soldados franceses a quienes grita *Vive la République!* Los soldados lo corean, aplaudiéndolo



Vicuña Mackenna y sus hijos María, Benjamín y Eugenia
(Fotografía tomada en 1885).



•El Castillo, en el parque de Santa Rosa de Colmo.
(Vicuña Mackenna hacía funcionar una escuela pública en el edificio principal).

calurosamente, más ese grito le cuesta, de alguien que iba a su vera, «ese castigo peculiar que allá en nuestra tierra de afilados dedos llaman prosaicamente un pellizco»...

Desde Lyon, en donde escribe animadísimas correspondencias para «El Mercurio» aguardadas con ansia en Chile por sus admiradores, se dirige con su familia, semanas más tarde—pasando por Marsella y Tolosa—a los baños de Arcachón, orillas del Atlántico. Burdeos está a un paso y los artículos de Vicuña van «por los aires en la canastilla de un globo...»

¿Y Francia? El nuevo gobierno, que anima el espíritu creador de Gambeta y su heroísmo singular, se agita en medio de las zozobras de la derrota. «La Francia—comenta el gran testigo—presenta en el día la imagen de esos cuerpos atacados de parálisis en que sólo la cabeza palpita y siente. Esa cabeza es París. Todo lo demás está muerto». Mas París está sitiado...

Vicuña sigue con interés creciente las fases de la lucha, pero el invierno se aproxima, siendo prudente continuar la ruta. Y se dirige a España. Las maletas no se deshacen esta vez, rodando por el camino que a cada momento cruzan las nuevas de la guerra. Las ciudades y las posadas le sirven de escritorio. Desde Nápoles asiste al desenlace del gran drama europeo. París ha caído. Metz se va a rendir. Las tropas alemanas desfilan junto al Arco de Triunfo y en Versailles Guillermo I, en medio de los monarcas germánicos y de sus generales vencedores, se coloca sobre las sienes la corona de kaiser. Las banderas de Prusia han flotado orgullosamente en ese mismo salón de los Espejos que un capricho del Rey Sol levantara siglos antes y donde cincuenta años después rodaría la despedazada corona del nieto...

Vicuña Mackenna asiste al desastre y a la paz. Más tarde seguirá las incidencias de la guerra civil y ante los excesos de unos y otros no podrá menos de exclamar «¿qué especie de fiera es ésta que llaman hombre?» Vicuña es un espectador que sabe, como siempre, mirar hondo. Y su pluma, derrochadora del color, escribe en el estilo inconfundible que destaca todo lo suyo, una última página sobre la guerra. Esa

página, que se titula *El desenlace*, será leída en Chile el 5 de Abril de 1871 (208).

Ha terminado una faz interesante de su vida literaria. El corresponsal de guerra ha hecho labor que en su género no tiene parangón alguno en el periodismo americano. A propósito, don Carlos Silva Vildósola en el prólogo de *Páginas Olvidadas* (209), habla de «la serie asombrosa de esas cartas de San Val entre cuyas páginas hay algunas de las más bellas que ha escrito en su vertiginosa carrera» y aún las reitera como «uno de los trabajos periodísticos más felices del gran escritor»...

Y don Adolfo Ibáñez, uno de los hombres de mayor talento que hayan pasado por la cancillería chilena, juzgaba esa labor, diciéndole (210): «Tus cartas desde Europa te han formado, y con justicia, una gran reputación como escritor y como estadista. Cada día afirmas más tu mano y tu cabeza».

(208) Las correspondencias de Vicuña Mackenna sobre el conflicto franco-prusiano fueron recogidas en forma trunca por don Nemesio Marambio en un volumen: *Guerra entre Francia y Prusia*. Como observa Ricardo Donoso, se hecha de menos una edición cuidada y más completa.

(209) *Páginas Olvidadas. Vicuña Mackenna en El Mercurio*. Edición del Centenario. Santiago, 1931.

(210) Lima, Abril 27 de 1871. (Archivo Vicuña Mackenna).

L I

Donoso en su *Vida de Vicuña Mackenna* sigue con prolijidad el itinerario del viajero en los años de 1870 y 71. En Octubre del 70 se dirige éste a España, haciendo alto en San Sebastián, Pamplona y Madrid.

Después de breve estada en la villa y corte, continúa a Aranjuez y Alcázar, atraviesa la Mancha sin desamparar la sombra del Ingenioso Hidalgo, sigue a Córdoba y estaciona en Sevilla, aprisionado por el sol andaluz.

Se instala en una fonda de la calle de las Sierpes. Sevilla le atrae (211). El Archivo de Indias retiene muchas de las horas del investigador y los ojos del bibliógrafo se pasean por las ediciones raras y los preciosos manuscritos que se guardan en librerías de viejo. En la de Salvá había encontrado en su viaje anterior el manuscrito del padre Rosales, que no tardaría en adquirir con fuerte sacrificio pecuniario, prestando un servicio inapreciable a la historiografía nacional (212).

(211) Una anécdota simpática de su estada en Sevilla. Cierta noche, en compañía de Juan José Bueno, director de la Biblioteca Pública, fué a visitar a Fernán Caballero. La ilustre escritora, enferma y achacosa en esos años, lo recibió con gran afecto. Ambos simpatizaron de inmediato y a la postre de larga y gustosa conversación, ella lo despidió con estas palabras: «Caballero, su visita ha sido para mí una medicina».

(212) Vicuña mantuvo correspondencia desde París con el famoso bibliófilo don Pedro Salvá, propietario del manuscrito de la *Historia General de Chile*, de Rosales, el que compró, por intermedio de su amigo José Miguel Valdés Carrera, en 12,000 reales de vellón. El manuscrito fué entregado a éste, en Madrid, el 9 de Abril de 1870, y remitido con precaución a su nuevo propietario en París.

En una conferencia dada en la Universidad de Chile, a su regreso, dijo Vicuña: «Saquele, en consecuencia, de París, por libertarlo del asedio de los alemanes, cuando ve-

Y no sólo el Archivo cautiva su tiempo,—investigación, reunión de materiales, copia de documentos—sino también la Biblioteca Pública y los monumentos históricos. El resto de la jornada lo emplea en teatros y paseos en compañía de doña Victoria. Una fotografía curiosa ha detenido el recuerdo de esa estada y en ella aparece Vicuña en fuerza de plenitud y su hermosa compañera muestra el esplendor de sus días juveniles. Tiene veintidós años y su alma está poblada de amor...

En Diciembre los viajeros llegan a Cádiz. A poco ven terminar el año 1870 en Málaga, ciudad «enmarañada de callejones tortuosos, oscuros, húmedos, sin aceras, mohosos los muros y sin que abran en ello sino zaguanes antiguos, por donde entran y salen recuas de mulas con sendos juramentos de jayanes que hacen de su lengua un látigo, o portones de *tiendas de vino*, en que el último se expende en las mismas botijas que sirvieron a los romanos y a los árabes para las primeras vendimias». De Málaga pasan a Gibraltar, embarcándose en el vapor *María* el 8 de Enero. En el peñón se alojan en el «Hotel de París», recogiendo impresión poco grata. «Gibraltar—escribe Vicuña—es triste como un presidio, lóbrego como una fortaleza y monótono como una bodega».

Cuatro días más tarde el *Ceylon* los conduce por la ruta de Malta y del estrecho de Mesina. La isla famosa los retiene y se hospedan en el Hotel Dunsford, en Valeta, mas la impresión no es de menor hastío que la recogida en Gibraltar. De ella los liberta el *Firenze*, el 24 de Enero, dejándolos en Nápoles con ánimo que reconforta la luz de esa maravillosa bahía que cierran y coronan con fantásticos caprichos de arte las columnas de humo que escapan del Vesubio.

Comienzan las visitas y excursiones. Los teatros—el San

nfan estos marchando desde Sedán, y le guardé, primero en Lyon y después en Burdeos, encerrado en una caja de fierro y pagando un fuerte seguro contra peligros de fuego y guerra. Además, en viaje no le soltaba de la mano, poniéndolo en el día de cojín y en la noche de almohada, hasta que, volviendo a su propio centro, a dos pasos del claustro en que fué escrito hace justos doscientos años, aguarda todavía en paz que acabe de roerle el diente de la polilla, o salgan sus páginas a luz...»

Incorporado al Archivo Vicuña Mackenna, que se custodia en el Nacional de Santiago, ocupa hoy pequeña caja de madera. Y se encuentra en tan regular estado que en la carátula de la segunda parte los trazos del lápiz del padre Rosales, esbozando figuras decorativas, parecen hechos sólo ayer.

Carlos, el Rosini, el Volpicelli—lo atraen, e igualmente los museos y las ruinas. Los bellos parajes que circundan a Nápoles reciben a la enamorada pareja que pasea sus lunas de miel por un mundo que la vejez y las catástrofes hacen aún más interesante.

Algunas tardes son consagradas a la Ciudad Muerta. De esas excursiones a la vida que fué, brota, en forma de carta a doña Magdalena Vicuña, una hermosa página (213). Y no podía ser menos, que tal escenario debía hacer vibrar a un espíritu como el suyo.

La impresión más viva que Pompeya ofrecía a Vicuña Mackenna, «aún en su estado actual, es el de la integridad plástica de sus ruinas». «El Coliseo de Roma, por ejemplo, llena el alma de asombro». Mas, por «entre sus rotos arcos se divisan las modernas ventanas de los palacios, se oye el rumor de la gente, el grito de la humanidad que vende y compra el pan, la carne y las cebollas de cada día. En Pompeya no sucede nada de eso: La ciudad está sola, aislada, resucitada en medio del campo». Y la transformación le parece completa e instantánea. «Fuera de la reja, se está en el reino de Nápoles y en la mitad del siglo XIX. Dentro de la reja, se ha llegado a Roma en el primer siglo de la era, la Roma de los mártires y de los emperadores, la Roma de Tiberio y de Nerón, el último de los cuales había perecido sólo diez años antes de la ruina. Este es el encanto profundo y peculiar de Pompeya y el que me dominó más hondamente en mi visita. Mal se dice que Pompeya ha sido destruída por el Vesubio, pues él la ha conservado en su ataúd de cenizas...»

Las casas de Pompeya le recuerdan un poco las del viejo Santiago. Patios, colores, distribución... Y el peristilo de la que fuera residencia de Cayo Panza se parece al de casa de su suegra. La tierra chilena se encuentra presente en su espíritu con obsesión, con pasión. En todos sus viajes y escritos lo chileno y lo americano pugnan por mostrarse, por adquirir

(213) *Una Visita a Pompeya*. Carta a doña Magdalena Vicuña de Subercaseaux. Nápoles, Marzo 9 de 1871. Fué publicada en folio a dos columnas, en Valparaíso (1871), y recogida en *Páginas Olvidadas* (1931).

carne. ¿Sería exagerado decir que Chile habita en Vicuña Mackenna y encuentra en su pluma un incomparable modo de expresión? Ya Lastarria ha dicho que Vicuña es el más nacional de nuestros escritores. Y el más americano, valdría agregar.

Recorriendo Pompeya, su pincel evocador traza este cuadro: «Figúrase uno que es la hora de amanecer; que los romanos duermen todavía en sus aposentos; que las puertas se entreabren lentamente para la gente menuda del mercado, y tan transparente se hace la ilusión de la vida, que da cierta impaciencia por quedarse para ver cómo las silenciosas calles comienzan a poblarse de blancas túnicas. Sin esfuerzo alguno el ánimo y la imaginación evocan las figuras con que la historia nos ha familiarizado desde los primeros días de la escuela, cuando comenzábamos a decorar en el Catón y asistíamos los jueves y los sábados a los bulliciosos remates entre Cártago y Roma. Yo estaba dominado como un niño por el tropel de esas reminiscencias. Parecíame que Catón mismo venía a mi encuentro con su cara de pergamino y sus manos secas parecidas a la disciplina de la maestra. Ya era Nerón el que pasaba arrastrando su sangriento manto, dirigiéndose a inspeccionar la erección de su famosa estatua ecuestre, que se conserva todavía en el Museo, y bajo cuyo pedestal, en la forma de un arco de triunfo, pasan todos los que visitan a Pompeya. Ya es a César, acompañado del adusto Marco Bruto que escondía el puñal del parricidio; y mientras Pompeyo pasaba por la acera opuesta saludando airosamente a su rival, parecíanos ver a Cicerón (que a la sazón tejía entre los dos) asomarse a la ventana de su villa para dar los buenos días a ellos y a mí mismo...»

Después de una residencia en Nápoles, que se prolonga un mes completo, emprenden los Vicuña viaje a Roma, a fines de Marzo. En la Ciudad Eterna visitan a Pío Nono, el pontífice que conocía a Chile, y éste, tomando en brazos a Blanca, les otorga emocionada bendición. Desde la capital católica continúan a Florencia. En Mayo cruzan los Alpes y atraviesan Suiza, camino de los baños de Ems, perdidos «entre las montañas de un valle solitario». En Ems excursiona, escribe y

medita. Doña Victoria ha recuperado su salud y la primavera sonríe... Un mes más tarde prosigue el desfile de ciudades: Maguncia, Saarbrücken, las del Rhin en cuyas estaciones «no se escuchaban sino cantos, y no se veían sino banderas, cañones cubiertos de flores, pañuelos que saludaban...» (el Rhin le recordaba el Bio-Bío), Metz «de aspecto anticuado y sombrío, cual si lo cubrieran los siglos con sus alas y sus elevadísimas murallas de piedra con sus sombras», Nancy, Gravelotte, Eperney. Y el 19 de Junio del 71, París, sembrado de escombros...

Su corta y final estada en la capital francesa acusa habitual actividad. Correspondencias, teatros, librerías. Asiste a la Asamblea Nacional de Versailles que elige presidente de la República a M. Thiers, y concurre al Instituto de Francia; excursiona a Champigny, a Saint Cloud...

El 16 de Julio se halla de nuevo en viaje. Orleans, Limoges, Périgueux, Agen, Cauterets (tres semanas de detención). «La vida en Cauterets, dice, es tan monótona como en todas las estaciones de baño de este achacoso mundo antiguo». El 8 de Agosto sigue en carruaje a Lourdes, en donde visita la Gruta, no sin protestar de la explotación mercantil que parecía reinar. Días más tarde continúa a Arcachons. Allí se hospeda en la Villa Montretout, junto a cuyas ventanas escribe «mirando el bosque, y por encima de las copas de los pinos, el mar!...»

A poco se embarcaba en el *John Elder*, en Burdeos, camino de su tierra.

L I I

El 30 de Octubre desembarcaba Vicuña Mackenna en Valparaíso, y meses más tarde, no sin resistencia de su parte, era nombrado Intendente de Santiago por el Presidente Errázuriz, su antiguo compañero de luchas políticas, junto al cual se había batido en más de una trinchera. Asumió su alto cargo, en medio de la expectación general, el 20 de Abril de 1872.

¿Cuál era la fisonomía de la capital de Chile, que por aquellos años contaba alrededor de ciento treinta mil habitantes? Vicuña Mackenna la ha descrito en una de sus obras más atrayentes:

«En los días a cuya tumultuosa memoria está consagrado este libro (214), la buena ciudad de Santiago entregábase al reposo de la noche en harto más blando lecho que al presente. Ni la charla bulliciosa de los clubs, ni los boletines profusos de la prensa, ni la acerada lengua del telégrafo, venían a crispár los nervios del tranquilo vecindario, ni a disputarle en su silenciosa almohada; y así, después del toque de ánimas, que había sucedido a la lóbrega queda de los antiguos castellanos, la población, alumbrada a trechos por unas cuantas soñolientas lámparas de aceite, asemejábase a un campo de blancas tiendas cuyos fuegos hubiesen apagado los prevostes de la ronda. Sólo el día era consagrado al bullicio, a los encuentros, al tra-

(214) *Historia de la Jornada del 20 de Abril de 1851.*

siego de la ponzoña de los odios, a las deliberaciones y a los golpes recíprocos de la autoridad y de la resistencia».

Este retrato que correspondía al Santiago de 1851 podía virtualmente aplicarse al de 1872. El gas había reemplazado al aceite. Unos pocos edificios nuevos y nada más.

Animación sólo podía encontrarse en los períodos de agitación política que sólo eran, a menudo, los electorales. El resto del tiempo, salvo en los grandes trastornos públicos, Santiago vivía vida colonial y dormía con sueño de marmota. Cierto es que una falange selecta de hombres de acción y de pensamiento desarrollaban las influencias no escasas de sus espíritus y cierto es, también, que dominaban virtudes de sobriedad. Pero sólo una *élite* vivía realmente. La inmensa masa, sin distinción de clases, vegetaba.

Era una ciudad simpática en que los huertos de las casas aromaban el ambiente en primavera y en estío ofrecían la paz de su sombra. Todo se movía en ritmo lentísimo y los servicios públicos, deficientes y mal atendidos, eran apenas remedo de urbanismo. Por las calles transitaban carretas, coches de cajón alto tirados por jamelgos mestizos y los chicos ponían la nota familiar y bulliciosa de sus juegos. En los atardeceres, después de la temprana cena, los señores de cierta edad sacaban a la puerta sus silletas de paja y comenzaban a devanar la madeja suculenta de los chismes. En las casas señoriales solía congregarse de tertulia la gente moza, con cuidada vigilancia de sexos, y algunas boticas o librerías reunían pequeños círculos de políticos atareados a deshora, en intrigas del oficio..

Una larga voz de queda, un toque de ánimas eran todavía el símbolo de la capital, corrido ya más de medio siglo desde el afianzamiento de la independencia.

Esa ciudad, sumida aún en resabios y vaguedades coloniales, iba a transformarse bajo la vara mágica de un fuerte constructor, de un incomparable animador de almas y de obras.

Vicuña Mackenna se puso inmediatamente a la tarea y el 22 de Abril esbozó, ante la Municipalidad, sus ideas en relación con un plan general de mejoras. Comentándolo editorialmente, en su edición del día 25, decía *El Ferrocarril*: «Su

discurso es un gran puñado de proyectos en bosquejo, que abarcan nada menos que la transformación de Santiago. Ahí se piensa en su seguridad, se piensa en su embellecimiento; se piensa en todo cuanto pueda hacer cómoda y alegre la vida de sus habitantes. Es verdaderamente colosal el campo de trabajo que abarca la mirada del nuevo presidente de nuestra edilidad. Aquí proyecta una plaza y una estatua, más allá un soberbio paseo, un poco más allá la reconstrucción de nuestros barrios pobres. Se propone maravillas. Casi es para creerse en pleno sueño de las Mil y una Noches».

Ese programa comprendía la transformación total de Santiago, la canalización del río Mapocho, la renovación de los servicios de policía, de agua potable, el fomento real de la instrucción primaria en favor de las clases proletarias...

Su actividad es única, múltiple, inverosímil. Nombra comisiones, inaugura monumentos, pavimenta calles, abre avenidas, crea museos, planta jardines, inventa parques... «El señor Vicuña Mackenna—dice *El Ferrocarril* del 9 de Agosto de 1872—ha traído a la administración local una actividad que levanta asombros, pues raya en maravilla. Ha hecho de su gabinete de Intendente una verdadera tienda de campaña. Ahí se saluda a la aurora y se está en el trabajo hasta la media noche. Aquello tiene mucho de febril, y los actos van de prisa como los muertos de la balada alemana. En unos cuantos meses se han emprendido obras que aguardaban su hora de largos años atrás. El presidente de nuestra edilidad convierte en hecho cada idea que le visita, sin detenerse a medir las dificultades. ¿No hay recursos? ¡Se les encontrará! Santiago es bastante rico para cubrir el presupuesto de su embellecimiento. Y eso es cierto. Nada se ha escapado a la mirada de nuestro primer edil, ni nada ha sido descuidado por él. Se ha ocupado de nuestras fiestas y de nuestros dolces, organizando lazaretos, organizando exposiciones de arte e industria, delineando y construyendo plazas, avenidas, paseos. Aguardemos un poco y Santiago se ostentará joven, hermoso, regenerado».

En tres años Vicuña Mackenna realizó el milagro.

Nada lo detenía. Ninguna consideración, ningún obs-

táculo, ninguna protesta eran suficientemente fuertes para desviarlos de su camino. ¿Faltaba dinero? Vicuña golpeaba a las puertas de los ricos, pedía, exigía; su elocuencia y su artificio eran ganzúa que sabía penetrar hasta las bóvedas de los avaros. Hacía competencia de filantropía y generosidad entre los pudientes, abría suscripciones públicas y privadas y como si esto fuera poco puso a saco su propia casa y a contribución de guerra el patrimonio de los suyos. ¿Sobrevenían protestas o se interponía la tozudez de algún magnate intransigente? Pues si no querían avenirse a razones se investía con todo el peso de una autoridad que era ya indiscutible. Cuéntase, por ejemplo, de cierto personaje riquísimo cuya casa cortaba por mitad el Camino de Cintura (215), en plena realización. El dueño se negaba a venderla y no existía posibilidad de expropiársela. ¿Qué hacer? Aprovechando el veraneo de su recalcitrante propietario, ordenó el Intendente que se demoliera la casa de marras. Y entre gallos y media noche fué retirado todo el menaje y suprimido el obstáculo a golpes de barreta. Horas después pudo ser inaugurada la nueva avenida.

Un libro suyo recogió todos los proyectos que más tarde fueron realizándose: *La transformación de Santiago*. En sus páginas, notas y observaciones está en potencia ya, la magna obra.

El 15 de Septiembre de 1872 se inauguró oficialmente la Exposición nacional de Artes e Industrias.

El 17 del mismo mes se inauguraron los primeros trabajos del Cerro Santa Lucía, que debía ser su mejor obra edilicia.

En 1873, después de corto descanso veraniego, reanudó sus trabajos con tres documentos que causaron sensación. Un decreto organizador de la Exposición del Coloniaje, una carta a Monseñor Ignacio Eyzaguirre sobre dicho proyecto y sus *Apuntes e instrucciones para la explotación y reconocimiento de las lagunas Negra y del Encañado*.

El día 6 de Marzo, acompañado de reducida comitiva, parte a la cordillera y la exploración se efectúa, abriéndose nuevos rumbos y reservas a la vida de la capital.

(215) Hoy Avenida Vicuña Mackenna.

El 4 de Mayo inaugura el monumento de los escritores de la Independencia, obra de su iniciativa, como todo.

El 5 de Mayo lee ante la Municipalidad su memoria: *Un año en la Intendencia de Santiago. Lo que es la capital y lo que debería ser*. En esa memoria, recogida en volumen, se encuentra el índice de la magna labor cumplida en ese primer período de su mandato. *El Ferrocarril*, que sigue paso a paso la labor ciclópea, no puede menos de decir en su editorial del 13 de Julio: «La vida administrativa del señor Vicuña Mackenna bien puede llamarse un prodigio de actividad, de trabajo, de iniciativa inteligente»: «Ninguna cuestión grande o pequeña le ha tomado desprevenido... Se ha acordado de los felices y de los desgraciados. Ha pedido a aquellos sus escudos y ha dado a estos los escudos de aquellos. Mientras improvisaba un espléndido paseo sobre el lomo bravío de un montón de rocas, pensaba en procurar a los desheredados de la fortuna albergues cómodos, sanos, alegres, visitados por la luz, el sol, el aire, la vida. Ha llamado a la puerta de la generosidad, y la generosidad le ha abierto a su llamado».

El 17 de Septiembre de 1873 inauguróse la Exposición del Coloniaje, fruto de especiales esfuerzos combatidos por la desconfianza criolla. En sus salones se concentró cuanto de algún valor o mérito había sobrevivido a la Colonia, desde los cuadros y obras de arte a los muebles, carruajes, monedas, ropas, manuscritos... Todo un mundo muerto volvía a renacer ante el asombro de un pueblo. Y tal era el ingenio de Vicuña que hasta el Catálogo, redactado por su pluma, tenía sabor singularísimo. De las anotaciones que sobre personajes históricos se hacen en él, dice Donoso (216) que son «biografías hechas de cuatro pinceladas, conservando los razgos más salientes, que dan a esa publicación, por encima de su interés ocasional, un valor de epitome de diccionario biográfico chileno».

Ese mismo año 73 propuso y obtuvo del Ministerio del Interior la aprobación de una nueva subdivisión política y administrativa del departamento de Santiago.

(216) Obra citada.

En el otoño de 1874 emprende la visita de la Provincia, que entonces abarcaba más de 24,000 kilómetros cuadrados, comprendiéndose la actual provincia de O'Higgins, departamento de Rancagua a la sazón. El 10 de Abril, escoltado por comitiva de funcionarios y periodistas, la inició, dividiéndola en dos etapas. La primera terminó el día 27. «Atendió durante ella Vicuña Mackenna todos los servicios públicos,—escribe Donoso en su libro—recorrió las escuelas, los hospitales, constató el estado de los puentes y los caminos, fomentó el establecimiento de escuelas de primeras letras en locales adecuados y encareció la creación de otras nuevas, secundó las iniciativas o las lanzó él mismo, para tender líneas férreas, mejorar las vías públicas y dotar de agua potable a las poblaciones más destacadas. Prestó oído a toda queja, atendió toda petición, oyó al humilde y al poderoso, y sostuvo eficazmente toda iniciativa de bien público. Como él mismo lo reconocía, fué una palanca poderosa que removía los obstáculos, alentaba las voluntades vacilantes y movía todos los recursos. Hombre de acción rápida y decisiva, puso inmediatamente por obra sus proyectos, cambió los funcionarios ineptos, interpuso su influencia ante los jefes de los servicios que no eran de su resorte, y toda la vida pública recibió un poderoso impulso de renovación, de actividad, de vida».

El día 4 de Mayo inició la segunda etapa de su visita, dándole remate, con igual fruto y trabajo, el día 10 de dicho mes. Semanas más tarde un nuevo volumen recogería tal labor: *La visita de la provincia de Santiago practicada por el Intendente don Benjamín Vicuña Mackenna*.

En Septiembre da a la estampa, a manera de historia íntima de sus trabajos, una Carta familiar que lleva el título de *La verdadera situación de la ciudad de Santiago*. Dice Donoso de ella que está escrita «con esa risueña liviandad y regocijado espíritu que dan a sus páginas tan profunda seducción». (216). El distinguido biógrafo del transformador de Santiago, añade aún: «La lectura de esta breve y amenísima *Carta familiar* es el mejor medio para apreciar, en toda su magnitud, la admirable labor edilicia de Vicuña Mackenna, que de un aldeón triste y monótono, hizo una hermosa ciudad moderna,

con paseos admirables, calles anchas y bien pavimentadas, en la que la vida podía correr amablemente».

Las labores del Intendente no se dan tregua, Cada día se inicia o se inaugura una nueva obra o aparece un informe luminoso o se nombra una comisión escogida. El dinamismo reina. Se trabaja no sólo para la época. Las transformaciones futuras quedan proyectadas, los planos hechos, las necesidades previstas con visión de genio. Cincuenta años más tarde, cuando los recursos económicos obtenidos por una dictadura militar, de triste recordación, permitieron iniciar trabajos de importancia, estos hubieron de seguir el camino trazado por Vicuña Mackenna. Es privilegio exclusivo de los grandes hombres vivir más allá de su vida, actuar más allá de su tiempo... •

El Ferrocarril, que no cesaba de tributar justicia al Intendente, decía en su editorial del 24 de Septiembre de 1874: «Nada o bien poco habría podido hacerse en los últimos años sin la actividad, la inteligencia, la invectiva creadora del señor Vicuña Mackenna. Las obras más considerables de la edilidad santiaguina se deben a los recursos extraordinarios procurados por su presidente. Ahí están atestiguándolo Santa Lucía, el Camino de Cintura, las avenidas que han facilitado las comunicaciones, embellecido la ciudad, aumentado los barrios cómodos y los barrios elegantes» (217).

Hasta el último momento trabajó. Una nueva ordenanza de patentes aparece en su folleto *Las finanzas de la ciudad de Santiago en 1875* y sus reformas en la policía capitalina dan oportunidad a otro estudio: *La policía de seguridad en las grandes ciudades modernas*.

El último año (74-75) vió renovadas actividades del mandatario (218). Casi todo estaba ya hecho. El Parque Cousiño

(217) Entre las innumerables actividades de Vicuña Mackenna en la Intendencia de Santiago conviene mencionar la creación de una escuela de sordo-mudos, la fundación de la Sociedad Protectora de Animales, la creación del servicio médico nocturno, el levantamiento del censo, la reglamentación de las casas de prendas, la nueva organización de las subdelegaciones...

(218) Vicuña Mackenna fué reelegido el 10 de Abril de 1875 para desempeñar la Intendencia de Santiago por un nuevo período constitucional, pero la proximidad de su campaña presidencial lo movió a renunciar definitivamente el día 20 de aquel mes.

Una de las postreras actividades en la Intendencia fué su aporte final al estudio de

era una realidad. Matadero, Vega, edificios públicos, nuevos barrios, calles, plazas, avenidas... La transformación de Santiago se había consumado.

Y la ciudad nueva, la capital que dejaba su gastado manto de harapos coloniales, rejuvenecida, renovada, espléndida, podía ostentar como su joya más alta el cerro de Santa Lucía.

las propuestas relacionadas con la canalización del Mapocho, obra que constituyó punto principal de su programa.

El 19 de Abril presidió por última vez la Municipalidad de Santiago y dió lectura ante ella, reunida en sesión especial, a una interesantísima memoria que vió luego la luz pública con el título de *Breve exposición documentada de los trabajos emprendidos y ejecutados bajo la administración Vicuña Mackenna en la provincia de Santiago y en la capital de la República. 20 de Abril de 1872—20 de Abril de 1875.*

L I I I

Cuando Vicuña Mackenna asumió la Intendencia de Santiago uno de sus proyectos principales fué transformar en jardín el cerro Huelén, situado en el corazón de la ciudad confiada a su mando. Era de seguro un viejo sueño concebido en los días de la primera juventud o en las fantasías ardorosas de su adolescencia, muchas de las cuales pudo y supo realizar en el camino de la vida. Imaginación de artista, sensibilidad de poeta, dinamismo de constructor eran necesarios para hacer del Huelén un jardín.

Más los sueños se realizan a veces...

En 1872 el cerro Huelén—que en lenguaje araucano significa dolor, como símbolo, acaso, de su visión árida y desolada—era refugio de maleantes y cementerio de heréticos, a quienes la intransigencia y el fanatismo criollos expulsaban de la comunidad aún después de muertos. Entre sus piedras encontraban, también, reposo los suicidas. Los chicos de las escuelas iban a hacer la *cimarra* y las gentes del pueblo practicaban el amor, el amor que no sabe o no puede cubrirse de lujos...

Los españoles habían construído una defensa y una prisión bajo el nombre de Castillo de Hidalgo.

Si contempláis las viejas fotografías de Santiago, anteriores a la transformación, veréis una hosca masa de piedras y tierra. Incitación a las consejas medrosas que espantan a los niños o a la melancolía de los hombres sin hartura. Masa inquiete-

tante no invitaba a la esperanza ni era adorno en una ciudad que alcanzaba por entonces los honores de ser la primera capital sudamericana.

¿Era posible hacer de todo ello un jardín? Vicuña Mackenna había traído a la Intendencia la varilla de los cuentos. Y el milagro se hizo.

Uno de los primeros actos del Intendente, recién instalado, fué suspender los trabajos de demolición que se realizaban en el Santa Lucía, nombre puesto por los españoles al Cerro, y entre sus primeros decretos figuró el nombramiento de una comisión encargada de iniciar trabajos para transformarlo. Esta actuó, colaborando con el mandatario, y sus planos y presupuestos sirvieron de base para el nombramiento de la Comisión Directiva del paseo de Santa Lucía, compuesta de cincuenta vecinos de la capital, que se hizo con fecha de 20 de Mayo. Se necesitaban cincuenta mil pesos para las obras gruesas y el primer día reunió Vicuña cuatro mil, por suscripción.

Los trabajos se iniciaron el 5 de Junio con sesenta detenidos del presidio, transformados en obreros meritantes y pagados. Su número subió presto a ciento cincuenta, llegando a más de quinientos el total de hombres ocupados en la magna empresa. Se trabajaba de día y aún de noche. Los dinamitazos que abrían las piedras o hendían rocas despertaban al vecindario, las carretas que llevaban tierra vegetal o transportaban escombros se sucedían en procesión ininterrumpida. Era una fiebre de laborar, un inaudito quererlo todo y tornarlo todo realidad. La fantasía de un gran poeta cristalizaba en rocas y jardines, en estatuas, en terrazas aéreas, en plazas, en miradores, en lagos, en avenidas, en plantaciones que un día cubrirían con su sombra a los trabajadores en descanso y a las parejas de amor...

El 17 de Septiembre de 1872, cuatro meses después de iniciadas las obras y casi terminado ya el camino de circunvalación, se inauguraba oficialmente el cerro de Santa Lucía, ante el estupor de los vecinos de Santiago que habían sindicado de locura al Intendente, durante todo ese lapso. «Vicuña Mackenna está loco, decían los pacatos habitantes de la me-

trópoli. ¿Pues no se le ha ocurrido transformar en parque un basural?» Y a ese estupor se añadía, en muchos, el desencanto de no poder acusarlo de despilfarro de los dineros municipales. ¿Cómo hacerlo si el dinero que se gastaba era, en manera casi exclusiva, producto de erogaciones privadas hechas para aquel preciso objeto? (219). El Presidente de la República presencié, en ese mismo acto solemne, la colocación de la primera piedra de la Ermita en que un día reposaría su jornada enorme el loco de 1872.

Llevadas a término las obras principales, por decreto de 21 de Septiembre Vicuña dispuso el inmediato trabajo de las accesorias. En pocas semanas comenzaron a surgir jardines, bosquecillos, lagunas, barandas, monumentos, como por arte de magia. «Pocas veces se ha trabajado en una obra pública con más ardor» decía el Intendente. Ese ardor, que puso en todas las empresas que acometiera, era su varilla de brujo.

Quería Vicuña Mackenna dar al Santa Lucía aspecto de construcción medioeval, en que lo risueño y lo severo se alternasen... La sonrisa del Renacimiento asomando entre las almenas y las rocas de un gigantesco castillo. «Ya hemos dicho— escribe en su *Segunda Memoria* sobre el Cerro—que el paseo está concebido en su conjunto y en sus detalles bajo el punto de vista de una colosal construcción feudal». Las portadas coloniales, la gran plaza central, la entrada magna así lo evidenciaban. Más tarde, manos indoctas profanaron la obra maestra, llevando la osadía de su barroco mal gusto a extremos increíbles. Deber de las administraciones del futuro será la restauración total del Santa Lucía en la forma en que Vicuña Mackenna lo dejara en los días de su Intendencia.

Y no se olvidó a los niños en esa obra. Vicuña estableció recreos infatiles, sitios de juegos, carruseles. Los niños eran para el transformador lo primero en que debía pensarse, el

(219) «Pero el Santa Lucía— escribe Vicuña Mackenna—ha sido atacado, desconocido y hasta maldito, olvidados que hasta Abril de 1872 ese lugar era una madriguera de malhechores y un sitio infecto y nauseabundo, se declaró desde el primer día que su adaptación para un paseo público era un delirio. Y después que el delirio fué un hecho, se aseguró que esto mismo, es decir el éxito, era una falta, casi un delito, porque allí se invertían con las dos manos *todos los recursos de la ciudad...*»

número uno de todo programa social o nacional. No en balde estaba puesto en la infancia su corazón y clavada su garra en el tiempo, en el tiempo eterno...

En los años 73 y 74 se continuaron las obras, instalándose agua potable y luz. En ese período se vaciaron 18,000 carretadas de tierra vegetal para los jardines. Se terminó la Ermita. Se instaló un restaurant. Se fundaron una Biblioteca y un Museo Histórico Colonial. Estas dos últimas empresas, que no fueron por cierto de las menos interesantes, han desaparecido a manos de consejales torpes o inescrupulosos. Todo eso deberá ser restaurado. En el Museo tuvieron colocación numerosas reliquias de la dominación española, no pocas obras de arte y una curiosa galería de retratos de los gobernadores de Chile, ejecutados por pintores nacionales bajo la dirección inmediata de Vicuña, quien reconstruía, de acuerdo con indicaciones de antiguos cronistas, aquellas fisonomías de que no quedaba otra memoria.

La Biblioteca, que llevó el nombre de Carrasco Albano, y el Museo se inauguraron oficialmente en Septiembre de 1874. Y luego lo fueron las obras de agua potable, la estatua a la ciudad de Caracas, las cascadas, las grutas, entre las cuales la pintoresca llamada de la *Cimarra*.

Finalmente el Cerro fué entregado a la Municipalidad de Santiago. En dos años y pico consumóse la magna obra; la que más amaba, al decir del gran Intendente, y la única que le enorgullecía. Durante su gestación se dieron a la estampa diversas publicaciones (220) que llevan su firma. Y el

(220) He aquí la lista de esas publicaciones: *Un año en la Intendencia de Santiago*. (1873).—*La transformación de Santiago*. (1872).—*El Paseo de Santa Lucía. Memoria de los trabajos ejecutados desde el 1.º de Junio al 10 de Septiembre, leída a la Comisión Directiva del Paseo por el Intendente de Santiago*. (1872).—*El Paseo de Santa Lucía. Lo que es y lo que debería ser. Segunda Memoria de los trabajos ejecutados desde el 10 de Septiembre de 1872 al 15 de Marzo del presente año. Presentada a la Comisión Directiva del Paseo por el Intendente de Santiago*. (1873).—*Album del Santa Lucía. Colección de las principales vistas, jardines, estatuas y obras de arte de este paseo, dedicado a la Municipalidad de Santiago por su actual presidente*. (1874). (Una tirada aparte de la introducción de esta última obra fué publicada con el siguiente título: *El Santa Lucía. Guía popular y breve descripción de este paseo para el uso de las personas que lo visiten*). *La verdadera situación de la ciudad de Santiago. Carta familiar y breve exposición que el Intendente de Santiago dirige a los miembros de la Honorable Municipalidad del departamento*. (1874).—*Catálogo del Museo Histórico del Santa Lucía*. (1875).—*Breve exposición documentada de*

«pago de Chile» debía, finalmente, servirle de premio (221).

Pero constituía harto grata compensación para su espíritu el haber plasmado en árboles, en flores, en mármol y en piedra el más hermoso de todos sus sueños.

Años más tarde, cuando la vegetación había crecido, en el reventar de muchas primaveras, y era su sombra amable y propicia, Rubén Darío, paseando una mañana de sol por las avenidas del Cerro, en compañía de Pedro Balmaceda y otros amigos de aquella época, dijo que el Santa Lucía—cuya Ermita guardaba ya las cenizas de Vicuña Mackenna—podía considerarse como el más grandioso monumento que jamás pueblo alguno había erigido a la memoria del más grande de sus hombres.

los trabajos emprendidos y ejecutados bajo la administración Vicuña Mackenna en la provincia de Santiago y en la capital de la República (20 de Abril de 1872, 20 de Abril de 1875). Discurso de despedida leído a la Municipalidad en su sesión de 19 de Abril de 1875.

Acerca del *Album del Santa Lucía* escribe Donoso: «Tal publicación es el mejor documento para apreciar, en toda su vasta magnitud, la genial acción del autor de la *Historia de Santiago* al transformar el sombrío peñasco en una rumorosa y floreciente floresta».

(221) Después de haber renunciado Vicuña Mackenna a la Intendencia de Santiago, la Municipalidad tomó a su cargo la deuda de 50,000 pesos, contraída para integrar los gastos de transformación del Santa Lucía, con garantía personal del Intendente. Pero más tarde, durante la campaña presidencial de 1875-76, fué obligado Vicuña a tomar sobre sí el monto total de la deuda. «Don Federico Errázuriz—escribe Ricardo Donoso—con una mezquindad y plebeyez de espíritu que no le perdonará la posteridad, ejerció ante el nuevo Municipio su poderosa influencia para que revocara el acuerdo mediante el cual se hizo cargo de la deuda que pesaba sobre el Santa Lucía. Y como se pensó se hizo: la Municipalidad revocó su acuerdo anterior y dispuso se entregara la administración del Cerro a su genial creador, debiendo hacerse cargo de sus deudas. Vicuña Mackenna tuvo que hipotecar su haber personal para hacer frente a los cuantiosos compromisos que pesaban sobre la obra que era todo su orgullo y ponerse al frente de su administración». Vicuña, pagó, pues, de su bolsillo las deudas del principal paseo de Chile y por consecuencia de ello perdió todo su escaso peculio personal y comprometió los bienes de su esposa.

L I V

Honra suya—dice Galdames en *La Juventud de Vicuña Mackenna*, a propósito de su amor a los proletarios—fué «el haber comprendido desde la primera edad el hondo problema que esas miserias entrañaban, para un pueblo en formación y apenas en camino de civilizarse, y el haber amado siempre a ese pueblo para auspiciarle, desde la hoja impresa y la tribuna, las reparaciones necesarias, no sólo en el derecho sino también en el trabajo y en la vida».

Sobre la forma en que Vicuña Mackenna sintió el amor de su pueblo y lo sirvió pudieran escribirse volúmenes.

El autor de la importante obra citada analiza de modo prolijo cómo en sus viajes y en los escritos de juventud—en los de su vida toda—estudió con visión honda las necesidades de los proletarios y los procedimientos para levantar el nivel intelectual y económico de aquellos. A propósito de las medidas de colonización aconsejadas por el viajero de 1852, escribe Galdames: «Había que ahogar prejuicios seculares y atender solamente al porvenir nacional. Se refería a la urgencia inmediata y al deber humano de redimir de la barbarie al inquilino, al huaso y al jornalero de todas las faenas, por medio de una educación adecuada y del levantamiento de su *standard* de vida, hasta colocarlo en un nivel equivalente al inmigrante europeo». (¡1853, 22 años de edad!).

Nadie antes de Vicuña Mackenna había pensado en Chile—y acaso en América—en la justicia imprescriptible, en la imperiosa necesidad de convertir a los parias en hombres

y a los hombres en ciudadanos. Porque es menester decir que en Vicuña era intención y voluntad de realizar, efectivo sentido de política, lo que en Bilbao y Arcos no pasaba de los vagos y hermosos contornos del ensueño. Más aún, Arcos comprendía la fuerza de la resistencia oligárquica y se encontraba vencido de antemano; su posición revolucionaria sería la de un dilettante genial que arrojase, paseándose por los salones de la vida, mirada de comprensivo desprecio a los hombres y a sus cobardías y miserias. En Vicuña habitaba don Quijote y en veces el realista Sancho no se mostraba distante. Vicuña podía saber que sería vencido, pero no le importaba. Su fe era capaz de superar las contradicciones de la realidad y marchaba con el alma en la punta de su lanza en contra de los molinos de viento. Y triunfaba cayendo; triunfaba en el tiempo. Había en él la recumbencia de los constructores, de los que abren surcos que no borrarán las aguas de la vida.

En esa actitud mental está contenido el socialismo. Vicuña fué, sin confesarlo, socialista en la única forma eficaz y grande en que era posible serlo en la América del siglo XIX.

Esa posición suya, en abierta defensa de los intereses proletarios, vale decir chilenos en su más justa acepción, fué mantenida desde los días de la adolescencia. A los 22 años justificaba la frase de Galdames. En la escuela, en la Universidad era ya esencialmente un demócrata (222).

(222) Acudamos, para corroborarlo, al testimonio de un líder obrero, el digno y abnegado Fermín Vivaceta. Este, a raíz de la muerte de Vicuña, escribía a su amigo el escultor José Miguel Blanco, desde su lecho de enfermo: «Sería ingratitud muy censurable en un viejo obrero chileno como yo, si cuando muere un hombre como el señor Vicuña Mackenna guardara silencio sólo por no aumentar sus dolores. ¿Cómo no recordar, amigo, si no para las biografías, a lo menos para mi satisfacción personal, el desinteresado patriotismo y la santa abnegación que desde su juventud puso en práctica el señor Vicuña Mackenna en pro de las clases trabajadoras?»

El escultor Blanco, en un interesantísimo artículo que bajo el título de «Vivaceta y Vicuña Mackenna» se encuentra inserto en la *Corona Fúnebre* del gran ciudadano, narra las actividades—recordadas por Vivaceta con honda emoción—que aquél desarrollara, desde los atormentados días de juventud, en favor de las clases obreras y de como dió vida a la pintura decorativa y organizó una exposición obrera de este arte, tocándole, para prepararla, trabajar él mismo como obrero.

«Vivaceta que conoció muy de cerca a Vicuña Mackenna,—dice el señor Blanco—al hablar de los importantes servicios que éste prestara al desarrollo del arte y de la industria nacional, no puede menos de colocarlo como el primero de los servidores de la nación en este sentido».

Véase *Corona Fúnebre de Vicuña Mackenna*; págs. 301-10.

Más tarde, durante su primer viaje a Estados Unidos y Europa, meditó sobre las realidades que el viejo y el nuevo mundo ofrecían a sus ojos y fué formando su propia política proletaria, de orientación práctica y realista. Sus estudios sobre inmigración lo prueban suficientemente. «En este punto de su disertación—escribe Galdames, refiriéndose a la idea de europeizar al *roto*—la franqueza que le era característica rebobaba hasta hacerse dura y provocadora. Increpaba a la clase dirigente por la miseria material y moral de los trabajadores y principalmente del campesino. Cuando todo progresaba y mejoraba en el país, sólo aquel hombre permanecía estacionario y olvidado; y era, no obstante, el productor, el que amaba la riqueza común y el que integraba la gran mayoría de la población».

«Ved su rancho, observaba Vicuña Mackenna. En la noche, alrededor del fuego, se agrupan los niños,—hijos del clima más sano de la tierra,—semi desnudos y semi dormidos, revolcándose en la ceniza o la basura, débiles, enfermizos y hambrientos, en confusión con los animales del hogar y aún con otras bestias. Alguna vez se ha encontrado a una zorra con su cría, durmiendo en comunidad con esos niños».

Advertía que con el tiempo se tornaría agudo un problema que entonces no revestía gravedad: la nutrición popular. Y señalaba ya, como necesidad apremiante la de atender a la vigorización fisiológica del pueblo. Era menester alimentar en forma sana y abundante al *roto* para hacer posible su culturación. Esta tenía importancia máxima a su juicio; pero necesitaba, en forma previa, de robustecer la naturaleza del proletario, de crearle un standard de vida humano y agradable. En una palabra—repetimos—convertir al paria en hombre y en ciudadano. ¿No es ese el problema agudo e inquietante de nuestro tiempo? Poco hemos progresado desde los días de la juventud de Vicuña en tal sentido. Si la voluntad del pueblo hubiera podido predominar en 1876 seguramente habría sido otro el balance fisiológico e intelectual del proletariado chileno.

El problema campesino le interesaba de modo especial. Veía la incuria de los terratenientes y cuáles eran las causas

de que los trabajadores de la tierra no progresasen económica ni intelectualmente. He aquí un cuadro exactísimo en que muestra el abandono de la tierra y de sus cultivadores. «El hacendado—decía en un trabajo que se incluye en el primer volumen de su *Miscelánea*—estaba siempre en la ciudad. La hacienda quedaba a cargo del sol, ese gran capataz de nuestros campos, al de las peonadas y de los toros. Por la primavera, el patrón iba a los rodeos a tomar mate de leche entre los palquis; y cuando los vaqueros habían contado la parición del año en un palito y él la había copiado en un cuaderno de pergamino, la tarea del año estaba concluída y comenzaba la del año venidero. Este género de trabajo, es decir, la suprema ociosidad, era el único ejercicio que convenía a un hombre bien nacido, a un ciudadano, a un prócer».

Y añade, refiriéndose al lentísimo progreso experimentado desde los tiempos coloniales: «Asomad si no la cabeza al postigo, en cualquiera de vuestros viajes por rieles a la hacienda y notaréis que el rancho que acabáis de pasar es la misma infeliz choza de ahora cincuenta años, de ahora un siglo, de la época de la conquista; la misma basura, el mismo fogón, los propios niños raquíuticos y descamisados; y el hambre, y el abandono, y la miseria, y la barbarie en todo. Mirad el traje del campesino, del gañán. El de los pobladores de la ciudad se ha transformado casi por entero; pero la vestimenta del peón es siempre la misma; las mismas ojotas, el mismo calzón asiático de tocuyo, el mismo poncho araucano que tenía antes de 1810; y a juzgar por las láminas de Frezier (223), el mismo que tenía antes de 1710, y por las figuras del padre Ovalle, antes de 1640; el mismo cuchillo a la cintura que tenía antes y después de los *carros*».

«Detrás de todo huaso está el indio suspicaz y desposeído. Detrás de todo patrón está el conquistador receloso...» Es un estado primitivo mantenido por la carencia absoluta de civilización rural. ¿Qué han hecho las clases dirigentes en su favor? «*Huaso*, en idioma aborígen, quiere decir simplemente

(223) Viajero y hombre de ciencia francés que visitó Chile a comienzos del siglo XVIII, en los años finales del reinado de Luis XIV. De regreso a su país publicó un interesante relato de sus viajes, con dibujos y planos trazados por él mismo.

indio a caballo, y ésa hasta aquí es toda la civilización que le hemos procurado: montarlo».

En cuanto al problema político del proletariado, a su sujeción al despotismo de las castas gobernantes y a su carencia práctica de derechos, escribió páginas nutridas en *El Liberal* y en *La Asamblea Constituyente*, pronunció discursos e hizo de la conquista de derechos ciudadanos una de las bases de su campaña presidencial.

Tocante a la educación, al por qué la educación ha tenido como enemigo secular a los gobiernos burgueses, dijo en *El Liberal*, en 1867: «Abrumada la juventud en la elaboración de su inteligencia por el más absurdo y el más detestable sistema de estudios profesionales, la vemos esterilizarse, aburrirse, morir en una prematura impotencia. La autoridad no necesita dar empuje a la inteligencia que teme, porque es la fuerza que la combate y la trabaja. La autoridad quiere agentes dóciles y mediocres; y estos se los proporciona pronto, eligiendo a los que más se encorvan cuando la mano del poder pasa su odiosa revista sobre las frentes que se alzan por el estudio o el saber».

El aspecto internacional del movimiento obrero aparece reconocido en una de sus correspondencias europeas, con visión nítida (224): «Un hecho muy grave,—escribía en 1870— una corriente nueva, una revolución más trascendental y más terrible que todos los transtornos porque la humanidad ha pasado hasta aquí, se desarrolla lentamente, pero con marcha fija y osada en toda Europa: la organización del socialismo como poder público».

«La sociedad, entre tanto, se reía de los delirios o se vengaba de los atentados; pero no creía en el socialismo, porque creía demasiado en sí misma. *La sociedad* era la fuerza porque era la organización...» «Pero he aquí que el socialismo aparece hoy organizado con bases análogas a las de la sociedad, y he aquí, al propio tiempo, que entabla su lucha contra la última, de potencia a potencia».

(224) *La Internacional*. (Su origen, sus miras, su proceso). Agosto de 1870. Véase: *Miscelánea*, tomo III.

Luego, esta apreciación hondísima: «Y así, mientras los insensatos que se apellidan los *genios*, los *salvadores* y los *gobiernos* de Europa fatigan sus arsenales para lanzar los pueblos en espesos batallones los unos contra los otros, por la codicia de un metro de terreno o el despique de una descortesía, olvidan que dejan a sus espaldas, en los hogares y en los talleres de las grandes ciudades, ese otro ejército paciente, sufridor y mudo, pero que en la hora oportuna puede suspenderse como un trueno vengador sobre sus cabezas: el ejército de las masas trabajadoras organizadas».

Sobre las bases de la Primera Internacional, escribía en el estudio citado (224): «Desde la primera mirada, se echa de ver que este programa tiene un inmenso alcance. El trabajo contra el capital, es decir, una de las fases más palpitantes del socialismo, el crédito, la política, la religión, la economía, la familia, todos los grandes elementos vitales de la sociedad están llamados a cooperar a un pensamiento fijo y común: la redención del obrero, o lo que es lo mismo, la disminución gradual o violenta del desnivelamiento social, por la elevación de las masas, a expensas de las clases privilegiadas».

«La *Internacional*, y especialmente su comité central de Londres,—añadía Vicuña Mackenna—han trabajado durante seis años con un tesón heroico, y al parecer con un alto desinterés, en el desarrollo de aquel programa nivelador». (225):

Galdames ha apreciado bien los altísimos valores sociales del pensamiento y de la obra de Vicuña Mackenna. «La aspiración suprema de la reforma política y social—escribe—contenía una porción de ideas parciales, referentes a los múltiples aspectos de los problemas que ella involucraba, desde el régimen constitucional hasta las condiciones del trabajo y la

(225) A propósito de don Pedro Félix Vicuña, que supo, también, consagrar muchas de sus mejores horas en favor de los proletarios, dice Vicuña Mackenna: Ideas análogas se encuentran «en un libro modesto que nadie quizá ha oído nombrar en Chile, pero que mereció a M. de Montalambert calurosos elogios. Es obra de un chileno que ejerce la misma profesión de M. Le-Play y se titula *El porvenir del hombre*.

(San Val, correspondencia de Ginebra fechada en Agosto de 1870 y publicada en «El Mercurio» de Valparaíso el 30 de Septiembre de dicho año.)

vida de los campesinos. Pero él la hacía extensiva a todos los pueblos de la América hispana, porque reconocía que la comunidad de origen y de historia determinaba en todos una misma idiosincrasia y un mismo nivel de civilización. En consecuencia, sus problemas presentaban los mismos factores básicos, si bien el medio físico y étnicos podía modificarlos en parte y las soluciones debían ser buscadas separadamente, con criterio local y de oportunidad. Como quiera que fuese, él hacía gala de su hispano-americanismo, que nunca desmintió...» Y añade: «Filántropo o apóstol, civilizador o reformista, batallador en todo caso, él hacía un ariete de su pluma y como un penacho de su ideal. Su política de libertad no sería más que una etapa en el camino de conquistas mayores; y de su crítica social derivarían las instituciones nuevas que redimiesen de la barbarie y la miseria a las muchedumbres poblanas».

El erudito biógrafo y maestro reconoce esa superioridad moral que, a nuestro juicio, eleva al grande hombre chileno a la altura de las figuras cumbres de nuestra América, pues fué—en el sentido socialista y con palabras del propio Vicuña—un ciudadano para quien *«la libertad no tiene patria, ni la causa de la humanidad reconoce fronteras»* (226).

Larga tarea sería ir desentrañando a lo largo de su obra montañosa todo lo que directa o indirectamente se relaciona con el proletariado y sus problemas. En las páginas de este libro, como en los escritos por Donoso, Galdames y Figueroa, se encuentran no pocas muestras. Los capítulos consagrados a su campaña presidencial exponen, más adelante, alguno de los más brillantes aspectos de su política y de su ideología, de la cual se encuentran razgos, tamizados por la necesidad de dar carácter realista a sus proyectos políticos en un difícil período eleccionario, en su *Programa Presidencial*. Y más tarde su actuación durante la guerra del Pacífico acabaría de fijar para siempre esas características proletarianas de Vicuña, traducidas en el formidable amor que tuvo a su pueblo.

(226) *Manifiesto que con motivo de su proclamación como candidato a la Presidencia de la República dirige a sus compatriotas el ciudadano Benjamín Vicuña Mackenna.*

A principios de 1875 la mayoría de los pueblos de la República comenzaron a proclamar espontáneamente la candidatura del transformador de Santiago a la primera magistratura de la nación.

Vamos a estudiar con detención la campaña presidencial de Vicuña Mackenna, pues no se ha considerado aún, en su debido valor, la importancia política que tuvo. Debemos analizarla. Por primera vez en la historia de América se organizaron fuerzas auténticamente democráticas y populares. Por primera vez se unieron las organizaciones obreras de un país sudamericano con propósito de intervenir activamente en la política nacional y de ejercer influencias de clase en la defensa de sus intereses. Vicuña Mackenna, aún cuando contó privadamente con el amplio concurso del Partido Conservador, cuyos directores veían en él y en su programa la única salvaguardia posible de comunes aspiraciones al ejercicio honesto del derecho de sufragio y a la garantía de libertades—los conservadores estaban en la oposición—no fué candidato oficial de ningún organismo político tradicionalista. Fué el representante del pueblo, el jefe de las grandes masas que nacían, el caudillo de los que tenían hambre y sed de justicia, el intérprete de un gran movimiento social que era aurora en las conciencias alertas.

No es mera casualidad que Vicuña Mackenna tomase el título de *Candidato de los Pueblos a la Presidencia de la República*. Tal era su voluntad y tal fué el deseo de todas las agrupaciones obreras que sostenían su candidatura. Ellas veían en

él al organizador, al jefe indiscutido, al caudillo que debía llevarlas a la conquista de posiciones democráticas y al mejoramiento de su situación económica. Se sentían ampliamente interpretadas por él. Con esa admirable intuición que, a menudo, sólo poseen las masas, comprendían que ese hombre cuyo lenguaje sabía interpretar deseos aún no bien delimitados, sentimientos imprecisos de inferioridad e injusticia social, necesidad de organización, de unión en resistencia para arrancar a la clase dominante mejoras y posibilidades siquiera precarias, siquiera mínimas, era el único capaz de guiarlas a la conquista de nuevos tiempos. Vicuña Mackenna era el alma de la democracia naciente y de las clases obreras. Y su candidatura señala, por manera indiscutible, *el primer movimiento proletario organizado en la historia de los pueblos latinoamericanos*.

Hay detalles que pintan al hombre y muestran cómo genialmente comprendió, en lo íntimo de su conciencia, las necesidades, los derechos y las futuras conquistas de las masas trabajadoras. La obra de Vicuña está plena de comprensión del alma popular, plena de amor hacia el *roto* cuyas tradiciones, cuyas glorias, cuyos anhelos cantó en el tono mayor y menor de su lírica. Como político, su preocupación fundamental era el *roto*, el bienestar del *roto*. Como hombre, el *roto* tuvo papel de primer orden en su propia vida privada.

Todos saben que en el hogar y en la mesa de Vicuña Mackenna, en su palacio del Camino de Cintura o en las casas solariegas de Santa Rosa de Colmo, los proletarios tenían honores y sitios reservados. Así ocurrió durante su vida entera, en las agitaciones de la campaña presidencial, en las turbulencias de las luchas políticas, en los días de febril construcción, en las horas de intimidad. Los familiares de Vicuña veían, con frecuencia, obreros o campesinos sentados a su mesa. Y no era raro ver junto a políticos vicuñistas tan eminentes como Isidoro Errázuriz o personalidades tales que Domingo Santa María o Balmaceda, a *huasos* de manta, a obreros de fábrica o simples artesanos. La *élite* del talento se congregaba a la sombra de su genio y sobre la *élite*, sobre todas las *élites*, el pueblo reinaba.

Más tarde encontraron la acogida de su hogar y de su afecto los obrero-soldados que iban a labrar, con el empuje de sus cuerpos de bronce y de sus almas en forja aún, la grandeza material y económica de la nación. Los que iban a desafiar a la muerte y los que volvían vencedores de la muerte, convivían con él. Y su casa acogió, en los años últimos, a los capataces y a los obreros de la hacienda de su mujer, que lo amaban como a un padre. El pueblo, siempre el pueblo junto a Vicuña Mackenna. En la lucha, en la prueba y en la eterna apoteosis.

No es, pues, extraño que Vicuña supiera y pudiera desencadenar tan extraordinario movimiento de opinión en 1875-76. La de Chile se removió hasta sus más recónditos cimientos. Nadie pudo permanecer indiferente. De un extremo a otro del país, de la capital a las ciudades fabriles, a los pueblos, a las aldeas y a los campos más remotos, la ola emocional y revolucionaria—en potencia—fué extendiéndose. Inmensa masa de hombres, todas las fuerzas no oligárquicas y muchas de las oligárquicas, desamparadas del poder, participaron en la gran campaña. Nunca hubo en Sud América, durante el siglo XIX, un movimiento semejante de opinión. Nunca hombre alguno, antes de él, pudo reunir en Chile más vasta adhesión y encabezar más potente anhelo. Mas, el esfuerzo no sería coronado por el éxito, y una vez más la brutalidad de la fuerza se sobrepondría a la presión del pensamiento. Faltó cohesión frente al intervencionismo oficialesco y, como veremos luego, sobró generosidad en el hombre. La máquina electoral gubernativa funcionaba con exactitud de reloj y los intereses políticos creados eran todavía demasiado poderosos. En las urnas, el ochenta por ciento de los electores debía votar por el candidato del pueblo, pero el fraude había de funcionar con furiosa precisión. Los tiempos no eran venidos. No importaba. Los grandes ideales se habían puesto en marcha y las semillas sembradas por Vicuña Mackenna fructificarían en su día. Lo esencial era que un poderoso movimiento obrero había nacido junto al grande hombre y que éste iniciaba en su histórica campaña la era de las luchas en pro de la justicia social.

LVI

La candidatura de Vicuña Mackenna se generó espontáneamente en el corazón de su pueblo, hemos dicho.

Al término del año 1874 la situación política era ambigua y acusaba desorientación en los partidos y en los círculos de gobierno. Este se no atrevía a hacer pública la resolución secreta aún de continuar la tradición intervencionista, según la cual se habían generado todos los jefes del Estado, después de la caída del Presidente Vicuña, pues ello equivaldría a traicionar reiteradas promesas de libertad y de respeto al derecho de sufragio, a cuyo cumplimiento parecía obligado el Presidente Errázuriz Zañartu en razón de ideas defendidas por él mismo durante buena parte de su vida. De los partidos, el Conservador permanecía alejado del gobierno después de su ruidosa ruptura con Errázuriz en 1873, y el Radical, el más avanzado de entonces, coqueteaba ya con el poder. ¿Los liberales? ¿Dónde estaban los liberales doctrinarios que habían combatido en las mismas filas de Vicuña Mackenna en los tiempos de Montt? Vientos de excisión parecían empujar a los unos hacia la Moneda, con vergonzante renuncio de sus tradiciones políticas, y a otros, los más puros, hacia el terreno opositor que era el de la eterna protesta contra los abusos y las injusticias de los poderosos.

En el verano de 1875 Vicuña se dirigió al sur en viaje de descanso que no tardó en transformarse en jira triunfal. Llegó a Talcahuano, donde en manifestación solemne—el 9 de Fe-

brero—se habló por primera vez de su candidatura. Siguió a Tomé y después a Concepción. En todas partes recibió extraordinario agasajo. «En Chillán,—escribe Donoso—San Javier, Talca, San Fernando y San Bernardo, el Intendente de Santiago es recibido como un vencedor, aclamado como un héroe...» Su nombre corre de boca en boca y los pueblos lo convierten espontáneamente en su ídolo. No era posible registrar una popularidad semejante en toda la historia política de Chile.

De regreso a Santiago, el 6 de Marzo, se encontró Vicuña con que las ovaciones recibidas por él durante su jira veraniega habían caído mal en palacio. Un amigo de siempre, don Abelardo Núñez, se encargó de advertirselo: «Sus triunfos, me dijo, llamándome aparte, apenas bajé del carro, han causado una irritación profunda en los hombres de la Moneda. Todos los ministros, especialmente Altamirano, hablan de su campaña por el sur como si se tratara de un atentado político, casi como una rebelión de partido contra el gobierno a quien Ud. ha servido con una consagración de que no hay ejemplo»: (225 a).

Vicuña fué al día siguiente a palacio, celebrando detenida entrevista con Errázuriz. Tres días después y creyendo en las promesas de abstención que venían de la altura, se dirigió, en circular de 10 de Marzo, a sus principales partidarios, comunicándoles que iba a la lucha. «Hoy por hoy la situación es nuestra», decía, y «lo que sea el desenlace definitivo lo dirán los esfuerzos de mis amigos». «He hablado con toda franqueza con el Presidente—añadía—y con todos y cada uno de sus Ministros, de modo que puedo proceder autorizado por ellos a presentar mi candidatura a la Presidencia de la República...» Y en forma concluyente esta afirmación: «No soy, ni seré, ni puedo ser candidato oficial». «Nadie lo será tampoco. La arena está abierta para todos los buenos, y en ella creo encontrarme yo con tan buen derecho como otro alguno». Su propia honradez política lo llamaba a engaño, pues la arena no estaba abierta y sí ocupada por los organizadores de las jaurías oficiales que pronto intervendrían en favor

(222 a) Vicuña Mackenna: Discurso pronunciado el 21 de Mayo de 1876.

del candidato de la Moneda, obedeciendo órdenes de Errázuriz.

Vicuña, entre tanto, luego de pedir a sus amigos que en ningún caso explotasen su posición oficial, pues de él no se podía hablar como «del candidato-intendente, sino del escritor, del antiguo liberal, del ciudadano», procedió a presentar renuncia indeclinable de la Intendencia de Santiago el 19 de Abril, rechazando el nombramiento que para un nuevo período se le había extendido por decreto de 10 de aquel mismo mes.

Y comenzó su prodigiosa campaña presidencial.

Desde el primer momento desplegó actividad febril. Discursos, proclamas, circulares, cartas, manifiestos... En su despacho particular trabajaba dictando a cuatro o más secretarios a un tiempo. Y aún se lo daba para visitar, hacer jiras y concurrir a homenajes y festejos. Estos comenzaron en Marzo con un gran banquete en Rengo. El 5 de Abril hubo otro en San Felipe y el 11 uno de mayores proporciones en Quillota. El entusiasmo popular crecía en ondas cada vez mayores, adhiriendo todo el país a su candidatura. Y era lógico, pues, como dice Donoso, infundía «la confianza en los corazones y la esperanza en los espíritus».

En Mayo numerosos departamentos proclaman su candidatura y la mayoría de la prensa nacional—casi la totalidad—adhiera a ella. El día 6 lanza Vicuña su Manifiesto Programa (226).

«Aclamado desde hace seis días—dice en ese notable documento—por los más nobles y generosos pueblos de la República para un puesto de alto deber, mi voz humilde se reviste y se enaltece con la autoridad de la voz de ocho provincias de la nación»... «He comenzado mi tarea desde muy abajo en el corazón del pueblo...»

Y ofrecía trabajo justo y sin tasa. Tolerancia confesional y respeto a todas las ideas. Libertad... «En orden a la libertad, decía, no necesito prometer nada sino abrir el libro de mi vida entera...» «Declaro asimismo, como hombre de

(226) *Manifiesto que con motivo de su proclamación como candidato a la Presidencia de la República dirige a sus compatriotas el ciudadano Benjamín Vicuña Mackenna.*

conciencia y patriotismo, que acepto de lleno aquellas libertades civiles y políticas que tienden a constituir la igualdad social y política de los chilenos...»

«La abolición del fuero, para el eclesiástico, para el soldado, para todos los órdenes de funcionarios, sin exclusión del más alto, en causas comunes, como cumplimiento de lo preceptuado en la Carta y como movimiento precursor de la reforma democrática de la guardia nacional, que hoy constituye un privilegio de castas. Y en un sentido análogo el establecimiento del registro civil...» Crear el *pais civil* «que constituye sin duda la más viva aspiración de nuestra época».

El problema de la separación de poderes le preocupa, entrando por primera vez en América en el radio de un programa de gobierno: «Concebidas las cosas de esta manera, el gran problema, puramente político, de la separación de la Iglesia y del Estado queda reducido a un simple acuerdo de potestades, a un pacto de buena voluntad, sea que la iglesia lo proclame, como podría hacerlo en su solo interés bien entendido, sea que lo dicte la Nación soberana como ley soberana para todos y en el interés de todos».

Trabajo, trabajo. Está «abierto el surco a la simiente de la fecundidad, halláanse encendidas las ascuas del taller, y el martillo del obrero golpea ya sobre el yunque redentor».

Civilizar la Araucanía, conquistar para el progreso y la tierra común a los indios sumidos en noche de barbarie. Llevar a todos los rincones la mano civilizadora.

Hay que tender el riel por doquiera y si fuese necesario «que el caudillo designado por el voto del pueblo habite bajo la lona, como el simple soldado, no será mi naturaleza la que dé un desmentido a ese género de fáciles sacrificios». Civilizar, acrecentar la vialidad, todo género de comunicaciones, «¿no deben considerarse como justas y sensatas las aspiraciones locales que se encaminan a acercar los centros de producción a los de consumo y de salida?» Y va lejos, propiciando obras que el tiempo ha realizado (ferrocarriles diversos) y otras que más de medio siglo después continúan siendo un problema (227).

(227) «La desaparición de la barra del Maule ¿no completaría este sistema de pronto, expedito y barato acarreo del gran Llano central, granero de Chile y de la América meridional?»

Y para las provincias toda la autonomía posible, amplia ayuda en la resolución de sus diversos problemas locales. Valdivia, Chiloé y Llanquihue aguardan, por ejemplo, «la explotación de sus magníficos recursos naturales, la explotación de sus ríos, la explotación de sus lagos, la explotación de sus mares». Y en la zona del norte satisfacción de necesidades vinculadas a los intereses de la minería, «que es la mies de la riqueza y a los de la irrigación, que es la savia de esa mies». Queda planteado «el problema político de la descentralización administrativa» que los rieles y el trabajo resolverán mejor que un decreto muerto del Boletín de las Leyes.

Debe crearse la autonomía local. En «medio de esta nación que la naturaleza hizo profundamente autonómica entre los Andes y el Océano, es preciso crear la autonomía local que robustece el cuerpo del bien público. Despojados los municipios de los poderosos atributos del poder electoral, concédaseles en cambio el pleno goce de su vida propia, de su beneficencia, de su instrucción local, de su industria y de su renta, el manejo y el ensanche de sus contribuciones urbanas, devoradas hoy por el apetito desolador del gran todo que se llama Estado...»

Es preciso crear, también, nuevas provincias. Crear en el orden administrativo un «Ministerio de Agricultura, trabajos públicos e inmigración...»

Dentro del programa de obras de vialidad el ferrocarril chileno-argentino. «Y como la cintura de granito que reuna en una sola haz todas las porciones aisladas del movimiento interno y exterior, esa gran empresa iniciada desde la Independencia, e inconclusa desde entonces, que significa juntamente la paz con las hermanas, el abrazo con la Europa, el gran sendero histórico de la humanidad hacia el occidente: el *ferrocarril de los Andes*...»

En materia de finanzas toca la idea de sustituir la alcabala por «el impuesto directo sobre la propiedad urbana, sobre la herencia, sobre el capital en giro» buscando la equidad del repartimiento de los cargos públicos, temas que reputa «de paciente estudio para los hombres especiales», es decir para los técnicos. Da valor predominante al manejo de la Hacienda

y adentrándose en el tiempo adivina tal vez los futuros organismos de ordenación económica cuando propone colocar los dineros fiscales «bajo la mano de una institución en cierta manera aparte, porque la administración de las finanzas en los países bien constituídos debe ser, a nuestro juicio, un campo de neutralidad para el gobierno y los gobernados». «Un ministro de Hacienda debe ser siempre una eminencia».

«En el orden judicial el mismo sistema de ensayos y de estudios. Creemos que debe proseguirse con tesón la serie de códigos que completan nuestra entera independencia de hecho y de espíritu del antiguo vasallaje...»

«En cuanto a la enseñanza pública, ya he dicho que la libertad debía ser su base y ahora agregaré que el Estado debía ser su guía».

Hay que laborar con la vista tendida hacia el tiempo, tejiendo «eslabones de la cadena del progreso infinito que es preciso forjar, no para el día de hoy ni para el día de mañana, sino para épocas futuras que es deber de todo estadista ir preparando...»

En cuanto dice relación a los problemas obreros para «coronamiento indispensable del programa presidencial, como su aureola más legítima: el mejoramiento gradual, pero incesante de las clases desheredadas de la nación» dando especial importancia al «desarrollo vasto, infatigable y laborioso de la instrucción primaria». Su amor a la clase obrera, le hace exaltar el progreso realizado por ésta, bien que es notorio el avance sobre el campesinado, sumido en los obstáculos de una «organización agraria semi-feudal todavía». «En el curso de mi vida—expresa—no he conocido un progreso más visible que el que se ha operado en las clases obreras de Chile en el último cuarto de siglo. El mecánico, el tipógrafo, el artista, el simple menestral han elevado su condición a la altura del taller europeo, al espíritu del verdadero ciudadano...»

Añade aún, detallando como todos los puntos principales de su programa han sido perseguidos por él desde largos años antes, en la prensa, la tribuna parlamentaria y el libro (228):

(228) «Hace veinte años justos—dice en su *Manifiesto*—a que desde un colegio de Inglaterra reclamaba la solución de los grandes problemas de nuestra agricultura: la irri-

«Con relación a las mejoras puramente morales del pueblo por la protección al obrero y al artista, por el desarrollo de la instrucción, por el amparo moral y material de los campos, durante dos años escribí desde Europa con un seudónimo ahora conocido de todos el fruto de mis observaciones comparativas en cada país, y después, durante tres años, me he esforzado en plantearlas conforme a la medida de mis fuerzas como Intendente de Santiago».

En la parte final declara Vicuña que despojado su espíritu «de todo calor de odio, de toda nube de escuela o de secta exclusivista, constituido como delegado responsable de los votos y de las aspiraciones de todos los chilenos, llegaría al solio del poder con el corazón lleno de amor y de justicia...» Demócrata, sin arrogante altivez que «he cambiado siempre por la republicana llaneza de mi raza que no es del todo española», está cierto de hallarse distante de «los ciegos que no quieren ver su época, ni las corrientes irresistibles que la dominan, ni las leyes nuevas, ni los hombres nuevos, ni las mudanzas sociales...»

«Oscuro, humilde y consagrado sólo a deberes íntimos—dice a los obreros agradeciendo su entusiasta, su apasionada adhesión—me habéis llamado a vuestros pueblos para ofrecerme el don delicado de vuestra hospitalidad y de vuestro aplauso. Mi promesa es, por tanto, devolveros desde la primera hora la hidalguía de vuestros homenajes, repitiendo en todos los pueblos del norte y del sur de la República aquella *visita* histórica que ilustró un gran nombre en el pasado siglo, y en la cual delante del supremo mandatario iría siempre, para vuestro bien, el obrero que jamás conoció ni el cansancio ni el reposo».

Caracterizaba, con modestia propia de los grandes espíritus—porque sólo los grandes espíritus saben ser generosos, rendir justicia o reconocer las limitaciones que el avance de

gación como sistema, la corta ordenada de los bosques como salvación (1854), el código rural como cúspide.

«Hace quince años que pedía desde el gabinete de la secretaría de la Sociedad de Agricultura la creación de un Ministerio especial para ese ramo y el de trabajos públicos.

«Hace diez años justos que solicitaba la inmigración para los desiertos, sobre todo lo cual escribí libros que entonces fueron ensayos o quimeras, y hoy acaso servirían de cartilla práctica a la labor de todos».

la propia cultura va destacando—las condiciones que lo harían digno del amor manifestado por su pueblo. «Dócil al consejo; rodeado de las eminencias a que la síntesis de mi espíritu, ajeno a toda dominación personal, siempre me ha arrastrado; fiscalizado por una representación forzosamente independiente, a virtud de democráticas reformas, y dominado siempre por ese poder invisible a que las almas honradas y las conciencias rectas jamás cierran entrada,—la opinión pública—mi única ambición sería descender de nuevo a la apacible vida del ciudadano» oyendo decir: «Fué un hombre de bien porque amó al pueblo...»

El programa presidencial de Vicuña Mackenna—señalado por «El Ferrocarril» como «un acto de franqueza republicana»—no encontró en los círculos reaccionarios sino mal encubierta hostilidad. La oligarquía dominante comprendía de modo instintivo el peligro que un hombre de tales ideas y de actividad tan asombrosa podía entrañar para el mantenimiento de sus privilegios políticos. Y aún el partido Conservador, que más tarde lo acompañaría en defensa común del derecho de sufragio, de la dignidad civil y de las libertades públicas conculcadas, manifestaba recelo ante semejante avance doctrinario (229).

¿Quiénes comprendieron el programa y el espíritu de Vicuña Mackenna? Los obreros, las gentes humildes, toda esa masa de hombres que laboran en silencio con una grande esperanza prendida en el pecho y un desencanto siempre renovado en los rostros que el sudor y las fatigas van surcando. Vicuña era el hombre de las multitudes; su palabra fructificó en ellas y fué así como resultó ungido Candidato de los Pueblos a la Presidencia de Chile.

(229) «El Independiente», órgano oficial de los conservadores, decía en su edición del día 10 de Mayo de 1875: «Téngase, pues, entendido y quede aquí sentado que nosotros rechazamos la candidatura del señor Vicuña Mackenna sin tomar para nada en cuenta ni las filas de donde sale, ni sus creencias personales, ni siquiera sus actos anteriores de su vida pública».

LVII

Iniciada oficialmente la campaña presidencial de Vicuña Mackenna, los obreros de la capital le dieron, a fines de Mayo, un banquete cuyos ecos repercutieron en todo el país. Una visita a la provincia de Coquimbo, núcleo de apasionado vicuñismo que le fué fiel hasta la última hora, acabó de consagrar la base proletaria de su candidatura.

El país presentaba una fisonomía curiosa en esos momentos. De una parte los partidos políticos desorientados, en espera los más de órdenes de la Moneda desde donde pronto saldría la candidatura oficialista de don Aníbal Pinto, hombre culto, honesto y opaco que encarnaba perfectamente el prototipo buscado por Errázuriz Zañartu (230). Los conservadores, en otro sector, indecisos, con temor de seguir a Vicuña. Y éste, al otro lado de la barricada, atrayendo sobre sí la adhesión de todos los elementos trabajadores de Chile.

Vicuña comprendió desde el primer instante que el gobierno y su clientela—numerosa en un país pobre, cuya clase media estaba habituada a vivir del presupuesto fiscal, ayuna de toda aptitud creadora, de toda rebeldía civil—estarían en su contra. El Presidente, en su mensaje de apertura de las Cámaras el día 1.º de Junio, había prometido prescindencia electoral y

(230) «El señor Pinto,—escribía don Justo Arteaga Alemparte—liberal por deber de nacimiento, es conservador por carácter, por temperamento, por hábito. Hay en él uno de esos hombres que andan la jornada de la vida en una somnolencia descuidada. No comprenden ni al mártir, ni al héroe, ni al sectario».

ello produjo cierta ilusión, aún cuando parecía indudable que tales palabras no pasarían de ofrecimientos hechos en el papel (231). Más tarde, quitada ya la máscara que cubría a los hombres de la Moneda, el candidato podría anatematizar con látigo de fuego a los mercaderes y verdugos, denunciando a la oligarquía «caduca, enferma ya de muerte, pero tenaz y osada que se agita entre nosotros».

Vicuña Mackenna no descuidó ningún detalle en el desarrollo de su campaña. Personalmente concurría con regularidad a las sesiones del Congreso, para proveer a la defensa parlamentaria, que a la postre habría de esterilizarse ante el servilismo y cobardía de los representantes entregados al gobierno o elegidos con la presión y ayuda de éste. Esas actividades no le impiden consagrar el tiempo necesario a los diversos aspectos y así «en medio de los agasajos que todos los días se le ofrecen y que hacen de él el más popular de los candidatos» (232) dirige el 5 de Julio una circular relacionada con la organización de los trabajos electorales, indicando como debía denunciarse todo acto de intervención oficial y como había que encarar la batalla. Poco más tarde publicaba, con idéntico fin, una *Guía del elector liberal para las elecciones generales de 1876* (233).

El enemigo se aprestaba para la lucha usando de todas

(231) «Las ilusiones de prescindencia del Ejecutivo en la contienda electoral—escribe Donoso—fueron bien poco duraderas, pues las declaraciones del Ministro del Interior en la Cámara de Diputados, donde fuera interpelado sobre el particular, contribuyeron a suscitar las primeras sospechas y a hacer equívocas las promesas presidenciales».

(232) Donoso, obra citada.

(233) A fines de 1875 se publicó en Santiago una novela anónima de simpático y bien combinado argumento, con tinte romanesco—*El Secretario del Candidato Popular*, Novela Social por N. N.—en el que se narraban las aventuras amorosas de un joven provinciano, Ernesto del Valle, quien por sus condiciones intelectuales había despertado la atención de Vicuña Mackenna en un banquete durante su campaña presidencial, llegando a ser secretario del candidato popular. La amena novelita, tras de cuya prosa creemos nosotros adivinar la bien cortada pluma de don Mauricio Cristi, que fuera uno de los secretarios de Vicuña, sirve de fondo o de pretexto para describir a éste y mostrar las cualidades que lo habían convertido en ídolo del pueblo.

«Hará época en la historia política de Chile—dice en uno de sus capítulos—el día en que Benjamín Vicuña Mackenna desde una apartada provincia del sur alzó contra la capital su voz prepotente, pidiendo vida para los pueblos y declarando guerra sin cuartel al orgullo y espíritu centralizador de la Roma chilena.

«Hasta entonces se había creído por los aristócratas santiaguinos que los pueblos eran los ilotas, cuyo sudor debía pagar sus palacios y su orgullo, sus placeres y sus tribu-

las armas, aún de las más vedadas e infames, usando en veces «las de la difamación anónima y de la calumnia» (232). Con tal propósito surgió «El Padre Cobos», periódico satírico que venía a resucitar los tristes procedimientos de «Charivari» y «La Linterna del Diablo».

La candidatura oficial de Pinto, salió por fin desembozadamente a la superficie. Este caballero, que ocupaba la cartera de Guerra en el gabinete que presidía Altamirano, renunció su cargo el 3 de Abril sin causa justificada. Errázuriz mantenía la tradición monárquica de imponer su sucesor, tradición que sólo se rompería, de modo sangriento, en el quinquenio de Balmaçada. En el primer momento el gobierno pensó lanzar el nombre de Pinto sin ayuda de mayores formalidades, pero atemorizado ante el empuje popular de Vicuña Mackenna decidió valerse de una convención de elementos liberales a la cual ingresarían los amigos de don Miguel Luis Amunátegui, cuyo nombre figuraba con probabilidades de éxito. Fué una manobra sagaz por medio de la cual se obtuvo el apoyo de algunos sectores políticos.

nales, su fausto y su vanidad; y hasta entonces los pueblos, sin conciencia de su derecho no habían reclamado contra tan infamante vasallaje».

Y agregaba: «Vencido Vicuña Mackenna, siempre habrá ganado, como los derrotados de Pirro. La historia le dará un lugar honorífico en sus páginas para mostrarle a la posteridad como el defensor de los derechos de los pueblos, y como el iniciador de la vida libre y sin tutela de las provincias...»

En la segunda parte describe como el candidato distribuía su jornada ordinaria durante la campaña. En razón de su valor documental vamos a transcribir esa página.

«A la hora convenida del día siguiente, Ernesto se hacía anunciar en casa de don Benjamín Vicuña Mackenna. Un sirviente lo introdujo hasta su gabinete de trabajo.

«Se ocupaba don Benjamín en ese instante de firmar la correspondencia de la mañana.

«—Buenos días, mi querido Ernesto, le dijo al verlo entrar. Venga Ud. a ayudarme a cerrar y sellar todo este pequeño rimerero de cartas que deben marchar a su destino en el tren de las diez. Sabrá Ud., continuó el candidato popular, nombre con que ya era entonces conocido en toda la república, y sin dejar de trabajar, que desde las siete a las ocho me ocupo en revisar y firmar la correspondencia escrita por uno de mis ayudantes durante la noche; a esta última hora viene alguien a cerrarla y dirigirla... De ocho a diez se redacta la correspondencia telegráfica; a las diez se almuerza a la yankee teniendo delante los diarios de la mañana; de once a una, redacción de artículos de diarios y periódicos; de una a cuatro, visitas a aquellas personas cuyo concurso es necesario obtener o afianzar para la gran campaña electoral; de cuatro a cinco, cuenta por el encargado del movimiento político de todas las provincias; de cinco a seis, recepción de agentes en la capital y de enviados de los pueblos; de seis a siete, se come, y desde esta hora hasta las doce, lectura de la correspondencia del día y su contestación».

La convención presidencial, llamada de los Notables (234), fué compuesta en su mayoría de empleados públicos y deudos del Presidente que recibieren orden previa de votar por Pinto. En ella figuraron veinticuatro jueces de letras, veintiséis parientes de Errázuriz, treinta y siete del señor Pinto, doscientos veintitrés empleados públicos, dieciséis deudos de los diversos intendentes y cuarenta y seis miembros de la mayoría gubernativa de ambas Cámaras. El resto era compuesto por abogados y profesionales que obedecían las imposiciones de la Moneda, profesores adictos a Amunátegui, y algunas personas de buena fe y mayor candor que habían caído en el lazo, como aquellos (235).

La convención designó candidato al ungido de las alturas. Y al decir espiritual de un antiguo ex-presidente—que de seguro fué Pérez—habiendo salido «tan lucida, tan culta, tan tranquila, tan modesta, tan noble, grande y sublime» sólo cometió el error de no haber elegido también al presidente «del subsiguiente quinquenio...»

Conocidos los resultados en el país, las asambleas políticas provinciales y la prensa en general protestó ruidosamente. Era una nueva imposición oligárquica. Dice «el Liberal sin Nota» en su ingeniosa sátira sobre *La Asamblea de los Notables*: «Sólo en Rusia existen como institución política los patricios con el nombre de Boyardos. Pero la Rusia es un país de siervos, y gracias al cielo nosotros no hemos descendido todavía tan abajo. Podemos tener boyardos pero aún no somos siervos de los boyardos». Mas, lo éramos... Y Vicuña exclama, no sin amargura: «¡Eh, señores de la comedia y de la farsa! Dejad en el vestíbulo vuestras caretas de seda y vuestras capas venecianas; y venid a sentaros en el duro banco de los liberales puros, de los liberales honrados, de los liberales intransigentes y decid si alguna vez fueron patricios y mayores contribuyentes,

(234) Véase *La Asamblea de los Notables* «por un Liberal sin Nota». Delicioso folleto histórico en que el propio Vicuña Mackenna satiriza aquella grotesca convención inventada en los salones de la Moneda.

(235) Escribe el señor Donoso: «Nunca se había reunido tal vez en Chile una Convención más genuinamente oligárquica, pues la componían todos los mayores contribuyentes, todos los abogados, médicos, ingenieros, antiguos miembros del Congreso y titulados de la Universidad».

ex-diputados y ex-senadores de los estados de sitio, los liberales que gimieron con Freire en Juan Fernández, que sucumbieron con Cruz y con Vicuña en Loncomilla, que dispersó el viento de la proscripción en 1859 con Pedro León Gallo y Francisco Bilbao!»

La batalla política no se interrumpió un segundo.

En el frente parlamentario, Vicuña, ayudado primeramente por sus amigos personales, entre los cuales destacaba Isidoro Errázuriz, y por políticos tan eminentes como Zorobabel Rodríguez, emprendió su cruzada contra el intervencionismo y en resguardo de los derechos del pueblo. Hizo de la Cámara joven y después del Senado su tribuna. Desde la primera pronunció un discurso, en la sesión de 26 de Agosto de 1875, interpelando al Ministro del Interior, don Eulogio Altamirano, por los sucesos ocurridos en San Fernando el día 22 de aquel mes. En él se decía como los sargentos del batallón cívico de Santiago habían sido formalmente amenazados para que no apoyasen la candidatura popular, y como en todo el país se montaba cínicamente la máquina intervencionista (236).

En esa misma sesión de 22 de Agosto contestó en otro largo discurso al Ministro del Interior, que pedía pruebas... Y ante la insistencia de Altamirano, a quien las pruebas de mayor entidad parecían nimias, replicó una tercera vez. Dos días más tarde pronunció nuevo discurso, cuyos conceptos y alusiones, colocando al jefe del gobierno en posición grotesca, provocaron la cólera oficial. En las sesiones de 9 y 23 de Septiembre habló exhibiendo nuevas pruebas y refiriéndose a escandalosos actos cometidos en la ciudad de Valparaíso por los agentes de la Moneda. Su último discurso fué particularmente extenso y elocuente (237).

(236) Los discursos pronunciados por el diputado por Talca en la Cámara, en 1875, fueron recogidos en un volumen: *La Intervención*.

(237) Examinando relaciones documentales, acerca de la sesión del día 9, se encuentran estos detalles, que muestran la atmósfera reinante: «Apenas termina el orador (Vicuña) y antes que el presidente levante la sesión la barra prorrumpe en aplausos estrepitosos y continuados. Varios diputados se levantan de sus asientos y van a felicitar al señor Vicuña Mackenna. Al retirarse los señores diputados, se dejaban oír en la barra y en el patio del Congreso las exclamaciones de: ¡Viva Vicuña Mackenna! ¡Abajo el ministerio!

Don Zorobabel Rodríguez, basándose en las irrefutables pruebas de intervención aportadas por el candidato de los obreros, presentó a la consideración de la Cámara un voto de censura al ministerio, que hizo vacilar el equilibrio de éste, pues sólo fué rechazado, al término de la sesión del día 23, por 52 votos contra 34. Los elementos adictos al gobierno dominaban.

Sin amilanarse, siguió Vicuña acumulando antecedentes y denunciando fraudes. Acerca de la intervención en Illapel habló en las sesiones de 7 y 9 de Octubre. En esa misma sesión se refirió a las calificaciones intervenidas del mes de Octubre y en la de 13 de Noviembre al predominio del partido Radical en la política gubernativa, replicando después a don Manuel Antonio Matta que entonces amparaba lo que otrora condenara. Y el día 27, batiéndose con el Ministro Altamirano, exponía los altos propósitos que animaban a sus amigos, luchando por el honor y las libertades del país. Su discurso de aquel día terminó en un postrer llamado a la cordura y a la honradez electoral que el Presidente Errázuriz desoiría una vez más.

El 8 de Septiembre habló Vicuña Mackenna ante la Asamblea Liberal Democrática de Valparaíso, aceptando solemnemente la proclamación de su candidatura. Una información de la época describe aquel momento: «El señor Vicuña se pone de pie y avanza a la tribuna. La Asamblea toda se pone de pie en medio de los más unánimes y estruendosos aplausos. Durante largo rato el señor Vicuña no puede hablar, porque las aclamaciones y los hurras resuenan en la Asamblea y se suceden con un entusiasmo indescriptible. Por fin, después de una ovación tan espléndida como prolongada se hizo oír la palabra franca, conmovida y generosa del ilustre ciudadano».

«Me habéis elegido por caudillo en esta jornada, dijo el candidato. Y bien, sea! Acepto el puesto sólo por ser el primero en la obediencia, el primero en la lealtad, el primero en el

¡Abajo Matta! ¡Viva Matta! ¡Viva el candidato trabajador! ¡Muera el ministerio! Al atravesar el señor Vicuña Mackenna el patio, fué vivado por varios grupos, repitiéndose otra vez los gritos de ¡Abajo el ministerio! que se dejaron oír todavía en la plazuela».

combate, y si ello es preciso, el primero en el sacrificio!» «Acor-daos, exclamó al terminar su oración, refiriéndose a su calidad de amigo y defensor de los proletarios, que este título de *obrero* lo he tenido siempre a honra y es una peculiaridad de mi vida. He sido obrero de mí mismo; todo en mi camino lo he hecho por mí mismo, y por eso cifro mi gloria en ser aclamado por el pueblo obrero...»

El 25 de Diciembre se reunió en Santiago la Convención de los Pueblos y proclamó solemnemente su candidatura (237a). Las sesiones de aquélla se prolongaron hasta el 1.º de Enero de 1876, día en que se celebró un banquete de despedida a los convencionales de provincia, en el Cerro Santa Lucía, durante el cual hizo Vicuña un fervoroso llamado al trabajo y a la concordia de los chilenos (238).

De esa notable Convención popular—que adoptó por aclamación el programa presidencial del 6 de Mayo—arrancó la fundación del partido Liberal Democrático que, formado alrededor de Vicuña y sus ideas, cristalizaría las aspiraciones de los elementos trabajadores. En él iría a condensarse, por reflejo de su jefe y fundador, el gran movimiento proletario que la candidatura vicuñista animara.

Las finalidades esenciales de la nueva agrupación política serían las de defender los intereses generales del país y los proletarios frente a la resistencia oligárquica y combatir toda intervención oficial. ¿Con qué armas? Las más potentes resultarían ineficaces contra el muro de bayonetas y el chorro de dádivas de la Moneda. Mas no importaba. El hecho de nacer un partido cuyos ideales, por primera vez en América,

(237a) En su discurso inaugural dijo Vicuña Mackenna a los convencionales: «Vosotros sois aquí los verdaderos, los legítimos representantes del pueblo chileno y de la causa democrática». Y los exhortó a elegir libremente sus candidatos, indicándoles que la Convención de Diciembre podría salvar la República y la democracia de quienes pretendían sacrificarlas «a una insolente dictadura de amos soberbios y de envilecidos vasallos».

Dijo también: «Vosotros debéis ratificar aquí como lo hago yo solemnemente delante del país, el *programa del 6 de Mayo*, que contiene todos los artículos de nuestro credo político...»

(238) Los discursos pronunciados por Vicuña Mackenna en esos días se encuentran en un folleto: *La Convención de los Pueblos. Celebrada en Santiago desde el 25 de Diciembre de 1875 al 1.º de Enero de 1876* «por un Demócrata».

se inclinaban resueltamente del lado de los trabajadores, indicaba un hecho histórico señaladísimo. El obrerismo, como factor político poderoso,—digámoslo rotundamente una vez más—nació en América durante la campaña presidencial de Vicuña Mackenna (239).

(239) A raíz de ella, también, nació la Liga del Voto Libre, concertándose la adhesión del partido Conservador a Vicuña. Esa adhesión importaba sólo la alianza de elementos que debían y podían aunar sus fuerzas en defensa de la libertad de sufragio. En un *Manifiesto político*. «A mis compatriotas y especialmente a mis amigos políticos» explicaba Vicuña la posición que asumía respecto a sus nuevos aliados. En ese manifiesto anunciaba visita a diversas provincias de la República para agradecer la adhesión y el amor manifestados por su pueblo.

L V I I I

El lunes 14 de Febrero de 1876 emprendió Vicuña Mackenna su viaje a las provincias del sur (240), acompañado de brillante comitiva en la cual formaron parte delegados obreros de diversas regiones (241). A ella se unió en Talca don Isidoro Errázuriz, quien venía de realizar por las provincias del norte una jira en favor del candidato de los pueblos.

El día anterior se verificó un gran meeting en el Circo Trait, de la capital, en el cual pronunció Vicuña vibrante arenga. «Pasó la época de los discursos, dijo; pasó la época de las protestas; a la acción, ciudadanos!» Y añadía: «Nuestro viaje será de paz, queridos compatriotas. Vamos a pasar en revista el ejército del derecho y alentar una en pos de otra sus valerosas columnas para batir con las palmas de la ley el látigo, el sable y el fraude, estos tres nombres que en nuestra infeliz patria significan sólo esa cosa infame y maldita que todos aborrecemos desde el fondo de nuestros honrados corazones—la intervención». Una ovación imponderable acogió

(240) «Este viaje ha durado sólo tres semanas y ha bastado para conmover al país entero como un sacudimiento eléctrico, desde la capital hasta Angol».

Véase *El Viaje del señor Benjamín Vicuña Mackenna a las Provincias del Sur* (Febrero 14-Marzo 5 de 1876). Valparaíso, 1876.

(241) De esa comitiva formaban parte, entre otros, don Federico Valdés, delegado de la junta central del partido Liberal Democrático; don Víctor A. Bianchi, delegado de la Asamblea Democrática de Valparaíso; don Luis C. Garfias, delegado de la clase obrera de Santiago; don Jorge Gaymer del Río, secretario particular de Vicuña Mackenna; el orador don Pedro Nolasco Donoso, que se incorporó en Lontué. Y desde Talca el ilustre Isidoro Errázuriz...



Doña Victoria Subercaseaux en 1907



Benjamín Vicuña Subercaseaux
(Fotografía tomada en Roma en 1903).

esta frase, impidiendo al orador, por largo rato, proseguir su discurso.

La jira iniciada al día siguiente fué triunfal. En ella y durante ella nació, creció, fructificó para siempre el espíritu del pueblo olvidado y oprimido. Su caudillo, haciendo suyas las grandes aspiraciones populares, daba a éstas carta de ciudadanía y certeza de triunfo futuro.

El tren se detuvo en San Bernardo, subiendo a él una diputación obrera, presidida por el artesano Federico Contreras, quien presentó los votos del pueblo al candidato, mientras sus compañeros prorrumpían en aplausos y quemaban fuegos de artificio.

En Rancagua les esperaban nuevas manifestaciones. Todo el pueblo escoltó a Vicuña, ofreciéndole un banquete los dirigentes obreros de la ciudad.

Al atardecer llegaron a Curicó, en donde pernoctaron. Iguales manifestaciones y un meeting nocturno en el Teatro, al que asistieron casi exclusivamente obreros. Habló Vicuña Mackenna.

La jornada siguiente fué ardua. De madrugada, una comitiva de campesinos vino a escoltar al candidato, quien se dirigió a Molina, en donde tuvo lugar un meeting agrario. A medio día tomaron el tren a Talca, llegando al atardecer a dicha ciudad.

En Talca les aguardaba recepción grandiosa. «No menos de seis a siete mil personas,—dice una información de la época—la mayor parte del pueblo, se habían precipitado a la estación por un movimiento espontáneo e irresistible para ofrecer sus ovaciones de simpatía y entusiasmo al candidato que los pueblos habían aclamado como suyo. La escena que tuvo lugar en la estación es indescriptible. El señor Vicuña Mackenna fué arrebatado por una verdadera ola popular y llevado en un tumultuoso triunfo hasta la plaza principal». Ahí y en las calles adyacentes había veinte mil personas. Vicuña habló al pueblo desde uno de los sofaes. Y aquél, no calmado en su entusiasmo, siguió vitoreándolo hasta avanzada la noche, en los alrededores del domicilio de don José Francisco Opazo, donde se hospedó. Un gran banquete tuvo lugar esa

misma noche y en él brindó el candidato por las mujeres de Chile. Después del ágape un meeting en el Teatro Municipal. Al día siguiente tuvo lugar otro banquete de cuatrocientos cubiertos y en seguida Vicuña inauguró el Club del Voto Libre, felicitando, en su discurso, a la clase obrera de Talca que entraba desde ese día «en la activa y fecunda campaña de la democracia práctica».

El 17 de Febrero pasó Vicuña Mackenna por San Javier. El río Maule aparecía engalanado con innúmeras embarcaciones cubiertas de guirnaldas, desde donde los *guanayes* y los pescadores maulinos le arrojaban flores... Nuevo banquete y nuevo meeting populares. Al anochecer la comitiva se detuvo impensadamente en San Javier, celebrándose un meeting obrero.

La jornada del día 18 registró tres banquetes y dos meetings. Uno en Parral y otro en Cauquenes. Entre ambos, el presidente del comité central del partido Liberal Democrático, don José Santos Ossa, ofreció al candidato espléndido banquete en su hacienda «El Porvenir». La recepción en Parral fué entusiasta, siéndolo en grado no menor la que esa tarde tuvo lugar en Cauquenes, a donde llegó escoltado por multitud de jinetes. Al meeting de la noche concurrieron más de tres mil ciudadanos venidos de todos los pueblos y aldeas vecinos. En la plaza tuvo lugar otro meeting improvisado, hospedándose el candidato, luego, en casa de don Fidel Merino.

El 19 continuó viaje la comitiva. Mas, cedamos la palabra a un corresponsal de periódico: «La marcha del señor Vicuña Mackenna desde Cauquenes a esta ciudad ha sido un continuo triunfo. En Posillas, subdelegación del departamento de Itata, el pueblo se enloqueció; puso la campana de la parroquia a rebato, se cubrió de banderas y salió a recibir a los viajeros a una legua de distancia formando un gran escuadrón de caballería. A las nueve de la noche llegó el señor Vicuña Mackenna a esta ciudad, y acaba de tener lugar un meeting como no se ha tenido memoria en San Carlos; asistieron más de dos mil ciudadanos venidos de todos los puntos del departamento y presidió el ilustre general Venegas...» Se instaló en San Carlos el Club del Voto Libre, designándose comisiones populares

que en consorcio a la que había venido a buscar a Vicuña desde Chillán, le sirvieran de escolta.

En Chillán, ocho mil personas asaltaron la estación, viéndose obligado el candidato a hablar desde la plataforma del vagón que lo conducía. El pueblo lo tomó en brazos, llevándolo hasta la plaza en medio de delirantes vivas. En la noche del 20, en enorme meeting, pronunció Vicuña un extenso discurso en el que hizo un parangón entre la candidatura popular y la candidatura oficial y analizó la alianza política con el partido Conservador y su verdadero alcance, lealmente entendido, mostrando como los reaccionarios de ayer se colocaban en las filas de la libertad y como los radicales que en otro tiempo sufrieron persecuciones con él, empuñaban, desde las alturas del gobierno, el garrote y el fusil...

El 21 visitó Vicuña Chillán Viejo. «El pueblo estaba cubierto de arcos triunfales y no había mujer en las calles que no anduviese con canastos o atados de flores arrojándolos a la comitiva». De pie sobre una silla, en un ángulo de la plaza, el candidato habló a la multitud. La noche fué consagrada a diversos trabajos de los comités electorales.

En la mañana del día 22 partió a Concepción. De paso por Bulnes el tren fué cubierto de flores...

La recepción en la ciudad penquista eclipsó a las anteriores. Cedamos la palabra a un corresponsal, en despacho dirigido a don Lorenzo Claro: «Gran entrada del señor Vicuña Mackenna. Más de diez mil almas lo acompañaron desde la estación hasta la plaza de armas y de ahí al hotel. Todos los balcones y ventanas ocupados por señoritas que arrojaban flores y lazos de cinta al candidato. Elocuente discurso del señor Vicuña Mackenna en la plaza de armas. Al dirigirse a su hotel el señor Vicuña iba rodeado del pueblo y bajo un arco de flores, llevado por artesanos. El señor Vicuña volvió a dirigir la palabra al pueblo desde el balcón; lo mismo hicieron los señores Bianchi y C. Garfias, el último a nombre de los obreros de Santiago».

Ese día, desde un escaño de la plaza de Concepción, Vicuña pronunció una arenga en que recordaba a los penquistas sus viejas glorias de pueblo libre, recibiendo, al terminar, una

ovación que se prolongó por más de una hora. Al subir al carruaje, que lo aguardaba a cierta distancia, la multitud desensilló los caballos pretendiendo arrastrarlo, a lo que el candidato se opuso siendo llevado en hombros de sus admiradores.

En la noche tuvo lugar grandioso banquete en el que Isidoro Errázuriz, según es fama, improvisó uno de sus discursos más bellos, contagiado de la enorme emoción popular que sacudía al país de un extremo a otro. A más de Vicuña, hablaron también Acario Cotapos y los ciudadanos Menchaca, Vera, y Jorge Délano.

Al día siguiente, en «el meeting más importante que jamás se haya visto en esta ciudad», Vicuña Mackenna pronunció extenso discurso en que hizo la crítica del radicalismo nacional, mostrando como «el señor Errázuriz, hacendado que posee cuatro mil cuadras de tierras de regadío y ocho mil vacas que nacen y engordan en sus potreros, elevado ayer por los obispos de Chile, aparece hoy radical más intransigente que Mazzini, al paso que el honorable señor Pinto, manso y bondadoso caballero, buen esposo y padre de familia cariñoso, suele venir a esta ciudad desde su pintoresco bosque de boldos de Hualpén, disfrazado con la camisa roja de Garibaldi...» Terminó diciendo que él, «simple luchador en esta tierra de pereza y masedumbre» había sentido, al contacto de la capital sureña, como el gigante de la fábula que se acostaba en tierra cuando se sentía desfallecer, que su espíritu se retemplaba, que su acento recobraba la claridad de los castigos, que todo él vibraba... Al finalizar, los trabajadores penquistas le hicieron entrega de una medalla de oro con esta leyenda: *Los Obreros de Concepción al ilustre defensor de sus derechos Benjamín Vicuña Mackenna.*

El miércoles 25 los viajeros se dirigieron a las «Fronteras» en el tren matinal. A la altura de Santa Fe se cruzó éste con el que conducía a don Aníbal Pinto y a su comitiva, integrada por el general Urrutia y cuarenta oficiales de ejército. Vicuña tuvo noble gesto, descendiendo de su vagón y subiendo al de Pinto, a quien dijo: «Nuestros mayores peleaban estas batallas de las ideas y de la hidalguía a lanzadas; nosotros las peleamos con apretones de mano»... Pero el gobierno habría de des-

mentirlo pronto con las lanzas de sus cazadores y las carabinas de sus esbirros apuntadas al pecho de los obreros vicuñistas... (242).

En Los Angeles la recepción fué magnífica. Hubo meeting al aire libre y otra reunión popular, hablando Vicuña en ambas.

El 26, de madrugada, la comitiva prosiguió a Mulchén en numerosos carruajes. El candidato fué recibido entre centenares de jinetes y huasos que le abrían calle, vitoreándolo. Hubo almuerzo en la hacienda de Pilcotué, meeting popular en la plaza y banquete popular seguido de baile nocturno.

El 27 de Febrero continuó viaje a Angol. Al caer la tarde llegaron al pueblo de Tijeral en donde los esperaban delegaciones de obreros y de indios. Y al llegar a las márgenes del Malleco encontraron numerosos grupos de soldados francos que, rompiendo la prohibición oficialista, querían manifestarle su adhesión al candidato del pueblo.

Una muchedumbre compacta, a la que se mezclaba «la mayor parte de las clases y soldados de la guarnición», lo acogió a la entrada de Angol, escoltándolo al hotel, desde cuya puerta Vicuña e Isidoro Errázuriz hablaron.

En la noche ocurrió un atentado criminal, cuyo origen siempre quedó en sombras y que la opinión pública cargó entonces a la cuenta exclusiva del gobierno. «Cuando el señor Vicuña Mackenna—comunicaba un corresponsal—se dirigía al meeting en la noche, acompañado por la comisión que había venido a invitarlo, una mano cobarde que ha deshonrado a nuestro pueblo le asestó un golpe contundente en la cabeza, haciéndolo perder alguna sangre pero no el sentido» (243). «A pesar del golpe, agregaba ese despacho telegráfico, el señor Vicuña presidió el meeting y proclamó a los diputados de

(242) Las autoridades locales no cesaron de hostilizar a la comitiva de Vicuña. En todas partes se intentaban contra-manifestaciones llevando a su cabeza bandas militares, bien que detrás sólo seguían los empleados públicos...

(243) El criminal huyó, asegurándose que era un tal Ventura Castro, partidario del señor Pinto. Más tarde se logró establecer diversas responsabilidades que Vicuña Mackenna, con su característica magnanimidad, se negó a perseguir. Después del atentado Vicuña recibió atención médica de los cirujanos de ejército Birch y Stevens, quienes manifestaron que la herida no ofrecía gravedad, pues el sombrero lo había protegido.

este departamento por los partidos independientes, don Pedro Jesús Rodríguez y don Tomás Menchaca. El señor Vicuña al concluir su discurso dijo «que hacía votos porque su sangre fuera la única que se derramase en esta campaña que *habría* sido sólo de libertad y de gloria para el país sin el maldito propósito de un hombre que pretende a toda costa imponer su voluntad y su egoísmo a la nación». La efervescencia de los ciudadanos que asistían al meeting era muy grande y sólo pudo calmarse gracias a uno de esos inspirados discursos del señor Errázuriz».

En su arenga, después del atentado que sufriera, dijo Vicuña Mackenna estas nobles palabras que retratan su civismo: «¡Pueblo de Angol! Ofreced a la República el ejemplo verdaderamente sublime y consolador de que siendo vuestra ciudad el cuartel general de la fuerza armada sea al propio tiempo el baluarte de la libertad política y civil de los chilenos!»

Ochenta oficiales de ejército—toda la oficialidad de la guarnición—se presentaron en el alojamiento de Vicuña Mackenna a adherir a su persona y a manifestarle su protesta. De uno de ellos—el capitán Canales—se cuenta singular y hermosa anécdota. Caminando en la comitiva de Vicuña durante el atentado, tomó el pañuelo de éste, empapado en sangre, y en una manifestación, que siguió al meeting de aquella noche, lo estrujó en una copa, bebiéndola en prueba de su ardoroso vicuñismo.

Fué en una de las ciudades del trayecto triunfal donde se originó otra anécdota que muestra hasta qué punto de exaltado entusiasmo había llegado la popularidad del candidato. Encontrándose éste en casa de cierta dama de conspicua situación social en la localidad, durante un sarao que se celebraba en su honor, la dueña de casa preséntole a sus hijas, dos hermosas chicas de no escasa simpatía, y le pidió que escogiera a una de ellas, pues deseaba tener un nieto que llevase sangre del grande hombre...

El 28 de Febrero, escoltado por comisiones de todos los pueblos vecinos que habían venido a rendirle homenaje a Angol, Vicuña y comitiva se dirigieron a la estación. El convoy, de regreso al norte, se detuvo sólo algunos minutos en la

capital penquista, siendo vitoreado el candidato por «un inmenso pueblo» al cual hubo de hablar. La recepción en Talcahuano resultó brillantísima.

El 28 de Febrero, a las diez de la mañana, la comitiva tomó el vapor *Perú* y una hora después descendían en el muelle del Tomé «que crugía bajo el peso de millares de entusiastas espectadores, fuera de muchos que habían ido en chalupas al costado del vapor». «Desde el muelle, y pasando materialmente bajo una verdadera lluvia de flores,—agrega la relación periódica que consultamos—la comitiva se dirigió a la espaciosa bodega de Nogueira, y en un instante estuvo ésta completamente ocupada por tres mil personas, obreros, campesinos, señoras, mujeres del pueblo, la ciudad entera en una palabra». Se pronunciaron vehementes discursos, siendo aclamados Vicuña e Isidoro Errázuriz, cuyo fervor vicuñista arrebató a la multitud.

Esa misma tarde el *Perú* largó anclas, continuando viaje a Valparaíso a donde arribó el 1.º de Marzo.

La recepción en Valparaíso adquirió los caracteres de una apoteosis pública. «El Mercurio» (edición del 2 de Marzo de 1876) decía, a propósito de ella: «Con tanta mayor razón deben estar satisfechos los vicuñistas y su candidato, cuanto que ayer era día de trabajo, y la gran mayoría de los que concurrieron eran obreros, los cuales tuvieron que abandonar sus quehaceres para no faltar a la citación que se les había hecho». Los vicuñistas se situaron desde la escalera del muelle a lo largo del malecón. Muchos de los ciudadanos llevaban ramos de flores. «Mientras tanto la esplanada del muelle se había llenado de gente, lo mismo que el malecón, la Bolsa Comercial y todo punto que ofrecía un lugar cómodo para ver el desembarco del candidato. Este llegó en uno de los primeros botes acompañado de don Isidoro Errázuriz y demás amigos y partidarios... Algo distante todavía del muelle, el señor Vicuña Mackenna, poniéndose de pie y alzando su sombrero, saludó al pueblo con esa familiaridad y franqueza propias de su carácter. Desde ese instante empezaron los vivas al candidato. Al pisar la escalera del muelle, una lluvia de flores cayó sobre él y puede decirse que el señor Vicuña ya no se perteneció a sí mismo, porque

fué llevado, arrastrado en medio de una masa de gente que, como una corriente irresistible, tomó su curso por la Esplanada en medio de los vivos y del entusiasmo general. Así llegó el señor Vicuña Mackenna hasta su casa en la calle del Teatro, siendo saludado y vivado en su tránsito por todos los que se habían situado en algunos puntos dominantes, pues no había carro, carretón, ruma de mercaderías o montón de escombros que no estuviese coronado de entusiastas ciudadanos» (244).

Diversos corresponsales y testigos afirmaron que fué aquella «la recepción más enorme que se recordaba en la historia del primer puerto chileno».

Desde los balcones de la casa de su suegra, en donde se hospedaba, el candidato habló a siete mil partidarios que se negaban a retirarse sin antes haber escuchado su voz... «Algo de grande y de sublime, dijo, se levanta en el pecho de los hombres libres, cuando pisan vuestra playa querida. Así como la mano de Dios aquietta las aguas de vuestra dulce bahía, así los vientos de la justicia y del derecho azotan vuestras corazonces y levantan estas olas de amor y de entusiasmo que llegan hasta mí en ráfagas de fuego y de victoria»... «Pero lo que puedo aseguraros desde este momento,—añadió en medio de aclamaciones estruendosas—es que no habrá ni en las ciudades meridionales de Chile, bastantes piedras y suficiente mortero para edificar cárceles, sobrado espaciosas, en donde encerrar a todos los hombres independientes que siguen vuestra bandera...» «El derecho—concluía—ha muerto en todas partes en las manos de quienes reciben honra y paga por guardarlo».

Al día siguiente, 2 de Marzo, se efectuó un meeting monstro en homenaje al Candidato de los Pueblos: «Es preciso convenir—decía «El Mercurio»—en que Valparaíso no ha tenido jamás (al menos nosotros no lo hemos visto) una reunión ni más numerosa ni en que haya reinado tanto entusiasmo como en la celebrada anoche en el circo de la Vic-

(244) El gobierno, por medio de las autoridades y policía de Valparaíso, «había hecho los más villanos esfuerzos por dominar el entusiasmo popular», empleando garroteros, pasquines, «prohibiciones a los empleados públicos», etc.

toria por la Asamblea liberal democrática». «Sin duda fué una triste necesidad el tener que dejar en la calle a una multitud de ciudadanos, entre ellos varios de los mismos directores de la asamblea, que no esperaban tanto agolpamiento, aquella verdadera poblada... Mientras tanto, ya el lector podrá suponerse el espectáculo que presentaría el interior del circo. Las cabezas cubrían completamente todo aquel espacio, como cubren el llano las espigas de una sementera, destacándose los pilares del circo como árboles que hubiesen echado sus raíces en la masa misma de gente que las apretaba. En cada uno de esos pilares se veían flores y coronas, y en la araña del centro una granada. La tribuna se hallaba también adornada con banderas». «Más de cinco minutos duró aquella aclamación—al aparecer Vicuña Mackenna, añade «El Mercurio»—que se renovaba y tomaba mayor fuerza a medida que caían flores y palomas sobre el candidato y se le entregaban coronas y ramos de flores... Por fin se consiguió calmar el entusiasmo y restablecer el silencio, anunciando entonces el presidente de la asamblea que tenía la palabra el candidato de los pueblos señor Vicuña Mackenna. Nueva agitación y nuevos vivas. El señor Vicuña tiene que permanecer algunos instantes en la tribuna sin poder hablar, hasta que el pueblo por sí mismo se contiene y guarda el más profundo silencio; pero éste dura poco, porque a cada período, a cada frase del orador, estallan los aplausos y los vivas de la multitud». Al término de su discurso una hermosa niña ofrece una corona a Vicuña y la tempestad del entusiasmo se renueva incontenible, desbordada, casi histérica. Habla en seguida don Acario Cotapos, quien pide autorización a la asamblea para abrazar en su nombre al jefe de la democracia. Ocupan luego la tribuna los ciudadanos Valdés, Tagle, Arrate, Garfias, y don Isidoro Errázuriz cierra el meeting con un discurso cálido.

En el suyo Vicuña Mackenna había dicho que sabía «como, poco a poco iba despertando de su sopor ese coloso dormido que yace a orillas del Mapocho, y que suele tener de tarde en tarde algún tardío pero terrible despertar». Analizó la política del gobierno, los fraudes y violencias generales, el manifiesto propósito de destruir, de aniquilar la voluntad del pue-

blo. De los de arriba, empeñados en abatir la libertad y el derecho, dijo proféticamente: «esa es una falanje que ha emprendido ya su marcha y que caminará siempre, siempre hacia el abismo». En sus palabras está ya contenida la revolución de 1891: «¿Hay alguien de vosotros—preguntaba Vicuña a la Asamblea—que no comprenda que se nos conduce a sabiendas al abismo? ¿Hay alguien de vosotros que no presagie días de luto y de dolor en esta lucha a muerte entre el país libre y soberano y los que pretenden ser sus cobardes amarradores?»

La oración del candidato, en aquella reunión memorable, concluyó con una hermosa frase en que, aludiendo al atentado reciente, ponía su vida al servicio del pueblo. «Esa vida está aquí,—dijo—como en Angol, como en todas partes, inerme, confiada y a disposición del que quiera tomarla, porque debéis saber, ciudadanos, que yo he emprendido este viaje, que comenzó el pasado 28 de Diciembre y acabará el 25 de Junio del año en que vivimos, sin llevar otras armas sobre mi pecho que mi amor al pueblo y sin llevar otras custodias que me guarden las espaldas que ese mismo amor. Los chilenos no encontrarán jamás sobre mi cuerpo otro acero que el de la humilde pluma con que he trazado la gloria de los que fueron grandes por el derecho, la ley y el patriotismo» (245).

Tres días reposó Vicuña en Valparaíso, al lado de los suyos, y el 6, acompañado por diversas comisiones populares, emprendió la última etapa, en dirección a la capital. En las ciudades del trayecto se le tributó manifestaciones entusiastas. En Llay-Llay, por ejemplo, bellas mujeres engalanadas «cubrieron de flores el trayecto» y Vicuña, «contestando a una patriótica arenga del ciudadano don Ricardo Molina, recordó los días felices de su niñez...»

El tren penetró a las doce y media en la Alameda de Matucana. Santiago le reservaba la más triunfal de sus recepciones.

(245) «Al concluir el señor Vicuña Mackenna—dice una relación que tenemos a la vista—la asamblea le hace una ovación inmensa. Ramos de rosas, coronas de encina y de laurel y una verdadera lluvia de flores cubre la plataforma donde están los oradores».

«El Ferrocarril», diario mesurado, enormemente parco en sus informaciones, decía en el número de 7 de Marzo: «Nunca, desde la entrada de los prisioneros de la Covadonga en 1866, había presentado nuestra Alameda un espectáculo más extraordinario y animado que el que ofreció en la mañana del domingo último. A las 11 A. M. los hilos de gente que desde temprano se dirigían a la estación comenzaron a convertirse en verdaderos ríos humanos. Los carros iban cubiertos hasta el tope. Centenares de coches particulares, con familias vistosamente engalanadas se dirigían también hacia la estación. El movimiento era extraordinario. Se veían muchas insignias, letreros y banderas a lo yankee. A las doce la estación ofrecía el aspecto de una inmensa y zumbadora colmena. Todo estaba ocupado, la plataforma, los patios, las rumas de sacos y barriles, los rieles mismos. Sin las precauciones del jefe de estación, señor Espinosa, habría ocurrido más de una desgracia que deplorar. Cuando se presentó el tren se colocó una bandera roja y aquél se detuvo frente a la Exposición. Desde allí avanzó el tren lentamente y entró al paso de carreta hasta la plataforma».

La acogida popular fué frenética. Tras ruda batalla, la comitiva pudo dejar el recinto y obtener que el pueblo no arrebatase a Vicuña Mackenna. Dirigióse el río humano hacia el *Circo Trait*, escoltando el carruaje del candidato.—«Cuando el señor Vicuña llegó a éste, estaba ya completamente ocupado por una multitud increíble que invadía hasta los techos y que no era, sin embargo, sino la tercera parte de la gente que afluía a aquel recinto»—añade «El Ferrocarril».

Al anunciarse que Vicuña Mackenna iba a hablar, millares de sombreros y voces enronquecidas batieron el aire.

«El espectáculo que en estos momentos ofrece la capital, dijo, es una gran lección para los hombres de fe y para los hombres de constancia». Y después de analizar extensamente las fuerzas morales que debían tornar invencible su candidatura, si era respetado el derecho de los pueblos, terminó con una noble exortación: «Ciudadanos: voy a concluir, y mis últimas palabras son para incitaros al respeto de la ley,

al respeto de la Constitución... y así bajo la égida del derecho común unámonos todos en la fe, en la disciplina, en la ley, y sobre todo unámonos en la urna venidera y ya entreabierta; y Chile nos habrá debido la desaparición del más abominable y del más devastador de los flagelos que han consumido su noble vida, el flagelo de la intervención, es decir, la sustitución de la voluntad de un usurpador al derecho y a la voluntad de dos millones de hombres libres».

Durante su discurso, en múltiples interrupciones, la multitud, de pie, gritaba ensordecedoramente: «¡Viva Vicuña Mackenna! ¡Viva el redentor del pueblo! ¡Viva el amigo de la clase obrera!»

L I X

Terminada su jira por las provincias, Vicuña, desde su cuartel general de Santiago, activa los trabajos. En todo está y todo lo advierte su mirada. La actividad que desempeña es inaudita. El número de secretarios a quienes dicta simultáneamente ha llegado—caso increíble—a seis, y estos recogen en el papel sus pensamientos e indicaciones. Isidoro Errázuriz comparte aquel cúmulo de acción llenando las funciones de primer lugarteniente. El candidato no podía haber encontrado ayuda más eficaz ni adhesión más leal que la de aquel ilustre ciudadano cuyos talentos de pensador corrían parejas con el magno don de su oratoria. Errázuriz se encontraba en la plenitud de la fama y a los sortilegios de su voz de oro se rendían las muchedumbres. ¿Cómo suponer que a todos los valores que rodeaban a Vicuña, a la fuerza gigante de su popularidad y a la grandeza americana y chilena de su obra no respondería el éxito más franco?

La intervención, la más sombría y vergonzosa intervención de que haya recuerdo en la historia política de Chile, frustraría los anhelos nacionales.

Después de participar el candidato en dos manifestaciones sucesivas en San Felipe y Valparaíso, en que de nuevo recibe testimonio del ardor y adhesión de su pueblo, se efectúan las elecciones generales de congreso «en medio de la más desenfadada intervención gubernativa», según apunta Donoso. El

26 de Marzo se habían verificado en forma similar las elecciones de municipales (246).

En vano Isidoro Errázuriz—en magistral discurso del año anterior (247)—había señalado vigorosamente el crimen, la infamia moral que significa la intervención en contra de la voluntad del pueblo. Decía el tribuno en aquella oportunidad: «Elevemos, señor, nuestra conciencia sobre el mundo de miserias y preocupaciones en que nos mantienen 40 años de abusos y usurpación electoral. Confesemos que la intervención es un crimen que lleva en sí caracteres tan odiosos y perversos como los peores crímenes que el Código Penal castiga. Es la usurpación del más sagrado de los derechos de un país. Es la usurpación, con calidad de abuso de confianza, porque la comete el depositario de la confianza nacional. Es la usurpación del poder supremo, que el jefe de una nación comete, pretendiendo continuar en el mando más allá del término legal, tras de la pantalla de un Presidente de su amaño.

(246) Ya en las elecciones municipales había comenzado a manifestarse la intervención oficial en forma sangrienta. En una relación publicada en «El Ferrocarril» del día 2 y que Vicuña Mackenna leyó ante el Senado en sesión de 16 de Junio, decía aquél: «¿Sabéis lo que he hecho hoy apenas bajé del tren? dije a los habitantes de Valparaíso... Mi primera visita fué al hospital, y allí pude estrechar la mano todavía ensangrentada de ese noble anciano, de ese hombre de bien, de ese padre virtuoso, de ese esclarecido ciudadano que se llama Gregorio Iglesias, y que por haber cumplido tranquila y honradamente su deber fué arrancado de su hogar en la tarde de la derrota por todas las furias del despecho, y derribado a palos y amarrado por un brazo al pehual de un potro, menos salvaje que el que lo montaba, para ser conducido y arrastrado, a pesar de su edad y de su excesiva corpulencia, durante diez cuadras, al galope del caballo y para ser saqueado en seguida y encarcelado en un inmundito calabozo de la policía. Eso, ciudadanos, no lo hacen ni los beduinos, ni los indios pampas; pero ya que el crimen villano está consumado, demos todos un viva a ese noble mártir de la lealtad política y procuremos honrarle siempre con nuestro respeto y nuestro cariño. Del hospital, ciudadanos, me dirigí a la vecina calle del Olivar, y ahí, en una habitación humilde, encontré en el lecho del dolor, pero animosos y alegres, a otros héroes de la jornada del deber. Allí estaba Rómulo Melacho con su brazo atravesado desde el hombro por una bala, y un hombre del pueblo, José Ignacio Garay, valiente, callado y sufrido como vosotros. Una bayoneta le había atravesado el costado, y tenía todavía sobre su cuerpo la camisa cuajada de sangre con que había restañado su herida, porque ese hombre, que tal vez no tiene más prenda de vestido que ese pedazo de lienzo sangriento, es más fiero, más noble que esos miserables que viven de los millones de la nación y a quienes se les paga un razgoño hecho en la oficina del ocio con su corta-plumas, con licencias sin límites para entregarse a las orgías de la política en esta ciudad y en todos los pueblos de la provincia. Garay no sólo no ha pedido nada por su sangre, sino que la ha ocultado, porque no creía que era un mérito haberla vertido sosteniendo su puesto».

(247) Sesión de la Cámara de Diputados de 2 de Septiembre de 1875.

Es, en fin, un acto más ilegítimo que el que comete el enemigo exterior que derriba las autoridades constituídas de un país» (248).

La intervención no reconocería vallas en 1876. El 17 de Abril las autoridades de Valparaíso, presididas por el famoso Intendente Echaurren, de quien dijera el diputado Errázuriz que era «el más alto de los criminales políticos de nuestro país, el más poderoso de los agentes de la usurpación y la ilegalidad» (248), provocaron una masacre. Las tropas, so pretexto de ser atacadas por los vicuñistas, hicieron fuego sobre el pueblo, produciéndose varias muertes y quedando en el campo no pocos heridos.

Días más tarde, con fecha 29 del mismo mes, numerosos senadores y diputados, encabezados por Vicuña Mackenna, elevaron una representación a la Comisión Conservadora, dando cuenta de los graves delitos electorales cometidos por el gobierno y pidiendo el cumplimiento del artículo 58 de la Constitución Política del Estado (249). Con anterioridad, el 13 de Abril, una extensa minuta fué presentada a la misma alta corporación por Vicuña, Justo Arteaga y Errázuriz.

En memorable y muy documentado discurso, el candidato expresó: «Elijo al acaso un departamento cercano; pero es precisamente aquel en el que parecería que todas las furias de una intervención insensata y criminal hubiese soltado sus serpientes para morder al pueblo hasta convertirlo en un *ecce homo*; para devorar las leyes, el honor, la probidad, la justicia, la honradez, todo lo que constituye, en fin, el respeto de la administración pública, hasta convertir ésta en una asquerosa gemonía».

(248) Acusación al Intendente de Valparaíso. Sesión de la Cámara de Diputados de 20 de Junio de 1876. Véase *Obras de Isidoro Errázuriz* (Biblioteca de Escritores de Chile, edición prologada por don Luis Orrego Luco), tomo I.

(249) En esa presentación, entre otras muchas, figuraban las firmas de Vicuña Mackenna, diputado por Talca; Zorobabel Rodríguez, diputado por Chillán; Justo Arteaga Alemparte, diputado electo por Valparaíso; José Eugenio Vergara, Senador electo de Aconcagua; Rafael Larraín Moxó, Senador; Jerónimo Urmeneta, id; Isidoro Errázuriz, diputado por Cauquenes; José Tocornal, diputado por Curicó; Ventura Blanco Viel, diputado electo por Santiago; Nemesio Vicuña, diputado por Illapel; Abdón Cifuentes, id. por Santiago; José Ramón Contreras, Acario Cotapos, Manuel T. Tocornal, Félix Garmendia, etc.

El panorama es el mismo en todas partes. Fraude, violencia, persecución. Y aún en los casos de apariencia menos grave, como el de Limache, las tropas proceden a rodear las mesas, cargando a bala sus carabinas «en presencia de los primeros grupos de tímidos electores que llegaban.» Con lo que se hacía «de cada mesa un campamento y de cada urna un botín de presa y de saqueo».

«Acompañada a la presentación a que se ha dado hoy lectura en esta Sala, continuaba Vicuña, corre copia de la orden general con que el señor Echaurren se preparó al augusto acto electoral de Marzo y de Abril, poniendo sobre las armas hasta los individuos de las bandas de música de los cuerpos cívicos, último resto del numeroso ejército con que había abierto la campaña electoral en la provincia de su mando.

«Allí están tomadas todas las posiciones extratéticas, señalados los puntos avanzados, las reservas, el cuartel general, todo, en fin, como en un día de batalla y cual si se hubiera copiado sobre la orden del día de aquella mañana de luto y de vergüenza nacional que se llama el bombardeo de Valparaíso».

«¿En qué país estamos, señor Presidente?—añadía el orador—¿A dónde vamos a parar? ¿En cuál de las pendientes por las que se resbala la autoridad deberá ésta detenerse, si todas conducen al abismo? Entre tanto, lo que pasa en Chile no acontece ni en la India ni en la Turquía, porque allá los visires responden con su cabeza de los desmanes, y aquí es el pueblo, que suele llevar su resignación hasta la impasibilidad y su paciencia hasta el martirio, el que sufre siempre sobre su cabeza, sobre su corazón y sobre su espalda, los caprichos del gran visir favorito. Por esto ha sucedido que ese pueblo magnánimo de Valparaíso, constituido en defensor pacífico, pero resuelto y sublime, del derecho escamoteado en todas partes y de la ley vilipendiada en la aldea como en la Moneda, ha sido arriado en verdaderas manadas a las cárceles, donde gime todavía la mayor parte de los hombres que en aquella ciudad sienten que el corazón de los chilenos no ha dejado todavía de latir».

La Comisión Conservadora no resolvió sobre las reclamaciones que, en su minuta, Vicuña, Arteaga y Errázuriz,

con delegación de todos los parlamentarios reclamantes habían reducido a tres puntos principales: cambio de intendentes y gobernadores en los departamentos en que había triunfado la oposición, concentración de fuerzas militares en Santiago y falsificación de documentos en las elecciones de municipio de la capital. Adujo aquel alto cuerpo la proximidad de la reunión del Congreso en período de sesiones ordinarias (250).

También el Senado había de poner oídos de mercader. Era la universal complicidad en el crimen que todas las autoridades llamadas constitucionales sancionarían con culpable flaqueza.

Pero el Candidato de los Pueblos no era de aquellos que se rendían sin antes quemar el último cartucho de las posibilidades. «El fracaso de la apelación ante la Comisión Conservadora—escribe Donoso—no llevó el descorazonamiento y la desesperanza al esforzado ánimo de Vicuña Mackenna. Sigue consagrado de lleno a sus empresas políticas, va de un punto a otro, habla, escribe y se multiplica por todas partes. Su actividad es portentosa».

El domingo 21 de Mayo, ante inmensa asamblea de partidarios, reunidos en el Teatro Lírico de Santiago, el candidato dió cuenta de la situación del partido Liberal Democrático, creado alrededor de su programa presidencial, del desarrollo que adquiriría y de la necesidad de conservarlo vivo y unido aún en medio de los mayores contratiempos. Pasó revista, en su discurso, al dramático espectáculo que presentaba el país intervenido y no sin melancolía recordó como muchos iban rindiéndose con miedo de los que mandaban o a los halagos del cohecho. De los hombres públicos liberales que parecieron dispuestos a combatir la política intervencionista de Errázuriz, muy pocos quedaban en sus puestos, fieles al propósito liberador. «Todos los demás están postrados o están de rodillas»...

(250) Tan adentrada en la conciencia nacional estaba la convicción de que nada harían los poderes legislativos para evitar la desaforada intervención del gobierno que uno de los líderes opositores, el insigne y cáustico Arteaga Alemparte, ponía fin a su editorial de «El Ferrocarril» de 13 de Mayo con estas palabras: «Señores de la excelentísima Comisión Conservadora, vuélvanse ustedes a sus casas».

Comenzaban las defecciones. Los conservadores, sin embargo, trataban aún de mantenerse en la línea de fuego. El 20 de Mayo su órgano oficial—«El Independiente»—publicaba editorialmente un comunicado de la directiva de aquellos, que hacía honor a su propósito de defender las libertades públicas amenazadas y los derechos conculcados. Decía: «Por lo mismo que nuestro partido no tiene contraído ningún compromiso explícito y formal con el candidato del partido liberal democrático, puede ser conveniente, y en todo caso nos es grato declarar que nuestra actitud de hoy es exactamente la misma que teníamos antes de la elección de miembros del Congreso y de las Municipalidades. Hoy como entonces y con más motivos que entonces, reconocemos las relevantes cualidades del candidato del partido liberal democrático y la parte preponderante y verdaderamente decisiva que ha tenido en el despartamiento del espíritu público y en la resistencia organizada contra la intervención. El señor Vicuña Mackenna que, fiel a sus convicciones y respetuoso de las ajenas, no ha podido exigir ser proclamado candidato del partido conservador, ha sido su aliado constante en la campaña contra la intervención gubernativa, y en esa campaña, por su actividad infatigable, por su patriotismo ardiente y por su sinceridad nunca desmentida, ha sabido conquistarse de entre los que militan en nuestras propias filas adhesiones importantes y calurosas simpatías. Aún los mismos que no pueden acompañarlo en sus esperanzas, lo acompañan con sus votos, y hasta los más intransigentes con el político, muestran su estimación al hombre y prodigan justos y merecidos elogios al patriota. Hoy como entonces mantenemos nuestra protesta contra el candidato que don Federico Errázuriz impuso a su partido y contra el presidente que por medio de la fuerza y del fraude trata de imponer a la República».

El 7 de Junio, leído ya por el Jefe del Gobierno último mensaje inaugural de las Cámaras en el que se contenían promesas de prescindencia que eran una nueva burla al país, Vicuña pronunció extenso discurso en el Senado, anunciando la presentación de un voto de censura al gabinete. Y en las sesiones de 14, 16 y 19 de Junio contestó los discursos en que

astutamente procuraba el Ministro del Interior desvanecer los cargos de la oposición. En sus oraciones parlamentarias, filípicas en que palpitaba hondo desprecio a los funcionarios que traicionaban sus más sagrados deberes, examinó, una vez más, el mapa político de todo el país, analizando como la intervención doblaba las frentes cobardes, encontraba cómplices en los serviles y violaba la voluntad y los derechos del pueblo.

Las quejas eran universales. En Quillota un oficial de artillería había puesto el cañón de su pistola en la sien de un presidente de mesa, que resultó ser don Nemesio Vicuña, hermano del candidato, y en Valparaíso un vicuñista era asesinado a puñaladas, fugando el asesino con ayuda de la policía. Por todas partes sangre, atentados, presión brutal de los representantes del poder. ¿A quién acusar? «Hay sólo un acusado único y supremo—exclamaba Vicuña Mackenna—y ese acusado es el Gobierno del excelentísimo señor don Federico Errázuriz». Altamirano protesta, la barra ahulla y el candidato dice, calmado la tempestad que los suyos forman: «Pero ni por más alta que truene la voz de Su Señoría alcanzará jamás a apagar aquí ni en parte alguna la voz de la verdad»... El impasible jefe del gabinete parece desconcertarse por primera vez en su vida. Y Vicuña lee documentos, telegramas, cartas, copias de procesos, testimonios judiciales. Es una montaña de papel y de ignominia que no logrará sepultar a la mayoría del Senado, pues para ésta y para el gobierno los crímenes electorales no pasaban, aún costando sangre, de ser pasatiempos y habilidad de mandones. ¿Y el pueblo, la Constitución y las leyes? Pero que se le importaba de las leyes, de la constitución y del pueblo a los señores que representaban en la Moneda a una oligarquía política, de cuyas filas comenzaban a desaparecer los aristócratas que antaño actuaran con más inteligencia y dignidad... (251).

(251) Dirigiéndose a Altamirano, añadía Vicuña esta frase de fuego, que señala la realidad electoral de la época en forma azás justa y gráfica: «¿Por qué después de haber lanzado sus ya famosas declaraciones de que la próxima lucha electoral sería sólo un palenque de soldados, una función militar, al gusto de los gobernadores, de los subdelegados, por qué no hizo su señoría una cosa más breve, más patriótica y más lógica?

Y Vicuña, sacudiendo el látigo sobre la cobarde complacencia de los senadores ante el despotismo del gobierno, enrostró «el silencio del Senado en la ocasión en que el Ministro del Interior, saltando ya la última barrera del decoro, del respeto de la ley y de la conciencia pública, osó declarar en este augusto recinto que haría ocupar militarmente todas las mesas electorales del país, lamentando no tener bastantes soldados ni bastantes fusiles para que no quedara un solo rincón del país electoral sin la custodia de las bayonetas en la jornada del 25 de Junio».

Su oración de aquella tarde concluía con golpe de vigorosa elocuencia expresando que «si después de sesenta años de ensayos de vida tranquila y de vida democrática, hemos llegado a la postre de esta administración gloriosa del gobierno Errázuriz, a la conclusión de que no es posible hacer uso del derecho de sufragio, sino entre el silbido de las balas y entre las patas de los caballos de los cazadores, como lo promete Su Señoría, forzoso es reconocer que esta orgullosa tierra de Chile ha caído en fosa tan honda de podredumbre y perdición moral, que más valdría a los hombres de corazón y de patriotismo doblar la frente al viejo yugo y vivir como los mansos, los resignados y los cobardes de otros siglos, en medio de la paz de las sepulturas, haciendo de Chile la tumba de Chile mismo».

Vicuña Mackenna presentó la moción de censura ministerial en sesión de 19 de Junio. «El Senado declara: Que el Ministerio no merece su confianza».

No era difícil presumir el resultado de una moción semejante. La mayoría oficialista a que habían unido su voz y su

¿Por qué no dejó su asiento de Senador y fué su señoría a encerrarse diez minutos en su gabinete de Ministro y presentó en seguida a la firma de S. E. un proyecto de decreto o un proyecto de acuerdo suprimiendo por un solo artículo (como el Art. 67 de la ley actual, por ejemplo) todo el régimen electoral, estableciendo que desde el presente año de gloria y libertad, a fin de evitar la peste de las intervenciones y de los perjuros, el Presidente de la República se encargaría de nombrar por listas alfabéticas todos los poderes públicos y en terna o a la suerte su sucesor?»

En aquel discurso trazó Vicuña Mackenna un cuadro sombrío—vivisección política acabada—de la moral política y del respeto a las libertades bajo la administración Errázuriz. En ese cuadro se advierte, en germen ya, la revolución que en 1891 sacudiría honda y vitalmente al país.

voto muchos de los hombres que combatieran en otro tiempo los vicios y los crímenes electorales que ahora sancionaban con su apoyo moral y material, se apresuraron a rechazarla. Los viejos caudillos se rendían o renegaban del pasado, sin que faltasen pretextos y excusas para procurar la justificación de tan triste actitud. Fuera de excepciones rarísimas, sólo Vicuña Mackenna y los suyos permanecían fieles al ideal, sirviendo, como siempre, los anhelos de rebeldía del viejo tiempo. Para él y para ellos no había pasado la vida que derrumba altares y desnaturaliza los arrestos generosos. El ideal no había muerto y el caballero manchego seguía trotando por los campos yermos con la lanza en alto y el corazón palpitante...

Si el ideal no había de morir, si era la suya hora de sembrador, ¿qué importaban las traiciones, los renuncios, las heridas y los calvarios?

El Candidato de los Pueblos, en 1876 cayendo triunfaba.

Y para alcanzar ese triunfo—en la derrota misma—luchó hasta el último instante. En sesión del Senado del 23 de Junio, pronunció largo y elocuentísimo discurso. Días más tarde, en sesión de 28 del mismo mes, puntualizó los resultados obtenidos en el debate, que equivalían al reconocimiento oficial de la intervención gubernativa. Dijo: «Respecto de la segunda faz de la cuestión, esto es, la prueba de la intervención, ha quedado todavía mucho más en claro, porque ya no sólo no lo niega ni el ministro responsable, sino que le ayudan a confesar su culpa sus más ardientes amigos, como el honorable señor senador por Curicó. Se agrega a esto hoy el alto testimonio del honorable senador por Aconcagua, cuyo elocuente discurso acaba de oír el Senado. No ha sido, pues estéril este debate, cualquiera que sea su desenlace, ya previsto, en la votación. Sabemos bajo qué garantías se habrían verificado las elecciones de Presidente, si éstas hubieran tenido lugar...»

El proyecto de censura recibió 19 votos en contra y 5 a favor. Apoyaron a Vicuña Mackenna los senadores Pedro León Gallo, fiel a las nobles tradiciones libertarias de su vida, Lorenzo Claro y Ursicinio Opazo. ¡Nada más. Nadie más!..

La situación política en vísperas de las elecciones presidenciales se había tornado insostenible. Todos los funcionarios correctos se encontraban sustituidos por interventores de marca. Las calificaciones estaban en poder de las policías que se encargaban de recogerlas con los procedimientos ordinarios. En el Congreso imperaba una mayoría gobiernista definida. Dentro del campo de Vicuña existían divisiones, pues algunos políticos vicuñistas, afiliados al partido Liberal Democrático, acusaban a los conservadores de inconsecuencia (252). Oídas por Vicuña Mackenna las explicaciones de la directiva conservadora las aceptó con elevado propósito de mantener cohesión en los únicos campos que se mostraban fieles a los derechos del pueblo, cabiendo al histórico partido pelucón—compuesto entonces por tribunos y dirigentes que supieron realizar con nobleza su tarea—el alto honor de merecer la gratitud y las simpatías de las masas trabajadora.

Ir a las elecciones parecía esfuerzo inútil. Vicuña y sus amigos comprendieron que era grave responsabilidad la de arriesgar vidas en una batalla en que las bayonetas y las balas del gobierno dirían fatalmente la última palabra. Había que contener el entusiasmo de los obreros y poner, con dolor, riendas a su heroísmo.

No parecía quedar otro camino que el del sacrificio.

Reunida la Junta Directiva del partido Liberal Democrático, a las tres de la tarde del 20 de Junio de 1876, se acordó la abstención general en todo el país. Durante el amplio debate—en que terciaron, los senadores Claro y Opazo, y los ciudadanos Acario Cotapos, Nemesio Vicuña, José Antonio Tagle, Abelardo Núñez, y Federico Valdés—Vicuña Macken-

(252) En tumultuosa asamblea vicuñista se produjeron altercados entre liberales y conservadores, a los que puso término Vicuña Mackenna pronunciando nobles palabras de paz.

En su Manifiesto del 24 de Junio, aludiendo a la colaboración que los conservadores prestaron a su candidatura, se expresa Vicuña en los siguientes términos: «Por otra parte, el honrado y sincero partido conservador había mantenido intactos los compromisos de su alianza de hecho, y de ello dan preclaro testimonio los nombres de sus más distinguidos ciudadanos que figuran, a la par con otras prominentes personalidades de otros partidos políticos, en nuestra lista de electores por el departamento de Santiago».

na dijo que el país se encontraba ante un gobierno de hecho y que él al consultar a sus amigos, a cuya opinión se inclinaría, no siendo posible ir a la lucha general, estimaba debía hacerse un esfuerzo en determinados puntos en que se podía librar batalla, pues así lo exigían sus partidarios. El, por su parte, expondría la vida en el sitio de mayor peligro. Después de hacer balance de la situación general, añadió que él no quería tomar por sí mismo resolución alguna ante el peligro de sacrificar «una sola vida en una lucha desesperada» (253).

Resuelta la abstención se decidió comunicar tal acuerdo a toda la República. Aprobóse por unanimidad, a propuesta de don Anacleto Montt, el siguiente voto: «Desde hoy el partido liberal democrático hace suyo el programa del 6 de Mayo, que se ha mantenido incólume, y a su sombra seguirá luchando por los principios de libertad, reforma, trabajo y moralidad que forman su base y sus aspiraciones».

A esa histórica sesión, que fué presidida por don José Santos Ossa, asistieron, a más de Vicuña Mackenna, los siguientes políticos y dirigentes obreristas afiliados a la causa de Vicuña: Lorenzo Claro, Ursicino Opazo, Hipólito Acevedo, Jerónimo San Martín, Leopoldo Cordero, Juan Domingo Tagle A., José Filomeno Cifuentes, Tadeo Munita, Eugenio Suárez, Nemesio Vicuña, Alberto Mackenna, César Valdés, Abelardo Núñez, Manuel A. Concha, Daniel Espejo, Carlos Vicuña Guerrero, Anacleto Montt Pérez, Juan de Dios Morandé, José Antonio Seco, José A. Tagle, Vicente Larraín Aguirre, Acario Cotapos, Buenaventura Sánchez, Onofre Franco Reynals, Ricardo Vicuña, Tomás M. Paz, Francisco Mesa, Federico Valdés y Luis C. Garfias (254).

En sesión celebrada por la Junta, al día siguiente, Vicuña Mackenna «leyó el Manifiesto que iba a dirigir a los pueblos, el cual fué aprobado en todas sus partes» (255).

(253) Acta de la sesión de 20 de Junio de 1876 celebrada por la Junta Directiva del partido Liberal Democrático.

(254) Por encontrarse llenando otros deberes de la causa no estuvo presente don Isidoro Errázuriz. El general Venegas no concurrió por enfermedad.

(255) Firmán el acta de esas dos sesiones José Santos Ossa, presidente de la Junta; Juan Valdivieso Amor, José Antonio Tagle, Federico Valdés V., y Anacleto Montt P., secretarios.

En ese *Manifiesto*, fechado en Santiago el 24 de Junio de 1876, expresa las razones que hacen necesaria la abstención, a juicio de sus amigos políticos, pues es preciso «que los chilenos sepan cuáles motivos la han inspirado, qué razones la justifican, cuáles propósitos la enaltescen».

«Hemos combatido—dice en aquel documento—día por día, hora por hora la intervención...» El país ha visto «que en donde quiera que nuestra causa había tenido medianas garantías de triunfo, se había puesto a la puerta de las urnas un sableador, un carcelero o un más ínfimo funcionario todavía, cuya minuciosa y triste nomenclatura me ha cabido el deber de apuntar ante el Senado durante cinco sesiones consecutivas. Y ha oído que el jefe ostensible de ese partido ha declarado terminantemente ante ese mismo cuerpo del Estado, bajo la autoridad que inviste, que el gobierno, pisoteando las pocas garantías que quedaban todavía en pie, entre los escombros de la ley hecha pedazos por el fraude, convertiría a la República entera en un campamento militar y trataría a cada ciudad, a cada aldea, como fueron tratadas el lúgubre 26 de Marzo las aldeas de San Ignacio y Cobquecura».

En semejante estado de cosas, ¿qué era preciso hacer? «no quedaba sino dos partidos que tomar, expresa Vicuña: ó batirse a muerte... o abstenernos totalmente para hacer de la jornada del 25 de Junio, no una batalla cuyas lástimas y horrores caerían al fin sobre nuestra bandera, sino una ceremonia fúnebre en que no hubiese en todo el país sino una urna figurada y colosal para depositar en ella el cadáver del derecho amortajado en el sudario de la ley escarnecida».

El, personalmente, habría sido partidario de batirse, tomando posición de soldado entre los hijos y los representantes del pueblo, pues no era posible olvidar que en Roma «tres Horacios bastaron para salvarla». Pero la mayoría de sus amigos quiso otra cosa (256). Obedeciendo a ella añadía,

(256) Un grupo numeroso de sus partidarios estaba dispuesto a ir a la lucha y combatir personalmente en contra de las fuerzas interventoras el día de las elecciones. «Según ese propósito,—dice Vicuña—que fué aceptado por todos con generoso ardor, y no como un sacrificio sino como una gloria, se habrían dirigido a la madrugada siguiente a Valparaiso nuestro digno presidente del Directorio don José Santos Ossa, allí presente

con incomparable nobleza de alma: «Yo os pido, por tanto, os sometáis y obedezcáis con ánimo sereno, como yo lo hago, a ese duro pero ya indispensable mandato de la situación y del deber. Guardo en mi pecho la más profunda gratitud por todo lo que habéis hecho; y la mejor manera de convertir esa gratitud en culto de mi alma eterno y sublime, es que, estando a la vista de los conculcadores de todo derecho y de toda justicia, sepáis refrenar los ímpetus del corazón magnánimo y os resignéis al último sacrificio con la alegría y la entereza con que yo lo hago. Debéis creerme cuando os digo que el único holocausto verdadero que he hecho en esta larga y fatigosa campaña ante mi patria y ante vosotros, es el que consumo poniendo mi firma al pie de este Manifiesto que aconseja a los más valerosos hijos de Chile desbaratar su fila de batalla en presencia de los que han sido sus más cobardes provocadores y asaltantes. Pero, por otra parte, si no peleamos, queridos compatriotas, la última batalla del deber, no entregamos ni rendimos tampoco las armas, ni menos descendemos del asta santa del porvenir nuestra noble bandera. Al contrario, pura, inmaculada y gloriosa la clavaremos en el más alto mástil de la historia, y no para dormir a su sombra el sueño del esclavo ni siquiera el del vencido, sino para custodiarla hasta que la hora llegue, para el adalid incansable y para el amigo que nunca volvió la espalda al amigo, de confiároslo de nuevo».

Y recordando su divisa—«libertad positiva, moralidad política, democracia práctica»—concluía con estas hermosas palabras: «Esa es la divisa que he seguido y que he puesto en

y animoso, Lorenzo Claro, Isidoro Errázuriz, Sánchez, Contreras y el que esto firma, para que allí el mandón de esa ciudad heroica hubiera saciado su apetito... Juan Valdívieso Amor y Anacleto Montt habrían ido a Casa Blanca; Federico Valdés, Félix Echeverría y Juan de Dios Morandé a Quillota; Lindor Castillo, Erasmo Oyaneder y Manuel Larraín Pérez a San Felipe; Juan Domingo Tagle, Guillermo Mackenna y Filómeno Cifuentes a los Andes; Manuel Guerrero, José Undurraga y Nemesio Vicuña a Melipilla; Carlos Undurraga, José Antonio Tagle Arrate a Illapel y Combarbalá; Hipólito Acevedo Alberto y Félix Mackenna y Tomás Paz a Rancagua; César Valdés y Eugenio Suárez a Caupolicán; Manuel Antonio Concha y Carlos Portales a Lontué; Ursicinio Opazo y Abelardo Núñez a Talca, y a los pueblos del sur del Maule una comisión de aliento y de defensa compuesta del ilustre general Venegas, de Daniel Espejo, Emeterio Letelier, el doctor don Francisco Mesa y Mateo Madariaga. Y así habría visto el señor Ministro Altamirano, si los sableadores que se aprontaban para romper los cráneos y hendir los pechos de los ciudadanos indefensos, habrían podido consumir impunemente sus cobardes órdenes».

obra sin excepción de un solo día durante mi vida entera. Por eso, al cerrar esta página de sacrificio, porque es de abstención en el combate, pero que es a la vez de gloria porque es de sometimiento al deber, puedo y debo todavía decir con alma levantada a aquellos de mis compatriotas que no me conocen, que me observen y juzguen. A los que me conocen que me sigan. A los que me aman, como yo os amo a vosotros, nobles y abnegados amigos de todas las horas de la lucha que hoy termina, que se agrupen en derredor, no de mi nombre, sino de nuestro programa común que desde hoy es ya vuestro y del país, a fin de que así cooperemos todos a la empresa santa de redención del pueblo chileno...»

Las elecciones presidenciales se llevaron a cabo al día siguiente en medio de la abstención general de los ciudadanos. Pareció aquel un día fúnebre en que los hombres libres sentían—como en otras jornadas no menos amargas y deshonrosas de nuestra historia—que era inevitable someterse al capricho de los que mandaban desde la Moneda, amparados, por encima de la ley, en la fuerza de las bayonetas y en el hábito de la servidumbre.

Durante las elecciones hubo, sin embargo, incidentes aislados. En San Felipe, por ejemplo, la fuerza de policía, mandada por el intendente, asesinó a un vicuñista. En numerosos puntos los partidarios de Vicuña intentaron organizar manifestaciones de protesta que fueron impedidas o disueltas. En muchas ciudades los electores suscribían espontáneamente actas en que se dejaba constancia de la indignación popular ante el crimen que cometía el oficialismo imperante.

Toda la prensa del país se hizo eco de la indignación pública. «El Mercurio» comentando el acto eleccionario en la provincia, decía: «Ayer Valparaíso ha recibido a brazos cruzados un nuevo bombardeo, pero esta vez contra la libertad» (257).

La abstención fué tan general en la República que, a pesar de los fraudes cometidos según práctica ordinaria en todas las mesas y de los miles de votos depositados por la policía a base de las calificaciones que ésta tenía archivadas—muchas de las

cuales correspondían a difuntos o a personajes imaginarios, siendo la mayor parte arrebatada como precio de su libertad a innúmeros ciudadanos—los comicios arrojaron cifras eloquentes. En la capital, verbigracia, *sobre 14,700 calificados aparecieron votando 4,800 electores* (258).

Así, proporcionalmente, ocurrió en todo el país, quedando electo don Aníbal Pinto para el período pseudo-constitucional que debía iniciarse el 18 de Septiembre de aquel año (259).

Leyendo la prensa de la época se puede observar la unánime reacción de la opinión nacional ante el inmenso fraude. Se había creado una pseudo-constitucionalidad de la que todos tenían conciencia clara. En adelante y hasta 1891 las palabras República y Democracia carecerían políticamente de sentido.

Examinemos los diarios más representativos.

«En el fondo,—decía «El Independiente» (Junio 23)—nuestro gobierno no es republicano sino monárquico electivo, en que el rey gobierna por cinco años y tiene de hecho la facultad de designar a su sucesor y de nombrar las mayorías de ambas cámaras. Bajo semejante régimen la influencia que tiene la opinión en la marcha de la política es bien pequeña, ya que sólo puede hacerse sentir por medio de unos cuantos representantes independientes introducidos en el congreso a despecho de la intervención...»

En vísperas de la comedia eleccionaria escribía el ilustre don Crescente Errázuriz en «El Estandarte Católico»: «Creemos firmemente que para encontrar algo semejante a lo que hemos

(258) Según estadística levantada en la secretaría de Vicuña Mackenna y que no fué objetada por el gobierno, a pesar de que éste, según hábito, aderezó más adelante actas y resultados fraudulentos, que recibieron la aprobación de la mayoría oficialista del Congreso, resultaron los siguientes totales en los comicios del 25 de Junio: *Ciudadanos calificados en todo el país: 79,684; votantes: 29,115; votos emitidos en favor del candidato oficial: 26,507 o sea el 30% del electorado*, contándose en ese 30% considerable número de calificaciones confiscadas por la policía o correspondientes a individuos de tropa, la que usó de ellos en favor del señor Pinto. Ello sin considerar los votos de la casi totalidad de los empleados públicos, sometidos a control oficial...

Tales fueron, *reducidos a cifras*, los resultados de las elecciones presidenciales de 1876.

Datos muy interesantes, que comprueban nuestras aserciones, pueden encontrarse en la prensa de la época. Véase el libro de Vicuña Mackenna: *El Partido Liberal Democrático*.

(259) Es curioso anotar que sobre 29,115 votantes, el candidato popular obtuvo 2,642 votos «en los departamentos donde no se dió fe o no alcanzó a llegar la orden de abstención».

visto, para encontrar una intervención más descarada, un despotismo eleccionario más sin freno, un desprecio y opresión mayor de la voluntad popular, sería menester echar la vista a alguna de esas épocas luctuosas por que suele atravesar una nación bajo la más vergonzosa tiranía. Habría sido extraña alucinación en un hombre político esperar que el día de mañana luciera para Chile con siquiera un rayo de libertad. A no retirarse de la arena el señor Vicuña, habríamos sido testigos de nuevos y numerosos crímenes y habríamos tenido, sin duda, que deplorar otras víctimas y más sangre derramada inútilmente en defensa del derecho del elector oprimido por las bayonetas y por el sinnúmero de agentes que el ejecutivo tiene repartidos en toda la república, no para atender a las necesidades del pueblo sino para ahogar la expresión de su voluntad». Y del candidato añadía este juicio: «Su actividad no ha tenido ejemplo y probablemente no será superada jamás entre nosotros; ha conseguido despertar de un confín a otro de la república ardientes y numerosas simpatías; se ha visto por todas partes aclamado y auxiliado poderosamente; ha manifestado cualidades sobresalientes de organizador al reunir y ordenar en cada departamento las dispersas huestes de partidarios que no tenían más lazos que su entusiasta simpatía. En una palabra, el señor Vicuña ha sabido despertar por doquiera el espíritu público y ha dado brillantes muestras de ser un grande organizador político» (260).

«El Mercurio», elogiando el propósito de abstenerse, como único medio de evitar sangrientos excesos, decía: «Es lo que han hecho, y por ello les debe el país eterno reconocimiento. Lo que es al señor Vicuña Mackenna, le debe más que eso:

(260) *El desistimiento del señor Vicuña Mackenna* («El Estandarte Católico» de 24 de Junio de 1876.)

En cuanto a las ideas de Vicuña, valorando su imparcialidad, decía el futuro metropolitano de Santiago, cuya voz fué escuchada con respeto por amigos y adversarios de su fe durante más de medio siglo: «Las merecidas alabanzas que acabamos de hacer del hombre que hoy se aparta voluntariamente de la lucha presidencial, son tanto más sinceras y desinteresadas cuanto que nosotros no hemos sido un momento partidarios de su candidatura». «El señor Vicuña, unido a los católicos en la defensa de los derechos del ciudadano, ha estado separado de ellos en el terreno religioso por haber acogido en su programa los falsos principios de liberalismo teológico que sus adversarios y los nuestros habían proclamado».

sincero amor, inestinguible entusiasmo, profunda admiración. Desde que Chile se organizó en República, el pueblo no ha tenido un adalid más animoso, más noble, más bien intencionado. Su cabeza, siendo volcánica, no ha sido la fragua de planes incendiarios. Al revés, en ella han tomado forma cuantos recursos puede inspirar una hermosa causa. Su palabra y su pluma no han hecho sino obedecerle en su digno propósito. A donde quiera que ha llevado su entusiasmo cívico, le han seguido los resplandores de su genio y de su alma». Y concluía el editorial en estos términos: «El señor Vicuña Mackenna no ha sido vencido en buena lid, sino inmolado por los que han dado muerte alevosa a la libertad del sufragio».

Tal era el tono general de la prensa de todo el país (261).

Antes de cerrar este capítulo cabe referir uno de los más altos razgos éticos de la vida de Vicuña Mackenna, desconocido hasta hoy por sus biógrafos y acaso por la inmensa mayoría de sus admiradores. Sobre él, por primera vez, vamos a levantar el velo de un largo silencio.

Semanas después de la elección y cuando se aproximaba el día en que debía expirar el mandato presidencial de Errázuriz, llegó a Vicuña una extraña petición de audiencia. Ciertos jefes militares solicitaban conversar con él reservadamente. Recibiéolos en su casa del Camino de Cintura (262), en su propio dormitorio. Era un grupo selecto, en que figuraban

(261) Es interesante reproducir el fragmento que sigue, del editorial de «La Patria» de 29 de Junio, pues versa sobre la labor realizada en unos pocos meses por el partido de Vicuña Mackenna: «Haber conmovido profundamente la opinión pública; haber interesado a los indiferentes, sacudido a los perezosos, alentado a los tímidos, movido a todos los espíritus; haber llevado a la acción todas las voluntades; haber organizado en todas partes las asambleas libres, en donde el pueblo piensa, delibera y ejecuta; haber echado en el país con mano segura y hábil las raíces del sistema puramente republicano; haber andado un largo y provechoso camino en las prácticas democráticas; haber conseguido reunir bajo una misma bandera a todos los individuos de honradez y de patriotismo que aspiraban sinceramente a la libertad; haber organizado sobre sólidas bases una nueva y poderosa entidad política; haber obligado al adversario a confesar ante el país que sólo la fuerza armada podía ya sostener a su elegido y a su política, y por último, haber dado el más alto ejemplo de orden, de desinterés, de cordura y de patriotismo, son títulos que podría presentar con orgullo a la consideración y al respeto de todos, un partido que contase por años las semanas que tiene de existencia el que ha sido en esta campaña el único defensor del derecho y de la libertad...»

(262) Actual avenida Vicuña Mackenna.

jefes de cuerpo y miembros altamente graduados que tendrían honrosa actuación en la guerra del Pacífico y alguno muy destacada en el período revolucionario de 1891. «Señor, le dijeron, ante la violación de la voluntad del pueblo perpetrada por S. E. el Presidente de la República en las últimas elecciones y consciente todo el ejército de que el elegido del pueblo es Ud., queremos manifestarle nuestro propósito de derrocar al gobierno y de colocarlo a Ud. en el sillón presidencial el próximo 18 de Septiembre, a fin de que se respete la voluntad del pueblo. Señor, hemos venido a ofrecerle nuestras espadas». Vicuña Mackenna respondió sin vacilar: «Amigos míos, desde el fondo del alma yo les agradezco este ofrecimiento, tan sincero como espontáneo, pero no puedo aceptarlo. Yo que repudio la intervención civil debo también condenar la intervención militar. Ningún gobierno impuesto por la fuerza de las armas puede ser grato al corazón del pueblo. Mi sacrificio y el de mis amigos es necesario, puesto que es un mal menor. Nosotros no podemos dar un mal ejemplo. La posteridad no nos lo perdonaría. Respetemos el poder constituido civilmente aún cuando su origen sea espúreo y luchemos dentro de la legalidad por evitar mañana la repetición de los errores y de los crímenes cometidos hoy. Así serviremos mejor a la patria y a la América» (263).

(263) En la habitación vecina se encontraba doña Victoria Subercaseaux, quien, sin quererlo, escuchó toda la conversación. Al imponerse su marido, luego que los visitantes se hubieron retirado, hizo que ella prometiese guardar absoluto silencio sobre el particular.

En veladas familiares oímos muchas veces de labios de doña Victoria el relato de aquella entrevista y hoy, al estamparlo con escrupuloso espíritu, en este libro estrictamente documental, creemos cumplir un deber guardando los nombres de aquellos dignos jefes, que alguna vez sorprendimos a labios que ya están sellados para siempre...

En carta a su amigo Mitre decía Vicuña Mackenna, a fines de 1875: «Por lo demás, Ud. sabe, mi buen amigo, que yo pertenezco a la escuela filosófica y patriótica de Ud. Si llego a ser el presidente de Chile será para continuar sacrificándome por su engrandecimiento, por su libertad y por su gloria. Si no lo soy, volveré, como Ud., tranquilamente a mis libros».

Y así lo hizo, terminada su campaña presidencial.

Consideremos, en rápida visión de conjunto, las empresas literarias que emprendiera desde su regreso a Chile en Octubre de 1871.

La labor de Vicuña en este orden se vió pronto mermada por sus trabajos administrativos de la Intendencia de Santiago y, más tarde, hasta fines de 1876, por las actividades de orden político. Desde esa época hasta comienzo de 1879 tuvo carácter de notable fecundidad. Y no fueron aquellos los frutos menos interesantes de su vida intelectual, ni los menos vigorosos, pues, a pesar de las múltiples inquietudes espirituales que atraían su atención hacia diferentes campos, había alcanzado su mentalidad el más completo desenvolvimiento. En 1872 comenzó la plenitud...

Examinemos la producción meramente histórica y literaria de aquel período.

El 19 de Diciembre de 1871, recién instalado después del largo viaje a Europa, dió en la Universidad de Chile una conferencia sobre la *Historia General* del jesuíta Rosales (264), relatando las incidencias de la valiosa adquisición del manuscrito de aquel insigne historiógrafo colonial, referida ya por nosotros, y haciendo un análisis crítico del mérito histórico, literario y documental de dicha obra.

Después de las vacaciones de 1872 asumió la dirección de Santiago. «En sus funciones edilicias—dice Donoso—no tiene Vicuña tiempo que dedicar a las letras: no piensa ni trabaja más que para la ciudad, no escribe ni redacta otras páginas que las que llevan la firma del funcionario». Así era la verdad. Empero se dió tiempo, en 1872, para publicar *Miscelánea*, en cuyos tres volúmenes se contienen muchos interesantes trabajos breves, discursos, artículos, algunas memorias, entre las cuales la consagrada al *Sitio de Chillón*, primera página salida de su pluma.

El segundo volumen de la *Historia de Valparaíso*, que no alcanzara a ser impreso antes de su último viaje, fué también dado a la estampa en 1872 (264 a).

Tres años más tarde reanudaba la producción histórica. Dice Donoso: «Su labor literaria en ese segundo semestre de 1876 es prodigiosa y se da el caso de publicar el mismo día dos artículos diversos en distintos periódicos».

Escribe, escribe...

Páginas dedicadas a la memoria de amigos idos, de antiguos compañeros literarios, de camaradas en las trincheras de la vida y en las batallas del ideal, siempre distante. Y pasan, por el lente del recuerdo, don Pedro Paz Soldán, el insigne peruano que le brindara en días de exilio la hospitalidad del techo bajo el cual compuso su *Ostracismo de O'Higgins*; Wenceslao Vial, el primer bombero de Santiago; el padre Moisés Picón... Y luego el almirante Blanco Encalada, en cuyo

(264) Véanse los *Anales de la Universidad de Chile*, primer semestre de 1872. La conferencia de Vicuña fué también publicada en el «Suplemento al Mercurio» de 20 de Diciembre de 1871.

(264 a) Tampoco abandonó las actividades políticas. Sus amigos de Talca lo llevaron a la Cámara de Diputados por el período 1873-76.

homenaje compone de un sólo tirón y sin acudir a mas ayuda que su memoria prodigiosa, una extensa biografía, un verdadero libro, que es reproducida por «casi toda la prensa nacional» (265).

En «La Estrella de Chile», que también imprimió la biografía de Blanco, dió a la publicidad un artículo de considerable interés histórico: *El anti-centenario de don Bernardo O Higgins. ¿1776 o 1780?* en el que fija el nacimiento del prócer en este último año. En Septiembre trazó las semblanzas de doce generales de Chile y entregó a la prensa «un extenso y admirable estudio sobre la caída de Robespierre» (266) y luego otro, titulado *Los girondinos chilenos*. Ambos a propósito de dos cuadros de Monvoisin que se exhibían en el Museo Histórico del Cerro Santa Lucía, destruído más tarde por acuerdo de algún cultísimo alcalde santiaguino...

En Octubre «El Ferrocarril» daba a conocer sus recuerdos del estado de sitio de 1850, amena página en que ponía de relieve la hermosa figura apóstólica de Francisco Bilbao. Y «El Mercurio» componía en sus columnas *Un duelo a muerte en Valparaíso* en que «con seductora animación refería las incidencias del duelo del visconde de Espinville con M. de Sallard...» (266). Otros dos artículos suyos—*Pascual de Castro* y *La Inglaterra del Pacífico*—pertenecen a la cosecha de Octubre.

Su informe a la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile sobre la *Historia de la literatura colonial de Chile*, escrita por don José Toribio Medina, discípulo suyo que comenzaba a adquirir nombradía por esos años, fué insertado en «El Independiente» con el título de *Los cuatro poemas épicos de Chile*. En él discurría Vicuña Mackenna sobre el valor histo-

(265) *El teniente general don Manuel Blanco Encalada* fué publicado por primera vez en «El Ferrocarril», ediciones de 6 y 7 de Septiembre de 1876. Lo reprodujeron «El Independiente», «El Mercurio», «La Patria» y «La Estrella de Chile» (tomo XI). Fué incluido en el tomo I de las *Relaciones históricas*. Existen dos ediciones en volumen separado: la de la *Revista Chilena* (Santiago, 1917) y la de la *Editorial América* (Madrid, 1917).

(266) Donoso, obra citada.

riográfico de los escritos por Ercilla, Oña, Alvarez de Toledo y Juan de Mendoza. (266 a)

«En esos días—apunta Donoso en su tan citado libro—no da don Benjamín muestras de conocer la fatiga. Su actividad literaria es prodigiosa. Escribe en *El Mercurio*, *El Ferrocarril*, *El Independiente* y *La Estrella de Chile*, mientras *La Patria* y *El Estandarte Católico* reproducen jubilosos sus encantadoras y donosas páginas. Es el escritor más popular de sus días: sus crónicas interesan a todos, se hacen leer con apasionada afición por eruditos y por ignorantes».

Y siguen los títulos: *Una casi guerra entre la Inglaterra Chica y la Inglaterra Grande. Como un sargento de artillería contribuyó poderosamente al reconocimiento de la independencia de Chile por la Gran Bretaña* («El Mercurio»); *El Déan Alcázar*, biografía («El Mercurio del Vapor»); *La calle de las Monjitas de la ciudad de Santiago* y *El barrio de los Presidentes* («El Ferrocarril» (267); *El capitán Paddock y sus víctimas en Valparaíso* («El Mercurio»).

Las historias de piratas le atraían. Una, con delicioso sabor novelesco, fué insertada en el diario decano, edición del 19 de Diciembre de 1876, bajo este título sugestivo: *El primer corsario chileno*.

En ese mismo mes y con motivo de estar próxima a inaugurarse la estatua que a iniciativa suya erigiera Santiago en memoria de su fundador, trazó un estudio, «a base de documentos inéditos», sobre *La última campaña de don Pedro de Valdivia y su muerte*, y luego otros de no menor interés: *Pedro de Valdivia y su viaje al Perú, o sea una pesca de oro en la rada de Valparaíso* (268); *Pedro de Valdivia*, reseña popular de su vida (269) y *La conjuración de Pedro Sancho de la Hoz* (270).

(266 a) Vicuña Mackenna descubrió los valores que encerraba la recia personalidad del ilustre polígrafo Medina, cuya obra, andando los años, honraría la producción intelectual de América. Vicuña consideró siempre al investigador de la imprenta y de la adquisición en el Continente colombino como su mejor y más dilecto discípulo.

(267) Ambas crónicas fueron incluidas en las *Relaciones Históricas*.

(268) Todos ellos fueron publicados en «El Mercurio» e incluidos en las *Relaciones Históricas*, tomo I.

(269) Fué publicado en el Suplemento al «Ferrocarril» de 24 de Diciembre de 1876 e incluido en el tomo I de las *Relaciones Históricas*.

(270) Publicado en «El Independiente». Id. *Relaciones Históricas*, I.

A términos de aquel año 76, que su campaña presidencial hizo memorable en la historia política de Chile y que había constituido uno de los períodos de más asombroso actividad en la vida del grande hombre, dió éste a la estampa un nuevo estudio, impreso en volumen en la imprenta de la Librería del Mercurio: *Lautaro y sus tres campañas contra Santiago*. En él narra, a la luz de documentos nuevos y con la amabilidad habitual a todos sus escritos, las campañas de aquél en los años de 1553 a 1557. La silueta del insigne guerrero araucano aparecía en acuse de vigoroso relieve, esculpida sobre el fondo épico de esa raza cantada por Ercilla en los más armoniosos versos de la lengua y por Vicuña Mackenna en algunas de las más vivas páginas de la historiografía americana.

El año 77 se inició con un estudio acerca de los inventos de Wheelwright que insertó «El Mercurio» el día 6 de Enero bajo el nombre de *Los precursores del mar*.

En aquellos mismos días entró en relaciones con don Rafael Jover, que debía ser el editor de casi toda su obra futura. Hombre de disciplinas modernas, de talento nada común, Jover establecería agencias en distintas ciudades de América, especialmente en Lima y Buenos Aires, con propósito de dar mayor difusión a las producciones de Vicuña que salieran de sus talleres de imprenta.

En ese mes de Enero—el día 21—«El Ferrocarril» comenzó la publicación de *La Quintrala*, título que ocuparía, en punto de circulación, uno de los primeros lugares de la bibliografía de su autor. Estudiábase allí la vida de aquella extraña mujer que fué doña Catalina de los Ríos y Lisperguer, relatándose sus morbosas crueldades y los crímenes que llenaron de pavor al Santiago del siglo XVII, dejando huella en la leyenda popular que suponía a la protagonista suspendida de un cabello sobre los infiernos. La silueta de la Quintrala—interesantísimo caso médico-patológico—cobra relieve singular a través de la pluma de Vicuña Mackenna. «La biografía de doña Catalina, escribe el señor Donoso, ocupaba una mitad del volumen, mientras el resto estaba consagrado sólo a informaciones genealógicas. Pero por su interés dramático y por su jugosa documentación, así como por la novedad del tema

desarrollado que era Vicuña el primero en desflorar; *Los Lisperguer y la Quintrala* es una de las más originales monografías con que cuenta nuestra literatura histórica». Despertó en verdad, como pocos libros de los aparecidos en Chile, la curiosidad pública y cabe decir que con posterioridad se han hecho numerosas ediciones, entre las cuales la de Becerra y la de «Editorial Cultura» (1932).

Abundantes artículos vieron la luz en ese año 77, debiendo citarse el consagrado a la memoria de don Guillermo Délano y otro a la de uno de sus más decididos partidarios políticos en las jornadas de 1875 y 76, el general don José Vicente Venegas, fallecido en Diciembre.

Sostuvo, también, una campaña de prensa para salvar la vida de Miguel Triviños, condenado a muerte por homicidio, y en favor del cual ejerció toda la influencia que fué posible, chocando, como debía acontecerle a menudo en adelante, con la silenciosa y enconada oposición del nuevo Presidente.

Pero entre sus actividades literarias de aquel año, merece destacarse con relieve especialísimo la publicación de la *Historia de Chile* de Diego Rosales, cuyo manuscrito comprara a Salvá durante su último viaje a Europa. En edición cuidada y elegante, con estudio preliminar y numerosas notas originales de Vicuña apareció el primer volumen, siguiéndolo oportunamente los dos que la completan (271). Donoso, rememorando los sacrificios que significaba para aquél la publicación de esa obra monumental, dice con justicia que «Nunca se elogiara tal vez lo suficiente la entusiasta dedicación de Vicuña Mackenna a las empresas literarias...»

Otras obras originales aparecieron el 77. Entre ellas *De Valparaíso a Santiago*, en la cual se contienen páginas de sabor delicioso, verdadero almacén de recuerdos y noticias. Es una suerte de guía que acompaña al viajero en su ruta del puerto a la capital, diciéndole, a medida que sus ojos se adentran en el paisaje, cuanto ocurrió en esos sitios digno de memoria. El pasado desfila, animado por el mágico soplo de aquel evocador

(271) En Abril había publicado Vicuña un pliego espécimen que la prensa chilena «acogió con jubiloso entusiasmo».

incomparable y es todo un derroche de ingenio, de gracia delicada, de poética inspiración. Dos ediciones se conocen de este trabajo, de las cuales la segunda fué impresa por F. A. Brockhaus en Leipzig, conteniendo la primera numerosas láminas grabadas sobre madera en París (272).

Siguió su *Ensayo Histórico sobre el clima de Chile*, nutrido volumen de casi quinientas páginas en que realiza un notable estudio de geografía física que abarca desde los tiempos prehistóricos hasta el año de su publicación.

Los médicos de antaño en el reino de Chile, «uno de los más curiosos y seductores escritos del infatigable polígrafo» (266), vió la luz a continuación. En él estudiaba Vicuña la marcha de la medicina y el lento progreso hospitalario durante los años del coloniaje. Dice Donoso: «Antes que una indigesta elucubración científica atiborrada de suficiencia y pedantería, compuso don Benjamín un recocijado cuadro de costumbres, revelador, pintoresco, lleno de observaciones intencionadas y peregrinas anotaciones». Y el distinguido biógrafo señala con acierto profundo, a propósito, las condiciones que acreditan a Vicuña Mackenna como «el más seductor y el más genial de nuestros escritores» (273).

Siguieron, en el orden cronológico que guarda la bibliografía vicuñista, el primer tomo de las *Relaciones Históricas*, cuyos dos volúmenes contienen, en cerca de dos mil páginas, varios de sus estudios históricos breves publicados en la prensa nacional. Se trata en el primero del origen del nombre de Chile, de la batalla de Maipo, de las actividades desarrolladas con anterioridad a ésta por San Martín, de la cañada de Santiago, del crucero de la barca *Rosa de los Andes*, de la ciudad encantada de los Césares y su leyenda... Una visita a *La ciudad de los muertos* figura también en este volumen.

Cierto acontecimiento de importancia dió origen a otra de sus obras de ruido. Fué el motín estallado en Punta Arenas

(272) En el curso de sus páginas, Vicuña elogia al Presidente Montt que firmara el contrato de construcción de la línea, a Pérez su continuador, a don Enrique Meiggs, constructor y empresario, y por encima de todos ellos al «vigoroso y admirable trabajador chileno, a cuyo maravilloso empuje se debe lo mejor de la empresa» (Donoso).

(273) Donoso; obra citada, cap. XXXII.

en el mes de Noviembre de 1877 y cuyas escenas recordaban las de la trágica insurrección de José Miguel Cambiaso, ocurrida un cuarto de siglo antes. En *Cambiaso*, estudio pleno de fuerte dramatismo, se refiere no sólo aquel sangriento episodio que sacudiera la opinión pública en los días de su adolescencia, sino la historia de la colonia penal de Magallanes. «La crítica, dice el señor Donoso, acogió clamorosamente el nuevo libro de Vicuña: Rómulo Mandiola le consagró una serie de artículos en *El Estandarte Católico* y otro en *La Estrella de Chile* y don Augusto Orrego Luco le dedicó un extenso estudio en la *Revista Chilena*».

El año 78 fué también de considerable actividad literaria para Vicuña Mackenna, Desde los primeros días de Enero comenzó a escribir periódicamente en «El Ferrocarril», diario para el que tenía notoria importancia su colaboración «especial y personalísima, asentada sobre la base de la más amplia libertad» (266). Los meses del estío, que debían reservarle un bien ganado descanso, no serían sino de renovada actividad. «Refugiado en su apacible rincón de la calle Bohn, de Viña del Mar,—escribe Donoso—alejado de los círculos políticos, se entrega de lleno a sus labores de escritor con todo el ardor de su naturaleza excepcional».

Esa colaboración suya en diario que un día fuera adverso y los más le hiciera justicia, y al cual se sentía vinculado por viejos lazos de simpatía, fué notable bajo muchos aspectos. En sus columnas escribió, según costumbre, acerca de los tópicos más variados. He aquí, para juzgar de esa producción que se prolongó hasta fines de 1879, nerviosa, ágil, honda a menudo, interesante siempre, algunos títulos: *Los dramas de las calles de Santiago*; *La cabeza de Chopitea*, (episodio de la Independencia, en que se recordaba cómo un deudor de cierto comerciante español, llamado don Nicolás de Chopitea, se aprovechó de un motín popular para pedir la cabeza de éste, logrando, coreado por la masa, que el aludido no parara de correr hasta su villa natal en España); *Víctor Manuel de Saboya*; *Correspondencia de Viña del Mar*; *Pío Noveno* («Razgos sobre su vida a propósito de su muerte»); *El baile de la «Magicienne»*;

El general en jefe del ejército inglés en Oriente; La juventud y el proceso de Cambiaso; El oro de Catapilco («de Viña del Mar a Catapilco») (274); *Argentinos ilustres* («Reseña crítica de un libro de biografías»); *Los viejos de Chile; Manuel Rodríguez; Los grandes temporales de Valparaíso*; un artículo de recuerdos sobre el arzobispo Valdivieso, otro sobre Juan Morrissey, pugilista-senador; un tercero sobre la sublevación de los alumnos del Instituto Nacional en 1833; *La profecía de Eddisson; Lor John Russel y su tiempo; Juan María Gutiérrez* («Su vida y sus escritos, según documentos íntimos e inéditos»); *El paseo de Santa Lucía*, etc., etc., contándose varios artículos de crítica literaria en que se mostraba el más generoso espíritu de estímulo para los escritores jóvenes que iniciaban su carrera (275), crónicas diversas y artículos de índole histórica entre los que vale citar uno muy ameno acerca del matrimonio del general Viel en Chile (*Gloria, amor y virtud*), otros sobre el ex-presidente peruano don Manuel Pardo (276) y algunos muy importantes sobre Etnografía chilena («Breves indicaciones

(274) Vicuña, estando en Viña del Mar en los días de Semana Santa, hizo una excursión a caballo a las regiones en que corriera su infancia. Acompañado de reducida comitiva se detuvo en Quintero en la noche del jueves 18 de Abril y al día siguiente—viernes santo—arribó a Catapilco.

(275) Dice Donoso: «Tuvo, pues, sus ratos de crítico, mas no con la insufrible suficiencia del dómine, sino con la amable sonrisa que hacía de él el más seductor de los jueces».

(276) Cuando se supo en Santiago la noticia del asesinato del Presidente Pardo, ocurrido en Lima, compuso varios artículos sobre aquél, recordando su vida pública y la amistad que les uniera. De esta biografía, que fué americanista por su espíritu y reveladora del grande afecto que Vicuña sintió toda su vida por el Perú, se dió a la estampa un folleto en la Imprenta de la Librería del Mercurio.

La publicación de D. Manuel Pardo abrió de inmediato una viva polémica, pues el escritor colombiano Justiniano de Zubiria negó las condiciones de político y de mandatario atribuidas por Vicuña a Pardo. Intervino el doctor Augusto Orrego Luco, cambiando interesantes cartas con Vicuña Mackenna, y luego el almirante Miguel Grau, que había de hacerse célebre por su heroica conducta en la guerra próxima. La polémica trascendió a Lima con rapidez, provocando comentarios diversos.

Uno de los argumentos que más se esgrimieron en contra de Pardo fué el de su enemiga a Chile, contrariamente a lo que Vicuña suponía. La sombra del tratado secreto perú-boliviano de 1873 parecía flotar...

Vicuña se resistía a aceptar como verídica la conducta anti-americanista que se atribuía con harta razón al mandatario peruano, y compuso otro estudio extenso:—*La justificación del ex-presidente del Perú don Manuel Pardo*—en que procuraba refutar los argumentos de sus contendores.

Contestó en nuevos artículos el señor Zubiria.

De allí a poco se produjo la crisis internacional que precedió al estallido de la guerra del Pacífico, siendo reconocida la existencia del famoso tratado secreto firmado durante la administración Pardo. Vicuña Mackenna renunció inmediatamente al título de miem-

prácticas de cómo ha ido formándose la actual sociabilidad chilena por el contingente de las razas europeas y especialmente de la céltico-vascongada» (277).

Muchos de los escritos de Vicuña en «El Ferrocarril» formaron cuerpo aparte, siendo recogidos en volumen con ocasión del Centenario de su nacimiento por el distinguido historiador y vicuñista don Roberto Hernández. Fueron ellos los consagrados a *Algunos proverbios, refranes, motes y dichos nacionales* (278) y los que se refieren a materias económicas y que fueron titulados por su autor *Terra Ignota, o sea viaje del país de la crisis al mundo de las maravillas*. Acerca de este último, que dió origen a una muy interesante polémica con el economista chileno don Zorobabel Rodríguez, nos referiremos con detenimiento en el próximo capítulo.

En el mismo diario consagró Vicuña Mackenna diversos artículos a la memoria de San Martín con motivo de su centenario. En ellos—*El capitán general de Chile don José de San Martín* («Reseña popular de su carrera»); *Alcance a las cuentas del gran capitán* («Tres cartas inéditas del general San Martín sobre su vida y pobrezas en Europa» (279)—mostraba

bro honorario de la Universidad de San Marcos que le fuera otorgado meses antes. En su nota al decano de aquélla, fechada el 15 de Abril de 1879, hizo retractación pública de los generosos conceptos que le mereciera el autor del tratado: «Hecho tan doloroso y culpable ante el derecho común de las naciones arroja un negro velo sobre ese pasado de lealtad; y en presencia de una conjuración clandestina, que era y es por sí sola un ultraje sangriento a la probidad de mi país y a la buena fe de todas las naciones americanas, retiro como chileno y como americano, por mi libre albedrío y deliberación, todo lo que en elogio y alabanza de don Manuel Pardo dije en su calidad de mandatario americano y de amigo de Chile y de los chilenos».

El señor Donoso ha consagrado el capítulo XXXIV de su obra a estudiar este curioso episodio de la vida de Vicuña.

(277) Conviene recordar esta frase de Vicuña Mackenna en la *Historia de Santiago*: «Si ha existido en la faz de la tierra algo de necio, de extravagante y de absurdo es sin duda el estudio de la heráldica y de las genealogías de familia en cuanto se tiene en mira el color de la sangre y de la piel, el orgullo de abolengos fundados sólo en pergaminos comprados por dinero, o lo que es más odioso que ridículo, en la separación de rangos consignada en las leyes y en los actos de la vida pública. Pero como un factor auxiliar de la etnología humana el árbol genealógico de una ciudad o de una nación puede conducirnos a establecer cierto género de hechos de la mayor importancia histórica, social y política por consecuencia».

(278) Talleres Gráficos Salecianos, 1931.

(279) Réplica a un artículo publicado por Mitre en Buenos Aires: «Las cuentas del gran capitán». El artículo de Vicuña provocó una polémica con don Manuel Blanco Cuartín.

una vez más su ardiente simpatía hacia el prócer argentino.

Aún deben citarse sus artículos en memoria del colombista Francisco A. Varnhagen y de don José Santos Ossa. Acerca de este digno ciudadano, pionero de la riqueza minera, explorador infatigable del desierto y Presidente de la Junta Directiva del Partido Liberal Democrático en 1876, unido a Vicuña por lazos de afección sincerísima, cabe recordar como mérito más saliente su intento de hacer la edición de las Obras Completas del gran escritor, para lo cual se puso de acuerdo con la casa editora Abel Pilón y Cía., de París (280).

En Julio del 78 (281) salió a la circulación el segundo volumen de las Relaciones Históricas. En él figuraban: *Los hogares y las calles de Santiago*; *La matanza de San Luis*; *La conspiración del tabaco en Santiago*; *Los pañales de la marina nacional*, interesante estudio hecho a base de la correspondencia oficial del almirante Blanco Encalada con el gobierno chileno, y *El crimen de Curicó y su proceso ante la historia* en que utiliza el proceso original cuya documentación justificaba de modo pleno la acusación que hiciera a Irisarri en *Don Diego Portales*.

Juan María Gutiérrez «Ensayo sobre su vida y sus escritos conforme a documentos enteramente inéditos» apareció en seguida, en volumen de doscientas páginas editadas por Jover. Acerca de esta biografía del reputado escritor argentino, escrita con afecto, sin por ello silenciar justificados reparos, dice Donoso que «su personalidad aparece con el relieve que realmente

(280) Véase *Obras Completas de don Benjamín Vicuña Mackenna*, folleto-prospecto editado en la Imprenta del Mercurio, en Santiago, con una introducción de P. Moliné, agente de la casa Pilón y Cía. (1876, 20 págs. en 16°.) El proyecto, para cuya realización suscribió el señor Ossa una gruesa suma, comprendía la edición de cuarenta volúmenes en cuarto, distribuidos en cinco series.

Ese proyecto y el que iniciaran después de la muerte de Vicuña los ciudadanos más eminentes de Chile, encabezados por Lastarria y Barros Arana, no alcanzaron cooperación económica fiscal, que en aquellos años era indispensable.

La edición nacional de las obras completas del máximo historiador americano aguarda aún su hora. La Universidad de Chile se encargará probablemente de llenar esta vasta misión cultural cuya importancia ha sido ya señalada por el eminente profesor Galdames y el reputado crítico Armando Donoso.

(281) Vale antes citar una crónica de sus recuerdos de dos viajes al país del Quijote, que con el título de *En la Mancha* fué publicada en el libro «Aniversario de la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra», compuesto por los cervantistas de Chile.

tuvo y su labor comprendida en sus exactas proyecciones».

Entre tiempo y en medio de tan copiosa producción escribe—en «La Estrella de Chile»—un artículo sobre *La journée de dupes*, y otro destinado a recordar a don Claudio Gay, a propósito de cierta biografía del ilustre sabio publicada en Francia.

La labor de Vicuña Mackenna parecía alcanzar ya contornos ilimitados.

Y las prensas, infatigables como su cerebro, lanzaron pronto la *Historia de la Jornada del 20 de Abril de 1851* («Una batalla en las calles de Santiago»). En este libro en que su autor traza «un cuadro admirable en su factura literaria, ecuánime y justiciero en sus opiniones, exacto y sólido en sus conclusiones» (266), Vicuña, levantándose con generoso espíritu sobre las persecuciones que sufriera en otro tiempo, juzga aquella dramática revolución de Urriola en que él fuera actor y a cuyas escenas dedicamos algunas páginas del presente libro. El de Vicuña es de mérito tan sobresaliente que el señor Donoso, cuyo juicio se muestra siempre ponderado, encuentra en él «uno de los más sólidos pilares en que se asienta el prestigio de nuestro genial escritor» (266).

Antes de poner término a este capítulo debemos recordar un artículo de Vicuña Mackenna sobre el libro de don Gonzalo Bulnes «Historia de la Campaña del Perú en 1838» porque en él se muestra, una vez más, su espíritu americanista, ese mismo espíritu que en lo grande impulsó sus actividades como Agente Confidencial de Chile en Estados Unidos o aquellas de la Sociedad de Unión Americana, y en lo pequeño le hicieron trazar apasionada apología del presidente peruano Manuel Pardo. En el artículo mencionado se preguntaba Vicuña si la guerra en contra de la Confederación Perú - Boliviana había sido nefasta a los intereses de Chile y respondía en forma afirmativa y rotunda, dándole a aquélla carácter de guerra comercial a que el espíritu de Portales—que hoy llamaríamos imperialista—empujó, sin que significase ningún peligro efectivo para el desenvolvimiento nacional la unión de pueblos que bajo el coloniaje tuvieran tan estrechos vínculos. Y anotando los resultados, dice textualmente: «Privamos al país du-

rante tres largos años de todas sus libertades políticas y civiles; levantamos el patíbulo político en Curicó; dimos lugar al siniestro motín de Quillota; despoblamos nuestros campos de sus mejores brazos en la época de las mieses; llevamos a morir por el plomo y por las fiebres tres mil de nuestros compatriotas, el pacto de Paucarpata y el hecho de atizar la hoguera de la interminable y feroz lucha fratricida en el Perú. . » (282).

Cabe, pues, reconocer que cuando los acontecimientos impulsaron a Vicuña, meses más tarde, a erigirse en el conductor moral de su patria invadida por extranjero imperalismo, a constituirse en el apóstol de sus soldados y de sus mártires y más tarde en el cantor de sus glorias épicas, no podía acusársele de no haber sido, antes y después del período bélico, el más americanista de los conductores americanos del siglo XIX (283).

El hombre que supo consagrar hondo, apasionado amor a la tierra en que naciera, sintió siempre integralmente la ciudadanía y el amor de la gran patria americana.

(282) Donoso: obra citada, cap. XXXIII.

Es de interés anotar el proyecto que tuvo Vicuña de publicar un diario que con el título de *La Nación Chilena* editaría Rafael Jover. Debió aparecer el 1.º de Abril de 1879, ignorándose las causas que impidieron la realización de tan importante idea. Tal vez nació de allí la de *El Nuevo Ferrocarril*, que fuera órgano semi-oficial de Vicuña Mackenna durante la guerra del Pacífico.

(283) Tal es la opinión sustentada por el ilustre sabio y hombre de letras boliviano don Gabriel René-Moreno. Difícil, ciertamente, sería encontrar testimonio más alto e imparcial y para apreciarlo mejor conviene tener presente que René-Moreno emitía su juicio sobre el americanismo de Vicuña casi a raíz de haberse terminado la guerra del Pacífico, cuando los odios nacionalistas estaban aún frescos y las espadas tintas todavía en sangre de americanos.

L X I

Conviene justipreciar otros aspectos.

¿Cuáles fueron las ideas económicas de Vicuña Mackenna?

Su concepto era profundamente realista. Dada la evolución económica del país y del continente americano en general, sin olvido de las experiencias yankees que seguía con atención minuciosa, estimaba necesario combinar por manera ecléptica el proteccionismo y el libre cambio. No creía que las doctrinas de la escuela de Courcelle Seneuil podían tener valor infalible, consistencia de dogma. Su profundo sentido de la política—qué es, en último extremo, el arte de lo posible—lo llevaban a preconizar una sabia armonización de los opuestos principios económicos. Era menester proteger las industrias nacientes, favorecer la agricultura y la minería, pero teniendo siempre presente la necesidad de considerar la producción de los otros países americanos y la utilidad de fomentar un intercambio que propendiese al progreso general de todos. Consideraba anti-económico proteger aquellas industrias que no estaban llamadas a tener vida propia, o cuyo costo siendo excesivo tendería a encarecer la vida del pueblo, o bien las que oponiéndose a productos similares de otros países americanos cerrasen a las fuentes del comercio nacional mercados que era indispensable mantener abiertos.

En una palabra, su doctrina y su política económicas eran las del progreso contenido en el marco severo de la realidad. No aceptaba que se hicieran experimentos con el estómago

del proletariado y por eso perseguía las direcciones más sanas de la economía capitalista, que era la única que podía prevalecer en el siglo XIX.

En la memorable polémica que sostuvo con don Zorobabel Rodríguez (284) quedaron de manifiesto sus principios económicos. Rodríguez, ardiente partidario del libre cambio, no concebía que se pudiese acudir a otro sistema económico con esperanza de éxito. Vicuña replicaba exponiendo sabiamente la necesidad de adaptar a la realidad chilena y americana lo que en uno y otro hubiese de mejor y de más oportuno. «Nó, mi estimado amigo, le decía. Nó, vuelvo a repetirlo, no hay nada tan absoluto, ni tan inflexible, como Ud. pretende, por adoración de discípulo, en la ciencia económica, como no lo hay en la ciencia política, y es preciso aceptar en su aplicación la teoría de las dosis, de las razas, de las configuraciones geográficas, de las posibilidades astronómicas del terreno que habitamos...»

En la primera de las cartas de Vicuña Mackenna hay un admirable análisis—enteramente enmarcado en la doctrina del materialismo histórico—acerca de la Independencia en Chile y de sus causas económicas. «Porque tengo para mí, y algún día he de probarlo,—escribe—que la revolución de la independencia de Chile, como en Buenos Aires, fué más bien una revolución de comercio, una rebelión de mercaderes oprimidos como los flamencos del duque de Alba en los Países Bajos, que no un trastorno social y político debido al

(284) A propósito de las publicaciones que con el título de *Terra Ignota* hiciera Vicuña Mackenna, don Zorobabel Rodríguez, ardiente sostenedor del libre cambio, redactó varios editoriales en «El Independiente», comentando las ideas sustentadas por Vicuña. Vieron ellos la luz en los días 29, 30 y 31 de Marzo y 2, 3, 4 y 5 de Abril de 1878.

Vicuña Mackenna replicó desde «El Ferrocarril», en dos artículos que aparecieron el 11 y 12 de Abril de aquel año, bajo el título de *Dos cartas al señor Zorobabel Rodríguez. Protección y libre cambio*.

Tanto estos artículos como los editoriales de Rodríguez han sido recogidos por don Roberto Hernández en la edición que como contribución al Centenario hizo de *Terra Ignota*.

Véase *Terra Ignota, o sea viaje del país de la crisis al mundo de las maravillas* (Simples notas a vuelo de ave sobre California, los Estados de la «Nueva América» y la Australia—vía Japón y la China,—según el itinerario del viajero chileno don José Sergio Ossa en 1874-76). Valparaíso, 1930.

prestigio y aguijón de las ideas de la revolución francesa, como hasta aquí unánimemente se ha creído». Por el escasísimo influjo «que tales ideas ejercen hoy mismo entre nosotros, estando al habla instantáneamente con la Europa desde nuestra almohada, podrá valorizarse aquél que Robespierre o Marat pudieron ejercer en el beato y callado Santiago, cuando el «cajón del rey» (285) llegaba una vez por año, y lo llevaban en una mula aparejada y tirada por el cabestro a la capital, con un centenar o dos de cartas y una o dos docenas de gacetas. Y por esto también, para nosotros al menos, el núcleo de la grave mudanza de 1810, no estuvo en el *Cabildo* sino en el *Consulado* (286), en cuya sala precisamente se proclamó la independencia, ni fueron Robespierre ni Napoleón las causas eficientes del trastorno, sino la cayana rota de la Casa de Moneda en que se cobraba el quinto, es decir el veinte por ciento del oro, y el estanco del tabaco en la *Trezena*, en que se pagaba el doscientos por ciento del humo».

Su *Terra Ignota* es un magistral estudio en el cual, con los ojos del alma puestos en la tierra nativa, Vicuña va analizando las actividades económicas y el progreso de los norteamericanos en California. El clima de ambas regiones se parece y de ahí la utilidad de comparar, examinando a fondo un proceso económico cuya experiencia no podía dejar de ser interesante para los chilenos. Escrito con aquel estilo suyo de tan mágica amenidad—que por boca de biógrafos y críticos hemos debido elogiar reiteradas veces—en él estudia su autor todas las peculiaridades de California, estableciendo paralelos con Chile. Hay ahí capítulos sobre la agricultura, la viticultura, la irrigación, la mecánica aplicada a la producción del trigo (año 1878), las diversas industrias y un acabado análisis de la escuela económica de Courcelle Seneuil en Chile.

Pretendía Vicuña Mackenna estimular el ánimo tardo y rutinario de los chilenos, su falta de espíritu de empresa, e

(285) Único correo con el exterior durante el coloniaje.

(286) Tribunal de Comercio bajo el coloniaje; fué establecido en Santiago en el siglo XVIII.

insuflarles algunas de las virtudes que encaminaban al pueblo norteamericano al asombroso progreso que ha hecho de él la primera potencia económica del mundo. Acaso al trazar aquellas páginas llenas de honda visión pensaba que sería la suya, una vez más, prédica en el desierto. Pero no importaba. A los sembradores, a los hombres que crean porvenir no puede desanimarlos la hostilidad del ambiente en que actúan ni la miseria intelectual de sus adversarios. Los hombres que laboran con el lente de los horizontes puesto sobre los ojos, están revestidos de un heroísmo capaz de desafiar las derrotas y las persecuciones.

Terra Ignota es una obra plena de *trouvailles*, de aciertos sicológicos, de definiciones que sorprenden.

Veamos, al azar.

Dice de sus compatriotas: «De que los chilenos somos una raza laboriosa, asidua, sumisa de trasquila, sobria en todo, menos en la chicha, y además suficientemente aguantadora del agujijón, como los bueyes, nadie podrá negarlo sin hacerse reo de impostura contra la historia y contra la luz».

Chile «produce lo suyo caro y paga más caro por lo que le viene del extranjero. El país suda primero sobre la dura aunque no siempre ingrata tierra y en seguida suda sobre el fardo y el alquitrán de los ingleses, y en seguida sobre el mostrador de la dura caoba de los bancos...»

«Sube en Inglaterra un chelín el quintal de cobre y entonces se dice: «El país va a ser rico». Baja un chelín el trigo, y entonces nuestros hacendados que son los únicos industriales en Chile se ponen a llorar a gritos».

«No tenemos retornos valiosos, no tenemos artefactos, no tenemos lo que los ingleses llaman *barter*, es decir, el cambalache de artículos por artículos, que es la esencia del comercio y su riqueza, sino que estamos condenados a un eterno contrato leonino en que todo o casi todo lo que consumimos de fuera, incluso lo propio nuestro que ha salido para volver, lo pagamos a precio de oro: la diferencia de este precio forastero y el del producto indígena, esa es «la crisis».

«Chile, todo Chile, y especialmente la gran categoría social, política, administrativa, universal, continúa siendo como

en el coloniaje la cuna, el almacigo y el trono de los abogados.

«En Santiago, nadie quiere educar a sus hijos sino para abogados porque todos somos más o menos nietos o tataranietos de oidores o de sus curiales.

«En provincia nadie quiere ser tampoco sino abogado por imitar a Santiago o comerciante de trapos o abarrotos porque todos los pueblos de provincia que no enmuralló la conquista fueron fundados por mercaderes de vara, como Santiago fué amamantado desde su albor por áulicos de cuchilla o de toga.

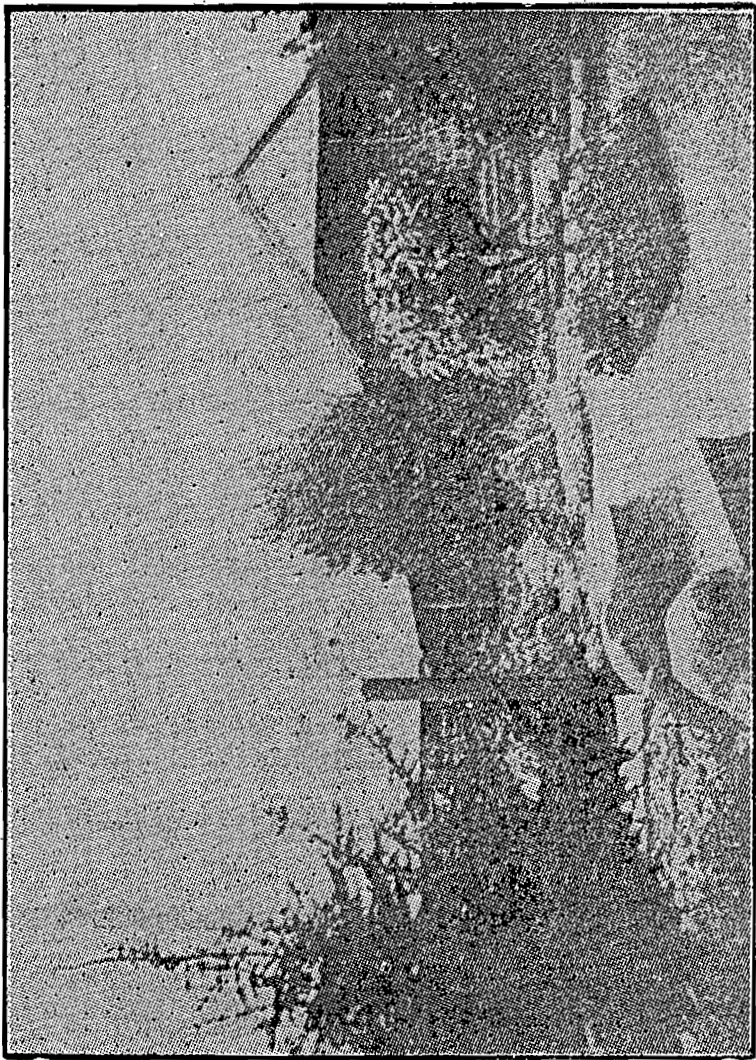
«Y así en este Chile que es «República» porque así dice su escudo de armas, el que no se mete tras un mostrador o no sube las escalinatas del foro, sólo siente una ambición incurable, profunda y antigua: la de ser empleado público, suprema, única y universal codicia de la colonia de la que somos los unos albaceas, los otros herederos y todos usufructuarios».

«En Chile el fisco es mirado por la muchedumbre sólo como un gran pan ásimo del cual todos apetecen un mordisco».

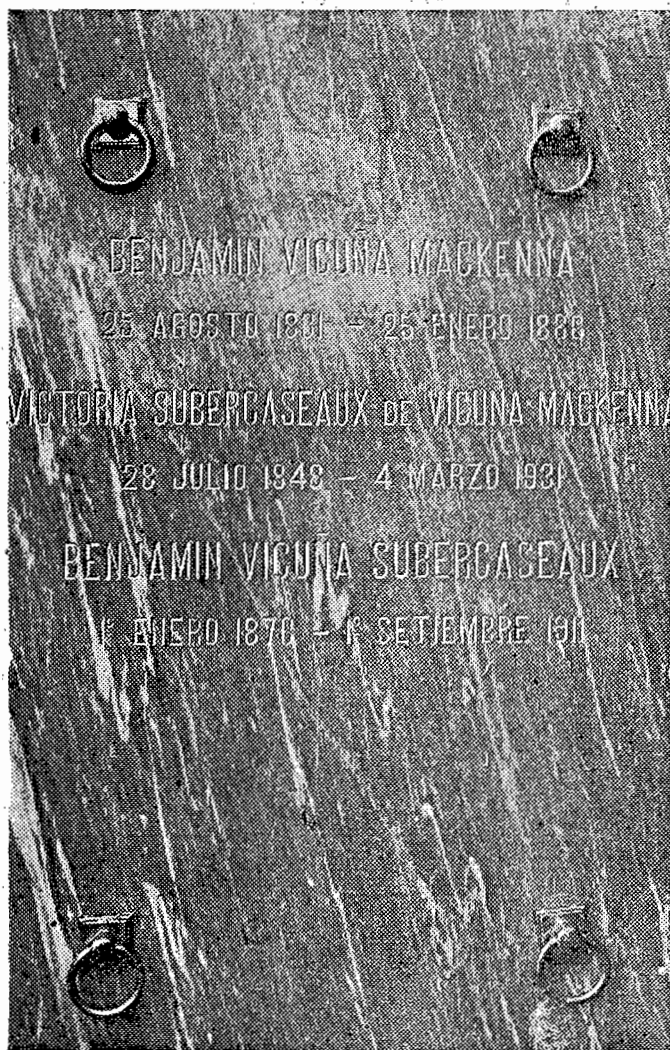
Y esta irónica acusación a la oligarquía, entonces dominante: «La última indicación económica que se ha hecho en el parlamento, no ha sido la (supresión) de las legaciones, la de los juzgados, la de las cátedras, pan de las clases que legislan, sino simplemente la supresión de la Escuela de Artes y Oficios, que siquiera forma a sus alumnos al calor de la hornaza y al ruido de la lima y del martillo sobre el yunque. Esperemos que se suprima en seguida la Sociedad Nacional de Agricultura como se suprimió hace un año su escuela popular, para convertirla en un instituto zootécnico al que pudieran asistir «los caballeros».

Vicuña Mackenna adivina el porvenir industrial de Chile y señala las razones económicas, raciales y geográficas que lo empujan por tales caminos, a la vez que constata el «ruinoso despotismo del capital y del ingenio extraño sobre la industria propia» (¡1878!).

Su visión interior lo advierte todo. ¿En qué se diferencian, *vervi gracia*, el chileno y el norteamericano? «Si se nos pidiera en efecto una definición comprensiva del americano del norte, tal cual se muestra en California, y en un sentido comparativo con el chileno, que es acaso tan trabajador y mucho



Casas de Santa Rosa de Colmo
(En ellas Vicuña Mackenna falleció el 25 de Enero de 1886).



Lápida tumbal en el sepulcro de Vicuña Mackenna

más sobrio que aquél, nos limitaríamos a decir que, la diferencia característica de unos y otros, como seres de industria y de trabajo, estriba en estos dos solos puntos esenciales: 1.º Que al californiense le gusta hacerlo todo por sí mismo; y 2.º Que el californiense nunca deja para el día siguiente lo que puede hacer en la hora presente; al paso que el chileno prefiere adquirir para su uso o su placer todo lo que le traen hecho de fuera y es siempre «hombre de mañana», es decir, de infinito y eterno aplazamiento. De lo que resulta que siempre llega alguien antes que él, y que para bastar a su consumo necesita agotar su propia producción barata y vulgar a fin de pagar con ella la que le traen, a precio de oro, de lejos y cuya materia prima ha ayudado a producir» (287).

La república del norte le inspira esta frase admirable: «¿Qué son los Estados Unidos? Una nación que está apostando carrera con el mundo».

Cuando toda la producción inédita del grande escritor esté reunida y publicadas sus obras completas, biógrafos y críticos encontrarán—en el terreno de las ideas y de los estudios económicos—muchas notables advertencias y no pocas lecciones profundas.

(287) En una página interesante subraya esas diferencias, contemplando el paisaje californiano que le fuera familiar en la época de su primer exilio. Escribe: «Pampas inmensas, verdegueando en la primavera y el invierno, amarillosas en el estío, pero sin un árbol, sin una casa de campo digna de ese nombre, sin un jardín, sin una flor, se suceden durante horas de monótona perspectiva, que interrumpen sólo de tarde en tarde, durante la cosecha, las columnas de humo de las máquinas trilladoras, que con idéntico ruido al de las devanaderas que antes aturdían nuestros valles sembrados del cáñamo, cruzan en todas direcciones la inmensurable campaña. Pero que importa esto al agricultor californiense...

«El ha ido a esa remota porción del mundo (1852) a recoger oro en polvo u oro en grano, que es el trigo. Y esto es todo lo que preocupa su actividad y su espíritu. En cuanto al regalo y la molicie, eso lo dejan de barato a la gloriosa raza latina que habita en las luminosas y soñolientas zonas del mediodía del mundo que nos es común».

L X I I

«la causa de la paz americana y del entendimiento cordial entre Chile y la Argentina reconoce en Vicuña Mackenna el más esforzado de los paladines y el más eficaz de los servidores».

RICARDO DONOSO: DON BENJAMIN VICUÑA MACKENNA. SU VIDA, SUS ESCRITOS Y SU TIEMPO.

Tócanos ahondar en otras actividades americanistas de Vicuña Mackenna, y no las de menos trascendencia en su vida: aquellas que dicen relación con el conflicto chileno-argentino que hizo crisis en 1878,

¿Sería aventurado afirmar que Vicuña evitó la guerra entre los antiguos aliados de la Independencia? Por lo menos parece razonable decir que nadie intervino y actuó de modo más eficaz para cimentar la paz con la confederación del Plata (288).

(288) Dice don Ricardo Donoso en un interesante estudio: «La paz americana debe a sus esfuerzos los más legítimos triunfos y los dos grandes hombres (Vicuña y Mitre) aparecen a través del tiempo como el mejor símbolo de lo que deben ser las relaciones chileno-argentinas, para la prosperidad de ambas naciones y para la felicidad de toda América».

Y en otra parte: «Mitre lo secundó en ellas (las gestiones del pacto Fierro-Sarratea) con la más patriótica discreción y con una lealtad a toda prueba».

Véase: Ricardo Donoso: *Una amistad de toda la vida: Vicuña Mackenna y Mitre*. Santiago, 1926.

Examinemos a grandes razgos los orígenes de un conflicto que a no mediar la intervención del Senador de Santiago en Chile y de Mitre en Argentina habría provocado tremenda y acaso fatal guerra en casi toda América. Más aún, con la no dudosa intervención de Bolivia y Perú—unidos por el tratado secreto de 1873—hubiera degenerado en catástrofe continental de incalculables y pavorosas consecuencias.

En 1843 el gobierno chileno fundó la colonia de Magallanes en tierras bañadas por el Estrecho. Cuatro años más tarde protestó Argentina por estimar que Punta Arenas—la hermosa ciudad de hoy, entonces modesto caserío—se hallaba en territorio de aquel país. Las dificultades derivadas se zanjaron en convenio internacional de 1856, aceptándose como deslinde el *uti-possidetis* de 1810 y aplazando la fijación de la línea provisoria hasta que fueran examinados los títulos de dominio, labor que se inició en 1872. Hubo peligro de crisis seria en 1877. Un año más tarde el conflicto alcanzó su punto álgido, resolviéndose—de modo consagrado más tarde por acuerdos de paz definitiva—con la firma del pacto Fierro-Sarratea de Diciembre de 1878, base este último del tratado de 1881. En 1896 fué sometida la controversia al arbitraje de la Reina de Inglaterra, cuyo laudo le puso término honroso. No obstante ello, en dos oportunidades—1898 y 1903—existió situación delicada en las relaciones de los países trasandinos. Pero las normas impresas por Vicuña Mackenna acabaron por imponerse.

En 1877 el ingeniero don Mateo Clark, que se encontraba en Buenos Aires gestionando el proyecto de ferrocarril chileno-argentino, se dirigió a Vicuña en telegrama de fecha 8 de Octubre: «Convencido que Ud. conoce mejor que nadie la situación, pienso que puede hacer algo para que termine, como corresponde. Encontraría aquí seguramente apoyo».

Vicuña Mackenna contestó: «Es imposible que esta cuestión dolorosa tenga otro resultado que el de un avenimiento fraternal y honroso para los dos pueblos». Y aludiendo a la noticia de haberse modificado el gabinete argentino con ministros afectos a Mitre, añadía: «Me congratulo formalmente de la unión de los partidos en ese noble pueblo y ruego a Ud.,

Examinemos a grandes razgos los orígenes de un conflicto que a no mediar la intervención del Senador de Santiago en Chile y de Mitre en Argentina habría provocado tremenda y acaso fatal guerra en casi toda América. Más aún, con la no dudosa intervención de Bolivia y Perú—unidos por el tratado secreto de 1873—hubiera degenerado en catástrofe continental de incalculables y pavorosas consecuencias.

En 1843 el gobierno chileno fundó la colonia de Magallanes en tierras bañadas por el Estrecho. Cuatro años más tarde protestó Argentina por estimar que Punta Arenas—la hermosa ciudad de hoy, entonces modesto caserío—se hallaba en territorio de aquel país. Las dificultades derivadas se zanjaron en convenio internacional de 1856, aceptándose como deslinde el *uti-possidetis* de 1810 y aplazando la fijación de la línea provisoria hasta que fueran examinados los títulos de dominio, labor que se inició en 1872. Hubo peligro de crisis seria en 1877. Un año más tarde el conflicto alcanzó su punto álgido, resolviéndose—de modo consagrado más tarde por acuerdos de paz definitiva—con la firma del pacto Fierro-Sarratea de Diciembre de 1878, base este último del tratado de 1881. En 1896 fué sometida la controversia al arbitraje de la Reina de Inglaterra, cuyo laudo le puso término honroso. No obstante ello, en dos oportunidades—1898 y 1903—existió situación delicada en las relaciones de los países trasandinos. Pero las normas impresas por Vicuña Mackenna acabaron por imponerse.

En 1877 el ingeniero don Mateo Clark, que se encontraba en Buenos Aires gestionando el proyecto de ferrocarril chileno-argentino, se dirigió a Vicuña en telegrama de fecha 8 de Octubre: «Convencido que Ud. conoce mejor que nadie la situación, pienso que puede hacer algo para que termine, como corresponde. Encontraría aquí seguramente apoyo».

Vicuña Mackenna contestó: «Es imposible que esta cuestión dolorosa tenga otro resultado que el de un avenimiento fraternal y honroso para los dos pueblos». Y aludiendo a la noticia de haberse modificado el gabinete argentino con ministros afectos a Mitre, añadía: «Me congratulo formalmente de la unión de los partidos en ese noble pueblo y ruego a Ud.,

si tiene para ello ocasión, lo manifieste a mi querido amigo el General Mitre, y al presidente Avellaneda».

En 11 de Octubre Clark telegrafaba a Vicuña: «General Mitre agradece sus felicitaciones y dice que Ud. es tan argentino como él chileno. Propónele arregle cuestión Patagonia y espera conteste Chile para decidirse».

El día 15 le expresaba Vicuña: «He sometido su último telegrama a quienes corresponde y confirmo a Ud. con mayor confianza todavía, mi primera respuesta. Espero que estas revelaciones sinceras, cordiales y casi espontáneas del alambre eléctrico, contribuirán en algo al pronto y feliz resultado que, como americanos, perseguimos».

Y en carta de 3 de Noviembre decía aún, a Clark: «por los diarios que le incluyo verá Ud. que cuanto hemos hecho ha producido aquí muy buen efecto y si la diplomacia, con sus torpes habilidades, no nos enreda, yo creo que ambos pueblos saldrán airosos de su empeño».

A mediados del año siguiente los actos de dominio en la región del Estrecho realizados por el gobierno de Pinto, reagravaron la cuestión. Don Mateo Clark, alarmado, telegrafaba a Vicuña Mackenna (Julio 13): «Presidente publica manifiesto. Reunióse Asamblea de notables. Háblase de retirar Legación en Santiago, cortando relaciones...» (289).

En verdad la situación se tornó extremadamente tensa. Hubo movimiento de barcos de guerra y acopio de armas en ambas partes. Discutíase agriamente la cuestión de la Patagonia y del Estrecho de Magallanes. En Argentina una fuerte corriente, encabezada por don Félix Frías, ex-ministro de su país ante la Moneda, quería la guerra, oponiéndose a ella don Bartolomé Mitre con sincero ardor pacifista. Pero la clave del problema estaba en Santiago. Por medio de personeros oficiales había que tentar medios de conciliación y para ello ¿a quién podían dirigirse con más esperanza de éxito que a Vicuña Mackenna? Comprendiéndolo así, Mitre telegrafió a don Ma-

(289) Véase el interesante y bien documentado libro del ingeniero Santiago Marín: *Los hermanos Clark*. Santiago, 1929.

si tiene para ello ocasión, lo manifieste a mi querido amigo el General Mitre, y al presidente Avellaneda».

En 11 de Octubre Clark telegrafaba a Vicuña: «General Mitre agradece sus felicitaciones y dice que Ud. es tan argentino como él chileno. Propónele arregle cuestión Patagonia y espera conteste Chile para decidirse».

El día 15 le expresaba Vicuña: «He sometido su último telegrama a quienes corresponde y confirmo a Ud. con mayor confianza todavía, mi primera respuesta. Espero que estas revelaciones sinceras, cordiales y casi espontáneas del alambre eléctrico, contribuirán en algo al pronto y feliz resultado que, como americanos, perseguimos».

Y en carta de 3 de Noviembre decía aún, a Clark: «por los diarios que le incluyo verá Ud. que cuanto hemos hecho ha producido aquí muy buen efecto y si la diplomacia, con sus torpes habilidades, no nos enreda, yo creo que ambos pueblos saldrán airosos de su empeño».

A mediados del año siguiente los actos de dominio en la región del Estrecho realizados por el gobierno de Pinto, reagravaron la cuestión. Don Mateo Clark, alarmado, telegrafaba a Vicuña Mackenna (Julio 13): «Presidente publica manifiesto. Reunióse Asamblea de notables. Háblase de retirar Legación en Santiago, cortando relaciones...» (289).

En verdad la situación se tornó extremadamente tensa. Hubo movimiento de barcos de guerra y acopio de armas en ambas partes. Discutíase agriamente la cuestión de la Patagonia y del Estrecho de Magallanes. En Argentina una fuerte corriente, encabezada por don Félix Frías, ex-ministro de su país ante la Moneda, quería la guerra, oponiéndose a ella don Bartolomé Mitre con sincero ardor pacifista. Pero la clave del problema estaba en Santiago. Por medio de personeros oficiales había que tentar medios de conciliación y para ello ¿a quién podían dirigirse con más esperanza de éxito que a Vicuña Mackenna? Comprendiéndolo así, Mitre telegrafió a don Ma-

(289) Véase el interesante y bien documentado libro del ingeniero Santiago Marín: *Los hermanos Clark*. Santiago, 1929.

riano E. de Sarratea, distinguido ciudadano argentino que tenía la representación de su país en Valparaíso.

Sarratea, vinculado por lazos de amistad con Vicuña, había ya, espontáneamente, pensado en solicitar la intervención del gran chileno y con fecha 28 de Octubre de 1878 le escribía desde el puerto: «Pero prescindiendo de la justicia o política de esos y otros actos de una u otra parte, yo me dirijo a Ud. y pregunto: ¿será posible que no haya medio decoroso de cortar el escándalo que nos amenaza? ¿Será posible que el patriotismo sereno y elevado y los bien entendidos intereses de dos países amigos, vecinos y aliados por recuerdos gloriosos, no encuentren medio de evitar el rompimiento que parece inminente? Inútil me parece asegurar a Ud. que yo con gusto emplearía mis fuerzas, el valimiento de mis relaciones de amistad, y en una palabra, que no omitiría sacrificio personal de ningún género, por alcanzar ese resultado; y conociendo como conozco sus ideas y sentimientos, no trepido en dirigirme al amigo y pedir se esfuerce y trabaje para librar a su patria y la mía de los males que las amenazan».

En carta del mismo día, solicitaba su consejo (290).

Vicuña, sin vacilar, envió las comunicaciones de Sarratea al Ministro de guerra, coronel Saavedra, diciéndole: «Yo no me atrevo siquiera a insinuar, en una situación tan espinosa y desde mi profundo retiro, un consejo. Pero ¿no cree Ud. que debería aceptarse el ofrecimiento de Sarratea y hacerlo venir por un comedido telegrama a Santiago *hoy mismo*?

Y a Sarratea, al día siguiente: «Mi querido amigo: Inmediatamente de recibir sus dos interesantes y nobles cartas, las he enviado al coronel Saavedra, Ministro de la Guerra, con la que le incluyo en copia y que revela todo mi pensamiento. De cualquier resultado le avisaré en el acto; y por cierto que no necesito decirle que participo en todo y por todo de sus sentimientos».

Púsose en campaña, habló uno a uno a sus amigos del

(290) En ella, (28 de Octubre), Sarratea le transcribía un telegrama de Mitre, recibido en Valparaíso. Decía el prócer argentino: «Opinión excitada y esperan. Todos deseamos paz, pero aceptamos situación que se nos haga. Comuniqué esto a Vicuña Mackenna; dígame que sus anteriores telegramas produjeron buen efecto, que me dirija algunas palabras autorizadas en bien y en honor de los dos países...»

Senado, preparó ambiente, tocando las campanas de la cordura y de la serenidad con el mismo ardor con que antes de mucho se vería obligado a tocar los clarines de guerra en el conflicto provocado por los aliados del Pacífico.

Sarratea escribió a Vicuña el 30 otra carta plena de alarma, acusando recibo a la noticia de sus gestiones, y el 31 le añadía: «Mis temores acrecen, y lo que dicen la prensa de ésta y Santiago y declaraciones oficiales que entiendo se han hecho, me dan el triste convencimiento, que el conflicto es inevitable y que dos pueblos hasta hoy amigos, vecinos y aliados, están en víspera de arruinarse y despedazarse».

Por esos mismos días y mientras Sarratea, siguiendo los consejos de Vicuña se trasladaba a Santiago, el internacionista argentino doctor Estanislao Zavallos escribía al prócer chileno (Buenos Aires, 7 de Noviembre): «Sé que Ud. no es partidario de la guerra. ¿No habría el medio de tentar un esfuerzo supremo para evitarla, dando al asunto una solución de amistad y decoro recíproco?».

Ese medio lo buscaban Vicuña y Sarratea. Este último, aconsejado secretamente por su amigo,—quien procuró actuar en forma absolutamente privada, en razón de sus interrumpidas relaciones políticas con Pinto—pudo entenderse con el gobierno de la Moneda, llegando a la aceptación y firma de los llamados pactos de Diciembre que sometían la disputa territorial al arbitraje, reconociéndose el dominio temporal de las zonas litigiosas por sus respectivos ocupantes.

Es curioso seguir, a través de la correspondencia de Sarratea, la marcha de las gestiones y el padrinazgo completo, si bien profundamente reservado, que éstas encontraron en Vicuña Mackenna. «Quisiera ir a ver a Ud.—le escribía el diplomático argentino el 4 de Noviembre—y leerle el telegrama que ayer tarde recibí del Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina, contestando al que yo le hice transmitiéndole bases para alejar todo motivo de conflicto y asegurar la pronta y amigable terminación de las enojosas cuestiones pendientes».

Efectuada ésa y otras reuniones privadas con Vicuña, le decía el 13 de aquel mes: «Hoy tengo la satisfacción de anun-

ciarle que nos acercamos al fin, y cuando llegue ese deseado momento, será a Ud. el primero a quien buscaré para darle un abrazo».

Y el 4 de Diciembre estas palabras que sonaban a gloria: «Querido amigo: La gran obra iniciada por su noble inspiración, toca a su término, y espero que el pacto será firmado pasado mañana».

Tres días más tarde Vicuña telegrafiaba a Mitre: «Ud. vé, mi amigo, que nuestra fé de cinco años en la paz no nos ha engañado. Nuestro amigo Sarratea ha trabajado con una constancia admirable, prestando un gran servicio a su patria, a la vez que a Chile, donde es justamente estimado. Lo felicito y felicito a todos los buenos argentinos».

Después de firmarse el pacto Fierro-Sarratea el 6 de Diciembre, el 7 el ministro de Guerra, don Cornelio Saavedra y el de Relaciones, señor Alejandro Fierro lo invitaron a la Moneda para informarle oficialmente de la negociación. Vicuña contestó a Saavedra excusándose, porque, conforme a su costumbre, deseaba reservarse entera libertad de acción dentro del parlamento, con lo que estimaba poder servir mejor al país. «Una conferencia oficial me debilitaría, ligándome; mientras que mi absoluta y vieja independencia me deja ancho y libre camino. Ante todo, la lealtad en este país en que ésta es tan escasa como el *Huemul* de nuestro escudo».

El Senado consideró el pacto en las sesiones de 11, 12 y 13 de Diciembre. En la segunda de ellas Vicuña hizo la defensa del histórico acuerdo en que le cabía participación tan considerable, pronunciando elocuente discurso. En dicha oración, cálida como todas las suyas, apoyándose en las opiniones del ilustre sabio británico Carlos Darwin (291) juzgaba la Patagonia como un territorio estéril y maldi-

(291) «La monotonía de la Patagonia—dice Darwin, citado en el discurso de Vicuña—es su carácter predominante. En todas partes los mismos raquíticos arbustos y los mismos insectos. La maldición de la esterilidad de la tierra parece transmitirse al agua. No hay nada que pueda vivir aún a orillas del estéril Santa Cruz, y baste decir que allí no se divisan siquiera aves acuáticas».

En su mencionado discurso, Vicuña Mackenna insistía en que ni siquiera tocaba «por incidencia la cuestión de derecho, que queda completamente intacta para nuestro país».

to. Ese error, tan altamente compartido, de haber sido apreciado a tiempo no hubiera modificado en modo alguno su criterio pacifista, siendo aún de creer que aparte de su extraordinario americanismo una profunda visión política da mayor fuerza a sus opiniones. Vicuña Mackenna, amigo apasionado de Argentina y de los argentinos—como del Perú antes y después de la guerra—pensaba que entre Chile y la República del Plata no cabían sino relaciones profundamente fraternales, pues todo—la historia, los sacrificios comunes, las afinidades espirituales y los intereses económicos—tendían a vincularnos.

El asunto quedaba sometido al fallo de árbitros. «Los árbitros de los pueblos—decía—son jueces supremos que se inspiran en la ley y en el interés común de las naciones y del mundo; su código es el derecho universal; su pauta de justicia es la conveniencia distributiva de todas las naciones a quienes ha tocado en suerte el reparto de la tierra».

Los árbitros sabrían hacer justicia. «Y bien, por la última vez lo decimos, en nombre de ese sentimiento y de ese interés cosmopolita que es el derecho de la humanidad puesto en acción, los futuros negociadores, cualesquiera que sean los árbitros, de donde quiera que vengan y en último término, el tercero que como juez supremo los últimos hubieren de nombrar, declararían en toda equidad, justicia, derecho y conveniencia recíproca, que el Estrecho de Magallanes no puede pertenecer en definitiva y eternamente sino a los que con justo título y nunca disputada buena fe fueron sus primeros ocupantes, a los que alumbraron sus aguas con los primeros faros; a los que señalaron sus derroteros a las naves de todo el universo con marcas flotantes; a los que han explotado en sus colonias el elemento más esencial de la navegación moderna; a los que han establecido los primeros salvamentos contra los naufragios y los caníbales; a los que han arrojado en dos ocasiones los mismos desastres y las mismas ruinas que iniciaran el descubrimiento y la primera ocupación de esos parajes; a los que abrieron siempre de hecho y de derecho sus puertas a la comunidad de todas las naciones...»

Con los resultados obtenidos, Vicuña mantenía una ac-

titud espiritual que fué la de su vida toda. Ya en su histórica carta a don Justo Arteaga Alemparte (292) exclamaba en 1874: «Y contemplada la cuestión bajo ese punto de vista, que es la ley, el derecho internacional, el código americano, en una palabra: ¿pueden las pasiones, el orgullo o una insensata ambición arrancar de la discusión tranquila, amistosa y bien intencionada de los representantes de la familia común, otra solución que la del avenimiento, la distribución justa de los retazos de la heredad yacente dejados de común acuerdo para una adjudicación posterior?»

Los pactos de Diciembre fueron acogidos con frialdad en los dos países, pues los ánimos estaban fuertemente caldeados. Así no faltó quien calificase a Vicuña Mackenna de argentino y aún de *argentinísimo*. Sus amigos políticos del Partido Liberal Democrático de Valparaíso le pidieron explicase lo concerniente al acuerdo internacional. «El país y la prensa—le decían en comunicación de 17 de Enero de 1879—lo han considerado a Ud. como el iniciador y defensor más entusiasta, en el Senado, de esos convenios».

Vicuña respondió en extensa carta. Comenzaba recordando en ella los sacrificios que sus amigos de Valparaíso hicieran por su causa y su nombre en 1876 y ratificaba en seguida su posición ideológica, inalterable siempre. «Esa declaración, decía, es la de mi más completa independencia política respecto del gobierno y de los partidos en el país. Soy el mismo hombre del 6 de Mayo de 1875. El mismo luchador de 1858. El mismo combatiente de 1851...» Y añadía con justificado orgullo: «Hablo al pueblo desde la tribuna del pueblo, como desde el tablado de nuestras viejas y gloriosas asambleas». Y aún, de su carta: «Es una exposición de verdad, de amistad y de fran-

(292) Reproducida en *La Patagonia*, Cap. III.

En esa carta, que lleva fecha 25 de Marzo de 1874, expresa Vicuña: «Por más que se censan y por más que griten, en efecto, los batalladores, ni Chile, ni la República Argentina harán jamás la locura incomprensible de declararse la guerra por papeles; ni uno ni otro cometerán el crimen, más incomprensible todavía, de asaltarse a cuchilladas por palabras. Chile es un país esencialmente concentrado por su topografía, su carácter y sus hábitos, para ser invasor. La República Argentina es a su vez un país demasiado vasto para que necesite invadir».

queza a un pueblo que amo y que admiro, por medio de sus más nobles hijos, los hijos del pueblo».

Exhibiendo las razones que valoraban el éxito obtenido, argüía, considerando el pacto bueno, justo, materialmente ventajoso y recíprocamente salvador: «nos concede todo lo que pedíamos y todo lo que necesitábamos, sin despojar por esto a la otra alta parte contratante, de sus propios derechos». Se obtenía la posesión íntegra del Estrecho, la neutralidad y libertad universal de navegación en él y en todos sus canales, el arbitraje para las cuestiones de detalle, la reciprocidad internacional respecto a los derechos en conflicto, y—bien precioso, por encima de toda estimación—la paz! (293).

En esa carta se registran observaciones de valor político admirable, algunas de las cuales parecen adentrarse en el tiempo futuro. Dice, por ejemplo: «La justicia es la ley distributiva. Un pacto con garras de león acaba por carnicería, y si tal resultado hubiéramos obtenido habríamos dado tarde o temprano, como en la Alsacia, la última palabra a los cañones. Estaríamos ahora en pleno reino de lo que se llama por la ciencia moderna «paz armada», es decir, comprando toda la pólvora y todos los fusiles que viniesen a nuestros puertos, y pidiendo empréstitos al 50% en Inglaterra para invertirlos en blindados y en torpedos submarinos».

De una guerra, esta aserción: «Y entiéndase aquí por los bravíos de papel, que una guerra entre Chile y la República Argentina no sería una guerra como las demás, sino una inmensa montonera repartida en muchas montoneras pequeñas en nuestros valles y en la pampa opuesta, desde Catamarca a Chiloé y desde Copiapó al Río Negro».

Sólo una cosa echaba de menos en los pactos y era «el avenimiento de obreros, de caudales y de dinamita que rompería los Andes en lo más duro y en lo más alto de sus entra-

(293) «Los únicos derrotados de esta jornada—manifiesta— no son, por tanto, los pueblos siempre desinteresados de la tinta, son los diplomáticos que han hecho vivir este negociado inverosímil, a fuerza de tinta, cerca de medio siglo...

Entre los *diplomáticos* figuraba su amigo el distinguido hombre público don Adolfo Ibáñez, Senador de Valdivia a la sazón, quien objetaba los pactos de Diciembre. Ibáñez publicó una carta sobre el particular el 31 de Enero del 79 en «El Mercurio», contestando Vicuña, con fecha 1.º de Febrero, en otra dirigida al Editor del mismo diario.

ñas...» Era el ferrocarril trasandino por cuya construcción venía luchando desde antiguo (294).

Un año más tarde, en curso pleno la guerra del Pacífico que su americanismo no pudo evitar, porque a él se había opuesto la confabulación secreta de imperialismos extranjeros, Vicuña Mackenna reunió todos sus estudios acerca del conflicto con Argentina en un libro de considerable interés histórico: *La Patagonia* (295). Sus páginas subrayan de modo evidente las afirmaciones del ilustre René-Moreno acerca del hombre que tan formidable esfuerzo cumpliera a lo largo de su vida en favor de la paz y de la vinculación continental.

(294) Dice Vicuña Mackenna en *La Patagonia*: «Nosotros, que miramos esta empresa con cierto vanidoso amor por cuanto hicimos los primeros estudios teóricos y los primeros llamamientos a la opinión y al brazo de los dos países en 1864, (serie de artículos publicados en *El Mercurio* de ese año, siendo nosotros redactores de ese diario) seguimos con profundo interés el desarrollo de esos trabajos...»

Y en carta a Mitre, anterior de casi tres lustros (Santiago, Abril 8 de 1864) expresaba sobre el mismo asunto: «El gran pensamiento que hoy nos ocupa mi querido general, es la empresa de un ferrocarril que yo he llamado «de los Andes», como San Martín llamó a su gran ejército, y que pondría a Santiago en directa comunicación de tres o cuatro días con Buenos Aires. Por una serie de artículos que le incluyo y que he publicado en *El Mercurio*, verá Ud. todo lo que se ha hecho hasta aquí a ese respecto; pero aún me falta por publicar otro artículo que completa los anteriores y se refiere a la *actual practicabilidad* del camino, tomando en consideración el clima, la topografía, las producciones, la baratura y abundancia de los materiales de construcción, la afluencia de trabajadores, el comercio, etc. Cuando todo esto esté publicado se hará un folleto del que tendré cuidado de enviar algunos ejemplares a Ud. por conducto de nuestro excelente intermediario el Sr. Beeche».

Ya por esos mismos años el problema chileno-argentino, que dañaba la vinculación espiritual y material de ambos pueblos, le preocupaba de modo intenso «¿Cuándo daremos solución, escriba en 1865 a su amigo Mitre, a la eterna y enojosa cuestión de límites?... Es una espina que llevo siempre clavada en el corazón».

(295) *La Patagonia (Estudios geográficos y políticos dirigidos a esclarecer la «Cuestión Patagonia», con motivo de las amenazas recíprocas de guerra entre Chile y la República Argentina)*. Santiago, Imprenta del Centro Editorial, 1880.

L X I I I

Cuando aún no se apagaban en el ambiente del Senado y en las prensas de Chile y Argentina las palabras de paz con que Vicuña Mackenna traducía su acción americanista, se produjo, de modo casi súbito, la crisis de relaciones pacíficas con Bolivia y Perú. Y a poco andar vino la guerra.

Estudiaremos en este y otros capítulos la actuación que en ella cupo a Vicuña, procurando poner en luz algunas de las proyecciones menos conocidas de su actividad en aquel período.

Resulta en verdad asombroso el múltiple papel que desempeñó en la Guerra del Pacífico: animador, orientador, director civil y político que impone sus puntos de vista al parlamento y a un gobierno que le fué personal y constantemente hostil, periodista de actividad inverosímil, consultor jurídico de los obreros y campesinos en campaña, organizador de la victoria—en un sentido más nacional aún del que lo fuera Clemenceau, en escenario inmensamente mayor, durante las etapas finales de la Guerra Europea—, cantor de las gestas heroicas, plenipotenciario nacional—sin títulos oficialiscos y a pesar de la voluntad oficialisca—durante la gestación de la paz. Su voz llegó a todos los chilenos, resonó en toda América. Su tribuna fué respetada por quienes lo amaban, que eran los más, y por quienes lo temían, que parecían, sin serlo, los más fuertes. El gobierno fué impotente para oponerse a su voluntad dominadora que era emanación de la voluntad de un pueblo en armas, de un pueblo en vibración na-

cional. En nombre de tal mandato organizó, decidió, impuso. Su mano conductora fué más allá, mucho más allá de lo que muestran los documentos y de lo que deja adivinar la historia escrita. Vicuña Mackenna durante el período epopéyico fué el portavoz de la nación, como antes y después fuera intérprete de América, en oscuro proceso unificativo entonces y hoy aún.

Para juzgar de la labor ímproba, verdaderamente monstruosa de Vicuña durante el conflicto basta examinar las columnas de la prensa—comenzando por *El Nuevo Ferrocarril*, diario fundado expresamente para recoger sus inspiraciones,—las actas del Senado, la correspondencia de muchos personajes de la época, su archivo privado... Pasma semejante actividad ya que no la proyección que ella alcanzaba sobre todas las esferas vivas del país. En los círculos oficiales nada se hizo sin su conocimiento, casi nada prevaleció contra su opinión. Su voluntad ejerció el más alto género de dictadura, el único depurado de todo interés, aquel que proviene de la interpretación y de la asimilación del alma de un pueblo en actividad. Vicuña Mackenna fué la voz que sopla alientos en los oídos del soldado durante las horas de penalidad y de agonía, la promesa de recompensa a los héroes y a los mejores, el espíritu consciente que analiza sin tregua las posibilidades y las grita a los sordos en las reuniones parlamentarias o políticas, el genio que intuye las futuras realidades dentro del oscuro devenir de los acontecimientos, el jefe moral que impone sus directivas a los hombres que detentan el gobierno, porque en las horas supremas los que son menos fuertes no pueden sino someterse. Y no era sólo eso. Movía las voluntades particulares, estrujaba en provecho del pueblo y de la nación los bolsillos de los ricos, lanzaba el peso de sus imprecaciones sobre los débiles y los cobardes, organizaba la cooperación civil y ciudadana al esfuerzo oficial y al técnico. Era, en una palabra, el alma de Chile en movimiento, la suma coordinada de todas sus fuerzas y valores. Era Chile mismo que obraba por su pensamiento y hablaba por su boca.

La tarea que su acción representó tuvo dificultades que pudieron en un principio parecer insuperables: el egoísmo de

muchos, la hostilidad de encumbrados personajes, la visión miope de los más, la pobreza misma del erario público, el espíritu partidista que alejaba de la oposición a los partidos de gobierno (ya el grupo político dominante comenzaba a distanciarse de los sectores más fuertes de la oligarquía agrícola, la que, a vuelta de un decenio, lograría echarlo por tierra) y mil otros factores negativos: Vicuña Mackenna luchó contra todos ellos, pudo más que todos ellos...

L X I V

La posición de Vicuña Mackenna frente a la guerra con Perú y Bolivia, conocidas las directivas de su espíritu, correspondió exactamente a las cualidades superiores de su genio. Tradujéronse esas actividades en claro y oportuno nacionalismo.

Un paréntesis fuera menester abrir a este propósito, para apreciar mejor ese nacionalismo que en ningún modo se contradice con el sentido americanista que se encuentra en su obra y en su vida toda, americanismo que el insigne sabio boliviano Gabriel René-Moreno ha analizado con frases honradas y justas (296).

Analicemos.

Chile, la tierra de Vicuña Mackenna, se vió abocada en plena paz continental y de modo súbito,—recuérdese el elogio

(296) «Nadie—escribe René-Moreno—ha sentido con más fuerza entre los escritores del Pacífico, nadie, la grandeza democrática de la combinación política, la fraternidad etnológica que le sirve de estrechísimo vínculo, el vértice piramidal de la empinada confluencia de intereses comunes, los raudales de armonía que de allí descienden al campo autonómico de las nacionalidades congregadas. Examínense las compilaciones impresas sobre la materia y otros escritos congruentes que corren por separado. La gran unión y confraternidad hispano-americana vive cuerpo y alma en la mente de Vicuña Mackenna, habla por su boca, y encuentra en esta voz el eco más potente de sus ensueños generosos y de sus aspiraciones más razonables». (Véase: *Bolivia y Argentina. Notas Biográficas y Bibliográficas*. Santiago, 1901. Este trabajo figura también en la *Corona Fúnebre* de Vicuña Mackenna).

del historiador al presidente Pardo—a un conflicto bélico que no deseaba y para el cual no estaba preparada militarmente. Era un complot urdido por el capitalismo extranjero que tenía clavadas sus garras en el salitre y el guano, riquezas cuya explotación debía originar una guerra y mantener en alarma a toda Sud América durante medio siglo cabal. Firmas europeas se disputaban la posesión de los terrenos mineros del norte. Algunas veían amagados sus intereses por las empresas de filiación chilena y resolvieron eliminar a éstas suscitando un conflicto en que la alianza de dos países podía resultar vencedora. Previamente habían dominado el ánimo de los mandatarios respectivos e influído en las decisiones de sus venales camarillas. En la altiplanicie boliviana gobernaba un torpe mandón militar—Hilarión Daza—cuya autoridad de caudillejo se basaba en la disciplina de su guardia pretoriana. En Lima el general Prado, que en días de juventud compartiera los ideales americanistas de Vicuña Mackenna, su amigo de aquella época, se encontraba ligado por los lazos de un tratado secreto y sometido en forma incondicional a sus consejeros, influídos por determinados especuladores no menos que por la presión indirecta del caudillo Nicolás de Piérola, futuro dictador, y de sus amigos. El tratado secreto que Pardo firmara en 1873 coronaba el complot capitalista y servía de eficaz garantía a las firmas extranjeras que actuaban en la sombra (297).

La guerra del Pacífico fué, pues, en el espíritu de los gobernantes que la provocaron, la guerra del guano y del salitre.

(297) Acerca de las causas económicas de la guerra, dijo Vicuña Mackenna en sesión secreta del Senado el 24 de Mayo de 1879: «El estanco del salitre se había hecho bajo la inteligencia de que esa sustancia existía sólo en el litoral peruano, y de aquí el origen y el alcance de su monopolio. Pero cuando gracias a la energía indomable de algunos de nuestros compatriotas, se descubrió al principio en reducida escala y después en grandes masas aquella sustancia en los despoblados de Atacama, irritáronse las expectativas frustradas de los monopolistas, bajó el precio del artículo en los mercados de Europa, a virtud de nuestra concurrencia libre de toda gabela, y se creó para el Perú una situación financiera verdaderamente insostenible, desde que la fuente fabulosa del guano, que había sido su única tesorería, había desaparecido».

Vicuña señalaba, también, entre las causas económicas que empujaban a los vecinos del Rimac en contra de Chile, «la situación difícil, pobre, falente y casi menesterosa del Gobierno del Perú y como consecuencia la del país entero, sometido por su desgracia a la influencia rentística casi exclusiva del Gobierno...»

Indica un factor político, a más, que no puede desconocerse y es el de la unáni-

Vicuña Mackenna se percató de todo ello desde el primer momento y comprendió que la victoria de Chile equivaldría a una derrota, siquiera temporal, del capitalismo europeo que, adelantándose al yankee, comenzaba a devorar las Repúblicas nuevas de América. Atacar ese capitalismo era hacer obra americana. Por otra parte, sintió de modo hondo la solidaridad racial—vital—que le ligaba a sus compatriotas y el deber de ayudar eficazmente a la tierra en que nació, amenazada por extranjero imperialismo. Ser nacionalista en 1879, defendiendo al país de más avanzada cultura política e intelectual de la América española, era ser americanista. Más aún, era cumplir una tarea civilizadora.

Su actividad quedó definida desde el primer momento, aún cuando la guerra debía suponerle profundo dolor, pues nadie ignoraba los lazos de simpatía y de probada afección que le ligaran al Perú y a muchos de sus hombres entre los cuales se contaba el propio Presidente Prado. No podía olvidar ciertamente que amigos peruanos le habían brindado la hospitalidad de su techo en horas de ostracismo y en tierra peruana había escrito muchas de sus páginas más brillantes.

No vaciló, empero, un minuto, y sin dejarse engañar por la verdadera índole de la misión que trajera el ministro Lavalle a Santiago, cuyo propósito era ganar tiempo para facilitar los objetivos militares de su país, acudió al Senado a pedir la declaratoria de guerra si no había más remedio, ya que no era sensato esperar otra alternativa, a menos de suspenderse los preparativos bélicos que a toda prisa se llevaban a cabo en Lima.

En sesión de 21 de Marzo de 1879 criticó la indecisión del gobierno, manifestando que pediría la destitución del gabinete. El día 22 analizó la verdadera y encubierta política de don José Antonio Lavalle y el 24 del mismo mes declaró como,

midad creada en los partidos políticos peruanos, pues el civilista conquistaba con la guerra mayor influencia, a la vez que el de Prado, a la sazón en el poder, se rehabilitaba de errores anteriores. Por ello, desde otro punto de vista, tenía sobrada razón el Senador de Coquimbo al decir que «siendo la guerra en el Perú una coalición de partidos, no será en el fondo una guerra nacional...»

Conviene señalar este discurso de Vicuña Mackenna como uno de los más importantes que pronunciara durante la guerra.

a su juicio, «la cuestión de la industria del salitre entraba por mucho» en las causales de una guerra que consideraba inevitable (298).

La guerra fué declarada y con ella comenzó un dramático duelo entre Vicuña Mackenna y el gobierno. Este marchaba con lentitud desesperante en sus actos y preparativos. Vicuña sostenía que la consecución de un desenlace rápido, de una acción más eficaz y mejor coordinada, evitarían sacrificios inútiles y tornarían menos horrendo para todos el *mal de la guerra*. El Presidente Pinto, hombre reposado, de gran probidad e indiscutible ánimo pacifista—sea dicho en su honor—carecía de visión política. Le sobraba en honesto espíritu y buenos deseos lo que le faltaba en capacidad. Era un mandatario que se expedía muy discretamente en períodos de normalidad pero que carente de las condiciones con que era preciso arrostrar las responsabilidades bélicas hubiera naufragado al faltarle las directivas, no siempre seguidas puntualmente, de Vicuña Mackenna en el Congreso y de hombres como Santa María en el seno mismo del gabinete o de su consejo privado. Vicuña Mackenna, por el contrario, era todo dinamismo, todo acción, con extraordinaria capacidad comprensiva de las necesidades nacionales y de las posibilidades de servir las, de la realidad chilena y de aquélla que existía en los países adversarios. Tenía fuerte visión de estadista y conocía a fondo los resortes humanos que había que tocar en el corazón de sus compatriotas y como debía tocarlos. Era el hombre preciso, para suerte de su patria, en la hora de crisis suprema.

Porque Vicuña Mackenna durante aquel período histórico fué el conductor espiritual de su país, la voz suprema que ya no resonaba en desiertos, el hombre cuyos conocimientos, cuya experiencia, cuya visión se imponían a todos, incluso a quienes desde la Moneda luchaban estérilmente contra la

(298) «La guerra viene, pues—dijo—y ya golpea a nuestras puertas con el ruido del cañón. Es preciso ser sordos para no sentir sus pasos y demasiado perezosos y demasiado culpables para esperar que los aplazamientos, las misiones y los recados por el cable puedan estorbar las consumación de un hecho que ya está consumado». (Sesión de 24 de Marzo de 1879).

reciumbre de su voluntad que no era sino trasunto de la voluntad nacional. Vicuña la encarnaba en aquel período—de absoluta coincidencia con su pueblo—más que en ningún otro de su trabajada vida.

Y la voz de Vicuña Mackenna tronaba desde el Senado (299), tomando parte en cada debate, indicando rumbos, interpelando a los ministros, impulsando al gobierno por todos los medios, aún por los menos amistosos. Y desde la prensa ejercía labor de agitación nacional estableciendo contactos increíbles con los ciudadanos, con los grupos, con los combatientes—jefes y soldados—con los hombres que habían partido al frente y con los que no podían partir, con las mujeres, con los niños. Su voz hablada o escrita llegaba hasta los más apartados lugares y en todos ejercía esa misma influencia eficaz y saludable que en los campos de batalla se transformaría en heroísmo y en el interior del país en cooperación y esfuerzo.

Más tarde iría más lejos aún, convirtiéndose en el cantor épico de las glorias nacionales, en el creador de héroes que su imaginación y las necesidades históricas que servía le hacían ascender de la realidad—bien honrosa siempre para aquellos hombres que no sólo de valor dieron prueba—al mundo de las hazañas increíbles.

Y para que tal actividad pareciera todavía más extraordinaria, fué el confidente de todos los soldados, el depositario de las súplicas de los que morían por su patria, el amparador

(299) Vicuña Mackenna, cuyo período senatorial expiraba en 1879, aceptó la candidatura a la senaturía de Coquimbo, la provincia amada, en Enero de dicho año. El gobierno había hecho proclamar por el partido montt-varista la candidatura oficial del ministro de la Guerra don Cornelio Saavedra, en cuyo favor se desencadenaron todos los vientos de la intervención. Puede decirse que el señor Pinto, desde la Moneda, no omitió esfuerzo para impedir el triunfo de su adversario de 1876.

Sin embargo, fué ello inútil pues a más del apoyo incondicional de casi todo el electorado coquimbano contó con la leal adhesión de su amigo don Domingo Santa María.

A propósito del entusiasmo despertado en Coquimbo por la candidatura de Vicuña, le escribía el 27 de Marzo, desde Ovalle, don Horacio Pinto Agüero: «La corriente se ha hecho un torrente y se llevará por delante los montones de oro que hoy derrama el montt-varismo en su contra».

En las elecciones fué tan considerable la presión oficial y tales los fraudes cometidos que Vicuña apareció triunfando por escasos votos, con lo cual se estableció fácilmente una dualidad de poderes, pues los elementos gobiernistas también los otorgaron al ministro Saavedra.

Para defender su causa Vicuña Mackenna escribió un folleto: *La elección de Senador*

de sus viudas y de sus huérfanos, el representante oficioso de sus intereses económicos que el país y sus gobernantes arrojarían después a ese tonel de las Danaides en que hombres y gobiernos acostumbran sepultar la memoria de los servicios recibidos.

Vicuña Mackenna comprendió desde el primer instante que el esfuerzo de los soldados sería la base del triunfo. El país necesita soldados y no oficiales. «Tarde y mañana—escribe—recibo cartas de todos los puntos de la República o me buscan gentes de todas edades en mi soledad, o me atajan en la calle los mozos y los párvulos solicitando mis pobres empeños, para entrar «de oficiales al ejército». Mi respuesta es única y terminante: que el país necesita soldados y no galones...»

«Con vigilante atención, dice Donoso, discurre sobre cuanto tópico se relaciona con la guerra...» (300).

Una frase suya expresa con claridad los factores del triunfo, dentro de las calidades de sobriedad, esfuerzo y valor demostradas por el ejército chileno: «La supremacía y la victoria serán del que tenga la fuerza, la audacia y la celeridad en el acometer y decidir».

Fué el cantor del *roto* valeroso y bravío, tanto como del oficial y del jefe. Para él todos los héroes se igualaban desde el más humilde al más alto y si había que destacar algunos

por la provincia de Coquimbo. («Breve exposición impresa para circulación privada»). En él decía el candidato: «La consigna de esta lucha era la de que «un ministro de estado bajo ningún concepto podía ser vencido en la arena electoral», siendo éste, si tal escándalo aconteciese, el primer caso, es decir el primer «escándalo» de ese género que se veía en Chile». «Ligero, risueño—manifiesta don Ricardo Donoso—ofrece el sello inconfundible de su personalidad y hace de él el más agradable de los panfletos. Saavedra respondió a éste con un nuevo folleto: *Exposición para el Honorable Senado que establece la elección de Senador por Coquimbo en favor del coronel don Cornelio Saavedra*, pobre y ramplón de argumentación y de ningún mérito literario. El asunto apasionó a la opinión y alcanzó todo el relieve de una cuestión de interés público».

Vicuña rectificó a su contendor en otro folleto breve: *Mi respuesta a la exposición para el Honorable Senado, hecha en favor del coronel don Cornelio Saavedra*.

A pesar de todos los esfuerzos del gobierno, la mayoría de la comisión de elecciones del Senado pidió se reconocieran los poderes de Vicuña Mackenna y así lo decidió la corporación por 20 votos contra 4 en sesión de 11 de Julio de 1879.

Conocido el resultado final, el juez Pinto Agüero escribió a Vicuña, al día siguiente: «Si se escribiera la historia de su candidatura de Senador por Coquimbo se podría formar un grueso volumen de 500 páginas. Sólo el gran cariño que se tiene aquí por Ud. ha podido dar fuerzas para resistir a tanta maldad».

(300) Ricardo Donoso, obra citada.

o exagerar las proporciones de otros, era porque estimaba necesario encender grandes luminarias, dar vida a estímulos poderosos.

Y así no vaciló en hacer tribuna de los salones y de las chozas, de los bancos de la plaza pública y de los carruajes de alquiler... Cuando las campanas de Santiago echadas a vuelo anunciaban la jornada del 21 de Mayo, en medio del pueblo bautizó a los héroes de Iquique y creó la homérica leyenda. Arturo Prat, el bizarro capitán de la *Esmeralda* y sus compañeros de proeza encontraron en Vicuña la voz de Tírteo y la pluma de Tácito.

Uno de sus primeros discursos en el Senado, como representante de Coquimbo, fué para pedir recompensas a los combatientes de Iquique. Luego actuó en contra del ministerio de Abril al que acusaba de lenidad, atribuyendo no poca responsabilidad en la pérdida del transporte *Rimac*, capturado por los peruanos, a la intromisión del elemento civil y político en el manejo de la escuadra. En 17 puntos, del memorable discurso que pronunciara en sesión secreta del 1.º de Agosto, enunció los errores que debían enmendarse y las medidas que estimaba indispensable poner en práctica.

Aún cuando no se aprobó voto de censura (301), después de un incidente de Vicuña con el general Basilio Urrutia, a la sazón ministro de la Guerra, éste renunció su cargo planteándose de inmediato la crisis ministerial. El gabinete Santa María-Amunátegui reemplazó en la Moneda al de don Antonio Varas.

Por aquellos días comenzaba a aparecer—desde fines de Junio—un periódico con el título de *El Ferrocarril del Lunes*, el que luego, bajo el nombre de *El Nuevo Ferrocarril* se transformó en el órgano personal de Vicuña Mackenna (302). Desde

(301) «Su señoría expuso, en conclusión, que a pesar de los serios cargos que hacía al Gabinete, cuyo patriotismo y honradez reconocía, no proponía un voto de censura por no complicar más la situación política interna, dividiendo los ánimos, y porque todo era todavía reparable en la dirección de la guerra si el Gobierno sabía colocarse a la altura de la situación...»

Véase: *Sesiones secretas de la Cámara de Senadores celebradas durante la guerra.*

(302) El propietario de *El Nuevo Ferrocarril* era don Francisco A. Frías. Cada número tenía al lado del título el siguiente aviso: «Colaboración permanente del señor don Benjamín Vicuña Mackenna». La redacción estaba en la calle del Chirimoyo, 21¼.

sus columnas cantó a los mártires, animó a los pueblos, impulsó a los gobernantes y ejerció misión real y eficazmente conductora. Cada uno de sus números traía artículos e inspiraciones suyas y en verdad pasma considerar la valía y extensión de la labor que allí realizara.

No hay resorte que no toque ni oportunidad que desaproveche. El 8 de Octubre fué capturado el *Huáscar*, a cuyo bordo murieran los hombres de Iquique y en esa jornada final sucumbió su digno adversario, el comandante peruano Miguel Grau. Llegada la noticia a Santiago, la ciudad alborotóse. Vicuña sube a un carretón cargado de armamentos, frente a la Moneda. La ovación que le tributa el pueblo dura largos minutos, al cabo de los cuales logra hacerse oír. «¡Pueblo de Chile, exclama. La bandera del *Huáscar* está a tus pies! ¡Gloria a los vencedores!...» Y en palabras que exaltan el entusiasmo de las masas invoca la figura de Portales cuyo bronce se destaca como una isla entre la multitud férvida: «¡Qué su brazo levantado al horizonte, nos enseñe otra vez el camino de la victoria decisiva!» (303).

Sobreviene el desastre de Tarapacá y los ánimos se conturban ante el sacrificio de Eleuterio Ramírez y sus camaradas, no menos notable que el de Prat. Vicuña no deja que nadie se abata; exige calma. «Ante las declamaciones de algunos exaltados que piden la guerra a muerte y que no se dé cuartel, —escribe Donoso—aboga por la clemencia, clama por la humanidad y su voz tiene un acento de apóstólica sinceridad».

Días más tarde—el 15 de Diciembre—al iniciarse las sesiones del Senado, Vicuña presenta a su consideración un voto que es aprobado unánimemente: «La Armada y el Ejército de Chile merecen bien de la patria» (304).

(303) Mauricio Cristi («ex-secretario de don Benjamín Vicuña M.»): *Lectura Patriótica. Crónica de la última guerra*. Santiago, 1888.

(304) «Voy a someter a la consideración del Senado—dijo Vicuña en aquel discurso—un acuerdo de patriotismo que espero merecerá su calurosa simpatía» Y fundándolo recordaba que los soldados chilenos habían realizado portentosas campañas «en medio de mil fatigas, bajo un sol abrazador, en medio de movedizas arenas, luchando con la soledad, con el sueño, con la sed y con la muerte...» En consecuencia presentaba la siguiente moción, que fué aprobada de modo unánime: «La Armada y el Ejército de Chile merecen bien de la Patria».

El año 79, de tan gloriosos fastos, concluye sin que el término de la guerra pueda percibirse. El balance es triunfal, pero el espectro guerrero continúa poniendo en las almas y en la vida la nota de amargas inquietudes. El drama continúa.

Y el verbo y la pluma de Vicuña parecen crecer.

Desde comienzo de Febrero vuelve al viejo «Mercurio» iniciando una larga y no interrumpida colaboración el día 5 (305). «Los artículos de «El Mercurio»—escribe Donoso—encontraron desde la primera hora la más amplia resonancia, que traspasó las fronteras». Y agrega, a propósito del capítulo aún inédito, de la actuación de la prensa chilena en la guerra del Pacífico: «Cuando se trace prolijamente se reconocerá que la voz de Vicuña Mackenna era la más autorizada, la que sonaba con mayor estridencia, y la que estuvo constantemente sirviendo de aguijón al gobierno, llamándolo al cumplimiento de sus altos y graves deberes. Al concierto, por lo común superficial y anodino, de las opiniones periodísticas, Vicuña Mackenna aporta un contingente de erudición y de conocimientos de la mayor utilidad y eficacia. Y téngase en cuenta que no eran hombres mediocres los que encarnaban la opinión pública en esos días: Don Eusebio Lillo servía de corresponsal al *Ferrocarril*, don Isidoro Errázuriz redactaba *La Patria*, don Zorobabel Rodríguez era la primera figura de *El Independiente*, y esto para no mencionar sino a los más eminentes».

Más tarde, don Carlos Silva Vildósola, periodista de dilatada experiencia, reconocería en esa labor periodística de Vicuña Mackenna la marca del genio... (306).

La guerra parece estancarse. Desde el frente vienen quejas amargas. Oficiales y soldados exigen premura, quieren que su sacrificio no resulte estéril, y Vicuña atruena los ámbitos del país con sus imprecaciones. ¡A Lima!, grita. Es menester ir rápidamente a Lima, que con ello, según razonablemente piensa, se ahorrará preciosa sangre de americanos en los dos campos que combaten. «No más aplazamientos, no mañanas,

(305) *La comedia del hambre en la tierra de los incas* es el título de su primer artículo: Véase la Bibliografía periodística de Vicuña durante la guerra en el libro de Donoso. *Don Benjamín Vicuña Mackenna. Su Vida, Sus Escritos y Su Tiempo.*

(306) Prólogo de *Páginas Olvidadas. Vicuña Mackenna en El Mercurio.*

—escribía el 17 de Marzo—no más españolismo colonial embutido por el sopor supremo de la escuela, en el corazón y en el brazo del combatiente chileno desde el soldado al general. Es preciso, absolutamente preciso, que la guerra de 1879 esté terminada en 1880...»

La labor del prócer rebasa ya los límites de lo creible. «Despliega Vicuña Mackenna en esos días una actividad pasmosa—escribe su ponderado biógrafo Donoso (300)—: recibe y despacha una copiosa correspondencia, entrevista a los prisioneros y heridos de la guerra, atiende a sus funciones en *La Protectora* (307), compone una voluminosa y exuberante historia de la contienda, escribe casi día a día para tres periódicos. El hombre ha llegado a la cúspide del prestigio y de la popularidad: su voz encuentra resonancia en las esferas oficiales; todos acuden a él, en demanda de ayuda, de consejo o de auxilio; es la personalidad nacional de más relieve, el personaje más representativo de la sociabilidad chilena. El Rey de España le pide sus libros para su biblioteca y el Instituto Geográfico de Buenos Aires lo nombra miembro corresponsal. Es Vicuña Mackenna el escritor nacional por excelencia, el más autorizado y vehemente portavoz del sentir de la opinión pública. Admirador de la pujanza, valentía y levantado heroísmo del soldado chileno, en breve ha de ser el más fervoroso cronista de sus glorias, el más prolijo historiador de sus hazañas. Su labor literaria en la prensa es formidable, excepcional, extraordinaria...»

Cumplido el primer año de la guerra, el historiador y el político hacen balance, sin que nada se omita, ni lo trascendental ni lo ínfimo, pues su «espíritu vigilante está siempre alerta, ya sea condenando en forma airada las deficiencias o ponderando con juvenil entusiasmo el valor del soldado chileno» (300).

Se aproxima la batalla del Campo de la Alianza en que las tropas de Bolivia y Perú, al mando del general Campero,

(307) Sociedad fundada por Vicuña Mackenna para socorrer a los soldados y a sus familias, singularmente las viudas y huérfanos de los que caían combatiendo. En otro capítulo nos extenderemos más sobre esa noble empresa.

serán batidas por Baquedano. Vicuña presente ya la nueva épica jornada y cuando la noticia de la victoria llega a la capital, su mano traza estas líneas: «¡Llor eterno al soldado chileno y a sus animosos jefes! ¡Honor de justicia a los que han preparado este día memorable, sea que descansen en solitaria tumba, sea que ocupen el pináculo del poder!» Y aquel mismo 31 de Mayo predice la caída de Arica.

Después de Tacna el asalto formidable de Arica en cuya defensa sucumbieran con notable estoicismo el peruano Bolognesi y sus lugartenientes, y del lado chileno San Martín junto a muchos de sus bravos. Vicuña comprende de inmediato la importancia que tiene para Chile el puerto de Arica, adquirido con ingente sacrificio de sangre, aprecia el valor que le da su ubicación geográfica pues será más tarde punto de confluencia de países y centro en el Pacífico, entre Valparaíso y Callao. Todo eso parece percibirlo en las líneas vibrantes de su artículo *¡No soltéis el Morro!* Tal es su grito legendario, grabado en el pedestal del monumento que los soldados y marinos de Chile le levantarán. *¡No soltéis el Morro!* repiten con él todos los chilenos. Y hoy, corridos los años, la frase resuena con un sentido nuevo. Arica no puede ser boliviano ni peruano. Arica debe ser el lazo de unión de tres pueblos.

La voz de Vicuña Mackenna sigue tronando en el Senado. ¡A Lima, a Lima! Una campaña rápida y bien dirigida, sin dar tiempo a los adversarios aliados de reponerse de sus formidables desastres, es la gran solución, la única capaz de evitar mayor efusión de sangre. *¡Arma al brazo y a Lima!* escribe en *El Nuevo Ferrocarril* el 3 de Junio y cuando el gabinete Recabarren-Valderrama se presenta ante la Cámara alta, interpela al Ministro de Interior, reclamando la campaña decisiva (308).

(308) En el discurso pronunciado en sesión de 18 de Junio de 1880, sobre la necesidad de emprender la campaña de Lima, empresa que constituyó tal vez la más ruda de sus batallas con el gobierno de Pinto, atacó vigorosamente al gabinete.

«Y ahora,—expresó—¿qué decir, señor Presidente, de la manera como el Gobierno ha llevado la guerra y cómo la ha emprendido, considerada ésta como extrategia? Puede calcular el país, puede darse cuenta el Senado de lo que cuesta a la nación en dinero, en tiempo, este oro invisible pero pagadero en buenas letras, en desprestigio ante nuestros

Pero en la Moneda soplan aires pacíficos. Pinto quiere buscar la paz, sin comprender que el capitalismo extranjero no permitirá que se acuerde mientras haya posibilidad de rehacerse. El dictador Piérola, por otra parte, no puede ceder porque ello equivaldría a perder prestigio entre quienes lo sostienen. Campero, en cambio, sin otro recurso, sabrá darse por vencido, retirándose al asiento de su gobierno provisorio. Pinto se embarca en la nueva aventura acogiendo, con sincero buen espíritu, las insinuaciones informales de los representantes yankees.

En el Senado el personero de Coquimbø protesta en forma enérgica, en nombre del país, de toda expedición de merodeo que no tenga por base firme la ocupación de Lima y el Callao. Hay que ahorrar sangre. Es preciso vencer en los campos de batalla, pues no se ve otro medio, el fantasma hórrido de la guerra.

Y su pluma se agita en «El Mercurio» y en *El Nuevo Ferro-carril*. Escribe sobre los muertos, analiza asuntos bélicos, reclama más enérgica vocación en los que mandan. «La guerra

vecinos y ante nuestros propios enemigos el bloqueo de Iquique, ese triste espasmo de 117 días que se acabó por sí solo, porque los fondos de nuestros buques estaban podridos, sus hornillas caldeadas, sus quillas inmóviles, y agotadas hasta la desesperación la paciencia y las fibras de sus desgraciados tripulantes, sacrificados a no se qué interés, a no sé qué porfía. Y esta última y lamentable campaña de Moquegua, campaña mediterránea, absolutamente innecesaria, en la que hemos tirado deliberadamente a un lado del camino las cartas geográficas, los derroteros, las lecciones históricas de antaño y de ayer, los avisos de la ciencia... ¿Cuánto cuesta al país en vidas, en desesperación, en sed y en millones?... ¡Ah! Si no hubiera sido, señores, por esos hombres de músculos de hierro y de almas de gigantes que han atravesado los desiertos con los pies quemantes y las fauces enjutas, apoyados en el rifle y siguiendo la bandera, mudos, sombríos, irritados, pero invencibles...»

Conclufa preguntándose: «¿no hay por ventura en este país hombres de Estado?»

El martillo siguió cayendo sobre el yunque. En sesión secreta de 18 de Agosto de 1880 «disertó largamente el señor Senador, sobre las ventajas de una acción total, rápida y central, que habría podido poner término a esta guerra como a las anteriores, llevándola al corazón del enemigo y no a sus extremidades...» (Actas de las sesiones secretas del Senado durante la guerra).

Cabe añadir que, a la par que luchaba por la campaña de Lima, Vicuña Mackenna señalaba con noble gesto americano los abusos cometidos por el comando militar, vale decir por el gobierno chileno, en contra de ciudadanos peruanos o extranjeros. A propósito de las depredaciones cometidas en Chimbote, se lee en las actas de las sesiones secretas de la cámara alta (sesión de 29 de Septiembre de 1880): «A juicio de Su Señoría, esas operaciones eran indignas de nuestro ejército y constituían una verdadera deshonra para la República, para su grandeza moral y su historia futura...»

del agio—dice—supedita a la guerra de la gloria» (309).

Tras la pérdida de la Covadonga, las gestiones de paz de la Moneda trascienden al público y la opinión, que encuentra en «el autor de *Las dos Esmeraldas* su más brillante y vehementemente intérprete» (300), se agita. Se celebran en Arica, sin embargo, las famosas y estériles conversaciones de la *Lackawanna* (310). Vicuña, encendido en fuego, truena, y todo el país se estremece ante su voz. La paz no es posible sino en condiciones que la garanticen debida y eficazmente. El gobierno acaba por comprenderlo así y sigue por fin las indicaciones de Vicuña Mackenna. Comienza la campaña de Lima.

Apenas se comunica al país la marcha al norte del ejército de Baquedano, grita desde el fondo de su alma ¡Viva Chile! La división Villagrán deberá partir a Pisco. Vicuña aconseja que el desembarco se haga en el puerto más próximo al Callao. Las rutas peruanas le son familiares desde 1860 y por ellas cruzó en horas de guerra civil cinco años más tarde. Escribe extensamente sobre el tema, siendo de notar que a sus artículos—insertados en «El Mercurio» con el título de *Las treinta jornadas de Pisco a Lima*—«se atribuyó en sus días una decisiva influencia en el ánimo del general Villagrán» (300).

Con el corazón firme y pleno de fe sigue la marcha de los tercios chilenos que expedicionan a la ciudad virreinal (311). En escritos de la época enuncia las razones que harán caer a ésta. No duda un instante. Sus previsiones se realizarán, como siempre, mostrando de que modo sabía captar las reali-

(309) Es violento el tono de sus acusaciones al gobierno, que se escudaba en falsos y no manifestados deseos del ejército. «Pero lo que no consentirá nunca la prensa de Chile,— escribe en *El Nuevo Ferrocarril*, con fecha 23 de Septiembre—que ha presagiado cuanto sucede con raro acierto y energía, es que, falseando hechos que son ya del pleno dominio de la historia, y calumniando sentimientos y aspiraciones que son evidentes como la luz, se insinúe siquiera que es nuestro ejército y no el ejército de frac de la Moneda el que no quiere marchar».

(310) Bajo el título de *La pampina de la Lackawanna* Vicuña publicó en «El Mercurio» varios artículos en que traza «la historia de la gestión pacifista con una prolijidad, un conocimiento de detalles y un acierto que demuestran cuán bien informado estaba de las actividades gubernativas». (Donoso, obra citada).

(311) «Bajo todos conceptos— escribe Vicuña el 27 de Diciembre—la situación es solemne para Chile, y el país, no obstante su robusta confianza, debe recogerse sobre sí mismo, y prepararse para tremenda prueba: la permuta de la victoria por la poltronería, comprando tal vez aquélla al precio de millares de preciosas vidas».

dades y las posibilidades. ¿Qué habría ocurrido, cabe preguntar, si Vicuña, en cumplimiento de la voluntad del pueblo, hubiera entrado a la Moneda en 1876? La guerra mucho más breve, sin duda, hubiese ahorrado incontables vidas a los países beligerantes. La paz, realizada en hora oportuna, no dejaría pendiente un conflicto de cincuenta años. ¿Y en lo interior? De los progresos generales da buena muestra su labor de tres años en la Intendencia de Santiago. En un quinquenio habría creado un nuevo Chile...

A las puertas de la capital peruana se libran por fin las batallas de Chorrillos y Miraflores. Lima cae. Y cuando la noticia llega a Chile, el 19 de Enero, Vicuña, que se encuentra en Viña del Mar, se confunde con el pueblo y con él comparte fraternalmente el regocijo nacional. «El Mercurio» en edición del día 20, registra un editorial que su pluma ha trazado con este título de suprema justicia: *La gran victoria del pueblo*.

Después de la victoria, la paz. Y esa paz, dice Vicuña, debe contemplar la rectificación de las fronteras septentrionales de Chile a la vez que garantías militares que impidan toda agresión de los inquietos vecinos en derrota (312).

La pluma no descansa. Veamos de que modo le hace justicia Donoso en su *Vida de Vicuña Mackenna*: «Su actividad intelectual—escribe—es constante, permanente, siempre renovada y brillante... Nunca tuvo tal vez el diarismo chileno un colaborador más notable por la extensión y profundidad de su cultura, por su encantador y liviano estilo, y por la constancia de su laboriosidad. Cuanto asunto cae en sus manos cobra singular atractivo». Algunas de sus páginas de guerra pueden pasar «pero al lado de ellas ¡cuántas y cuántas páginas admirables, de sólida doctrina e imperecedero encanto! Ni don Zorobabel Rodríguez, ni don Isidoro Errá-

(312) Dos artículos de esa época—*La fiebre de la paz* y *Los sepulcros flotantes*—provocaron protestas del ministro de Guerra señor José Francisco Vergara, y de los funcionarios encargados de los servicios sanitarios, aludidos en el segundo. El señor Vergara, distinguido hombre público que prestó importantes servicios durante la guerra, reconoció, más tarde, el error de apreciación en que había incurrido.

En otros, posteriores, se manifestó, con genial videncia, enemigo de la ocupación que tantas vidas costaría. «No era de opinión, dice Donoso, de desgarnecer en absoluto al Perú, pero exteriorizó la más irreductible oposición a crear una administración chilena aunque no tuviera más que insignificantes visos de permanencia».

zuriz, ni Justo Arteaga Alemparte pueden competir con él: por su dilatada actividad, por sus notables aciertos, por su erudita prolijidad, está por encima de todos ellos». Y luego, a propósito de *El Nuevo Ferrocarril*, que publica su último número el 17 de Abril de 1881, dice como «realizó una labor admirable que la posteridad le reconoce agradecida. Organó casi exclusivo de Vicuña Mackenna, difundió su nombre en el mundo americano, y aún más allá de los mares, y llevó a todas partes un vibrante y altivo testimonio de la resolución de Chile de concluir gloriosamente la ardua jornada. Gloria legítima e indiscutible del autor de la *Historia de Santiago* fué su sostenimiento, y realzase aquella teniendo en cuenta que no fué Chile nunca tierra propicia a las empresas intelectuales» (300).

Terminada la guerra, sus compatriotas pudieron preguntarse, asombrados, en cual actividad Vicuña Mackenna se había demostrado más grande. Conductor de la nación en el Senado (313), agitador imponderable en la prensa, épico cantor en las leyendas y los libros; tribuno en la calle pública. Todo lo fué a la vez y todo lo hizo. Estratega, diplomático, estadista, pensador, historiógrafo, poeta de heroicas gestas nacionales, hombre de prensa... En aquellos días grandes, en que la alteza de los acontecimientos elevaba a los hombres por encima de sus habituales miserias, pudieron ellos ponerse a tono con el caudillo del pueblo y en el alma de éste habitó realmente el alma de Chile.

(313) En la carta-manifiesto que Vicuña Mackenna escribió a sus electores de Coquimbo en 1884, al retirarse de las actividades políticas, cuenta de modo somero la extensa labor que le cupo en el Senado.

Dice: «*Por mi parte al menos, yo no tuve jamás otra norma de conducta que la marcha rápida y victoriosa de nuestras armas en prueba tan suprema como inesperada*».

Y respecto a las razones que lo llevaron a oponerse al acuerdo gubernativo de ocupar de modo permanente el territorio peruano: «Fué esto lo que se llamó y se llamará en la historia *La ocupación*, el peor negocio que Chile haya hecho durante su existencia, no obstante la notoria habilidad de los encargados de mantenerla y de desarrollarla aquí y allá. El Perú había quedado en efecto agonizante, y nosotros, sin ser siquiera llamados, nos constituímos en sus voluntarios enfermeros, actitud de cruel misericordia que proseguimos durante tres largos años, perdiendo en las pestilencias de los hospitales y por inclemencias del clima casi mayor número de vidas que las que nos quitara el plomo de las batallas, y de seguro no menor número de millones que los que reclamaron de nuestro crédito y de nuestro papel-moneda las campañas militares y navales de los dos años precedentes».

Véase: *Seis años en el Senado de Chile*.

L X V

Al comenzar la guerra, Vicuña Mackenna comprendió que era menester dar a Chile un impulso espiritual gigantesco, de naturaleza bastante a crear alientos y vigor durante el primer período, que sería decisivo. Las circunstancias no se mostraban favorables. La superioridad militar de los adversarios parecía grande. Era menester, pues, ganar las primeras batallas y embriagar de entusiasmo a la nación, infiltrando, aún en los más apocados, una imperiosa fuerza energética.

La oportunidad no tardó en presentarse. El 21 de Mayo de 1879 se libró en la rada de Iquique el más memorable combate naval de la guerra. Y no fué porque se desplegaran calidades de heroísmo superior a las que después se mostraron en numerosas acciones. Pero siendo empuje inicial cabía reconocerle no escasa importancia. En Iquique las fuerzas eran desiguales en extremo. Un barco viejo y una nave de guerra poderosa. El capitán de la *Esmeralda* chilena arengó a sus marinos y fué a morir noblemente, con desafío de todo, en la propia nave enemiga. Uribe Orrego toma el mando de la *Esmeralda* y en un gesto conmovedoramente humano requiere, para continuar la resistencia hasta el fin, el consentimiento de sus oficiales, condenados a muerte casi cierta. La mayoría perece y la nave se hunde en el mar sin haberse rendido. Es una victoria en que los vencedores físicos están vencidos...

Examinemos el caso de más cerca. ¿Hay en los marinos chilenos un heroísmo de que estén desiertos los vencedores-vencidos? En modo alguno. Prat fué un héroe. Pero en grado tan eminente mereció consagrarse al jefe peruano, comandante Grau, quien más tarde moriría con notable arrojo al mando de su barco. En el lado chileno el comandante Ramírez y millares de obreros-soldados, con él, emularon el gesto de Prat y sus compañeros. El anonimato no disminuye el valor moral y material de su aporte. Cada muerte llegó a ser un poema, cada caso pudo parecer único. ¿Y en el sector boliviano? El soldado de la altiplanicie demostró resistencia, estoicismo, desprecio al peligro y a la muerte. Las calidades del soldado peruano no eran inferiores en modo alguno. Sus jefes y los bolivianos fueron incompetentes, pero tampoco los chilenos, en general, revelaron capacidad técnica. Faltó en los aliados la dirección política y civil que en Chile contó a hombres de primer orden, a cuya cabeza descolló Vicuña Mackenna. El heroísmo fué, empero, genérico en todos, como se comprueba en las obras que aquél consagró a la historia de la guerra. Bolognesi, por ejemplo, cayó en el Morro de Arica, temerariamente atacado por las fuerzas chilenas, y al morir pudo exclamar, con más razón que Francisco I: «Todo se ha perdido menos el honor». No lo perdieron jamás peruanos ni bolivianos. La leyenda de la inferioridad de bolivianos y peruanos debe, pues, ser rechazada.

¿Cuál fué la actitud de Vicuña Mackenna ante el combate de Iquique? Las circunstancias brindaban a sus designios una ocasión extraordinaria, pues los chilenos habían llevado allí su sacrificio más allá de lo que circunstancias racionales pudieran exigir. Era oportuno presentar el caso como único en los fastos de la historia, cantarlo en tono mayor, tremolarlo a todos los vientos del entusiasmo y de la embriaguez épica, hacer de los héroes super-hombres y super-héroes. Así lo concibió Vicuña y así lo hizo. El día en que se recibieron las primeras nuevas levantó tribuna en un banco de la Alameda de las Delicias, batiendo en sus manos la bandera de Maipo, y desde ese instante su pluma y su voz no se dieron tregua un punto. El artículo, el discurso, el libro, el grito homérico sir-

vieron de medios. Y el propósito quedó logrado casi de inmediato. Un soplo mesiánico circuló por el alma de las masas y de sus directores, se infiltró fe ciega, confianza incontrastable en el triunfo, y en tal espíritu salían los soldados bizoños a campaña, en tal ánimo se formaban los batallones de reserva y los voluntarios. Los recursos comenzaron a afluir al tesoro público y los hombres, contagiados de heroísmo, a las filas. La guerra estaba ganada ya.

Vicuña Mackenna, dilatando los ecos y el símbolo que él advertía en la jornada de Iquique, había en verdad organizado la victoria. Un mes después del 21 de Mayo de 1879 toda derrota nacional era imposible.

Iquique no sólo inspiró muchas de las páginas más encendidas de *El Album de la Gloria* sino dió origen y argumento de fondo a *Las dos Esmeraldas* (314), magno poema histórico en que vibraron todas las cuerdas de su lira patriótica. Amén de estudios como el publicado sobre Ignacio Serrano y Ernesto Riquelme en la «Revista Chilena» y de numerosos artículos de prensa. Si consultamos sólo los publicados en *El Nuevo Ferrocarril*, encontraremos una docena de títulos, entre los cuales: *La significación nacional del combate de Iquique* (Junio 30), *La sombra del héroe* (Julio 21), 1879. *El año de Arturo Prat* (Enero 1.º de 1880), *La jornada del 21 de Mayo contada a la posteridad por los telegrafistas de Iquique* (Mayo 6) (315)...

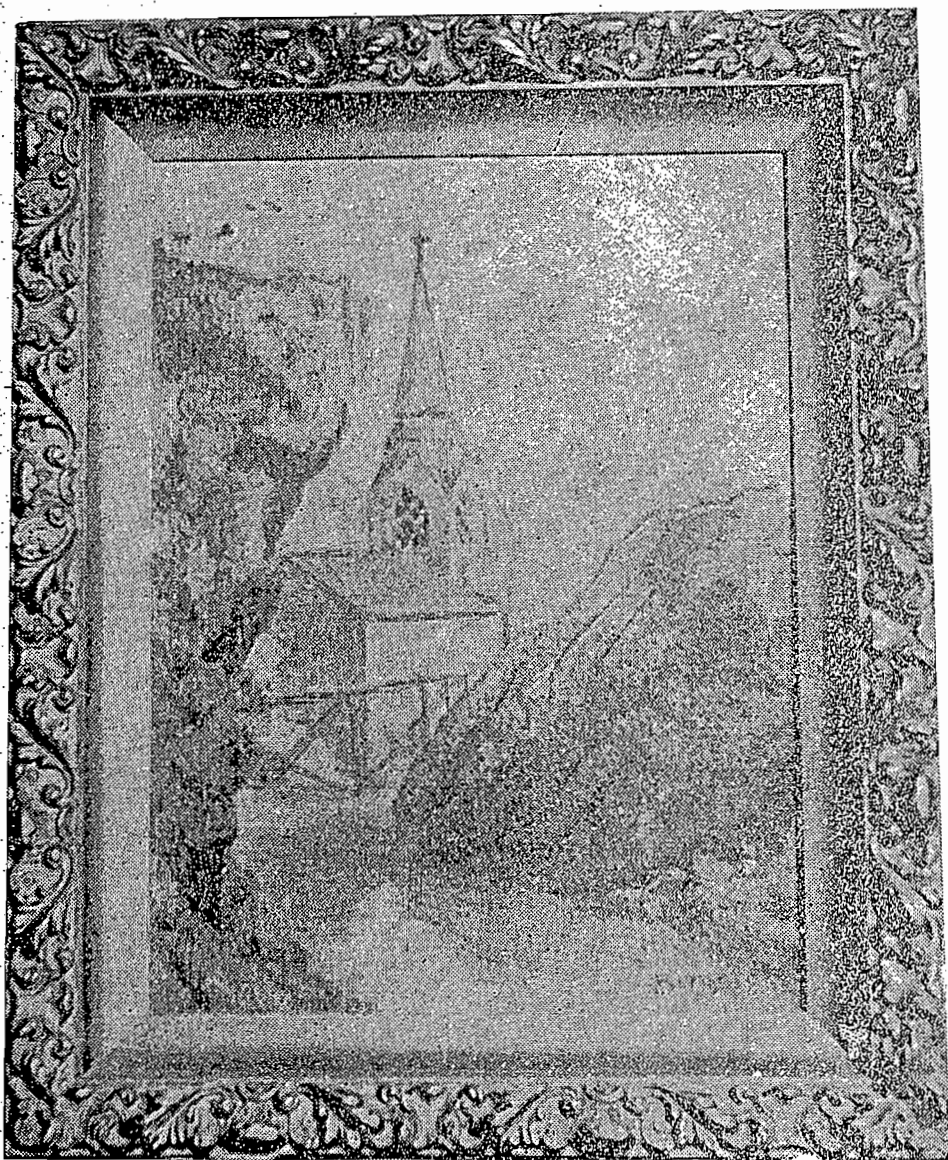
Idéntico propósito de estímulo guió su pluma al través de la guerra, haciéndole levantar altares a la memoria de los que morían. Su Olimpo, según observa Martín Palma (316), se fué poblando de semi-dioses. Allí se daban la mano Prat y Ramírez, el padre Madariaga y el cabo Labra, Santa Cruz y San Martín el héroe de Arica, Ramón

(314) Véase: *Chile.—Episodios marítimos. Las dos Esmeraldas.* (Rafael Jover, editor). Santiago, 1874.

(315) Varios artículos sobre Prat y Uribe, en serie, fueron dedicados a «mis tiernos hijos Benjamín y Arturo».

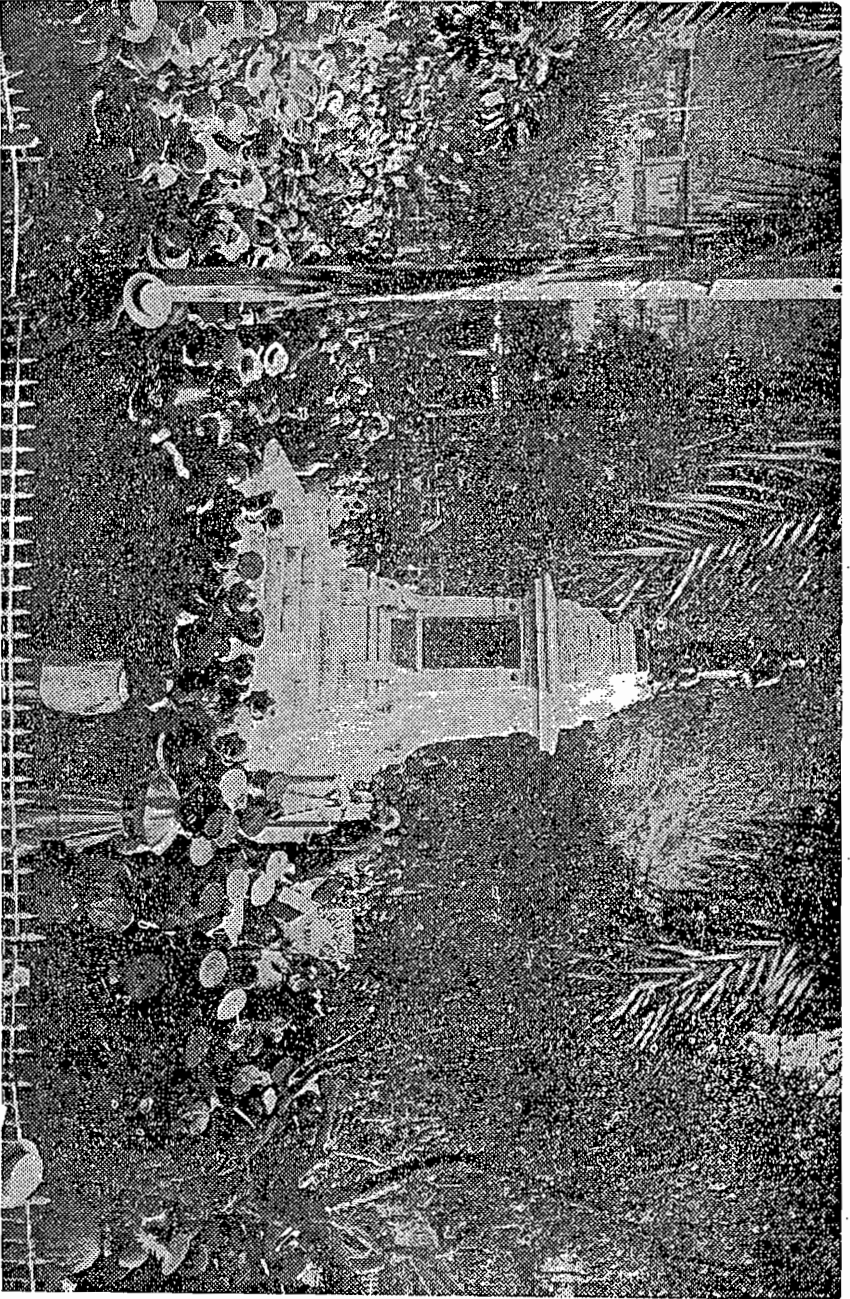
Don Ricardo Donoso ha insertado en su *Vida de Vicuña Mackenna* una prolija bibliografía de la labor desarrollada por el historiador de Chile en *El Nuevo Ferrocarril* (págs. 578 a 599), en *La Nación* de Valparaíso (págs. 600 a 601), en *El Veintiuno de Mayo* de Iquique (págs. 602 a 604) y en *El Mercurio* (págs. 605 a 648). Puede encontrarse otra muy completa en el libro de Guillermo Feliú: *Las obras de Vicuña Mackenna*.

(316) *Los tres presidentes sin serlo.*



Camino de rocas en el Cerro Santa Lucía

Al fondo el Sepulcro de Vicuña Mackenna.



Inauguración del monumento a Vicuña Mackenna en Arica.

Fue erigido por suscripción entre los oficiales, clases y soldados del Ejército y la Marina de Chile.

libros favoritos del progenitor y una colección de todas sus publicaciones.

Sobre la mesa de trabajo, junto al tintero, grandes vasos repletos de lápices Faber que los secretarios preparaban todas las mañanas. Vicuña acostumbraba escribir con ellos en forma asaz rápida, dejando caer las hojas cubiertas de geroglíficos al suelo de donde eran recogidas y numeradas por algún amanuense. En varias mesillas portátiles se colocaban los libros y manuscritos en consulta y las horas corrían en el trabajo, no siendo raro que el amanecer lo sorprendiese inclinado sobre las blancas cuartillas, pues, como el mismo recordó más de una vez, solía trabajar «entre dos luces». La labor de escribir llenaba buena parte del tiempo y en la sala contigua se situaban los secretarios—cuyo número llegó en veces a más de seis—presididos por Mauricio Cristi. Vicuña, como se ha dicho, a varios de ellos dictaba simultáneamente materias harto diversas: correspondencia privada, cartas políticas, capítulos de libros, artículos, discursos... Esa multiplicidad, propia del genio, resulta punto menos que inconcebible y no conocemos otro caso en nuestra América.

La biblioteca ocupaba vasto local en los altos del mismo pabellón. En seis grandes estantes se alineaban sus colecciones principales. Uno contenía los libros de viaje, el segundo los de artes y bellas letras; enciclopedias en francés había en el tercero, volúmenes de historia americana—ediciones raras y preciosas—en el cuarto y en el quinto obras en inglés. El sexto, en italiano, exhibía volúmenes de narraciones. Valiosos infolios, entre los cuales algunos incunables y piezas del Renacimiento, alternaban con una galería de cuadros en la que había retratos de don Ambrosio O'Higgins, del general O'Brien, Adolfo Thiers, Mariano Ignacio Prado, Rafael Torreblanca, Prat, Martínez de Rozas—prócer civil de 1810—y el fundador de Santiago don Pedro de Valdivia.

Allí se guardaban también el manuscrito famoso de Rosales que Vicuña publicara en 1877, y lujosamente empastadas las copias del Archivo de Indias. Entre las ediciones principales *La Araucana* de Ercilla y *Don Quijote* el imponderable...

En otra sala estaba el archivo, con las colecciones documentales de O'Higgins y Carrera obsequiadas por los hijos de ambos, y la documentación personal del grande hombre que comprendía millares de cartas y piezas de índole varia, amén de los originales de todas sus obras. «El archivo Vicuña Mackenna—expresa su más prolijo biógrafo (342)—es el más interesante depósito de papeles para el estudio de la historia política y literaria de Chile. En siete lustros de intensa labor intelectual casi no hubo tema que Vicuña Mackenna no intentara con su genial pluma, y en su archivo están sus huellas, sus elementos fundamentales, su justificación y sus pruebas».

El Camino de Cintura comenzó a poblarse a la sombra de la residencia de Vicuña (343) y pronto fué una avenida en febril actividad... Casas, chalets, sitios de recreo, iban multiplicándose bajo el estímulo de las obras de urbanización.

En la de Vicuña Mackenna su mujer, activa, femenina, delicada animadora, era naturalmente el centro. Don Samuel Ossa Bórne la llama en sus recuerdos ya citados «mujer encantadora por su figura, por su talento, su ilustración y su don de gentes»; «admirable era su espíritu observador—dice—puesto al servicio de una gran cultura artística, de un gusto exquisito y de una gentileza también exquisita».

Alrededor de ellos hubo de constituirse una tertulia extraordinaria. La Quinta estaba abierta a todos los chilenos y a sus salones concurría cuanto había en el país de notable en la po-

(342) «El Archivo de Vicuña Mackenna—agrega Donoso—que se conserva en la Biblioteca Nacional (hoy en el Archivo Nacional), en más de trescientos volúmenes encuadernados, y en una docena de cajas atiborradas de papeles, consta de dos partes: el archivo de documentos y papeles históricos, y el archivo personal del autor de la *Historia de Santiago*».

(343) Uno de los primeros vecinos fué don Pedro Crespo, cuya casa-quinta, con puerta a la calle de Rancagua; conocimos muy íntimamente en los días de la niñez y de la infancia. Don Pedro era hombre de pequeña estatura, ingenuo, amable, entregado con toda su alma a las labores de jardinería, en las que llegó a ser eximio. Y en su jardín, popular en Santiago en otro tiempo, le hacía compañía su esposa doña Julia Hidalgo, de cuya hospitalidad hemos guardado grata memoria.

Crespo conservó admiración apasionada por Vicuña, con quien tuvo estrechas relaciones de vecindad, pues el Intendente le visitaba con frecuencia, habiéndole obsequiado un cerro de piedras que era, en miniatura, una imitación del Santa Lucía... Muy viejo ya, sus recuerdos y su charla evocaban sin cesar al grande hombre. Los fríos de 1931 se llevaron a don Pedro, en vísperas del Centenario de Vicuña.

lítica, en las letras y en el arte. Los visitantes ilustres iban a rendir homenaje a la pareja. El pueblo tenía franca entrada, siendo los más humildes los mejor recibidos. El *roto*, el *pililo*, el soldado sin paga, la madre con hambre, la viuda sin recursos estaban allí en su casa.

Los domingos había almuerzos patriarcales a que concurrían los amigos íntimos y los huéspedes de honor, provincianos a menudo o extranjeros de paso. A ellos y a la periódica tertulia acudían Isidoro Errázuriz, José Victorino Lastarria, Domingo Santa María, José Santos Ossa, Justo y Domingo Arteaga Alemparte, Diego Barros Arana, los hermanos Amunátegui, Francisco de P. Taforó, Crescente Errázuriz, los Matta, Abelardo Núñez, el poeta Garriga, Rafael Sanhueza Lisardi, Ramón Pacheco, Claudio Vicuña Guerrero, Eduardo de la Barra, Vicente Reyes, Marcial Martínez, Guillermo Blest Gana, Carlos Walker Martínez, Francisco y Ramón Subercaseaux, Juanuario Ovalle, Narciso Tondreau, Jorge Huneeus, el barón von Schenk, el ministro William B. Roberts, José Evaristo Uriburu, Gabriel René-Moreno; Prado, Manuel Pardo y Mitre en sus breves estadas; Augusto Matte, José Manuel Balmaceda, Estanislao del Canto, Carlos Toribio Robinet, Diego Dublé Almeida, Marcial González, Luis Cousiño, Zorobabel Rodríguez, Manuel Blanco Cuartín, el general Baquedano, los almirantes Uribe Orrego y Latorre, el doctor Augusto Orrego Luco, Rafael Egaña, Rafael Jover y tantos otros que llenarían larguísima lista. Hombres de todas las ideas y de todos los partidos encontraban hospitalidad fraternal (344). En esas reuniones Vicuña dominaba. Cuando aparecía él, dice algún testigo, todo lo demás desaparecía a su alrededor. Tenía una conversación singularmente atrayente, en la que fluían de sus labios los recuerdos, las anécdotas, la gracia chispeante, el oportuno decir. Su alma, que era de todas las razas, poseía un deslumbrador barniz de latinismo.

(344) Vicuña ofrecía su techo a todas las razas. Cuéntase de cierto almuerzo criollo dado bajo las higueras del parque a una delegación de indios araucanos que vinieron a solicitar el amparo político del Senador de Coquimbo, ante los innúmeros atropellos de que eran víctimas. El anfitrión les habló en la lengua de Caupolicán y Lautaro, despertando aquel brindis no poca sorpresa. (Véase: Figueroa, *Historia de Vicuña Mackenna*).

Por sus labios, tapizados en ingenio francés pasaban soplos de Grecia.

Las anécdotas, que acusan esa gracia, son innumerables y acaso llenarían un volumen (345).

Los escritores y hombres públicos sudamericanos merecían bondadosa acogida, En algún banquete, recuerda Donoso, el colombiano José M. Samper improvisó:

«A la sombra de esta higuera
Y en tan noble compañía
Se dilata el alma mía,
Y una nueva primavera
Siente en ella, de alegría...

Cuando don Bartolomé Mitre hizo su último viaje a Chile—que no visitaba desde aquellos días de juventud en que defendiera judicialmente a Vicuña, cuyos inquietos veinte años habían caído en las prisiones políticas—fué invitado a hospedarse en la Quinta del Camino de Cintura. En esta oportunidad, ahondando la amistad de siempre, un nuevo lazo los unía, pues Mitre acababa de apadrinar a su hija penúltima, pidiendo le pusieran por nombre Eugenia, en recuerdo de un romántico amor de la mocedad.

Vicuña Mackenna organizó diversas y brillantes fiestas en honor de su huésped y por los salones de la Quinta desfiló todo Santiago. Sucediéronse grandes almuerzos y comidas,

(345) Don Fernando de Vic Tupper, por ejemplo, recordando la vida de Vicuña Mackenna en el Senado, refiere esta anécdota sabrosa: «Una mujer vestida con girones, embozada en un manto que tenía todos los colores y agujeros de una indisimulable vetustez, pregunta una tarde, a su modo, por *don Mackenna*. Se le contesta que no está en secretaría; pero ella insiste; consigue llegar hasta el patio; va, viene en todos sentidos, y, al fin, a través de una ventana, lo reconoce y acto continuo le llama la atención con algunos golpes. Miróla entonces Vicuña, con aire de marcada curiosidad e hizo señas para que pasase adelante. La mujer se presenta en la sala, pronuncia algunas palabras casi incomprensibles; e instada a que expusiese su deseo, saca de debajo de su manto un pafuelo hartó sucio y raído en el que trafa un obsequio de seis huevos para el ilustre escritor. Este le aceptó con el mayor desembarazo, sonrle un tanto, y luego retribuye con prodigalidad aquellos que la mujer denominó *un cariñito*. Volviéndose después a mí, díjome con su acostumbrado ingenio: «Secretario (así me llamaba), tome estos huevos, que yo los apruebo en general; páselos, entretanto a comisión, a fin de que más tarde sean probados en particular».

recepciones públicas, veladas íntimas. El otoño era magnífico y los dos amigos debían sentir que la vida no había corrido. ¡Cómo si fuera ayer! ¿No estaba acaso joven el espíritu? Las prisiones pasadas, la gloria hecha, alegría de la ímproba labor capaz de colmar muchas existencias y no pocas reputaciones... La juventud, divina y triunfal, vibraba sobre la cabeza encañecida. Parfraseando al poeta de América, Vicuña podía decir que era suya el Alba de Oro... (345 a).

En tardes íntimas solían juntarse a charlar con el Presidente Santa María y Barros Arana, bajo los árboles frondosos o a la sombra de las higueras que en algún rincón del parque inspiraran la musa de Samper. Aprovechando los luminosos días de la otoñada los tres historiadores recorrieron los campos de Maipo, siguiendo el itinerario de San Martín y O'Higgins, tarea que Mitre se había propuesto desde Buenos Aires. Poco más tarde emprendió el ex-presidente de Argentina una excursión «histórico-geográfica» al Sur (346), y de regreso, algunos postreros días en la Quinta fueron consagrados a expansiones familiares.

La vida que hacía Vicuña Mackenna en su residencia era de extraordinaria actividad, siendo escasos los ratos que podía dedicar íntimamente a los suyos, pues a toda hora se veía visitado por amigos, conocidos y solicitantes que lo tenían en perpetuo «estado de sitio», sin que jamás, nadie que tocó a su puerta en demanda de ayuda, en solicitud de apoyo o de justicia, se hubiese retirado insatisfecho (346 a). Y esa acogida era particularmente afectuosa para el *roto* y el *pililo*, que siempre fueron sus leales, constantes y fervorosos amigos.

(345 a) La invocación de Darío fué hecha por Abel Valdés en la Velada con que la Universidad de Chile conmemoró el Centenario del nacimiento de Vicuña Mackenna.

(346) Haciendo escala en «Lo Aguila», de vuelta a Santiago, el 9 de Mayo escribía Mitre a Vicuña: «Su hospitalidad, representada por sus amigos, me ha acompañado por todas partes y su espíritu y su buena amistad han estado conmigo en mis investigaciones y en mis recuerdos.»

(346a) Era tan extraordinaria la bondad de Vicuña Mackenna que, el erudito investigador don Ramón Briseño, director que fué de la Biblioteca Nacional, refiere el siguiente caso, por él presenciado. Escribe: «Vimos un día este razgo que compendia muchos otros: un ser desgraciado fué a pedirle una limosna: don Benjamín buscó en sus bolsillos y no encontró nada; entonces, con sencilla espontaneidad, sacó su reloj y se lo dió.»

Véase: *Anales de la Universidad de Chile*, volumen LXX, año 1886, 2.ª Sección (pág 30).

Vicuña se levantaba muy de madrugada, cuando no había permanecido en vela, trabajando hasta el amanecer. Daba un paseo por el parque, se detenía unos instantes ante los prados de flores, pues le era especialmente grato el rocío matinal, y se encerraba luego en su sala de trabajo. Allí le llevaban el desayuno, muy frugal, a las siete y media. A las diez interrumpía la labor para almorzar en compañía de los suyos y de los amigos invitados—almuerzos que en la buena estación tenían lugar al aire libre—y después se retiraba a descansar algunos minutos.

En la tarde solía ir a las imprentas en que se componían sus libros, y con toda asiduidad a las sesiones del Senado. De regreso volvía a su biblioteca y a la sala de trabajo, entregándose a la lectura de libros diversos y al examen de la prensa de todo el país (347). A las seis comía (a las cinco y media en invierno) y en seguida retornaba al pabellón a fin de atender su correspondencia, dictando cartas a los diversos secretarios (348). Terminada esa tarea, pues nunca dejaba carta sin contestar y las recibía de todos los puntos de Chile y de las principales ciudades de América, reanudaba la lectura o continuaba trabajando en el libro o folleto que traía entre manos. Tarde de noche se recogía a sus habitaciones particulares, durmiendo de tres a cinco horas.

¿Cómo y cuándo escribía sus artículos? Fuera de los que dictaba en su despacho, los hacía en el carruaje, de camino al Senado, o bien en algún rincón de la secretaría o en la misma

(347) «Como una prueba del cariño y de la deferencia que le profesaba la prensa chilena,—escribe Jacobo Eden—basta decir que era el único escritor que recibía, sin necesidad de pedirlos, todos los diarios de Chile. Y como una prueba de su don sorprendente de multiplicar las horas y sus propias facultades, basta decir que revisaba todos los diarios que recibía. No solo los revisaba, sino que recortaba y guardaba cotidianamente todo artículo de algún interés histórico, político, social, de costumbres o literario que se publicaba en cualquier diario del país».

Véase *Corona Fúnebre*, artículo: *En la Imprenta*.

(348) «Durante la campaña política de su candidatura a la presidencia de la República—dice Jacobo Eden (Rafael Sanhueza)—lo ví en su casa dictar hasta cinco cartas a la vez. Y eso lo hacía todos los días».

sala de sesiones (349). Escribía a toda hora, sobre el mostrador de una tienda, en la mesa del cajista en las imprentas, apoyado en la baranda de su palco cuando iba al teatro (350), hasta en las iglesias si acompañaba a su esposa.

Ese ritmo de vida sufrió notable alteración en los años de la guerra del Pacífico, entre 1879 y 1881, pues el Senado y La Protectora le tomaban gran parte del tiempo. En sus audiencias de la Quinta tenían preferencia los soldados y sus familias y la correspondencia era casi absorbida por los campamentos militares de donde le escribía casi todo el ejército, de general a corneta. Aquel período y el pasado de la campaña presidencial requirieron de la ayuda de varios secretarios, siendo esfuerzo que excedía la mayor capacidad intelectual y física.

«Benjamín no me pertenece, solía decir doña Victoria. Es el marido de todas las mujeres de Chile y el padre de todos los hombres. Se debiera haber casado con el país y no conmigo...» Lo que no obstaba para que ella fuese la más decidida y eficaz de sus colaboradoras.

Fueron naciendo los otros hijos. Benjamín el 1.º de Enero de 1876, en plena campaña presidencial. Su vida sería brillante y corta. Vino al mundo en cuna de flores, halagado por el afecto de millares de ciudadanos que militaban bajo la bandera paterna. En la mano tenía la pluma del padre

(349) «Y en el Senado—cuenta Jacobo Eden—segua escribiendo y corrigiendo, junto con oír lo que se decía y tomar parte en la discusión. Pedía la palabra y pronunciaba alguno de esos magníficos discursos llenos de interés, de amenidad, de lógica y de datos; y si se suspendía la sesión, aprovechaba ese corto intervalo en continuar el artículo comenzado o la prueba aún no corregida, para seguir luego en el uso de la palabra después de reabierta la sesión».

(350) «Los manuscritos eran formidables—agrega el citado escritor—se hizo proverbial su mala letra, caligrafía única, especie de escritura taquigráfica de pequeños puntos, rayas y curvas. A pesar de las desesperaciones que les causaba, los tipógrafos lo querían con entusiasmo. Era su gremio favorito, y ellos le devolvían ampliamente su predilección. En algunas imprentas hubo cajistas destinados especialmente a componer originales de don Benjamín, y estaban, al fin, tan habituados a sus geroglíficos, que no ponían en ellos más errores que si se les diese un trozo impreso».

«Don Benjamín conocía, no sólo a todos los empleados superiores de las imprentas sino a todos sus operarios, a cada uno por su nombre. Verdad es también que conocía a todos los que en Chile tienen nombre».

y con ella había de escribir páginas hermosas (351). Andanzas de diplomático, errabundaje por el mundo, bohemia aristocrática, honda sensibilidad de artista. Amó, escribió, pasó... Cuando en plena juventud vino la silenciadora, supo acogerla con una sonrisa, con la más comprensiva y elegante de sus sonrisas. Y lo llevaron en procesión al Cerro Santa Lucía amigos emocionados y viejos vicuñistas que veían con dolor desaparecer la esperanza de esa vida prometedora. Manos de madre, amorosas manos grabaron en la tumba, junto a la lápida del hombre genial, estas palabras que él trazara en la hora de final desencanto, junto a la realidad del solo afecto que nada había agostado:

«Las dos únicas verdades de la vida:
el amor y la muerte...»

Y dos fechas...

El 8 de Abril de 1878 nació la cuarta hija, siendo su jornada brevísima, pues falleció el 22 de Octubre del mismo año. En la columna de los in-memoriam, en la tumba del Santa Lucía, junto a los nombres de Rosa y Manuela, puso el padre:

«Dulces compañeras en la tierra,
Dulces angeles en el Cielo...
Nos aguardáis?...»

(351) Benjamín Vicuña Subercaseaux fué un espíritu selecto, con mucho de Vicuña Mackenna y de doña Victoria. Diplomático, escritor de fuste, periodista, desempeñó diversos cargos públicos (Secretario de la legación de Chile en Francia, secretario de la delegación chilena a la Conferencia Pan Americana de Río Janeiro etc.); fué redactor de *El Mercurio*, de *Zig-Zag* y de *Selecta*, el bello mensual de arte fundado, en 1909 por don Luis Orrego Luco. En horas de adolescencia publicó *La Flecha* en compañía de otros escritores jóvenes que mas tarde adquirieron notoriedad.

¿Qué decir en su elogio que no parezca muy íntimo y próximo? Su recuerdo está unido a muchas de las horas más hermosas de nuestra infancia.

Murió en Santiago el 1.º de Septiembre de 1911.

BIBLIOGRAFÍA: *Besos y ataúdes* (1895).—*Precoces* (1898).—*Un país nuevo. Cartas sobre Chile* (1901).—*Por una fistula* «cuento largo o novela corta» (1906).—*La ciudad de las ciudades. Crónicas de París* (1906).—*Socialismo Revolucionario* (1908).—*La producción intelectual en Chile*, memoria presentada a la Conferencia Pan Americana de Río Janeiro (1908).—*Gobernantes y Literatos* (1909).—*Crónicas del Centenario* (1910).—*Correrías*,

En 1879, año inicial de la guerra, vino al mundo un segundo hijo que recibió el nombre de Arturo. Su vida ocupó el espacio de un minuto: Mayo 16 de 1879—6 de Junio de 1880. Estaba escrito que la sangre de Vicuña no se perpetuaría por línea de varón...

Eugenia, ahijada de Mitre y penúltima de las hijas, nació el 28 de Abril de 1881. Un destino más feliz había de guiar sus pasos en la dura senda (352).

Otra hija, la menor, vió la luz el 16 de Septiembre de 1884. En la pila le pusieron Gabriela. Mas, la segadora vino...

Y en la blanca columna de mármol, doña Victoria escribió...

«Gabrielle

Fort

Belle

Elle

Dort.

Sort

Fréle,

Quelle

viajes (1911).—*Días de campo*, cuentos (1914).—*Artículos sueltos*, recopilación (1919).

Los tres últimos volúmenes—póstumos—fueron publicados por doña Victoria.

En nuestro poder tenemos toda la producción inédita del escritor, reunida celosamente por su madre. Hay varias obras que quedaron en punto de ir a la imprenta y otras que sólo aguardan un último retoque. Si ello nos es posible esos manuscritos saldrán a luz algún día.

He aquí la lista:

Apuntes y recuerdos (tres volúmenes): I. 1891; II. *Cartera Diplomática*; III. *Ratas de Imprenta*.

Historia de un amor.

Apuntes y confidencias.

Como acaba el placer.

Apuntes Literarios.

Dramas.

Besos y ataúdes (Edición definitiva).

Chamisa de Historia.

Libros y Autores (dos volúmenes): I. *Crítica*; II. *Cuestión Social*.

La producción intelectual en Chile (Segunda edición corregida).

(352) Casó con don Carlos Viel Isaza, fallecido en Julio de 1930. Su hermana mayor, doña Blanca, contrajo matrimonio con el general don Salvador Vergara Alvarez, enviando en Marzo de 1917.

Debemos a doña Eugenia una noble y entusiasta cooperación, pues nos ha proporcionado valiosos documentos y facilitado numerosas fotografías y retratos para los *Anales de la Universidad de Chile*.

Mort!
 Rose
 Glose,
 La
 Brisse
 L'A
 Prise!» (353).

Unos versos, unas fechas y detrás. dolor...

En medio de actividades y trabajos constantes, de dinamismo acaso no igualado por hombre alguno en Chile, transcurrieron los años de 1875 a 1885 en la Quinta del Camino de Cintura. La vida íntima casi no lo era, pues cada rasgo de Vicuña Mackenna, cada episodio, anécdota o incidente trascendía al público de inmediato, corriendo de boca en boca. Puede decirse que jamás estuvo solo y que aún las más calladas ternuras, los gestos más ínfimos tenían espectadores y comentaristas.

Sabían ellos qué hombre de hogar fué Vicuña. Como esposo, la viudez y el luto eterno que le guardara su compañera habla por encima de todo elogio. Como padre, educador antes que nada, fué risueño y serio a la vez. Creía que de los hijos había de formarse hombres integrales y a las mujeres prepararlas en escuela severa. Todo ello sin excluir los afectos y las ternuras más delicadas (353 a).

(353) «Gabriela. 16 de Septiembre de 1884.—5 de Junio de 1887».

(353) (a) Hablamos compuesto un capítulo sobre la correspondencia privada de Vicuña Mackenna con las gentes de su hogar—pura expresión íntima, ajena del todo a literaturas o preocupaciones de orden político—pero escrúpulos personales, aún tratándose de una vida que tuvo murallas de cristal y cuyos afectos más recónditos fueron del dominio público, nos inducen a no detenernos en dicho aspecto, en que otros podrán bucear más tarde.

Sin embargo, de esa correspondencia que abarca varios años y comprende las cartas cambiadas con doña Victoria, con don Pedro Félix Vicuña y algunos hermanos, vamos a entresacar fragmentos que dan el tono general de su vida efectiva y del epistolario que la expresara.

De regreso de Estados Unidos, en 1866, Vicuña Mackenna escribía a su novia: «A mi Victoria, mi alma... Mi primera palabra es para tí, el más dulce bien de mi vida y todo el orgullo de mi corazón. Te has acordado de mí? Yo te juro que ni un instante se ha se-

En 1883 inició en Colmo vida de campo, que compartió con sus temporadas de Santiago a partir de la primavera de 1884, en que puso término a toda actuación política. Antes y hasta el último año de su existencia solía pasar semanas y aún meses en su chalet de Viña del Mar, especialmente en los veranos.

A fines de 1885 se alejó para siempre de la Quinta (354)... En ella, en cada rincón del parque que plantara con doña Victoria, en los pabellones plenos de los obsequios y de las ofrendas de su pueblo, sobre la mesa de trabajo cubierta de manuscritos inconclusos y de pruebas de imprenta, quedaría flo-

parado tu dulce memoria de mi alma: Mi vida ha sido tu recuerdo. Espero! No sé si aún soy tan dichoso como lo sueño... »

Su ternura queda revelada muy bien en este otro fragmento—a doña Victoria (21 de Enero 1874?)—acaso demasiado íntimo: «Mi hijita querida. Juntas recibí esta noche tus dos cartas del 18 y 19 que me quitaron mis justos enojos y sobre todo la inquietud en que estaba por mi linda cachorríta María. El domingo sin falta me tendrás allí. Por los diarios verás cuánto trabajo y cómo arreglo todo este maremagnum... «El viernes me voy a Valparaíso para varios arreglos y el domingo tendré el gusto delicioso de comer contigo, mis hijitas, mis dos viejos y hermanos». Y concluye: «Te abraza de nuevo tu amante Benjamín».

Las cartas de doña Victoria Subercaseaux a su marido no son menos decidoras. En ellas palpita la verdad, hecha exaltación y ternura, de un amor que no consiguió apagar la muerte. Lo llama «Mi viejo amado de mi corazón». «Mi gran Intendente», o sólo «Mi Benjamín». Todas están escritas en claro y elegante estilo y respiran gracia y en veces un buen humor verdaderamente delicioso.

Extractemos una carta de Viña del Mar (Junio 26 de 1883), que muestra de qué modo la preocupaba en los postreros años la salud de su marido y qué esfuerzos hacía para alejarlo de la política activa ante el desgaste formidable que lo minara: «Mi Benjamín. En el «Estandarte» he visto que nada se ha avanzado en el Senado. Esto es para mí un fastidio intolerable... Despidete, pues, del Senado, te lo suplico. No tienes idea cómo me hacen sufrir tus separaciones. Tú crees que haciendo así cumples con tu deber... No me digas que son *niñerías* ni *tonterías*. Los años y la experiencia me pesan más de lo que tú imaginas y por esto mismo es que quiero, a toda costa, arrancarte a la política. Tú haces el bien de todas maneras, así es que en tí no se llamaría esto un egoísmo... »

Cuando se publiquen todas las piezas de correspondencia que sea posible reunir sobre Vicuña Mackenna—tarea larga, pero de no difícil realización—se formará ciertamente un *Epistolario* del mayor interés y no sólo en cuanto diga relación íntima con Vicuña y los suyos, sino también en el aporte que ha de traer al estudio de las costumbres y del vivir de su tiempo.

(354) Veamos de como el clásico *pago de Chile*, de que habla el decir popular, persiguió a la familia de Vicuña Mackenna y cuál fué el destino de la Quinta.

La biblioteca y el archivo pasaron, como era lógico, a la nación.

En Abril de 1882 las casas fueron saqueadas e incendiada la principal por elementos balmacedistas que así querían vengarse de la actitud generosa de doña Victoria Subercaseaux durante la revolución de 1891, pues la viuda intervino en aquel conflicto, asilando a los perseguidos de uno y otro campo (entre ellos al general Velázquez, ministro de Guerra de Balmaceda) y haciendo enterrar a los muertos de las dos facciones, encontrados en las tierras de Colmo, pues en sus proximidades se libró una de las batallas deci-

tando para siempre el luminoso espíritu del grande hombre.

La nación algún día abrirá el parque a los niños y convertirá la casa en museo nacional consagrado a su memoria.

sivas. Doña Victoria mandó levantar una columna expiatoria que se inauguró justamente el día del saqueo e incendio.

Sobre este atentado no se hizo luz, pues, la señora se negó a «que nadie fuera perseguido en su nombre...»

Reconstruida la Quinta, en la parte central se alzó un magnífico edificio, con suntuosos salones, glorietas y galerías de espejos. Pero fué preciso contraer una deuda hipotecaria en el Banco Garantizador de Valores, por la cual se sacó la propiedad a remate en 1900, quedándose con ella por la suma de 70,000 pesos, valor de la deuda, los representantes de la empresa periodística «El Chileno», señores Enrique Delpiano y Juan E. Tocornal! Casi inmediatamente y en el mismo precio la adquirió el abogado de la institución acreedora, señor Javier Figueroa L. Es de advertir que poco más tarde el mencionado señor Figueroa vendió terrenos del fondo de la Quinta, a la empresa del Ferrocarril a Puente Alto, en una suma más que triple. El nuevo propietario retuvo las estatuas, trofeos militares, banderas y recuerdos personales de Vicuña, sin restituirlos jamás a su familia.

Como aparte de la razón moral, había causas legales de nulidad, a más de que la partición de los bienes de Vicuña Mackenna también fué defectuosa, se siguió litigio judicial que duró cerca de quince años, siendo ganado en primera instancia por los menores Vicuña Subercaseaux (Sentencia del juez don Juan Bianchi Tupper) y perdido en la apelación y casación. Abogado de los menores fué don Enrique Mac Iver quien nunca creyó posible la pérdida del juicio.

Siguióse, posteriormente, otro pleito de reivindicación, pues había una faja de terreno adquirida por doña Victoria con posterioridad de varios años a la hipoteca causante del remate de la Quinta. No podía, por tanto, incluirse en los bienes hipotecados, ni, en consecuencia, pasar a poder del señor Figueroa L. Sin embargo, los jueces chilenos encontraron leyes que permitiesen esa nueva expoliación de una mujer viuda y de sus hijos...

A fines del siglo XIX y por reducida deuda hipotecaria, cuyos dividendos no pudieron ser cubiertos por doña Victoria, fué rematada judicialmente la hacienda de *Colmo*, en que muriera Vicuña Mackenna. El señor Manuel Ossa la adquirió en una suma equivalente a la décima parte de su valor en aquellos años (1898).

Más tarde, con intervención de otros influyentes políticos, fué arrebatada la *María Magdalena*, posesión salitrera obsequiada a Vicuña por un admirador y cuyos títulos e inscripciones desaparecieron de modo misterioso. El pleito que siguió, hubo naturalmente de perderse.

Fué así usurpada a doña Victoria y a los menores Vicuña, a la sombra de las leyes chilenas, una fortuna de varios millones de pesos...

Conviene agregar un dato de familia, no conocido... Cuando se iba a rematar la Quinta, doña Magdalena Vicuña, mujer de gran fortuna, pensó adquirirla para sus nietos, los hijos de Vicuña Mackenna, pero se opusieron varios de los hermanos de doña Victoria, a pretexto de «las ideas avanzadas» de la viuda de Vicuña Mackenna y de los artículos en que Benjamin Vicuña S., casi niño a la sazón, se manifestaba «un libre pensador...»

L X V I I I

Volvamos a las actividades públicas de Vicuña Mackenna.

Próximas las elecciones presidenciales para el período que había de iniciarse en Septiembre de 1881, sus amigos y partidarios comenzaron a enarbolar su nombre, pero Vicuña, comprendiendo que el gobierno de Pinto intervendría en favor de don Domingo Santa María, consagrado ya secretamente como candidato oficial, resolvió declinar todo ofrecimiento eleccionario. Era un sacrificio más que debía hacer en aras de su país, sacudido por el vendaval de la guerra.

Su decisión se manifestó inquebrantable. Invitado a cierta reunión de parlamentarios en que se estudiarían las bases de una Convención de Notables, publicó en «El Nuevo Ferrocarril» extensa carta rechazando la invitación por considerar que tales asambleas no daban en Chile garantía de independencia y seriedad. Solicitado por los liberales de Valparaíso, que pensaban celebrar cierta asamblea de tendencia más democrática, se excusó en otra carta, no sin indicar qué bases debían consultarse en reuniones políticas de tan seria índole (355).

A comienzo de 1881 surgió en algunos círculos de oposi-

(355) Fué publicada en «El Mercurio» de 26 de Febrero del 81 y en «El Ferrocarril» de 28 del mismo mes y año. Don Eduardo de la Barra le escribió, con tal motivo, una epístola en «El Heraldo», edición de 1.º de Marzo.

ción la candidatura del general Baquedano y a ella no tardó en adherir Vicuña, recomendándola en extenso manifiesto que vió la luz en «El Nuevo Ferrocarril» (356). Decía en él que la estimaba como una candidatura esencialmente nacional, que el pueblo enarbolaría «contra los últimos ardides públicos o vergonzantes de la intervención de los gobiernos».

A poco fué proclamada la de Santa María (357) y desde las columnas de «La Nación», diario recién fundado en Valparaíso, Vicuña atacó la intervención oficialista y el descaro de los agentes de la autoridad central. El 11 de Marzo escribía al obrero Manuel Muñoz una carta en que decía: «Pretendo hacerme ante mis compatriotas la encarnación viva y constante, ardiente y generosa del luchador de la libertad electoral, que es la fuente de todas las libertades públicas».

Poco después se retiró de la lucha partidista, para no descuidar un instante su labor nacional en el Senado. En carta que publicó «La Nación» el 11 de Mayo, decía: «Me he alejado con propósito deliberado de las contiendas ardientes de la polémica política y del contacto agitado de las asambleas, a fin de mantener intacta mi serenidad de espíritu y entero mi caudal de patriotismo para llenar ante la nación el cargo que invisto en el Senado, haciendo caso omiso de todos los intereses y de todos los contagios de partido».

Sin embargo, ante los reiterados abusos electorales del gobierno abrió debate y presentó un voto de censura al ministerio, interviniendo los más destacados senadores. En sesión de 8 de Junio insistió Vicuña en sus acusaciones y desmenuzó los contra ataques que venían de la Moneda. Y aún cuando Baquedano había renunciado su candidatura el 10 de Junio, en sesión de 18 de ese mes vapuleó en forma severa a los ministros de Interior y Hacienda.

Los clientes del gobierno acusaban al Senador de Coquimbo de padecer «pinto-manía» y de actuar con ligereza.

(356) Ediciones de 31 de Marzo y 2 de Abril. Fué reproducido por numerosos diarios y periódicos.

(357) Ello dió origen a un nuevo periódico satírico—«El corvo»—en que se elogiaba rastreramente al gobierno y se atacaba a Vicuña Mackenna. Probablemente lo redactaron los mismos plumarios de «El Padre Cobos».

A este propósito, ya en Noviembre del año anterior había escrito acerca de «la supina necedad con que por estas tierras acostumbran algunos comenzar sus refutaciones: don Benjamín tal y cual «con su acostumbrada ligereza», o con «su habitual ligereza»?... Mas, «después de eso, han quedado las cosas como antes, sin que hasta hoy haya una sola negación probada contra cincuenta o sesenta volúmenes históricos, todos documentados y la mayor parte escritos entre contemporáneos. Pero, después de todo, de creer es que los que tal dicen en Chile, tienen razón de sobra. Porque ¿cuál mayor ligereza que haber pasado treinta años metido en los archivos de América y Europa y haber vivido cerca de medio siglo acumulando tinta y telarañas, en vez de acumular oro y empleos, casas y haciendas, alfalfa y gravedad? ¡Y qué! ¿Por ventura los bueyes gordos no son graves?»

Su actitud opositora contra la elección de Santa María, su amigo de siempre, su compañero de tantas nobles jornadas de juventud, debió costarle no poco esfuerzo. Al nuevo mandatario le ligaban lazos de afecto indestructible, pero, con todo, pudo más la severa línea de conducta política que se había trazado en los comienzos de la vida, y permaneció como un inexorable guardián de la libertad.

Participó, el año 81, en el debate promovido por la reclamación de don Carlos Walker Martínez contra los electores de presidente, y en interpelaciones de carácter administrativo. Terminado el período ordinario y ya inaugurado el gobierno de Santa María, concurrió con asiduidad a las sesiones extraordinarias del Senado.

Su actividad no desmaya. Interviene en favor del presupuesto de educación pública, pide recompensas para los caídos en la guerra, solicita aumento de sueldos en favor de los maestros primarios cuya labor encomia, defiende los intereses de los obreros que se enganchan en las obras de Panamá. No descuida, en suma, ningún asunto que pueda interesar a la nación.

En 1882 trabajó como miembro de la Comisión de Educación y Beneficencia en la labor de difusión de la vacuna,

proponiendo un proyecto por el cual se hacía obligatoria. Aprobado en general, su carrera fué lenta, como todo en Chile.

Más Vicuña proseguía impertérrito su faena. ¿En qué discusión no tomó parte? ¿A qué materia no allegó sus luces? Presupuestos, reorganización de las oficinas de hacienda, recompensas a los obreros victimados por la guerra, fomento vigoroso de la instrucción (358), política de vinculación ferroviaria con Bolivia y Argentina, solidaridad y acercamiento continental.

En las sesiones ordinarias de 1883 desarrolló memorable interpelación sobre la política externa del gobierno y especialmente sobre la ocupación chilena en el Perú, que condenó abiertamente, prolongándose el debate desde el 25 de Junio al 11 de Julio. Exigía Vicuña Mackenna que las tropas ocupantes se replegasen a la línea fronteriza definitiva. En este último debate fué secundado por don José Francisco Vergara.

En sesión de 29 de Agosto propuso que se declarasen reformables o se suprimiesen lisa y llanamente los diversos artículos constitucionales referentes a la Iglesia, con lo cual se llegaba de hecho a una pacífica separación de poderes.

Posteriormente intervino en los proyectos de registro y de matrimonio civil y en las diversas reformas doctrinarias que patrocinaba el progresista gobierno de Santa María, con el cual en aspectos varios hubo, no obstante, de estar en desacuerdo.

Tal es, a grandes rasgos, la actuación legislativa de Vicuña Mackenna en los años 82, 83 y 84, últimos de su grande jornada política.

En 1884 volvió al foro, reanudando actividades judiciales, en defensa, esta vez, de amigos de juventud envueltos en litigio que pronto alcanzó las proporciones de un bullado escándalo social. Fué aquel pleito el que instaurara don José Regis Cortés para obtener la interdicción de su padre don Felipe Eugenio;

(358) ¿Hay escuelas en Chile? ¿Se enseña a leer al pueblo de Chile? se pregunta Vicuña Mackenna y su voz estremece las conciencias de gobernantes y gobernados. Mas suelen las conciencias de los pueblos americanos tener memoria frágil...

a fin de anular ciertos contratos suscritos por éste con los hermanos Francisco Javier y Ruperto Ovalle.

Vicuña redactó, en contestación a un libelo de Cortés (359), una extensa publicación firmada por Ruperto Ovalle: *Para castigo de la difamación. Las imposturas de don José Regis Cortés a propósito del juicio de interdicción por demencia que sigue contra su señor padre D. Felipe Eugenio Cortés.*

Habiendo publicado Cortés otros dos groseros libelos contra los hermanos Ovalle, uno de estos, don Ruperto, firmó el siguiente: *Mi respuesta al último soez libelo de don José Regis Cortés en apoyo del juicio de interdicción por demencia que sigue contra su señor padre D. Felipe Eugenio Cortés.* A propósito, escribe Donoso: «Desde la primera a la última línea de este folleto se adivina la punzante pluma del autor de la *Historia de Santiago...*»

Instaurado el pleito en Quillota, se dió lugar a la demanda en lo concerniente a aceptar la interdicción provisoria del señor Cortés. Apelada la sentencia, Vicuña Mackenna alegó—por vez primera y última después de varios lustros—indicando que lo hacía en obsequio a una amistad tan antigua como su vida y especialmente en razón de ventilarse altas y trascendentes cuestiones de derecho público «que afectaban los preceptos claros de la Constitución y la ley internacional de todas las naciones». La apelación fué ganada por el impugnador, pero el pleito duró largos años, según inveterada tradición de los tribunales chilenos.

Vicuña siguió asistiendo al Senado en las sesiones ordinarias de 1884. Fué nombrado miembro de la Comisión de Reforma Constitucional, e intervino, como de costumbre, en todos los debates de interés público. Presentó por esos días un proyecto destinado a aumentar las rentas municipales de Santiago y Valparaíso y en sesión de 8 de Agosto formuló un proyecto de ley autorizando al Presidente de la República para proceder a la colonización de tierras en Magallanes, con arriendos cuyo máximo sería de 99 años. En sesión de 11 de Agosto pronunció largo discurso en defensa de su tesis,

(359) *Para la vindicta pública. El crimen de la rue Gluck, N.º 4, en París.*

aprobada en general dos días más tarde, con la oposición del gobierno. A comienzo de Septiembre se discutió un informe sobre los senadores que habían aceptado puestos fiscales y tras de largo debate en que participó Vicuña Mackenna, las conclusiones de éste fueron aprobadas «por una abrumadora mayoría».

El 22 de Septiembre terció en el debate sobre reforma constitucional. Su discurso, saturado de intensa ironía ante los escollos de carácter teologal, que levantaban inútiles y torpes tempestades, parecía indicar como había problemas más hondos en la política y en la realidad chilena que no tardarían mucho en hacerse presentes de dramática manera. «Espléndida impresión causó su discurso en sus colegas—refiere Donoso—y nutridos aplausos y felicitaciones cosechó después de él».

El proyecto de reforma constitucional en materias que afectaban a las relaciones de la Iglesia y el Estado se votó el 20 de Octubre y al fundar el suyo Vicuña dijo estas palabras: «Mi voto, voto de verdadero, antiguo y probado liberal, será favorable al primer artículo, porque él consagra todos los principios que han regido mi vida pública durante más de treinta años. Y será contrario a todos los demás (excepto el pedacito de separación que consulta el art. 4.º) porque ellos son la negación absoluta y reaccionaria de todos esos principios, los principios tradicionales del partido liberal, desde Freire e Infante a Campino y Concha, desde Lastarria y Santa María a M. L. Amunátegui y Marcial González; desde Eusebio Lillo a Joaquín Lazo, mis antiguos compañeros de combate, de victorias y derrotas».

Fueron las últimas palabras que el grande hombre pronunciara en el parlamento de Chile (360).

Y poco más tarde, desde las columnas de «El Mercurio» y luego en folleto, rindió la cuenta final de su mandato en aquel conocido documento que se titula: *Seis años en el Senado de Chile. Carta política a los electores de Coquimbo sobre la representación*

(360) En sesión de 27 de Octubre se dió cuenta al Senado de la comunicación en que Vicuña Mackenna anunciaba su resolución de no concurrir a las futuras sesiones que celebrase aquel alto cuerpo.

de esa provincia en el Senado durante el período de 1879 a 1884 (361).

Esa histórica carta política, dirigida a su amigo don Santos Cavada, concluye con una exhortación a los coquimbanos, en la cual se advierte la revolución que cinco años más tarde—cuando el mismo no fuera ya sino un gran faro de luz encendido para siempre en la memoria de los chilenos—pondría término a un régimen de férreo despotismo oligárquico. «Me refiero en esto—dice Vicuña—a una última súplica que dirijo al pueblo coquimbano para que en todas circunstancias trabaje por enviar a la representación nacional los hombres independientes de la República, y de su propio suelo, combatiendo sin tregua y sin cuartel las funestas candidaturas impuestas, que son la negación de todas las libertades públicas, de la dignidad del pueblo, del progreso moral de la nación... y cuya fatal subsistencia habrá de conducirnos a deplorables crisis, cuando la mansedumbre, que hoy se traduce en envilecimiento, se haya convertido en la exigencia altiva de los deberes y de los derechos, que hoy los falsificadores de todos los colores pisotean a mansalva para eterno escarnio de este país en todo lo demás tan grande y tan heroico».

Dice Ricardo Donoso, a propósito de la carta en comento: «Pocos escritos de Vicuña Mackenna más genuinamente suyos y reveladores que éste, en que el hombre aparece en toda la desnudez de su espíritu. Vibrante, agudo, lleno de sabroso interés, palpitante de generoso y ardiente patriotismo, es la confesión descarnada de su labor altiva e independiente. Apasionada y violenta, ilustrada y constante, su acción parlamentaria será recordada siempre con gratitud, y señalada con orgullo como paradigma de vehemente patriotismo y eficacia cívica».

(361) Hay una segunda edición de *Seis años en el Senado de Chile* (Nascimento, Santiago, 1923).

L X I X

Los años de guerra aminoraron la producción literaria extraña a aquélla, pero, con todo, ésta alcanzó relieve, que se hizo mayor a partir del triunfo en 1881. El último período de su labor intelectual fué fecundo y puede decirse que la muerte lo sorprendió con la pluma en la mano, cuando vino a golpear su naturaleza extraordinaria en Enero de 1886.

Examinemos someramente la producción literaria de la postrera época, que abarca los años de 1879 a 81 y de 1881 a 86.

En el primer verano de la guerra, cuando las fuerzas de Chile habían ocupado Antofagasta, publicó el catálogo de la biblioteca del cónsul Beeche, su amigo, bajo el título de *Bibliografía americana. Estudios y catálogo completo y razonado de la biblioteca americana coleccionada por el señor Gregorio Beeche*. En el texto figura la biografía del erudito argentino y algunas apuntaciones bibliográficas de interés. Es «obra de grandísima utilidad y de singular atractivo por las sabrosas apóstillas que Vicuña Mackenna consignó en muchas de sus páginas», dice Donoso.

Inició a poco su labor periodística de «El Mercurio» que abarca más de 550 títulos entre el 5 de Febrero de 1880 y el 9 de Diciembre de 1885 en que aparece el postrer artículo—

La comarca de Aconcagua—(362). Esa producción, incluyendo la relacionada con el conflicto exterior, encierra todos los temas imaginables, desde la industria frutícola en Chile hasta las más eruditas críticas de arte y bellas letras (363). Nada escapa a su mirada y a su pluma. Todo lo interesante del mundo, en relación a América y a Chile, encuentra eco oportuno o análisis hondo. La gama es vasta y puede encontrarse allí desde la nota dramática y el grito épico hasta la sonrisa burlesca y el chusco decir. La comprensión, el amor a la tierra, revestidos de hondo sentido humano, se conciertan y armonizan con la ironía más fina. El bataclán de la vida encuentra un intérprete filósofo que sabe valorar a los hombres y sus pasiones. En esas páginas incontables que habrán de llenar muchos volúmenes nada parece perdido. El espíritu domina.

Escuchemos a Donoso en una de las más acertadas páginas de su libro sobre el hombre genial: «Es difícil encontrar en la historia literaria de Chile una labor periodística más notable, en intensidad y belleza intrínseca, que la de Vicuña Mackenna en *El Mercurio* en el último lustro de su vida. Ni Justo Arteaga Alemparte, ni Isidoro Errázuriz, ni Zorobabel Rodríguez, laboraron a lo largo de sus fecundas y apasionadas vidas, páginas más sólidas y de más seductora y perdurable belleza que las

(362) Véase en el *Vicuña Mackenna* de Donoso (páginas 605 a 648) la Bibliografía periodística de Vicuña en el viejo rotativo chileno, durante aquel período.

Puede consultársela también en el libro de Feliú Cruz: *Las Obras de Vicuña Mackenna*, (Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1932).

(363) Agradeciéndole el juicio que emitiera acerca de un libro sobre Monteagudo, el escritor argentino Clemente L. Freguero le decía (Buenos Aires, Febrero 17 del 81): «Por lo que respecta a mí, no tengo expresiones con qué manifestarle mi agradecimiento pues en la prensa extranjera es Ud. mi padrino de letras, como lo es Mitre en la del Río de la Plata. Con semejantes padrinos Ud. comprenderá los apuros del ahijado para salir airoso...»

Adolfo Saldías, en larga carta fechada el 3 de Diciembre de 1880: «Me complace en reconocer que ese mi libro está de hoy en más honrado, por el mero hecho de que se haya ocupado de él uno de los talentos más fecundos y más brillantes de nuestra América».

El notable literato colombiano José M. Samper, que después tendría en Chile grata amistad con Vicuña Mackenna, le escribía desde Bogotá (Enero 17 de 1882): «He sido siempre y soy muy *chileno*, es decir, adicto a esa República hermana con viva simpatía, y desde que leí la primera obra de Ud. que vino a mis manos (muchos años ha) de narración de su viaje por Méjico, empecé a ser admirador de Ud. Mis ideas, que son de un conservantismo liberal, son garantía para mí mismo de la realidad de la admiración que tengo por Ud., puesto que, siendo Ud. radical, no puede obsecarme la prevención proveniente de la comunidad de ideas políticas».

del autor de *Las dos Esmeraldas* en el decano de los cotidianos chilenos. Cuanto asunto cae bajo los puntos de su pluma está empapado de amenidad, de sana agudeza y de gracia personalísima. Hasta cuando escribe de áridos tópicos bibliográficos es liviano y pintoresco. Tentativa ardua sería la de pretender encontrar una orientación determinada en la obra periodística de Vicuña Mackenna: espíritu amplio, de sólida cultura humanista, todo le interesa y emociona, las flores y los cuadros, los libros y las reliquias históricas, las víctimas de la guerra y los ferrocarriles. Recórrase la bibliografía de su labor periodística de ese mes de Mayo de 1882 y se verán junto a extensas glosas a libros recientes, Barros Arana y Mitre, extensas crónicas sobre los árboles del valle de Santiago y la galería de cuadros de Enrique Swinburn, las prendas personales de O'Higgins y las víctimas de la ocupación del Perú. La publicación de las *Comprobaciones históricas* del escritor argentino le brinda magnífica ocasión para componer una serie de artículos en que desarrolla temas gratos a su espíritu: el genio de don José Miguel Carrera, la gratitud de los chilenos por la obra libertadora de San Martín, el repaso de los Andes por las huestes cuyanas. Si hay una característica general en la obra periodística, que alcanza también a la literaria, de Vicuña Mackenna, es su profunda, honda e inconfundible chilenidad. Chileno hasta la médula de los huesos, con un desbordante amor por todo cuanto digera relación con las cosas de su terruño, la obra del escritor santiaguino resume todo el áspero y sano sabor de la tierra. Todo cuanto de cerca o de lejos diga relación con su entrañable tierra cobra ante su espíritu amables contornos, que él es el primero en traducir en letras de molde. Por eso será siempre Vicuña Mackenna el escritor nacional que mejor hará vibrar nuestro espíritu, el que ha de hablar el lenguaje más emocionante a nuestro altivo e ingenuo corazón, y el que ha de mover las más íntimas fibras de nuestra ánima precaria. Por esa cálida chilenidad que circula a través de todos sus escritos, antes que por otros no menos justos títulos, vivirá el autor de la *Historia de Santiago* en la gratitud y en el corazón de los chilenos» (364).

(364) Donoso: obra citada, capítulo XXXVII (*La vida es una faena*).

Paralelamente Vicuña escribe en «El Nuevo Ferrocarril» y más tarde en «La Nación» de Valparaíso y «El Veintiuno de Mayo» de Iquique.

Varios libros de texto e investigación nutridísima comenzaron a sucederse a partir de 1881. ¡A más de las obras de guerra! (365).

En Diciembre de aquel año apareció *La edad del oro en Chile, o sea una demostración histórica de la maravillosa abundancia de oro que ha existido en el país, con una reseña de los grandes descubrimientos argentíferos que lo han enriquecido, principalmente en el presente siglo, y algunas recientes excursiones a las regiones auríferas de Catapilco y quebradas de Alvarado y Malcara*. Monografía erudita, en ella se investiga la explotación aurífera chilena a través de la conquista y del coloniaje. Las sombras de los aventureros ávidos que formaron en las huestes de Almagro y Valdivia parecen proyectar reflejos de romance. La heroicidad y la miseria se juntan, y tras de los pendones de aquel señor del mundo en cuyos dominios el sol no se ponía, va quedando un reguero de oro y de sangre que pesa como una maldición. Las razas perseguidas siembran con sus huesos los desiertos, los piques de mina, los campos yermos y aún en el atardecer de la vida colonial arden fuegos de tragedia. El dominio español no fué en América sino una expoliación continuada de las razas aborígenes. Inquisición para el espíritu, látigo para las carnes, hambre de todo... España habrá de reivindicarse con extenso apostolado intelectual en los tiempos del socialismo. ¡Qué los españoles tornen en espíritu lo que en oro y sangre se llevaron durante tres siglos de explotación!

Siguió *El Tribuno de Caracas. Rasgos, noticias y documentos sobre la vida del ilustre prócer chileno don José Cortés*

(365) En el curso del año anterior apareció un nutrido volumen: *La Patagonia*. «(Estudios geográficos y políticos dirigidos a esclarecer la «Cuestión Patagonia», con motivo de las amenazas recíprocas de guerra entre Chile y la República Argentina)». Santiago, Imprenta del Centro Editorial, 1880.

Acerca de esta obra, muy importante para el estudio de Vicuña Mackenna, pues en ella se encuentran notables datos acerca de su actuación como pacificador entre Chile y Argentina, nos hemos ocupado en el capítulo LXII del presente trabajo.

y *Madariaga*, previamente publicado en las columnas de «El Mercurio». Acerca de esa figura americana Vicuña pronunció ante la tumba de Bello, con ocasión del peregrinaje realizado por sus admiradores en el centenario del nacimiento de aquel hombre insigne, estas palabras: «treinta años justos hacía cuando él llegara a nuestras playas, desde que un chileno ilustre, tan grande y desdichado como poco conocido, naufrago como él, de la fortuna y de la guerra» peregrinando se detuviera en Caracas. «Y allí preparó, con más osadía y arrogancia que Carrera su sobrino, con una constancia que sólo puede compararse a la de O'Higgins, con un ardimiento que fué igual si no superior al de Bolívar, la emancipación de aquella parte de la vasta mazmorra intelectual que los reyes y las leyes de España forjaron en todos los lindes del Nuevo Mundo que les rindieran tributo de oro y servidumbre, desde Venezuela a Chile». La obra revolucionaria de Cortés en la gran Colombia compensaba, a su entender, la ausencia de Bello, «maestro, legislador y prócer en Chile».

El quinto y último volumen de la *Historia General de la República de Chile* apareció por esos días.

En Mayo de 1882 las vitrinas de los libreros mostraban otro nutrido volumen histórico: la *Vida del Capitán General de Chile don Bernardo O'Higgins*. Era una ampliación del *Ostracismo*, pues aquel se completaba con varios capítulos (366) acerca del exilio del director chileno en el Perú. Allí se narraban sus desencantos, sus esperanzas siempre renacidas, los nuevos e ilustres servicios que prestara a la causa de la independencia peruana, combatiendo bajo las banderas de Bolívar. Chile, la ilusión de Chile y de la reconquista del poder, constante miraje del ex-mandatario, pasa por las páginas de

(366) La *Vida de O'Higgins* fué publicada simultáneamente con *La dictadura de O'Higgins* de Miguel Luis Amunátegui. Los 13 capítulos que se relacionan propiamente con la vida de exilio del director chileno, complementarias al libro publicado en 1860, fueron tiradas, también, en edición aparte, con el título de: *El ostracismo del General don Bernardo O'Higgins. Escrito sobre documentos inéditos y noticias auténticas*. Tomo II., Santiago, Jover, editor, 1882. Según Feliú Cruz esta edición es rarísima.

En la *Vida de O'Higgins* debe mencionarse el capítulo adicional en que se trata de la repatriación de sus restos en 1869 e inauguración de su estatua en 1872, siendo Vicuña—inspirador de la última—Intendente de Santiago.

esa vida insigne. El *O'Higgins* de Vicuña Mackenna, magnificado por la lejanía, depurado por el sufrimiento, se presenta con el relieve de una hermosa figura americana, en cuyo acervo el espíritu de unificación no se halla distante de Bolívar, si bien no supo encontrar las elocuencias propias del genio que brillaban en el creador de la Gran Colombia. O'Higgins era un demócrata orientado por las circunstancias en el sentido de la fuerza. Bolívar fué un autócrata integral, un forjador de pueblos y de almas para quien las grandes construcciones, las supremas transformaciones requieren inevitablemente del dolor y de la fuerza.

Según declarara Mauricio Cristi, secretario privado de Vicuña, en artículo que produjo sensación, el historiógrafo había realizado en tres días la labor complementaria de su obra, esto es los capítulos consagrados propiamente al ostracismo. Y ello es tanto más notable cuanto el apresuramiento supuesto no se advierte en el estilo llano y armonioso, épico a veces, ni en la cuidada ordenación de los hechos o en la crítica histórica que los interpreta.

El mismo año 82 apareció un folleto de notable interés: *Chile*. (Times Printing House, Philadelphia). Era la colaboración solicitada a Vicuña, tocante a Chile, para la *Enciclopedia Británica* editada en Filadelfia. En esta monografía se presenta a grandes rasgos la tierra que el autor engrandecía con su propio nombre y obra. Nada escapa a esa visión global en la que se advierten previsiones singulares, pues, a vía de ejemplo, dice que cuando todo el territorio nacional esté habitado podrá sostener una población de 17 a 20 millones de habitantes. «Hay en este jugoso folleto—escribe Ricardo Donoso—anotaciones y glosas que sorprenden por su aguda penetración y su atinada certeza. Utilísimo para conocer lo que el senador por Coquimbo pensaba de los servicios públicos, costumbres y bondades de su entrañable patria, nos ofrece un esquemático cuadro de sus ideas fundamentales». Y manifiesta que puesto al día prestaría hoy «señalada utilidad a la obra de difusión y propaganda de nuestro nombre en lejanas tierras».

Esto parece sintomático. Hemos tomado el caso de una

obra circunstancial, que encuentra—al ser juzgada por críticos de alta cultura, medio siglo después de haber sido escrita—valor de cosa eterna. Ahí está la explicación de por qué las multitudes acogen con entusiasmo los escritos de Vicuña en 1932. Es otro aporte a la consagración de su genio, ya indiscutido como observa Galdames en el libro magistral que consagrara a estudiar la juventud del grande hombre. El genio de Vicuña Mackenna hará eterna, en verdad, su obra.

Cerrado el año 82 (367), el siguiente no acusa disminución alguna en sus actividades literarias. Un libro a la memoria de la hermana más amada, inaugura las tareas de 1883. *Dolores* es un poema literario. La emoción, la ternura, los afectos superadores que unen a las almas por encima de credos y de clases, encuentran allí su más bella expresión. Don Jorge Huneeus ha dicho: «Para los que no alcanzamos a conocer ni a escudriñar personalmente los delicados pliegues del alma del grande escritor, es el libro de *Dolores* prueba evidente del supremo brillo con que en su autor se maridaban el talento, la imaginación,—tan manifiestos siempre en el ingenio chispeante de sus páginas y en el calor brioso de sus frases,—con la inspiración poética de un hondo sentir y con los arranques espontáneos de un estro poderoso que así sabía encumbrarse al lirismo pindárico del canto heroico en las alas ardientes de la elocuencia artística, como sabía discurrir, desnudo de los atavíos y retóricos ornamentos, por el campo naturalísimo de la sencillez clásica» (368).

A continuación aparecen, con corta distancia, dos volú-

(367) Acerca de la labor periodística desarrollada en 1882, dice Donoso: «Encara Vicuña Mackenna en sus artículos del gran diario porteño los más variados y pintorescos tópicos, que bajo su mágica pluma, cobran contornos de amenidad y seducción». Recuerda el biógrafo «uno de sus más bellos artículos, *Los grandes cometas históricos de Chile*, reproducido y saboreado con placer en nuestros días»...

Y a propósito de otro artículo—*La previsión es el porvenir*—apunta el señor Donoso: «La vigorosa acción de su potente espíritu llegaba hasta la lejana y rica provincia, siempre eficaz, despierta y empapada del más vehemente patriotismo. Señala las ventajas de la asociación; hace un resumen de reveladores datos estadísticos sobre el desarrollo industrial y económico del país; estudia los recursos de Tarapacá, su población y sus industrias; y adelanta algunas de las páginas de su nuevo libro, cuya impresión hace crujir y rechinar las prensas en esos momentos».

(368) *El mejor poema de un gran poeta*. (Véase: *Corona Fúnebre* de Vicuña Mackenna).

menes de no escaso interés: *El Libro de la Plata* y *El Libro del Cobre y del Carbón de Piedra en Chile*. Ambos tratan de la explotación minera nacional, de su historia, de sus realidades y de cuánto el porvenir podía encerrar para aquélla, de acuerdo con sus previsiones rara vez incumplidas.

«Fruto de una investigación paciente y prolija—se lee en la obra de nuestras principales citaciones—*El Libro de la plata* señala un nuevo y feliz esfuerzo en la genial labor histórica y literaria de Vicuña Mackenna». Arqueros, Chañarcillo, las Condes y todas las principales minas y mineros encuentran una pluma siempre fresca que anima el relato, recordando consejas fabulosas, leyendas, encuentros, trabajos. Es el poema de los hombres que persiguen duramente el miraje de la fortuna, que a veces logran aprisionarla y los más acaba ella por vencerlos. Como en *La Atlántida* de Benoit, la diosa atrae a quienes quiere perder y a su sortilegio, devorador de vidas y de sueños, resulta difícil escapar.

Otro tanto puede decirse de *El Libro del Cobre y del Carbón de Piedra*. Completan ellos con *La Edad del Oro* una trilogía que, siquiera se la considere en su solo aspecto folklórico, posee singular relieve. La historia del esfuerzo de un pueblo que quiere engrandecerse y busca la posibilidad de labrar su independencia económica, se encuentra en sus capítulos. El protagonista, como en los libros de guerra, continúa siendo el *roto*, el *pililo*—creación suya según afirma Feliú Cruz,—el *hombre-pueblo* en suma, héroe supremo en toda la obra del historiador como fuera su supremo sostén en la tarea política y en la labor administrativa. En verdad no existe página de Vicuña en que no se encuentre presente a su pueblo, por manera que siempre que se intente investigar el desenvolvimiento de éste, su psicología, su avance cultural y económico, será menester estudiar prolijamente a Vicuña Mackenna. Tan indestructible unión hay entre uno y otro.

El libro de Novo y Colson sobre la guerra de España con Chile y Perú, escrito sin pasiones, por todo lo alto, inspiró a Vicuña, luego, una colección de *cuadros* y *episodios* que se reunieron en volumen bajo el título de *Historia de la guerra de Chile con España* (1863-1866). Las eruditas y bien per-

geñadas páginas del eminenté escritor español atraieron al historiador de Chile, pues a la vez que recogían la huella de su acción, rendían justiciero y merecido homenaje al país que había levantado el pendón americanista.

Don Pedro de Novo y Colson escribió a Vicuña Mackenna larga carta, expresándole su gratitud. «Mucho me enorgullece y honra, le decía, la atención y el interés que ha merecido mi obra al mejor y más fecundo de los historiadores americanos. No dudará usted que considero esos estudios críticos como el más rico laurel y el más hermoso premio que hasta ahora he obtenido en mi carrera literaria» (369).

Otro volumen macizo entregaron las prensas a fines del año 83: *Juan Fernández. Historia verdadera de la isla de Robinson Crusoe*. Maravilloso relato en que la historia y la fantasía se hermanan para evocar, junto a la figura legendaria creada por Daniel Defoe—imaginada o real, por humana más real que imaginada,—las sombras de los prisioneros que relegara la Capitanía de Chile durante la agonía del coloniaje. Los perseguidos de todos los tiempos se dan la mano, y el relato pleno de interés, coge al lector no soltándolo hasta la página postrera. Bien que ello ocurre, por lo general, con toda la obra de Vicuña.

En 1884 fué dado a la estampa *El coronel don Tomás de Figueroa*, estudio crítico y biográfico en que se relataba la vida de aquel jefe militar que intentó entregar su patria al dominio del rey de España en aquel tristemente célebre «motín de Figueroa», ocurrido en la plaza de Santiago el 1.º de Abril de 1811. Obra generosa, en ella se analizan los méritos anteriores de Figueroa y se estudian con benevolencia los sucesos de marras.

En el curso del siguiente año vió la luz otro de sus trabajos de interés nacional: *A través de los Andes. Estudio sobre la mejor*

(369) Esa interesante carta, fechada en Madrid el 23 de Agosto de 1883, puede consultarse íntegra en la obra de Donoso. El historiógrafo español agrega en ella: «He recibido, mi ilustre amigo, siete grandes volúmenes de diversas obras de usted; me propongo leerlos todos, seguro de hallar en ellos nuevos motivos de aplausos hacia Chile, nación que yo conozco poco y cuyo estudio me inclina a profetizarle un porvenir de envidiable prosperidad y grandeza. Hallo en la raza chilena toda la altivez, valor y sufrimiento de la raza española, y al mismo tiempo las más apreciadas condiciones de la raza anglo-sajona»...

ubicación del futuro ferrocarril inter-oceánico entre el Atlántico y el Pacífico en la América del Sur. Sus 366 páginas contienen un arsenal de previsiones, datos y advertencias. Vicuña fué en realidad no sólo el precursor del ferrocarril trasandino, sino su más decidido impulsor como lo comprobaría esta obra si la propia correspondencia del eminente ingeniero Mateo Clark, que dirigió los trabajos y trazó los planos, no se encargase de evidenciarlo (370).

Aparte los libros de guerra, un último volumen aparece en 1885 coronando la obra literaria de Vicuña Mackenna. Es un canto de cisne, un admirable canto de cisne en que todas las cualidades del gran escritor—ingenio, poesía de romántica estructura, erudición, magia de estilo—se agudizan. *Al galope* se titula y al galope va el interés de los que leen, con el espíritu a la grupa de los caballos de Colmo. Relato de excursiones científicas y alegres paseos en que los días de la juventud van renaciendo. Cada paisaje, cada árbol, cada piedra del camino habla al autor con esa elocuencia inexpresable de las voces que llegan desde más allá del tiempo y de la vida. Y una pántina de dulce tristeza vela la alegría del sol. Comienza a atardecer y las primeras sombras caen sobre la enhiesta figura del prócer.

En esos años finales deben anotarse algunos folletos de no escaso interés: *La cuna del cuerpo de bomberos de Santiago y su tercera compañía* (1883) (371); *Elisa Bravo o sea el misterio de su vida, de su cautividad y de su muerte* (1884), en que se relata la historia de aquella infortunada mujer que naufr-

(370) Dice Donoso, a propósito de este libro: «Con la originalidad y brillo propios de su admirable talento, con abundante acopio de datos nuevos, con rara sagacidad de investigación y con penetración de espíritu e imparcialidad que señalan su pasión por el progreso americano, Vicuña Mackenna nos ha dejado un estudio que vivirá vinculado a aquella notable obra. Su prematura muerte no le permitió ver realizados sus ardientes deseos, y hoy que éstos son espléndida realidad inexcusable injusticia es que ni una humilde estación-recuerde su nombre, ni los esfuerzos de su potente espíritu, que peleó tan rudas batallas por dotar a su patria de ese notable camino internacional».

(371) «(Homenaje de un antiguo compañero)». En sus 24 páginas se muestra el interés que Vicuña Mackenna sintió siempre por los bomberos, a cuya tercera compañía perteneció. Ellos y ésta le deben no escasos servicios, mal conocidos hoy. Justo es recordar que tanto la noble institución como los tercerinos han tomado parte en muchos homenajes a la memoria del gran ciudadano, singularmente en los de carácter nacional.

gara en el *Joven Daniel* en 1849 y sobre la cual se tejió romántica y extraña leyenda; *Blaine* (1884), estudio acerca de aquel político norteamericano en relación con Chile (372); *El último de los cuarenta asesinatos de doña Catalina de los Ríos* (1884); *La contabilidad del cadalso de los Carreras en Mendoza* (1885) (373); *Recuerdos íntimos*: «A la grata memoria de Juanuario Ovalle Vicuña» (1885), hermosa página saturada de dolor en que se evoca con ternura la silueta de un amigo muy amado, muerto en la primavera de ese año. Y para cerrar la lista este título: *Una excursión a través de la Inmortalidad o sea reminiscencias de los grandes hombres que en el curso de mi vida he conocido en el nuevo y viejo mundo* (374).

Cabe mencionar, en esta última cuenta literaria, su conferencia sobre los primeros británicos en Valparaíso, dada con éxito notable en la Young Men's Cristian Association el 20 de Marzo de 1884. Escrita con aquel notable *homour* que se revela en muchos de sus escritos, muestra las actividades de los ciudadanos del Reino Unido en tierras de Chile. Fué impresa en inglés con el título de *The first britons in Valparaiso* (375). Una traducción española fué publicada en 1910 (376).

(372) El problema de la política intervencionista de Estados Unidos aparece previsto en este notable estudio, en toda su extensión. Hay una frase suya que tiene valía notable, pues establece la línea política defensiva que Chile habrá de adoptar, indiscutiblemente, llegado el caso: «Mas, sea de ello lo que quiera—dice Vicuña Mackenna—lo que nos importa a los chilenos es saber nosotros mismos, y que lo sepa el noble pueblo americano, que aunque comparativamente pequeños, relativamente débiles y lejanos de los fuertes, por la cuenta de los grados geográficos de la tierra, estamos siempre listos, sin jactancia ni vanagloria, para ocurrir a la orilla del océano que circunda nuestras playas, para defenderlas heroicamente de pie sobre su última roca, sosteniendo nuestro pabellón hasta su última astilla».

(373) Vicuña al escribir su *Ostracismo de los Carreras* ignoró aquel triste y vergonzoso rasgo de O'Higgins cuando envió al padre de José Miguel Carrera la cuenta del cadalso de sus propios hijos.

(374) Existe otra edición hecha en Curazao en 1889 por la «Biblioteca Hispano Americana» de A. Bethencourt e hijos.

(375) *The First Briton In Valparaiso (1817-1827)*. Lecture delivered by Benjamin Vicuña Mackenna, esq. inaugurating the second annual course of public lectures under the auspices of the Young Men's Cristian Association. Valparaiso in the evening of March 20 JH., 1884. Valparaíso. Gordon Henderson y Cia., 1884.

(376) *Valparaiso y los ingleses en tres siglos. Conferencia leída en inglés por don Benjamin Vicuña Mackenna, ante la Young Men's Cristian Association de Valparaiso el año 1884*. Santiago de Chile, Imp. Cervantés, 1910. (Segunda Edición).

Años después de su muerte debían imprimirse otros volúmenes inéditos: *Don Diego de Almagro* (1889), del cual ya nos ocupamos, y *El Washington del Sur—Cuadros de la vida militar del general Antonio José de Sucre*—(1893). Con ocasión del primer centenario de su nacimiento aparecerían, también reunidos por primera vez en volumen, *Terra Ignota* (1930) (377); *Algunos proverbios, refranes, motes y dichos nacionales; Crónicas de Valparaíso* y *Crónicas Viñamarinas* (1931).

Los tiempos postreros no vieron decaer un minuto su actividad periodística. Hemos visto la asombrosa labor realizada en «El Mercurio» y que Donoso ha sabido juzgar en forma tan feliz. Otros diarios y publicaciones, especialmente «La Lectura» y la «Revista de Artes y Letras», se honraron con ensayos acerca de los más variados temas, en los que se incluían críticas de bellas letras y de pintura (378). Todos los grandes diarios de América reproducían sus principales escritos, los comentaban con alto elogio o daban detallada cuenta de sus trabajos literarios y políticos. Vicuña Mackenna era ya, sin disputa alguna, la más alta figura intelectual de nuestra América y así habría de recordarlo Rubén Darío al desembarcar en tierra chilena en 1886.

Diversas corporaciones extranjeras de nombradía mundial le habían acogido en su seno. En 1883 la Real Academia de la Historia lo nombró por unanimidad miembro correspondiente, a insinuación de don Antonio Canovas del Castillo. La Sociedad de Escritores y Artistas de Madrid y la Sociedad Universitaria

(377) Véase el cap. LXI, de esta obra.

(378) Vicuña Mackenna fué gran protector de las bellas artes y de la pintura y escultura en especial. Siendo Intendente de Santiago dió especial impulso al desarrollo del arte chileno.

En tocante a bellas letras, ya se sabe cuanto hizo en favor de los escritores jóvenes y de qué noble y generoso modo estimulaba a todos aquellos en quienes veía la chispa inicial. Don José Toribio Medina, vg., lo reconoció por su maestro y cuando la Universidad de Chile celebró el 50° aniversario de la publicación de su primer trabajo, en inolvidable y solemne sesión, quiso el ilustre polígrafo recordar a Vicuña, rindiéndole su más alto homenaje. Juicios críticos varios honraron a escritores de diversos países americanos, entre los cuales a José María Samper, Gonzalo Bulnes, Adolfo Saldías, Clemente Freguero, Juan María Gutiérrez, Bartolomé Mitre y tantos otros. Entre los prólogos para libros de autores noveles, escritos en la etapa final, puede recordarse el de las Poesías de Pablo Garriga (1882) y el de «Viaje en torno al mundo por un chileno» de Pedro del Río (1884).

de Montevideo, entre otras instituciones americanas, hicieron otro tanto. La Academia Española de la Lengua, en sesión de 17 de Abril de 1884, resolvió, por acuerdo unánime, nombrarlo miembro correspondiente. Firmaron la proposición don Manuel Cañete, don Aureliano Fernández Guerra y don Gaspar Núñez de Arce.

L X X

En Santa Rosa de Colmo Vicuña Mackenna pasó largas temporadas durante los años postreros. El campo, pleno de rica savia primitiva, debía acoger los períodos de comienzo y acabo en esa vida que no conoció treguas. Tabolango y el Melón fueron el escenario de los días de adolescencia y la hermosa estancia de su mujer, entre la cordillera y el mar, le brindó sus paisajes de paz, como un pórtico al gran reposo.

Colmo había pertenecido en otro tiempo a la Compañía de Jesús. A fines del siglo XVI fué donada al célebre piloto Juan Fernández, ya octogenario, por el presidente de Chile don Alonso de Sotomayor. En poder de doña Victoria, que la hubo por herencia de su padre, estuvo arrendada largo tiempo, hasta que decidido Vicuña a pasar allí parte del año, nombró administrador en 1884 a don Ismael Moyano (379). Después de una primera visita decidió formar un ambiente grato en esas tierras plenas de paz. Acomodó las casas, rehizo el parque, plantó árboles y de todo hizo un jardín que hoy, en completo abandono, recuerda aún la mano creadora. Cuando en peregrinación fuimos alguna vez a evocar las gran-

(379) Véase: Ismael Moyano V.—*Historia de Santa Rosa de Colmo. Última morada del ilustre escritor B. Vicuña Mackenna*. Santiago, 1887.

En este interesante y muy documentado libro del señor Moyano, administrador de Colmo en tiempos de Vicuña, pueden encontrarse detalles curiosos acerca de la vida íntima del prócer. Entre los documentos figuran diversas escrituras y títulos de aquella hacienda y una detallada crónica de los acontecimientos ocurridos durante los años 1884 a 1886.

des sombras que allí habitaran, todo decía de huellas amadas, más perdurables que esta carne nuestra, tan atormentada en su efímero paso... Lo inmóvil hablaba al alma. Había piedras con inscripciones familiares, trozos de mármol cubiertos de pátina y a lo lejos la maravillosa visión del río, corriendo entre vergeles...

En el parque advertíanse los peumos, los quillayes, los boldos, las pataguas, los lilenes, los molles, los espinos... Un sentido íntimo de chilenidad, todo el agreste sabor de la tierra estaba ahí cuando Vicuña vivía...

Desde Junio de 1883 se comenzó a reparar y transformar Colmo. «Excusado será—escribe Moyano (379)—que apuntemos aquí los infinitos y variados proyectos elaborados por la asombrosa imaginación del propietario de Colmo. Bástenos decir que en cada viaje nos dejaba tal abundancia de trabajos distribuidos que costábanos grandes esfuerzos tenerlos terminados para su señalado regreso». «Las casas se refaccionaban a gran prisa, se acomodaban los cierras, se construían cómodas y modestas habitaciones para empleados, sirvientes, etc.»

Cuando todo estuvo pronto la familia se trasladó. Las viejas casas parecían remozadas. En uno de los salones—salones de campo, con sabor a simplicidad patriarcal—instaló la biblioteca, primer punto de todo programa, seleccionando el material que le fuera útil para sus trabajos. En el centro de la estancia había una gran mesa de mármol blanco y varios libreros de caoba la rodeaban. Al extremo del primer patio se encontraba una sala pequeña, con modestia y simplicidad de celda, en que el historiador solía laborar. Seguía su dormitorio y los de sus hijos, y más allá, en otro cuerpo, las habitaciones destinadas a los huéspedes que nunca habían de faltarle. Un jardín chileno, una fuente cantarina; al fondo el parque con el rumor de los árboles nativos y enmarcándolo todo un panorama de río y de montaña...

Cerca, alzaba sus dos pisos de madera *El Castillo* de Colmo y en sus salas funcionaba una escuela primaria, cuyos alumnos recibían a menudo la visita del «maestro». La infancia era el oriente de las simpatías de Vicuña Mackenna, pues contenía la esperanza de días mejores para Chile. La de esa época creció

y pasó, sin dejar la huella que los días ahondan... ¿Dirán otro tanto de nosotros y de nuestro tiempo los hombres que habrán de sucedernos? Las generaciones vibran ante el temblor de las juventudes que se atropellan en el horizonte ilímite, la ola pasa, el temblor continúa y en sus ondas rueda la eterna esperanza...

Los Vicuña Subercaseaux, compartiendo el tiempo entre la Quinta de Santiago, Viña (380) y Colmo, pasaban en ésta largas temporadas que abarcaban por lo general de Noviembre a Mayo. Y se hacía vida de campo y de trabajo. En pie casi de madrugada—a las cuatro en verano; a las siete en invierno—Vicuña iba a pasear por el parque, entreteniéndose en ver cómo el agua se deslizaba en hilos por entre los árboles, reflejando con brillar mañanero las sombras y la luz. Venía la hora de la pluma y luego las lecturas y la charla. Algunas noches de fiesta, cuando había amigos hospedados, doña Victoria improvisaba conciertos de piano y sus dedos atraían un mundo evocador sobre las teclas. Por las abiertas ventanas se adentraba el jardín en ondas plenas de efluvios y en veces la luna extendía sobre los seres y las cosas su blanco velo impalpable. En la vida de Vicuña era siempre primavera...

«Por la tarde,—dice Moyano (379), describiendo la jornada habitual—montaba su *Intendente*—caballo dorado con manchas blancas—y en unión de su inseparable Benjamín 2.º que subía; ya el *Cáceres*—caballo traído del Perú y que perteneció al general del mismo nombre—ya *El Farol*—robusto animal que condujo al señor Vicuña Mackenna en su larga excursión por la provincia de Santiago, siendo intendente de ella—emprendían la marcha visitando las principales faenas de la hacienda. Estos paseos tan agradables para el padre y el hijo, hacíanlos ordinariamente después de las 3 de la tarde. Y cuando ocurría que nuevos paseantes aparecían por Colmo, la caravana formábase alegre y festiva, mediante el buen humor de los recién llegados». En las noches, a pesar de tales ejercicios «que eran de rigurosa obligación»; hasta las 12 y en ocasiones «más allá de la 1 de la madrugada, ocupábase de la correspon-

dencia privada que recibía en gran abundancia diariamente». «A este respecto, agrega el memorialista citado, es público y notorio que el señor Vicuña jamás dejó una carta sin contestar».

El traje—¿por qué olvidar estos detalles que muestran un aspecto del tono íntimo de cada época y acusan rasgos que pueden ser de interés en el estudio de algunas vidas?—era cuidado y sencillo. En invierno «se componía de grueso poncho, sombrero de paño fino y botas granaderas». «En el verano manta blanca, sombrero de Guayaquil y traje ligero de paño obscuro» (379).

Vicuña Mackenna, gran *proyectista*, no perdía el don realizador y juzgaba—caso inverosímil en un pueblo sin imaginación—que hay menor distancia de la idea a la realización cuando se pone en cada acto voluntad de triunfar. Es la fuerza de los creadores, es el signo de toda superioridad. Mas los hombres vegetan pegados al suelo, arañando en la vida dura sin prisa ni deseo de superar, y contra su indiferencia se estrellan los sueños y en la masa blanda y fofa de su inercia se ahogan las posibilidades. ¿Añoranza del látigo, necesidad de la voluntad que no consulta? Vicuña piensa y traduce en hechos y en actos su pensar. El mar está próximo, el porvenir avanza hacia el mar. ¿No sería conveniente fundar una población que comenzase en caleta de pescadores para terminar en gran playa? Y surge el Puerto Victoria... El impulso inicial crece, el telégrafo y la pluma vibran, la idea se abre paso. Cierta día, acompañado de alegre comitiva en la que forma su hijo Benjamín, inaugura el canal Ricardo Serrano, obra previa. Unos años más y hubiera surgido junto al Pacífico un nuevo Santa Lucía...

Al galope iba la vida y en el libro *Al galope* habita aún el proyecto. Era el sueño de un hermoso libro...

Ese y otros centenares de proyectos, que a menudo se convertían en páginas de libros y columnas de periódicos, brotaban en los días de excursión, a las que era Vicuña muy aficionado, pues no había semana en que no hiciese alguna salida, llevando por escudero a Benjamín, niño de ocho o nueve años entonces. De las cabalgatas solía formar parte su primo Ja-

nuario Ovalle y alguna vez se contó el insigne don José Toribio Medina, sin duda el más ilustre de todos sus discípulos.

Excursiones de otoño en primavera, excursiones de primavera en el otoño fugaz de la vida... ¿Cuántas páginas encantadoras, frescas de gracia y de riente humor no se encuentran en la última de sus obras? Es un canto de cisne en que alienta el signo matinal de su vida toda (381).

A lomo del *Intendente* van rodando los caminos, las aldeas, los cerros que ponen nota ondeante en el paisaje. Un día es la quebrada del cacique Malcara, con sus leyendas; otro es Catapilco; un tercero, San Isidro... El valle de Quillota llena muchas horas; y las comarcas de Aliamapa y Ullo no parecen menos atractivas.

En San Isidro los hermanos Paulsen le llevan ante una jaula poblada de loros y le hacen ver como estos, con un desconcierto de ahullidos extrahumanos, se defienden de un toro que es conducido hasta allí expresamente. El animal huye empavorecido... Vicuña Mackenna, sonriendo, dice a su guía: «¿No se defiende el *chingue* de los perros y aún del hombre con el olor?» Y agrega esta frase, en que se advierte el don de adivinar, la visión exclusiva de los genios: «¿Y por qué no hallarían entonces los inventores modernos una sustancia que obrando por las narices pusiera fuera de combate un regimiento aún antes de entrar en línea de batalla?» Los gases afixiantes y toda la moderna ciencia de ofensiva química que comenzó en vísperas de 1914, están anunciados, en esas palabras, con antelación de muchos lustros... Sólo que Vicuña, pacifista, pensaba principalmente en sustancias que no tuvieran resultado mortal, adelantándose a los recursos de consecuencia inofensiva pero eficaz que la ciencia pondrá un día al servicio del hombre (382)...

En otra excursión memorable explora con Medina la fortaleza incarial que corona el cerro de Mauco. Y cierta vez,

(381) Véase: *Al Galope*. Santiago, 1885.

(382) *Al Galope*, Pág. 216. Vicuña habla, más adelante, de sustancias que imposibiliten «momentáneamente» al adversario.

el pincel de Lemoine retiene su efigie junto a la Laguna Negra —tazón de plata custodiado por montes altísimos— en Colmo.

Y llega un día a las tierras paternas, en demanda de los paisajes y de los recuerdos de su infancia. «¡Ah!—exclama (381)—¡cuántos recuerdos, dulces los unos, melancólicos los otros, tiernos algunos hasta las lágrimas, agolpábanse a mi corazón y a mi memoria, al atravesar delante de aquellos muros blanqueados como los sepulcros antiguos, y cuyo silencio profundo les asemejarían a un cementerio en medio de los campos! Ya la robusta, rechinadora rueda del paterno ingenio no se mueve, y probablemente no volverá a girar sobre su inmóvil eje; el agua, desdeñada por el canal derruido, escápase por la ladera, remedando en su murmullo algo que parecería fúnebre plegaria, mientras los buhos de la noche se placen en formar sus nidos, no turbados por el ruido del trabajo, en los viejos aleros».

De toda tristeza procuran aliviarlo los suyos. La compañera siempre animosa y decidora, con humor de buena cepa de Francia, y los hijos que ponen nota de dulzura en cada jornada. Todos están juntos y la existencia aún parece bella. ¿No la realzan dulces y sedantes impresiones de amor? La noche viene pero ha de caer sobre la serenidad de un paisaje incomparable.

El roble se inclina a tierra. El titán siente ya el temblor que presagia el supremo vencimiento. Mas no se inquieta, pues sabe que la vejez no ha de golpear a las puertas de su espíritu. Los hombres del temple de Vicuña Mackenna son fulminados por el esfuerzo y como el Moisés de Alfredo de Vigni sólo experimentan la tremenda necesidad de reposar... Su físico decae, sorda enfermedad lo mina implacable, pero el ánimo continúa alerta y los ojos brillan con fuego juvenil. Ha nevado en sus cabellos y el albo bigote es un paréntesis romántico sobre la fuerte boca; la mano sigue firme y en el corazón hay todavía un palpar inmenso...

Es todo bondad. Los trabajadores de su tierra se estrechan a él y le gritan su afecto humilde, que reconforta como medi-

ciña alguna podría hacerlo (382 a). Ningún signo intelectual acusa descenso. La plenitud habita en su espíritu.

Así lo ven amigos y admiradores cuando llegan a Colmo en las tardes de los sábados estivales o en las mañanas dominigueras, mientras la antigua campana de los jesuitas repica en honor de cada huésped. Vicuña los aguarda en mitad del jardín y si alguno llega por primera vez, le muestra en algún rincón de la biblioteca dos planchas de bronce que llevan su nombre. La historia es muy chilena. Fueron mandadas hacer a Estados Unidos para colocarlas en máquinas de ferrocarril, de nuevo tipo, cuando se creyó que subiría a la presidencia de la República en cumplimiento de la voluntad nacional (383).

Y los últimos meses corren. La vida parece normal, los honores y los homenajes llegan en tropel, pues la obra enorme lo ha puesto ya en el más alto sitial de Chile. Es la plenitud, la conciencia de la plenitud. Mas la hora se acerca... El rostro de Vicuña Mackenna parece velado de tristeza.

Manos invisibles le ofrecen la estribera y voces que ha tiempo no resuenan en su oído comienzan a hacerse perceptibles. ¿Tan pronto? Los anaqueles están llenos de manuscritos y documentos que aguardan su oportunidad, en el cerebro se atropellan los proyectos y sobre la mesa de mármol de la biblioteca están las pruebas del prólogo escrito para la tercera edición del *Ostracismo de los Carrera*... ¿Tan pronto?...

El tiempo galopa, galopa...

(382 a) En las fiestas campesinas, a que solía asistir, los huasos le cantaban estas conocidas versainas, muy populares durante su campaña presidencial y en el período de la guerra del Pacífico:

«En el fondo de la mar
suspiraba una ballena
y en el suspiro decía
¡Viva Vicuña Mackenna!

«Saben querer a su jefe
el roto y la rota chilena
y por eso es que le gritan
¡Viva Vicuña Mackenna!»

(383) Fueron substituídas por otras con el nombre del señor Pinto. Un admirador, que las encontrará arrinconadas en alguna repartición pública, se las envió durante la guerra.

Una tarde, paseando por el jardín de Colmo consu amigo René-Moreno, le dice estas palabras melancólicas (384)... «¡Quién piensa ya en letras, ni en política, ni en nada! Todo acabó. Sin duda ninguna la vida es algo contenido en un tiesto; y el tiesto se ha rajado de las asas al asiento, y la vida no se evapora por los bordes superiores que daban paso a su vuelo, sino que se escapa como un gas sutil por la menguada y vilísima rajadura. Este grandioso aparato del universo se apañuzca como un terrón encima de mí. ¡Qué ideas, amigo mío! Esta amplia bóveda de luz y colores se tiñe de negro, y desciende como un cendal para envolver a esta criatura miserable. Es en vano ya disimulármelo. La verdad es que mi naturaleza está minada, desquiciada y que se desploma: y sintiendo estoy el crugir de mi existencia próxima a desmoronarse y hundirse en la eternidad».

(384) Gabriel René-Moreno en uno de los ensayos que consagra a Vicuña Mackenna —en el libro *Bolivia y Argentina*— apunta: «Uno (un mes) solamente hará que en el seno de la intimidad decía al que esto escribe estas palabras, que, sin duda ninguna, son las de un gran moribundo». Y transcribe las que se relacionan con esta nota.

L X X I

La ímproba labor, la continua vigilia y los sufrimientos morales, infaltables en vida tan trabajada como la suya (385), fueron minándolo...

Y el mal comenzó a avanzar velozmente...

Desde fines de 1885 lo acompañaba en Colmo, en calidad de médico de cabecera, el doctor Eduardo Lira Errázuriz, a cuyos ojos el panorama clínico no podía menos de aparecer serio. Fatiga; sueño, la tristeza de saber que todo se derrumba en infinito abismo y que la primavera tiene también su término...

(385) El día 25 de Enero de 1886, que fué el de su muerte, Mitre le escribió desde Buenos Aires una carta que no alcanzaría a leer.

Por el interés que tiene esa pieza, hasta hoy inédita, vamos a copiar algunos fragmentos.

«Buenos Aires, Enero 25 de 1886.

«Mi muy querido amigo.

«Por el Sor Calvo y Capdevila recibí su último retrato, y por él supe la misteriosa dolencia que le aquejaba, de la cual me habla Ud. en su estimable de 30 de Octubre que llegó a mis manos con algún retardo.

«Esa enfermedad no tiene nada de misteriosa para mí: es simplemente la vida que Ud. ha gastado, incorporándola a su labor como la madre que de su propia sustancia alimenta a sus hijos, aún cuando agote sus fuerzas vitales en la tarea.

«Sus obras viven sanas y robustas, y vivirán, porque son productos vitales cuyos elementos ha encontrado en sí mismo, gastando en su elaboración el aceite de la lámpara de la vida, que ilumina a los demás cuando la sombra viene a proyectarse en torno suyo, porque Ud. pertenece a esos escritores originales de raza, que sólo trabajan en el campo de lo desconocido, dando un contingente propio, pensando, al tomar la pluma, que el que escribe un libro y no incorpora en él algo suyo, no da absolutamente nada...»

.... «Comprendo que la peor receta que podía inventarse para Ud. era prescribirle el más absoluto reposo intelectual y que para conveniencia no la haya observado, produciendo por el contrario su obra de mayor aliento y de más sentido moral, como lo es su

A mediados de Enero Vicuña se trasladó con doña Victoria a Viña del Mar, para asistir a un banquete de fraternidad y paz ofrecido por el ministro de Bolivia don Aniceto Arce. En esa fiesta pronunció «el más noble de todos» los brindis, el último que había de oírsele al «más elocuente de los tribunos» (386). Al otro día fué a visitar al doctor Cannon (387). Este lo examinó prolijamente y deteniéndose en el corazón, le dijo:

—«Tiene usted un ruido de galope».

—«Ah, contestó Vicuña, es porque he estado escribiendo ¡*Al galope!*»

«Le demostré—cuenta Cannon (387) lo grave de su estado y arreglamos una junta para el día siguiente con los doctores Fonck y Schröder... Cuando se reunió la junta, nos dijo: —«¿Me va a sentenciar el jurado?»

Y el jurado dictó sentencia: degeneración de los riñones y ateroma o degeneración grasosa del corazón y arterias. Examen: gran cantidad de azúcar. Albuminuria...

Se pensó en un viaje a Valdivia, pero luego Cannon hubo de aconsejar el regreso a Colmo. Y allí volvió el «gran moribundo»...

La decoración había cambiado. Por los jardines que su mano plantara, por los árboles criollos que aromaban el parque, por el paisaje que prestigian el río y las montañas, el mar próximo y el cielo de azul hondo, pasaba una sombra oscura, la sombra, según él digera un día, del dolor «que se envuelve en el negro manto de la negra desesperación».

Los pies en el estribo...

Antes de partir de Viña, había dicho a doña Magdalena

Album de Gloria, que es una doble gloria del autor y de su patria, escrito con el doble buril del arte y de la historia».

... «Mis afectuosos recuerdos a su amable Victoria, a Blanca y a mi ahijada, así como a mi antiguo joven ayudante.

«Quedo esperando su nuevo libro *Al galope*, con el cual tal vez llegaré a poseer cerca de cien volúmenes suyos. Así le decía a Montt, mostrándoselos alineados en mi biblioteca, que era Ud. el Hércules de la literatura chilena.

«Siempre lo recuerda con profundo cariño y le da un estrecho abrazo su más afmo, amigo.—*Bartolomé Mitre.*»

(386) «La Unión», Enero de 1886.

(387) Informe oficial sobre la enfermedad de Vicuña Mackenna, redactado por el Dr. Cannon. (Véase *Corona Fúnebre* y prensa de la época).

Vicuña: «Necesito recomendarte especialmente a mi Victoria, porque creo que ya no viviré mucho tiempo» (388).

Y una alegre mañana de domingo, sacando su reloj lo entregó a Blanca. «Guárdalo, hijita, le dijo, como un recuerdo del tiempo de tu padre».

Y otro día, el 24 de Enero—cuentan las crónicas periódicas que recogen los datos pueriles, los íntimos detalles en el final de los grandes hombres—tuvo el antojo «de tomar leche en un cantarito de barro», como cuando era niño, en los días de la infancia...

El lunes 25, fecha postrera de su calendario, último montón de arena en el reloj, despertóse alegre, sereno. Por primera vez, en las últimas semanas, había dormido bien. Y dijo a doña Victoria: «¡Qué sueño tan dulce he tenido anoche! ¡Ha sido para mí un sueño reparador!»

Después de almuerzo hubo grata charla de sobremesa, en el salón íntimo. El pasado volvía. Viejos cuentos, anécdotas de los hermanos idos, del padre lejano, nostalgias de los tiempos en que todo es primavera, de las visiones de la niñez en que ríen hasta los colores de los cuadros familiares y el paisaje habla, y en el corazón hay un pájaro que canta y una fuente ebria de luz...

Luego el Dr. Lira salió de paseo, a caballo, con otro invitado, el señor Juan Francisco Sánchez. Y Vicuña continuó con su mujer y Blanca, pues los hijos menores habían partido ya a Santiago, donde ellos debían juntárseles en breve.

Quedaron solos. Doña Victoria contemplaba el paisaje, Blanca miraba a su padre. Y Vicuña Mackenna, un poco pálido quizá, ojeaba manuscritos. ¿No era ese su sino? Con ellos en la mano, con la pluma empuñada, con Chile y América clavados en sus entrañas y en su cerebro como una inmensa obsesionante pasión había de rendirse, sin doblar el penacho romántico que ninguna derrota abatió.

(388) El presentimiento de la muerte próxima era aguda certeza. Ya hemos visto la frase transcrita por René-Moreno (*Vicuña Mackenna, en Bolivia y Argentina*). Un día, en Colmo, de regreso de algún paseo en coche que hiciera acompañado por doña Victoria y sus hijas María, Eugenia y Gabriela, el administrador le aconsejó ciertos arreglos. «Vale más, mi amigo,—respondió Vicuña—no iniciar trabajos que no se han de concluir».

La bandera quemada de soles y el alba de oro eran suyas.
¡Hasta el fin, hasta más allá del fin!

Vicuña Mackenna agitó la cabeza, agitó los manuscritos y su cuerpo se deslizó sobre una piel negra y la cabeza sobre el regazo de la compañera angustiada...

Y vino, cuando era ya de noche (389), librada la última batalla, la hora del gran silencio...

(389) Falleció a las nueve de la noche del lunes 25 de Enero de 1886. El ataque cerebral, accidente de la enfermedad que le aquejaba, tuvo lugar poco antes de las cuatro de la tarde.

Cuenta «La Unión» que sus últimas palabras habrían sido: «Mucho dolor, mucho dolor».

En la *Corona Fúnebre* se encuentran informaciones detalladas sobre la muerte de Vicuña Mackenna.

niones públicas en las cuales se levantaron actas que dejaban constancia del pesar con que ciudadanos de todas las condiciones sociales—en especial los proletarios—veían su muerte.

Y en muchas ciudades y pueblos se dirigieron cartas a la viuda, signadas por representantes de gremios y agrupaciones obreras, sociales y políticas (391), no siendo raro que en alguna firmase la totalidad de habitantes alfabetos (392).

Todas las agrupaciones obreras tomaron acuerdos para honrar la memoria de Vicuña Mackenna. Y muchas pusieron su nombre a la institución respectiva, singularmente en las de tipógrafos. Los términos de los acuerdos en que la clase obrera de Chile expresaba el dolor de la desaparición de su jefe espiritual son tan elocuentes como conmovedores. En ellos brillaba la más clara comprensión de lo que Vicuña representaba en el desenvolvimiento social chileno, en la marcha hacia la justicia y el progreso colectivos. La Sociedad «Escuela Republicana» decía, por ejemplo: «Las letras pierden al más fecundo y galano de sus ingenios, las artes su protector más decidido; las industrias, el obrero más infatigable de su progreso y la humanidad uno de esos seres que forman su máspreciado adorno». Y la de Cigarreros, en nota a doña Victoria: «nadie, después de Ud., señora, como la clase obrera tiene el derecho de cargar riguroso crespón fúnebre»... Otra sociedad expresaba «que el pueblo agradecido hará de su pecho un santuario para guardar el recuerdo de quien fué el apóstol de su regeneración social». Los obreros de Valparaíso decían (Febrero 17) que el luto del pueblo chileno cubre a la América

(391) A nuestra vista tenemos centenares de documentos de condolencia que fueron enviados autógrafos a la viuda de Vicuña Mackenna. Esas piezas—provenientes de todas las ciudades, pueblos y aldeas del país—honran al pueblo de Chile.

(392) La comunicación de la ciudad de San Carlos dice: «San Carlos, Enero 30 de 1886.—Señora Victoria Subercaseaux viuda de Vicuña Mackenna, Santiago. Respetada señora: El país ha sido súbitamente sorprendido por la inesperada noticia del fallecimiento de su ilustre esposo. El señor Benjamín Vicuña Mackenna no pertenecía sólo a su familia, pertenecía al país entero; he aquí por qué el pueblo de San Carlos, asociándose al duelo general, se apresura a manifestar su condolencia a Ud. y familia, como un justo tributo rendido a la más culminante figura de nuestra patria.

«Dignaos, señora, recoger las lágrimas de dolor que un pueblo entero vierte sobre la tumba del primer escritor, del primer ciudadano, del más digno de los esposos: que ellos os sean un lenitivo.

«De Ud. afectísimos S. S.—(Siguen varias páginas de firmas)».

entera y Vicuña Mackenna será considerado siempre como el «Apóstol de la Democracia» y «El tiempo marcando los siglos irá transmitiendo a las edades futuras el nombre querido del gran chileno». La Sociedad de Artesanos y Socorros Mutuos de Antofagasta, reunida en sesión solemne, declaró que «hay genios que nacen a la vida para coronarse de gloria, haciendo inmensos bienes a la humanidad», tal Vicuña. «Los hijos del pueblo pierden en él al más noble defensor de sus derechos, al más magnánimo de sus tutores». Y los obreros de Cauquenes lo llaman «Genio de la América» y «padre de los pobres». «Padre de los proletarios» y «Padre del Pueblo» se le titula en otras instituciones. Tal es el tono general de los documentos oficiales o privados que tradujeron el pensamiento obrero de toda la nación.

Las municipalidades del país mostraron sentimientos similares. En Santiago y Valparaíso, en las capitales de provincia o departamento y en los pueblos y aldeas se reúnen las corporaciones edilicias para honrar la gran memoria. La de Taltal, vg., recuerda que la pérdida de Vicuña Mackenna la «lamenta a estas horas, no sólo el país, sino también la América y el mundo».

El ejército y armada le rinden máximo homenaje y no hay guarnición, regimiento ni grupo de soldados o marinos que no testimonie a la viuda el sentir general, siendo especialmente decidoras las notas de las sociedades de veteranos y de inválidos.

Y se suman al duelo todas las corporaciones públicas y privadas; los bomberos, los artistas, los ateneos literarios, los clubs de alumnos, los deportistas, los obreros extranjeros...

Dentro y fuera de Chile el homenaje adquiere caracteres unánimes. De Argentina, el ex-presidente Mitre (393) dirige

(393) Vamos a reproducir algunos fragmentos de la carta de Mitre, fechada en Buenos Aires el 10 de Febrero de 1886:

«Nadie mejor que yo puede valorar la grande e irreparable pérdida que Ud. ha sufrido, y conociendo los delicados sentimientos de su bella alma, comprendo cuánto debe ser su dolor profundo.

«Mientras tanto, es siempre un consuelo saber que los amigos acompañan nuestro duelo, sobre todo, cuando, como sucede hoy con su bueno y su ilustre compañero perdido, un pueblo entero lo llora como al más querido de sus hijos, y la América entera lo acom-

a doña Victoria la más emocionada carta. En Europa la prensa señala la significación americana del grande hombre (394).

Chile entero rivaliza en el deseo nacional de honrar a Vicuña Mackenna. La Municipalidad de Santiago, en sesión de 28 de Enero, acuerda que se le erija una estatua en el Cerro Santa Lucía. En San Javier se funda *El Vicuña Mackenna*, título que también se da a periódicos de otras localidades. En «El Ferrocarril» un ciudadano (395) propone que se eleve el monumento en la Alameda de las Delicias, que se dé el nombre de Vicuña a la calle del Estado y al Cerro Santa Lucía. Otros piden que se bautice con él algún puerto o ciudad principal. Los pueblos quieren que su efigie renazca en bronce y el de Antofagasta, reunido en asamblea espontánea el 2 de Febrero, acuerda asociarse a la idea de erigirle un monumento en Santiago.

Los poderes públicos participan en el duelo de Chile. El Senado y la Cámara de Diputados rindieron su homenaje, en sesiones de 26 de Enero. Y ese mismo día el gobierno resolvió que se le hicieran funerales nacionales, encomendándose a don José Manuel Balmaceda su representación en ellos.

Chile entero supo expresar—en forma que acaso no será igualada para chileno alguno—lo que Vicuña Mackenna significaba en la historia de la República y en el corazón de sus conciudadanos.

pañía con sus simpatías póstumas, glorificando su nombre y honrándolo como lo merecen sus grandes talentos y servicios y sus virtudes cívicas y privadas.

«Si Chile y la América han perdido en su inolvidable esposo Benjamín Vicuña Mackenna, un gran corazón y una gran cabeza, Ud. ha perdido mucho más en el amoroso y dulce compañero de su vida, y yo he perdido más que un amigo, un verdadero hermano a quien amaba, estimaba y admiraba con toda mi alma.

«Un triste presentimiento me hizo tomar la pluma para hablar de él y honrar su nombre en vida públicamente, en el mismo día en que el destino nos lo arrebató para siempre, y al día siguiente volvía a tomarla, con el alma traspasada de dolor para honrarlo en la inmortalidad...»

(394) Puede citarse, en Londres vg., un artículo del *Times* y otro de *The South American Journal*.

(395) Don Manuel Jesús Herrera; artículo publicado en la edición de 30 de Enero de 1886.



La viuda de Vicuña Mackenna en sus últimos años

(Foto. Heffer, 1930).



Monumento a Vicuña Mackenna en la plaza de su nombre en Santiago.

Fué erigido por suscripción popular e inaugurado el 17 de Septiembre de 1908.

L X X I I I

Los funerales de Vicuña Mackenna constituyeron una apoteosis nacional. Y fué ella tanto más significativa cuanto por encima del aparato y de las solemnidades oficiales dió ocasión a que el sentimiento popular se manifestase en toda su noble intensidad.

El cuerpo de Vicuña fué velado en Santa Rosa de Colmo durante todo el día 26. Los campesinos de la comarca y de los pueblos y aldeas circundantes acudieron en ininterrumpida peregrinación. Y en la mañana del 27, cuando la comitiva se puso en marcha en dirección a Quillota, una inmensa fila de campesinos arrodillados fué abriendo paso a la carroza fúnebre. En Quillota el pueblo se precipitó al encuentro del cortejo como en los triunfales días de las jiras lejanas. . . Sólo que ahora la expresión del dolor popular—del dolor que no se finge ni estimula—reemplazaba los hurras y las ovaciones de hacía dos lustros. . .

El convoy, cubierto de banderas y flores, se puso lentamente en marcha y durante el trayecto a la capital iba recibiendo, a lo largo de la línea férrea, el mudo homenaje de los trabajadores que de todas partes acudían. Esa parada silenciosa, esas frentes que se inclinaban a tierra, ese mudo sollozar de los proletarios valía como el más alto honor (396).

(396) El tren fúnebre hubo de detenerse en varias estaciones del trayecto en donde el pueblo y autoridades habían dispuesto ceremonias especiales.

L X X I I I

Los funerales de Vicuña Mackenna constituyeron una apoteosis nacional. Y fué ella tanto más significativa cuanto por encima del aparato y de las solemnidades oficiales dió ocasión a que el sentimiento popular se manifestase en toda su noble intensidad.

El cuerpo de Vicuña fué velado en Santa Rosa de Colmo durante todo el día 26. Los campesinos de la comarca y de los pueblos y aldeas circundantes acudieron en ininterrumpida peregrinación. Y en la mañana del 27, cuando la comitiva se puso en marcha en dirección a Quillota, una inmensa fila de campesinos arrodillados fué abriendo paso a la carroza fúnebre. En Quillota el pueblo se precipitó al encuentro del cortejo como en los triunfales días de las jiras lejanas. . . Sólo que ahora la expresión del dolor popular—del dolor que no se finge ni estimula—reemplazaba los hurras y las ovaciones de hacía dos lustros. . .

El convoy, cubierto de banderas y flores, se puso lentamente en marcha y durante el trayecto a la capital iba recibándose, a lo largo de la línea férrea, el mudo homenaje de los trabajadores que de todas partes acudían. Esa parada silenciosa, esas frentes que se inclinaban a tierra, ese mudo sollozar de los proletarios valía como el más alto honor (396).

(396) El tren fúnebre hubo de detenerse en varias estaciones del trayecto en donde el pueblo y autoridades habían dispuesto ceremonias especiales.

Santiago le tributó el 27 de Enero magna recepción. Al ser desembarcado el ataúd por las delegaciones oficiales, el pueblo se precipitó sobre él... Dijo el sargento mayor don Manuel Herrera: «La patria, anegada en lágrimas, recibe los restos de su hijo más querido, y la ciudad de Santiago, prosternándose delante de su féretro, dice al mundo entero que Chile, en un solo pensamiento, llorando la pérdida del más digno y bueno de sus hijos, declara que principia hoy su apoteosis».

El cortejo fúnebre avanzó por la Alameda, abriéndose difícil paso entre las filas de soldados que presentaban armas, pues la muchedumbre pugnaba por conducir en hombros el féretro. Llegado a la Iglesia de la Merced, el cuerpo de Vicuña Mackenna fué expuesto a la veneración del pueblo hasta el día siguiente.

El 28 se llevaron a cabo las honras oficiales con asistencia del gobierno. Y en seguida el cortejo cruzó calles llenas de una multitud muda y férvida, subiendo al Cerro de Santa Lucía, cuyas avenidas cubiertas de crespones y banderas a media asta recibían a su fundador...

En la terraza principal—llamada hoy de Caupolicán—se verificó la última ceremonia. Balmaceda, en nombre del gobierno dijo: «Asistimos a un duelo público, nacional, porque la patria ha perdido una parte de su existencia moral e intelectual». «Felices aquellos que como Vicuña Mackenna cumplieron el deber, que hicieron el bien, que amaron a la humanidad, que la sirvieron, que la ilustraron y la ennoblecieron...» Y terminó expresando que su memoria viviría al través de las generaciones conservada «por las obras de todo género con que honró su nombre y su siglo».

Cuando los oradores terminaron (397), se transportó los restos a la Ermita, en donde fueron sepultados.

Y comenzó el desfile del pueblo que duró días y días. Hasta allí, en peregrinación dolorida, llegaban hombres, mu-

(397) En la *Corona Fúnebre* se encuentra el texto de los discursos pronunciados y de algunos de los poemas y composiciones en verso escritas en memoria de Vicuña Mackenna, con ocasión de su muerte.

jeros y niños, llevando ofrendas modestas. Cada tarde se levantaba sobre la lápida una montaña de flores...

Y a través de los años, en esa tumba sin olvido en que reposa el más grande de los chilenos, se ha renovado piadosa, noble, férvidamente el homenaje de su pueblo...

L X X I V

Añadamos algunas palabras y noticias sobre doña Victoria Subercaseaux.

En la última etapa de la vida de Vicuña Mackenna, su mujer fué, más que nunca, la compañera de labores, de sueños e inquietudes, la confidenta, la amiga insuperada, la enfermera que sabe poner gotas de dulzumbre en el acíbar de cada desencanto. Recordemos los días de Santa Rosa de Colmo, y como se desenvolvía para él la vida diaria, con porción dedicada al trabajo intelectual, a hurtadillas y a base de continuas estratagemas que burlasen la vigilancia familiar y las prescripciones médicas.

Doña Victoria, junto a su marido enfermo ya, era animadora y sostén, fuente fresca en donde labios cansados abrevaban las postreras alegrías del camino.

Los amigos y los fieles de aquellos años han evocado su silueta.

Alta, esbelta, plena de supremo encanto espiritual y de elegancia física, sus ojos esplendían de gracia, interiormente iluminados por aquel sprit latino que en sus labios cobrara aspectos geniales. Coronada por cabellos en que la plata venía a deslustrar brillos de la juventud, esos ojos guardaban el secreto de una fuerza particular de expresión. Animados, acogedores, chispeantes; sabían de las ternezas que restañan sangre en las heridas y de las severidades que corrigen y dignifican, de la alegría que premia y de la indig-

nación que fustiga como un latigazo. Hablaban a tiempo el lenguaje de las diplomacias, el de las grandes paradas proletarias y el de las íntimas ternuras. En ella había benevolencias de esposa y de madre y ardores intelectuales de mujer para quien las luchas de ideas nunca fueron extrañas. Y sus dedos largos, finos, que sabían arrancar al teclado aires de los años moceriles, con Haydin y Mozart y Straus, subrayaban el lenguaje de sus ojos, la elocuencia de sus ojos; el irresistible mensaje de sus ojos. Era, si vale la expresión, una reina que ha descendido por siempre de sus tronos anacrónicos para ir a ocupar, entre los humildes y los desheredados, el papel que corresponde a las compañeras de los conductores, a todas las grandes mujeres que sintieron y comprendieron la importancia social de su misión.

La compañera de Vicuña Mackenna era de aquellas mujeres que imponen y conducen. Tenía condiciones especiales de luchadora, tamizadas por la educación severa de su casa y por las costumbres de su época. Había nacido para mandar. No la escucharon, no la supieron escuchar como era menester hacerlo, pero dijo su mensaje y realizó integralmente su vida. Tenía el temple de las grandes y fuertes mujeres de la antigüedad, y fué, en la historia de la República burguesa de Chile, una de las pocas figuras femeninas que tienen derecho y sitio de permanencia. Había nacido en cuna principesca pero como todos los altos espíritus tenía tendencias y direcciones éticas de carácter socialista.

Muerto su marido, a lo largo de cuarenta y cinco años realizó ella su rol histórico. Vivió consagrada al culto de una gran memoria y a la defensa de derechos e intereses proletarios. Su labor, silenciosa pero profundamente eficaz, era vasta. Procuraba seguir los caminos de Vicuña, mantener alertas los espíritus de sus compatriotas en el sentido eminentemente americanista que alentara a su marido. Defendía pluma en mano y a voz entera, a gritos cuando era menester, los intereses morales y económicos de los obreros, de los campesinos, de los soldados en armas que hicieron la campaña del Pacífico, luchando contra el imperialismo militar de dos naciones, a cuyos pueblos siempre consagrara Vicuña Mac-

kenna fervorosa simpatía. Los Veteranos del 79 comprendieron todo eso, penetraron su actitud con intuición maravillosa, la rodearon toda su vida y la siguieron aún en campañas eleccionarias, pues cuando ella lo creía indispensable descendía a las arenas políticas en resguardo de los que conceptuaba legítimos intereses de la colectividad. Recuerdo, por ejemplo, cierta elección presidencial en que considerándolos amagados por un candidato, fué a golpear personalmente las puertas de diversas instituciones societarias, y leyó proclamas y convenció a quienes era preciso, porque para llegar al corazón de las masas de corazón y de sinceridad es menester.

Enlutada, hermosa aún, envuelta en manto de austera y sencilla grandeza, cruzó su viudedad. Fué su hogar centro de política avanzada, en donde germinaron principios y actos de democracia. Fué sede de intenso intelectualismo y por sus salones del palacio de la Avenida Vicuña Mackenna, del que un día la despojaron, como por su residencia modesta y patriarcal de la calle de Villavicencio, más tarde, pasaron las mas puras personalidades de Chile. Diversos movimientos en favor del obrerismo y todos los que se relacionaban con la suerte de los soldados de las guerras externas nacieron en su casa. Allí los que se consideraban enemigos apaciguaban diferencias al abrigo de su paz y las manos se estrechaban en designios generosos que después la realidad burguesa solía, a menudo, esterilizar.

Yo no puedo mirar a través de mi infancia ni ascender en el camino de los recuerdos sin encontrarla a ella caracterizada en una alta idea o en un bello gesto. A una tradición democrática está perpetuamente unida. Año a año, el día 25 de Enero, aniversario de la muerte de Vicuña Mackenna, los Veteranos del Pacífico, sus mujeres y sus descendientes, iban en romería a la tumba del prócer y pasaban, en seguida, a saludarla. En la vieja casa de Villavicencio, a la sombra de árboles plantados por su mano o en los salones que ilustres memorias prestigiaban, doña Victoria, rodeada de sus hijos y de sus nietos, recibía a los héroes proletarios y estrechaba contra el suyo el corazón de su pueblo. En muchas mañanas de mi vida, que permanecerán entre las más hermosas, la acompañé en re-

cepciones verdaderamente augustas, en que la majestad de los obreros se evidenciaba, y subrayo el término porque pone de relieve toda la nobleza y generosidad que palpita en los trabajadores no contaminados de retardatarios fanatismos. Llegaban en corporación, trayéndole flores, y ella apretaba una a una las manos encallecidas y su sonrisa era estímulo para las almas cansadas de esperar.

Cierro los ojos y la evoco en momentos de emoción indecible. Siento su voz amada pronunciando palabras de paz y de aliento, palabras plenas de esperanza, palabras que ninguna otra mujer de Chile había pronunciado nunca.

Los años corrieron y en la jornada caían los hombres sin que los animase ya la ilusión de la pública justicia que nunca llegó para ella ni para ellos. No importaba. Un alto ideal había alentado, como una fuerza en marcha incontenible, tras de sus esperanzas incumplidas, un ideal que el socialismo habrá de llevar a realización.

Las filas iban raleando, mas nuevos obreros reemplazaban a los caídos y seguían los hijos el camino de los padres en la bella tradición democrática. Se aproximaba la celebración del primer centenario del nacimiento de Vicuña Mackenna y el 25 de Enero de 1931, cumpliendo su acostumbrado programa, los Veteranos y obreros llegaron hasta su casa. Agotados los más por el tiempo y las privaciones, luciendo todos las medallas que evocaban los días de triunfo—nunca compensados por quienes debieron y pudieron—con las manos en las raídas viseras de sus kepices o en los sombreros harapientos, iban desfilando ante su lecho de moribunda. Era el desfile del amor, de la miseria y de la gloria. Una banda militar tocaba aires marciales de otro tiempo. Y la viuda de Vicuña Mackenna, apoyándose en las almohadas, movía sus manos y sonreía en suprema despedida (398).

(398) Doña Victoria murió en la mañana del 4 de Marzo de 1931, víctima de un cáncer que durara cerca de tres años. Su fallecimiento dió ocasión a enorme homenaje público al que se asoció todo el país. La prensa le tributó los honores debidos a su vida y a su compañero.

El 5 de Marzo fueron llevados los restos al Cerro Santa Lucía, en imponente cortejo,

¿Cabía satisfacción mayor, para tan gran mujer, qué ese homenaje final de los gloriosos, de los desheredados y hambrientos de justicia y de pan, caídas ya sobre su noble cabeza las sombras eternas?

siendo escoltado el carro fúnebre por los veteranos y obreros inválidos del Pacífico. En la terraza Caupolicán tuvo lugar la ceremonia funeraria, hablando en ella el brillante escritor don Angel Custodio Espejo en representación de intelectuales y de antiguos vicuñistas, y el coronel don Enrique Phillips en nombre de los veteranos. La oración del señor Phillips destacó en emocionado relieve la figura de la viuda del transformador de Santiago.

Dijo don Angel Custodio Espejo, en una parte de su discurso: «Era una de las más grandes figuras femeninas que ha producido Chile y de seguro jamás la sociedad chilena volverá a tener un producto de tan rara y exquisita selección. Los moldes en que puede forjarse una mujer semejante ya se han roto para siempre entre nosotros».

Doña Victoria fué enterrada en la Ermita, junto a las cenizas de Vicuña Mackenna y de su hijo Benjamín.

Más tarde el coronel Phillips—que tan noblemente secundara a la viuda de Vicuña en sus trabajos en pro de los veteranos y cuyo espíritu público ha visto coronado muchos de sus esfuerzos por el mejor éxito—preparó un volumen, inédito hasta hoy, destinado a exteriorizar el homenaje de aquellos a la memoria de Vicuña Mackenna y de su compañera, con ocasión del Centenario. En él han colaborado escritores, políticos y personalidades destacadas. De sus páginas vamos a extractar algunas líneas firmadas por don Armando Quezada Acharán (carta a don Enrique Phillips; Viña del Mar, 27 de Mayo de 1931):

«Chile—y es esta una de las más claras pruebas de la bondad de su raza—ha tenido en su historia muchas mujeres ilustres, que han dado ejemplo de patriotismo, de grandeza de alma, de fortaleza de carácter. La señora Victoria ocupa, entre esas mujeres, uno de los primeros lugares por la nobleza constante de su carácter, por la distinción soberana de su espíritu. El culto que consagró, durante los largos años de su viudez, al recuerdo de su esposo, el afán con que se consagró a continuar, en cuanto le fué posible, la obra vastísima de éste o a hacerla conocida, constituyen una conmovedora demostración de lo que es y lo que vale una mujer superior».

El libro de los Veteranos—*Homenaje del Centro de Veteranos del 79 y de las Viudas y Huérfanos de la Guerra del Pacífico en el Centenario de Vicuña Mackenna e In-memorian de doña Victoria Subercaseaux de Vicuña Mackenna*—está encabezado por una ofrenda en la que se contienen estas hermosas palabras: «En nuestro querido Chile tienen sitio preferente, en el recuerdo de sus conciudadanos, un centenar de hombres y mujeres privilegiados cuyos nombres geniosos los guarda con orgullo y veneración la nación entera; pero los nombres del señor don Benjamín Vicuña Mackenna y de la incomparable compañera de su vida, doña Victoria Subercaseaux de Vicuña Mackenna; se recordarán mientras aliente el Alma Nacional».

Durante las fiestas del Centenario de Vicuña Mackenna—por acuerdo de la Municipalidad de Santiago—se puso el nombre de Avenida Victoria Subercaseaux a la calle del Cerro. La ceremonia oficial del cambio de placas tuvo lugar el 25 de Agosto de 1931.

L X X V

Nos aproximamos al fin de nuestra tarea, en la cual si bien se advierte propósito apologético, ese propósito se encuentra contenido, depurado por el documento. En verdad hemos dado cita en las páginas de este ensayo a los críticos de mayor autoridad y acogido los más altos testimonios, desde Darío a Mitre y René-Moréno, desde Lastarria a Balmaceda y Barros Arana. Hombres de todas las ideas, de todos los partidos, de todos los rincones de América han acudido. Y no contentos aún, quisimos seguir página a página los estudios magníficos del historiógrafo Donoso y del profesor Galdames. En suma, no ha habido opinión nuestra que no se afincase en alto e imparcial testimonio; no ha habido dato que no tuviese paciente comprobación. El documento habita cada capítulo y aún cada línea, domina el texto y llega hasta oprimir su forma. Era una tiranía inevitable e indispensable pues dados los lazos de sangre que nos vinculan a Vicuña Mackenna no había sino ceñirse al más severo control.

Si el tono, lírico a trechos, puede parecer apasionado, los juicios tienen recios cimientos. Acaso nuestro edificio literario sea poco elegante, pero creemos haberlo construido sobre base granítica.

Los testigos corroboran nuestras opiniones en unanimidad abrumadora. Con sólo ordenar sus juicios quizá bastaría.

para conocer a fondo la vida y la obra de Vicuña Mackenna. Examinemos...

Dice Darío: «*gran historiador*»...

Lastarria afirma: «Su obra es inmensa porque es la de un escritor verdaderamente nacional, que por primera vez aparece entre nosotros...»

Y Mitre: «el escritor más fecundo, más brillante y ameno, a la par que más original que haya producido la América del Sur...»

Y René-Moreno: «Ninguno tan asistido de la musa de la historia como este autor» (399).

El «mas genial de nuestros escritores», «aquel que como ninguno supo penetrar en el ambiente del pasado y en el de sus días, el mas chileno de todos» afirma don José Toribio Medina (400).

Para Ricardo Donoso lo genial palpita en toda su obra.

Don Carlos Silva Vildósola, maestro de periodistas, cree que en Chile sólo Vicuña Mackenna se ha acercado a lo genial (401).

Galdames: «Y es tal la variedad de oportunidades en sus actuaciones, lo mismo que la multitud de matices en sus ideas, que sólo siguiendo paso a paso el curso primero de su vida,—el curso superior de las grandes corrientes,—es posible descubrir la riqueza de aquella organización mental hecha de selecciones ancestrales y la fuerza de aquel carácter que no conoció el reposo ni el silencio» (402).

«Es el que ha buceado más hondo en el alma nacional» dice Feliú (403).

(399) *Bolivia y Argentina. Notas Biográficas y Bibliográficas.*

(400) Don Domingo Amunátegui Solar, dice por su parte: «No es raro, pues, que los que hemos conocido a Vicuña Mackenna nos forjemos la ilusión de que el eminente geógrafo francés (Eliseo Reclus) le tuvo de parte de sí al fijar en líneas generales el espíritu genial del pueblo de Irlanda».

(401) Estudio preliminar de *Páginas Olvidadas. Vicuña Mackenna en El Mercurio.*

(402) *La Juventud de Vicuña Mackenna.*

(403) Y añade estas justas palabras: «Desde el *pillito*—creación suya—pasando por el *roto*, deteniéndose en el *siútico* hasta llegar al buen burgués rural de nuestra aristocracia, las cuatro escalas de la estructura social chilena, Vicuña Mackenna las ha comprendido todas, las ha sentido en el rol de sus singulares manifestaciones, reuniendo un considerable aporte para hacer con estas observaciones un libro que hace falta entre los suyos: el *Idearium de un pueblo*».

Y Domingo Melfi, con aguda percepción que veremos en día no lejano dando relieve a una nueva *Vida de Vicuña Mackenna*: «Pasan en sus libros, hombres, paisajes, sucesos. El alma en su totalidad desnuda. Se echaba con todo el cuerpo encima de los acontecimientos y de las etapas. Y reía a veces con estrépito, o bien su burla era incisiva, mordiente, como el pincho de un espino. Parecía estar siempre de vuelta respecto de los episodios y de la calidad moral de los que en ellos intervenían. Era exuberante, tumultuoso como una fuerza que se desborda». «Y es un ejemplo no sólo por lo que significa como hombre entregado a un ideal si no por lo que representa como escritor. Fué siempre él. Y porque se dió entero con todas sus pasiones, es por lo que sus libros, al leerlos, evocan el tumulto de los pueblos que forcejean por abrirse paso. Es decir, son libros vivos, con vibración de médula espinal» (404).

Mariano Latorre, Joaquín Edwards Bello, R. A. Latham y otros escritores de avanzada han dicho, en términos elocuentes, lo que pensaban del historiador, del prócer y del maestro. (405).

Con Vicuña Mackenna—en verdad—la grande, la auténtica intelectualidad de Chile y de nuestra América ha sabido ser glorificadora (406).

De estos y aquellos juicios, del homenaje exaltado de los unos, de la fuerza genial señalada por otros, se desprende una sensación de potencia extraordinaria. Vicuña Mackenna está fragmentariamente, a menudo, en esos juicios, con sus cualidades y sus defectos—que precisamente por tenerlos fué más

(404) *Vicuña Mackenna* (En *Atenea*, número del centenario de V. M.).

(405) Entre ellos Armando Donoso, Leonardo Pena, Fernando Santivan, Carlos Acuña, Manuel Rojas, Alberto Romero, I. Echeagaray, Sady Zañartu, Schneider, etc. Pudieran también citarse a los representantes de otras tiendas políticas, entre las cuales en primer término al eminente escritor don Juan A. Barriga cuyo discurso sobre Vicuña Mackenna, en la Velada con que la Municipalidad de Santiago conmemoró el Centenario, es digno de ser señalado como una pieza de oratoria clásica; a Manuel Vega, etc.

(406) No sólo la intelectualidad. En Chile la glorificación de Vicuña Mackenna ha tenido carácter nacional. El pueblo por suscripción de centavos le erigió tres monumentos. Todas las ciudades y aún aldeas del país han puesto su nombre a alguna calle o plaza y en la capital reposan sus cenizas en lo alto del Santa Lucía, como presidiendo siempre la vida de sus conciudadanos. En diversas ciudades de América está honrada su memoria y la prensa argentina ha hablado—en más de una oportunidad—de levantar

grande (407)—y todo ello le da valor de montaña. Como en Dostoyewski, como en Balzac, como en los grandes constructores... Es la potencia de un río cuya masa de agua, rica en sustancia vital, con enorme fuerza fecundante, pasa arrasando hombres, hechos e ideas. Del tumulto brota la creación. El tumulto no es torre de marfil ni laboratorio de gramática. La montaña no tiene contornos de filigrana ni en los paisajes enormes puede buscarse la corrección de un jardín inglés. Los hombres como Vicuña no sabían escribir para eunucos ni señoritas. «Se diría—dice René-Moreno—que escribe sobre y para una raza de titanes» (408).

Y Darío dice: «monstruo de la naturaleza...»

Vicuña Mackenna era eso: lo enorme. Una fuerza en movimiento, un constructor sin reposo, un plasmador de mundos y de ideas, el hombre capaz de resumir un país y una época.

Por eso sus admiradores de 1886 tenían razón al decir que el XIX debía ser llamado, para los chilenos, el «Siglo de Vicuña Mackenna».

El estudio de la vida y de la obra de Vicuña afina tal idea.

un monumento que en las calles de Buenos Aires recuerde a los viandantes la obra del pacificador...

El pueblo ha hecho de su memoria un verdadero culto,

El valor nacional de su obra y de su vida quedó evidenciado en 1931, pues su Centenario provocó ediciones extraordinarias de los principales diarios y publicaciones del país.—*El Mercurio*, *El Diario Ilustrado*, *Atenea* la *Revista Chilena de Historia y Geografía* y—singularmente—los *Anales de la Universidad de Chile*.

Acerca de ningún otro chileno se ha escrito más, con mayor entusiasmo y por gentes más calificadas, dentro y fuera de las fronteras políticas de la nación.

¿Sería supérfluo añadir que a todos los homenajes tributados en Chile a la memoria de Vicuña Mackenna—excepción hecha de las fiestas nacionales con que se conmemoró el primer centenario de su nacimiento y alguna otra—ha sido ajeno el gobierno, originándose popularmente siempre?

Cabe, también, destacar con especial relieve el homenaje rendido por nuestra Universidad central en acuerdo unánime de sus autoridades,

(407) Dice el profesor Gustavo Labatut: «Son esos también los momentos en que el observador imparcial no sabe qué admirar más, si las cualidades que adornan a esa existencia privilegiada o los defectos que la oscurecen. ¡Tan rica en contrastes era la personalidad de quien supo revelarse como el más chileno de nuestros historiadores!» (*Vicuña Mackenna y Sarmiento*.—*Anales de la Universidad de Chile. Homenaje a Vicuña Mackenna*. Tomo I).

(408) «Bajo la pluma magnífica de este escritor todo toma dimensiones abultadas y grandiosas. Se diría que escribe sobre y para una raza de titanes». Gabriel René-Moreno, obra citada.

En Vicuña había un intuitivo formidable. Captaba las realidades económicas y sociales; solía en pocos trazos realizar una síntesis perfecta, describir de cuerpo entero un personaje, precisar un hecho a fondo, valorar de modo insuperable un acontecimiento o un país. No puede buscarse orden en su labor. Latorre ha dicho que tenía prisa en reunir sus materiales y en reconstituir con ellos el pasado, como si temiese que pudiera desaparecer sin dejar rastro. Vicuña construía sus libros alrededor de un personaje (O'Higgins, Carrera, Portales) o de un período (el decenio Montt, la Guerra a Muerte) o de un acontecimiento (*El 20 de Abril*) (409). Y ello llama a engaño a algunos críticos que, citando conceptos expresados por el propio Vicuña (410), lo clasifican, especializándolo en determinado género. En Vicuña Mackenna, el hombre, el héroe, servía de pretexto, a menudo de símbolo, y a su alrededor rehacía un período, una época, con sus clarooscuros, con certera medida de valores. El artista sumado al investigador daba en veces la nota precisa, lo que el hombre de exclusiva ciencia no sabe ni puede percibir cuando elucubra sólo ante el documento (411). Pudiera pensarse que no tuvo sistema, que faltó en su labor histórica una síntesis general. En efecto es menester buscar esa síntesis a través de sus obras principales, pues no tuvo

(409) Para un estudio bibliográfico detenido de la producción intelectual de Vicuña Mackenna, señalemos, como principales fuentes: Ricardo Donoso (*Don Benjamín Vicuña Mackenna*); Guillermo Feliú Cruz (*Las Obras de Vicuña Mackenna*); Ramón Briseño (*Catálogo, por el orden alfabético de sus títulos, de las publicaciones que por la prensa hizo don Benjamín Vicuña Mackenna desde que comenzó su fecunda carrera de escritor público hasta que falleció*); P. Moliné (*Obras completas de don Benjamín Vicuña Mackenna*); V. M. (auto-bibliografía, reproducida en la *Corona Fúnebre*) y Carlos T. Vicuña (en «*Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera*»). A más puede consultarse: G. Feliú Cruz (*Ensayo de una Bibliografía de las obras de don Benjamín Vicuña Mackenna*) y Pedro Pablo Figueroa (*Apuntes Históricos sobre la vida y las obras de don Benjamín Vicuña Mackenna*).

(410) «Por eso también buscar al hombre, desenterrar sus cenizas sin profanarlas, exhumar su pensamiento y su corazón sin lisonja ni calumnias, estudiarlo en todas sus fases, excepto la única que hay vedada para el escritor honrado y de conciencia: la del hogar, es trazar la existencia misma de una época con todas sus sombras y sus espacios luminosos y hacer revivir como en un cuadro animado la sociedad, el pueblo y los gobiernos...» «Tal manera de concebir la historia, no hace de ésta sólo una enseñanza, constituye casi una resurrección».

(411) «Vicuña Mackenna fué un espíritu tan investigador como el de Barros Arana. Amó tanto el papel documental como Amunátegui. Eso sí que al pasar por su inteligencia esos materiales de construcción, se transformaban en una cosa viva». (*Las Obras de Vicuña Mackenna*).

tiempo de hacerla en un solo cuerpo, por sí mismo. Ella existe y buceando en sus escritos puede obtenérsela, con relieve insuperable. Yo no sé de otro historiador americano que haya logrado reconstrucciones mejores, más plétóricas de esa vida que no pasa, pues se plasmó en el fijador eterno del arte.

¿Defectos? Afirmamos que por tenerlos es más grande. Dicen relación con lo precipitado de ciertos trabajos, con sus rebeldías gramaticales que el propio Bello miró con simpatía (412), con determinada fuerza pasional que lo llevó en veces a ser injusto en tal o cual apreciación, a recargar la tinta de un retrato, a ampliar—con determinado propósito nacional o americano—las proporciones de hombres y de hechos. (Era preciso hacer la historia de un pueblo, de un continente. Y hasta inventarla si no cabía otro remedio): De su estilo, empero, ha dicho René-Moreno: «La gentileza de su habla castellana, que en los últimos años ha tocado, por fin, a un raro primor de vocabulario y de corrección a la moderna, no es gentileza elegante sino desenvuelta, que coloca a este prosador muy sobre encima de los puristas esmerados, faltos a menudo de calor, de espontaneidad y de brío» (413).

Había en Vicuña activismo incontenible, atropellamiento de ideas que pugnaban por vivir, gestándose sin tregua, día y noche, en un laboratorio del que se había desterrado perpetuamente el concepto del reposo. Como en Balzac. Sólo que el creador de la *Comedia Humana* dividía sus jornadas en dos partes. En la noche escribía al volar de la pluma y en el día sometía la labor hecha al tormento de las correcciones. (¿Cabe medir cuánto perdía en fuerza, en potencia, lo que ganaba en lenguaje y en belleza de forma?) Vicuña Mackenna no podía actuar en otro sentido que el propio, el de su realidad personal.

(412) «Lo que para tantos constituye la parte débil de Vicuña Mackenna, para mí representa la expresión de su vigor como escritor: la espontaneidad». (Armando Donoso).

(413) «No se debe confundir la exuberancia con la riqueza—expresa René Moreno—y nada iguala a la riqueza de su estilo, preñado de intuiciones, evocaciones y remembranzas de toda especie, que de paso prorrumpen en un reguero de luces de mil colores sin ofuscar jamás ni apagar la lámpara central de la unidad. Sus pensamientos alientan y discurren en ambiente tan puro y si decimos tan vibrante que hasta los más fútiles y falsos alientan al contacto y se incorporan animosos en las ondas que se suceden a las ondas y a las ondas como raudal circulatorio en el organismo del escrito». (*Bolivia y Argentina*).

Faltábale tiempo para corregir. A más la multiplicidad de su acción se lo hubiera estorbado. No sabemos si Balzac incorrecto resultaría menos grande. En todo caso siempre sería Balzac.

Tal Vicuña Mackenna, considerado como escritor.

Pero hay tantos otros aspectos en Vicuña Mackenna. Si hiciéramos el balance, si intentáramos resumirlo en apretada síntesis, nos encontraríamos ante complejas interrogaciones. ¿En qué terreno fué más grande? ¿Dominó el historiador al artista o el político al escritor, o el constructor a aquellos y a todos el americanista? No sabríamos decirlo (414).

A través de estas páginas hemos procurado señalar lo fundamental y lo accesorio, presentarlo en la más variada forma. Y lo intentamos, acumulando antecedentes, hechos, citas; compulsando el documento a cada paso, con temor en véces de exceder del límite de lo permitido a un deudo—por mas que

(414) En un artículo nuestro intentamos esa síntesis, recibiendo valiosos testimonios de aprobación por ella.

Vamos a transcribirla:

CONSTRUCTOR.—Transformó a la ciudad de Santiago, convirtiendo la antigua aldea colonial en una ciudad de primer orden. (Obras suyas son el Cerro Santa Lucía, el Parque Cousiño, la actual Avenida Vicuña, docenas de calles, plazas, avenidas, edificios y monumentos públicos. Labor realizada desde la Intendencia de Santiago entre los años de 1872 a 1875).

POLITICO.—Fué el primer chileno que se preocupó seria y eficazmente del bienestar del proletariado, que luchó en pro de la obtención de su mejoramiento, defendiendo sus reivindicaciones económicas y políticas con el más grande ardor de que haya memoria. Su campaña presidencial de 1875-76 señaló el primer gran movimiento obrero en la historia de Chile y el pueblo lo rodeó acaso con amor no igualado hasta hoy, escogiéndolo supremo caudillo. Como diputado y senador impulsó leyes y pronunció discursos que significan el principal aporte chileno en el terreno social durante el siglo XIX. Y esa posición ideológica y política fué la de su vida toda. Elaboró leyes, proyectó códigos nuevos, fué el verdadero fundador de la Sociedad Nacional de Agricultura, luchó incansablemente en favor de la instrucción pública y en especial de la primaria. ¡Etc., etc.!

CONDUCTOR.—En 1879-81, agredido el país por imperialismos extranjeros, desde su asiento del Senado y desde las columnas de «El Mercurio», «El Nuevo Ferrocarril» y otras numerosas publicaciones, fué el principal impulsor de la defensa nacional, y sus opiniones y directivas lograron imponerse a un Gobierno que le era adverso. Se le ha reconocido como el organizador de la victoria. Y no se limitó a ello, pues cantó a los héroes y fué el principal apologista de la nación y de sus triunfos.

PACIFISTA.—Evitó la guerra entre Chile y Argentina, en 1878. Cuando el conflicto de la Patagonia entró en su fase más aguda, Mitre solicitó desde Buenos Aires la inter-

este no se aparte del marco de lo real, de lo verdadero—, y con miedo, en otras, de haber sido parco en demasía tocando tal o cual punto. ¿Cómo olvidar que escribíamos en Chile y para los chilenos? En todo caso, si razones de admiración honda, de irresistible afecto, han podido oscurecer nuestro juicio, haciéndonos caer en puerilidad, en conceptos demasiado cálidos, en vestido lírico capaz de restar brillo al estudio, válganos el haber incurrido en ello acompañados por los más altos espíritus de nuestra América, por los valores máximos de la intelectualidad que actuó con el historiado y de aquélla que hoy labora con su biógrafo.

¿Logramos fijar exactamente la posición de Vicuña Mackenna? ¿Junto a Bolívar, junto a Bello? ¿Más que Bolívar o Bello? Las grandes figuras pueden permanecer solitarias, pueden complementarse o nó. En unas el genio fué mayor, la visión más certera; en otras la labor tuvo más plenitud, mayor repercusión; en alguna el brillo externo supo ejercer atracción más grande; en otra el éxito supervaloró, destacando sobre labores que se desarrollaron en terreno menos propicio. Comparar, buscar exclusividades, exaltar con desdén de otros valores parece ingrato y a menudo resulta injusto.

vención de Vicuña Mackenna. Ella fué tan eficaz que produjo el pacto Fierro-Sarratea, de aquel año. Más tarde los Gobiernos de don Federico Errázuriz Echaurren y de don Germán Riesco se inspiraron en la política internacional sostenida por Vicuña. Y resultó tan trascendente su actitud que Mitre hubo de declarar, en reiteradas ocasiones, que *sin Vicuña Mackenna la paz hubiera sido imposible*.

AMERICANISTA.—Vale enunciar sólo tres puntos. Fué, con Lastarria y Manuel A. Matta, el alma de la Sociedad de Unión Americana y redactó sus *Bases*, que hoy mismo podrían servir de modelo para la futura Confederación de Repúblicas Americanas. En 1865-66, secundado por el ilustre Sarmiento, a la sazón Ministro de Argentina en Washington, sostuvo en Estados Unidos la causa americana durante la guerra con España. En ese mismo período impulsó el movimiento pro independencia de Cuba y Puerto Rico, realizando vasta acción en compañía de Maclas y otros revolucionarios cubanos. Por esa época fundó su periódico *La Voz de América*.

Su americanismo era tan ardiente, tan reconocido, que, a pesar de su actividad nacional durante la guerra del Pacífico, el sabio boliviano Gabriel René-Moreno afirma en su libro *Bolivia y Argentina*: «Se engañaría grandemente quien creyera que los últimos terribles sucesos han enajenado simpatías americanas al insigne escritor chileno».

REFORMISTA.—Batalló incansablemente por las libertades públicas, en especial, por la de sufragio; luchó en favor de las reformas constitucionales; sostuvo hasta su muerte la necesidad de cambiar de modo fundamental la condición de los proletarios (obreros, soldados y campesinos). Tomó parte en dos revoluciones, las de 1851 y 1859, siendo ins-

Todos los grandes hombres tienen su sitio y hay en el ancho mundo, bajo la luz de los soles que se debaten en el cosmos, bastante espacio para los que fueron y para los que serán... El cosmos, con una infinita potencia de justicias humanas y divinas, nos enseña que a la postre todo, las miríadas incontables de hombres y de estrellas, de gusanos y de rocas, irá a confundirse en la gran armonía.

En último término, en definitiva, lo igual...

Pero, si con nuestras grandezas y miserias hemos de alcanzar la igualdad cósmica, ¿dónde estaría el estímulo, qué justificación habría, cuál lección será posible exhibir? Podríamos ahondar en Marx, aplicar rigurosamente las doctrinas del materialismo histórico... No obstante, detengámonos en el umbral, junto al amplio panorama que inquieta y desconcierta. ¿Por qué? ¿Para qué? Los grandes espíritus actúan en obediencia a las secretas leyes que los han formado. Se producen externa e internamente con la naturalidad de un

pirador y caudillo moral de esta última, que fué en sus finalidades y en sus medios un movimiento netamente civil. (Véanse: *Historia de la Revolución Constituyente e Historia de Vicuña Mackenna*, por Pedro Pablo Figueroa).

PERIODISTA.—Colaboró en la prensa chilena y americana, escribió millares de artículos; de todo se ocupó, ningún problema le fué jamás indiferente. Esa labor periódica, acaso sin parangón, ha sido valorada en forma altísima. Entre inúmeros juicios pudieran mencionarse los de Justo Arteaga Alemparte y Bartolomé Mitre, contemporáneos suyos, y los de Silva Vildósola y Ricardo Donoso en este siglo.

HISTORIADOR.—¿Qué decir al respecto? ¿Qué chileno no conoce la *Historia de Santiago*, la de Valparaíso, los libros acerca de O'Higgins, Carrera o Portales? Fué el primero en señalar la ubicación histórica de San Martín. Escribió más de cien libros, entre los cuales numerosas obras maestras que vivirán lo que viva la literatura de nuestra América.

Su labor literaria—historiógrafo, investigador, periodista, orador, polemista, crítico, ensayista—llenará doscientos o más volúmenes cuando se haga la edición oficial de sus obras completas. (X)

Y aún quedan otros aspectos, entre los cuales el *filántropo*...

Véase: *Vicuña Mackenna como máxima figura nacional*. («El Mercurio» de Santiago, Diciembre 11 de 1932).

(X) En 1886 se constituyó una comisión para realizar tal proyecto, impidiendo su logro la falta de ayuda oficial. De ella formaron parte José Victorino Lastarria, Diego Barros Arana, Miguel Luis Amunátegui, José Manuel Balmaceda, Eduardo de la Barra, Manuel Blanco Cuartín, Guillermo Blest Gana, Isidoro Errázuriz, Adolfo Ibáñez, Eusebio Lillo, Augusto Orrego Luco, Zorobabel Rodríguez, Adolfo Valderrama, Abelardo Núñez, etc. La mencionada comisión designó un comité ejecutivo que fué presidido por Barros Arana.

hermoso paisaje. Cumplen los principios que presiden la evolución de los mundos y el destino de los hombres. Integran la total armonía.

Nuestra pluma se desliza sobre el papel y en nuestro pensamiento dos figuras se agitan, dos nombres viven y se imponen: Bolívar y Vicuña Mackenna. Mas no pretendemos establecer parangones... El gran capitán de Venezuela llenó su siglo con la fama de sus hazañas, de sus caídas y sus triunfos. Vicuña Mackenna—escritor, constructor, americanista, caudillo de grandes masas, conductor en la paz y en la guerra—encarnó como ningún otro hombre de América a su pueblo, y ese pueblo, esa nacionalidad fué a mi entender la más compleja, la más rica, la que poseyó mayor contenido civilizador en la América del siglo XIX. Vicuña encarnó a la tierra chilena en la hora máxima de su grandeza, y la impuso—como un modelo—a todo el continente. Y esa imposición, que para algunos pudo tener relieve de exclusivo basamento nacionalista, significó en verdad un enorme esfuerzo de americanismo.

Ignoro lo que pueda decirse en contrario. No me interesa saberlo, tampoco. A cada cual el derecho de sentar su propio juicio, de buscar libremente su verdad. A lo largo de este ensayo sólo he pretendido decir lo que yo pienso de un grande hombre americano, de su vida y de la repercusión de su obra. Nada más.

Las erratas del presente trabajo se encuentran subsanadas en su tirada aparte, que puede considerarse, en cierto modo, como texto definitivo.

Véase: EUGENIO ORREGO VICUÑA: VICUNA MACKENNA. VIDA Y TRABAJOS. *Prensas de la Universidad de Chile*, 1932.